

Chad E. Pearson



TERRORISTAS DEL CAPITAL

**MIEMBROS DEL KU KLUX KLAN,
AGENTES DE LA LEY
Y EMPRESARIOS
EN EL LARGO SIGLO XIX**

2022

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

CHAD E. PEARSON

Terroristas del capital

Miembros del Ku Klux Klan, agentes de la ley y empresarios en el largo siglo XIX

Este trabajo de conversión
a un libro digital se ha realizado
para el estudio y la investigación del pensamiento marxista.
<http://www.abertzalekomunista.net>

Traducido del inglés con IA

The University of North Carolina Press *Chapel Hill*

2022 Chad E. Pearson Todos los derechos reservados
Ambientado en Arno Pro por Westchester Publishing Services Fabricado en los Estados Unidos de América

Los datos completos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso están disponibles en <https://lccn.loc.gov/2022027416>.

ISBN 978-1-4696-7172-7 (tela: papel alk.)
ISBN 978-1-4696-7173-4 (pbk.: alk. paper)
ISBN 978-1-4696-7174-1 (ebook)

Ilustración de portada: George Stark, *Posse Members Resting on Cots in the United Railway Car Barn during the Streetcar Strike of 1900* (St. Louis, MO). Colección George Stark, Missouri Historical Society, St. Louis (identificador: N0 1213).

Una versión anterior del capítulo 4 se publicó previamente en una forma diferente como "The 'New Solution': Anti-Labour Kidnapping, D. B. McKay, and the Legacy of the Second Seminole War", en *The Violence of Work: New Essays in Canadian and US Labour History*, eds. Jeremy Milloy y Joan Sangster (Toronto: University of Toronto Press, 2021), 62-87, y es © University of Toronto Press y reimpresso aquí con permiso del editor. Una versión anterior del capítulo 6 se publicó previamente en un formato diferente como "'The Law or Popular Justice': Owen Wister and the Legitimization of Employer Class Violence", en *Private Security and the Modern State: Historical and Comparative Perspectives*, eds. David Churchill, Dolores Janiewski, y Peter Leloup (Nueva York: Routledge, 2020), 135-53

Contenido

Lista de ilustraciones

Introducción

CAPÍTULO I

Mantenerlos en su sitio: Problemas laborales, gestión y vigilancia en el Sur de la Reconstrucción

CAPÍTULO II

Los disturbios laborales de finales del siglo XIX, los orígenes de las Ligas de la Ley y el Orden y J. West Goodwin

CAPÍTULO TRES

Militarización administrativa, tradiciones de vigilancia y encarcelamiento en el norte de Idaho, 1890-1900

CAPÍTULO CUARTO

La nueva solución: Secuestro Anti-Laboral, el Legado de la Segunda Guerra Seminole, y D. B. McKay

CAPÍTULO CINCO

Nacimiento de las alianzas ciudadanas, persistencia de la ley y el orden, y creación de mitos a principios del siglo XX

CAPÍTULO seis

La Ley o la Justicia Popular: Owen Wister y la defensa de la violencia de clase desde arriba

Epílogo

Agradecimientos Notas Bibliografía Índice

Ilustraciones

- Nathan Bedford Forrest, hacia 1860 28
Juez Joseph Bradley, hacia 1870 51
J. West Goodwin, s.f. 60
Anthony Ittner, hacia 1870 78
John Hays Hammond, s.f. 91
Weldon Heyburn, 1910 101
Trabajadores del tabaco en huelga, 1891 125
D. B. McKay, s.f. 135
Miembros del pelotón de St. Louis, 1900 174
J. West Goodwin con otros periodistas, 1920 182
C. W. Post, hacia 1910 186
Owen Wister, s.f. 195

Terroristas del capital

Introducción

"El remedio" a los problemas laborales, explicaba sin rodeos J. West Goodwin, de Sedalia, Missouri, en *American Industries* en 1903, "es una contraorganización". Pocas personas conocían mejor que Goodwin los distintos pasos necesarios para crear y mantener este tipo de organizaciones, y los lectores de la revista mensual de la Asociación Nacional de Fabricantes probablemente leyeron sus palabras con bastante interés. Después de todo, muchos se veían obligados a lidiar con las molestias asociadas a los paros laborales y las interrupciones de la cadena de suministro; en 1903, los trabajadores protagonizaron 3.495 huelgas en todo el país. Para entonces, Goodwin, exitoso propietario de una imprenta e influyente periodista, había pasado años organizando grupos de élites de diversas ocupaciones en formaciones organizativas antiobreras, tanto en su ciudad natal como en gran parte del Medio Oeste y la Costa Este. Desempeñó un papel decisivo en la creación de dos oleadas de organizaciones antiobreras.

En primer lugar, contó a los lectores sus aventuras en la creación de las Ligas de la Ley y el Orden en Sedalia y las ciudades cercanas, donde hombres de negocios armados ayudaron a sofocar la huelga liderada por los Caballeros del Trabajo (KOL) contra el extenso sistema ferroviario del suroeste de Jay Gould en la primavera de 1886. En aquel momento, los miembros de KOL eran, según Goodwin, responsables de crear "un estado de terror", que llevó a "paralizar las industrias de la joven ciudad". En respuesta, Goodwin y sus compañeros tomaron las armas, se enfrentaron a los huelguistas y, en última instancia, llevaron "a un abrupto final todas las formas de coacción, persecución, boicots y la protección absoluta de los hombres no sindicados para trabajar para quien quisieran." Los huelguistas disruptivos de Sedalia, se regodeó Goodwin, "tuvieron que abandonar sus hogares y buscar otros lugares o convertirse en vagabundos sobre la tierra".¹ La victoria sentó bien en 1886.

También se sintió bien en los años siguientes, cuando Goodwin lanzó una serie de campañas de reclutamiento con el objetivo de establecer más "contraorganizaciones" represivas —asociaciones dirigidas por los empleadores diseñadas para socavar un movimiento obrero cada vez más confiado y combativo. Las Ligas de la Ley y el Orden habían surgido en algunas zonas del Medio Oeste y la costa del Pacífico a finales de las décadas de 1880 y 1890, cuando las élites, que representaban a los diversos sectores de

¹ J. West Goodwin, "Sedalia's Citizens' Alliance and Others", *American Industries* 1 (1 de agosto de 1903), 13.

la economía, lucharon contra una serie de disturbios protagonizados por trabajadores agrícolas, ferroviarios y mineros. A finales de siglo, Goodwin volvió a las andadas y ayudó a formar "Alianzas de Ciudadanos", organizaciones de corte progresista dirigidas por empresarios que rompían huelgas, desarticulaban sindicatos y ponían en la lista negra a activistas sindicales bajo la bandera de la protección de los derechos de los no sindicalistas en "talleres abiertos" inclusivos. Tras crear una en Sedalia en agosto de 1901, Goodwin se puso en marcha y estableció alianzas similares en ciudades relativamente cercanas, como Kansas City y Joplin, antes de trasladarse a zonas más distantes, como Evansville (Indiana) y Scranton (Pensilvania). Los empresarios de estos lugares se sintieron envalentonados por la formación de estas organizaciones contrarias, agradecidos por la experta orientación de Goodwin. Las Alianzas de Ciudadanos eran muy secretas y ritualistas; los miembros tenían sus propios "agarres y pases de palabras, todo tan vigilado que es imposible que un no miembro consiga la admisión". Goodwin no describió los tipos de métodos coercitivos que empleaban estas organizaciones en respuesta a los conflictos laborales, pero no hace falta buscar mucho para encontrar ejemplos de violencia provocada por la patronal, como palizas, secuestros y, en ocasiones, asesinatos. Goodwin, hablando en nombre de la clase dirigente de la nación, sostenía que esas actividades bien valían los riesgos para garantizar "la prosperidad permanente y continua de las industrias empleadoras, que ha hecho famoso a este país".²

Centrándose en hombres influyentes como Goodwin, este libro explora las relaciones entre la gestión y la represión, destacando las formas en que numerosos individuos poderosos y empleadores de finales del siglo XIX y principios del XX, los que representan una diversidad de lugares de trabajo de diversos tamaños, utilizaron la violencia contra la gente común para lograr sus objetivos de gestión y sociales. Examinando conjuntos de hombres geográficamente diversos desde aproximadamente la Guerra Civil hasta la Primera Guerra Mundial, se ilustra cómo se impusieron agresivamente tanto dentro como fuera de los entornos laborales. Ofrezco una visión a largo plazo de los métodos de violencia de las élites que cuestiona parte de lo que se nos ha enseñado sobre el ascenso de Estados Unidos como potencia industrial. Sobre todo, muestro repetidamente la centralidad de la intimidación y la violencia para la gestión, el desarrollo capitalista y la estabilidad durante la Segunda Revolución Industrial.

Ante las numerosas dificultades relacionadas con el trabajo, que los observadores de élite definían como ineficiencias, huelgas, boicots, diversas muestras de insubordinación y la existencia de disidentes externos, los empresarios y sus aliados, colaborando en diversas organizaciones, recurrieron a diversas técnicas represivas extralegales, como latigazos, secuestros, encarcelamientos, incendios provocados, ahorcamientos y fusilamientos. Son lo que yo llamo formas *duras* de represión. Las

² Goodwin, "Alianza de ciudadanos de Sedalia y otros", 14.

llamo duras porque sus víctimas experimentaron dolor físico, a menudo sufrieron lesiones corporales duraderas y con frecuencia murieron.

Las élites también emplearon métodos *blandos* de castigo, como el despido y la inclusión en listas negras de personas que consideraban excesivamente problemáticas y la supresión activa de información que consideraban subversiva. Lograron estos objetivos clausurando reuniones, prohibiendo a los oradores dar conferencias y destruyendo publicaciones, incluida la quema de libros. Esta tiranía administrativa no provocaba lesiones físicas directas, aunque los hombres y mujeres incluidos en las listas negras solían sufrir largos periodos de desempleo, subempleo e intensos sentimientos de desesperación generados por la necesidad de trasladarse constantemente. Las listas negras —documentos ocultos en los que figuraban los nombres de personas insubordinadas, poco fiables y/o radicales pro-sindicato, que los empresarios compartían entre sí para evitar más problemas laborales— eran, en palabras del sociólogo Robert Ovetz, la "temida arma de represalia".³ Las víctimas de los despidos y las listas negras, normalmente activistas sindicales, "agitadores externos" y/o radicales políticos, sufrían el trastorno de la pérdida de ingresos, que a menudo se traducía en periodos prolongados de hambre, noches sin dormir, ciclos de falta de vivienda y encuentros periódicos con fuerzas policiales hostiles. Los actos de supresión de información, especialmente la prohibición de repartir folletos, la confiscación de octavillas y la quema de libros, se realizaban a menudo de forma ritual en lugares públicos, para demostrar a los observadores que ciertas ideas no tenían cabida en la comunidad. Eran actividades bastante intimidatorias, sobre todo para los antiguos propietarios de libros. En ocasiones, estas acciones presagiaban acontecimientos más amenazadores. Como escribió el poeta Heinrich Heine en 1821: "Donde se empieza quemando libros, se acaba quemando personas".⁴

Algunos utilizaron métodos que combinaban aspectos de castigos duros y blandos. El mejor ejemplo de una técnica *híbrida* fue la campaña de "expulsión", que iba desde amenazas de daño hasta movilizaciones forzadas reales. En estos casos, los grupos intimidatorios amenazaban a sus objetivos, aquellos a quienes los torturadores consideraban disidentes externos, insistiendo en que abandonaran las comunidades en un plazo determinado. Los intrusos, algunos de los cuales llevaban disfraces de aspecto inquietante, solían exigir a sus objetivos, individuos o pequeños grupos, que se

³ Robert Ovetz, *Cuando los trabajadores contraatacaron: El conflicto de clases de 1877 a 1921* (Leiden: Brill, 2018),

284. El activismo sindical no era la única razón por la que los empresarios despedían y ponían en listas negras a los trabajadores. Algunos empleadores de la Edad Dorada despidieron a trabajadores por votar a candidatos que no les gustaban. Gideon Cohn-Postar, "Vote for your Bread and Butter: Economic Intimidation of Voters in the Gilded Age", *The Journal of the Gilded Age and Progressive Era* 20 (octubre de 2021): 480-502.

⁴ Citado en Peter Linebaugh, *The Incomplete, True, Authentic, and Wonderful History of May Day* (Oakland, CA: PM Press, 2016), 159.

marcharan antes de la puesta de sol.⁵ Quienes practicaban este método solían seguir un proceso de cuatro pasos: aislar, intimidar, expulsar y poner en la lista negra. Entre los organizadores de las operaciones de expulsión se encontraban miembros del Ku Klux Klan del sur, agentes de la ley occidentales y, a principios del siglo XX, organizaciones de empresarios. Estas operaciones solían tener éxito. Las víctimas, obligadas a enfrentarse a bandas de hombres beligerantes, evitaban normalmente la agonía del dolor y/o la muerte acatando los ultimátums de sus torturadores. Los que se resistían sufrían duras consecuencias, a menudo mortales. En casos dramáticos, las turbas, comúnmente dirigidas por los de las clases altas, ahuyentaban a sus víctimas, creando en última instancia lo que la historiadora Kidada E. Williams ha denominado "migraciones impulsadas por el terror".⁶ Los organizadores lograron victorias en todos los escenarios. Eliminaron a los disidentes, lo que permitió a los atacantes continuar con sus actividades laborales y comunitarias sin oposición. En conjunto, los sujetos de mi estudio ayudaron a dar forma a los rasgos más despiadados de lo que el historiador Bryan D. Palmer ha llamado "la esencia punitiva del capitalismo".⁷

Las formas específicas de represión se solaparon con las experiencias de los trabajadores en relación con las preocupaciones cotidianas en el lugar de trabajo, la tiranía de los directivos y los graves problemas de seguridad. Los asalariados de diversos lugares de trabajo fueron objeto de diversos tipos de violencia, tanto estructural como personal. Los lugares de trabajo agrícolas e industriales —granjas, plantas de procesamiento de alimentos, minas y fábricas de diversos tipos— eran espacios notoriamente peligrosos, donde los objetos afilados, la caída de materiales y los incendios mataron e hirieron a miles de personas. Las condiciones peligrosas y los jefes dictatoriales crearon miseria e inseguridad generalizadas, que a veces desembocaron en estallidos de violencia. Como ha señalado el historiador Jeremy Milloy, "la violencia del lugar de trabajo está en todas partes".⁸

⁵ Los estudiosos han demostrado cómo las autoridades, los vigilantes y los blancos de todas las clases han tomado como objetivo a afroamericanos y asiáticos. Ambos grupos sufrieron campañas de expulsión amenazadoras, violentas y a veces mortales. Jean Pfaelzer, *Driven Out: The Forgotten War Against Chinese Americans* (Nueva York: Random House: 2007). Sobre las formas sutiles y a veces no tan sutiles de discriminación racial que mantenían a los afroamericanos fuera de ciertas comunidades, véase James W. Loewen, *Sundown Towns: A Hidden Dimension of American Racism* (Touchstone: Nueva York, 2005).

⁶ Kidada E. Williams, *They Left Great Marks on Me: African American Testimonies of Racial Violence from Emancipation to World War I* (Nueva York: New York University Press, 2012), 46. Véase también Kimberly Harper, *White Man's Heaven: The Lynching and Expulsion of Blacks in the Southern Ozarks, 1894-1909* (Fayetteville: The University of Arkansas Press, 2010).

⁷ Bryan D. Palmer, "La nueva ley de pobres: Un capítulo de la actual guerra de clases librada desde arriba", *Labour/Le Travail* 84 (otoño de 2019): 57.

⁸ Jeremy Milloy, "Talking About Auto Work-Or Any Work Under Capitalism-Means Talking About Constant, Brutal Violence", *Jacobin*, 23 de octubre de 2020. En línea: <https://jacobinmag.com/2020/10/auto-industry-work-violence-detroit-drum>. Los accidentes mineros fueron especialmente comunes y mortales. Entre 1899 y 1908, 19.775 personas murieron en esta industria. Sobre las muertes y lesiones en el lugar de trabajo y la incapacidad de la ley para indemnizar adecuadamente a las víctimas y sus familias, véase Nate Holdren, *Injury Impoverished: Workplace Accidents, Capitalism, and Law in the Progressive Era* (Cambridge:

Gran parte de la violencia analizada en este estudio fue desatada por vigilantes, grupos de hombres que generalmente consideraban que sus propias acciones brutales eran aceptables, e incluso necesarias, cuando se enfrentaban a formas generalizadas de anarquía, expresiones de inmoralidad y amenazas a sus intereses económicos. Se involucraron en incursiones y campañas de linchamiento para restablecer el control sobre los recursos económicos al tiempo que apelaban agresivamente al principio de "ley y orden". Sin embargo, tal lógica debe parecerse paradójica. El historiador Richard White captó sucintamente esta tensión subyacente en su estudio de 1991 sobre el Oeste americano, señalando que los vigilantes eran "personas que afirmaban actuar al margen de la ley para hacer cumplir la propia ley".⁹ Se puede identificar a personas con mentalidades similares en otros lugares. En las regiones del sur, los miembros del Ku Klux Klan y otros alineados con el Partido Demócrata también consideraban constructivas sus acciones violentas, y en Texas, los sanguinarios vigilantes tenían como objetivo a los mexicanos a los que acusaban de robar ganado y cortar vallas. Los defensores más apasionados de la "ley y el orden" eran también los más dispuestos a participar en actividades al margen de los sistemas legales establecidos.¹⁰

Mi estudio se aparta de los anteriores al situar los conflictos obrero-patronales en el centro. Mientras que la mayoría de los historiadores del vigilantismo prestan atención a las tensiones de clase, los estudiosos del vigilantismo occidental y del medio oeste tienden a centrarse en cuestiones de ley y orden en general, señalando la ausencia de instituciones legales formales para hacer frente a los problemas de anarquía.¹¹ Los

Cambridge University Press, 2020). Véase también Mark Aldrich, *Safety First: Technology, Labor, and Business in the Building of American Work Safety, 1870-1939* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997). Sobre cómo afrontaban la muerte los trabajadores y sus familias, véase Michael K. Rosenow, *Death and Dying in the Working Class, 1865-1920* (Urbana: University of Illinois Press, 2015).

⁹ Richard White, "It's Your Misfortune and None of My Own A New History of the American West" (Norman: University of Oklahoma Press, 1991), 332; Daniel Justin Herman, *Hell on the Range: A Story of Honor, Conscience, and the American West* (New Haven, CT: Yale University Press, 2010), 195; Nancy J. Taniguchi, *Dirty Deeds: Land, Violence, and the 1856 San Francisco Vigilance Committee* (Norman: University of Oklahoma Press, 2016), xv; y Mark A. Lause, *The Great Cowboy Strike: Bullets, Ballots, and Class Conflicts in the American West* (Londres: Verso, 2017), 117.

¹⁰ E. W. Crozier, *The Whitecaps: A History of the Organization in Sevier County* (Knoxville: Bean, Waters & Gaut, Printers and Binders, 1899); Robert P. Ingalls, *Urban Vigilantes in the New South: Tampa, 1882-1936* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1988); T. R. C. Hutton, *Bloody Breathitt: Politics and Violence in the Appalachian South* (Lexington: University of Kentucky Press, 2013), 109; Michael L. Collins, *A Crooked River: Rustlers, Rangers, and Regulars on the Lower Rio Grande, 1861-1877* (Norman: University of Oklahoma Press, 2018), 122, 133-134; Mónica Muñoz Martínez, *La injusticia nunca te abandona: Anti-Mexican Violence in Texas* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018); y Sonia Hernández y John Morán González, eds., *Reverberaciones de la violencia racial: Reflexiones críticas sobre la historia de la frontera* (Austin: University of Texas Press, 2021). Para un análisis comparativo del vigilantismo y otras formas de violencia en Estados Unidos y Canadá, véase Scott W. See, "Nineteenth-Century Collective Violence: Toward a North American Context", *Labour/Le Travail* 39 (primavera de 1997): 13-38.

¹¹ Richard Maxwell Brown, *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism* (Oxford: Oxford University Press, 1975); Roger D. McGrath, *Gunfighters, Highwaymen and Vigilantes: Violence on the Frontier* (Berkeley: University of California Press, 1984); y Matthew J. Hernando, *Faces Like*

estudios sobre el vigilantismo sureño suelen destacar el poder duradero y transclasista del racismo, ilustrando las actividades sádicas de grupos como el Ku Klux Klan y organizaciones afines. Este estudio trata las formaciones de vigilantes del siglo XIX, incluido el Ku Klux Klan, varias Ligas de la Ley y el Orden y organizaciones de ganaderos, como asociaciones patronales con inequívocos intereses económicos y empresariales. Los portavoces de estas organizaciones a menudo justificaban sus despiadadas acciones insistiendo en que estaban comprometidos con el mantenimiento de "la ley y el orden", aunque invocaban este principio de forma selectiva, tachando a sus oponentes de clase baja —antiguos esclavos insubordinados, cuatreros, colonos de medios modestos, populistas, radicales políticos, "mujeres lascivas" y trabajadores rebeldes— de villanos amenazadores. Utilizando amenazas y fuerza extralegal, exigían que todos los opositores cesaran sus actividades perturbadoras o se enfrentarían a graves consecuencias, incluida la muerte. En pocas palabras, se negaban a practicar lo que predicaban. Los vigilantes se sentían más satisfechos cuando las masas realizaban sus rutinas de trabajo obedientemente, reacios a considerar siquiera la posibilidad de amenazar los intereses de los empresarios y terratenientes.

Además, este libro insiste en que nos tomemos en serio la continuidad, señalando la pertinaz persistencia de acciones vigilantes tanto notorias como en gran medida desconocidas a principios del siglo XX, cuando los empresarios y otras élites unieron sus fuerzas para hacer frente a problemas laborales como las huelgas, las campañas de boicot y las demandas de los trabajadores de reconocimiento exclusivo, un sistema de relaciones industriales conocido como el taller cerrado. Para contrarrestar estos movimientos, muchos se afiliaron a asociaciones patronales y "Alianzas Ciudadanas", que defendían oficialmente los derechos laborales de los trabajadores no sindicados y luchaban por establecer, y proteger, lugares de trabajo de "tienda abierta", en los que los empresarios disfrutaban del derecho a contratar y despedir a voluntad, independientemente de la condición sindical del empleado. C. K. Tibbetts, director de la East Pacific Mine Company cerca de Helena, Montana, lo dejó claro en febrero de 1900 cuando dijo a su jefe que los directivos debían disfrutar de la flexibilidad de "emplear a quien nos plazca" y "despedir a quien nos plazca".¹²

Aunque el lenguaje de los empresarios de principios del siglo XX era a menudo menos beligerante que el de los primeros vigilantes, sus objetivos básicos eran similares: el control sobre los trabajadores y la propiedad. Además, algunos activistas y líderes de las organizaciones antisindicales de principios del siglo XX pertenecían a grupos de vigilantes del siglo XIX. Nos encontraremos con varias Alianzas Ciudadanas cuyos miembros recurrían ocasionalmente al secuestro, las campañas de expulsión y los linchamientos para conseguir sus objetivos. Dichos miembros atacaron tanto a sindicalistas moderados afiliados a la Federación Americana del Trabajo (AFL) como a

Devils: The Bald Knobber Vigilantes in the Ozarks (Columbia: University of Missouri Press, 2015).

¹² C. K. Tibbetts a R. A. Bell, 15 de febrero de 1900, Folder 2, Box 15, Robert A. Bell Papers, 1887-1917, Montana Historical Society Research Center, Helena, Montana.

sindicatos explícitamente socialistas y de izquierdas, entre ellos la Federación Occidental de Mineros (WFM) y los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW). Al escribir en 1919 sobre la despiadada historia de las campañas dirigidas por la patronal contra los miembros de la IWW, William Haywood, un dirigente, identificó una larga lista de horrores: "Desde que se organizó la I. W. W. en junio de 1905, las cámaras de comercio, los especuladores, grandes y pequeños, y las autoridades del estado y de la nación" lanzaron campañas que incluían allanamientos de morada, secuestros, encarcelamientos, uso de alquitrán y plumas, asesinatos y otras formas de "castigos crueles e inusuales".¹³ La observación de Haywood, recogida en un extenso artículo del periódico de Butte, Montana, pone en tela de juicio la afirmación del historiador Rhodri Jeffreys-Jones de que el "hábito justiciero" había empezado "a morir hacia 1900".¹⁴

A nadie debería sorprender el dramatismo que caracterizó los conflictos de clase durante la Segunda Revolución Industrial, aunque la mayoría de los historiadores han escrito más sobre las erupciones de violencia obrera que sobre los métodos de represión de las élites. Los estudiosos nos han enseñado mucho. En casos extremos, los activistas obreros destruyeron propiedades, hirieron a romped huelgas e incluso utilizaron armas mortales para asesinar a empresarios, policías y cargos electos. A finales del siglo XIX y principios del XX, las fuerzas dominantes que creaban opinión utilizaron sus recursos para llamar la atención sobre el radicalismo de los anarquistas, subrayando casos de gran repercusión como el de 1886, en el que los anarquistas fueron asesinados.

El atentado de Haymarket y el asesinato del presidente William McKinley por Leon Czolgosz en 1901. No todos los episodios violentos fueron protagonizados por anarquistas. El asesinato en 1902 de Arthur Collins, director de una mina de Colorado, fue uno de los acontecimientos que condujeron a una serie de drásticas medidas represivas contra la WFM. Más al oeste, el asesinato de Frank Steunenberg, ex gobernador de Idaho, a manos de Harry Orchard a finales de 1905, provocó un creciente odio hacia la IWW en los círculos elitistas. Incluso algunos afiliados a organizaciones sindicales no revolucionarias, como la AFL, cometieron actos de anarquía, incluido el asesinato. *Los* activistas obreros bombardearon el edificio de *Los Angeles Times* en 1910, lo que provocó la muerte de veinte personas. Diversos periodistas, abogados, predicadores, reformistas y empresarios condenaron duramente estas acciones, utilizando palabras como *terror* y *terrorismo* para describirlas. La historiadora Beverly Gage se ha referido a este periodo como la "Primera Edad del Terror de Estados Unidos".¹⁵

¹³ William D. Haywood, "With Drops of Blood Has the History of LW.W. Organization Been Written", *The Butte Daily Bulletin*, 27 de septiembre de 1919, 5. Véase también William D. Flaywood, *Bill Haywood's Book: The Autobiography of William D. Haywood* (Nueva York: International Publishers, 1929).

¹⁴ Rhodri Jeffreys-Jones, *Violence and Reform in American History* (Nueva York: New Viewpoints, 1978), 86.

¹⁵ Beverly Gage, *El día que Wall Street explotó: A Story of America in its First Age of Terror* (Oxford:

Durante estas décadas, no todos los actos violentos cometidos por la clase obrera iban dirigidos contra la clase capitalista o sus defensores; en su lugar, estaban encendidos por sentimientos de animadversión racial, y los observadores de la violencia extrajudicial han llamado nuestra atención sobre el aterrador papel desempeñado por las masas revoltosas. Como dijo W. E. B. Du Bois en 1935, "Es el núcleo de hombres corrientes el que da continuamente a la turba su ímpetu inicial y espantoso". Los perspicaces estudios sobre los linchamientos, que subrayan cómo las expresiones de racismo venenoso y a veces de antisemitismo que emanan de las maleducadas masas blancas desencadenan episodios de brutalidad colectiva, han reforzado el análisis de clase de Du Bois sobre la violencia de las turbas. Podemos observar numerosos ejemplos de acciones sádicas llevadas a cabo por "hombres corrientes".¹⁶

Sin embargo, las figuras que vamos a encontrar no eran "hombres corrientes". Eran, según la mayoría de los testimonios, "los mejores ciudadanos": hombres emprendedores, inteligentes, bien conectados y, a menudo, entusiastas, que ejercían una influencia considerable sobre las instituciones culturales, económicas y políticas de

Oxford University Press, 2009); Jeffery A. Clymer, *America's Culture of Terrorism: Violence, Capitalism, and the Written Word* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003); y J. Michael Martinez, *Terrorist Attacks on American Soil: From the Civil War Era to the Present* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2012), 97-148. Sobre formas más ocasionales de violencia en el lugar de trabajo, véase Andrew Wender Cohen, *The Racketeer's Progress: Chicago and the Struggle for the Modern American Economy, 1900-1940* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004).

¹⁶ W. E. B. Du Bois, *La reconstrucción negra en América: An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880* (Nueva York: Russell and Russell, 1963 [1935]), 606. Los estudios sobre los linchamientos son voluminosos. Jacquelyn Dowd Hall, *Revolt Against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Women's Campaign Against Lynching* (Nueva York: Columbia University Press, 1979); Edward L. Ayers, *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the 19th-Century American South* (Oxford: Oxford University Press, 1984), 238-255; George C. Wright, *Racial Violence in Kentucky, 1865-1940: Lynchings, Mob Rule, and "Legal Lynchings"* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1990); Nancy MacLean, "The Leo Frank Case Reconsidered: Gender and Sexual Politics in the Making of Reactionary Populism", *The Journal of American History* 78 (diciembre de 1991): 917-948; Michael J. Pfeiffer, *Rough Justice: Lynching and American Society, 1874-1947* (Urbana: University of Illinois Press, 2004); William D. Carrigan, *The Making of Lynching Culture: Violence and Vigilantism in Central Texas, 1836-1916* (Urbana: University of Illinois Press, 2004); Bruce E. Baker, *This Mob Will Surely Take my Life: Lynchings in the Carolinas, 1871-1947* (Nueva York: Continuum Books, 2008); y Amy Louise Wood, *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2009). No todos los observadores de los linchamientos por motivos raciales están de acuerdo en que los "hombres corrientes" compartieran la mayor parte de la culpa de estas acciones violentas. En 1893, Ida B. Wells escribió que los líderes y promotores de los linchamientos a menudo poseían "los telégrafos, los periódicos y cualquier otro medio de comunicación con el mundo exterior". Ellos escriben los informes que justifican los linchamientos pintando al negro lo más negro posible, y esos informes son aceptados por las asociaciones de prensa y por el mundo sin cuestionarlos ni investigarlos." *Select Works of Ida B. Wells—Barnett* (Oxford: Oxford University Press, 1991), 75. En 1932, Harry Haywood y Milton Howard reforzaron a Wells, escribiendo: "Sin el liderazgo activo de los 'mejores elementos', es decir, los ricos y poderosos terratenientes y patronos, sin la participación tácita o activa del gobierno y sus funcionarios, los linchamientos nunca podrían tener lugar". Harry Haywood y Milton Howard, *Lynching* (Nueva York: International Pamphlets, 1932), 9.

la nación. Estas personas con visión de futuro anunciaban con entusiasmo lo que la historiadora Pamela Walker Laird ha llamado "progreso".¹⁷ Tanto los contemporáneos como los historiadores de la empresa han tratado generalmente a la diversidad de empresarios, inversores y abogados de la nación como previsores e innovadores, solucionadores de problemas con cabeza dura y principales modernizadores de la economía. Después de todo, los hombres emprendedores lanzaron la revolución del transporte, supervisaron la creación de enormes fábricas, desarrollaron patentes útiles, proporcionaron empleo e ingresos a millones de asalariados y vendieron bienes a innumerables consumidores. Los miembros de las Juntas de Comercio y los Clubes Comerciales, utilizando sus redes para atraer ferrocarriles, fábricas y comercios minoristas a sus comunidades, promovieron y supervisaron niveles de crecimiento económico sin precedentes. A menudo proclamaban que sus propios intereses estaban entrelazados con el bienestar colectivo de sus conciudadanos, independientemente de las divisiones de clase. Los historiadores de la gestión han adoptado en general una visión un tanto caritativa de los empresarios de principios de siglo, destacando su astucia e implicación en el establecimiento de diversas mejoras basadas en el lugar de trabajo, incluidos los programas capitalistas de bienestar. Preocupados por mejorar la eficiencia general, resolver una mezcla de dificultades laborales y establecer una armonía duradera en el lugar de trabajo, muchos crearon programas benévolos que premiaban a los empleados leales y meritorios con aumentos salariales. Algunas de las empresas más grandes del país establecieron servicios como equipos deportivos de empresa y clubes de teatro, y otras ayudaron a los empleados a pagar la vivienda.¹⁸

¹⁷ Pamela Walker Laird, *Advertising Progress: American Business and the Rise of Consumer Marketing* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998).

¹⁸ Sobre la gestión y las distintas formas en que el desarrollo industrial encontró su expresión durante la Segunda Revolución Industrial, véase Alfred D. Chandler Jr., *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977); Philip Scranton, *Endless Novelty: Specialty Production and American Industrialization, 1865-1925* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1997); Steven W. Usselman, *Regulating Railroad Innovation: Business, Technology, and Politics in America, 1840-1920* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), 187-191. Sobre las teorías y prácticas de gestión, véase Sanford Jacoby, *Employing Bureaucracy: Managers, Unions, and the Transformation of Work in American Industry, 1900-1946* (Nueva York: Columbia University Press, 1985); Bruce E. Kaufman, *Managing the Human Factor: The Early Years of Human Resource Management in American Industry* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2008); Morgen Witzel, *A History of Management Thought* (Londres: Routledge, 2012), 175-201; Joshua B. Freeman, *Behemoth: A History of the Factory and the Making of the Modern World* (Nueva York: W. W. Norton, 2018), 106-109; y Daniel A. Wren y Arthur G. Bedeian, *The Evolution of Management Thought*, octava edición (Hoboken, Nueva Jersey: Wiley, 2020). Para opiniones más críticas, véase Stuart D. Brandes, *American Welfare Capitalism, 1880-1940* (Chicago: University of Chicago Press, 1976); David F. Noble, *America By Design: Science, Technology, and the Rise of Corporate Capitalism* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977); Gerald Zahavi, *Workers, Managers, and Welfare Capitalism: the Shoeworkers and Tanners of Endicott Johnson, 1890-1950* (Urbana: University of Illinois Press, 1988); Margaret Crawford, *Building the Workingman's Paradise: The Design of American Company Towns* (Londres: Verso, 1995); Anne E. Mosher, *Capital's Utopia: Vandergrift, Pennsylvania, 1855-1916* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2004); y Gerard Hanlon, *The Dark Side of Management: A Secret History of Management Theory* (Londres: Routledge, 2015).

Los historiadores y sociólogos nos han dicho en repetidas ocasiones que los arquitectos y beneficiarios de esta economía moderna y dinámica, que respondía cada vez más, aunque de forma muy imperfecta, a las necesidades de la gente corriente, se distanciaron públicamente del comportamiento desordenado y a veces violento que asociaban con las masas indisciplinadas. Los estudiosos han señalado que las élites urbanas eran en su mayoría hombres refinados, elegantes, bien vestidos, cultos, cosmopolitas y moralmente rectos, más inclinados a ser concejales y a formar parte de los consejos de administración de las instituciones de enseñanza superior que a realizar el sucio trabajo de luchar contra las llamadas clases peligrosas. Según el sociólogo Jeffrey Haydu, en su estudio sobre las élites de Cincinnati y San Francisco, los hombres de negocios organizados adoptaban un código de conducta que priorizaba el "refinamiento" y la "competencia cívica", lo que contrastaba claramente con las actividades supuestamente groseras de los obreros.¹⁹

Debemos buscar en otra parte para interpretar y apreciar adecuadamente las rachas de comportamiento desenfadado de la clase alta. El difunto historiador John Pettegrew estaba más cerca de la realidad cuando denominó "brutos con traje" a un subconjunto considerable de hombres blancos acomodados. Los sujetos de Pettegrew disfrutaban de diversas actividades al aire libre, como la caza, y los que se encontraban en la edad adulta temprana a menudo se unían a fraternidades y clubes sociales, donde practicaban deportes rudos como el fútbol y participaban en diversos libertinajes. En casos extremos, los blancos de élite lideraron cruzadas violentas, incluidas numerosas campañas de linchamiento y el infame golpe de Wilmington, Carolina del Norte, a finales de 1898, cuando una turba liderada por veteranos confederados y supremacistas blancos asesinó al menos a sesenta personas y expulsó por la fuerza a miles de miembros de la comunidad afroamericana de esa ciudad antes de establecer el gobierno del Partido Demócrata. El golpe de Wilmington demostró que a estos hombres el uso de la violencia les resultaba política y psicológicamente gratificante.²⁰

Pero el libro de Pettegrew, un sofisticado estudio que da prioridad a las identidades y comportamientos masculinos sobre las relaciones y conflictos de clase, no fue lo suficientemente lejos. La palabra "bruto" no logra captar plenamente la gravedad de las acciones violentas de las élites contra una serie de personas corrientes que trascienden

¹⁹ Jeffrey Haydu, *Citizen Employers: Business Communities and Labor in Cincinnati and San Francisco, 1870-1916* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2008); Sven Beckert, *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), 246-247; y Mike Wallace, *Greater Gotham: A History of New York City from 1898-1919* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 72-73, 343. Otras élites, incluidos los ganaderos rurales, también mostraban supuestamente moderación y, por tanto, se diferenciaban de los vaqueros de la clase trabajadora. Jacqueline M. Moore, *Cowboys and Cattlemen: Class and Masculinities on the Texas Frontier, 1865-1900* (Nueva York: New York University Press, 2010), 7. Para una descripción contemporánea de las llamadas clases de ocio, véase Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class: An Economic Study of Institutions* (Nueva York: Macmillan, 1899).

²⁰ John Pettegrew, *Brutes in Suits: Male Sensibility in America, 1890-1920* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2007).

las fronteras raciales y étnicas. Sostengo que debemos aplicar a sus actos de salvajismo el mismo lenguaje que los contemporáneos de la época y los historiadores actuales han utilizado para describir las formas más extremas de violencia laboral: debemos ser audaces y referirnos a los "mejores hombres" implicados en conflictos de clase represivos no como brutos, sino como *terroristas*. Para ello es necesario que amplíemos el significado de esta palabra políticamente cargada y provocadora, rescatándola de la estrecha definición utilizada por los portavoces antiobreros de principios de siglo y los islamófobos actuales.²¹ Insisto en que modifiquemos radicalmente nuestras perspectivas, reconociendo el abanico de emociones intensamente hirientes y heridas duraderas que soportan las víctimas de las erupciones de violencia generadas por las élites. Sobre todo, utilizar esta palabra para describir formas duras, híbridas e incluso blandas de represión significa que debemos tomarnos en serio la historia desde abajo, evaluando y respetando adecuadamente las experiencias traumatizantes y en ocasiones mortales a las que se enfrentan los pequeños agricultores, los trabajadores y una colección de otras personas de medios modestos. Este punto no debería ser especialmente controvertido si tenemos en cuenta los sentimientos de profundo pavor, desesperanza y dolor físico experimentados por las víctimas a manos de turbas malintencionadas. El hecho de que quienes están detrás de atentados espantosos lo hicieran por motivos políticos y/o económicos encaja al menos en algunas definiciones de la palabra *terrorismo*. Igualmente revelador es el hecho de que escritores de ambos bandos de los conflictos de clase utilizaran periódicamente las palabras "terror" y "terrorismo" para describir las acciones violentas practicadas por los empresarios y otras élites.²²

Sospecho que la mayoría de los lectores encontrarán mi elección de esta palabra incontrovertible en algunos casos, pero problemática, exagerada e incluso ofensiva, en otros contextos. En el caso del primer Ku Klux Klan, el tema del capítulo 1, la etiqueta de "terrorismo" probablemente le parecerá a la mayoría totalmente justificada. Al fin y al cabo, historiadores anteriores, al señalar la implicación de la organización en la

²¹ Los estudiosos discrepan sobre la idoneidad de la palabra para describir las acciones violentas de las élites. Jeffery A. Clymer nos recuerda que "los propios trabajadores eran regularmente víctimas de agresiones patrocinadas por el capitalismo y cometidas por agentes de la talla de Pinkerton, ejércitos privados e incluso funcionarios del Estado". Clymer dedica espacio a lo que llama "Terrorismo Corporativo". Clymer, *America's Culture of Terrorism*, 6, 154-170. Beverly Gage observa que había "una suposición que se había generalizado a principios del siglo XX: las etiquetas de 'terrorista' y 'terrorismo' pertenecían a quienes lanzaban conflictos revolucionarios desde abajo". Beverly Gage, "Terrorism and the American Experience: A State of the Field", *Journal of American History* 98 (junio de 2011): 76.

La historiadora Carola Dietze cree que las formas modernas de terrorismo, tanto en Europa como en Estados Unidos, surgieron en la década de 1850. Carola Dietze, *The Invention of Terrorism in Europe, Russia, and the United States* (Nueva York: Verso, 2021).

²² Stephen Huggins ha expuesto argumentos similares para ampliar nuestra definición de esta palabra. Él se centra en el terrorismo de Estado; a mí me interesa sobre todo la violencia desatada por las élites del sector privado. Stephen Huggins *America's Use of Terror: From Colonial Times to the A-Bomb* (Lawrence: University of Kansas Press, 2019).

tortura y el asesinato de antiguos esclavos, la han utilizado sin enfrentarse a la oposición de los estudiosos.²³ Pero algunos pueden objetar que aplique el mismo término a los miembros de las asociaciones de ganaderos del oeste, a los vigilantes de la Liga de la Ley y el Orden del Medio Oeste y a los activistas de la Alianza Ciudadana de todo el país. Sin embargo, los miembros de estas organizaciones a menudo empleaban los mismos tipos de acciones primitivas y feroces que los miembros del Ku Klux Klan, incluyendo secuestros, campañas de expulsión y asesinatos, aunque los miembros de estas asociaciones humillaban, torturaban y mataban a muchas menos personas. Los mismos observadores que no tienen inconveniente en llamar "terrorista", por ejemplo, a Nathan Bedford Forrest, antiguo comerciante de esclavos, capitalista ferroviario y primer Gran Mago del Ku Klux Klan, podrían tener reparos en utilizar esta palabra para describir a Jay Gould, un inversor ferroviario mucho más rico, responsable de despedir y poner en la lista negra a miles de trabajadores, al tiempo que respaldaba los métodos matonescos utilizados por las Ligas de la Ley y el Orden dirigidas por hombres de negocios a mediados de la década de 1880.

Aunque Forrest y Gould aparecen en este libro, dedico más espacio a las actividades amenazadoras y opresivas lanzadas por figuras menos conocidas como Goodwin, señalando cómo y por qué emplearon diversas formas de violencia en sus respectivas comunidades, incluyendo partes del Sur, Medio Oeste, Oeste y Este. Al fin y al cabo, las organizaciones en las que me centraré solían tener su base en la comunidad y estaban descentralizadas, aunque muchas compartían información relacionada con la gestión, incluida la mejor forma de "retirar" a los trabajadores problemáticos de fábricas, ferrocarriles y minas, con aquellos que se encontraban fuera de sus pueblos y ciudades. La mayoría de los sujetos, a diferencia de Forrest y Gould, no son nombres conocidos hoy en día, pero en su día fueron influyentes. Las secciones del Ku Klux Klan, repartidas por las numerosas zonas rurales del Sur, estaban dirigidas por abogados, terratenientes y comerciantes. Los miembros de la asociación de ganaderos, muchos de los cuales eran hombres acomodados del Este, establecieron firmes raíces en el rústico Oeste, donde sus principales objetivos eran los pequeños propietarios y los "cuatrerros", aquellos que robaban ganado. Las Ligas de la Ley y el Orden se formaron en ciudades modestas del Medio Oeste antes de extenderse a regiones del Sur y el Oeste. Miles de empresarios representantes de centros de trabajo de diversos tamaños, banqueros, abogados y políticos se unieron a estas organizaciones y tomaron las armas en las décadas de 1880 y 1890, cuando ayudaron a aplastar una serie de huelgas organizadas por KOL. Por último, examino el movimiento de la Alianza Ciudadana, de gran amplitud geográfica. Adaptándose al espíritu reformista de principios del siglo XX, los miembros de la Alianza de Ciudadanos, algunos de los cuales habían pertenecido

²³ Clymer, *America's Culture of Terrorism*, 113-114; Stephen Budiansky, *The Bloody Shirt: Terror After Appomattox* (Nueva York: Viking, 2008); Robert Kumamoto, *The Historical Origins of Terrorism in America, 1644-1880* (Nueva York: Routledge, 2014), 212-252; y Elaine Frantz Parsons, *Ku-Klux: The Birth of the Klan During Reconstruction* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015), 25.

anteriormente al Ku Klux Klan, a asociaciones de ganaderos, a las Ligas de la Ley y el Orden y a diversas organizaciones parapoliciales, aterrorizaron a obreros y socialistas enfrentados bajo la bandera de la lucha contra la tiranía sindical. Su empleo de formas duras, blandas e híbridas de castigo a principios del siglo XX se asemejaba a muchas de las odiosas técnicas utilizadas por los vigilantes del siglo XIX. Por esta razón, en el subtítulo de mi libro me refiero al "largo siglo XIX", documentando amplias pautas de represión laboral a lo largo de décadas en diversas regiones.

Además de su disposición a utilizar diversos métodos violentos contra una gran variedad de objetivos a lo largo de las décadas, los miembros de varias organizaciones de élite adoptaron otra práctica: el secretismo. Sus respectivas organizaciones, que se reunían tras las puertas cerradas de casas y salas de reuniones, desarrollaron distintos rituales, como apretones de manos, contraseñas y canciones. Las actividades clandestinas añadían profundidad y misterio a sus organizaciones. Sin embargo, estas prácticas plantean importantes problemas a los buscadores de pruebas de hoy en día. Determinar con precisión quién decía qué sobre sus antagonistas laborales o sobre sus planes organizativos puede ser un reto dada la falta de fuentes archivísticas, una queja habitual de los estudiosos de las élites organizadas.²⁴ Pero podemos entender, e incluso apreciar, este requisito; para ellos, la ocultación y el secretismo eran necesarios para llevar a cabo plenamente sus actividades, lo que permitía a los miembros de las diversas clases dirigentes de la nación crear confianza y vínculos duraderos entre sí, al tiempo que evitaban que la gente corriente descubriera sus planes, eludían las consecuencias legales y evitaban una exposición embarazosa. En la introducción a su libro editado sobre la historia social del capitalismo, Kenneth Lipartito y Lisa Jacobson nos recuerdan que "la ocultación puede ser una forma de adopción creativa".²⁵ La conspiración en espacios ocultos fue especialmente importante durante los esfuerzos por romper la huelga directa. Alexander K. McClure, un influyente propietario de un periódico republicano, abogado del Ferrocarril de Pensilvania y miembro del exclusivo Comité de Seguridad de Filadelfia —la organización ciudadana de cinco personas responsable de reclutar a luchadores obreros y disolver las reuniones sindicales durante la huelga ferroviaria de 1877— explicaba años más tarde: "Se presentaron muchos hechos importantes ante el comité que ciertamente no eran apropiados para la información pública". La estricta confidencialidad era urgente, explicó McClure, porque él y sus colegas impusieron "un poder dictatorial para la preservación de la paz."²⁶

²⁴ Howell John Harris, *Bloodless Victories: The Rise and Fall of the Open Shop in the Philadelphia Metal Trades, 1890-1940* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), 3-4; Mark C. Dillon, *Montana Vigilantes, 1863-1870* (Logan: Utah State University Press, 2013), xiii; y Robert F. Zeidel, *Robber Barons and Wretched Refuse: Ethnic and Class Dynamics During the Era of American Industrialization* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2020), 10.

²⁵ Kenneth Lipartito y Lisa Jacobson, "Introducción: Mapping the Shadowlands of Capitalism" en *Capitalism's Hidden Worlds*, ed., Kenneth Lipartito y Lisa Jacobson. Kenneth Lipartito y Lisa Jacobson (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2020), 12.

²⁶ Alexander Kelly McClure, *Old Time Notes of Pennsylvania*, volumen 2 (Filadelfia: The John C.

Reunidos en salas de reuniones de restaurantes y hoteles del centro de la ciudad, hombres como McClure se sentían libres para hablar con franqueza sobre los temas centrales que les unían: cuál era la mejor manera de responder a las "clases peligrosas" y resolver los enrevesados problemas laborales.

Aunque la mayoría de los secretos contados y recontados en estos espacios restrictivos a lo largo de décadas nunca se han publicado, no todo está perdido. Los desertores ocasionales, los periodistas de investigación persistentes y los espías intrépidos han descubierto algunos detalles que nunca se pensaron "para información pública". Por ejemplo, en 1907, un espía obrero que de algún modo consiguió observar una reunión de la Alianza de Ciudadanos de Helena (Montana) informó de que los asistentes —viejos vigilantes y hombres de negocios que representaban a bancos, ferrocarriles, fábricas y explotaciones mineras— hablaban abiertamente de utilizar la violencia contra los miembros del sindicato. Los miembros, según el reportero, "enloquecieron" al hablar de la creciente fuerza de la Federación del Trabajo de Montana, que había lanzado numerosos boicots a centros de trabajo. Según el testigo encubierto, los asistentes "incluso hablaron de linchamientos en esta reunión".²⁷

No debería sorprendernos que se hable de forma tan extrema, ya que las prácticas secretas y violentas tienen profundas raíces en Montana y más allá. De hecho, uno de los líderes originales de la Alianza de Ciudadanos de Helena era Wilbur F. Sanders, conocido en todo el país por sus actividades como vigilante en las décadas de 1860 y 1870 y por haber sido uno de los primeros senadores estadounidenses de Montana a principios de la década de 1890. Este abogado nacido en el estado de Nueva York y veterano del ejército de la Unión se estableció por primera vez en Bannack City, un campamento minero situado en la vertiente oriental de las Montañas Rocosas, donde ejerció la abogacía e invirtió en la minería de una región que le parecía cada vez más anárquica. Los infames agentes de caminos, ladrones de oro dirigidos por Henry Plummer —el corrupto sheriff tanto de Bannack como de la cercana Virginia City— constituían la principal causa del drama de la zona. Sanders y un puñado de personas más decidieron actuar y acabaron ahorcando a sesenta y cinco hombres entre 1863 y 1870. Sanders y sus camaradas, muchos de los cuales llevaban máscaras como los miembros del Ku Klux Klan, abordaban sus tareas de forma ritual tras capturar a sus víctimas: votaban sobre cómo proceder, y normalmente optaban por matar a sus prisioneros. Los miembros vengativos ataban la soga alrededor del cuello del prisionero, pronunciaban discursos morales sobre la necesidad de obedecer la ley y el

Winston Company, 1905), 460. La afirmación de McClure refuerza el análisis de W. Fitzhugh Brundage sobre el secretismo casi intemporal que ha rodeado tradicionalmente el trabajo de los torturadores. W. Fitzhugh Brundage, *Civilizing Torture: An American Tradition* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018), 11. Sobre el empleo de McClure en el Pennsylvania Railroad, véase Scott Reynolds Nelson, *Iron Confederates: Southern Railways, Klan Violence, and Reconstruction* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999), 79-80, 153; y Albert J. Churella, *The Pennsylvania Railroad, Volume 1: Building an Empire, 1846-1917* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2013), 441.

²⁷ "Commercial Club Meets", *Montana News*, 3 de octubre de 1907, 1.

orden, y luego retiraban la caja de los pies de su prisionero, dejando que las leyes de la física se impusieran. A veces, quemaban las casas de sus víctimas. Pero el proceso tradicional de castigo era eficaz por razones prácticas y visuales. Los cadáveres que colgaban de los árboles recordaban a los posibles ladrones las despiadadas consecuencias de desafiar el deseo de los propietarios de mantener un sistema ordenado de extracción de oro y derechos de propiedad.²⁸

Según la leyenda, los Vigilantes de Montana, que en 1866 contaban con unos 1.000 miembros, se habían hecho tristemente famosos en parte por dejar la marca de su firma en sus víctimas o junto a ellas: 3-7-77.²⁹ A veces, Sanders y sus colegas, a los que más tarde llamó "hombres armados muy serios", aparentemente fijaban este misterioso número en las casas de sus objetivos, dando a los "villanos" la oportunidad de escapar de la muerte.³⁰ Como explicaba un artículo del *Wahpeton Times* de Dakota del Norte en 1890, "este temido aviso" significaba "que los Vigilantes del Coronel Sanders habían estado considerando su caso". Aunque los historiadores siguen debatiendo el significado exacto de las cifras, las víctimas comprendieron lo que estaba en juego y respondieron en consecuencia: "Recoged y marchaos en veinticuatro horas, o colgad en la segunda noche". Los ahorcamientos generalizados y el ominoso simbolismo fueron en general eficaces, según este informe: los vigilantes habían conseguido "gobernar el Territorio en interés de la paz y el orden mediante el terrorismo de la máscara y la cuerda".³¹ Dominaban técnicas, como el secretismo, las amenazas y la violencia colectiva, que les habían granjeado durante mucho tiempo la admiración de las comunidades de élite. Ocho años antes de que ayudara a aplastar a los huelguistas en 1877, McClure, de Filadelfia, se refirió a Sanders y su pelotón como "la combinación más eficiente de hombres amantes del orden que este país haya presenciado jamás."³²

Aunque el variado conjunto de individuos y organizaciones que aparecen en este libro compartían la afición por el secretismo y la disposición a repartir violencia, a menudo definían sus respectivos problemas de forma diferente y adoptaban métodos

²⁸ "The Vigilante Senator", *The Scrap Book* 3 (junio de 1907): 566; y Dillon, *Montana Vigilantes*, 162. Sobre la economía política de la minería del oro en Montana, véase Jeffrey J. Safford, *The Mechanics of Optimism: Mining Companies, Technology, and the Hot Spring Gold Rush, Montana Territory, 1864— 1868* (Boulder: University of Colorado Press, 2004). El historiador Peter Linebaugh ha identificado motivaciones similares en su innovador estudio sobre la Inglaterra del siglo XVIII, señalando que los miembros de la clase dirigente castigaban a las víctimas para enviar mensajes dramáticos a los demás. Peter Linebaugh, *The London Hanged: Crime and Civil Society in the Eighteenth Century* (Londres: Verso, 2003; 1991), xxii.

²⁹ El historiador Mark C. Dillon informa de que más de 1.000, la mayoría de ellos masones, "prestaron juramento como vigilantes" en 1866. Dillon, *Montana Vigilantes*, 130.

³⁰ "Tales of Vigilante Times", *Omaha Daily Bee*, 28 de agosto de 1905, 7.

³¹ "A Vigilantes Death", *The Wahpeton Times*, 13 de marzo de 1890, 3.

³² Alexander Kelly McClure, *Three Thousand Miles Through the Rocky Mountains* (Filadelfia: J. B. Lippincott & Co., 1869), 228. El lenguaje de McClure se parecía al de Thomas J. Dimsdale, un vigilante-cronista de estos sucesos. Thomas J. Dimsdale, *The Vigilantes of Montana or Popular Justice in the Rocky Mountains: Being a Correct and Impartial Narrative of the Chase, Trial, Capture, and Execution of Henty Plummer's Road Agent Band* (Norman: University of Oklahoma Press, 1988 [1866]), 14.

represivos distintivos en función de los retos locales. Cada estudio de caso documenta las diferentes formas en que los vigilantes más influyentes y sus organizaciones desataron el terrorismo. Los miembros del Ku Klux Klan, muchos de los cuales habían luchado por la Confederación y albergaban intensos sentimientos racistas, temían el futuro tras experimentar la dolorosa pérdida de millones de dólares en propiedades (esclavos) y enfrentarse a lo que percibían como quiebras de la "ley y el orden". Tras el colapso de la esclavitud, los miembros identificaron cuatro problemas laborales interrelacionados: escasez, ociosidad, ineficacia e insubordinación. Vestidos con túnicas blancas y practicando rituales furtivos, los miembros del Ku Klux Klan planearon y practicaron formas duras, blandas e híbridas de castigo como latigazos, linchamientos, quema de libros y campañas de expulsión para mantener su oferta de mano de obra y disciplinar a los obreros rebeldes, a los maestros blancos y a una mezcla de "carpetbaggers". Los miembros de la asociación de ganaderos, deseosos de controlar la propiedad, desencadenaron una serie de rápidos castigos, incluidos tiroteos, contra los presuntos cuatrerros. Se contaban entre las personas más poderosas y temibles de Montana y Wyoming. A mediados de la década de 1880, las Law and Order Leagues (Ligas de la Ley y el Orden), ampliamente reconocidas como las principales fuerzas parapoliciales rompehuelgas de la época, llevaron a cabo una campaña implacable contra las KOL. Louis en 1886 y asesinaron a docenas de manifestantes de plantaciones de azúcar en Thibodaux, Luisiana, un año después. Los propietarios de minas del norte de Idaho, escenario de dos extraordinarios enfrentamientos en la década de 1890, ayudaron a coordinar despiadadas campañas de detenciones masivas, obligando a los sindicalistas a ingresar en cárceles de estilo corral infamemente conocidas como "toriles", al tiempo que se ganaban la admiración de grupos empresariales externos por sus acciones draconianas. Los empresarios de principios del siglo XX eran más proclives a crear y unirse a las Alianzas Ciudadanas locales y a la Asociación Industrial Ciudadana de América (CIAA) —la mayor y más poderosa formación de antisindicales de la época— que a las ligas de la Ley y el Orden. Sin embargo, su sed de castigar y silenciar a los activistas sindicales seguía siendo fuerte. A diferencia de los miembros del Ku Klux Klan de la época de la Reconstrucción, utilizaron el lenguaje republicano de mediados del siglo XIX del "trabajo libre" en su lucha por proteger a los propietarios de empresas y a los no sindicalistas de lo que consideraban la pesadilla del sindicalismo de tiendas cerradas. Retóricamente, los miembros de las organizaciones de comercio abierto proclamaban su deseo de construir sociedades industriales dinámicas que ofrecieran libertad a los trabajadores y a los solicitantes de empleo para elegir si querían afiliarse a organizaciones sindicales.³³ Con estos objetivos en mente, los miembros lanzaron formas duras, blandas e híbridas de castigos contra los activistas sindicales y los socialistas.

³³ Sobre el lado represivo del "progresismo" y su legado, véase Ahmed White, "Law, Labor, and the Hard Edge of Progressivism: The Legal Repression of Radical Unionism and the American Labor Movement's Long Decline", *Berkeley Journal of Employment and Labor Law* 42 (2021): 165-236.

Los casos de violencia directa de la clase empresarial nos ayudan a apreciar las dimensiones más crudas y horrendas del capitalismo estadounidense cuando la nación emergió como líder sin rival de la Segunda Revolución Industrial. La nación alcanzó la superioridad económica mundial en parte porque varias asociaciones de empresarios y terratenientes lograron suprimir las masivas erupciones de disensión —provocadas tanto por trabajadores sindicados como no sindicados— que habían amenazado los intereses empresariales y de propiedad.³⁴ Los actos cotidianos de crueldad patronal, así como los dramáticos estallidos de terrorismo, sirvieron a sus intereses a largo plazo. El uso de la violencia y la coerción podía ser episódico o rutinario. Los empresarios sólo recurrían irregularmente al secuestro y a las campañas de expulsión, pero cuando lo hacían transmitían con orgullo su satisfacción por estas técnicas entre ellos. El recurso al despido y a las listas negras era mucho más habitual. En todos los casos, estos métodos represivos, practicados durante generaciones, estaban diseñados para lograr resultados claros: obligar a los trabajadores a someterse, limpiar sus lugares de trabajo y comunidades de agitadores y, en última instancia, demostrar a los forasteros que sus respectivas comunidades seguían estando maduras para nuevas inversiones. Estas acciones represivas —despidos, listas negras, palizas, traslados forzosos, encarcelamientos e incluso asesinatos— ponen de manifiesto las estrechas relaciones entre capitalismo y violencia tanto antes como durante la "era de las reformas" estadounidense. En conjunto, estos estudios de casos, que he elegido por los impresionantes ejemplos nacionales que ofrecen, por estar dirigidos por figuras y organizaciones de alto nivel y por ilustrar la importancia de la continuidad, nos obligan a considerar la cuestión del terrorismo de formas radicalmente nuevas.

Los facilitadores

Este libro no sólo trata de los terroristas del sector privado. También debemos centrarnos en un segundo grupo, al que denomino *facilitadores*, que incluye a quienes ocupan puestos de autoridad en el gobierno y expresan abierta o encubiertamente su apoyo a los empresarios y propietarios violentos, así como a quienes colaboran con ellos. Su inacción es especialmente reveladora. A finales del siglo XIX y principios del XX, las autoridades del sector público, incluidos policías, jueces y legisladores, rara vez castigaron a las élites por cometer actos violentos contra la gente corriente. Hay excepciones dignas de mención, como la represión del gobierno federal contra el Ku Klux Klan a principios de la década de 1870. Y en las zonas occidentales de la nación a finales del siglo XIX, los jurados y jueces dictaron a veces sentencias desfavorables a los

³⁴ Bruce Laurie, *Artisans Into Workers: Labor in Nineteenth-Century America* (Urbana: University of Illinois Press, 1997; 1989), 156-157.

terratenientes en el contexto de sus conflictos con colonos de medios modestos. Ocasionalmente, los alcaldes y sheriffs elegidos se ponían del lado de los trabajadores en huelga.³⁵ Sin embargo, no debemos exagerar el poder de las coaliciones obrero-liberales. Durante la mayoría de las huelgas, los jueces eran mucho más proclives a utilizar su autoridad legal para dictar medidas cautelares contra los asalariados y criminalizar a los infractores que para castigar a los empresarios infractores. Desde 1880 hasta finales de la década de 1920, los jueces dictaron más de 4.300 medidas cautelares contra los trabajadores.³⁶ Además, los estados criminalizaron a las organizaciones políticas de izquierdas: en 1902 y 1903, cuatro estados, empezando por Nueva York, aprobaron leyes que ilegalizaban la apología de la anarquía. A escala nacional, Theodore Roosevelt supervisó el desarrollo de una estricta ley a principios de 1903 que prohibía la entrada en Estados Unidos a los anarquistas inmigrantes. Además, Roosevelt promovió activamente el sistema de relaciones industriales de "tienda abierta", que investigaremos en el capítulo 5.³⁷

Las autoridades judiciales impusieron castigos especialmente severos a los radicales más destacados. El primero se produjo tras una protesta laboral en la plaza Haymarket de Chicago el 4 de mayo de 1886, cuando un desconocido arrojó una bomba que provocó disturbios y la muerte de siete policías y numerosas heridas a los espectadores. En el juicio posterior, un jurado y el juez Joseph Gary castigaron a ocho acusados condenando a siete a morir en la horca; uno recibió quince años de prisión. Nadie, ni los que vivían en aquella época ni los historiadores actuales, ha conseguido demostrar su culpabilidad.³⁸ Quince años después, las autoridades del estado enviaron a morir a otro anarquista, Leon Czolgosz, tras asesinar al presidente William McKinley en Buffalo. Los anarquistas no fueron las únicas víctimas de la violencia estatal. Consideremos el caso de Joe Hill, inmigrante sueco, organizador de la IWW y prolífico compositor. Un pelotón de fusilamiento le disparó varias veces en noviembre de 1915 en Salt Lake City porque supuestamente había matado al propietario de una tienda de comestibles y antiguo policía. Los investigadores del caso de Hill, al igual que los de los

³⁵ John P. Enyeart, *The Quest for Just and Pure Law': Rocky Mountain Workers and American Society Democracy, 1870-1924* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2009), 16.

³⁶ William E. Forbath, *Law and the Shaping of the American Labor Movement* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1991), 61; y Steven Hahn, "Emancipation, Incarceration, and the Boundaries of Coercion", *Journal of Southern History* 88 (febrero de 2022): 36.

³⁷ Robert Justin Goldstein, *Political Repression in Modern America: From 1870 to the Present* (Cambridge, MA: Schenkman Publishing Co., 1978), 67-68. Incluso las leyes aparentemente diseñadas para acabar con los monopolios perjudicaron a las organizaciones sindicales. Según Daniel A. Crane, "la Ley Sherman [de 1890] se utilizó poco y, cuando lo hizo, su hacha cayó con más frecuencia sobre el trabajo que sobre el capital". Daniel A. Crane, "The Dissociation of Incorporation and Regulation in the Progressive Era and the New Deal", en *Corporations and American Democracy*, ed., Naomi R. Lamoreaux and The New Deal. Naomi R. Lamoreaux y William J. Novak (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2017), 115.

³⁸ James Green, *Death in the Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement and the Bombing That Divided Gilded Age America* (Nueva York: Anchor, 2007 [2006]) y Peter Linebaugh, *The Incomplete, True, Authentic, and Wonderful History of May Day* (Oakland: PM Press, 2016), 21, 88.

mártires de Haymarket pero a diferencia de los estudiosos del de Czolgosz, han expresado serias dudas sobre su culpabilidad.³⁹

Aunque los empresarios no fueron directamente responsables de atar las sogas al cuello de los acusados anarquistas de Chicago, de electrocutar a Czolgosz o de inyectar balas en el cuerpo de Hill, las pruebas procedentes en gran medida de fuentes izquierdistas sugieren que aprobaban estas acciones mortales. Lucy Parsons, la viuda del mártir de Haymarket Albert Parsons, escribió que su difunto marido y sus compañeros acusados no pudieron recibir un juicio justo debido a la presión de la clase dirigente: "Albert R. Parsons entregó su espada a la salvaje turba de millonarios cuando entró en el Tribunal y pidió un juicio justo por un jurado de sus iguales".⁴⁰ A veces, quienes formaban parte de los jurados tenían un interés directo en castigar a los radicales. El miembro principal del jurado en el caso Czolgosz, Henry W. Wendt, era propietario de la Buffalo Forge Company y un destacado líder del movimiento nacional de tiendas abiertas.⁴¹ Los intereses de clase detrás del asesinato de Hill también son fáciles de detectar. Sus partidarios sostenían que los líderes de la Iglesia Mormona, el gobernador de Utah y los propietarios de las minas querían ver muerto al carismático organizador, reacios a reconocer la presencia de pruebas que ponían en duda su culpabilidad. El socialista irlandés Jim Larkin llamó a los gatilleros "los asesinos a sueldo de la clase capitalista".⁴²

El más alto tribunal del país permitió que quedaran impunes casos de violencia de las élites, incluidos algunos que desembocaron en asesinatos, al tiempo que defendía leyes destinadas a impedir que los trabajadores formaran sus propias milicias. Durante el periodo de la Reconstrucción, el Tribunal Supremo, bajo la presidencia de Morrison Waite, emitió la infame decisión de 1876 en *el caso Estados Unidos contra Cruikshank*, que dictaminó que el asesinato de más de sesenta antiguos esclavos en Colfax, Luisiana, en abril de 1873 a manos de una turba dirigida por el supremacista blanco propietario de una plantación William Cruikshank no constituía una violación de la Ley de Ejecución de 1870 —que pretendía proteger el derecho al voto de los afroamericanos frente a la violencia racista— ni de la Decimocuarta Enmienda. Esta sorprendente decisión coincidió con el colapso de la Reconstrucción. Mientras tanto, numerosos blancos se unieron a organizaciones parapoliciales como las Ligas Blancas, que aterrorizaban a los afroamericanos para imponer su condición servil.⁴³ En 1886, el

³⁹ William M. Adler, *The Man Who Never Died: The Life, Times, and Legacy of Joe Hill*, American Labor Icon (Nueva York: Bloomsbury, 2011).

⁴⁰ Lucy Parsons, *Life of Albert R. Parsons: With Brief History of the Labor Movement in America* (Chicago: Mrs. Lucy E. Parsons, Publisher and Proprietor, 1903; 1889), viii. Los estudiosos han reforzado la opinión de Parsons. Véase Paul Avrich, *The Haymarket Tragedy* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1984), 262-263.

⁴¹ Chad Pearson, *Reforma o represión: Organizing America's Anti-Union Movement* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016), 131-145.

⁴² Jim Larkin, "Murder Most Foul", *International Socialist Review* 16 (diciembre de 1915): 330.

⁴³ J. Michael Martinez, *Terrorist Attacks on American Soil: From the Civil War Era to the Present*

Tribunal Supremo falló por unanimidad en *el caso Presser contra Illinois*, que confirmaba la ley de Illinois de 1879 que prohibía la organización de paramilitares armados sin obtener antes una licencia del gobierno. Temerosas de los brotes de combatividad obrera, las autoridades habían puesto en su punto de mira a la milicia del socialista alemán Herman Presser, la Lehr und Wehr Verein (Asociación de Instrucción y Defensa), por razones políticas obvias.⁴⁴

Los principales jueces del país siguieron demostrando sus prejuicios de clase a principios del siglo XX, una época que los historiadores han denominado la Era *Lochner*, por el caso *Lochner contra Nueva York*, que marcó un hito en 1905. En él, el Tribunal Supremo dictaminó que la legislación estatal que limitaba el horario de los panaderos de Utica (Nueva York) era inconstitucional. Los liberales han denunciado durante mucho tiempo esta decisión, mientras que los conservadores la han aplaudido en general por proporcionar libertad de gestión a los empresarios.⁴⁵ La sentencia *del caso Lochner* fue relativamente suave en comparación con otras dos, *Pettibone contra Nichols* (1906) y *Moyer contra Peabody* (1909), que, en conjunto, confirmaron la legalidad del secuestro de destacados activistas sindicales, entre ellos el doblemente desafortunado Charles Moyer, dirigente de la WFM. En conjunto, decisiones como las de *Estados Unidos contra Cruikshank*, *Presser contra Illinois*, *Pettibone contra Nichols* y *Moyer contra Peabody* empoderaron a las élites empresariales y les proporcionaron tranquilidad, indicándoles que podían seguir lanzando ataques impunemente.⁴⁶ En

(Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2012), 89; y John C. Rodrigues, *Reconstruction in the Cane Fields: From Slavery to Free Labor in Louisiana's Sugar Parishes, 1862-1880* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2001), 166-167. Sobre Cruikshank y las circunstancias que condujeron a él, véase Charles Lane, *The Day Freedom Died: The Colfax Massacre, the Supreme Court, and the Betrayal of Reconstruction* (Nueva York: Henry Holt and Company, 2008); Pamela Brandwein, *Rethinking the Judicial Settlement of Reconstruction* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011); y James Gray Pope, "Snubbed Landmark: Why United States v. Cruikshank (1876) Belongs at the Heart of the American Constitutional Canon", *Harvard Civil Rights-Civil Liberties Law Review* 49 (junio de 2014): 10-55.

⁴⁴ Stephen P. Halbrook, "The Right of Workers to Assemble and Bear Arms: Presser v. Illinois, One of the Last Holdouts Against Application of the Bill of Rights to the States", *University of Detroit Mercy Law Review* 76 (verano de 1999): 943-89.

⁴⁵ Morton J. Horwitz, *The Transformation of American Law, 1870-1960: The Crisis of Legal Orthodoxy* (Oxford: Oxford University Press, 1992), 29-31, 33-36.

⁴⁶ El caso *Pettibone contra Nichols* se refería al secuestro organizado por la patronal de los dirigentes de la Federación Occidental de Mineros, Charles Moyer, William Haywood y George Pettibone, en 1906 en Colorado, por su supuesta implicación en el asesinato del ex gobernador de Idaho, Frank Steunenberg. Las palabras de un jurista subrayan la importancia de este caso: "Independientemente de lo que uno pueda pensar de las cualidades personales de Moyer, Haywood y Pettibone, es difícil considerar su traslado forzoso de Colorado a Idaho como algo más que un secuestro, sin embargo, el Tribunal Supremo, con una sola disidencia, sostuvo que no se había infringido ningún derecho constitucional por esta acción ejecutiva". Jackson H. Ralston, "Judicial Control Over Legislatures as to Constitutional Questions", *The American Law Review* 54 (enero-febrero de 1920): 198. Sobre el contexto más amplio, véase Gage, *The Day Wall Street Exploded*, 74-76; y Michael Mark Cohen, *The Conspiracy of Capital: Law, Violence, and American Popular Radicalism in the Age of Monopoly* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2019), 80-141. Moyer contra Peabody también implicó a Charles Moyer, que fue secuestrado por las autoridades durante las huelgas

1911, consciente de cómo el Tribunal Supremo de Estados Unidos reforzaba las relaciones desiguales de poder, el historiador Gustavus Myers lo llamó "el instrumento más poderoso de la clase dominante".⁴⁷

En algunos casos, las fuerzas estatales hicieron algo más que permitir episodios de violencia empresarial. Los historiadores nos han enseñado que los empresarios solían resolver sus problemas laborales más acuciantes recurriendo a los departamentos de policía locales, a la Guardia Nacional e incluso a las tropas federales.⁴⁸ Una mezcla de tropas golpeó, y a veces mató, a manifestantes durante numerosas huelgas de ferrocarriles, tranvías, fábricas y minas. Alcaldes, muchos gobernadores estatales y presidentes de la Gilded Age, como Rutherford B. Hayes, Benjamin Harrison, Grover Cleveland y William McKinley, desataron a las fuerzas armadas contra los huelguistas en varios momentos de sus mandatos. Theodore Roosevelt, que anteriormente había celebrado las masacres de nativos americanos y las feroces actividades de la Asociación de Ganaderos de Montana contra supuestos cuatreros, continuó con estas tradiciones. En un caso especialmente notorio, Roosevelt envió tropas federales a Goldfield, Nevada, en diciembre de 1907, durante una huelga pacífica organizada por la IWW.⁴⁹

En ocasiones, empresarios y ciudadanos privados de élite trabajaban codo con codo con las fuerzas del Estado, lo que demostraba la fluidez de las líneas divisorias entre los poderes público y privado. Muchos tenían intereses que se solapaban; numerosos

mineras de 1903-1904 en Colorado. James Peabody, gobernador de Colorado y miembro de la Alianza de Ciudadanos, autorizó la detención de Moyer. Frustrado por la falta de garantías procesales, Moyer, tras pasar dos meses en una celda sin enfrentarse a cargos formales, recurrió su caso ante los tribunales. En 1909, el Tribunal Supremo de EE.UU., bajo la dirección de Oliver Wendell Holmes Jr., se pronunció por unanimidad a favor de Peabody. Para el contexto, véase Aviam Soifer, *Law and the Company We Keep* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995), 58-61. El presidente del Tribunal Supremo en aquel momento, Melville Fuller, participó activamente en la política antisindical como demócrata en Chicago en los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil. Véase Cedric De Leon, *The Origins of Right to Work: Antilabor Democracy in Nineteenth-Century Chicago* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2015), 99-100.

⁴⁷ Gustavus Myers, "Prospectus of History of the Supreme Court of U.S.", *Montana News*, 27 de julio de 1911,2.

⁴⁸ Sidney L. Harring, *Policing a Class Society: The Experience of American Cities, 1865-1915* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1983); Marilyn S. Johnson, *Street Justice: A History of Police Violence in New York City* (Boston: Beacon Press, 2003), 33-34; Andrew R. Graybill, *Policing the Great Plains: Rangers, Mounties, and the North American Frontier, 1875— 1910* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2007), 158-200; Sam Mitrani, *The Rise of the Chicago Police Department: Class and Conflict, 1850-1894* (Urbana: University of Illinois Press, 2013); y Doug J. Swanson, *Cult of Glory: The Bold and Brutal History of the Texas Rangers* (Nueva York: Viking, 2020). En su estudio de la justicia penal en el condado de Lincoln, Nebraska, Mark R. Ellis muestra simpatía por los agentes de la ley, al tiempo que reconoce que servían a los intereses de la clase dominante. Véase Mark R. Ellis, *Law and Order in Buffalo Bill's Country: Legal Culture and Community on the Great Plains, 1867-1910* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2007).

⁴⁹ Goldstein, *Political Repression in Modern America*, 17, y David R. Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920: Socialists, Populists, Miners, and Wobblies* (Boulder: University of Colorado Press, 2007), 163-165. Sobre el apoyo de Roosevelt al vigilantismo del Oeste, véase Clyde A. Milner II y Carol A. O'Connor, *As Big as The West: The Pioneer Life of Granville Stuart* (Oxford: Oxford University Press, 2009), 239-240. Sobre su apoyo a la violencia racista, véase Greg Grandin, *The End of the Myth: From the Frontier to the Border Wall in the Mind of America* (Nueva York: Metropolitan Books, 2019), 120-121.

políticos y jueces ganaron enormes sumas con sus propias inversiones en explotaciones mineras, ferroviarias y fabriles. En ocasiones, figuras del sector privado donaron dinero y armas a las fuerzas policiales locales y a las unidades de la Guardia Nacional. Además, las élites públicas y privadas solían ocupar los mismos espacios. Jueces, empresarios y políticos solían codearse en clubes de caballeros al estilo inglés. Pero los participantes en operaciones conjuntas público-privadas contra los trabajadores no se comportaban caballerosamente una vez en combate. Esto quedó claro durante una serie de campañas represivas dirigidas por las élites, desde la huelga ferroviaria de 1877, cuando los hombres de negocios de la Costa Este y del Medio Oeste unieron sus fuerzas con las tropas locales, estatales y federales participando en milicias capitalistas que brutalizaron sistemáticamente a los huelguistas, hasta la deportación de Bisbee, Arizona, en 1917, cuando una campaña conjunta de vigilantes y del Estado expulsó por la fuerza a 1.200 sindicalistas a zonas remotas de Nuevo México.⁵⁰

Los opositores más enérgicos del movimiento obrero, tanto del sector público como del privado, destacaron por sus tendencias asesinas. El historiador Stephen Budiansky ha informado de que el Ku Klux Klan y los vigilantes afines al Ku Klux Klan asesinaron a más de 3.000 personas durante el periodo de Reconstrucción.⁵¹ A nivel nacional, entre 1872 y 1914, las fuerzas antisindicales mataron entre 500 y 800 trabajadores en conflictos directos. Esta cantidad es considerablemente mayor que el número de muertes relacionadas con huelgas en otros países durante este periodo. En Alemania, uno de los principales competidores económicos de Estados Unidos, el número de manifestantes muertos durante este mismo periodo fue de dieciséis. En Francia, otro país industrializado avanzado, diecinueve obreros fueron asesinados entre 1906 y 1909. Además, los opositores sindicales estadounidenses hirieron a muchos más trabajadores que sus homólogos mundiales.⁵²

⁵⁰ James Dabney McCabe, *The History of the Great Riots* (Philadelphia: National Publishing Company, 1877); Samuel Crothers Logan, *A City's Danger and Defense. Or Issues and Results of the Strikes of 1877, Containing the Origin and History of the Scranton City Guard* (Scranton: n.p., 1887); David T. Burbank, *Reign of the Rabble: The St. Louis General Strike of 1877* (Nueva York: Augustus M. Kelley Publishers, 1966); Philip English Mackey, "Law and Order, 1877: Philadelphia's Response to the Railroad Riots", *The Pennsylvania Magazine of History and Biography* 96 (abril de 1972): 183-202; y David Roediger, "Not Only the Ruling Classes to Overcome, But Also the So-called Mob: Class, Skill and Community in the St. Louis General Strike of 1877", *Journal of Social History* 19 (invierno de 1985): 213-39. Sobre Bisbee, véase James W. Byrkit, *Forging the Copper Collar: Arizona's Labor-Management War of 1901-1921* (Tucson: University of Arizona Press, 1982), 187— 215; y Katherine Benton-Cohen, *Borderline Americans: Racial Division and Labor War in the Arizona Borderlands* (Cambridge: Harvard University Press, 2009), 216-217.

⁵¹ Budiansky, *La camisa ensangrentada*, 7.

⁵² Robert Justin Goldstein, "Simposio sobre historia laboral: Political repression of the American labor movement during its formative years—a comparative perspective", *Labor History* 51 (mayo de 2010): 279-280; y Gerald Friedman, *State-Making and Labor Movements: France and the United States, 1876-1914* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1998). Paul F. Lipoid y Larry W. Isaac, basándose en un marco temporal coincidente, aunque no perfectamente paralelo, han identificado 1.160 muertes relacionadas con huelgas entre 1877 y 1947. La mayoría eran huelguistas, y la mayoría de las muertes se produjeron a finales del siglo XIX y principios del XX. Paul F. Lipoid y Larry W. Isaac, "Striking Deaths: Lethal Contestation and the

Quienes se enfrentaban a diversos problemas laborales tenían una tercera opción: la asistencia de empresas de seguridad privadas, entre ellas los Pinkertons. Fundada por el antiguo abolicionista e inmigrante escocés Allan Pinkerton en la década de 1850, a finales de siglo los Pinkerton se habían convertido en una rentable agencia de lucha contra el crimen con múltiples delegaciones en toda Norteamérica. Como veremos, muchos empresarios, enfrentados tanto a huelgas como a la presencia de activistas obreros en sus nóminas, recurrieron a los servicios de esta y otras agencias de detectives tanto para derrotar a los huelguistas como para eliminar a los alborotadores. Los directores de minas, fábricas y ferrocarriles invirtieron cientos de miles de dólares en esta y otras agencias para espiar e infiltrarse en los sindicatos, aunque los resultados fueron desiguales.⁵³

Dadas las opciones disponibles, debemos hacernos una pregunta fundamental: ¿por qué los empresarios y otras élites optaron por ensuciarse las manos desatando directamente oleadas de represión? Podemos especular. La razón más obvia es que podían hacerlo. Pero sin duda hubo otras razones más profundas. Quizás muchos veteranos de las guerras contra los nativos americanos y/o de la Guerra Civil querían recrear la sensación de camaradería y la emoción del combate en el campo de batalla. Luchar contra trabajadores desafiantes, en otras palabras, despertaba sentimientos que se asemejaban a las experiencias emocionales de la lucha contra las tropas enemigas y los nativos americanos, los primeros víctimas de las duras ofensivas de expulsión. Puede que algunos disfrutaran de la adrenalina del combate y albergaran el deseo de recrear experiencias de victoria. Algunos estudiaron la historia de las guerras y, en el capítulo 4,1 teorizan que la Segunda Guerra Seminola (1835-1842) —en la que se produjeron numerosos secuestros de líderes nativos americanos en Florida— motivó a los luchadores sindicales de Tampa de principios de siglo. También había razones prácticas por las que los empresarios emprendían acciones directas cuando se enfrentaban a desafíos desde abajo. Algunas regiones carecían de capacidad represiva; en ocasiones, los departamentos de policía eran demasiado pequeños y, por tanto, incapaces de aplastar con éxito las huelgas y restablecer el orden. Quizá la razón más convincente sea que la lucha directa era el método más eficaz para resolver los problemas. Al fin y al cabo, ponerse en contacto con las fuerzas del orden locales o pedir ayuda por escrito a jueces y/o gobernadores requería mucho tiempo, lo que

'Exceptional' Character of the American Labor Movement, 1870-1970", *International Review of Social History* 54 (agosto de 2009): 189, 198, 200. Leo Panitch y Sam Gindin señalan que la represividad del Estado de la Gilded Age fue el resultado de la "coalescencia de las élites empresariales y políticas en respuesta a un conflicto de clases intenso y generalizado". Leo Panitch y Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire* (Londres: Verso, 2012), 33.

⁵³ Robert Michael Smith, *From Blackjacks to Briefcases: A History of Commercialized Strikebreaking and Unionbusting in the United States* (Athens: Ohio University Press, 2003), 3-38; S. Paul O'Hara, *Inventing the Pinkertons or Spies, Sleuths, Mercenaries, and Thugs: Being a Story of the Nation's Most Famous (and infamous) Detective Agency* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2016); y Wilbur R. Miller, *A History of Private Policing in the United States* (Nueva York: Bloomsbury Academic, 2019), 131-159.

ofrecía a los manifestantes oportunidades adicionales de perjudicar los intereses empresariales. ¿Por qué esperar a la policía o a los guardias privados cuando se podía expulsar, secuestrar o disparar directamente a los oponentes?

Los Creadores de Narrativas

Ninguna de las figuras de este estudio, incluidas las de los sectores público y privado, quería que los miembros de la sociedad en general las percibieran como matones de espíritu mezquino y terroristas. Les importaba mucho su imagen pública, y por eso debemos tener en cuenta las actividades de un tercer grupo, que a menudo se solapa con el anterior: los *creadores de narrativas*. Los sujetos de este estudio disfrutaban de fácil acceso a los creadores de opinión dominantes de la sociedad, y los líderes religiosos, los periodistas y los autores destacados de artículos y libros presentaban a los empresarios, los trabajadores y los conflictos entre ellos de formas que elevaban el estatus de las élites a la vez que estigmatizaban a la gente corriente desobediente. En algunos casos, los principales antisindicalistas, incluidos los que participaron en la lucha directa, eran ellos mismos autores y editores.⁵⁴

La idea de que las ideas de las élites son hegemónicas en la sociedad no es una observación original. Los estudiosos del papel de la ideología han encontrado durante mucho tiempo mucho valor en la cita frecuentemente citada de Karl Marx y Friedrich Engels de *la Ideología alemana*. 'Las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes, es decir, la clase que es la fuerza material dominante de la sociedad es al mismo tiempo su fuerza intelectual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios de producción material, controla al mismo tiempo los medios de producción mental, de modo que, en términos generales, las ideas de quienes carecen de medios de producción mental están sometidas a ella.'⁵⁵ Más de un siglo después, Malcolm X actualizó este análisis básico: "Si no tienes cuidado, los periódicos te harán odiar a la gente que está siendo oprimida y amar a la gente que está oprimiendo".⁵⁶

Estas astutas observaciones sobre la relación entre clase e ideología han resistido la

⁵⁴ Troy Rondinone señala que los escritores de periódicos comparaban habitualmente las huelgas con actos de guerra. Troy Rondinone, *The Great Industrial War: Framing Class Conflict in the Media, 1865-1950* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2010). Vilja Hulden ha escrito sobre los estrechos vínculos entre los líderes de las asociaciones patronales y las fuentes de noticias más destacadas. Vilja Hulden, "Employer Organizations' Influence on the Progressive-Era Press", *Journalism History* 38 (marzo de 2012): 43-54.

⁵⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana* (Nueva York: International Publishers, 1970; 1846), 64.

⁵⁶ Malcolm X, *Malcolm X Speaks: Selected Speeches and Statements*, ed., George Breitman (Nueva York: Grove Press, 1965), 93. George Breitman (Nueva York: Grove Press, 1965), 93.

prueba del tiempo, ofreciéndonos ideas útiles sobre el poder de las relaciones públicas o, por decirlo más crudamente, de la propaganda. Podemos aplicar estas observaciones a finales del siglo XIX y principios del XX. Pero en lugar de centrarse abstractamente en "la clase dominante", este libro identifica a los verdaderos creadores de la narrativa, los oradores y escritores responsables de impulsar a sus comunidades, etiquetando a los empresarios violentos como "buenos ciudadanos" y refiriéndose a las masas descontentas como las "clases peligrosas". En cada capítulo se examinan tanto los casos de violencia de las élites como las formas en que destacados escritores justificaron tales acciones. Esto fue tan cierto durante el periodo de Reconstrucción, cuando los miembros del Ku Klux Klan recibieron una cobertura periodística favorable a pesar de cometer una serie de atrocidades brutales, como en el Oeste durante la Primera Guerra Mundial, cuando hombres enmascarados de los estados de las Montañas Rocosas asaltaron a activistas obreros, secuestrando incluso violentamente al líder de la IWW Frank Little durante una huelga contra la poderosísima Anaconda Copper Mining Company, un importante empleador con fama de practicar la represión sindical y las listas negras.⁵⁷ Little fue ahorcado por unos desconocidos que dejaron los misteriosos números 3-7-77 junto a su cuerpo sin vida, un asesinato que contó con la aprobación de algunos de los líderes de opinión más influyentes del país.⁵⁸ Dos capítulos exploran cómo los periodistas participaron en actividades violentas al tiempo que creaban y promovían relatos que legitimaban tales acciones.

Los artículos periodísticos eran las herramientas de difusión de información más obvias promovidas por las élites para justificar los casos de violencia antilaboral, pero había otras. Muchos novelistas también describieron los conflictos obrero-patronales de forma que sirvieran a los intereses de las élites. El sociólogo Larry Isaac ha identificado lo que él denomina la aparición de la "novela americana de problemas laborales", reconociendo la publicación de más de 500 "historias de problemas laborales" entre 1870 y 1919. Aunque algunas describían la difícil situación de los trabajadores de forma positiva, la mayoría reforzaban la idea de que los estallidos de activismo obrero eran inmorales y fundamentalmente perjudiciales para las instituciones económicas y políticas del país. No podemos medir con precisión cómo estas fuentes influyeron en la opinión pública, pero podemos suponer que desempeñaron *algún* papel en la influencia

⁵⁷ Arnon Gutfeld, "El asesinato de Frank Little: Radical Labor Agitation in Butte, Montana, 1917", *Labor History* 10 (primavera de 1969): 178-179; y Jane Little Botkin, *Frank Little and the IWW: The Blood that Stained an American Family* (Norman: University of Oklahoma Press, 2017), 295-311. Véase también Jerry Calvert, "The Rise and Fall of Socialism in a Company Town, 1902-1905", *Montana: The Magazine of Western History* 36 (otoño, 1986): 2-13; y David M. Emmons, *The Butte Irish: Class and Ethnicity in an American Mining Town, 1875-1925* (Urbana: University of Illinois Press, 1989), 268-275, 373-375.

⁵⁸ El historiador Christopher Waldrep señala que los periódicos de Boston y Chicago, muy alejados del linchamiento de Little, cubrieron el acontecimiento con aprobación. Un redactor del Boston Transcript estaba orgulloso de que "Montana lo hiciera". Citado en Christopher Waldrep, *The Many Faces of Judge Lynch: Extralegal Violence and Punishment in America* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2002), 126.

de los lectores.⁵⁹

El último capítulo, que analiza las relaciones entre el contexto y el texto, se centra en los escritos de uno de los novelistas más célebres del siglo XX, Owen Wister. Este acaudalado ciudadano de Filadelfia, licenciado en Harvard, amigo de Theodore Roosevelt y autor de la mundialmente famosa *The Virginian* (1902) formó parte del comité de relaciones públicas de la CIAA, la organización nacional que coordinó muchas de las actividades antisindicales de principios del siglo XX. *The Virginian*, basada vagamente en la redada de la Wyoming Stock Growers Association contra pequeños granjeros del condado de Johnson en 1892, es la novela emblemática que dio origen al género de ficción del oeste. El libro ayudó a rehabilitar la reputación de los hombres armados responsables de matar a dos y aterrorizar a muchos otros en el norte de Wyoming. Esta publicación no fue la única intervención literaria de Wister destinada a elevar el estatus de los miembros de su clase. Uno de sus libros menos conocidos, *Lady Baltimore* (1906), que describe los enconados agravios albergados por la élite blanca de Charleston tras la Guerra Civil, reforzó la noción popular de que las reformas republicanas eran profundamente perversas porque proporcionaban protección legal a los afroamericanos. Además, *Lady Baltimore* legitimaba las actividades de los vigilantes racistas. Por último, Wister publicó numerosos relatos de no ficción en los que defendía el principio de tienda abierta frente a lo que consideraba excesos y pecados del movimiento obrero. Wister fue un creador narrativo de enorme autoridad, que ofreció justificaciones para formas públicas y privadas de violencia de élite a cientos de miles de lectores.

Los creadores de narrativas estaban tan comprometidos con la promoción de sus visiones del mundo como con la supresión de las ideas que consideraban subversivas. *Los supresores de la narrativa* quemaron libros, destruyeron físicamente imprentas socialistas, expulsaron a los profesores de sus comunidades y suspendieron reuniones. Demostrando su preferencia por los afroamericanos analfabetos frente a los cultos, los miembros del Ku Klux Klan destruyeron libros e incendiaron escuelas negras al tiempo que exigían a los profesores que abandonaran sus barrios. Estas actividades represivas continuaron durante el cambio de siglo, cuando los empresarios organizados lanzaron redadas contra los periódicos obreros y expulsaron a los redactores subversivos de las comunidades. En este entorno inhóspito, los miembros de la IWW protagonizaron numerosas luchas por la "libertad de expresión", sobre todo en ciudades occidentales,

⁵⁹ Larry Isaac, "Making the American Labor Problem Novel", *American Sociological Review* 74 (diciembre de 2009): 939. Véase también Scott Dalrymple, "John Hay's Revenge: Anti-Labor Novels, 1880— 1905", *Business and Economic History* 28 (otoño de 1999): 133-142; Richard Slotkin, *Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America* (Nueva York: Atheneum, 1992), 90— 101; y Justin Rogers-Cooper, "Downfall of the Republic! The 1877 General Strike and the Fictions of Red Scare", *Canadian Review of American Studies* 46 (invierno de 2016): 386-408. Joe Shapiro ha rastreado el desarrollo de una cohorte anterior de novelistas responsables de etiquetar de "villanos" a los manifestantes de la clase obrera." Joe Shapiro, *La imaginación iliberal: Class and the Rise of the U.S. Novel* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2017), 4.

donde las ordenanzas prohibían los discursos en las tribunas.⁶⁰ Los agresores solían defender sus diversas medidas represivas invocando el principio de "ley y orden". Las verdaderas razones provenían de su deseo colectivo de lograr y mantener el control sobre la circulación de ideas.

COMO VAMOS A DESCUBRIR, los terroristas, facilitadores y creadores de narrativas no siempre lograron sus objetivos. A pesar de las amenazas y la violencia de los miembros del Ku Klux Klan y otros vigilantes de ideas afines, numerosos antiguos esclavos se negaron a trabajar para sus "amos", y muchos huyeron de las zonas del Sur hacia regiones del Norte. Muchos pequeños propietarios y arrendatarios de distintas razas se unieron a movimientos de agricultores y eligieron a miembros del Partido Populista para ocupar puestos de poder, desafiando los intereses de los influyentes ganaderos. Los miembros de las Ligas de la Ley y el Orden, así como los activos en diversas asociaciones patronales y Alianzas Ciudadanas, nunca fueron capaces de eliminar del todo las organizaciones obreras ni de erradicar las formaciones socialistas. A pesar de su oposición a las reuniones y publicaciones radicales, muchos anarquistas y socialistas continuaron dirigiéndose a grandes multitudes y publicando periódicos, libros y panfletos. Los encarcelados por cometer actos de radicalismo obrero a menudo empleaban su tiempo de forma productiva leyendo libros subversivos y conspirando entre ellos sobre la mejor forma de lanzar futuros movimientos. En algunos casos, los apasionados defensores del principio de tienda abierta se rindieron a la presión laboral firmando acuerdos de exclusividad con los sindicatos. Los protagonistas de este libro eran enormemente poderosos, pero no invencibles.

⁶⁰ "Free Speech", *The People*, 4 de junio de 1899, 3; David M. Rabban, *Free Speech in its Forgotten Years* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), 77-128; y Laura Weinrib, *The Taming of Free Speech: America's Civil Liberties Compromise* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2016), 26-31.

CAPÍTULO I

Mantenerlos en su sitio

Problemas laborales, gestión y vigilancia en el Sur de la Reconstrucción

Las derrotas en el campo de batalla y las grandes pérdidas de mano de obra produjeron sentimientos de amargura y desesperación que perduraron mucho después de la rendición confederada en Appomattox. Los confederados habían luchado para preservar un sistema basado en la supremacía blanca y la explotación laboral extrema, pero fueron derrotados en última instancia por las implacables embestidas de una fuerza militar superior combinadas con revueltas generalizadas de esclavos. Nathan Bedford Forrest, el general confederado de 1,90 metros de estatura, aparentemente intrépido, conocido como "el carnicero de Fort Pillow", antiguo comerciante de esclavos de Memphis y capitalista del ferrocarril, hizo un anuncio objetivo a sus tropas inmediatamente después del colapso de la Confederación: "El gobierno que intentamos establecer y perpetuar ha llegado a su fin".¹ Al regresar de la guerra, los confederados miraban al futuro con absoluto temor, reconociendo las muchas dificultades económicas y emocionales que les esperaban.²

La élite terrateniente del Sur fue la que más perdió y se enfrentó a un futuro incierto. Financieramente, la abolición de la esclavitud equivalía a la pérdida de unos tres mil millones de dólares en bienes humanos.³ Afectados por esta dolorosa realidad financiera y de gestión, expresaron un profundo malestar, temerosos de que los antiguos esclavos, fortalecidos por la victoria de la Unión, no estuvieran dispuestos a trabajar para sus antiguos jefes. En sus recuerdos, el general John B. Gordon de Georgia, cuya acaudalada familia había sido propietaria de más de una docena de esclavos en el condado de Walker, escribió: "Los negros están liberados y pueden negarse a trabajar".⁴ La idea de que cientos de miles de afroamericanos revocaran el

¹ Citado en John Allen Wyeth, *Life of General Nathan Bedford Forrest* (Nueva York: Harper & Brothers Publishers, 1899), 613.

² Sobre el sentimiento generalizado de desmoralización que asolaba a los sureños de posguerra, véase Anne Sarah Rubin, *A Shattered Nation: The Rise and Fall of the Confederacy, 1861-1868* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005), 141-171.

³ James M. McPherson, *Abraham Lincoln and the Second American Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1992), 17.

⁴ John B. Gordon, *Reminiscences of the Civil War* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1905), 448. Además de poseer esclavos, el padre de John, Zachariah H. Gordon, era un ministro baptista que poseía doce millas de manantiales e invirtió en numerosas minas de carbón. Kenneth H. Wheeler, *Modern Cronies:*

poder de los terratenientes para ordenar el trabajo o, lo que es más inquietante, que simplemente se negaran a trabajar, provocó una gran preocupación, lo que llevó a Gordon a imaginar una realidad sin ley, casi distópica: "¿Qué garantías podemos tener de la ley y el orden y de la seguridad de nuestras familias con cuatro millones de esclavos repentinamente emancipados entre nosotros y sin las restricciones a las que estaban acostumbrados?"⁵ Otros expresaron una inquietud similar. Después de servir tres años en la Confederación, James R. Crowe regresó a su casa de Pulaski, Tennessee, donde él y sus compañeros se encontraron con numerosos "hombres malos". "El final de la guerra", recordó Crowe más tarde, "había dejado el Sur lleno de hombres malos, tanto blancos como negros".⁶ La esclavitud había servido durante mucho tiempo a sus intereses económicos y de seguridad pública, y ahora la élite se veía obligada a hacer frente a pérdidas financieras extraordinarias, incluida la escasez de mano de obra y de crédito.⁷ Precisamente cómo seguir adelante consumía gran parte de su energía emocional.

Forrest, Gordon y Crowe, como la mayoría de los sureños privilegiados, asociaban la emancipación con vicios de pesadilla: ociosidad, desorden, ruina económica y delincuencia. La ausencia de las restricciones formales incorporadas a la esclavitud permitía a los "hombres malos" negros rechazar las órdenes de trabajar, mientras que numerosos "hombres malos" blancos ayudaban a los liberados enseñando a los afroamericanos. Este giro de los acontecimientos planteó muchas preguntas incómodas, entre ellas, la más fundamental, ¿cómo podían seguir adelante? Más concretamente, ¿cómo podían resolver el doble problema de la inseguridad económica y lo que consideraban criminalidad? Los "hombres malos", que gozaban de una protección limitada por parte del gobierno federal, eran, sobre todo, responsables de enormes trastornos, incluida una fuerte reducción de la productividad agrícola y la consiguiente pérdida de cosechas, mano de obra y medios de subsistencia. La Proclamación de Emancipación de Lincoln, la "huelga general" de los esclavos y la victoria de la Unión iniciaron una nueva y dolorosa era para los confederados y los terratenientes.

Este capítulo examina cómo los propietarios de la región y sus aliados colaboraron y lucharon para resolver lo que sin duda fueron los problemas laborales más extendidos y

Southern Industrialism from Gold Rush to Convict Labor, 1829-1894 (Athens: University of Georgia Press, 2021), 39, 123.

⁵ Gordon, *Reminiscences*, 448. El historiador pro-Klan Stanley F. Horn señala que estos temores estaban muy extendidos, explicando que "Profundamente arraigado en la mente de cada residente de los estados esclavistas estaba el miedo latente a la insurrección negra y a la guerra racial. Era la pesadilla crónica del Sur". Stanley F. Horn, *Imperio invisible: The Story of the Ku Klux Klan, 1866-1871* (Cos Cob, CT: John E. Edwards Publisher, 1969), 27; y Thomas Wagstaff, "Call Your Old Master-'Master': Southern Political Leaders and Negro Labor During Presidential Reconstruction", *Labor History* 10 (verano de 1969): 326.

⁶ Citado en "Origin of the Kuklux", *The Pulaski Citizen*, 17 de mayo de 1888, 4.

⁷ Jeffrey Sklansky, *Soberano del mercado: The Money Question in Early America* (Chicago: University of Chicago Press, 2017), 177.

desafiantes de la historia de Estados Unidos. En todo el Sur, los propietarios de plantaciones y los veteranos que regresaban se hacían una pregunta sencilla: ¿Cómo podían reanudar sus actividades económicas con una mano de obra que había desempeñado un papel fundamental en la destrucción del antiguo sistema laboral? Los veteranos confederados no tenían ninguna intención de rendirse completamente a la autoridad del gobierno federal ni a las demandas de los liberados.

Por esta razón, muchos se unieron o apoyaron a organizaciones paramilitares como el Ku Klux Klan, una asociación multilocal y descentralizada que utilizaba el terrorismo para, sobre todo, promover los intereses de los miembros más privilegiados de la sociedad. En resumen, los grupos parapoliciales como el Klan servían a los intereses de clase de los que se encontraban en la cúspide de la sociedad. Supongo que algunos lectores encontrarán problemática mi insistencia en situar la clase en el centro de mi análisis. Después de todo, muchos estudiosos se han centrado tradicionalmente en el racismo que caracterizaba al Klan y a sus organizaciones afines, ignorando o restando importancia a las divisiones de clase, una tendencia común también en otras áreas de la investigación histórica. Durante décadas, los historiadores han sugerido que es necesario examinar múltiples identidades y divisiones y evitar el pecado del "reduccionismo de clase". En nuestro momento académico actual, el tema de la "interseccionalidad" —la idea de que podemos obtener una comprensión más completa del pasado explorando las diversas formas en que las identidades y fronteras de clase, género y raza se han cruzado entre sí— ha ganado una popularidad considerable. En este proceso, hemos aprendido mucho sobre las diversas formas en que el racismo se ha expresado, incluso desde abajo. Los historiadores nos han enseñado que numerosas personas blancas corrientes de diferentes regiones y ocupaciones han dado históricamente la espalda a los proletarios negros, demostrando mayores inclinaciones a identificarse con su raza que con su clase. Estos escritores han escrito mucho sobre cómo los trabajadores blancos mostraron formas tanto sutiles como despiadadas de supremacía blanca antes, durante y después del periodo de Reconstrucción.⁸

⁸ Iver Bernstein, *The New York City Draft Riots: Their Significance for American Society and Politics in the Age of the Civil War* (Oxford: Oxford University Press, 1990). Sobre las identidades de la clase trabajadora blanca, véase David R. Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class* (Londres: Verso: 1991); y Noel Ignatiev, *How the Irish Became White* (Nueva York: Routledge, 1995). Muchos de los historiadores actuales suelen restar importancia a las divisiones de clase y a las relaciones obrero-patronales, al tiempo que subrayan el poder duradero y las características siniestras del racismo por encima de las diferencias de clase. En una reseña de una colección de ensayos de destacados estudiosos de la Reconstrucción, Brian Kelly identifica "la ausencia de cualquier mención, salvo fugaz, del conflicto por la tierra o el trabajo". Brian Kelly, "Más allá de la libertad: Disrupting the History of Emancipation, ed. por David W. Blight y Jim Downs (reseña)", *The Journal of the Civil War Era* 9 (marzo de 2019): 169. Mientras que muchos académicos se han distanciado de la historia laboral y el análisis de clase, otros han producido importantes trabajos bajo la bandera de la "historia del capitalismo." Algunas de las becas más emocionantes, definidas como "capitalismo racial", nos han ayudado a apreciar mejor lo que Destin Jenkins y Justin Leroy han llamado la "violencia económica racializada del capitalismo." Destin Jenkins y Justin Leroy, "Introducción: The Old History of Capitalism", en *Histories of Racial Capitalism*, ed., Destin

De hecho, ningún observador sensato puede ignorar los numerosos ejemplos de racismo expresados por los blancos de a pie a lo largo de la historia de Estados Unidos, pero aquí nos centraremos en las actividades organizativas y violentas de los hombres *de la élite*, aquellos que vivían vidas relativamente privilegiadas pero que fueron derrotados y se sintieron intensamente sacudidos por los terribles resultados de la Guerra Civil. Estos hombres, que no estaban dispuestos a aceptar los drásticos cambios económicos y raciales, nunca dejaron de luchar. Este capítulo, que es, de hecho, completamente interseccional, revela cómo las élites sureñas, generalmente racistas hasta la médula, construyeron redes y desencadenaron múltiples campañas represivas con los objetivos generales de restablecer el control sobre las comunidades, la política y los lugares de trabajo. Estaban motivados para recrear un régimen dictatorial que reflejara el orden social de antes de la guerra y, por esta razón, podemos comprender mejor sus estallidos de violencia racista si analizamos las dimensiones de clase de esa violencia. Dados sus intereses y actividades, debemos etiquetar al Klan y a las formaciones afines al Klan *como asociaciones patronales*. Un grupo interclasista de blancos se unió y participó en el Klan y en las organizaciones afiliadas, pero la dirección, repartida por los estados del sur, estaba formada por los "mejores hombres", individuos que empleaban el terrorismo estratégicamente para resolver los problemas de escasez de mano de obra, disciplinar a los afroamericanos "insubordinados" y enfrentarse y castigar a los intrusos y a los republicanos de todas las razas.

El Ku Klux Klan y los problemas laborales de los propietarios

Las cuestiones relativas a la composición, los orígenes precisos y el crecimiento del Klan original han dividido a observadores e historiadores durante más de un siglo. Algunos han trivializado la organización. Consideremos, por ejemplo, las palabras de James R. Crowe, uno de los seis miembros originales del Klan de Pulaski, Tennessee. Destacó las raíces poco amenazadoras y crípticas de la organización, recordando que "unos pocos de nosotros" establecimos "una sociedad secreta que será un misterio para los mayores".⁹ John Watson Morton, que sirvió con Nathan Bedford Forrest, se hizo eco de Crowe, subrayando las raíces culturales exteriormente benignas de la organización en 1909: "Al principio, el KuKlux Klan no era más que una asociación de universitarios para gastar esas misteriosas bromas con las que se deleita el efervescente corazón de la juventud".¹⁰ Al centrarse en sus rasgos infantiles, bromistas y fraternales, líderes como Crowe y Morton pasaron por alto las cuestiones de la violencia organizada y la intimidación. Por supuesto, las víctimas del Klan y los historiadores actuales reconocen que la organización distaba mucho de ser inofensiva.

Jenkins y Justin Leroy. Destin Jenkins y Justin Leroy (Nueva York: Columbia University Press, 2021), 14.

⁹ Citado en "Origin of the Kuklux", *The Pulaski Citizen*, 17 de mayo de 1888, 4.

¹⁰ John Watson Morton, *The Artillery of Nathan Bedford Forrest's Cavalry: "The Wizard of the Saddle"* (Nashville: M. E. Church, South & Lamar, 1909), 337.

Quedan preguntas por responder: ¿Cuál era la composición de clase del Ku Klux Klan? ¿Cómo debemos describir las relaciones entre los líderes y las bases? ¿Dónde era más fuerte la organización? ¿Era una sola organización o un conjunto de organizaciones diferentes? Algunos detalles son indiscutibles. Sabemos, por ejemplo, que el primer grupo surgió en Pulaski, Tennessee, y fue organizado por veteranos confederados, entre ellos Crowe. Además, hemos sabido que sus miembros aterrorizaban a afroamericanos, educadores blancos y republicanos. Sabemos que sus miembros mantenían estrechos vínculos con el Partido Demócrata, que era inflexiblemente hostil a las reformas impulsadas por los republicanos. Prácticamente todos han reconocido que el Ku Klux Klan promovía la supremacía blanca, y la mayoría de los historiadores se han centrado en cómo el racismo unía a sus miembros.¹¹

Fundado a finales de 1865 o principios de 1866 en Tennessee Central y dirigido principalmente por una cohorte de veteranos de la Confederación, el Klan se había convertido en una fuerza de vigilantes en gran medida descentralizada y extendida por gran parte del Sur en 1868, cuando un conjunto de reformas políticas transformadoras diseñadas para proteger a los afroamericanos habían sido institucionalizadas de forma desigual por el gobierno federal. Las secciones del Klan atrajeron rápidamente a un número considerable de hombres de entre 20 y 30 años, y la mayoría eran protestantes. Pero sus líderes no discriminaban por motivos religiosos. N. F. Thompson, que ayudó a dirigir una sección en Shelbyville, Tennessee, tras servir a las órdenes de Forrest durante la guerra, comentó décadas más tarde su pluralismo religioso, destacando la participación de católicos y judíos.¹² La mayoría de los miembros del Klan actuaban en el campo, aunque algunos también estaban presentes en las ciudades. Muchas secciones sólo duraban unos meses.¹³ Los hombres económicamente acomodados dominaban el liderazgo y gran parte de sus filas, aunque las mujeres desempeñaban papeles de apoyo alentando sus actividades y confeccionando sus ropajes. Randolph Shotwell, un dirigente del oeste de Carolina del Norte, elogió más tarde a estas mujeres que "confeccionaban los disfraces que llevaban sus parientes o novios". Estas mujeres, explicó Shotwell, "son damas que en inteligencia, virtud y posición social figuran entre

¹¹ Sobre los objetivos políticos del Klan, véase Richard Zuczek, *State of Rebellion: Reconstruction in South Carolina* (Columbia: University of South Carolina Press, 1996), 56-58. La mejor historia cultural del Ku Klux Klan es la sofisticada obra de Elaine Frantz Parsons *Ku-Klux: The Birth of the Klan During Reconstruction* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015) de Elaine Frantz Parsons. Véase también Charles Reagan Wilson, *Baptized in Blood: The Religion of the Lost Cause* (Athens: University of Georgia Press, 1980), 111-113; y Gaines M. Foster, *Ghosts of the Confederacy: Defeat, the Lost Cause, and the Emergence of the New South* (Oxford: Oxford University Press, 1987), 48. Sobre los lazos masculinos que unían a los miembros del Ku Klux Klan, véase James J. Broomall, *Private Confederates: The Emotional Worlds of Southern Men as Citizens and Soldiers* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019), 131— 152.

¹² N. F. Thompson, "Un veterano confederado denuncia al nuevo y fraudulento Ku Klux Klan", [Baltimore] *Sun*, 8 de marzo de 1924, 8.

¹³ Parsons, *Ku-Klux*, 8

las primeras del país".¹⁴

El Klan atrajo a muchos. En Tennessee, el número de miembros supuestamente llegó a casi 40.000 a finales de la década de 1860.¹⁵ En todo el Sur, presumiblemente contaba con 550.000 miembros, aunque no se dispone de registros detallados de los miembros, los niveles de participación variaban y la mayoría de las actas de las reuniones son inexistentes.¹⁶ Al parecer, miles de reclutas firmaron declaraciones en las que prometían "no revelar nunca a nadie que no fuera miembro de la" organización su participación, y que todas las comunicaciones "no se harían nunca por escrito, sino oralmente".¹⁷ Pero existen pruebas suficientes para responder a preguntas clave, como la composición de la clase de la organización. John B. Gordon, presidente de Southern Life Insurance Company y líder del Partido Demócrata, explicó los intereses de clase comunes de la organización, saludando lo que denominó una "hermandad de propietarios" ante un comité del Congreso en 1871.¹⁸ Shotwell informó de que el Ku Klux Klan gozaba del apoyo generalizado de "casi todos los caballeros respetables".¹⁹ Estos individuos, señaló Gordon, estaban preocupados por la "autoprotección".²⁰

Este capítulo, aunque reconoce las dimensiones culturales, de género, políticas y racistas del Klan, se centra principalmente en sus actividades directivas, reforzando lo que el historiador Jonathan Wiener afirmó en 1978: El Klan "trabajó en pos de los objetivos de los plantadores".²¹ Aunque el racismo encontró una aguda expresión entre

¹⁴ The Papers of Randolph Abbott Shotwell Volume 2, editado por J. G. De Roulhac Hamilton con la colaboración de Rebecca Cameron (Raleigh: The North Carolina Historical Commission, 1931), 375.

¹⁵ Report of the Joint Select Committee to Inquire into the Condition of Affairs, the Late Insurrectionary States (Washington, DC: Oficina de Impresión del Gobierno, 1872), 8.

¹⁶ Allen W. Trelease, *White Terror: The Ku Klux Klan Conspiracy and Southern Reconstruction* (Nueva York: Harper and Row, 1971), 45.

¹⁷ Citado en Report of the Joint Select Committee, 12-13; y "Origin of the Ku Klux Klan", 1636-1967, Cheairs and Hughes Family Papers, MF. Ac. No. 1178, Tennessee State Library and Archives, Nashville, Tennessee.

¹⁸ Citado en J. Michael Martinez, *Carpetbaggers, Cavalry, and the Ku Klux Klan: Exposing the Invisible Empire During Reconstruction* (Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 2007), 20.

¹⁹ Papers of Randolph Abbott Shotwell Volumen 2, 347.

²⁰ Citado en Ralph Lowell Eckert, *John Brown Gordon: Soldier, Southerner, American* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989), 146.

²¹ Jonathan M. Wiener, *Social Origins of the Vew South: Alabama, 1860-1885* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1978), 61. Véase también Herbert Shapiro, "The Ku Klux Klan During Reconstruction: The South Carolina Episode", *The Journal of Negro History* 49 (enero de 1964): 49; Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (Nueva York: Harper and Row, 1988), 428, 432; Paul D. Escott, "White Republicanism and the Ku Klux Klan Terror: The North Carolina Piedmont During Reconstruction", en *Race, Class, and Politics in Southern History: Essays in Honor of Report F Durden*, ed., Jeffrey J. Crow, Paul D. Escott, Jeffrey J. Crow, Paul D. Escott y Charles Flynn Jr. (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989), 5; Lou Falkner Williams, *The Great South Carolina Ku Klux Klan Trials, 1871-1872* (Athens: University of Georgia Press, 1996), 28; Tera W. Hunter, *To Joy My Freedom: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997), 32; Kathleen Gorman, "'This Man Felker is a Man of Pretty Good Standing': A Reconstruction Klansman in Walton County", *The Georgia Historical Quarterly* 81 (invierno de 1997): 897-914; John Edward

una amplia cohorte de blancos, no debemos perder de vista la persistencia del poder de la clase dominante en los ámbitos de la política oficial y el vigilantismo. La forma en que las élites dominantes afrontaron las repercusiones a largo plazo de la acción obrera de mayor alcance y más perturbadora de la historia de Estados Unidos —lo que Du Bois denominó célebremente "la huelga general"— ocupó gran parte de su atención.²² Para hacer frente a sus múltiples problemas, emprendieron campañas sostenidas, a menudo bárbaras, que duraron años. Los líderes del Ku Klux Klan se vieron impulsados a asegurar y mantener trabajadores fiables, respetuosos de la ley, productivos y silenciosos, aquellos que no estaban interesados en obtener una educación, participar en política o abandonar sus lugares de trabajo anteriores a la Guerra Civil.²³ Estos antiguos amos, explicó Du Bois en 1935, "previnieron el peligro de un movimiento obrero sureño unido apelando al miedo y al odio de los trabajadores blancos y ofreciéndoles alianza y ocio".²⁴ Aquellos con medios modestos se unieron a las secciones del Klan debido a la presión de la élite o a su propio racismo, pero los blancos corrientes, según sugieren las pruebas, generalmente sólo desempeñaban papeles menores en estas organizaciones. La pertenencia al Ku Klux Klan, sostenida en parte por los rencorosos llamamientos racistas de las élites, era una forma fundamental de que la clase dominante mantuviera las alianzas entre clases y el poder.²⁵

El expediente proporciona abundantes pruebas que demuestran los inequívocos intereses directivos del Klan. Nathan Bedford Forrest, que se había convertido en el

Harcourt, "Who Were the Pale Faces? New Perspectives on the Tennessee Ku Klux", *Civil War History* 51 (marzo de 2005), 65; Bradley David Proctor, "Whip, Pistol, and Hood: Ku Klux Klan Violence in the Carolinas During Reconstruction" (tesis doctoral, Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, 2013), 86; y Jacob Alan Glover, "One Dead Freedman: Everyday Racial Violence, Black Freedom, and American Citizenship, 1863-1871" (tesis doctoral, Universidad de Kentucky, 2017), 93. Centrándose en la violencia en general, George C. Rable señala que los blancos pobres y de clase trabajadora eran responsables de gran parte de ella, pero "los elementos dominantes de la sociedad blanca" la aprobaban. Véase George C. Rable, *But There Was No Peace: The Role of Violence in the Politics of Reconstruction* (Athens: University of Georgia Press, 1984), 30.

²² W. E. B. Du Bois, *La reconstrucción negra en América: An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880* (Nueva York: Russell and Russell, 1963 [1935]), 49. Véase también Mark A. Lause, *Free Labor: The Civil War and the Making of an American Working Class* (Urbana: University of Illinois Press, 2015), 55-67. Complementando el análisis de la "huelga general" de Du Bois, Amy Murrell Taylor describe cómo los negros en tiempos de guerra en las regiones del sur "experimentaron su emancipación a cámara lenta." Amy Murrell Taylor, *Embattled Freedom: Journeys through the Civil War's Slave Refugee Camps* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2018), 8.

²³ La historiadora Lou Falkner Williams escribe sobre lo que ella llama "la enorme presión sobre la comunidad blanca para que se ajustara a los valores y aspiraciones del Ku Klux Klan". Williams, *The Great South Carolina Ku Klux Klan Trials*, 94. Algunos líderes del Klan amenazaron con golpear a quienes se negaran a unirse. Christopher Waldrep, "The Politics of Language: The Ku Klux Klan in Reconstruction", en *Warm Ashes: Issues in Southern History at the Dawn of the Twenty-First Century*, ed. Kyle S. Sinisi y David H. White Jr. (Columbia: University of South Carolina Press, 2003), 143.

²⁴ Du Bois, *Reconstrucción Negra*, 633.

²⁵ Williams, *The Great South Carolina Ku Klux Klan Trials*, 47.

Gran Mago de la organización en Nashville a finales de 1866, lo tenía claro. Cuando se enteró de la existencia de la organización, Forrest supuestamente respondió diciendo: "Eso es algo bueno; es algo condenadamente bueno. Podemos usarlo para mantener a los negros en su sitio".²⁶ En la mente de Forrest, las masas afroamericanas pertenecían principalmente a los lugares de trabajo agrícola durante sus horas de vigilia. Forrest y sus seguidores no querían que ampliaran sus horizontes aprendiendo de educadores republicanos, ni siquiera relacionándose con ellos, ni toleraban su afán por convertirse en terratenientes, conseguir armas, presentarse a elecciones o votar a los republicanos. Dados sus intereses, Forrest y sus camaradas se buscaron ayuda unos a otros, dándose cuenta de las ventajas administrativas de emplear el secretismo, la intimidación y la coerción. Las ideas y acciones de los miembros del Ku Klux Klan, liderados por personas como Forrest, Crowe, Gordon y docenas de otros, demuestran que la organización funcionaba como una asociación patronal preindustrial, con el objetivo de asegurar, disciplinar y explotar a los empleados mientras combatían todas las fuerzas, tanto internas como externas, que amenazaban sus intereses financieros y de gestión.

Casi ningún historiador del trabajo, la gestión o el periodo de la Reconstrucción ha calificado explícitamente al Klan o a organizaciones similares como asociaciones de empresarios. Y los estudiosos de las asociaciones patronales han pasado por alto las organizaciones parapoliciales de la época de la Reconstrucción. El relato general clásico de Clarence Bonnett sobre los empleadores organizados, publicado en 1922, no dice nada sobre el Klan, centrándose casi exclusivamente en las asociaciones con sede en el norte que se formaron después de 1880.²⁷ Sin embargo, el número de miembros del Ku Klux Klan, en gran medida descentralizado, era mucho mayor que el de las diversas organizaciones "negociadoras" y "beligerantes" descritas en el viejo, aunque todavía relevante, libro de Bonnett. El más de medio millón de miembros del Klan demuestra que la organización era mucho mayor que, por ejemplo, la Asociación Nacional de Fabricantes, la Federación Cívica Nacional o las Asociaciones Nacionales de Oficios del Metal, organizaciones que pasaron décadas a principios del siglo XX acosando y a veces brutalizando a sindicalistas tanto dentro como fuera de los lugares de trabajo. Las secciones del Ku Klux Klan, en conjunto, no sólo eran mucho más grandes, sino también mucho más belicosas que el puñado de organizaciones beligerantes que Bonnett incluyó en su estudio.²⁸ Las ideas de Bonnett sobre la contratación, el despido,

²⁶ Citado en Jack Hurst, Nathan Bedford Forrest: A Biography (Nueva York: Vintage Books, 1993), 284.

²⁷ Además, Bonnett guarda silencio sobre los trabajadores negros; los menciona una vez cuando habla de los "rompeshuelgas negros" en la época de la Primera Guerra Mundial. Clarence E. Bonnett, *Employers' Associations in the United States: A Study of Typical Associations* (Nueva York: Macmillan Company, 1922), 29.

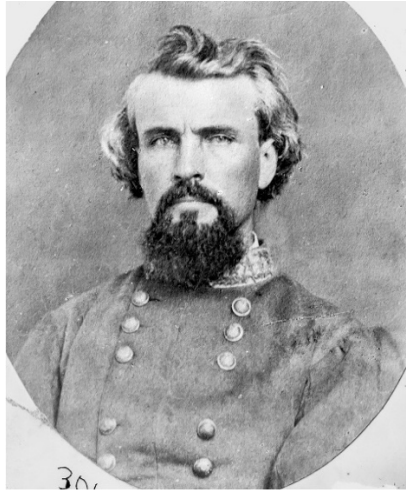
²⁸ En su libro de 2012 sobre raza y gestión, David Roediger y Elizabeth Esch utilizan las palabras "asociación de empresarios" en la conclusión del capítulo 2. David R. Roediger y Elizabeth D. Esch, *The Production of Difference: Race and the Management of Labor in U.S. History* (Oxford: Oxford University Press, 2012), 62. Aunque no utiliza las palabras "asociación patronal", J.C. A. Stagg, en su estudio sobre Carolina del Sur, es quien más se acerca a identificar al Ku Klux Klan como una organización de este tipo,

las listas negras y las prácticas organizativas de los empresarios —que han sido útiles para generaciones de estudiosos de las relaciones industriales— pueden aplicarse de forma productiva a los vigilantes de las plantaciones de la época de la Reconstrucción.²⁹

Por supuesto, el Ku Klux Klan de la época de la Reconstrucción definía los problemas y las soluciones laborales de forma diferente a las organizaciones de la Era Progresista dirigidas por los propietarios de fábricas, minas y ferrocarriles. Mientras que los portavoces de las asociaciones patronales del siglo XX proclamaban repetidamente su deseo de promover la libertad de los obreros para trabajar —o no trabajar— en "talleres abiertos" inclusivos, los miembros del Klan, molestos porque los antiguos esclavos se aprovecharan de su recién descubierta libertad para vagabundear, trabajar, rendir culto y relajarse a su antojo, no ocultaban sus acciones coercitivas, diseñadas principalmente para restablecer sistemas de trabajo obligatorio. Los de épocas posteriores trataban, como decían sus portavoces, de proteger los intereses de los trabajadores frente a la presión sindical, y a menudo encerraban, despedían y ponían en listas negras a activistas sindicales. Al igual que los amos de esclavos durante el periodo anterior a la guerra civil, los miembros del Ku Klux Klan trataron de frenar de forma agresiva y sistemática la movilidad de la **población** negra, y sus portavoces no desarrollaron su propio conjunto de argumentos para ganarse la aprobación de las masas negras, sino que utilizaron el lenguaje contundente de la supremacía racial y de clase. Su objetivo era, en palabras de Forrest, mantener a los afroamericanos "en su sitio" y, al mismo tiempo, intimidar y agredir a sus benefactores y aliados blancos.

explicando que "muchos confesaron que se habían unido al Ku Klux Klan porque era la única forma posible de mantener a los negros trabajando en la plantación para cultivar las cosechas". También escribe: "Sin embargo, los estallidos de violencia de 1870 y 1871 fueron fenómenos más complejos que simples disputas laborales." J. C. A. Stagg, "El problema de la violencia del Klan: The South Carolina Up-Country, 1868-1871", *Journal of American Studies* 8 (diciembre de 1974): 315, 316.

²⁹ Según Google Scholar, 102 fuentes han citado el libro de Bonnett. Ninguna de estas fuentes examina a los vigilantes sureños como el Ku Klux Klan.



Nathan Bedford Forrest. Forrest dirigió la mayor y más beligerante asociación patronal de la historia de Estados Unidos. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección Brady-Handy, LC-DIG— ppmscd-00082)

Por supuesto, muchos historiadores han escrito sobre la forma en que los plantadores abordaron los asuntos laborales inmediatamente después de la guerra. En este contexto, los plantadores se unieron entre sí para establecer tasas de remuneración similares para la mano de obra, al tiempo que mantenían listas negras de empleados problemáticos. Estos plantadores se reafirmaron políticamente, beneficiándose de la aprobación de los Códigos Negros, que castigaban a los antiguos esclavos por vagabundo. Ralph Shlomowitz, uno de los principales estudiosos de la organización de los plantadores después de la Segunda Guerra Mundial, sugiere que estas combinaciones fueron generalmente ineficaces en el contexto de la escasez de mano de obra, las presiones políticas de los agentes de la Oficina de Liberados, la desorganización de los plantadores y la organización de los trabajadores, y pocas perduraron después de 1868. Según Shlomowitz, "surgió un mercado laboral relativamente libre, lo que limitó la capacidad de los plantadores para coaccionar a los ex esclavos".³⁰ Sin embargo, el crecimiento del Ku Klux Klan fue más significativo en 1868, el año en que, según Shlomowitz, disminuyó la organización de los plantadores.

No todos los miembros del Klan actuaron de forma que sirvieran a los terratenientes de la región. Algunas pruebas sugieren que los blancos pobres participaron en las actividades del Klan para presionar a los trabajadores negros a abandonar los lugares de trabajo, incluidas las ocupaciones en la construcción de ferrocarriles. El testimonio de un habitante de Carolina del Sur ilustra que algunos, viendo a los afroamericanos como fuentes de competencia laboral, iniciaron ataques violentos. Según uno de ellos, "los

³⁰ Ralph Shlomowitz, "Planter Combination and Black Labour in the American South, 1865— 1880", *Slavery and Abolition: A Journal of Comparative Studies* 9 (mayo de 1988): 77.

casos de violencia y latigazos han sido obra de combinaciones de blancos pobres para echar a los negros y evitar la competencia por su mano de obra".³¹ En estos casos, los empresarios blancos y los trabajadores blancos demostraron que tenían intereses opuestos. Pruebas como ésta han llevado al menos a un historiador, David Montgomery, a concluir que el primer Ku Klux Klan actuó "como una organización laboral para blancos."³²

Sin embargo, podemos señalar un conjunto mucho mayor de pruebas que demuestran que hombres con ventajas económicas y conexiones políticas como Forrest, Crowe y Gordon crearon y dirigieron organizaciones parapoliciales como el Ku Klux Klan, y que el control empresarial era su objetivo primordial. Dados los intereses y el estatus socioeconómico de los dirigentes, debemos rechazar la postura de Montgomery y aplicar en su lugar la definición de Bonnett de las asociaciones patronales: "Una asociación de empresarios es un grupo compuesto o promovido por empresarios y que pretende promover los intereses de los empresarios en asuntos laborales. El grupo, en consecuencia, es (1) una organización formal o informal de empleadores, o (2) una colección de individuos cuya agrupación es fomentada por los empleadores."³³ Como veremos, las organizaciones parapoliciales sureñas de la era de la Reconstrucción, como el Klan, cumplían ambas clasificaciones.

Los plantadores y los vigilantes identificaron y lucharon contra al menos cuatro problemas relacionados con el trabajo: inactividad, ineficacia, absentismo y rebeliones. El registro contiene muchas anécdotas de capataces y propietarios frustrados en entornos agrícolas y domésticos obligados a tratar con antiguos esclavos de mentalidad independiente, aquellos que no estaban dispuestos a plantar o recoger cosechas, limpiar escombros, limpiar casas, lavar ropa o cocinar alimentos. Aún más problemáticos fueron los muchos miles que huyeron de los lugares de trabajo, obligando a los empleadores a enfrentarse a una agobiante escasez de mano de obra. Las publicaciones afroamericanas, como el *New Orleans Tribune*, animaban a los liberados a trabajar por salarios justos bajo la dirección de buenos empleadores.³⁴

³¹ Matthew Calbraith Butler citado en *Testimony Taken by the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, South Carolina, Volume 2* (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 1207. Una interpretación temprana de la relación del Klan con las clases sociales refuerza esta opinión. Francis B. Simkins, "The Ku Klux Klan in South Carolina, 1868-1871", *Journal of Negro History* 12 (octubre de 1927): 618.

³² David Montgomery, *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market During the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993), 127. Véase también Hurst, Nathan Bedford Forrest, 332. El jurista James Gray Pope ofrece pruebas de que los miembros pobres y de clase trabajadora del Ku Klux Klan, obligados a testificar en 1871 y 1872, declararon repetidamente que sus "superiores" les habían obligado a unirse a la organización. James Gray Pope, "Why Is There No Socialism in the United States: Law and the Racial Divide in the American Working Class, 1676-1964". *Texas Law Review* 94 (junio de 2016): 1578-1579.

³³ Bonnett, *Asociaciones de empresarios*, 13.

³⁴ James Schmidt, *Free to Work: Labor Law, Emancipation, and Reconstruction, 1815-1880* (Athens: University of Georgia Press, 1998), 171-172.

Aunque la escasez de mano de obra dio a los liberados cierta ventaja, numerosos plantadores tuvieron dificultades. En muchos lugares, como señaló un privilegiado de Carolina del Sur en 1866, "la demanda de mano de obra supera con creces la oferta".³⁵ Con mucho, la amenaza más peligrosa e inquietante, desde el punto de vista de los propietarios, eran los trabajadores conflictivos, aquellos dispuestos a utilizar la fuerza física contra sus explotadores. Los miembros del Ku Klux Klan se movilizaron estratégicamente contra todos los desafíos.³⁶

Al mismo tiempo, los propietarios afiliados al Ku Klux Klan veían un valor considerable en las masas afroamericanas. Los afroamericanos desempeñaban funciones económicas fundamentales, y por este motivo debemos tomarnos en serio la economía política del racismo, destacando sus características de explotación multidimensional en lugar de centrarnos en cuestiones de "odio". Las élites sureñas seguramente no odiaban a los trabajadores productivos y subordinados, principal fuente de su riqueza y comodidad.³⁷ Sin embargo, mostraban un desprecio abrumador por los forasteros, aquellos que animaban a sus discípulos a pensar de forma crítica y actuar con independencia. Estas personas, los "hombres malos", eran, desde su posición ventajosa, alborotadores, responsables de alterar las relaciones de poder y los intereses fundamentales de los terratenientes: mantener una mano de obra quiescente, productiva y legal. Los poderosos sureños prometieron, como explicaba un artículo de *De Bow's Review* a finales de 1866, mantener a "los negros tranquilos y trabajando".³⁸

Uno de los manifiestos del Klan explicaba claramente la postura de la organización sobre la cuestión laboral. Según el artículo 2 de este documento sin fecha ni firma, los miembros del Ku Klux Klan prometían respetar a "cualquier persona honesta, decente y de buen comportamiento, ya fuera blanca o negra; e invitamos cordialmente a todos ellos a continuar en su trabajo correspondiente, y serán protegidos en él por todo el poder de esta organización".³⁹ Esta declaración es inequívoca: los afroamericanos y los blancos de medios modestos debían demostrar respeto a sus "superiores" trabajando de buena gana y con eficiencia. Por "trabajo apropiado" se entendían las tediosas y largas

³⁵ "The Future of South Carolina-Here Inviting Resources", *De Bow's Review* 2 (julio de 1866): 41. La escasez de mano de obra atormentó a los plantadores de Carolina del Sur a finales de la década de 1860. Stagg, "El problema de la violencia del Klan".

³⁶ El historiador Michael Perman ha contrastado lo que considera la falta de planteamientos estratégicos del Klan con la de los posteriores supremacistas blancos: "Mientras que durante la fase del Ku Klux Klan la violencia había sido, en su mayor parte, encubierta, esporádica y descoordinada, en las campañas de supremacía blanca fue sistemática y focalizada". Michael Perman, *El camino hacia la redención: Southern Politics, 1869-1879* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984), 170.

³⁷ El historiador Douglas R. Egerton lo expresó bien: "Los asaltantes blancos no agredían a los negros simplemente por ser negros". Véase Douglas R. Egerton, *The Wars of Reconstruction: The Brief Violent History of America's Most Progressive Era* (Nueva York: Bloomsbury Press, 2014), 290.

³⁸ "Las dos aristocracias de América", *De Bow's Review* 2 (noviembre de 1866): 462.

³⁹ Citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, South Carolina, Volume 3* (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 1348.

rutinas laborales que habían prevalecido antes de las extraordinarias interrupciones de la guerra.

Algunos observadores dijeron a un comité del Congreso en 1871 que los afroamericanos tenían mucho que ganar trabajando "adecuadamente". Como explicó J. R. Holliday, un plantador de Georgia y crítico del Ku Klux Klan, "si el negro está a su servicio, lo protegerán".⁴⁰ No está del todo claro qué significaba exactamente "proteger" en este contexto. Como mínimo, debía significar que los supervisores paternalistas proporcionarían a los trabajadores una remuneración razonable y condiciones satisfactorias. Según Ambrose Wright, simpatizante del Ku Klux Klan y editor *del Augusta Chronicle and Sentinel*, "el interés de los plantadores y de los hombres del país es mantener la mano de obra y hacerla feliz. Y se esfuerzan por hacerlo". Wright describió algunas mejoras diseñadas para asegurar la lealtad: "Construyen escuelas, les proporcionan sus pequeños suministros a precios moderados, les dan ganado, una vaca y un ternero, por ejemplo". Además, "les dejan criar cerdos y aves de corral, y envían lo que crían al mercado para ellos".⁴¹ Se trataba de relaciones mutuamente beneficiosas: los plantadores necesitaban trabajadores porque tenían cosechas que cultivar y dinero que ganar, y los trabajadores necesitaban lo necesario para vivir.

Las declaraciones anteriores son bastante reveladoras, ya que sugieren que los plantadores afiliados al Klan ofrecían incentivos para mantener a los trabajadores "en su sitio". De hecho, algunos propietarios de granjas y plantaciones, preocupados por la retención, experimentaron con lo que los historiadores empresariales y laborales han denominado capitalismo del bienestar. No se trata de si estos propietarios eran capitalistas en el sentido clásico; más bien, los propietarios de plantaciones, en respuesta a la escasez de mano de obra y al temor a la escasez, hicieron lo que consideraban mejoras significativas, reconociendo las ventajas a largo plazo de proporcionar a su mano de obra recursos útiles y cierta autonomía. Creían en la necesidad de encontrar el equilibrio adecuado entre los métodos del palo y la zanahoria para dotar de personal adecuado a los lugares de trabajo y gestionarlos con éxito.⁴²

Los plantadores contaban con muchos partidarios en puestos políticos oficiales, lo que ayudaba a garantizar que las masas realizaran un "trabajo apropiado". Esto fue especialmente evidente en la primera parte del período de Reconstrucción, cuando los funcionarios demócratas del Sur supervisaron la aprobación de los llamados Códigos Negros, que se asemejaban a los códigos de esclavos de preguerra destinados a restringir la movilidad de los trabajadores. Los legisladores de Mississippi y Carolina

⁴⁰ Citado en Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary State, Georgia Volume I (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 420.

⁴¹ Citado en Testimonio tomado por el Comité Selecto Conjunto, 271.

⁴² Gran parte del Sur, incluidos los Apalaches meridionales, se había, como señala Wilma A. Dunaway, "incorporado plenamente a la economía mundial capitalista" antes de la Guerra Civil. Wilma A. Dunaway, *La primera frontera americana: Transition to Capitalism in Southern Appalachia, 1700— 1860* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996), 320.

del Sur, sensibles a los intereses centrales de la administración, abrieron el camino en diciembre de 1865, cuando promulgaron normas draconianas que castigaban severamente a las comunidades afroamericanas restringiendo su capacidad para trabajar por cuenta propia, poseer tierras o incluso circular libremente. La ley de Mississippi, basada en una política anterior establecida en la ciudad de Vicksburg, castigaba a los vagabundos facultando a las autoridades para obligar a los hombres y mujeres "ociosos" a trabajar para los propietarios de las plantaciones. Los Códigos Negros de Carolina del Sur eran especialmente punitivos e impedían a los afroamericanos ejercer "el arte, el oficio o el negocio de artesano, mecánico o tendero, o cualquier otro oficio, empleo o negocio (aparte del de la agricultura o el de sirviente contratado por servicio o trabajo)" sin obtener una licencia otorgada por un juez.⁴³ En Carolina del Sur, la jornada laboral era de sol a sol.⁴⁴ El gobernador James Lawrence Orr fue explícito sobre cómo los códigos estaban diseñados para ayudar a los principales explotadores del estado, escribiendo que los libertos debían ser "restringidos del robo, la ociosidad, la vagancia y el crimen, y enseñados la absoluta necesidad de cumplir estrictamente sus contratos de trabajo".⁴⁵ El arrendamiento de convictos, adoptado por ocho estados en 1866, se convirtió en una de las manifestaciones más crudas de los Códigos Negros. El historiador Douglas Blackman se ha referido a estos acuerdos como "esclavitud con otro nombre".⁴⁶

A pesar de los tranquilizadores acontecimientos políticos de este período — expresados por las políticas favorables a los plantadores del presidente Andrew Johnson y la promulgación de los Códigos Negros—, muchos plantadores siguieron quejándose de una serie de dificultades, como la presencia de trabajadores improductivos y la escasez de mano de obra. Por ejemplo, Robert Philip Howell, de veintiún años, que en 1866 intentaba ganar dinero empleando "mano de obra negra gratuita" en la granja de su tía en Mississippi, se quejaba de que "los negros no trabajaban, la cosecha se convertía en hierba y yo estaba desmoralizado".⁴⁷ El caso de Howell distaba mucho de ser único. El abogado John Willis Hayes III, de Oxford, Carolina del Norte, se hizo eco de este sentimiento generalizado de desesperanza, lamentando lo que denominó la proliferación de "inquilinos vagabundos", trabajadores

⁴³ Citado en Laurence Shore, *Southern Capitalists: The Ideological Leadership of an Elite, 1832-1885* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986), 105.

⁴⁴ Richard White, *The Republic for Which it Stands: The United States during Reconstruction and the Gilded Age, 1865-1896* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 54.

⁴⁵ Citado en Daniel A. Novak, *The Wheel of Servitude: Black Forced Labor after Slavery* (Lexington: University of Kentucky Press, 2015 [1978]), 4. Sobre la opinión de los plantadores acerca de los Códigos Negros, véase Harold D. Woodman, *New South, New Law: The Legal Foundations of Credit and Labor Relations in the Postbellum Agricultural South* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1995), 108-109.

⁴⁶ Douglas Blackmon, *Esclavitud con otro nombre: The Re-Enslavement of Black Americans from the Civil War to World War II* (Nueva York: Doubleday, 2008).

⁴⁷ Robert Philip Howell *Memoirs*, Bound Typescript, 22, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina, Chapel Hill.

que antes "habían trabajado bajo una dirección inteligente y enérgica".⁴⁸ Tully Gibson, un rico plantador y antiguo capitán confederado herido en la batalla de Gettysburg, escribió en 1867 a su amigo el gobernador de Mississippi Benjamin Humphreys que Gibson tenía todo lo que necesitaba excepto mano de obra: "Tengo las mulas, los aperos de labranza, el maíz, la carne y la tierra; la cuestión es si podemos conseguir mano de obra, es decir, Sambo es el rey; sin él no somos nada".⁴⁹ Los plantadores sin trabajadores no eran plantadores en absoluto. Los terratenientes del Sur, nostálgicos de una época en la que el sistema de esclavitud les proporcionaba una sociedad bien ordenada y jerarquizada, una mano de obra fácilmente explotable, seguridad financiera y satisfacción general, encontraron exasperante la transformación sin precedentes de las relaciones laborales.⁵⁰

Los miembros de la clase dominante del Sur atribuyeron gran parte de la culpa de sus problemas laborales a fuerzas externas. Humphreys, compartiendo el agravio de Gibson, reflexionó sobre estos obstáculos en su autobiografía de 1878: "El fanatismo de la gente del Norte, el amor filantrópico por el hombre y hermano de color, removía las profundidades en lo más íntimo del alma, y predicaba una cruzada de amor, ruina y devastación contra los derechos de propiedad de los esclavistas del Sur".⁵¹ Como beneficiario de considerables cantidades de tierras y esclavos, Humphreys admitió más tarde que se había superado a sí mismo explorando libremente el mundo de las ideas. Tras ser expulsado de la Academia Militar de Estados Unidos por mala conducta, Humphreys regresó a la plantación "donde aprendí mis primeras lecciones de conducción de esclavos. Durante cuatro años seguí a los esclavos de mi padre y me esforcé por liberarle de todo cuidado. Me dediqué a la vida de agricultor con diligencia y éxito, pasando mis horas de ocio en los pasatiempos habituales de los jóvenes "sangre sureña", cazando, visitando, leyendo historia, libros de derecho, comentarios sobre el Gobierno, bajo la dirección y guía de mi tío Joe Smith, entonces abogado de Port Gibson".⁵² Después de la guerra, los hijos de Humphreys, al igual que los hijos de los propietarios de plantaciones de todo el Sur, se encontraron con un mundo que les parecía mucho más crudo, desprovisto de las abundantes y pródigas bendiciones de las que disfrutaban su padre y otros de su clase y generación.

Los plantadores, los miembros del Ku Klux Klan y la élite sureña se fijaron

⁴⁸ John Willis Hays III, *Family history and genealogy journal*, Hays Book (manuscrito, s.f., n.p.), 105, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina, Chapel Hill.

⁴⁹ Tully Gibson a Benjamin Humphreys, 10 de octubre de 1867, Reel 36366, Governors Papers, Mississippi Department of Archives and History, Jackson, Mississippi. Muchos otros expresaron su disgusto por no haber conseguido mano de obra. John C. Willis, *Forgotten Time: The Yazoo-Mississippi Delta after the Civil War* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2000), 15-16.

⁵⁰ Leon F. Litwack, *Been in the Storm So Long: The Aftermath of Slavery* (Nueva York: Knopf, 1979), 340-353.

⁵¹ Benjamin Grubb Humphreys, *The Autobiography of Benjamin Grubb Humphreys: Written for His Children at His Plantation Home Itta, Bena, Mississippi, 1878* (n.p.), 31.

⁵² Humphreys, *La Autobiografía*, 20.

generalmente en al menos tres desafíos externos. El papel desempeñado por los educadores del norte en el desarrollo de las "escuelas para negros" fue su primera objeción. Maestros republicanos, en su mayoría norteamericanos, se aventuraron en la región, construyeron escuelas y ayudaron a miles de afroamericanos a alfabetizarse. Muchos afroamericanos, revelando una sed sostenida de información e independencia, abandonaron los lugares de trabajo para disfrutar de lo que un crítico llamó "la luz del conocimiento".⁵³ La educación empoderó a los estudiantes afroamericanos, lo que condujo a una secuencia de problemas relacionados con el trabajo, ya que hacían preguntas desafiantes, rechazaban las afirmaciones al pie de la letra y demostraban una mayor autonomía. Las élites terratenientes, con la ayuda de los políticos del Partido Demócrata, habían promovido sistemáticamente la propagación del analfabetismo durante los años anteriores a la guerra, reconociendo el valor de explotar una mano de obra, incluidos los blancos pobres, que recibía órdenes y trabajaba obedientemente sin plantear preguntas. Gabriel Cannon, un acaudalado político y propietario de una fábrica en Spartanburg, Carolina del Sur, observó que los afroamericanos educados habían sido durante mucho tiempo un problema para la élite sureña. Se quejó ante el Congreso en 1871 de que la educación "destruiría el valor del trabajo negro".⁵⁴

El segundo dilema que identificaron fue la presencia de la Freedman's Bureau, que ofrecía artículos de primera necesidad a los refugiados de la guerra. El personal de la oficina ofrecía comida y ropa, y abordaba las relaciones laborales en las plantaciones, insistiendo en que los plantadores compensaran a los liberados por su trabajo. Muchos plantadores, comerciantes y otras élites despreciaban la oficina, ya que daba poder a una gran parte de su mano de obra; esta intervención de terceros les resultaba muy molesta. Como explicaba el Dr. J. C. Nott en una carta a un superintendente del buró en 1866: "El problema no ha hecho más que empeorar y en gran medida es obra de su buró, al que los negros han acudido en busca de protección y apoyo". La característica más agravante del buró, se quejaba Nott en las páginas de *De Bow's Review*, era la forma en que amenazaba las relaciones laborales tradicionales: "Si se hubiera eliminado la presión exterior, la cuestión laboral, repito, por la ley de la necesidad, habría estado en mejores condiciones de lo que está ahora, y en rápido progreso hacia una regulación tal como la que admite el trabajo negro."⁵⁵ Los Freedmen's Bureaus envalentonaron a los trabajadores, lo que constituyó una intervención intrusiva en las prácticas

⁵³ Informe del Comité Selecto Conjunto, 280.

⁵⁴ Informe del Comité Selecto Conjunto, 280. Sobre el vínculo de Cannon con el Ku Klux Klan, véase Bruce W. Eelman, "Manufacturers and Rural Culture in the Reconstruction-Era Upcountry", en *The Southern Middle Class in the Long Nineteenth Century*, ed., Jonathan Daniel Wells y Jennifer R. Green (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2011, 248). Jonathan Daniel Wells y Jennifer R. Green (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2011), 248. Sobre el poder de la clase dirigente sureña de preguerra sobre los blancos pobres, véase Keri Leigh Merritt, *Masterless Men: Poor Whites and Slavery in the Antebellum South* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), 9.

⁵⁵ J. C. Nott, "Para Maj.-Gen. Howard, Sup. Freedmen's Bureau", *De Bow's Review* 5 (marzo de 1866): 269.

tradicionales de gestión, enfureciendo a los gerentes de plantaciones y granjas que exigían un control total sobre su mano de obra. Los administradores de los burós, dirigidos por republicanos, constituían una forma de "presión externa" poco acogedora. Estas terceras partes, encargadas de escuchar y atender las quejas de los trabajadores, seguían siendo una fuente de irritación para un grupo acostumbrado al gobierno unilateral.

Otros se quejaban de que la presencia de la Oficina de Hombres Libres alentaba a los afroestadounidenses a huir de las granjas y trasladarse a las ciudades, ya que muchos agentes de la Oficina trabajaban en zonas urbanas donde los afroestadounidenses gozaban de mayor libertad y, en algunos casos, se volvían políticamente activos. El gobernador de Alabama, Robert B. Lindsay, de origen escocés, observó que "hay grandes masas de ellos en todas las ciudades y pueblos asistiendo a reuniones políticas. Es una maravilla cómo viven".⁵⁶ Su deseo de reunirse, socializar y buscar mejoras significativas en entornos urbanos —lugares vibrantes que contrastaban fuertemente con la hipervigilancia y la monotonía que caracterizaban la vida cotidiana en granjas y plantaciones— creaba problemas de absentismo intratables. Randolph Shotwell, de Carolina del Norte, reforzando el punto de vista de Nott, encontraba esto exasperante, sosteniendo que las sedes de las oficinas atraían a "inmensas pandillas de criaturas perezosas y disolutas".⁵⁷ Para Shotwell, el problema laboral encontraba su expresión cultural, ya que muchas ciudades sureñas se habían convertido, en su opinión, en vertederos de esclavos anteriormente eficientes.⁵⁸

Por supuesto, la mayoría de los antiguos esclavos no eran en absoluto perezosos, aunque rechazaban las exigencias de sus antiguos "amos". Muchos se alfabetizaron, se independizaron y, en algunos casos, alcanzaron el poder político. Blancos adinerados como C. W. Dudley, político demócrata, expresaron su impaciencia por el hecho de que un número creciente de terratenientes hubiera perdido su control sobre la mano de obra. Como otros, Dudley añoraba tiempos anteriores a, como explicó al Congreso en 1871, "la catástrofe final de la barbarie". A sus ojos, las condiciones se habían deteriorado rápidamente a medida que hombres indignos "han entrado y se han apropiado de todos los cargos de beneficio y confianza." Los miembros de la "Raza Africana", protestó Dudley, estaban "desacostumbrados a los deberes de un estadista, han sido transferidos de las escenas de trabajo diario en los campos, y asignados para desempeñar las funciones de legislador y magistrado judicial".⁵⁹

⁵⁶ Robert B. Lindsay citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States*, Alabama Volumen 1 (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 238.

⁵⁷ *The Papers of Randolph Abbott Shotwell Volumen 2*, 263.

⁵⁸ Shotwell no era el único. Otros expresaron su molestia por la presencia de negros "ociosos" en las ciudades. Véase Bruce E. Baker, "The Growth of Towns after the Civil War and the Casualization of Black Labor, 1865-1880", *Tennessee Historical Quarterly* 72 (invierno de 2013): 295.

⁵⁹ Citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States*, South Carolina, Volumen I (Washington, DC: Government Printing Office,

Las oportunidades educativas, la posibilidad de lograr una movilidad ascendente, la ayuda de la Freedmen's Bureau, las experiencias de un mínimo de poder político y los recuerdos frescos de la victoria en tiempos de guerra convirtieron a numerosos afroamericanos en personas desafiantes y, en ocasiones, combativas. El tercer problema reconocido por las élites blancas tenía que ver con los casos de activismo político. Muchos participaban en las Ligas de la Unión, organizaciones armadas alineadas con los republicanos que movilizaban a los votantes y desafiaban directamente a los explotadores. Los sureños privilegiados percibían estas formaciones políticas como, en palabras del alabameño Turner Reavis, "sumamente detestables" porque pretendían "incitar a los negros a la insurrección contra los blancos".⁶⁰ Consideraban que los trabajadores adversarios eran una amenaza profundamente más alarmante —y a veces mortal— que los problemas de escasez de mano de obra.

La mayoría de los antiguos esclavos no necesitaban ninguna incitación externa; muchos expresaban sentimientos de rabia porque sus jefes no les compensaban lo suficiente, mostraban pautas de comportamiento irrespetuoso o se inmiscuían injustamente en sus rutinas de trabajo. John B. Gordon, testificando ante un comité del Congreso como defensor de las "relaciones amistosas entre las dos razas", admitió que algunos trabajadores consideraban a sus jefes excesivamente abusivos. En un caso, los "negros", se quejó Gordon, "echaron al capataz, amenazándole de muerte, a causa de algunas órdenes que había dado sobre la forma concreta en que debía cultivarse el arroz". Los insurrectos, que eran unos cincuenta, amenazaron al capataz de la plantación de arroz de Gordon con azadas y pistolas, "y su violencia fue muy grande".⁶¹ En este caso, la "violencia negra" que Gordon había temido inmediatamente después de la guerra se había hecho realidad, provocando crudos sentimientos de ansiedad. No obstante, existía una solución cuando los obreros ralentizaban el ritmo de trabajo, demostraban insubordinación o montaban auténticas rebeliones. En estos casos, como explicó Holliday, "se denuncia al Ku-Klux".⁶²

El terrorismo: La solución laboral

Los propietarios de las plantaciones y sus gerentes tenían mucho que denunciar: la

1872), 483.

⁶⁰ Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, Alabama Volumen I (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 344.

⁶¹ John B. Gordon, citado en Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary State, Georgia Volume I (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 305. En algunos casos, los trabajadores insubordinados consiguieron obligar a los capataces a marcharse. Allen P. Tankersley, John B. Gordon: A Study in Gallantry (Atlanta: The Whitehall Press, 1955), 256.

⁶² J. R. Holliday, citado en Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary State, Georgia Volume I (Washington, DC: Oficina de Impresión del Gobierno, 1872), 420.

ociosidad, las expresiones de rebeldía en el lugar de trabajo y la participación de los afroamericanos en el Partido Republicano y en actividades educativas.⁶³ Se oponían al deseo de los libertos de rendir culto y estudiar a su antojo, y manifestaban su irritación por su participación en formaciones políticas.⁶⁴ Para "ponerlos en su sitio", los plantadores y los miembros del Ku Klux Klan emplearon diversas formas de intimidación y violencia: azotar a los obreros obstinados y a los maestros nortños, ahorcar a los forasteros y a los infractores de la ley, ahogar a los rebeldes, incinerar iglesias, escuelas y libros, y proferir amenazas manifiestas y misteriosas contra una serie de "hombres malos". Sin embargo, emplearon el terrorismo de forma estratégica, atacando a los libertos para obligarlos, como explicó el republicano de Carolina del Sur Samuel T. Poinier, "a volver a las granjas a trabajar".⁶⁵ Como recordaba en sus memorias el acaudalado ciudadano de Mississippi J. M. Gibson, los miembros del Klan "ayudaron a los antiguos negros esclavos a reconducir la raza al trabajo y a demostrarles que la libertad no significaba una vida sin trabajo."⁶⁶

En primer lugar, debemos abordar cómo se expresaban culturalmente estos terroristas. Los miembros del Ku Klux Klan eran hipersecretos, ritualistas y cuidadosos con sus trajes. Según la mayoría de los relatos, al vestirse con túnicas blancas simbolizaban los fantasmas de los soldados confederados muertos. Shotwell, de Carolina del Norte, principal artífice de numerosas incursiones en el condado de Rutherford, explicó la necesidad del secretismo: "Era, como la orden masónica, secreta sólo porque el secreto impone a ciertas personas, y permite a la orden trabajar con menos interferencias de extraños".⁶⁷ La declaración de Shotwell sugiere que él y sus compañeros, que eran unos 300, querían intimidar a sus objetivos al tiempo que se aseguraban de que los atacantes estuvieran protegidos de cualquier tipo de escrutinio externo.⁶⁸

El Ku Klux Klan estaba presente en muchos estados sureños y estaba muy descentralizado. Los líderes tomaban las decisiones a nivel local, y los activistas

⁶³ Michael W. Fitzgerald, *The Union League Movement in the Deep South: Politics and Agricultural Change During Reconstruction* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989), 33.

⁶⁴ Steven E. Nash, *Reconstruction's Ragged Edge: The Politics of Postwar Life in the Southern Mountains* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016), 33-34.

⁶⁵ Citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, South Carolina, Volume I* (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 28; Julie Saville, *The Work of Reconstruction: From Slave to Wage Laborer in South Carolina, 1860-1870* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), 139; y Kidada E. Williams, *They Left Great Marks on Me: African American Testimonies of Racial Violence from Emancipation to World War I* (Nueva York: New York University Press, 2012), 30.

⁶⁶ J. M. Gibson, *Memorias de J. M. Gibson: Los terrores de la Guerra Civil y los días de la Reconstrucción* (Houston: n.p., 1929), 70.

⁶⁷ *The Papers of Randolph Abbott Shotwell Volumen 2*, 347.

⁶⁸ Sobre la rama de Shotwell, véase Stetson Kennedy, *After Appomattox: How the South Won the War* (Gainesville: University of Florida Press, 1995), 197.

trataban de defender los intereses directivos de la clase dominante sureña.⁶⁹ "La rapidez con la que se extendió la orden fue maravillosa", escribió John Watson Morton.⁷⁰ Algunos organizadores aprovecharon las crecientes redes ferroviarias, que les permitieron establecer secciones fuera de Tennessee Medio.⁷¹ Alabama fue el primer estado fuera de Tennessee en construir filiales, y Mississippi se convirtió en el hogar de numerosos capítulos en 1867.⁷² A partir de 1868, un año en el que el Partido Republicano ganó terreno a nivel nacional, el Ku Klux Klan se volvió especialmente activo e influyente en Alabama, Georgia y las Carolinas. Las ramas del Klan de Georgia —organizadas principalmente por John B. Gordon tras su asistencia a la primera reunión de la organización en el Hotel Maxwell de Nashville en abril de 1867— crecieron considerablemente después de que Forrest visitara el estado en marzo de 1868, cuando buscó apoyo monetario para sus inversiones ferroviarias.⁷³ Otros capítulos surgieron orgánicamente, aunque los organizadores probablemente conocían las actividades en Tennessee.⁷⁴ Ryland Randolph, un miembro del Ku Klux Klan del oeste de Alabama, y William Saunders, un líder establecido en Wilmington, Carolina del Norte, eran editores de periódicos y, por lo tanto, estaban bien informados sobre los acontecimientos más trascendentales de la época. En Tuscaloosa, Randolph lideraba una guarida de unos sesenta hombres, y años más tarde admitió que él y sus camaradas, en lugar de recibir órdenes de marcha de Forrest, "actuaban independientemente de cualquier autoridad central".⁷⁵ En Wilmington, donde residía Saunders, los miembros del Ku Klux Klan eran blancos adinerados de la ciudad.⁷⁶ Su compatriota Alfred Moore Waddell, veterano de la Confederación, recordaba décadas después que la participación de Saunders en el Ku Klux Klan se debía a su deseo de promover "el bienestar de su pueblo".⁷⁷

⁶⁹ Shapiro, "The Ku Klux Klan During Reconstruction", 35-36; y Nash, *Reconstruction's Ragged Edge*, 130.

⁷⁰ John Watson Morton, *The Artillery of Nathan Bedford Forrest's Cavalry: "The Wizard of the Saddle"* (Nashville: M. E. Church, South & Lamar, 1909), 339.

⁷¹ Sobre las formas en que las líneas de ferrocarril facilitaron el crecimiento, véase R. Scott Huffard Jr, *Engines of Redemption: Railroads and the Reconstruction of Capitalism in the New South* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019), 30.

⁷² William Dudley Bell, "The Ku Klux Klan in Mississippi" (tesis de maestría, Mississippi State University, mayo de 1963), 35.

⁷³ Trelease, *White Terror*, 50.

⁷⁴ Los miembros del Klan también establecieron su presencia en Kentucky en 1868. George C. Wright, *Racial Violence in Kentucky, 1865-1940: Lynching, Mob Rule, and "Legal Lynchings"* (Boston: Louisiana State University Press, 1990), 25.

⁷⁵ Ryland Randolph a Walter L. Fleming, 27 de agosto de 1901, Carpeta 12, Caja 3, Colección Walter L. Fleming, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York, Nueva York; y Trelease, *White Terror*, 85.

⁷⁶ Deborah Beckel, *Reforma radical: Interracial Politics in Post-Emancipation North Carolina* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2011), 64-65.

⁷⁷ Alfred Moore Waddell, *Address to the Alumni Association of the University of North Carolina*, 31 de mayo de 1892, "The Life and Character of William L. Saunders, LL. D.," Folder 2a, Box 1, Alfred Moore Waddell Papers, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina, Chapel Hill.

El Klan no fue la única organización enigmática responsable de atemorizar y brutalizar a afroamericanos y republicanos de todas las razas en nombre de la promoción del "bienestar" del pueblo. Otros grupos, como los Caballeros de la Camelia Blanca, aterrorizaban a los afroamericanos insubordinados como parte de una campaña más amplia de difusión de la supremacía blanca y la disciplina en el lugar de trabajo.⁷⁸ Los Caballeros fueron creados en 1867 por, entre otros, Alcibiades DeBlanc, antiguo general de brigada confederado, abogado, inversor en una compañía ferroviaria, líder del Partido Demócrata y firmante de la Ordenanza de Secesión de Luisiana. Fundada en St. Mary's Parish, sus líderes, al igual que los del Ku Klux Klan, eran en su mayoría terratenientes acomodados y veteranos de la Confederación y, al igual que el Ku Klux Klan, sus miembros utilizaban la violencia para lograr un objetivo central: garantizar que la mayoría de los afroamericanos trabajaran para los terratenientes.⁷⁹

La flagelación era practicada tanto por miembros de los Caballeros de la Camelia Blanca como del Ku Klux Klan. Algunos azotaban a los obreros que desafiaban a sus jefes. Después de todo, muchos asumían que, como observó el escritor de periódicos Whitelaw Reid, "el negro no valía nada, excepto bajo el látigo".⁸⁰ Según Alfred Richardson, los miembros del Ku Klux Klan azotaban con frecuencia "al hombre de color por discutir la palabra del hombre blanco, o por tener alguna palabra con él".⁸¹ Los azotes con cuerdas, ramas de árboles o cinturones de cuero servían a los intereses de los patrones tanto antes como después de la Guerra Civil. Un escritor opinaba a finales de 1866 que el afroamericano "debe ser obligado a hacer lo que constitucionalmente no está inclinado a hacer".⁸²

Los vigilantes azotaban a hombres y mujeres. Consideremos un caso en Alabama, donde la sirvienta doméstica afroamericana Katie La Grone sufrió un severo castigo por abandonar abruptamente su trabajo, una acción poco notable porque ese trabajo era tedioso, agotador, ocasionalmente peligroso y, en general, desagradable. Muchas empleadas domésticas sufrían lesiones leves y graves, incluidos dolores por tareas repetitivas y quemaduras por accidentes al cocinar.⁸³ El empleador de La Grone, un tal Sr. Blackburn, la dejó sin ayuda, hirviendo de ira, exigiendo su regreso; en su opinión, ella tenía tareas domésticas que realizar, de las que él mismo no estaba dispuesto a

⁷⁸ DeBlanc luchó en la famosa batalla de Gettysburg. Véase su obituario: "Gen. Alcibiades DeBlanc", *New York Times*, 10 de noviembre de 1883. Sobre sus intereses en el ferrocarril, véase "New Orleans, Opelousas, and Great Western Railroad Company", *The Planters' Banner*, 26 de junio de 1852, 1. El editor de *The Planters' Banner*, Daniel Dennett, sería más tarde miembro destacado de los Caballeros de la Camelia Blanca.

⁷⁹ James G. Dauphine, "The Knights of the White Camelia and the Election of 1868: Louisiana's White Terrorists; A Benighting Legacy", *Louisiana History* 30 (primavera de 1989): 173-190.

⁸⁰ Citado en James L. Roark, *Masters Without Slaves: Southern Planters in the Civil War and Reconstruction* (Nueva York: W. W. Norton Company, 1977), 120.

⁸¹ Citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary State, Georgia Volume I* (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 12.

⁸² H. G. Horton, "Las causas de la grandeza comercial", *De Bow's Review* 1 (mayo de 1866): 487.

⁸³ Sobre lo desagradable del trabajo doméstico, véase Susan Eva O'Donovan, *Becoming Free in the Cotton South* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007), 173.

ocuparse. Al igual que los gerentes agrícolas, encontró ayuda de miembros anónimos del Klan. Según el testimonio de Joseph Speed, un antiguo soldado confederado, "fue azotada y los hombres que la azotaron —hombres disfrazados— le dijeron que debía volver a casa del señor Blackburn".⁸⁴ No tenemos constancia de la respuesta de La Grone a la agresión, pero podemos suponer que toda la experiencia le resultó profundamente humillante y petrificante. Los despiadados azotadores enmascarados le demostraron que, en términos inequívocos, Blackburn seguía siendo el jefe exclusivo, y que ni él ni sus colegas del Klan aceptaban el principio republicano de la "mano de obra libre". La Grone podía pensar que era libre de tomar sus propias decisiones laborales, pero Blackburn y sus aliados del Ku Klux Klan pensaban claramente de otro modo. Para ellos, la violencia y la intimidación eran necesarias para resolver sus problemas inmediatos de absentismo.⁸⁵

Sin embargo, los miembros del Ku Klux Klan, que insistían en que los empresarios debían disfrutar de los beneficios eternos de un acceso ilimitado a la mano de obra, utilizaban la violencia de forma estratégica. El historiador Walter Lynwood Fleming observó hace más de un siglo que los privilegiados de Alabama y los miembros del Ku Klux Klan (que a menudo se solapaban) se enfrentaban a una serie de preguntas desconcertantes: ¿Cuánta violencia podían emplear sin dejar de tener acceso a una mano de obra adecuada? ¿Cuándo era razonable utilizar la violencia? Eran preguntas especialmente peliagudas en 1868, cuando muchos afroamericanos, en palabras de Fleming, "estaban aprendiendo". Las masas afroamericanas de las zonas occidentales del estado habían descubierto que los plantadores-vigilantes recurrían habitualmente a horribles torturas e incluso asesinatos. El miembro más infame del oeste de Alabama, Ryland Randolph, asesinó una vez con un cuchillo a un afroamericano en Tuscaloosa. Años más tarde, Randolph defendió este acto de extraordinaria brutalidad diciendo que su víctima "y otro negro se dedicaban a golpear duramente a un hombre blanco, a quien salvé la vida. Resultó ser un miembro de la compañía Ku Klux".⁸⁶ Feroz, arrogante, sanguinario y leal a sus camaradas, el propietario del *Independent Monitor* de Tuscaloosa había retado a duelo a numerosos oponentes, lo que le llevó a perder una pierna tras una pelea en 1870.⁸⁷ Los métodos extremos de violencia aterrorizaban a la

⁸⁴ Citado en Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, Alabama Volume 1 (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 417.

⁸⁵ Tal brutalidad dirigida contra mujeres negras como La Grone no se limitaba a Alabama. Para casos similares en Kentucky, véase J. Michael Rhyne, " 'Conduct... Inexcusable and Unjustifiable': Bound Children, Battered Freedwomen, and the Limits of Emancipation in Kentucky's Bluegrass Region", *Journal of Social History* 42 (invierno de 2008): 319-340. Estas acciones constituyen lo que la estudiosa Charisse Burden-Stelly ha denominado "El atrapamiento de las mujeres negras en el trabajo doméstico". Charisse Burden-Stelly, "Modern U.S. Racial Capitalism: Some Theoretical Insights", *Monthly Review* 72 (julio-agosto de 2020): 17.

⁸⁶ Ryland Randolph a Walter L. Fleming, 23 de agosto de 1901, Carpeta 12, Caja 3, Colección Walter L. Fleming, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York, Nueva York.

⁸⁷ Michael W. Fitzgerald, *Reconstrucción en Alabama: From Civil War to Redemption in the Cotton*

mano de obra, y muchos afroamericanos respondieron huyendo de los lugares de trabajo y organizándose entre ellos. Esto significaba que los miembros del Klan tenían que ser tácticos "para no asustar a los trabajadores negros", como dijo Fleming. Teniendo en cuenta este contexto más amplio, los miembros del Ku Klux Klan se movilizaban durante los meses de verano, después de que los trabajadores plantaran los cultivos, y en invierno, después de que la mano de obra recogiera las cosechas.⁸⁸

El Klan de Alabama estaba formado por hombres blancos de las plantaciones que sufrieron económicamente tras la guerra porque una quinta parte de la población —sus antiguos esclavos— había alcanzado la libertad. En opinión de los terratenientes, estos cambios revolucionarios les hacían imposible mantener sus medios de vida.⁸⁹ Muchos optaron por unirse al Klan para mejorar sus condiciones, y estos hombres eran, según las reminiscencias de John Hunnicutt (1850— 1932), un antiguo líder del Klan, "algunos de los mejores ciudadanos".⁹⁰ Hunnicutt escribió un relato bastante autocomplaciente sobre sus propias dificultades laborales como propietario de una plantación, recordando el año 1867, cuando no pudo conseguir suficientes empleados para cosechar algodón. Al igual que su compatriota Randolph, Hunnicutt era capaz de desatar una violencia extrema contra sus objetivos. Por ejemplo, Hunnicutt había asesinado a un afroamericano franco y se había ganado una reputación notoria. Como consecuencia, los afroamericanos se negaban a trabajar en su plantación, "boicoteándome en casa", como él mismo decía, lo que le llevó a gemir: "Llegó un momento en que no podía contratar a un negrito a ningún precio".⁹¹

Hunnicutt, buscando formas de paliar su escasez de mano de obra, inició una investigación personal de los pensamientos, objetivos y actividades organizativas de lo que él consideraba afroamericanos desafiantes. Según él, para ello tuvo que trabajar con sigilo. En una ocasión, se escondió debajo de una casa y escuchó a escondidas a unos afroamericanos que hablaban de "no contratarme y decían que así podrían obligar a los blancos a pagar salarios que les convinieran". Emocionado, incapaz de escuchar toda la reunión, Hunnicutt, empuñando dos pistolas, se presentó ante el grupo y les exigió que "se callaran porque yo era el orador en aquella ocasión". Procedió a regañar a los hombres, declarando que "este era un país de hombres blancos [sic] y no estaba

South (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2017), 179. Para más información sobre Randolph, véase G. Ward Hubbs, *Searching for Freedom after the Civil War: Klansman, Carpetbagger, Scalawag and Freedman* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2015), 9-56.

⁸⁸ Walter Lynwood Fleming, *Civil War and Reconstruction in Alabama* (Nueva York: Columbia University Press, 1905), 681-682.

⁸⁹ Sobre la decadente posición de clase de los plantadores de Alabama, véase Michael W. Fitzgerald, "Ex Slaveholders and the Ku Klux Klan: Exploring the Motivations of Terrorist Violence", en *After Slavery: Race, Labor, and Citizenship in the Reconstruction South*, ed. Bruce E. Baker y Brian Kelly (Gainesville: University of Florida Press, 2013), 143-158; y Fitzgerald, *Reconstruction in Alabama*, 179-180.

⁹⁰ John L. Hunnicutt, *Reconstruction in West Alabama: The Memoirs of John L. Hunnicutt* (Tuscaloosa: Confederate Publishing Company, Inc., 1959), 56.

⁹¹ Hunnicutt, *Reconstrucción en el oeste de Alabama*, 79.

gobernado por negros y carpet-baggers". Luego se apresuró a compartir su descubrimiento con un número no identificado de compañeros del Klan. Al día siguiente, Hunnicutt y sus seguidores "nos pusimos nuestros disfraces y cubrimos nuestros caballos y cabalgamos a través del pueblo negro pero no dijimos una palabra a nadie". Presumiblemente, Hunnicutt y sus compañeros creyeron que su amenazante despliegue visual era suficiente para dejar claro su punto de vista: Los residentes del "pueblo negro" debían comprender el "lugar" que les correspondía en la comunidad.⁹²

Según el relato de Hunnicutt, la noche siguiente, algunos de los "viejos negros", un grupo de portavoces de la comunidad visiblemente incómodos, se acercaron a Hunnicutt para disculparse por las acciones de los manifestantes. Estos ancianos, realizando un control de daños, rogaron a Hunnicutt que "mantuviera alejado al Ku Klux de ellos". A cambio de la promesa de Hunnicutt de cesar todo tipo de acoso y violencia, prometieron que los hombres de la reunión cortarían "mi algodón sin ningún gasto para mí".⁹³ Hunnicutt no se comprometió, decidiendo "esperar y ver". Los aterrorizados hombres cumplieron su promesa: "A la mañana siguiente, cuando me levanté y miré mi campo de algodón, conté veintisiete negros trabajando en buena forma y entonces hicimos las paces."⁹⁴

Si hemos de tomar al pie de la letra la historia de Hunnicutt, el resultado fue una victoria completa para él y una pérdida total para los huelguistas —precisamente lo que Forrest y otros líderes del Klan habían deseado durante mucho tiempo: mantener a los trabajadores afroamericanos "en su sitio". Desde una perspectiva empresarial, la ominosa movilización del Klan y la amenaza de violencia mortal habían resuelto, en ese momento, el persistente problema laboral de Hunnicutt. Por esta razón, los miembros del Klan, dirigidos por Hunnicutt, habían funcionado como una asociación de empresarios con objetivos inequívocos. Los miembros comprendieron su influencia y lograron obligar a los líderes afroamericanos a negociar un acuerdo verbal. El pacto mantenía a los rebeldes a salvo de daños físicos a cambio del "trabajo gratuito" de Hunnicutt: largas horas de trabajo monótono y no remunerado. Los hombres vulnerables se habían enfrentado a una elección con consecuencias significativas: soportar palizas y torturas o aceptar el agotamiento y el tedio de un trabajo no remunerado. Los cortadores de algodón demostraron una clara preferencia por la explotación laboral frente a las lesiones, o incluso la muerte, a manos de los miembros del Klan.

Podemos suponer que al menos algunos de estos miembros del Klan no poseían tierras ni empleaban a trabajadores; en otras palabras, no todos eran élites como

⁹² Hunnicutt, *Reconstrucción en el oeste de Alabama*, 80.

⁹³ Estos ancianos eran probablemente afroamericanos de la élite o de clase media y, por lo tanto, como explicó el historiador James Schmidt en un contexto similar, "expresaban sentimientos compatibles con los que sostenían los comentaristas moderados y conservadores de ambas partes del país y a veces admitían el deseo de un control legal del trabajo de los libertos". Schmidt, *Free to Work*, 169.

⁹⁴ Hunnicutt, *Reconstrucción en el oeste de Alabama*, 80.

Hunnicut. No obstante, estaban motivados por el deseo de restablecer la supremacía blanca basada en el lugar de trabajo, que se basaba fundamentalmente en la hiperexplotación de los trabajadores negros. Al participar en la organización de Hunnicutt, contribuyeron a reforzar los principales intereses económicos de los hombres más poderosos de la región. Así, la organización actuaba como una asociación patronal con objetivos evidentes que encajaban en la definición de Bonnett. El poder duradero del racismo, construido a lo largo de muchas décadas, combinado con la capacidad de Hunnicutt para hacer valer su autoridad, unió a los hombres variados en esta organización paramilitar. Hunnicutt tuvo la enorme suerte de contar con seguidores leales, individuos dispuestos a utilizar la fuerza letal para ayudarlo a conseguir sus objetivos directivos centrales. Como líder regional de esta asociación patronal supremacista blanca, Hunnicutt tenía poder para determinar si, o cuándo, los miembros proferían amenazas y/o lanzaban brutales oleadas de represión. En este caso, Hunnicutt se despertó para descubrir lo que parecía la reanudación de la esclavitud: una mano de obra totalmente obediente motivada por el deseo colectivo de evitar lesiones y la muerte. Estos trabajadores esclavistas, azuzados por una combinación de miedo y las convincentes palabras de los ancianos de la comunidad, habían abandonado sus propias luchas por una compensación económica y una mayor dignidad. Teniendo en cuenta esta evolución, Hunnicutt y sus colegas reconocieron que no había motivo para recurrir al castigo físico.

Por supuesto, debemos abordar la triunfante historia de Hunnicutt con una buena dosis de escepticismo, reconociendo que carecemos de fuentes que la corroboren; no tenemos testimonios de los trabajadores ni de los negociadores mayores, y no podemos suponer que sus víctimas fueran totalmente sumisas ante las amenazas del Ku Klux Klan. Pero incluso si Hunnicutt inventó gran parte de su historia, podemos identificar con seguridad el tipo de sistema obrero-patronal *que él* consideraba ideal, así como el mecanismo de aplicación responsable de mantenerlo. Sabemos que, en su mente, él y sus compañeros del Klan habían desempeñado un papel indispensable en el fortalecimiento de su mano como dictador en el lugar de trabajo. En sus recuerdos, la sección del Ku Klux Klan que dirigía, desplegando estratégicamente sus amenazadores rituales en la "ciudad de los negros", había aterrorizado eficazmente a los huelguistas para que se sometieran, restaurando en última instancia lo que él consideraba unas relaciones laborales adecuadas. El resultado fue perfecto: La reintroducción de una mano de obra diligente sin coste alguno para él. El terrorismo funcionó.

Las acciones de terroristas como Hunnicutt y sus camaradas no impidieron que los antiguos esclavos buscaran la libertad y la dignidad organizándose. Ningún grupo enfureció más a los miembros del Ku Klux Klan que las Ligas de la Unión, las organizaciones multirraciales aunque mayoritariamente dirigidas por afroamericanos que promovían los intereses de los libertos. Gordon, de Georgia, restando importancia al organismo de los antiguos esclavos, culpó a los republicanos blancos activos en las

Ligas de la Unión de provocar "luchas entre la gente".⁹⁵ Lindsay, gobernador de Alabama, creía que el Ku Klux Klan había obtenido un amplio apoyo en su estado como consecuencia directa de la formación de las Ligas de la Unión.⁹⁶ De hecho, las Ligas de la Unión eran numerosas y activas en Alabama, Mississippi y Tennessee, y muchos blancos organizaron secciones del Ku Klux Klan para desafiarlas.⁹⁷

Los miembros del Ku Klux Klan, ávidos de control, eran especialmente intolerantes con los negros armados, y hacían todo lo posible por apoderarse de sus armas, las herramientas que los antiguos esclavos habían empleado para emanciparse. En los condados de Colbert, Lauderdale, Lawrence, Limestone, Madison y Morgan de Alabama, miembros del Klan disfrazados irrumpieron en las casas de numerosos afroamericanos y republicanos blancos, donde golpearon a sus víctimas y les arrebataron sus armas de fuego. Antes de marcharse, los invasores exigieron a sus víctimas que se abstuvieran de votar o que votaran a los demócratas.⁹⁸ Los miembros del Ku Klux Klan estaban igualmente decididos a desarmar a las personas liberadas en Carolina del Sur.⁹⁹ Las acciones intimidatorias de los atacantes, dondequiera que ocurrieran, eran totalmente predecibles si tenemos en cuenta sus objetivos más amplios: la presencia generalizada de grupos de hombres y mujeres políticamente apáticos, sin poder y quiescentes, el tipo de personas fáciles de explotar en los extensos lugares de trabajo agrícola del Sur.

Los trabajadores comprometidos políticamente no fueron las únicas víctimas de la violencia del Klan. Los miembros del Ku Klux Klan dirigieron gran parte de su ira contra las instituciones educativas y los profesores, en su mayoría republicanos blancos del norte. Los merodeadores enmascarados atacaron a muchos, considerándolos responsables de sus problemas de absentismo laboral, ya que los instructores animaban a los afroamericanos a pensar por sí mismos; al fin y al cabo, los educadores informaban a los estudiantes sobre la disponibilidad de oportunidades de empleo fuera de las plantaciones. Durante muchas décadas, los miembros de la clase dominante sureña se habían beneficiado de la disponibilidad de masas de mano de obra no contaminadas por las molestias de los profesores externos. En opinión de los vigilantes de las plantaciones, los que no estaban expuestos a oportunidades educativas formales tenían menos confianza en sí mismos, rara vez hacían preguntas y estaban más inclinados a seguir las órdenes de sus jefes que los que tenían educación.

Sin embargo, la gente liberada estaba ansiosa por aprender, y numerosos republicanos arriesgaron sus vidas y medios de subsistencia para ayudarles. En respuesta, los miembros del Ku Klux Klan se convirtieron en asesinos de la educación

⁹⁵ Citado en Eckert, John Brown Gordon, 146.

⁹⁶ Mitchell Snay, *Fenians, Freedmen, and Southern Whites: Race and Nationality in the Era of Reconstruction* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2007), 61.

⁹⁷ Bell, "El Ku Klux Klan en Mississippi", 44.

⁹⁸ Trelease, *Terror blanco*, 122.

⁹⁹ Shapiro, "El Ku Klux Klan durante la Reconstrucción", 44.

sin remordimientos: Destruyeron escuelas afroamericanas, quemaron libros y amenazaron a quienes buscaban instrucción y a sus mentores. En el condado de Walton, Georgia, por ejemplo, los miembros del Klan, dirigidos en parte por el propietario de una tienda William O. Felker, quemaron los libros de un profesor y anunciaron que "desafiarían a cualquier otro negro a tener un libro en su casa".¹⁰⁰ En algunas partes de Carolina del Sur, los miembros del Ku Klux Klan fueron aún más lejos cuando incendiaron escuelas, incluso algunas en múltiples ocasiones.¹⁰¹ Mantener el acceso a una mano de obra no escolarizada requería que vigilaran agresivamente los espacios fuera de sus plantaciones y granjas, empleando diferentes tipos de terrorismo para asegurarse de que los antiguos esclavos seguían sin estar familiarizados con lo que las élites consideraban ideas subversivas. Para impedir la propagación de estas ideas, los miembros del Ku Klux Klan destruyeron los espacios y confiscaron las herramientas —escuelas, libros y armas— que amenazaban sus intereses inmediatos y a largo plazo.

Los miembros del Ku Klux Klan se movilizaron con mayor saña contra los maestros. Por ejemplo, en Shelbyville, Tennessee, donde el Klan estaba dirigido por N. de veintitrés años.

F. Thompson, "un numeroso escuadrón" irrumpió en la casa de John C. Dunlap, "profesor de una escuela de negros", el 4 de julio de 1868. Según el *Pulaski Citizen* — un periódico editado por L. W. McCord, cuyo hermano, Frank, fue uno de los fundadores originales del Ku Klux Klan—, Dunlap y "un par de negros" fueron llevados a la fuerza al bosque por miembros del Ku Klux Klan y recibieron "una buena paliza". La "paliza" demostró la gravedad de su ira, pero no habló por sí misma. Inmediatamente después de la paliza, estos gamberros del Día de la Independencia exigieron a Dunlap que "hiciera las maletas y abandonara la ciudad, orden que dice que obedecerá".¹⁰² Estos misteriosos terroristas, cuya despiadada violencia "creó gran excitación" en Shelbyville, consiguieron su principal objetivo: la eliminación permanente de un cruzado externo responsable de animar a la población obrera a escapar de la monotonía del trabajo agrícola. Un testigo, veterano confederado no identificado y habitante de Tennessee de toda la vida, declaró más tarde que le sorprendió la excesiva flagelación, observando que había visto a muchos negros "azotados por diferentes personas", pero que "nunca había visto a nadie golpeado como lo fue este hombre, Dunlap".¹⁰³ Otros aspirantes a maestros debieron darse cuenta de lo nefasto de esta feroz campaña de expulsión.¹⁰⁴

¹⁰⁰ Citado en Mark Wahlgren Summers, *A Dangerous Stir: Fear, Paranoia, and the Making of Reconstruction* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2009), 252. Sobre el Ku Klux Klan, véase Gorman, "This Man Felker", 897-914.

¹⁰¹ Shapiro, "El Ku Klux Klan durante la Reconstrucción".

¹⁰² "Kuklux", *The Pulaski Citizen*, 10 de julio de 1868, 2.

¹⁰³ Citado en Senate Journal of the Extra Session of the Thirty-Fifth General Assembly of the State of Tennessee (Nashville: S. C. Mercer, 1868), 132.

¹⁰⁴ "Kuklux", *The Pulaski Citizen*, 10 de julio de 1868, 2. Sobre campañas de expulsión similares organizadas por el Klan, véase Ronald E. Butchart, *Schooling the Freed People: Teaching, Learning, and the Struggle for Black Freedom, 1861-1876* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010), 159-160.

El suplicio inmensamente doloroso de Dunlap —sus torturadores lo azotaron 200 veces— fue comparativamente leve.¹⁰⁵ Joseph Speed relató la historia de un inglés llamado George A. Clark. Clark enseñaba a afroamericanos en una escuela de tamaño modesto en el condado de Sumter, Alabama, lo que enfureció a los poderosos blancos de la región. Mientras enseñaba, en otoño de 1870, "una banda de hombres lo sacó, lo azotó muy severamente; le dispararon y lo colgaron". Supusieron, dice, que estaba muerto". Los miembros del Klan lo golpearon simplemente porque, como informó Speed, "estaba enseñando en una escuela de negros".¹⁰⁶ La extrema brutalidad significa que estos miembros del Klan consideraban el asesinato una solución aceptable a sus problemas.

Hunnicut, del oeste de Alabama, experimentó su propio encuentro tenso, aunque finalmente fructífero, con al menos un profesor de fuera de la ciudad. Escribió que un educador de Connecticut estaba involucrado en actividades subversivas destinadas a organizar a los estudiantes en "algún tipo de liga".¹⁰⁷ En primer lugar, Hunnicutt y sus camaradas trataron de avergonzar al hombre, preguntándole "si se daba cuenta plenamente de cómo le consideraban los blancos de ese país durmiendo en esas casas de negros y taladrándolos y organizándolos para algo que no sabemos qué". En opinión de Hunnicutt, este tipo de educadores eran culpables de cometer actos de traición racial y, por lo tanto, no tenían nada que hacer en la región. Por esta razón, Hunnicutt dio un ultimátum al asustado hombre: "Entonces le dije: Si dejas que el sol se ponga sobre ti una vez más en el condado de Hale, estarás en el infierno cuando salga".¹⁰⁸ Según el relato de Hunnicutt, el maestro accedió. Hunnicutt disfrutó de otra victoria: La libertad de seguir con su vida con un agitador externo menos. La intimidación funcionó.

Estos casos —hombres del Ku Klux Klan infligiendo daños corporales y/o profiriendo amenazas violentas— revelan el profundo aborrecimiento de los atacantes hacia los entrometidos externos, los responsables de influir en las opiniones de las masas y, por tanto, de perturbar las relaciones laborales tradicionales. Con la plena bendición de los propietarios de las plantaciones, pretendían separar físicamente a los maestros de las masas y cortar así todos los flujos de lo que consideraban información subversiva. Confirmaron repetidamente que podían lograr este resultado de varias maneras. Algunos eliminaban la amenaza de forma incruenta simplemente recibiendo a los educadores en sus casas mientras vestían togas. Su aterradora presencia solía bastar; los temibles visitantes básicamente exigían que los educadores abandonaran la comunidad y no volvieran jamás. Los educadores que recibían la amenaza —aislados socialmente, sin el apoyo de la comunidad y conscientes de la imposibilidad de desafiar

¹⁰⁵ Sobre el número de latigazos, véase Trelease, *White Terror*, 36.

¹⁰⁶ Citado en *Testimony Taken By the Joint Select Committee to Inquire Into The Condition of Affairs in The Late Insurrectionary States, Alabama Volume 1* (Washington, DC: Government Printing Office, 1872), 417.

¹⁰⁷ Hunnicutt, *Reconstrucción en el oeste de Alabama*, 51.

¹⁰⁸ Hunnicutt, *Reconstrucción en el oeste de Alabama*, 55.

eficazmente a sus intimidadores— solían obedecer. Por supuesto, a muchos miembros del Klan, en su mayoría jóvenes, les gustaba ensuciarse las manos, disfrutando de la oportunidad de dar a sus oponentes "una paliza" después de aislarlos e intimidarlos. En estos contextos, se aseguraban de que estos forasteros no invitados sufrieran la agonía del dolor físico —y quizás problemas de salud duraderos y/o cicatrices permanentes. Por último, los miembros del Klan recurrían ocasionalmente al asesinato. Tanto si los miembros del Ku Klux Klan amenazaban con cometer un asesinato como si lo llevaban a cabo, el resultado era el mismo: la eliminación de figuras subversivas de lugares repletos de trabajadores, incluidos muchos que intentaban evitar sus monótonas rutinas laborales. La eliminación física de los maestros servía al objetivo a largo plazo de la clase dominante: la supresión de las ideas que amenazaban sus intereses económicos básicos. Como creadores de narrativas, los miembros del Ku Klux Klan y sus aliados, algunos de los cuales poseían y editaban periódicos, promovían ideas que fomentaban el trabajo manual al tiempo que suprimían las fuentes que estimulaban el pensamiento crítico.

Las actas demuestran que los plantadores y sus aliados del Ku Klux Klan consideraban a los republicanos blancos más amenazadores que la mayoría de los afroamericanos. El testigo anónimo de Shelbyville, alguien criado en una sociedad en la que antaño había florecido la esclavitud, nunca había presenciado cómo se golpeaba a los afroamericanos con tanta pasión o dureza como los hombres habían azotado a Dunlap. Además, tomemos el caso de Hunnicutt, que respondía de forma diferente a los jornaleros incomplicados que a la presencia de un maestro norteamericano. El testarudo alabameño había imaginado un "lugar" legítimo para las masas afroamericanas: en su propiedad, donde recogían algodón con una eficiencia que se asemejaba a los ritmos de trabajo de los esclavos de antes de la guerra. En su opinión, compartida ampliamente por las élites sureñas, los educadores del norte y los llamados bribones no tenían "lugar" en el Sur, ya que su mera existencia era fundamentalmente intrusiva; eran responsables de agitar a las masas y, por lo tanto, constituían la causa principal del descontento laboral.

De hecho, los casos de intimidación y violencia lanzados por los paramilitares revelan que los miembros del Klan tenían en mente crear lo que consideraban un futuro mejor: un régimen de relaciones laborales sin interferencias. Esto significaba la prohibición de los forasteros. Los miembros del Klan pretendían asegurarse de que los instructores republicanos no pudieran conseguir empleo ni disfrutar de la posibilidad de trabajar en paz en esas zonas. Presumiblemente, los educadores de mentalidad racional, aquellos aterrorizados por las presiones sociales y las palizas despiadadas, habían evaluado cuidadosamente los riesgos, optando por mantenerse alejados. Las diversas formas de violencia directa e intimidación no eran los únicos castigos. Los profesionales también adoptaron un tercer método: el sistema de listas negras. A través del boca a boca, los habitantes de élite de la región se aseguraban de que los agitadores de fuera no pudieran volver con seguridad.

Los miembros del Ku Klux Klan demostraron niveles similares de intolerancia hacia los agitadores *del interior*, ya que consideraban que los políticos republicanos del sur eran igualmente dignos objetivos de castigos, como fusilamientos, palizas y ahorcamientos. Algunos visitaban a los republicanos locales por las noches, cuando desencadenaban tiroteos.¹⁰⁹ Algunos episodios llegaron a las noticias nacionales. Tomemos el caso del veterano de la Unión y candidato a senador por Georgia George W. Ashburn. Cerca de treinta miembros del Ku Klux Klan dispararon y mataron al republicano en su casa de Columbus a finales de marzo de 1868, aproximadamente una semana después de que Forrest visitara la zona en un viaje de reclutamiento. La identidad de estos hombres sigue siendo un misterio, aunque una mujer negra que vivía entonces con Ashburn reconoció a uno de los intrusos como uno de los "caballeros jóvenes más respetables y ordenados" de Columbus después de que se le cayera la máscara.¹¹⁰ Ashburn, que había unido a blancos y negros en formaciones políticas y entornos sociales, había sido una espina clavada para la clase dirigente local durante décadas. En el momento de su muerte, vivía con grupos de afroamericanos, claramente no en "su lugar", tal como lo determinaban los blancos prominentes. Como profesor y líder político, era evidente que amenazaba los intereses de los residentes más influyentes de Columbus, los que se hallaban en la cúspide de la diversa y creciente economía capitalista de la ciudad.¹¹¹

Los miembros del Ku Klux Klan respondían a los afroamericanos rebeldes de forma similar a como lo hacían con los republicanos blancos. Utilizaban amenazas y brutalidad real para "curar" a quienes consideraban desobedientes, si creían que era posible hacerlo. Los miembros del Ku Klux Klan lanzaban campañas asesinas si pensaban que sus objetivos no eran explotables o eran incurablemente propensos a la delincuencia, lo que a menudo implicaba robos de animales y algodón de siembra. Los afroamericanos desafiantes y de orientación independiente constituían, desde el punto de vista de la élite adinerada, una influencia totalmente inmoral en las correctas relaciones de la comunidad. Por este motivo, al igual que los maestros blancos y los políticos republicanos, no tenían "sitio" en el Sur. El capataz de una plantación de Mississippi, Robert Philip Howell, recordaba que los miembros privilegiados de la

¹⁰⁹ James Alex Baggett, *The Scalawags: Southern Dissenters in the Civil War and Reconstruction* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2003), 245.

¹¹⁰ Citado en Elizabeth Otto Daniell, "The Ashburn Murder Case in Georgia Reconstruction, 1868", *The Georgia Historical Quarterly* 59 (otoño de 1975): 301.

¹¹¹ William A. Link, *Atlanta: Cradle of the New South: Race and Remembering in the Civil War's Aftermath* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013), 87. Más tarde ese mismo año, los blancos reaccionarios del condado de Sumter expresaron su deseo de infligir el castigo a los republicanos blancos, en lugar de a las masas negras. Miembros de una turba anónima proclamaron en septiembre de 1868: "No haremos daño a los negros, pero debemos matar a esos dos sinvergüenzas blancos". Citado en Lee W. Formwait, "The Camilla Massacre of 1868: Racial Violence as Political Propaganda", *The Georgia Historical Quarterly* 71 (otoño de 1987): 403. Sobre la economía de posguerra de Columbus, véase Mary A. DeCredico, *Patriotism for Profit: Georgia's Urban Entrepreneurs and the Confederate War Effort* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990), 135-141.

comunidad experimentaban alivio tras las desapariciones de los agitadores: "De vez en cuando algún negro, que había estado dando problemas en el vecindario, desaparecía durante la noche y nunca más se volvía a saber de él".¹¹² Los misteriosos vigilantes, tras haber conseguido aislar, intimidar y eliminar a sus objetivos, enseñaron una lección inequívoca: los disidentes no tenían cabida en la comunidad.

Los blancos poderosos estaban especialmente interesados en mantener a los afroamericanos alejados de las cabinas electorales. Durante la temporada electoral, los miembros del Ku Klux Klan y sus aliados trataban activamente de impedir que ejercieran su derecho al voto, y muchos empleaban la intimidación y la violencia en los recintos electorales y sus alrededores.¹¹³ Las tácticas de intimidación fueron especialmente pronunciadas en 1868. En varias regiones de Georgia con mayoría negra, por ejemplo, los republicanos no recibieron ningún voto debido a la intimidación del Ku Klux Klan.¹¹⁴ Ese año, tratando de demostrar que seguían siendo los "amos del azúcar", los miembros de los Caballeros de la Camelia Blanca, tras haber establecido secciones en prácticamente todas las regiones de Luisiana, desencadenaron una serie de atroces oleadas de represión.¹¹⁵ Los resultados fueron mortíferos: hasta 784 personas fueron asesinadas en el estado entre abril y noviembre de 1868, un número mayor que el de cualquier otro estado.¹¹⁶ Sin embargo, a veces los terroristas se enfrentaron a la ira de las tropas federales en sus intentos de impedir que los afroamericanos ejercieran sus derechos políticos. A principios de 1870, Tully Gibson, el acaudalado propietario de una plantación en el condado de Sunflower, Mississippi, que durante mucho tiempo había guardado rencor a los afroamericanos políticamente activos, fue asesinado por alguaciles federales después de intimidar y matar a varios aspirantes a votantes.¹¹⁷ Gibson había lanzado este ataque en respuesta a las rebeliones recurrentes de cientos de afroamericanos bajo el liderazgo de un hombre llamado Combash. Según un relato poco comprensivo con el levantamiento, los manifestantes armados habían exigido "que los negros gobernarán este país".¹¹⁸

¹¹² Robert Philip Howell Memoirs, Bound Typescript, página 25, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina.

¹¹³ Shapiro, "El Ku Klux Klan durante la Reconstrucción", 37-38.

¹¹⁴ Gregory P. Downs, *Después de Appomattox: Military Occupation and the Ends of War* (Cambridge, MA: Harvard University Press 2015), 207.

¹¹⁵ Según Richard Follett, bajo la esclavitud, los amos del azúcar "crearon uno de los regímenes más rapaces y explotadores del Sur de Estados Unidos". Sobre los antecedentes de estos hombres, véase Richard Follett, *The Sugar Masters: Planters and Slaves in Louisiana's Cane World, 1820-1860* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2005), 93. Sobre el crecimiento de la organización, véase Dauphine, "The Knights of the White Camelia and the Election of 1868", 175.

¹¹⁶ Dauphine, "Los Caballeros de la Camelia Blanca y las elecciones de 1868", 176.

¹¹⁷ "Death of Captain Tully S. Gibson", *Vicksburg Weekly Herald*, 15 de enero de 1870, 6; y J. M. Gibson, *Memoirs of J. M. Gibson: Terrors of the Civil War and Reconstruction Days* (Houston: n.p., 1929), 73-74.

¹¹⁸ "The Sunflower Disturbances", *The Weekly Clarion*, 2 de diciembre de 1869, 1; "Editorial Brevities", *American Citizen*, 25 de septiembre de 1869, 2; y "A War of Races in Mississippi", *Gold Hill Daily News*, 1 de diciembre de 1869, 2.

Numerosos plantadores y élites expresaron en general un sincero aprecio por las diversas actividades clandestinas, amenazadoras, brutales y asesinas del Klan. Howell, de Mississippi, partidario aunque no miembro, comentó que la organización ayudaba a "mantener el orden entre blancos y negros" y "tenía un efecto muy saludable sobre todo tipo de anarquía en nuestro vecindario".¹¹⁹ Para Howell, el orden significaba el establecimiento de una mano de obra totalmente tranquila y diligente, poco dispuesta a imponerse políticamente o a buscar oportunidades educativas. Otros hicieron observaciones similares. La "mera conciencia de que había un Ku Klux Klan" era generalmente suficiente para imponer la subordinación laboral y establecer "paz y tranquilidad", según el antiguo miembro del Ku Klux Klan de Nashville Henry Melville Doak.¹²⁰ Millie Brown, escribiendo desde el condado de Maury, Tennessee, en la primavera de 1868, dijo a su padre que "han sido una gran protección para el país".¹²¹ Los miembros del Klan en esta región enormemente fértil consistían, según el *Nashville Banner*, en "los jóvenes más respetables".¹²² Brown compartía esta opinión y creía que estos individuos prestaban un servicio indispensable: "Son un gran terror para los radicales y los negros". Aquí mataron a varios miembros de la Liga de la Unión, aunque algunos miembros del Klan, según un informe de la Asamblea General de Tennessee publicado tras una serie de redadas en el verano de 1868, se mostraron indulgentes con aquellos que "abandonaban las reuniones de la Liga de la Unión."¹²³ Las víctimas del Ku Klux Klan podían encontrar la redención cesando toda actividad política y volviendo a sus lugares de trabajo. Aunque Brown apreciaba la lucha contra el crimen y el impacto estabilizador general de esta sección del Ku Klux Klan —fundada por el alcalde de Columbia y propietario de un almacén general William J. Andrews—, admitía que sus miembros a menudo realizaban su trabajo "de una manera poco ceremoniosa".¹²⁴

Intervenciones federales y persistencia del terrorismo

¹¹⁹ Robert Philip Howell Memoirs, Bound Typescript, página 23, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina.

¹²⁰ Sketch by Col. Doak re: Social and Literary Clubs in Nashville, 22 páginas, página 64, Folder 13, Box 1, Henry Melville Doak Papers, correspondencia, 1922-1923, Tennessee State Library and Archives, Nashville, Tennessee.

¹²¹ Millie Brown to Father and Mother, 18 de mayo de 1868, Folder 12, Box 1, Hamilton Brown Papers, Southern Historical Collection, Wilson Library, University of North Carolina.

¹²² Citado en Harcourt, "Who Were the Pale Faces?", 43.

¹²³ Diario del Senado de la Sesión Extra de la Trigésimo Quinta Asamblea General del Estado de Tennessee (S. C. Mercer, 1868), 145.

¹²⁴ Millie Brown a Padre y Madre, 18 de mayo de 1868, Carpeta 12, Caja 1, Hamilton Brown Papers, Southern Historical Collection, Wilson Library, Universidad de Carolina del Norte. En septiembre de 1866, los funcionarios de la Oficina de Liberados informaron que en el condado de Maury había más brutalidad contra los libertos que en la mayoría de las otras regiones de Tennessee. Sobre el condado de Maury, véase Harcourt, "Who Were the Pale Faces?", 23-66.

Estas actividades "poco ceremoniosas" llamaron la atención de los opositores del Ku Klux Klan a nivel federal, lo que desencadenó la promulgación de leyes radicales, como la Ley de Ejecución de 1870 y la Ley del Ku Klux Klan de 1871, que condujeron a resultados desiguales. La promulgación de la Decimocuarta y Decimoquinta Enmiendas en 1868 y 1870, respectivamente, ilustró el deseo del gobierno federal de garantizar derechos y ofrecer protección a los afroamericanos, pero claramente no fueron suficientes para proteger a los antiguos esclavos. Como hemos visto, los vigilantes de las plantaciones no se dejaron intimidar por estos acontecimientos, y sus acciones violentas continuaron, e incluso se extendieron, en los últimos años de la década de 1860 y principios de la de 1870. La represión del Ku Klux Klan, según informó el fiscal general de Estados Unidos de la administración de Ulysses Grant, Amos T. Akerman, requería "medios extraordinarios".¹²⁵ Esto significaba medidas enérgicas tanto estatales como federales.¹²⁶

Tras la aprobación de las Leyes de Ejecución y del Ku Klux Klan, los alguaciles federales se desplegaron por gran parte del Sur, donde cumplieron numerosas órdenes de arresto. También se castigó a funcionarios estatales del Sur, muchos de los cuales eran miembros del Ku Klux Klan o cercanos a él. En las Carolinas se concentraron la mayoría de las actividades federales, y en Carolina del Sur se celebraron los llamados grandes juicios de 1871 y 1872, en los que las autoridades sacaron a la luz las acciones más brutales de la organización. Aquí, el presidente Grant, en respuesta a la petición del gobernador Robert Scott de restaurar el orden, retiró la orden de habeas corpus en nueve condados, lo que permitió a las autoridades detener a miembros del Klan sin cargos en otoño de 1871.¹²⁷ En Carolina del Norte, las autoridades arrestaron a Randolph Shotwell en julio de 1871, tras lo cual comenzó una condena de cinco años de prisión en la penitenciaría federal de Albany, Nueva York. Sin embargo, su estancia fue breve: Grant concedió el indulto a Shotwell, que fue puesto en libertad en agosto de 1873.¹²⁸ Los miembros del Klan también fueron procesados en otros lugares. En Alabama hubo más de cien acusaciones, y las autoridades del norte de Mississippi consiguieron más de 585 condenas en virtud de la Ley de Ejecución.¹²⁹ En total, los

¹²⁵ Citado en Foner, *Reconstruction*, 457.

¹²⁶ Los esfuerzos más destacados contra el Ku Klux Klan a nivel estatal se llevaron a cabo en Tennessee durante el mandato del gobernador William G. Brownlow a finales de la década de 1860. Bajo su mandato, la Guardia Estatal de Tennessee reprimió a nueve condados con fuertes secciones del Ku Klux Klan, incluido Pulaski. Ellis Merton Coulter, *William G. Brownlow: Fighting Person of the Southern Highlands* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1999; 1937), 372; y Ben H. Severance, *Tennessee's Radical Army: The State Guard and its Role in Reconstruction, 1867-1869* (Knoxville: University of Tennessee Press, 2005). Para acontecimientos similares en Arkansas, véase Charles J. Rector, "D. P. Upham, Woodruff County Carpetbagger", *Arkansas Historical Quarterly* 59 (marzo de 2000): 59-75.

¹²⁷ Williams, *The Great South Carolina Ku Klux Klan Trials*, 39.

¹²⁸ J. G. de Roulhac Hamilton, "Las experiencias carcelarias de Randolph Shotwell: III. Albany", *The North Carolina Historical Review* 2 (abril de 1925): 459-474.

¹²⁹ Christopher Lyle McIlwain Sr., "United States District Judge Richard Busteed and the Alabama Klan Trails of 1872", *Alabama Review* 65 (octubre de 2012): 266; y Stephen Cresswell, *Mormons, Cowboys,*

fiscales de la administración Grant juzgaron unos 2.500 casos criminales.¹³⁰ Oficialmente, el Klan se desintegró en su mayor parte a principios de la década de 1870.

Sin embargo, las masas afroamericanas no lograron alcanzar ningún atisbo de tranquilidad tras las diversas medidas represivas del gobierno federal. La mayoría de los que se enfrentaron a procesos judiciales no formaban parte de la cúpula económicamente privilegiada, sino que, en palabras del historiador Lou Falkner Williams, eran "pobres, jóvenes, analfabetos, sin importancia y culpables de delitos menores".¹³¹ Muchos miembros poderosos del Klan, incluido Hunnicutt, abandonaron las zonas del sureste y se establecieron en Texas.¹³² Y en 1873, John B. Gordon, de Georgia, se convirtió en senador de Estados Unidos. Nathan Bedford Forrest pasó sus últimos años de vida centrado en sus intereses empresariales; llegó a ser presidente del Ferrocarril de Selma, Marion y Memphis antes de retirarse a una cabaña cerca de Memphis, donde murió en 1877. A pesar de dedicar considerables recursos a combatir a los justicieros de derechas, el gobierno federal demostró que no podía o no quería castigar a los máximos dirigentes de la patronal más violenta de la historia de Estados Unidos.

Además, los casos de terrorismo producido por las élites no mostraron signos de cesar *tras* las modestas intervenciones del gobierno federal contra el Ku Klux Klan. La etapa culminante de la represión se produjo en Colfax, Luisiana, donde una turba de unos cien blancos dirigidos por William Cruikshank —un rico propietario de plantaciones de cuarenta y siete años— asesinó al menos a sesenta y dos, pero probablemente a docenas más, hombres negros que habían ocupado el juzgado en apoyo del republicano William Pitt Kellogg en la primavera de 1873. Tanto Kellogg como su oponente, el demócrata John McEnery, se habían proclamado vencedores en las elecciones a gobernador de 1872. Cruikshank y otros feroces justicieros pro McEnery asaltaron el palacio de justicia, lo incendiaron y atacaron con saña a sus ocupantes.¹³³ Se dice que Cruikshank ordenó a sus seguidores que "mataran a los negros", una mano de obra formada casi exclusivamente por antiguos esclavos de las plantaciones.¹³⁴ Y así lo hicieron sus sanguinarios seguidores. En palabras del historiador Eric Foner, éste fue "el acto de terrorismo más atroz durante la

Moonshiners, and Klansmen (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1991), 24.

¹³⁰ Eric Foner, *La segunda fundación: How the Civil War and Reconstruction Remade the Constitution* (Nueva York: W. W. Norton, 2019), 121.

¹³¹ Williams, *The Great South Carolina Ku Klux Klan Trials*, 114; Zuczek, *State of Rebellion*, 104; y Pope, "Why Is There No Socialism in the United States", 1578.

¹³² O. H. Crebbs a James R. Crowe, 18 de febrero de 1888, *Carpeta 12, Caja 3, Colección Walter L. Fleming*.

¹³³ Charles Lane, *The Day Freedom Died: The Colfax Massacre, the Supreme Court, and the Betrayal of Reconstruction* (Nueva York: Henry Holt, 2008), 154; y Ted Tunnell, *Crucible of Reconstruction: War, Radicalism and Race in Louisiana, 1862-1877* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1984), 189-193.

¹³⁴ Citado en Lane, *The Day Freedom Died*, 168.

Reconstrucción".¹³⁵

La mejor prueba que tenemos de las dimensiones del terrorismo desatado por Cruikshank y sus seguidores paramilitares procede de las víctimas. Describieron escenas espantosas aquel fatídico día de Pascua, cuando los terroristas, armados con pistolas y cañones, pasaron horas atormentando a hombres y mujeres negros. Uno de los objetivos, Fuller Johnson, describió cómo intentaba desesperadamente esconderse en el bosque, donde se vio obligado a correr "porque las balas de cañón eran demasiado para mí".¹³⁶ Otros se escondieron debajo de las casas para intentar eludir a los asesinos. La mayoría fracasaron: Los blancos armados tomaban prisioneros durante el día y por la noche los fusilaban metódicamente. Según un informe periodístico, "los mantenían vigilados hasta que oscurecía, cuando los sacaban de dos en dos y los fusilaban". La mayoría de los atacantes les disparaban en la cabeza y los dejaban en el suelo para que murieran.¹³⁷

Los periódicos informaron sobre el horror del suceso. Hannah Fredericks describió que se encontró con una escena sobrecogedora e inquietante consistente en "muchos muertos de color en el suelo tras la pelea; conozco a media docena de ellos". Otros fueron testigos de decenas de cuerpos mutilados acribillados por múltiples heridas de bala. Una de las historias más trágicas proviene de una madre atribulada; el cuerpo de su hijo muerto fue atacado por bandas de perros: "Me llevé los restos a casa y los enterré; me sentía tan mal que no sabía lo que hacía".¹³⁸

Las respuestas judiciales a esta masacre fueron tan consecuentes como la matanza propiamente dicha. Bajo la dirección del fiscal federal James Beckwith, un gran jurado federal acusó a 97 personas de violar la Decimocuarta Enmienda y la Ley de Ejecución de 1870, que prohibía que dos o más personas hirieran a "cualquier ciudadano con la intención de impedir o dificultar su libre ejercicio de cualquier derecho o privilegio que le otorguen o garanticen la Constitución o las leyes de Estados Unidos".¹³⁹ En concreto, las autoridades emitieron treinta y dos cargos relacionados con sus presuntas violaciones de los derechos civiles de dos hombres a los que habían asesinado, Levi Nelson y Alexander Tillman. Por razones logísticas, la fiscalía acabó juzgando a nueve acusados. Estos hombres se aseguraron un excelente equipo de defensa legal formado por abogados de alto rango del Partido Demócrata, respaldados económicamente por eminentes miembros de la clase dirigente de Nueva Orleans.¹⁴⁰

¹³⁵ Eric Foner, "A Massacre and a Travesty", *Washington Post*, 23 de marzo de 2008, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/03/20/AR2008032003067.html>.

¹³⁶ Citado en "Trial in the United States Circuit Court", *New Orleans Republican*, 27 de mayo de 1874, 1.

¹³⁷ "Testimonio judicial", *Bellows Falls Times*, 22 de enero de 1875, 1.

¹³⁸ Citado en "Testimonio judicial", 1.

¹³⁹ Citado en E. Edward White, *Law in American History, Volume 2: From Reconstruction Through the 1920s* (Oxford: Oxford University Press, 2016), 23.

¹⁴⁰ Robert Kaczorowski, *The Politics of Judicial Interpretation: The Federal Courts, Department of Justice, and Civil Rights, 1866-1876* (Nueva York: Fordham University Press, 2005; 1985), 144; y Pamela Brandwein, *Rethinking the Judicial Settlement of Reconstruction* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 112.

En junio de 1874, el jurado de Nueva Orleans absolvió a seis y declaró a tres culpables de conspiración, pero no de asesinato. El equipo de la defensa, que no estaba dispuesto a aceptar ni siquiera una derrota parcial, respondió presentando mociones de detención de la sentencia, argumentando que la Ley de Ejecución de 1870 era inconstitucional porque, en su opinión, representaba un ejemplo de extralimitación gubernamental; insistieron en que los gobiernos estatales, y no las autoridades federales, eran los responsables de vigilar el comportamiento de sus residentes. El juez William Woods se mostró de acuerdo con la sentencia. Pero el juez Joseph P. Bradley, del Tribunal Supremo de los EE.UU., con sede en Nueva Orleans, se puso del lado de la defensa, estableciendo distinciones jurisdiccionales igualmente tajantes, al tiempo que afirmaba que la Decimocuarta Enmienda sólo se aplicaba a las acciones estatales, no a los individuos, y que no había pruebas suficientes de que los acusados estuvieran motivados por el odio racial, a pesar de que Cruikshank había ordenado a su turba "matar a los negros".¹⁴¹ Los asesinos fueron puestos en libertad, pero muchos observadores expresaron su disgusto por el resultado. Los forasteros que simpatizaban con la difícil situación de las víctimas expresaron su frustración por el hecho de que, en palabras de un periódico de Vermont, "cada uno de los malhechores de Colfax queda libre de la justicia".¹⁴²

Para entender el pensamiento de Bradley, debemos explorar sus antecedentes, su posición de clase y sus intereses financieros. Se había establecido en su estado natal de Nueva Jersey como abogado dedicado a varias compañías ferroviarias, entre ellas la West Jersey Railroad Company, la Philadelphia and Trenton Railroad Company, la Camden and Amboy Railroad and Transportation Company, la Hoboken Land and Improvement Company y la Delaware and Raritan Canal Company. El antiguo abogado de empresa compartía más o menos los mismos intereses de clase que capitalistas ferroviarios como Nathan Bedford Forrest y Alcibiades DeBlanc, y contaba entre sus amigos a muchos habitantes ricos de Luisiana. Orgulloso de sus habilidades para establecer contactos y de sus logros profesionales, Bradley escribió a su esposa poco después de la masacre de Colfax: "Qué poco soñaba cuando empecé a estudiar Derecho en Newark, o cuando tú y yo empezamos juntos en la vida, que tendría tanto éxito como he tenido".¹⁴³ El engréido Bradley llevaba una vida económicamente cómoda y profesionalmente exitosa, muy alejada de las explotadas y aterrorizadas clases trabajadoras de Luisiana.

¹⁴¹ Kaczorowski, *The Politics of Judicial Interpretation*, 144-150; Frederick M. Lawrence, *Punishing Hate: Bias Crimes Under American Law* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), 127; y Christophe Waldrep, "Joseph P. Bradley's Journey: The Meaning of Privileges and Immunities", *Journal of Supreme Court History* 34 (julio de 2009): 158-161.

¹⁴² "Justificada la masacre", *Bellows Falls Times*, 22 de enero de 1875, 1.

¹⁴³ Bradley a "Mi querida esposa", 16 de mayo de 1873 desde Macon, Georgia, Carpeta 7, Caja 3, MG26, Bradley, Colección de Manuscritos de la Sociedad Histórica de Nueva Jersey, Newark, Nueva Jersey. Sobre sus amistades, véase Cortlandt Parker, "Mr. Justice Bradley of the United States Supreme Court", *Proceedings of the New Jersey Historical Society* 12 (enero de 1893): 153.

Al igual que Forrest, DeBlanc e innumerables propietarios de negocios y plantaciones del sur, Bradley creía desde hacía tiempo que las masas negras pertenecían "a su lugar", donde la explotación era rutinaria y la brutalidad irregular, a menudo casual y siempre espantosa. Sus simpatías por la élite de las plantaciones quedaron patentes en su correspondencia personal. Consideremos las palabras que escribió a su hija en 1867, cuando expresó su alarma por el deseo de los "negros" de trasladarse a las ciudades, refunfuñando que su recién ganada libertad era profundamente perjudicial para los plantadores: "¿Cómo podrá el plantador mantenerlos en la plantación? ¿Cómo asegurará sus servicios en momentos en que unos pocos días de desatención a la cosecha resultan en la pérdida de la misma?".¹⁴⁴ Bradley no dio respuestas, aunque es totalmente plausible, incluso probable, que simpatizara con los plantadores-vigilantes que habían resuelto sus problemas laborales subyacentes empleando diversas formas de intimidación y violencia. Podemos estar seguros de que, como mínimo, Bradley se identificaba con los intereses de una diversidad de empresarios en todo el espacio.

Bradley siguió protegiendo a los explotadores y terroristas más infames dos años después de emitir su decisión inicial. Dada la división entre Woods y Bradley, el Tribunal Supremo decidió revisar el caso. En el caso de 1876 *Estados Unidos contra Cruikshank*, el Tribunal, dirigido por el juez Morrison R. Waite, reforzó la decisión original de Bradley, dictaminando que el Estado no tenía autoridad para aplicar la Decimocuarta Enmienda contra individuos, sólo contra agentes gubernamentales. Dado que Cruikshank y sus compañeros habían actuado como individuos y no en nombre del Estado, desde el punto de vista del tribunal eran inocentes. De hecho, en su decisión, Waite no dijo nada sobre la escalada de violencia de los vigilantes parapoliciales.¹⁴⁵ Este fallo unánime había dado esencialmente protección a los grupos paramilitares, los individuos responsables de garantizar que la gente corriente, tanto blanca como negra, siguiera trabajando de forma subordinada, continua y quizás con miedo constante, en nombre de sus explotadores jefes. Como escribió Waite en su dictamen, la Decimocuarta Enmienda "no añade nada a los derechos de un ciudadano frente a otro. Simplemente proporciona una garantía adicional contra cualquier usurpación por parte de los Estados".¹⁴⁶

Fueron casos judiciales de enorme importancia. En palabras del jurista James Gray Pope, "Jurisprudencialmente, *Cruikshank* puede haber sido la sentencia más importante en materia de derechos civiles jamás emitida por el Tribunal Supremo de Estados Unidos".¹⁴⁷ Ambas decisiones —la inicial de Bradley y la del Tribunal Supremo— fueron cruciales para inmunizar a los vigilantes de la supremacía blanca de cualquier

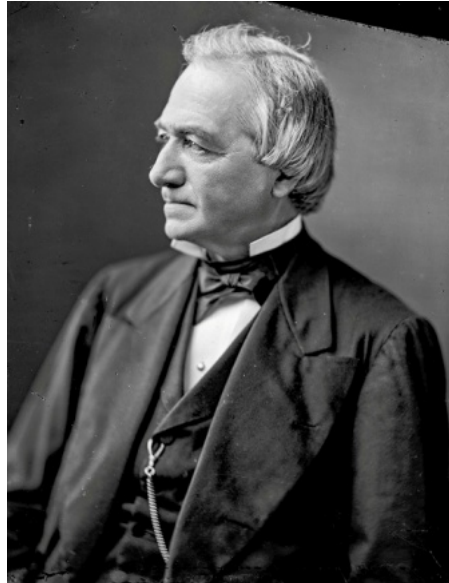
¹⁴⁴ Citado en James Gray Pope, "Snubbed Landmark: Why United States v. Cruikshank (1876) Belongs at the Heart of the American Constitutional Canon", *Harvard Civil Rights-Civil Liberties Law Review* 49 (junio de 2014): 419.

¹⁴⁵ Brandwein, *Rethinking the Judicial Settlement of Reconstruction*, 119.

¹⁴⁶ Citado en Brandwein, *Rethinking the Judicial Settlement of Reconstruction*, 120.

¹⁴⁷ Pope, "Hito desairado", 388.

responsabilidad significativa. En todo caso, estas decisiones legales inspiraron nuevos ataques. Poco después de que Bradley dictara su primera decisión en el verano de 1874, los miembros de las recién formadas Ligas Blancas —cuyos participantes compartían los mismos objetivos que los miembros del Klan— lanzaron una serie de cruzadas de tortura y asesinato contra sus rivales políticos y los afroamericanos; masacraron a seis republicanos blancos y a más de una docena de personas liberadas en la ciudad de Coushatta, Luisiana. Uno de los republicanos que murieron en Coushatta, consciente del papel de los habilitadores en posiciones de poder, había sugerido previamente que la resistencia a las Ligas Blancas era inútil "gracias al juez Bradley".¹⁴⁸ Los justicieros alineados con el Partido Demócrata continuaron lanzando operaciones terroristas de gran repercusión en otras regiones, que condujeron a la sorprendente y a menudo espeluznante eliminación de gobernantes republicanos en numerosas comunidades sureñas a mediados y finales de la década de 1870. Dirigidos por hombres de élite, estos grupos armados lanzaron una serie de horribles ataques diseñados para silenciar permanentemente y privar de derechos a los afroamericanos hasta bien entrados los últimos años del siglo, y quienes los practicaban presumiblemente no se dejaron intimidar por las Enmiendas Decimocuarta o Decimoquinta ni por las Leyes de Ejecución.¹⁴⁹



Juez Joseph Bradley. El jurista del Tribunal Supremo y antiguo abogado ferroviario dio prioridad a los intereses de la

¹⁴⁸ Citado en Pope, "Snubbed Landmark", 412-413.

¹⁴⁹ En 1877, los antiguos propietarios de esclavos crearon la Asociación de Plantadores de Azúcar de Luisiana, que causó más miseria a los trabajadores. John R. Rodrigue, *Reconstruction in the Cane Fields: From Slavery to Free Labor in Louisiana's Sugar Parishes, 1862-1880* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2001), 115.

élite adinerada frente a las masas afroamericanas. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección Brady-Handy, LC-DIG-cwpbh-03889)

En última instancia, los jueces de mayor rango del país habían proporcionado una cobertura inestimable a los terroristas, lo que indicaba que los vigilantes parapoliciales podrían salirse con la suya en futuros actos de violencia. Los supremacistas blancos, decididos a mantener a los afroamericanos "en su sitio", no mostraban signos de desaceleración y, tras la disolución del Ku Klux Klan, encontraron una salida en grupos de vigilancia parapolicial como las Ligas Blancas. Al igual que el Klan, estos grupos atraían a personas políticamente influyentes y eran, como mínimo, igual de amenazadores y brutales.¹⁵⁰ Decisiones legales como la *de Cruikshank* exaltaron sus ánimos, indicando que evitarían sanciones graves por parte de las autoridades federales por desatar formas atroces de violencia. El Tribunal Supremo había actuado esencialmente como facilitador, revirtiendo políticas anteriores establecidas por legisladores liberales.

Por supuesto, los miembros de la clase dominante, tanto en Luisiana como fuera de ella, se vieron obligados a domar sus prácticas terroristas si querían mantener a las masas negras dóciles y trabajando diligentemente en granjas y plantaciones. Muchos actuaron estratégicamente, comprendiendo que los arrebatos excesivos de agresividad podían perjudicar sus intereses financieros porque los afroamericanos aterrorizados podían optar por huir, o intentar abandonar, entornos brutales. Un editorialista de un periódico de Luisiana, tratando de controlar los daños poco después de la masacre de Colfax, fue bastante sincero al informar de que "somos amigos del negro. Necesitamos sus servicios para desarrollar la riqueza oculta de nuestro gran, pero ahora oprimido, estado".¹⁵¹ Explotar adecuadamente una mano de obra disponible pero potencialmente subversiva requería habilidades de gestión inteligentes que encontraran el equilibrio adecuado entre benevolencia y castigo.

En este periodo, algunos vigilantes cesaron sus actividades organizativas no a causa de las intervenciones federales, sino porque asumieron que habían logrado su doble objetivo: el control laboral y el restablecimiento de "la ley y el orden". En cuanto "conseguimos que los negros se portaran bien", explicaba Ryland Randolph décadas después de su participación en el Klan, "nos disolvimos".¹⁵² Echando la vista atrás a finales de la década de 1860, J. E. Robuck, partidario del Klan, elogió a la organización por abordar, y en última instancia resolver, muchos retos: "Bajo el temor del temido Ku

¹⁵⁰ Frank J. Wetta, "Bulldozing the Scalawags": Some Examples of the Persecution of Southern White Republicans in Louisiana during Reconstruction", *Louisiana History* 21 (invierno de 1980): 52; Tunnell, *Crucible of Reconstruction*, 202; y Scott P. Marler, *The Merchants' Capital: New Orleans and the Political Economy of the Nineteenth-Century South* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013), 203-205.

¹⁵¹ *The Bossier Banner*, 3 de mayo de 1873, 2.

¹⁵² Ryland Randolph a Walter L. Fleming, 27 de agosto de 1901, Carpeta 12, Caja 3, Colección Walter L. Fleming.

Klux, los negros hicieron más progresos en pocos meses, en las necesarias lecciones de autocontrol, industria y respeto por los derechos de propiedad, y buena conducta en general, de lo que habrían hecho en otros tantos años, de no ser por este u otro impulso igualmente poderoso".¹⁵³

LOS RESIDENTES MÁS PRIVILEGIADOS DEL SUR, tras haber establecido una amplia unidad entre ellos, experimentaron los beneficios del progreso económico casi una década después del colapso de la Reconstrucción. Lo que Du Bois denominó la "Contrarrevolución de la Propiedad" condujo al restablecimiento de una mano de obra mayoritariamente subordinada, responsable de mejorar la productividad agrícola. Gracias en parte al vigilantismo de las élites, que implicaba diversas formas de coerción, intimidación y violencia destinadas a mantener a los afroamericanos en los lugares de trabajo —y alejados de las urnas, las escuelas y las formaciones políticas—, en la década de 1880 se produjeron importantes aumentos en la producción de maíz, algodón, arroz y azúcar. Los miembros del Ku Klux Klan y otros vigilantes ayudaron a garantizar que los regímenes laborales coercitivos del Sur produjeran suficientes productos básicos para satisfacer la demanda mundial. En esta década, los productores de algodón del Sur, por ejemplo, enviaban más de sus productos a mercados fuera de Estados Unidos de lo que habían exportado en 1860, que era el máximo anterior.¹⁵⁴ La misma clase de hombres, en estrecha colaboración con los inversores del norte, descubrió formas de generar una riqueza significativa a costa de negros y blancos en otras áreas de la economía, como los textiles, la minería del carbón y los ferrocarriles.¹⁵⁵ Los que estaban detrás de estas asociaciones patronales poco organizadas pero en gran medida eficaces —y violentas— miraban al futuro, años que les prometían camaradería, satisfacción, beneficios y poder.

Dominaban las herramientas de la represión: cuerdas, palos, cuchillos, pistolas, fuego y puños cerrados. Los miembros del Ku Klux Klan y organizaciones similares habían aterrorizado a las masas afroamericanas y a sus aliados blancos con amenazas y olas de brutalidad, incluido el asesinato, para impedir que los trabajadores abandonaran

¹⁵³ . J. E. Robuck, *My own Personal Experience and observation as a Soldier in the Confederate Army During the Civil War, 1861-1865, Also During the Period of Reconstruction: Appending a History of the Origin, Rise, Career and Disbanding of the Famous Ku Klux Klan, or invisible Empire. Exactly Why, when and Where it Originated* (Memphis: Burke's Book Store, 1911), 117.

¹⁵⁴ Du Bois, *Black Reconstruction*, 587; y Sven Beckert, *Empire of Cotton: A Global History* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2015), 291-292. El algodón siguió siendo el principal producto de exportación del país hasta bien entrado el siglo XIX. En 1890, Estados Unidos exportó algodón a mercados exteriores por valor de más de 250.000.000 de dólares, lo que constituyó cerca del 30 por ciento de las exportaciones totales. Douglas A. Irwin, "Explaining America's Surge in Manufactured Exports, 1880-1913", *The Review of Economics and Statistics* 85 (mayo de 2003): 366.

¹⁵⁵ James Parisot, *Cómo América se hizo capitalista: Imperial Expansion and the Conquest of the West* (Londres: Pluto Press, 2019), 187; Scott Reynolds Nelson, *Iron Confederacies: Southern Railways, Klan Violence, and Reconstruction* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999), 6; y Huffard Jr, *Engines of Redemption*.

sus lugares de trabajo, hicieran huelga o mostraran signos de desobediencia acudiendo a escuelas, iglesias o colegios electorales. De 1868 a 1876, los vigilantes asesinaron aproximadamente a tres mil personas, pero mataron estratégicamente, empleando este grave castigo después de agotar otras opciones, incluidas las amenazas y los latigazos.¹⁵⁶ Los castigos físicos sangrientos, especialmente el asesinato, establecían poderosos ejemplos y enviaban un mensaje inequívoco: Los plantadores-vigilantes estaban dispuestos a emplear una fuerza excesiva para mantener a los jornaleros trabajando de forma continua y subordinada, libres de influencias externas. Por último, utilizaron lo que podríamos llamar formas "blandas" de represión, incluida la quema de libros y las listas negras contra los educadores progresistas. Sus objetivos eran coherentes y claros: movilizarse para garantizar que los antiguos esclavos "continúen con su trabajo apropiado". Por estas razones, debemos categorizar al Klan y a

organizaciones similares al Ku Klux Klan como asociaciones patronales que pretendían establecer y mantener una autoridad indiscutible tanto en los lugares de trabajo como en los espacios comunitarios. Podemos entender mejor este periodo replanteándolo de una forma que sitúe las divisiones de clase en primer plano, reconociendo las diversas formas en que estas organizaciones dirigidas por las élites contribuyeron a la larga historia de racismo, gestión y vigilantismo.

Los miembros de la clase dominante sureña no estaban solos en sus deseos e intenciones colectivas de controlar a los trabajadores y emplear actos de terrorismo en lugares de trabajo y comunidades. Otras formaciones de élite compartían estrechas similitudes con las secciones del Ku Klux Klan, aunque muchas de ellas no solían estar motivadas por el racismo. En el próximo capítulo, dirigiremos nuestra atención hacia el norte, donde nos encontraremos con otro conjunto de grupos hipersecretos y beligerantes que practicaban formas duras, blandas e híbridas de castigo con el respaldo de poderosos facilitadores y creadores de narrativas: las Ligas de la Ley y el Orden con sede en el Medio Oeste.

¹⁵⁶ Ray Abrahams, *Vigilant Citizens: Vigilantism and the State* (Cambridge: Polity Press, 1998), 99; y Stephen Budiansky, *The Bloody Shirt: Terror After Appomattox* (Nueva York: Viking, 2008), 7.

CAPÍTULO II

Los disturbios laborales de finales del siglo XIX, los orígenes de las Ligas de la Ley y el Orden y J. West Goodwin

Los miles de huelguistas responsables del cierre del tráfico ferroviario en gran parte del Suroeste y partes del Medio Oeste en la primavera de 1886 provocaron una respuesta dramática por parte de los "mejores ciudadanos" de la región. Los manifestantes, muchos de los cuales eran miembros de los Caballeros del Trabajo (KOL) con base en las principales ciudades, incluidas St. Louis y Little Rock, así como en comunidades de tamaño medio como Parsons, Kansas, y Sedalia, Missouri, se comportaron de forma combativa: Inutilizaron locomotoras, destruyeron vías y agredieron a rompehuelgas y supervisores mientras exigían que el magnate de los ferrocarriles Jay Gould y sus directivos negociaran con la KOL, trataran a sus miembros de forma justa, dejaran de utilizar mano de obra de presidiarios y volvieran a contratar a los despedidos por participar en asuntos sindicales. En lugar de buscar formas de resolver sus quejas, Gould, con ayuda de las fuerzas armadas, optó por luchar directamente contra los huelguistas con el objetivo de destruir el sindicato. Gould no se limitó a recibir ayuda de policías y guardias nacionales. Uno de los acontecimientos más significativos de la huelga fue la notable aparición de un movimiento de contraprotеста formado por hombres de clase media y alta del sector privado decididos a erradicar la militancia sindical y detener el crecimiento de las influencias radicales, incluidos el anarquismo y el socialismo. Desde su punto de vista, la combatividad sindical y las ideas revolucionarias que la promovían eran totalmente inaceptables y, por tanto, amenazaban "la ley y el orden". Como dijo uno de los líderes de este creciente movimiento en abril de ese año: "La ley y el orden son indispensables. Debe prevalecer y prevalecerá".¹

Este capítulo examina la formación y propagación de las Law and Order Leagues (Ligas de la Ley y el Orden), coaliciones de hombres de negocios-vigilantes que surgieron en Sedalia, Missouri, a principios de 1886 antes de extenderse rápidamente a otras partes de la nación, especialmente en el Medio Oeste y el Sur. Estas ligas, formadas por miembros económicamente privilegiados de la sociedad, se presentaban a sí mismas como preocupadas por defender la propiedad privada y la estabilidad de la comunidad frente a los prolongados embates de los disturbios laborales y el auge de las ideas anarquistas y socialistas. En algunos aspectos, las ligas compartían similitudes con el Ku Klux Klan y grupos afines, organizaciones descentralizadas cuyos portavoces

¹ The Sedalia Weekly Bazoo, 6 de abril de 1886, 4.

proclamaban su voluntad de promover los derechos de los propietarios, la estabilidad de la comunidad y la prosperidad económica mediante el uso de la violencia justiciera. A diferencia del Ku Klux Klan, las Ligas de la Ley y el Orden no han dejado un gran legado, y sus indisimulados participantes no solían estar motivados por el racismo. Pero estaban dirigidas por líderes ávidos de control, hombres de negocios de diversas industrias que comprendían las relaciones entre la violencia y el desarrollo económico. Estos hombres utilizaban la violencia para reforzar sus posiciones como jefes y demostrar a los de fuera que tenían las relaciones laborales bajo control. Al arrojar luz sobre estas organizaciones, nos pido que consideremos la importancia de las formas duras, blandas e híbridas de represión en el contexto de varios enfrentamientos de clase de finales del siglo XIX.

Si nos centramos en las Ligas de la Ley y el Orden, podremos apreciar mejor las distintas formas de violencia antilaboral, en sentido amplio. Los hombres de estas asociaciones, la mayoría de los cuales llevaban armas, se ensuciaron las manos luchando directamente contra los trabajadores en un momento en el que las autoridades públicas, incluidos los líderes electos, los jueces y las fuerzas policiales, ya habían demostrado ser adversarios fiables de los trabajadores. Los participantes en el movimiento no se veían a sí mismos en conflicto con las fuerzas estatales, y este capítulo muestra que las Ligas de la Ley y el Orden complementaban, más que competían, con las fuerzas antisindicales del sector público, incluidos los departamentos de policía y la Guardia Nacional. El examen de estos grupos nos ayuda a ver otro elemento significativo de la represión laboral.

Gran parte de este capítulo explora la vida de J. West Goodwin, editor y propietario de un periódico que promovía el uso de la violencia extralegal, incluidos los latigazos, contra "las clases peligrosas". Goodwin, líder de la Liga de la Ley y el Orden de Sedalia y entusiasta promotor de ligas similares en comunidades de todo el Medio Oeste, utilizó su periódico para defender el uso de medidas represivas contra la gente corriente y el movimiento obrero en general. Goodwin celebraba con regularidad las actividades terroristas de estas ligas dirigidas por la patronal y denunciaba habitualmente a los activistas obreros. Además de apoyar los latigazos y los métodos de intimidación dirigidos por la patronal contra las personas insubordinadas, Goodwin promovió la creación de listas negras de sindicalistas. Goodwin impuso castigos directamente y, como director de periódico, siguió siendo un defensor sin remordimientos de acciones que llevaron a la destrucción de numerosos medios de vida.

J. West Goodwin

Nacido en Watertown, Nueva York, en 1836, el veterano de la Unión y periodista dejó su mayor huella en Sedalia, una ciudad mediana de Misuri que sirvió como importante centro de batalla durante la Guerra Civil. Durante la guerra, 5.000 agresivos

confederados desencadenaron oleadas de brutales ataques contra las infraestructuras y los residentes de la comunidad.² En aquella época, Goodwin estaba a muchos kilómetros del oeste de Misuri. Sirviendo en el 62º de Infantería Voluntaria de Ohio, vivió una serie de intensas batallas y los retos diarios de una vida dura. Por ejemplo, algunos de sus camaradas más cercanos sufrieron muertes atroces en Kentucky el día de Año Nuevo de 1864, cuando la temperatura descendió cincuenta y seis grados.³ Cabe imaginar que esta experiencia traumática fue memorable y dejó cicatrices duraderas. Después de la guerra, Goodwin entró en el negocio de la prensa, trabajando en varias comunidades del Medio Oeste antes de establecerse en Sedalia en 1868. Como propietario de una modesta imprenta de un solo edificio, Goodwin se convirtió rápidamente en un respetado miembro de la creciente comunidad empresarial de la ciudad. Como escritor y editor, creía que tenía una responsabilidad especial; trataba de moldear las opiniones de los miembros de la comunidad, y esto significaba promover el respeto por los intereses empresariales de la ciudad frente a cualquier amenaza plebeya. Como explicó en 1879: "Los periódicos son defensores de la ley y el orden".⁴

Goodwin adquirió influencia, sobre todo, como impresor de publicaciones de negocios y noticias, incluido el *Sedalia Bazoo*, un periódico de propaganda que lanzó en 1869 y que se convirtió, según un informe de 1891 de la destacada revista comercial nacional *The Inland Printer*, en "una de las publicaciones más influyentes" de Missouri.⁵ Como tal, demostró ser un ferviente defensor del crecimiento económico en su patria adoptiva.⁶ Excéntrico y con sombrero de copa, Goodwin defendía apasionadamente los intereses de los empresarios y, cuando era necesario, el derecho a emplear la violencia contra los miembros de las clases trabajadoras responsables de amenazar esos intereses. En 1870, pidió abiertamente la creación de una Junta de Comercio de Sedalia, que ayudó a establecer dos años más tarde con el objetivo de promover los "intereses comerciales, manufactureros y generales" de la ciudad.⁷ En ese año, la incipiente ciudad tenía una población de unos 4.500 habitantes, un número respetable pero muy inferior al de la cercana Kansas City. La Junta de Comercio se coordinó con inversores de dentro y fuera de Sedalia, lo que dio lugar a la creación de líneas de ferrocarril y establecimientos manufactureros, que atrajeron a los solicitantes de empleo, muchos de los cuales inundaron la ciudad desde las zonas rurales del estado. El desarrollo más importante supervisado por la comunidad empresarial de la región fue el

² Mark A. Lause, *The Collapse of Price's Raid: The Beginning of the End in Civil War Missouri* (Columbia: University of Missouri Press, 2016), 34-39.

³ Missouri Historical Society, "Book Notices", *Missouri Historical Review* 8 (abril de 1914): 167.

⁴ "Davidson y la prensa", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 1 de julio de 1879, 4.

⁵ "J. West Goodwin", *The Inland Printer* 8 (agosto de 1891): 1015; y Ronald T. Farrar, *A Creed for My Profession: Walter Williams, Journalist to the World* (Columbia: University of Missouri Press, 1998), 40.

⁶ William B. Claycomb, *Pettis County Missouri: A Pictorial History* (The Donning Company Publishers, 1998), 28.

⁷ "Constitution and Bylaws", 20 de febrero de 1873, *Sedalia, MO Board of Trade Proceedings, 1872— 88*, Historical Society of Missouri, Columbia, Missouri.

establecimiento de los talleres de mantenimiento del Missouri Pacific Railroad y del Missouri, Kansas, and Texas Railroad, que reparaban y reconstruían locomotoras, así como coches cama, de pasajeros y de mercancías.⁸ Incluso antes de la creación de la Junta de Comercio, Goodwin mostró interés en ayudar a la ciudad a crecer, modernizarse y atraer inversiones. Fue un defensor especialmente entusiasta de los intereses ferroviarios, que encontró expresión de varias maneras, entre ellas en forma de una guía de 236 páginas que elaboró en 1867 sobre la importancia económica de los ferrocarriles en Kansas y Missouri. Estaba inmensamente orgulloso de esta publicación, anunciando que "comprende un completo directorio comercial de todos los lugares de los ferrocarriles Missouri Pacific y Union Pacific (División Este), junto con una breve descripción o historia de algunas de las ciudades más prominentes a lo largo de las líneas, los nombres de las principales [szc] empresas que hacen negocios en ellas, los anuncios de las principales casas, y mucha otra información útil y datos estadísticos".⁹ Goodwin se congratulaba de haber desempeñado un modesto papel en la ayuda al motor de crecimiento económico más importante de la nación.

Como propietario de una imprenta, Goodwin estaba en una posición ideal para promover los intereses de los hombres de negocios de Sedalia y de fuera de ella, al tiempo que señalaba que sus fortunas estaban ligadas a la suya. En 1879, imprimió gratuitamente todas las actas de la reunión anual de la Asociación de Banqueros de Misuri.¹⁰ Es probable que Goodwin ofreciera este servicio gratuito para generar publicidad para sí mismo y para su periódico, reconociendo posibles fuentes de ingresos publicitarios. Varios bancos surgieron en Sedalia tras el desarrollo y la ampliación del sistema ferroviario. Goodwin acertó entonces al verse a sí mismo como una pieza clave en la expansión de la ciudad.

Aunque Goodwin apreciaba la contribución de los ferrocarriles al crecimiento económico y la modernización, expresaba su profunda preocupación por los crecientes problemas obrero-patronales en esta industria. Esto quedó claro en julio de 1877, cuando estalló una explosiva huelga nacional de ferrocarriles. Sedalia fue escenario de algunas actividades huelguísticas, pero, por alguna razón, Goodwin optó por no centrarse en los disturbios locales. En su lugar, se desvió y escribió sobre los problemas en el "este", quejándose de que ciudades como Baltimore, Buffalo, Nueva York y

⁸ Hacia 1880, estos ferrocarriles pasaron a formar parte del imperio financiero de Jay Gould; éste controlaba todas las líneas que entraban y salían de Sedalia. Michael Cassity, *Defending a Way of Life: An American Community in the Nineteenth Century* (Albany: State University of New York Press, 1989), 62, 67, 105. La ciudad había cedido a la compañía ferroviaria unos veinte acres de terreno y 40.000 dólares en bonos para que operara en Sedalia. I. MacDonald Demuth, *The History of Pettis County, Missouri* (n.p.: 1882), 374.

⁹ J. West Goodwin, *Pacific Railway Business Guide and Gazetteer of Missouri and Kansas* (St. Louis: n.p., 1867), ix.

¹⁰ *Proceedings of the Convention of the Missouri Bankers Association Held at Sweet Springs, Mo., July 9th, 10th, and 11th, 1879* (Sedalia: J. West Goodwin, Steam Printer, 1879). Los ferrocarriles añadieron decenas de miles de kilómetros de vías en las últimas décadas del siglo XIX. David McNally, *Blood and Money: War, Slavery, Finance, and Empire* (Chicago: Haymarket, 2020), 199-200.

Filadelfia estaban abarrotadas "de una clase de hombres medio frenéticos y totalmente desesperados". Tales escenas, escribió, amenazaban tanto a las corporaciones ferroviarias como "el bien de la sociedad". Al mismo tiempo, Goodwin mostró cierta simpatía por los manifestantes, declarando que la "reducción de los salarios de los trabajadores es un error". Goodwin creía que estas empresas eran lo suficientemente ricas como para pagar la tarifa anterior a la huelga de dos dólares al día. Aunque encontraba mucho que criticar en el comportamiento de los huelguistas, en su opinión, no merecían toda la culpa. En su opinión, los capitalistas del ferrocarril eran miopes y no estaban dispuestos a reconocer que sus medidas de recorte de costes provocaban estallidos de ira clasista que provocaban inestabilidad y escenas desconcertantes en numerosas zonas urbanas.¹¹

La respuesta de Goodwin a la controversia laboral nacional más importante de la época ilustra el funcionamiento de una mente liberal; trató de entender realmente las quejas de los que estaban en ambos lados de este conflicto. Según su análisis, puede que los trabajadores se comportaran de forma frenética y desesperada en algunas de las principales ciudades del país, pero sus acciones se debían, al menos en parte, a la estrechez de miras de los capitalistas ferroviarios que reducían los salarios. Este conflicto masivo, tal vez razonaba, podría haberse evitado si los empresarios hubieran mantenido los salarios a la tasa antigua.

El hecho de que Goodwin observara estos conflictos orientales desde lejos podría explicar su disposición a criticar tanto las acciones del trabajo como las del capital. No aplicó este mismo análisis liberal a las crecientes tensiones sociales y económicas de Sedalia, donde el ferrocarril atrajo a la comunidad a una gran variedad de vagabundos, entre ellos antiguos esclavos. Frustrados por su incapacidad para vivir libres de la opresión racista y la inseguridad económica, decenas de miles huyeron de las regiones del sur hacia Kansas, Colorado y Misuri tras el colapso de la Reconstrucción a finales de la década de 1870.¹² Además, un número creciente de veteranos, en su mayoría blancos, de los ejércitos confederado y de la Unión también habían viajado a estas zonas, donde, como exclamó Goodwin, "salieron viciosos, depravados y despreciables". Las hordas de viajeros se enfrentaron inevitablemente a la hostilidad de las fuerzas del orden y de portavoces como Goodwin, en Sedalia y en otros lugares. Los hombres de a pie de todas las razas, se quejaba Goodwin en 1879, provocaban el aumento de los índices de delincuencia en Sedalia y la necesidad de castigos, que normalmente significaban largas estancias en centros penitenciarios. Según Goodwin, esto suponía

¹¹ "Railroad Striking", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 24 de julio de 1877, 4.

¹² Para más información sobre la primera migración negra desde el Sur, véase Nell Irvin Painter, *Exodusters: Black Migration to Kansas after Reconstruction* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977). Sobre la violencia a la que se enfrentaron los afroamericanos, véase Brent M. S. Campney, *Hostile Heartland: Racism, Repression, and Resistance in the Midwest* (Urbana: University of Illinois Press, 2019). Los ferrocarriles ayudaron a los afroamericanos a escapar de la brutalidad sureña. R. Scott Huffard Jr, *Engines of Redemption: Railroads and the Reconstruction of Capitalism in the New South* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019), 3.

una carga excesiva para los contribuyentes de una ciudad que había crecido hasta superar los 9.500 habitantes: "El gasto de mantener a estos criminales en las cárceles de nuestro condado sale directamente de los bolsillos de nuestra gente, hasta el último dólar. Porque hay que recordar que la cárcel del condado nunca produce un dólar de ninguna forma o manera. Por el contrario, los terrenos, el edificio, los salarios de los oficiales, la comida, la ropa y las medicinas de estos criminales deben ser pagados, y pagados por gente honesta, no por criminales." La solución de Goodwin a la presencia de multitudes de vagabundos, adoptada de la forma más común de castigo en las plantaciones de esclavos, parecía bastante draconiana: "Hay que proteger a la sociedad y castigar el crimen". *The Bazoo* aboga sin vacilar por EL PUESTO DE LOS LATIGOS".¹³

La defensa de Goodwin del restablecimiento de la ley de postes de flagelación de Misuri —que se utilizó en el estado hasta 1826, cuando se ilegalizó— tuvo eco en otros lugares, y podemos especular sobre las fuentes de su inspiración. Tal vez se sintió conmovido por el uso de postes de azotes en otros estados, como Delaware y Kentucky.¹⁴ O tal vez se inspiró en las recomendaciones de jueces y grandes jurados de Carolina del Sur y Texas, donde, según un portavoz de Waco, el poste de azotes tenía sentido por su "bajo coste".¹⁵ Algunos políticos de Missouri apoyaron los azotes públicos, pero en repetidas ocasiones no consiguieron reunir los votos suficientes para aprobar una ley de ámbito estatal. Todavía en 1903, el representante Emelius Dorris, un opositor al poste de azotes, votó en contra de su reintroducción porque "la Constitución dice que no se impondrán castigos excesivos, crueles e inusuales a ningún delincuente".¹⁶

¹³ "The Lash", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 7 de enero de 1879, 4.

¹⁴ "The Whipping Post in Delaware", *The [Missouri] State Journal*, 11 de junio de 1875, 5; y "The Whipping Post a Live Issue", *Bismarck Tri-Weekly Tribune*, 26 de febrero de 1878, 4.

¹⁵ "The Whipping Post", *Brenham Weekly Banner*, 1 de noviembre de 1878, 1; y "The Whipping Post", *The Pickens Sentinel*, 20 de septiembre de 1877, 2.

¹⁶ "Louis Republic, 13 de febrero de 1903, 7.



J. West Goodwin. Goodwin fue fundador, líder, impulsor y organizador del movimiento de la Liga de la Ley y el Orden. (Biblioteca Pública de Sedalia, Sedalia, Missouri)

De hecho, el apoyo a esta dura forma de castigo indica que Goodwin, un incesante impulsor del desarrollo capitalista, encontró inspiración en uno de los rasgos brutales del Sur anterior a la época de las bellezas. A primera vista, podría parecer extraño que un antiguo soldado de la Unión defendiera con tanto ardor su reinstauración, pero Goodwin tenía una opinión positiva sobre el tema de la gestión de los esclavos, pues creía que los azotes habían ayudado antaño a disciplinar adecuadamente a una mano de obra que, en su opinión, se había vuelto demasiado desobediente en los años de posguerra.¹⁷ Aunque animaba a azotar tanto a blancos como a negros infractores de la ley, tenía en mente a los antiguos esclavos cuando consideraba esta forma de castigo: "Liberados de las restricciones que los mantenían en sana sujeción y que los convertían en productores en lugar de consumidores, una gran proporción de ellos se convirtieron en consumidores en lugar de productores, y supusieron una carga adicional para la sociedad".¹⁸ Es evidente que Goodwin, al igual que los miembros sureños del Ku Klux

¹⁷ La defensa que hace Goodwin de los métodos de gestión de esclavos en la época posterior a la esclavitud ilustra la importancia de conectar estos dos periodos, un punto que, según la historiadora Caitlin Rosenthal, se ha pasado por alto en gran medida. Véase Caitlin Rosenthal, *Accounting for Slavery: Masters and Management* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018), 4. Por supuesto, es muy probable que Goodwin no recordara la emancipación de los negros como uno de sus objetivos como soldado de la Unión. Escribiendo sobre la memoria en tiempos de guerra, el historiador Matthew E. Stanley ha afirmado que "los blancos del Medio Oeste" recordaban la guerra por "enfaticar la identidad occidental y el triunfo de la Unión más que la liberación de los negros." Matthew E. Stanley, *The Loyal West: Civil War & Reunion in Middle America* (Urbana: University of Illinois Press, 2017), 174.

¹⁸ "The Lash", *The Sedalia Weekly Bazaar*, 7 de enero de 1879, 4. Las opiniones de Goodwin sobre esta

Klan, albergaba opiniones racistas, pues creía que los afroamericanos eran especialmente propensos a la delincuencia y que, por tanto, las autoridades debían intervenir. El poste de los azotes, una herramienta de disciplina bastante primitiva, insistía, ayudaba a quienes se preocupaban tanto por la inmoralidad de las actividades delictivas como por lo que él consideraba el uso inadecuado de los impuestos. Los azotes tenían otras ventajas: Eran formas públicas de castigo y a menudo dejaban cicatrices duraderas. Este despiadado método de disciplina, razonaba, probablemente disuadiría a otros miembros de las llamadas clases peligrosas de echar raíces en su querida Sedalia, o incluso de visitarla. Pensaba que las demostraciones públicas de tortura podrían influir en los patrones de asentamiento, protegiendo a los miembros más productivos y prósperos de la ciudad del "problema de los vagabundos". Además, este "castigo legal", en opinión de Goodwin, era una pena "que reconocerán y temerán como tal".¹⁹ Esta dura forma de represión estaba claramente diseñada para infundir terror en las mentes de los vagabundos pobres de todas las razas y etnias.

Sin embargo, la postura de Goodwin en este asunto no coincidía con la de otros, incluidos muchos funcionarios de Missouri. Numerosos reformistas de mediados y finales del siglo XIX creían que cualquier forma de castigo corporal amenazaba las normas de las sociedades morales, ilustradas e industriales.²⁰ Está claro que Goodwin no compartía esta perspectiva, ya que creía que la violencia directa contra los delincuentes era necesaria para reducir la carga financiera de los contribuyentes y promover una cultura más amplia de la ley y el orden. En pocas palabras, Goodwin pensaba que el desarrollo económico y esta forma salvaje de represión que antaño empleaban liberalmente los esclavistas y los miembros del Ku Klux Klan eran perfectamente compatibles. Y aunque el Estado no estaba dispuesto a azotar a los acusados de infringir la ley, aprobó una ley antivagancia en 1879, el mismo año en que Goodwin pidió la flagelación pública.²¹ Décadas más tarde, a principios del siglo XX, algunas comunidades de Missouri adoptaron localmente leyes de azotes. La mayoría de

forma de castigo parecen coherentes con la perspectiva de los miembros sureños de la clase dominante. En palabras de Richard White: "El Sur consideraba el látigo —el gran símbolo del trabajo coaccionado— e incluso la violencia más extrema como herramientas necesarias para el orden y la prosperidad. Sin coerción, sólo habría pobreza y caos". Véase Richard White, *The Republic for Which it Stands: The United States during Reconstruction and the Gilded Age, 1865-1896* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 76.

¹⁹ "El Latigazo", 4.

²⁰ Myra C. Glenn, *Campaigns Against Corporal Punishment: Prisoners, Sailors, Women, and Children in Antebellum America* (Albany: State University of New York Press, 1984); y W. Fitzhugh Brundage, *Civilizing Torture: An American Tradition* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018), 84.

²¹ James D. Schmidt, *Free to Work: Labor Law, Emancipation, and Reconstruction, 1815-1880* (Athens: University of Georgia Press, 1998), 294. Muchos estados acabaron aprobando leyes contra los vagabundos. Para un contexto más amplio, véase Amy Dru Stanley, *From Bondage to Contract: Wage Labor, Marriage, and the Market in the Age of Slave Emancipation* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), 109; y Kim Moody, *Tramps and Trade Union Travelers: Internal Migration and Organized Labor in Gilded Age America* (Chicago: Haymarket Books, 2019), 89.

las víctimas de la tortura eran afroamericanos.²²

La militancia obrera y el auge de las ligas de la ley y el orden

Las cuestiones relacionadas con el trabajo y la ley y el orden estuvieron muy presentes en la mente de Goodwin durante una serie de campañas laborales a mediados de la década de 1880. En primer lugar, en enero de 1885, se vio obligado a responder a la presión directa del Sindicato Tipográfico, que exigía que todos los empleados de su imprenta estuvieran afiliados al sindicato. Mostrando mucha más hostilidad hacia estos sindicalistas que hacia los huelguistas ferroviarios de 1877, Goodwin se mantuvo firme: Rechazó la demanda del sindicato y despidió a dos hombres por afiliarse, lo que provocó un boicot a su periódico. Aquel día de enero, recuerda, "un comité entró en mi despacho y presentó una resolución de boicot".²³ Goodwin, de fuerte carácter, se mostró inflexible y se negó a reconocer el sindicato o a despedir a quienes no estuvieran interesados en afiliarse a él, escribiendo que "si el *Bazoo* consintiera esto, tendría que despedir a hombres que, durante quince años, le han servido fielmente y que se cuentan entre los mejores ciudadanos de Sedalia".²⁴ Goodwin consideraba a estos activistas sindicales aún más molestos y siniestros que los vagabundos sureños supuestamente responsables del aumento de la delincuencia en Sedalia. El "sindicato tipográfico de Sedalia", se quejaba, "ha sido un agente activo y agresivo para el establecimiento de uno de los monopolios más tiránicos y anárquicos que se puedan concebir."²⁵ Aunque Goodwin tenía razones interesadas para luchar contra el sindicato, situó su dilema en un contexto más amplio, declarando que estos problemas amenazaban los principios básicos de la justicia.

Este encuentro fue un hito en la vida de Goodwin, y más tarde reflexionó sobre él en futuras reuniones con opositores al trabajo de ideas afines. Quince años después, dirigiéndose a otros miembros de United Typothetae of America, Goodwin describió su condición de víctima con orgullo, informando de que "fui el primer caso de boicot al oeste del río Mississippi y al este de las Montañas Rocosas".²⁶ En aquel momento se

²² Según un informe de 1909 en el que se describían los azotes municipales en la ciudad de Bolívar, "un gran negro" era el encargado de aplicar los castigos: "cada vez que un negro es sorprendido apostando o pirateando botas es atado a un poste y los latigazos bien dados". "Roundabout the State", Ripley County Democrat, 16 de abril de 1909, 1. Para un contexto más amplio, véase Campney, *Hostile Heartland*, 99.

²³ "Speech by Mr. J. West Goodwin", *Proceedings of the Annual Convention of the United Typothetae of America Held in Kansas City, Mo., September 24-27 (1900)*, 268; y "From Sedalia", *The Inland Printer* 3 (21 de marzo de 1886): 418.

²⁴ "A Few Words as to the Boycotters and Boycotting in General" (Unas palabras sobre los boicoteadores y el boicot en general), *The Sedalia Weekly Bazoo*, 27 de enero de 1885, 8.

²⁵ "Unas palabras sobre los boicoteadores", 8.

²⁶ "Discurso del Sr. J. West Goodwin", 268. La *United Typothetae of America* era una asociación patronal dividida; algunos aceptaban los sindicatos, aunque muchos otros, como Goodwin, estaban firmemente comprometidos con la lucha obrera. Véase Howard Stanger, "A Moderate Employers' Association in a 'House Divided': The Case of the Employing Printers of Columbus, Ohio, 1887-1987", en *Against Labor: How U.S.*

había mantenido supuestamente firme, comprometido a proteger sus propios intereses como propietario-gerente y como "paladín del orden civil" en el conjunto de la ciudad. El *Bazoo*, declaró un tanto a la defensiva poco después de su reunión inicial, era "amigo de los trabajadores honrados" y enemigo de lo que él calificaba de "anarquía descontrolada".²⁷ En su opinión, los trabajadores honrados eran independientes y respetaban a los empresarios propietarios como él. No estaban dispuestos a someterse a los deseos de sus líderes sindicales en busca de conflictos, los que habitualmente hacían demandas poco razonables a los "mejores ciudadanos" de Sedalia.

Sin embargo, no está claro si Goodwin estaba, de hecho, en el bando ganador de esta lucha contra el boicot. Aunque se jactaba de apoyar el trabajo honrado y de hacer frente a la anarquía sindical, otras fuentes informaban de que Goodwin había capitulado ante la presión de los trabajadores al cabo de veintiún días: "El boicot fue un gran éxito, y el resultado fue una rendición incondicional por parte del propietario de *Bazoo*".²⁸ Otro periódico informaba de que todos los periódicos de Sedalia, incluido el de Goodwin, no empleaban "más que a hombres del sindicato".²⁹ ¿Significa esto que Goodwin acabó sucumbiendo a la presión y volvió a contratar a los dos sindicalistas que había despedido? Eso parece a la vista de estos informes.

Fuera como fuese, Goodwin no admitía la derrota. Y aunque el encuentro de Goodwin con el llamado problema laboral fue profundamente personal, no se presentó a sí mismo como una simple víctima desventurada, sino que describió las presiones sindicales como una amenaza social mayor, una amenaza fundamental para el "orden civil". Al mismo tiempo, es digno de mención que sintiera la necesidad de defenderse públicamente, lo que sugiere que el sindicalismo gozaba de una considerable influencia moral. Después de todo, a mediados de la década de 1880, los activistas sindicales, incluidos muchos impresores, se habían organizado para defender sus intereses en lugares de trabajo de diversos tamaños, y gran parte del público consideraba sus objetivos honorables y dignos de apoyo. Con su propio poder para difundir información, Goodwin ofreció una narrativa alternativa, una que criticaba a los sindicatos por perturbar lo que él consideraba un modelo empresarial sólido. Pero el problema principal, en su opinión, no se limitaba a su lugar de trabajo; esta organización sindical "tiránica" amenazaba la reputación general de Sedalia como comunidad favorable a las empresas y comprometida con el mantenimiento de la ley y el orden.

Goodwin no fue ni mucho menos la única víctima de la "tiranía" sindical. El trabajo organizado, que representaba a los trabajadores de otros sectores económicos, utilizaba

Employers Organized to Defeat Union Activism, ed. Rosemary Feurer y Chad Pearson. Rosemary Feurer y Chad Pearson (Urbana: University of Illinois Press, 2017), 184-211.

²⁷ "Algunas palabras sobre los boicoteadores y el boicot en general", 8.

²⁸ W. A. Wilkinson, "Report of the Corresponding Secretary", Thirty-Third Annual Session of the International Typographical Union (Filadelfia: McCalla and Stavely, 1885), 37.

²⁹ "Desde Sedalia", 418.

a veces métodos de presión más perturbadores para salirse con la suya. Esto quedó patente poco después de su enfrentamiento con el Sindicato Tipográfico, cuando estallaron dos huelgas ferroviarias masivas organizadas por los Caballeros del Trabajo, que paralizaron temporalmente las extensas operaciones de Jay Gould en partes del Medio Oeste y el Suroeste. El primer paro, en marzo de 1885, comenzó con unos cuatrocientos trabajadores de los talleres ferroviarios de Sedalia y se extendió a unos cuarenta y quinientos ferroviarios de Arkansas, Kansas, Texas y Missouri. Esta huelga, desencadenada por un recorte salarial, fue, según la mayoría de los testimonios, relativamente pacífica.³⁰ La protesta, que contó con un considerable apoyo público, condujo a la victoria de los manifestantes y a la creciente popularidad de los sindicatos en general. En este periodo, la KOL también experimentó un aumento masivo de afiliados.³¹

Por supuesto, importantes miembros de la comunidad empresarial, tanto directivos relacionados con el sistema de Gould como ajenos a él, incluidos comerciantes y fabricantes, estaban profundamente disgustados por no poder entregar o recibir mercancías y, por tanto, condenaron la huelga de 1885. Goodwin, en contraste con sus comentarios ecuanímenes sobre las huelgas ferroviarias de 1877, fue una de las voces más críticas, quejándose de que los huelguistas eran responsables de crear una serie de "penurias" económicas en todo el suroeste.³² A nivel local, él y sus colegas estaban preparados para los estallidos de violencia instigados por los trabajadores. En Sedalia, recibieron la ayuda de 30 agentes de la Agencia de Detectives Pinkerton, la empresa de seguridad privada de tres décadas de antigüedad que vigilaba metódicamente las calles para proteger la propiedad y amenazaba con reprimir cualquier acto de sabotaje.³³ Poco después de la asombrosa victoria de la KOL, los empresarios de todo el país expresaron su frustración por el crecimiento, la confianza, la combatividad y los éxitos de la organización sindical. Según un informe de un periódico de Wisconsin, "los empresarios de todo el país muestran un sentimiento considerable contra la organización Knights of Labor".³⁴

Estos sentimientos enconados no deberían sorprendernos. Formada en 1869, la KOL fue una organización secreta (hasta 1881) y generalmente inclusiva, aunque en gran medida descentralizada, con un historial desigual en cuestiones relacionadas con la raza.³⁵ Abrió sus puertas a prácticamente todo tipo de trabajadores e incluso invitó a

³⁰ Theresa A. Case, *The Great Southwest Railroad Strike and Free Labor* (College Station: Texas A&M University Press, 2010), 6, 45-46 y 108-126; y Richard White, *Railroaded: The Transcontinentals and the Making of Modern America* (Nueva York: W. W. Norton, 2011), 292.

³¹ Melton Alonza McLaurin, *The Knights of Labor in the South* (Westport, CT: Greenwood Press, 1978), 47; y Walter Licht, *Industrializing America: The Nineteenth Century* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1990), 169.

³² "Labor's Legions", *The Sedalia Weekly Bazaar*, 10 de marzo de 1885, 1.

³³ "Standing Firm", *Memphis Daily Appeal*, 11 de marzo de 1885, 1.

³⁴ "General Labor Notes", *Wood Country Reporter*, 9 de abril de 1885, 1.

³⁵ El historiador Richard Jules Oestreicher explica que el KOL abandonó el "secretismo extremo" en 1881.

pequeños empresarios a afiliarse, pero excluyó a abogados, líderes empresariales y chinos.³⁶ Sus miembros de base eran un grupo decidido y con conciencia de clase que creía que los asalariados merecían un mayor control sobre el proceso laboral, y se lamentaban repetidamente del crecimiento de los monopolios industriales, poderosas fuerzas económicas que socavaban su deseo de promover la "nobleza del trabajo".³⁷ A diferencia de la mayoría de las organizaciones sindicales, la KOL presentaba candidatos políticos en las elecciones locales y celebraba reuniones periódicas en docenas de comunidades, donde gozaba de un amplio apoyo, incluso de la clase media. Era una organización laboral, fraternal y política que contaba con más de 700.000 miembros a nivel nacional en 1886.³⁸ A finales de 1885, Sedalia albergaba cinco asambleas locales de la KOL, que contaban con unos mil miembros, en su mayoría, aunque no exclusivamente, trabajadores del ferrocarril.³⁹ Según *The Labor Enquirer*, "el sindicalismo está bastante en auge en esta ciudad".⁴⁰

La segunda huelga ferroviaria lanzada por la KOL se desencadenó después de que un gerente de la Texas and Pacific Railway —entonces bajo administración judicial del gobierno federal— despidiera a C. A. Hall, un carpintero del taller de la compañía en Marshall, Texas, en febrero de 1886. En respuesta, Martin Irons, líder de KOL con sede en Sedalia —la persona más responsable de dirigir la poderosa Asamblea de Distrito 101— exigió que la compañía volviera a contratar al hombre despedido. El gerente se negó, lo que provocó una huelga masiva en todas las líneas de Gould, incluida la de Sedalia, donde unos 700 trabajadores retiraron su fuerza de trabajo.⁴¹ Pero las razones de la huelga fueron más profundas que este despido individual. La movilización de ferroviarios de prácticamente todas las profesiones en varios estados —dirigidos por quienes estaban molestos porque Missouri Pacific no había aumentado los salarios como había prometido tras la huelga de 1885, irritados por un sistema de quejas inadecuado, enfadados por el uso de mano de obra de convictos en algunas regiones,

Véase Richard Jules Oestreicher, *Solidarity and Fragmentation: Working People and Class Consciousness in Detroit, 1875-1900* (Urbana: University of Illinois Press, 1986), 113.

³⁶ A mediados de la década de 1880, sus miembros participaron en violentos disturbios antichinos en algunas partes del Oeste. Carlos A. Schwantes, *Radical Heritage: Labor, Socialism, and Reform in Washington and British Columbia, 1885-1917* (Seattle: University of Washington Press, 1979), 22-29; y Beth Lew— Williams, *The Chinese Must Go: Violence, Exclusion, and the Making of the Alien in America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018), 118.

³⁷ Miembro anónimo del KOL citado en Leon Fink, *Workingmen's Democracy: The Knights of Labor and American Politics* (Urbana: University of Illinois Press, 1983), 9. Mientras que un primer grupo de historiadores ha sugerido que el KOL no tenía una especial conciencia de clase, Kim Moody ha aportado una cantidad abrumadora de pruebas que demuestran que sí la tenían. Moody, *Tramps and Trade Union Travelers*, 30-36.

³⁸ Robert H. Wiebe, *The Search for Order, 1877-1920* (Nueva York: Hill and Wang, 1967), 45.

³⁹ Cassity, *Defending a Way of Life*, 134.

⁴⁰ "En el viejo Missouri", *The Labor Enquirer*, 16 de mayo de 1885, 6.

⁴¹ Maury Klein, *The Life and Legend of Jay Gould* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986), 358; Craig Phelan, *Grand Master Workman: Terence Powderly and the Knights of Labor* (Westport, CT: Greenwood Press, 2000), 171-225; y Case, *The Great Southwest Railroad Strike and Free Labor*, 168.

temerosos de que Gould quisiera destruir el sindicato y disgustados por el despido de Marshall, que violaba el principio de no discriminación contra los miembros de KOL— ilustra que se tomaron en serio la famosa proclama de que "un perjuicio para uno es un perjuicio para todos". Esencialmente, se trataba de una lucha de clases, que poco tenía que ver con la nociva violencia antichina que caracterizó algunas acciones de KOL en los estados occidentales por la misma época. Pero los sindicalistas no se limitaron a protestar; sus representantes revelaron un deseo sostenido de negociar con la dirección para encontrar soluciones mutuamente beneficiosas a sus quejas, pero se encontraron con un muro de resistencia. En una ocasión, una delegación de KOL intentó reunirse con representantes de la empresa, pero su petición fue rechazada por H. M. Hoxie, un antiguo abolicionista que era el director general de Missouri Pacific en San Luis.⁴²

Gould y su equipo directivo tenían tolerancia cero con los casos de solidaridad y militancia obreras, y tomaron medidas inmediatas contra los manifestantes. Los directivos despidieron a los huelguistas y los funcionarios insultaron a los manifestantes. Hablando desde sus vacaciones en Charleston, Carolina del Sur, en marzo, Gould denunció las acciones de lo que despectivamente llamó una "turba". Goodwin, tratando de magnificar el mensaje de Gould, publicó su discurso en el *Bazoo*: "En la actualidad sólo se trata del dictado de una turba contra la ley y el orden".⁴³ Un lenguaje tan sensacionalista no debería sorprendernos. Gould trató de desacreditar las quejas de los trabajadores menospreciando a los huelguistas, manchándolos con nombres insultantes. Pero la conducta de los manifestantes distaba mucho de ser pacífica, y Gould debió de enterarse de muchas actividades inquietantes en numerosas partes de la nación, incluida Sedalia. Durante marzo y abril, los descontentos de Sedalia, reforzando la militancia de los huelguistas en gran parte del suroeste y el bajo medio oeste, organizaron animadas reuniones, ocuparon lugares de trabajo, obligaron a los esquirolas a huir de la comunidad, sabotearon trenes y vías, destruyeron vagones de mercancías e incluso quemaron casas.⁴⁴

La violencia provocó un creciente malestar en los círculos de clase media, pero los críticos más abiertos estaban más preocupados por el impacto económico general de los huelguistas que por su preocupante inmoralidad. Por su parte, Hoxie advirtió que "unos 4.000.000" se verían obligados a prescindir de "sus suministros habituales y de las

⁴² Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official History of the Great Strike of 1886 on the Southwest Railway System* (Jefferson City: Tribune Printing Company, 1886), 49; Shelton Stromquist, *A Generation of Boomers: The Pattern of Railroad Labor Conflict in Nineteenth-Century America* (Urbana: University of Illinois Press, 1987), 32; Case, *The Great Southwest Railroad Strike*, 155-158; y Michael Hiltzik, *Iron Empires: Robber Barons, Railroads, and the Making of Modern America* (Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2020), 124.

⁴³ Citado en "Jay Gould on the Situation", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 23 de marzo de 1886, 1.

⁴⁴ Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official Histoiy*, 54; y Cassity, *Defending a Way of Life*, 144. Eugene Debs se dirigió a los huelguistas de Sedalia en abril. Véase Nick Salvatore, *Eugene V Debs: Citizen and Socialist* (Urbana: University of Illinois Press, 1982), 69.

necesidades de la vida".⁴⁵ La huelga, en otras palabras, no era simplemente una contienda entre trabajadores y patronal; más bien, el público inocente, simplemente interesado en seguir con sus rutinas diarias, eran sus principales víctimas. La inquietante paralización supuso que comerciantes y consumidores se vieran privados del acceso a ingresos y bienes, un castigo gravoso con consecuencias de largo alcance. El destacado abogado de Sedalia B.G. Wilkinson se quejó más tarde ante el Congreso de que la huelga "tuvo un efecto muy desalentador en todo tipo de empresas aquí".⁴⁶

Ante las múltiples interrupciones, la compañía consiguió mandamientos judiciales y las tropas estatales trabajaron para garantizar que los trenes circularan sin interrupciones. El gobernador de Missouri, graduado de West Point y veterano de la Confederación, John Marmaduke, había proclamado su oposición a la acción laboral, advirtiendo a "todas las personas, ya sean empleados [szc] o no, que no interpongan ningún obstáculo de ningún tipo en el camino de dicha reanudación". Marmaduke, que se había resistido a las peticiones de enviar tropas un año antes, apoyó plenamente a Gould, declarando que desataría "todo el poder del estado" para romper la huelga.⁴⁷ En Sedalia, los agentes de la ley arrestaron a algunos de sus líderes, incluido Hugh Fitzsimmons, presidente del comité ejecutivo laboral de la ciudad.⁴⁸

Goodwin, creyendo que la represión dirigida por el sector público por sí sola era insuficiente, reforzó el "poder del Estado" al menos de dos maneras. En primer lugar, como hemos visto, utilizó su periódico para reforzar las opiniones de Gould sobre el conflicto. *El Bazoo* contenía muchos artículos que culpaban a los huelguistas y a sus líderes, incluido Irons, de dañar gravemente las relaciones laborales y comunitarias. En segundo lugar, Goodwin y numerosos sedalianos privilegiados, muchos de ellos activos en la Junta de Comercio de la ciudad, organizaron una organización explícitamente antihuelguista, la Liga de la Ley y el Orden. Sus miembros, supuestamente unos 1.000 hombres de negocios y políticos de la ciudad, pretendían complementar a las fuerzas policiales públicas, no competir con ellas, enfrentándose directamente a los huelguistas y moldeando la opinión pública de forma que sirviera a los intereses de la diversa comunidad empresarial.⁴⁹

La dirección de la Liga de la Ley y el Orden de Sedalia estaba formada por los hombres más prominentes de la zona, entre ellos E. W. Stevens, futuro alcalde de la ciudad y veterano confederado. Banqueros, propietarios de empresas inmobiliarias, comerciantes y fabricantes formaban una clase unida y decidida, que presumiblemente intimidaba a los huelguistas y a sus partidarios. Dada la estatura de los dirigentes, la

⁴⁵ Citado en Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official Histoij*, 20.

⁴⁶ Citado en *Investigation of Labor Troubles in Missouri, Arkansas, Kansas, Texas, and Illinois*, 49th Cong. (Washington, DC: Government Printing Office, 1887), 241.

⁴⁷ Citado en "Routed", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 30 de marzo de 1886, 3.

⁴⁸ Oficina de Estadísticas Laborales de Missouri, *The Official Histoij*, 35.

⁴⁹ *St Louis Globe-Democrat*, 1 de mayo de 1886, 2, en Folder 1, Box 2E303, Labor Movement in Texas Collection, The Eugene C. Barker Texas History Center, The University of Texas at Austin.

Liga era presumiblemente tolerada por las autoridades oficiales, incluido el departamento de policía. Goodwin utilizó palabras vivas para describir la reacción de los manifestantes ante la formación de la organización varias semanas después del inicio de la huelga: "Si se hubiera lanzado una bomba a las filas de los huelguistas y de los Caballeros del Trabajo y hubiera explotado, no habría causado mayor consternación".⁵⁰ Según Goodwin, cientos de miembros de los KOL sintieron una abrumadora sensación de terror ante este acontecimiento.

A finales de marzo, Goodwin documentó el propósito de la nueva organización con el objetivo de construir un frente unido duradero de élites masculinas que no estuvieran dispuestas a someterse a las presiones laborales. Escribiendo en el *Bazoo*, ofrecía "una cordial invitación" a "todos los buenos ciudadanos", con la esperanza de que muchos otros, especialmente los miembros de la Junta de Comercio, compartieran su repulsión ante los desórdenes de los huelguistas y la retórica incendiaria de sus partidarios con el anhelo de restaurar plenamente la estabilidad empresarial y comunitaria. Escribió que los ciudadanos de la ciudad debían "restablecer nuestra reputación de pueblo próspero, pacífico y respetuoso de la ley". Los portavoces de la Liga declararon que los "buenos ciudadanos" de Sedalia debían unirse a la causa, combatir todas las expresiones de "desorden" y eliminar "de nuestra ciudad la mancha de la anarquía y el socialismo."⁵¹ Goodwin, como otros miembros de este belicoso movimiento, veía las cuestiones de la ley y el orden íntimamente ligadas a unas condiciones comerciales favorables, y su deseo de participar directamente en las acciones de los vigilantes demostraba su sentido de la urgencia. Él y otros hombres de negocios arriesgaron sus cuerpos para luchar por el futuro de Sedalia, un futuro no empañado por lo que los miembros de la Liga de la Ley y el Orden consideraban vergonzosos disturbios laborales e ideas izquierdistas.

Las élites sedalianas como Goodwin no fueron las únicas que pensaron en estos términos en el contexto de esta perturbadora huelga múltiple. Los principales residentes de Parsons, Kansas, una ciudad ferroviaria del sureste del estado plagada de explosiones de agitación laboral, formaron su propia Liga de la Ley y el Orden poco después de que Sedalia creara una. Los manifestantes de la KOL, que en ocasiones llegaron a ser 400, se habían comportado con bastante ferocidad durante la segunda parte de marzo. Durante sus protestas, detuvieron la marcha de todos los trenes de mercancías inutilizando motores y destruyendo maquinaria, lo que, según protestó más tarde el Ayudante General del Estado, A. B. Campbell, ante un comité del Congreso, provocó "una suspensión total de los negocios".⁵² Los huelguistas expresaron la misma rabia contra las autoridades de los sectores público y privado. Escribiendo al gobernador John Martin, Campbell se quejó a finales de marzo de que "abofetearon y

⁵⁰ "La Liga de la Ley y el Orden", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 30 de marzo de 1886, 3.

⁵¹ "Bye Bye Boycott", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 30 de marzo de 1886, 6.

⁵² Citado en *Investigation of Labor Troubles in Missouri, Arkansas, Kansas, Texas, and Illinois*, 49th Cong. (Washington, DC: Government Printing Office, 1887), 118.

escupieron al sheriff⁵³. Ese mismo grupo lanzó huevos a los funcionarios del ferrocarril y casi consigue arrastrar de un tren al abogado ferroviario C. H. Kimball.⁵³

Ante la escalada del conflicto, el gobernador Martin animó a estas víctimas a organizarse, prometiéndoles el envío de armas. Kimball, que encabezaba el grupo, colaboró estrechamente con la milicia estatal y consiguió en gran medida establecer la paz y la estabilidad. Sus miembros, habiendo recibido armas del estado así como la aprobación del gobernador y del alcalde, restablecieron rápidamente el orden el 5 de abril, algo que Kimball comentó con orgullo a los periódicos de todo el país: "Nuestros ciudadanos respetuosos de la ley han organizado una Liga de la Ley y el Orden para la protección de personas y propiedades contra la violencia y el crimen". Campbell se mostró igualmente aliviado, diciendo a Martin que "El pueblo se está organizando. Todo tranquilo".⁵⁴ Kimball y Campbell, al igual que Goodwin, no hicieron mención a las diferencias de clase; en su lugar, explicaron que esta contra-organización era inclusiva y virtuosa, formada por "ciudadanos" y "el pueblo".⁵⁵

Es importante destacar que los movimientos de la Liga de la Ley y el Orden que Kimball y Goodwin defendieron y ayudaron a dirigir surgieron mucho después de que las fuerzas estatales y federales, así como las agencias de seguridad del sector privado, hubieran demostrado ser capaces de resolver una serie de problemas laborales. De hecho, tras la huelga ferroviaria de 1877, destacados oficiales del ejército, entre ellos los generales Philip H. Sheridan y William T. Sherman, habían expresado un gran interés en desplegar fuerzas armadas fiables contra los trabajadores combativos. Numerosas élites urbanas expresaron su entusiasmo por esta forma de represión laboral, y a finales de la década de 1870 y principios de la de 1880 surgió la Asociación de la Guardia Nacional, que abogaba por la creación de armerías y unidades bien financiadas de combatientes armados.⁵⁶ Las Ligas de la Ley y el Orden no surgieron porque las fuerzas estatales fueran débiles, sino que ayudaron a las autoridades públicas.

Los miembros de la Liga, empeñados en romper huelgas y eliminar la circulación de ideas radicales y revolucionarias en lugares como Parsons y Sedalia, habían infundido ostensiblemente miedo en los círculos sindicales. Esto se debía a que eran estratégicos:

⁵³ A. B. Campbell a John A. Martin, 31 de marzo de 1886, Folder 6, Box 29, Governor John A. Martin Papers, Kansas State Historical Society library and archive, Topeka, Kansas.

⁵⁴ A. B. Campbell a John A. Martin, 5 de abril de 1885, Folder 6, Box 29, Martin Papers.

⁵⁵ "Mob Violence Will Not be Tolerated", *The Indianapolis Journal*, 10 de abril de 1886, 1; Dorothy Liebengood, "Labor Problems in the Second Year of Governor Martin's Administration", *Kansas Historical Quarterly* 5 (mayo de 1936): 201; y R. Alton Lee, *Farmers Vs. Wage Earners: Organized Labor in Kansas, 1860-1960* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2005), 52.

⁵⁶ Robert Michael Smith, *From Blackjacks to Briefcases: A History of Commercialized Strikebreaking and Unionbusting in the United States* (Athens: Ohio University Press, 2003), 3-4; Steven Hahn, *A Nation Without Borders: The United States and its World in an Age of Civil Wars, 1830-1910* (Nueva York: Viking, 2016), 358-359; Andrew Kolin, *Political Economy of Labor Repression in the United States* (Lanham, MD: Lexington Books, 2017), 81; y Michael Mark Cohen, *The Conspiracy of Capital: Law, Violence, and American Popular Radicalism in the Age of Monopoly* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2019), 56-57.

convocaban reuniones clandestinas, conseguían armas y se enfrentaban con confianza a miembros de las llamadas clases peligrosas en las vías del tren o cerca de ellas. Pero los miembros de esta fuerza antihuelga secreta no pretendían castigar a todos. En su lugar, establecieron distinciones entre los manifestantes y los empleados ferroviarios trabajadores, aquellos engañados temporalmente por lo que un sedaliano no identificado llamó "las desacertadas declaraciones de unos pocos individuos que pretenden convertir las necesidades y deseos de hombres laboriosos en sus beneficios personales".⁵⁷ En una serie de acciones intimidatorias, los portadores de armas acechantes vigilaban los trenes y escoltaban a los rompehuelgas hasta los lugares de trabajo. No lanzaban bombas pero, según una fuente, "bandas de hombres armados" movilizaban sus fuerzas "noche y día".⁵⁸ Estos activistas antihuelga, que trataban de mantener las decisiones judiciales y reanudar el comercio, habían abrumado a sus oponentes y finalmente prevalecieron, dando lugar a lo que el *Bazoo* llamó a finales de abril "la imposición de la ley y el orden y la consiguiente prosperidad pública".⁵⁹ Sus dramáticas acciones demostraron mucho a los demás, incluida la clara comprensión de que no necesitaban depender de empresas privadas de seguridad antiobreras como los Pinkerton. Estos hombres con poder, viendo poca necesidad de recurrir a la subcontratación, esencialmente habían eliminado al intermediario, reconociendo la practicidad de utilizar el terrorismo directamente para obtener resultados rápidos y fácilmente perceptibles.⁶⁰

De hecho, los hombres de negocios de comunidades como Sedalia y Parsons, incluidos muchos que habían luchado en ambos bandos de la Guerra Civil, se unieron a estas organizaciones para resolver problemas laborales urgentes en sus propios términos. Se trataba de individuos variopintos firmemente arraigados en la cúspide de la pirámide económica. Poderosos banqueros, comerciantes, terratenientes y políticos se unieron a hombres como Goodwin, decididos a liberar a las empresas del control de los sindicatos y restablecer la prosperidad económica. Consideremos el caso del alcalde de Sedalia, Stevens. Es muy posible que se sintiera motivado a participar en parte debido a sus dolorosas experiencias previas con los trabajadores. Después de todo, sus primeros años de adulto estuvieron llenos de pérdidas; su padre poseía una gran granja en la que se había beneficiado de la explotación de 175 esclavos. El joven Stevens había intentado defender este brutal sistema laboral como un valiente líder confederado, aunque obviamente estaba en el bando perdedor, y perdió a muchos de sus soldados en

⁵⁷ Citado en Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official History*, 26.

⁵⁸ "Martin Irons", *Alexandria Gazette*, 7 de mayo de 1888, 1.

⁵⁹ "Lines from Lamonte", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 20 de abril de 1886, 8; y Michael J. Cassity, "Modernization and Social Crisis: The Knights of Labor and a Midwest Community, 1885-1886", *Journal of American History* 66 (junio de 1979): 58.

⁶⁰ Robert S. Farnsworth ha escrito que Gould contrató a Pinkertons durante la huelga de 1886, pero no he encontrado pruebas de sus actividades en Sedalia. Robert S. Farnsworth, *The Grand Western Railroad Game: The History of the Chicago, Rock Island, & Pacific Railroads: Volume 1: The Empire Years: 1850 Up to the Great War* (Pittsburgh: Dorrance Publishing Co., 2017), 283.

una serie de agonizantes batallas. Dadas estas derrotas, es muy probable que Stevens albergara una considerable dosis de amargura, e incluso rabia, en los años posteriores a la Guerra Civil, aunque en su mayor parte tuvo éxito en sus negocios. Fue, por ejemplo, el comerciante de caballos y mulas más próspero del estado, lo que implicaba el envío de cientos de animales a compradores de todo el suroeste. Al igual que otros, trató de proteger su propiedad y su riqueza, demostrando un afán por hacer frente a las amenazas inmediatas a sus intereses, incluida la interrupción del servicio ferroviario. Como dirigente municipal y uno de los jefes de la Liga de la Ley y el Orden, Stevens estaba bien situado para resolver otras interrupciones económicas a gran escala. Tenía razones de interés propio para participar en esta organización parapolicial, y probablemente sintió una gran sensación de empoderamiento y camaradería durante las operaciones de ataque directo a los sindicatos.⁶¹

El variado conjunto de opositores al trabajo organizado hizo algo más que pronunciar vehementes discursos antisindicales, reunirse entre sí para elaborar estrategias, publicar propaganda proempresarial y antilaboral en el *Bazoo* y organizar turbas armadas cerca de las vías del tren. Los miembros de la Liga de la Ley y el Orden, por ejemplo, también presionaron a influyentes líderes empresariales de fuera de la ciudad para demostrar que Sedalia seguía siendo una región deseable para los inversores. Poco después de ayudar a aplastar la huelga de 1886 en Sedalia, una delegación de miembros de Ley y Orden, encabezada por Stevens y varios representantes de los bancos de la ciudad, viajó a San Luis, donde se reunieron con H. M. Hoxie, asegurándole que las relaciones laborales de la ciudad se habían estabilizado gracias sobre todo a las acciones violentas desatadas por los empresarios. Hoxie se mostró acogedor, un agudo contraste con su actitud esquivada hacia los miembros de KOL durante la huelga de 1886.⁶² Los visitantes de Sedalia vivieron lo que parece haber sido un encuentro extraordinariamente fructífero. Como explicaba Goodwin's *Bazoo* a principios de mayo de 1886,

El comité no le pidió favores ni promesas, sino que simplemente le dijo que los ciudadanos de Sedalia eran capaces y estaban dispuestos a dar a la compañía ferroviaria la protección para las personas de sus empleados [szc], y para sus propiedades aquí, como tenía derecho por ley a recibir y esperar; que la ley civil se aplicaba plenamente; las violaciones de la ley serían castigadas con seguridad, y todas las propiedades, ya fueran privadas o corporativas, estarían a partir de entonces tan seguras como la estricta aplicación de la ley, y un abrumador sentimiento público a favor de la ley y el orden, pudieran hacerlas.⁶³

Hoxie, según el informe de Goodwin, aplaudió los éxitos de la Liga de la Ley y el

⁶¹ M. L. Van Nada, ed., *The Book of Missourians: The Achievements and Personnel of Notable Living Men and Women of Missouri in the Opening Decade of the Twentieth Century* (Chicago: T. J. Steel & Co.), 98.

⁶² Case, *The Great Southwest Railroad Strike*, 160.

⁶³ "Documento digno", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 4 de mayo de 1886, 3.

Orden en la toma de posesión de propiedades de militantes sindicales, lo que le dio una nueva perspectiva sobre el clima de relaciones laborales de Sedalia. Este era el objetivo central de los visitantes, ya que Hoxie había percibido anteriormente la ciudad de una manera un tanto desfavorable debido a su asociación con el radicalismo obrero vinculado a Irons, el maquinista y líder de la KOL. Según Goodwin, Hoxie "no había albergado en el pasado los sentimientos más amables hacia Sedalia".⁶⁴ En el relato autoadmirativo de Goodwin, Hoxie "apreciaba plenamente la acción de los ciudadanos de aquí durante los recientes problemas, estaba muy satisfecho por la protección que se había proporcionado a la empresa contra la violencia y la anarquía, y que los ciudadanos de Sedalia tendrían en el futuro motivos para felicitarse por los buenos resultados para la ciudad que se derivarían de su acción." Agradecido por las contundentes acciones de la Liga de la Ley y el Orden, Hoxie se comprometió a dar prioridad a la inversión en Sedalia y a contratar a cientos de no sindicalistas respetuosos con la ley. Según Goodwin, Hoxie volvería a contratar a los huelguistas siempre que prometieran obedecer las leyes y presentarse "no como miembros de ninguna" organización laboral, "sino como ciudadanos estadounidenses, amparados en sus propios derechos, no controlados por comités y dispuestos a dar cien centavos de trabajo por cada dólar que reciban".⁶⁵ Hoxie prometió "tratar justa y equitativamente a todos los que entren a su servicio".⁶⁶

Los esfuerzos de los delegados por controlar los daños condujeron, a juicio de Goodwin, a un resultado ideal. Estos hombres habían compartido con orgullo historias llenas de acción sobre cómo sus movilizaciones armadas las veinticuatro horas del día intimidaban a los miembros del sindicato y despejaban espacios para los no sindicalistas dispuestos a ayudar a restablecer las actividades comerciales. Compartir anécdotas sobre el extraordinario proceso, a veces mortal, de destrucción directa de sindicatos ayudó a cimentar las relaciones entre la diversidad de capitalistas de Sedalia y líderes empresariales como Hoxie. Podemos estar seguros de que los hombres de Sedalia, entusiasmados por sus triunfos, abandonaron la reunión con un sentimiento colectivo de optimismo sobre el futuro, que prometía largos periodos de subordinación laboral, dominio empresarial y prosperidad.

En cierto modo, las acciones violentas de la Liga de la Ley y el Orden se asemejaban a actividades del pasado de Hoxie. Opositor a la esclavitud y republicano comprometido, Hoxie había servido bajo el mandato de Abraham Lincoln como U.S. Marshal en Iowa, donde demostró una dedicación inquebrantable a la causa de la Unión reprimiendo agresivamente los actos de disidencia. En otoño de 1862, por ejemplo, Hoxie arrestó a varios editores de periódicos y demócratas contrarios a la guerra, arrestos que sus superiores consideraron excesivos.⁶⁷ Sin embargo, Hoxie se

⁶⁴ "Documento digno", 3.

⁶⁵ "Documento digno", 3.

⁶⁶ Hoxie citado en "Documento digno", 3.

⁶⁷ David L. Lendt, "Iowa's Civil War Marshal: A Lesson in Expedience", *The Annals of Iowa* 43 (otoño de

veía a sí mismo como un hombre honorable involucrado en la defensa de una causa virtuosa, y es plausible que viera estas mismas cualidades en sus visitantes sedalianos más de dos décadas después. El ex agente de la ley reconvertido en gestor ferroviario de alto nivel compartía un compromiso permanente con la protección de los derechos de propiedad y el sistema de trabajo libre defendido anteriormente por Lincoln y el Partido Republicano. En los años posteriores a la Guerra Civil, los opositores sindicales insistían a menudo en que los líderes sindicales tiránicos eran culpables de esclavizar a los trabajadores de formas que se asemejaban a las características coercitivas de la esclavitud sureña. Durante ambos periodos, los autoproclamados defensores del "trabajo libre" emplearon la violencia para conseguir sus objetivos.

Sin embargo, en la década de 1880, Hoxie, al igual que sus invitados, estaba interesado principalmente en proteger los derechos de propiedad, no los laborales. Para ello, se habían enfrentado e intimidado con éxito a militantes obreros supuestamente controlados "por comités". Obviamente, Hoxie no tenía problemas con comités como las Law and Order Leagues, ya que estas organizaciones servían a sus intereses financieros, de gestión e ideológicos. En particular, como señaló Goodwin, los combatientes de élite de Sedalia se habían comprometido a salvaguardar "*toda la propiedad, ya fuera privada o corporativa*". En la práctica, esto significaba proteger los pequeños comercios, las pequeñas fábricas y las grandes corporaciones como el imperio ferroviario de Gould.

La reveladora declaración de Goodwin pone en tela de juicio interpretaciones alternativas de las motivaciones de las Ligas de la Ley y el Orden. El historiador Richard White, por ejemplo, ha escrito que los miembros de la Liga de la Ley y el Orden de Sedalia se guiaban por el deseo común de desafiar a los poderosos monopolios de todo tipo. En su opinión, los líderes empresariales locales se oponían tanto a los monopolios laborales *como a los* empresariales, y que su organización pretendía "romper el dominio de Missouri Pacific y Gould sobre la ciudad".⁶⁸ Pero las pruebas contradicen la valoración de White. En primer lugar, Goodwin utilizó su periódico para ampliar la posición de Gould sobre la huelga, recordando a los lectores que este líder corporativo inmensamente poderoso estaba más preocupado por reavivar el comercio y preservar "la ley y el orden". En segundo lugar, la deferencia con que la delegación de Sedalia trató a Hoxie en St. Louis sugiere que no albergaban sentimientos hostiles hacia la enorme influencia económica de Gould en Sedalia. Por último, debemos reconocer que estos empresarios arriesgaron sus vidas para garantizar que los trenes de Gould siguieran circulando y recibiendo servicio en Sedalia. Por supuesto, la delegación de Sedalia tenía sus propios intereses económicos, que eran totalmente compatibles con los de Gould. Los terratenientes de Sedalia ganaban dinero vendiendo

1975): 135.

⁶⁸ White, *Railroaded*, 340. White se basa en el relato de Cassity, que aporta pocas pruebas concretas de que, en palabras de Cassity, la Liga de la Ley y el Orden "no presentó una defensa del sistema de Gould". Cassity, "Modernization and Social Crisis", 56.

propiedades a los trabajadores de Gould, los residentes disfrutaban de acceso a oportunidades de empleo tanto para obreros como para empleados en la Missouri Pacific Company, y el alcalde Stevens utilizaba los trenes para enviar sus caballos y mulas a regiones de todo el Medio Oeste y el Suroeste. Como explicaba un privilegiado sedaliano anónimo: "Si nuestro comercio y nuestra industria van a verse interrumpidos cada año por estos disturbios, ¿podemos esperar que los forasteros se instalen entre nosotros, trayendo consigo su capital, su industria, sus familias y sus enseres domésticos, y establezcan sus hogares con nosotros?".⁶⁹ Los oponentes a la huelga, por tanto, compartían intereses básicos de clase, unidos, sobre todo, por el objetivo colectivo de reanudar el comercio y castigar a los responsables de impedirlo. En el contexto de las huelgas, todos se vieron temporalmente, aunque en gran medida, perjudicados por Martin Irons, los hombres a los que había ayudado a activar y la imagen estigmatizadora de una comunidad plagada de erupciones de militancia obrera. Los residentes de élite consideraban que los casos de agitación obrera eran fundamentalmente incompatibles con una gobernanza urbana adecuada, además de extremadamente inquietantes. "Queremos que el país entienda", declaró un portavoz no identificado durante la huelga, "que los habitantes de Sedalia no son anarquistas ni dinamiteros".⁷⁰

En las comunidades de élite, la imagen de Sedalia mejoró considerablemente tras el colapso de la huelga, y los forasteros veían a sus empresarios enfrentados como pioneros heroicos dignos de imitación. Los antiobrereros de otras regiones, observando el éxito fulminante de la Liga de la Ley y el Orden de Sedalia, desarrollaron sus propias organizaciones combativas similares, dirigidas por las élites. Esto ocurrió en Parsons, pero Sedalia recibió más cobertura nacional que su homóloga de Kansas. La revista *The Nation*, de tirada nacional, aplaudió a finales de abril el desarrollo de lo que denominó "La Liga de Sedalia". La revista, impresionada por la ayuda que la Liga ofrecía a Gould y Hoxie, informaba de que sus portavoces habían "enviado un mensaje al Sr. Hoxie en el que le decían que no tenía que esforzarse más para asegurar la protección de la vida y la propiedad allí, que ellos serían responsables de dicha protección en lo sucesivo". La supuestamente tranquila situación laboral tras la huelga en Sedalia contrastaba fuertemente con las conflictivas relaciones industriales en otros lugares. A mediados de la década de 1880, miles de asalariados interrumpieron las operaciones de diversos lugares de trabajo en todo el país; más de 407.000 trabajadores participaron en huelgas en 1886. En este clima de intensificación de los conflictos de clase, *The Nation* pidió a los críticos de los sindicatos y a los defensores de la ley y el orden de otras ciudades que siguieran el "ejemplo de Sedalia".⁷¹

⁶⁹ Citado en Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official History*, 26.

⁷⁰ Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official History of the Great Strike of 1886*, 26.

⁷¹ "The Week", *The Nation*, 22 de abril de 1886, 329. Sobre el número de huelgas, véase Paul Michel Taillon, *Good, Reliable, White Men: Railroad Brotherhoods, 1877-1917* (Urbana: University of Illinois Press, 2009), 71.

De hecho, muchos empresarios, impacientes por los persistentes problemas laborales, emularon "el ejemplo de Sedalia", que fue, se jactó Goodwin más tarde, "el primero de su clase".⁷² No fue el último, y Goodwin viajó por toda la región, ayudando a formar ligas similares en comunidades medianas y grandes del medio oeste. En Misuri, las ciudades de De Soto y San Luis, así como el condado de Wyandotte, en Kansas, crearon secciones y, como explicó Goodwin años después de su creación, "todas ellas tuvieron el mismo efecto revelador: acabar con la anarquía, restablecer la paz en las comunidades y obligar al debido respeto de los derechos de propiedad".⁷³ Alrededor de 350 hombres de negocios de Kansas City, Kansas, los llamados hombres responsables, formaron una rama en su ciudad.⁷⁴ Más al sur, en Richmond (Virginia) y Thibodaux (Luisiana), las élites crearon sus propias Ligas de la Ley y el Orden represivas, que emplearon diversos tipos de intimidación, terrorismo e incluso asesinatos para acabar con las movilizaciones multirraciales de los miembros del KOL.⁷⁵

Goodwin y sus colegas creían que las ciudades con una presencia incluso pequeña de KOL merecían la protección de las Ligas de la Ley y el Orden dirigidas por hombres de negocios, que prometían proporcionar tranquilidad a las élites al tiempo que defendían "la debida observancia de los derechos de propiedad." Tal urgencia quedó patente después de que la KOL estableciera una sucursal de cincuenta y cinco miembros en la pequeña ciudad de Montrose, en Misuri, a mediados de abril. En respuesta al conocimiento de esta inquietante noticia, un sedaliano no identificado sugirió que "allí se necesita una liga de la ley y el orden y Sedalia ayudará a organizarla".⁷⁶ Presumiblemente, algunos de los acaudalados y aguerridos residentes de Sedalia habían mostrado su deseo de reunirse en privado con miembros de la

⁷² J. West Goodwin, "Sedalia's Citizens' Alliance and Others", *American Industries* 1 (1 de agosto de 1903): 13.

⁷³ Goodwin, "Sedalia's Citizens' Alliance and Others", 13. El Club Comercial de Chicago desarrolló su propio "Comité de Seguridad" en el periodo inmediatamente anterior al enfrentamiento de Haymarket en mayo de 1886. No está claro si estos guerreros se inspiraron en "el ejemplo de Sedalia". Jacqueline Jones, *Diosa de la anarquía: The Life and Times of Lucy Parsons*, *American Radical* (Nueva York: Basic Books, 2017), 129. Se manifestaron especialmente a favor de la ejecución del anarquista Albert Parsons en su juicio. Su viuda reconoció a la clase más ferviente en su llamamiento a "la ley y el orden". En sus palabras, "Albert R. Parsons entregó su espada a la salvaje turba de millonarios cuando entró en el Tribunal y pidió un juicio justo por un jurado de sus iguales. Sin embargo, el orgulloso Estado de Illinois lo asesinó bajo la apariencia de 'Ley y Orden". Lucy Parsons, *Vida de Albert R. Parsons: With Brief History of the Labor Movement in America* (Chicago: Mrs. Lucy E. Parsons, Publisher and Proprietor, 1903; 1889), viii.

⁷⁴ Leon Fink, *Workingmen's Democracy: The Knights of Labor and American Politics* (Urbana: University of Illinois Press, 1983), 122.

⁷⁵ Sobre Richmond, véase Peter J. Rachleff, *Black Labor in the South: Richmond, Virginia, 1865-1890* (Filadelfia: Temple University Press, 1984), 187. En Thibodaux, los propietarios de las plantaciones azucareras se autodenominaban Comité de Paz y Orden y lucharon violentamente contra una huelga organizada por KOL en 1887. Véase Covington Hall, *Labor Struggles in the Deep South and Other Writings*, ed. David R. Roediger. David R. Roediger (Chicago: Charles H. Kerr Publishing Company, 1999), 57; y Rebecca Scott, *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba After Slavery* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009).

⁷⁶ "Henry no necesita tutor", *The Clinton Advocate*, 15 de abril de 1886, 1.

comunidad empresarial de Montrose para discutir sus problemas y soluciones coercitivas. El mensaje era inequívoco: los propietarios de negocios que representaban a comunidades de todos los tamaños amenazadas por miembros del KOL podían beneficiarse directamente de unirse a contraorganizaciones armadas dispuestas a utilizar tácticas de miedo y las herramientas de la represión para eliminar a los alborotadores y restablecer la estabilidad. En la tumultuosa primavera de 1886, esto significaba apelar a la política de la ley y el orden mientras se participaba en cruzadas de represión laboral. Goodwin y sus camaradas comunicaron una idea sencilla: organizarse a la primera señal de activismo obrero.

Los empresarios y propietarios de pequeñas y grandes ciudades interiorizaron ese mensaje. Supuestamente formada por "20.000 caballeros", la mayor Liga de la Ley y el Orden tenía su sede en San Luis, un bastión de la KOL y la base de operaciones de Hoxie. La diversa comunidad empresarial de esta ciudad, muchos de los cuales participaban activamente en el Mercantile Club de la ciudad y algunos de los cuales eran veteranos de las campañas antihuelga de 1877, expresaron su profunda molestia por el beligerante activismo obrero que se manifestó durante la huelga. Estos hombres, que habían formado una Liga poco después de que surgiera la de Sedalia, expresaron abiertamente su irritación por la "pérdida para el comercio de esta ciudad por la suspensión del tráfico en el Southwestern System".⁷⁷ Los miembros de la clase dirigente de la ciudad reconocieron que podían tomar medidas prácticas contra la huelga, entre ellas eliminar un bloqueo creado por los huelguistas y sus partidarios al otro lado del río Misisipi, en East St. Louis (Illinois), escenario de algunos de los enfrentamientos más violentos. El bloqueo, provocado por la huelga de los obreros de la St. Louis Bridge Company, había impedido que los trenes salieran de St. Louis y de la cercana East St. Louis, y las autoridades de la ciudad oriental eran, como dijo un periódico, "incapaces de hacer frente a la situación."⁷⁸ Hablando ante "una monstruosa reunión masiva de comerciantes y fabricantes" a principios de abril, M. J. Lippman, banquero y portavoz, anunció que los miembros de la comunidad empresarial de la ciudad estaban decididos a eliminar el bloqueo "pacíficamente si es posible, por la fuerza, si es necesario". Lippman fue tajante: "Los trenes deben circular".⁷⁹

Los amargados miembros de KOL habían previsto tal oposición por parte de la comunidad empresarial. Por su parte, la dirección de KOL emitió una circular secreta dirigida a los miembros de la zona de San Luis en la que exigía continuas muestras de solidaridad frente a la intimidación estatal y patronal: "Sed firmes. Firmes, muchachos, firmes". Las carreteras no pueden funcionar sin hombres". Sin duda, la experiencia de detener el comercio debió de ofrecer a estos manifestantes una sensación de poder sin precedentes, respondiendo con éxito a "Jay Gould y su intimidatoria amenaza de

⁷⁷ Oficina de Estadísticas Laborales de Missouri, *The Official History*, 55.

⁷⁸ "Paul Daily Globe, 2 de abril de 1886, 1; y Frank William Taussig, "The Southwestern Strike of 1886", *Quarterly Journal of Economics* 1 (enero de 1887): 194.

⁷⁹ Citado en Missouri Bureau of Labor Statistics, *The Official History*, 56.

cortaros y robaros vuestras libertades civiles".⁸⁰

Pero los miembros de KOL no fueron rivales para las fuerzas antihuelga combinadas de los sectores público y privado, decididas a volver a la normalidad. De algún modo, Lippman y su banda de partidarios de los sectores público y privado —incluidos cientos de milicianos y ayudantes del sheriff que dispararon y mataron a varios manifestantes— consiguieron eliminar el bloqueo de East St.⁸¹ Poco después, opositores sindicales armados de otras partes del país eliminaron bloqueos similares. En San Luis, como en otros lugares, las élites, antes ansiosas, celebraron la conclusión de la huelga. Orgullosos de sus logros durante esta lucha de clases, estos hombres siguieron reuniéndose, llenos de energía por la experiencia de la victoria, que los acercó en una señal de inconfundible camaradería de clase.

Sabemos muy poco sobre las actividades de la que supuestamente era la mayor Liga de la Ley y el Orden del país. Sin embargo, el trabajo de investigación de un inquisitivo reportero de un periódico de San Luis, que presencié una reunión "secreta", encontró información útil a pesar de enfrentarse a serios obstáculos: "Ninguna cantidad de preguntas solicitó ninguna información de lo que la Liga estaba haciendo o se proponía hacer o quién la componía". "Tras levantarse la sesión", informó, "los caballeros se dispersaron tan secretamente como se habían reunido". Sin embargo, el investigador había encontrado pruebas útiles: "un vistazo a través de una parte de la puerta permitió ver una asamblea de los hombres más conocidos de San Luis. Miembros de la Bolsa de Comerciantes, propietarios de las mayores casas de negocios, destacados profesionales y conocidos funcionarios del estado y de la ciudad componían el cuerpo de la reunión y eran los líderes y directores de sus deliberaciones."⁸² Basándonos en esta anécdota, podemos concluir sin temor a equivocarnos que esta Liga no era un movimiento marginal formado por un puñado de personas que odiaban a los trabajadores procedentes de una minoría de lugares de trabajo, sino que se trataba de una importante campaña clasista formada por los hombres más reputados de San Luis, tanto del sector público como del privado.

¿Cómo pudieron las élites de San Luis establecer una poderosa organización formada por un conjunto tan diverso de participantes? Parte de la respuesta puede encontrarse reconociendo que algunos de estos hombres habían resuelto dilemas similares en el pasado, incluso durante la huelga ferroviaria de 1877. A finales de julio de ese año, frente a los militantes huelguistas, el sheriff de la ciudad ayudó a establecer un Comité de Seguridad Pública de 5.000 personas, formado casi en su totalidad por élites: prominentes hombres de negocios, un juez y antiguos generales, entre ellos John

⁸⁰ "Hermanos de las Asambleas de Distrito 101,93 y 17," *The Indianapolis Journal*, 29 de marzo de 1886, 1.

⁸¹ Frank William Taussig, "The Southwestern Strike of 1886", *Quarterly Journal of Economics* 1 (enero de 1887): 208-209.

⁸² "Louis Globe Democrat, 30 de junio de 1886, 2, Folder 6, Box 2E303, Labor Movement in Texas Collection, University of Texas, Austin, Texas.

Marmaduke, el futuro gobernador. Al negárseles las armas de fuego del gobierno federal, la partida, inspirada en los justicieros de San Francisco de la década de 1850, recaudó decenas de miles de dólares para adquirir un impresionante arsenal que incluía 3.000 revólveres y rifles Colt, así como cuatro cañones. Pronto se unieron a estas élites 400 soldados de infantería estadounidenses. Utilizaron tácticas de miedo a la antigua usanza, y sus éxitos demostraron la utilidad y durabilidad de las alianzas entre el sector privado y el público bajo la bandera de la protección de la propiedad y la "ley y el orden".⁸³ Es importante destacar que la creación de esta organización pone en tela de juicio el comentario de Goodwin de que Sedalia fue la sede de la "primera" Liga de la Ley y el Orden, un punto omitido por fuentes como *The Nation*.

Aunque el Comité de Seguridad Pública dejó de ser una fuerza después de la huelga de 1877, los empresarios y otras élites siguieron demostrando su deseo de unirse en nombre de la defensa de "la ley y el orden".⁸⁴ Las élites extrajeron en la década de 1880 las mismas lecciones básicas que habían extraído anteriormente. Desde sus perspectivas colectivas, la autoactividad de las clases dominantes en St. Louis, Kansas City, Parsons, Sedalia y otros lugares condujo a triunfos trascendentales, permitiendo a los gerentes de todos los niveles restablecer el control y supervisar sus obras sin la carga de sindicalistas exigentes. Su voluntad de organizarse y armarse demuestra que no creían que bastara con confiar únicamente en los guardias de seguridad privados o en los servicios estatales —interfonos, patrullas de policía o movilización de tropas— para hacer valer sus intereses. Creían en el valor de castigar directamente a sus verdugos, lo que significaba ensuciarse las manos en el proceso. Habían adoptado con orgullo los métodos empleados por los vigilantes del Sur tras la Guerra Civil, lugares en los que los miembros del Ku Klux Klan habían utilizado la fuerza extrema para resolver sus propios problemas relacionados con la propiedad y el trabajo. Después de todo, estas estrategias tenían un historial favorable, y Gould, Hoxie, Kimball, Goodwin y toda la fraternidad de terroristas de la ley y el orden salieron victoriosos de la huelga de 1886.

Estas coaliciones multirregionales de combatientes armados del sector público y

⁸³ David Roediger ha ofrecido el desglose más exhaustivo de las posiciones ocupacionales de quienes forman parte de esta organización. Véase David Roediger, "Not Only the Ruling Classes to Overcome, But also the so-called Mob': Class, Skill and Community in the St. Louis General Strike of 1877", *Journal of Social History* 19 (invierno de 1985): 216. Véase también David T. Burbank, *Reign of the Rabble: The St. Louis General Strike of 1877* (Nueva York: Augustus M. Kelley Publishers, 1966), 46-51; Robert Ovetz, *When Workers Shot Back: Class Conflict from 1877 to 1921* (Leiden: Brill, 2018), 95— 109; y Mark Kruger, *The St. Louis Commune of 1877: Communism in the Heartland* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2021), 212-217.

⁸⁴ El historiador David Thelen ha llegado a una conclusión ligeramente diferente, escribiendo que "los hombres de negocios de San Luis aprendieron durante la huelga de 1877 que la mejor manera de asegurar [s/c] la lealtad de las fuerzas militares era contar con voluntarios y pagar por ellos". Por supuesto, los hombres de negocios siguieron participando en sus propias luchas directas contra los trabajadores. Véase David Thelen, *Paths of Resistance: Tradition and Democracy in Industrializing Missouri* (Columbia: University of Missouri Press, 1991; 1986), 105.

privado habían logrado victorias tras intimidar y aterrorizar a sus oponentes. El número de muertos en la huelga de 1886, incluidos los de ambos bandos del conflicto, fue de al menos diez. Muchos otros sufrieron heridas a manos de estas odiosas fuerzas antiobreras. Tanto los hombres que emplearon el terrorismo directo como los que observaron cómodamente desde la barrera los desordenados enfrentamientos, como Gould y Hoxie, presumiblemente no se arrepintieron. Gould seguía siendo obscenamente rico; Hoxie se había retirado a Iowa, donde murió poco después; Kimball seguía ejerciendo como abogado de empresa y era general de brigada de la Guardia Nacional; y los miembros menos conocidos de las diversas ligas de la Ley y el Orden habían dejado las armas, compartiendo un sentimiento colectivo de optimismo sobre el futuro. Este debía ser un momento de celebración para la comunidad, y Goodwin recordaba con frecuencia a los lectores lo que él consideraba indispensable para la organización, escribiendo en 1889 que "fue el factor más importante para" poner fin a la huelga. Según Goodwin, el poder bruto ejercido por estos hombres destruyó la huelga, desanimó a sus participantes y, en última instancia, provocó la pérdida de influencia política y laboral de la KOL en Sedalia y en gran parte del país.⁸⁵

Los miembros de la Liga de la Ley y el Orden no sólo estaban interesados en aplastar huelgas y extinguir organizaciones sindicales. Algunos se formaron porque "los mejores ciudadanos" estaban molestos por la propagación del socialismo y el anarquismo, que se expresó de forma más peligrosa en acontecimientos de gran repercusión como el motín de Haymarket en Chicago, que provocó la muerte de siete policías el 4 de mayo de 1886. Las élites de numerosas regiones mostraron una determinación sostenida para suprimir la circulación de ideas radicales que inspiraban

⁸⁵ The Sedalia Weekly Bazon, 1 de octubre de 1889, 2. La interpretación de Goodwin contrasta con la de otros. La historiadora Theresa Case hace más hincapié en el papel de las fuerzas estatales. Véase Case, *The Great Southwest Railroad Strike*, 152. Interpretaciones anteriores han sugerido que los huelguistas perdían o ganaban sus luchas basándose en, como dijo R. E. Riegel en 1924, "la opinión pública". R. E. Riegel, "The Missouri Pacific, 1879-1900", *The Missouri Historical Review* 18 (enero de 1924): 189. Aunque no ignora el papel de la Liga de la Ley y el Orden ni el de las fuerzas violentas del Estado, Michael Cassity, haciéndose eco de Riegel, cree que esta huelga, a diferencia de la de 1885, cayó derrotada porque los huelguistas carecían de apoyo comunitario: "Lo que era particularmente significativo de estas huelgas era que la primera contaba con el apoyo de los trabajadores y de la comunidad, mientras que la segunda se derrumbó porque precisamente faltaba ese apoyo". Cassity, *Defending a Way of Life*, xii; y Cassity, "Modernization and Social Crisis", 56. El uso que Cassity hace del Bazon como una de las fuentes clave de su afirmación es problemático, ya que Goodwin tenía claros intereses en proclamar que una "comunidad" mal definida, y no la clase empresarial, era la fuente de la oposición a la huelga. Reforzando y basándose en Cassity, David Thelen hace hincapié en la comunidad por encima de las relaciones de clase, escribiendo que los sedalianos seguían siendo escépticos "de que las relaciones laborales pudieran o debieran reducirse a una lucha entre dos enormes organizaciones rivales". Thelen, *Paths of Resistance*, 198. Charles Postel atribuye el fracaso de la huelga tanto a la represión como a la falta de apoyo de la comunidad. Thelen y Postel, que se basan en gran medida en el relato de Cassity, omiten toda referencia a la Liga de la Ley y el Orden, aunque Postel menciona de pasada a los vigilantes. Véase Charles Postel, *Equality: An American Dilemma, 1866-1896* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2019), 228. Vale la pena hacerse una pregunta sencilla: ¿por qué los miembros de la clase dirigente de Sedalia organizaron una Liga de la Ley y el Orden si la sola fuerza de la opinión pública bastaba para poner fin al conflicto?

expresiones de combatividad obrera como las mortíferas erupciones de Chicago. Tal irritación fue sentida colectivamente por un grupo ávido de control en Logansport, Indiana, donde, en palabras de un informe periodístico, "los abogados, médicos, banqueros, comerciantes y jueces más prominentes" formaron una Liga de la Ley y el Orden dos días después del asunto de Haymarket. Al igual que los de Sedalia y San Luis, estos hombres notables buscaron entre sí soluciones fácilmente mensurables a lo que consideraban amenazas para la comunidad. Esto significaba amenazar con desatar la violencia colectiva contra los socialistas y cualquier otra persona que desafiara sus intereses económicos subyacentes y dañara la imagen de Logansport, una comunidad de tamaño modesto situada a unas setenta y cinco millas al norte de Indianápolis. Imitando los métodos que los miembros del Ku Klux Klan utilizaban habitualmente contra los maestros republicanos durante los años de la Reconstrucción, estos hombres optaron por la expulsión, informando al principal socialista de la comunidad, Lew York, de que disponía de sólo dos horas para abandonar la ciudad. Esta amenazadora acción de expulsión, que proporcionaba a la víctima aislada e indefensa menos tiempo para escapar que el que los miembros del Klan daban generalmente a sus objetivos más de una década antes, fue incruenta y eficaz: York "se marchó para siempre".⁸⁶

Los activistas de la Ley y el Orden de las regiones del Medio Oeste tenían lecciones prácticas que compartir entre ellos, como historias de campañas de expulsión exitosas, la mejor manera de utilizar las armas y formas de detectar a los empleados problemáticos y a los activistas de izquierdas. Su deseo de compartir y recibir información llevó a los miembros a reunirse en espacios confortables, restrictivos y seguros, donde disfrutaron del lujo de discutir abiertamente formas duras, blandas e híbridas de castigo, mientras practicaban colectivamente el arte de la gestión. Además de intercambiar historias sobre gloriosas misiones de combate industrial, generaban y compartían listas negras, asegurándose de que los empleados rebeldes se vieran obligados a soportar los duraderos dolores económicos del desempleo y/o el subempleo. Goodwin y sus colegas organizaron reuniones en toda la ciudad y en varias secciones, en las que docenas de guerreros masculinos bajaron brevemente la guardia y reflexionaron colectivamente sobre sus logros y sus preocupaciones persistentes, al tiempo que se solidarizaban entre sí. Por supuesto, el secretismo seguía siendo una característica definitoria de estas reuniones. Por ejemplo, los miembros sólo podían entrar en los lugares de reunión previa entrega de contraseñas. En al menos un caso, los miembros tenían que susurrar la contraseña al oído de un guardia para poder entrar.⁸⁷

Pero algunos miembros estaban presumiblemente dispuestos a revelar algunos detalles. Públicamente, los portavoces enfatizaban que sus actividades organizativas eran de espíritu comunitario y necesarias ante los aparentemente insuperables

⁸⁶ "Domestic", Wessington Springs Herald, 21 de mayo de 1886, 2.

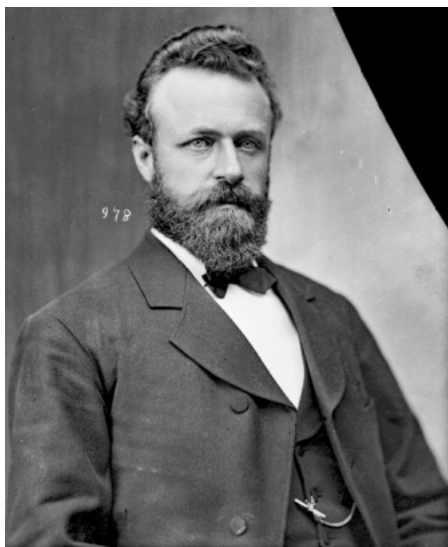
⁸⁷ "La Liga de la Ley y el Orden", The Sedalia Weekly Bazaar, 18 de mayo de 1886, 8.

problemas laborales. Consideremos la primera reunión multicapítulo de la organización, que se celebró en Sedalia a finales de junio de 1886. Los delegados, encabezados parcialmente por el juez John H. Lightner y Anthony Ittner de St. Louis, H. L. Powell de Belleville, Illinois, y Goodwin, Stevens, A. P. Morey, L. C. Glessner, B. G. Wilkinson y el juez John A. Lacy de Sedalia, reflexionaron sobre las batallas y victorias recientes al tiempo que planificaban un futuro de paz industrial, prosperidad y compañerismo de clase. Esta distinguida asamblea, encabezada por hombres de negocios, autoridades legales y políticos, había descubierto colectivamente que los actos arriesgados y prácticos de represión daban a luz sentimientos emancipadores de alivio. Stevens era el alcalde de Sedalia en aquel momento, y uno de los delegados visitantes de San Luis, Ittner, había logrado mucho en los ámbitos de los negocios y la política: dirigía un exitoso establecimiento de fabricación de ladrillos, había sido jefe de la Bolsa de Fabricantes y Comerciantes de esa ciudad y había sido republicano en el Congreso de Estados Unidos a mediados de la década de 1870.⁸⁸

La reunión ofreció a los hombres la oportunidad de intercambiar historias y extraer lecciones de los enfrentamientos recientes. Al menos un representante se mostró ligeramente a la defensiva sobre sus actividades. El juez Lacy de Sedalia, licenciado en Derecho por la Universidad de Virginia en 1871, creó ambiente explicando que la creación de las ligas "no fue un proyecto que emprendiéramos voluntariamente. Nos lo impusieron. Esperábamos que el buen juicio y la ilustración del pueblo estadounidense fueran suficientes para proteger la vida y velar por los sagrados derechos de propiedad". Pero, lamentó Lacy, "no lo eran". A juicio de Lacy, los estadounidenses de a pie no querían o no podían hacer frente de forma significativa a lo que él y sus compañeros consideraban las molestias de la agresividad laboral. Por supuesto, romper huelgas no era una tarea que la mayoría de los estadounidenses de a pie realizara voluntariamente. Al hacer esta crítica, Lacy parecía haber sugerido que la opinión pública estaba del lado de los huelguistas o era neutral. La incapacidad del público en general para "proteger la vida y salvaguardar los sagrados derechos de propiedad" indicaba a Lacy y a sus compañeros la necesidad de actuar por su cuenta. Además, cabe destacar que Lacy no dijo nada sobre la fuerza policial de Sedalia o los servicios de seguridad privados como los Pinkerton. Los miembros más privilegiados de la comunidad —banqueros, propietarios de fábricas, comerciantes, abogados y jueces— habían sentido la necesidad de desempeñar un papel directo en el empleo de la represión para restaurar la paz industrial y el dominio de la clase dominante. Complacido con el resultado de la confrontación de 1886, Lacy informó que "Fue un camino duro para salir del lugar difícil, pero era la única alternativa". Lacy —que no ofreció detalles sobre la estructura organizativa de la Liga, su elección de armas, sus métodos de ataque, los tipos de interacciones que los miembros tenían con las autoridades del sector público o los procesos de reclutamiento, transporte y vigilancia de los esquiroles— estaba orgulloso

⁸⁸ John W. Leonard, ed., *The Book of St: A Biographical Dictionary of Leading Living Men of the City of St. Louis* (St. Louis: St. Louis Republic, 1906), 301.

de dar la bienvenida a sus compañeros guerreros a Sedalia, "el lugar de nacimiento de la orden".⁸⁹ Estos gregarios saborearon claramente la gloria de la victoria sobre los huelguistas y los activistas del movimiento obrero y, en el proceso, estrecharon lazos entre sí, crearon códigos sociales exclusivos y pregonaron la previsión de la comunidad empresarial de Sedalia, reconocida a nivel nacional.



Anthony Ittner. Este antiguo congresista y próspero fabricante de ladrillos fue uno de los líderes de la Liga de la Ley y el Orden de San Luis. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección Brady-Handy, LC-DIG-cwpbh-04559)

Es posible que los visitantes de Sedalia no supieran que los sentimientos antagónicos y el malestar laboral persistían a pesar de los éxitos de las Ligas de la Ley y el Orden. Los líderes del Sindicato Tipográfico siguieron presionando a Goodwin. Ese sindicato, dirigido por Hugh Fitzgerald, convocó una huelga en agosto de 1886 en el taller de Goodwin, aunque sólo seis impresores abandonaron sus puestos, lo que constituyó más un inconveniente menor que una emergencia paralizante. Goodwin se mantuvo inflexible: "El *Bazoo* no se detendrá 'por orden de Hugh Fitzgerald', ni de ninguno de los suyos. La gente de Sedalia no escuchará ninguno de los desvaríos de agitadores con boca de franela como Fitzgerald, y el *Bazoo* ha aparecido esta mañana y volverá a aparecer el martes por la mañana repleto de noticias del día".⁹⁰ Goodwin, presumiblemente capaz de contar con el trabajo ininterrumpido de un número suficiente de no huelguistas, continuó jactándose de los éxitos de su periódico años después de esta interrupción, señalando en 1891 que había sobrevivido a muchos otros:

⁸⁹ Citado en "Law and Order League", Iron County Register, 15 de julio de 1886, 4.

⁹⁰ "Printers' Walk-Out", The Sedalia Weekly Bazoo, 10 de agosto de 1886, 1.

"enumerar los periódicos a los que ha sobrevivido el *Bazoo* requeriría un catálogo tan largo como la lista de barcos de Homero, que nuestro espacio no nos permite".⁹¹

Las continuas frustraciones personales de Goodwin se vieron eclipsadas por los resultados de campañas antisindicales de mayor alcance. El pleno significado de las campañas represivas dirigidas por Lacy, Ittner, Kimball, Goodwin y los demás integrantes del movimiento de la Liga de la Ley y el Orden fue reconocido por sus oponentes más o menos en la misma época en que Fitzgerald organizó la fracasada huelga de impresores. Según una fuente sindical, "los talleres de Missouri Pacific en este momento están llenos de esquirols, y la llamada Liga de la Ley y el Orden está boicoteando a los Caballeros en todas las ocasiones".⁹² Evidentemente, este eficaz proceso de limpieza sindical había enemistado a la KOL. Sus portavoces culparon a la Liga de la Ley y el Orden, no sólo a la comunidad de Sedalia en su conjunto. La conclusión era bastante clara: en las relaciones obrero-patronales, lo que beneficiaba a la comunidad empresarial acababa perjudicando a los sindicatos.

Pero el principal creador narrativo de la región no tenía ningún interés en mostrar expresiones de divisiones de clase o amarguras duraderas. Establecer unas relaciones públicas soleadas seguía siendo una parte fundamental de la misión de Goodwin, y el líder de la Liga de la Ley y el Orden sentía la continua necesidad de realizar un control de daños. Después de todo, se trataba de una comunidad asociada con el residente de larga duración Martin Irons, que había liderado la huelga de 1886, sumamente perturbadora. Los "mejores hombres" de Sedalia como Goodwin, con la esperanza de restablecer la confianza en la región y atraer a los inversores, razonaron que la forma más eficaz de promocionar Sedalia como una ciudad pro-empresarial sin ambages era restando importancia o ignorando los conflictos laborales del pasado. Los brotes de agitación laboral amenazaban la imagen de Sedalia —una comunidad ordenada, pacífica y floreciente en la que los residentes respetaban los derechos de propiedad, admiraban el progreso comercial y despreciaban todas las formas de delincuencia— que sus promotores pretendían transmitir a los forasteros. Por este motivo, los portavoces de Sedalia creían que era crucial recordar a los observadores dos puntos críticos. En primer lugar, que los miembros de la comunidad empresarial de Sedalia eran pioneros valientes y sabios estrategas responsables de haber establecido el movimiento de la Liga de la Ley y el Orden, y en segundo lugar, que su movimiento había tenido un éxito rotundo. Los respetables ciudadanos de la región se habían alzado magníficamente para defender los derechos de propiedad y establecer un refugio frente a los conflictos laborales.

Sin embargo, mientras que Sedalia había disfrutado en general de estabilidad industrial después de que la Liga de la Ley y el Orden ayudara a sofocar la huelga de 1886, las élites de otras ciudades seguían enfrentándose a sus propios problemas

⁹¹ "The Leader Leads the Race, For A Fact", The Sedalia Weekly Bazoo, 3 de noviembre de 1891, 3.

⁹² Long Primer Jim, "A Letter Written by One Who Is Known in Sedalia", The Sedalia Weekly Bazoo, 10 de agosto de 1886, 1.

laborales. De hecho, la presencia de las Ligas de la Ley y el Orden no convenció de algún modo a muchos trabajadores de que los sindicatos eran innecesarios. Los asalariados de todo el país siguieron albergando quejas e intentando resolverlas mediante acciones colectivas como huelgas, boicots y campañas de organización sindical. Por su parte, Goodwin quería que las víctimas de la presión laboral se dieran cuenta de que no necesitaban depender exclusivamente de las fuerzas estatales o de las agencias de seguridad privadas para obtener ayuda. Por ejemplo, en 1890, durante las huelgas ferroviarias en Evansville y Terre Haute, Indiana, Goodwin recomendó a los mejores ciudadanos de esas ciudades que siguieran el "ejemplo de Sedalia": "es bastante evidente que la organización de una Liga de la Ley y el Orden es necesaria en Evansville y Terre Haute para poner en marcha las ruedas del comercio".⁹³ Aunque Goodwin pudo haber simpatizado con estas víctimas de la huelga, tenía razones de interés propio para promover el desarrollo de fuerzas eficaces de supresión laboral: Las huelgas ferroviarias interrumpían las cadenas de mercancías, lo que a su vez causaba molestias a los consumidores y productores de todo el país, incluidos los de Missouri. También podemos suponer que Goodwin quería promover su propio perfil heroico, recordando a los demás que su comunidad estaba plagada de hábiles luchadores obreros deseosos de compartir sus ricas experiencias con los forasteros.

Numerosas élites del medio oeste, obligadas a resolver los disturbios generados por los obreros revoltosos y el creciente número de radicales políticos, reconocieron que la opinión pública *no* solía estar de su parte. Si lo estuviera, no habría habido motivo para formar organizaciones de confrontación como las Ligas de la Ley y el Orden. Goodwin y sus colegas, tanto en Sedalia como en todo el Medio Oeste, reconocieron que tenían que trabajar estratégicamente para resolver estos problemas. Esto significaba una organización encubierta y un intercambio de información interna, vigilar a los trabajadores, contener físicamente las amenazas y moldear la opinión pública de forma que sirviera a sus intereses de clase.

Lista negra

Los miembros de la Liga de la Ley y el Orden hicieron algo más que enfrentarse físicamente a los huelguistas e intimidar a socialistas y anarquistas. También castigaron a los líderes huelguistas en la esfera pública, asegurándose de que sus compañeros empresarios se comprometieran a no contratarlos en el futuro. De hecho, la clase dominante de la región señaló agresivamente a los incendiarios, los que más se pronunciaban a favor del activismo obrero. Esto tuvo un impacto disciplinario en los demás, mostrando a los aspirantes a huelguistas las graves consecuencias de participar en actividades rebeldes. Sabemos poco sobre las historias personales de los activistas de base que no pudieron conseguir un empleo tras su participación en la huelga de 1886,

⁹³ The Sedalia Weekly Bazaar, 7 de enero de 1890, 4.

aunque un número considerable de ellos pasaron apuros económicos después de ella. Sabemos que Hoxie y sus directivos no estaban dispuestos a volver a contratar ni a los dirigentes ni a los activistas de base. *Según Railway Age*, tras la huelga de 1886, el sistema Missouri and Pacific volvió a contratar a menos de 200 trabajadores, lo que representaba una pequeña fracción de los 4.600 que habían trabajado para el sistema antes de la huelga.⁹⁴ En su estudio sobre el activismo obrero en Arkansas, por ejemplo, el historiador Matthew Hild informa de que aproximadamente el 95% de los huelguistas ferroviarios de Little Rock no volvieron a trabajar tras la huelga, aunque muchos habían solicitado sus antiguos empleos.⁹⁵ A escala nacional, en todos los sectores, los empresarios despidieron a miles de huelguistas y los sustituyeron por no sindicalistas. En 1886, los empresarios contrataron a 39.854 no sindicalistas en lugar de sindicalistas. Al año siguiente, el número de trabajadores de sustitución ascendió a 39.549.⁹⁶ Las voces de las víctimas de las listas negras están en su mayoría ausentes de los archivos, aunque podemos asumir con seguridad que muchos sufrieron económica y emocionalmente. Además, los aspirantes a activistas sindicales, conscientes de la ira colectiva de la patronal, reconocían los sombríos resultados de este método de castigo: las listas negras destruían los medios de vida, desplazaban a las familias y desmoralizaban a las comunidades. Escribiendo sobre la experiencia de los obreros estadounidenses en 1891, Eleanor Marx Aveling y Edward Aveling informaron de que muchos vivían con auténtico miedo a "los terrores de la lista negra".⁹⁷ La mejor forma de medir el éxito de los terroristas antisindicales de la década de 1880 no es subrayando su uso de formas duras de represión que produjeron lesiones o muertes inmediatas, sino destacando su empleo de métodos comparativamente más suaves: su eficacia a la hora de obligar a miles de hombres y mujeres a abandonar la relativa comodidad de sus trabajos y comunidades.

Afortunadamente, tenemos pruebas del trauma económico y emocional al que se enfrentaron los líderes huelguistas de alto perfil, incluido el agitador de KOL y antiguo residente de Sedalia Martin Irons. Podemos suponer que los supervisores ferroviarios tuvieron acceso a documentos reales en los que se indicaba que permaneciera fuera de las nóminas. Muchas otras fuentes ampliaron esta directiva básica. Unos meses después de la conclusión de la huelga, *Railway Age*, la publicación comercial que reflejaba los intereses de los empresarios, predijo, acertadamente, el drama que le esperaba, escribiendo que pasaría su futuro desconsolado, incapaz de "aventurarse con seguridad en algunos lugares".⁹⁸ Nadie estaba más empeñado en que la lenta violencia de la lista negra se mantuviera que Goodwin, que atribuyó una parte desmesurada de la

⁹⁴ "Resultados de la Gran Huelga", *The Railway Age* 11 (12 de agosto de 1886): 444.

⁹⁵ Matthew Hild, *Arkansas's Gilded Age: The Rise, Decline, and Legacy of Populism and Working-Class Protest* (Columbia: University of Missouri Press, 2018), 53.

⁹⁶ Moody, *Tramps and Trade Union Travelers*, 126.

⁹⁷ Edward Aveling y Eleanor Marx Aveling, *The Working-Class Movement in America* (Londres: Swan Sonnenschein & Co., 1891), 46.

⁹⁸ "Resultados de la Gran Huelga", 444.

culpa a Irons por lanzar y prolongar la huelga. Para Goodwin, la huelga no fue causada por quejas legítimas albergadas por asalariados obligados a trabajar bajo la dirección de gerentes dictatoriales, sino por instigadores irrazonables y pendencieros como Irons. El odio de Goodwin hacia el líder obrero de origen escocés perduró durante años. Más de una década después de la huelga, Goodwin mantuvo su nombre en las noticias, llamando a Irons "un inglés ignorante".⁹⁹

Los insultos, publicados sin descanso en numerosos periódicos y repetidos por otros —incluidos antiguos miembros descontentos de KOL— tuvieron consecuencias en la vida real, y Goodwin y sus aliados trataron de aislar socialmente y castigar a Irons incluso antes de que concluyera la huelga. Cuando la huelga entraba en su fase final, a mediados de abril, el periódico de Goodwin comentaba cómo las supuestamente irreflexivas acciones de Irons habían repercutido negativamente en su aspecto físico. Irons "parecía diez años mayor que antes de la huelga", comentó un entrevistador no identificado en el *Bazoo* poco después de la aparición de la Liga de la Ley y el Orden.¹⁰⁰ Es de imaginar que el nivel de ansiedad de Irons aumentó vertiginosamente a medida que los miembros armados de la Liga de la Ley y el Orden atacaban sistemáticamente a los huelguistas mientras ayudaban a ejércitos de rompehuelgas a cruzar los piquetes. A mediados de abril, él y sus compañeros de la KOL estaban cansados, hambrientos, sin dinero y completamente desarmados.

Irons abandonó Sedalia a finales de mayo, el comienzo de su largo declive. Sus experiencias como hombre en la lista negra fueron, según todos los indicios, emocionalmente difíciles, financieramente agotadoras, legalmente peligrosas y físicamente agotadoras. Este castigo largo, cruel y profundamente alterador de la vida fue impuesto por una red de empleadores y apoyado por la prensa dominante, incluidas publicaciones nacionales como *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* y periódicos locales como el *Bazoo*. Por su parte, el *Bazoo* repetía una y otra vez a sus lectores los costes de lo que consideraba decisiones mal informadas de Irons. Después de la huelga, el angustiado padre de cinco hijos luchó por encontrar un empleo estable como calderero o maquinista; fue empujado de comunidad en comunidad, donde soportó años de desempleo y subempleo. Una fuente de Kansas informó en julio de 1886 que Irons, que a veces usaba disfraces para evitar ser detectado, vivía en Rosedale, Kansas, donde estaba "destrozado de mente, bolsillo y espíritu".¹⁰¹ "Cada vez que Martin Irons solicitaba trabajo", informaba otro periódico en 1888, "era rechazado con imprecaciones".¹⁰² Desesperado por encontrar trabajo, pasó un tiempo en St. Louis,

⁹⁹ J. West Goodwin, "Sedalia's Citizens' Alliance and Others", *American Industries* 1 (1 de agosto de 1903): 13. Goodwin no fue el único en culpar a Irons. Véase Theresa A. Case, "Blaming Martin Irons: Leadership and Popular Protest in the 1886 Southwest Strike", *The Journal of Gilded Age and Progressive Era* 8 (enero de 2009): 51-81.

¹⁰⁰ "Regreso de Martin Irons", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 13 de abril de 1886, 1.

¹⁰¹ "General News", *Western Kansas World*, 24 de julio de 1886, 2.

¹⁰² "Martin Irons", *Alexandria Gazette*, 7 de mayo de 1888, 1.

donde vendió cacahuets, antes de trasladarse a zonas rurales de Missouri y después a Fort Worth, Texas.¹⁰³

En estas difíciles circunstancias, Irons era vulnerable a diversas formas de abuso. Los agentes de Pinkerton vigilaban sus movimientos y los policías le detenían periódicamente por cometer el "delito" de vagabundeo. Además de experimentar la precariedad de la semidomiciliación, Irons tuvo que lidiar con las molestias de las breves estancias en prisión. Las víctimas de la lista negra, después de todo, sufrían lo que el historiador Bryan D. Palmer ha llamado "la criminalización del desempleado".¹⁰⁴ Otro periódico de Kansas informó en 1897 de que Irons "ha tenido una dura lucha con el mundo desde la gran huelga del Missouri Pacific". Pero los prolongados periodos de inseguridad financiera y las periódicas experiencias de acoso policial no convencieron a Irons para retractarse de sus compromisos políticos, que incluían, sobre todo, su afán por construir organizaciones obreras combativas. Según este periódico, siguió siendo "más extremista que nunca en sus opiniones".¹⁰⁵ Al final de su vida, Irons se instaló en el centro de Texas, no lejos de Waco, donde organizó a los granjeros arrendatarios y, según el socialista Eugene Debs, "llevaba las huellas de la pobreza y de una salud quebrantada".¹⁰⁶ Un Irons indigente murió en 1900. Otro socialista culpó de la muerte de Irons a su antigua némesis: "Jay Gould vio que no podía comprarle, así que le acosó hasta la muerte".¹⁰⁷

Goodwin ayudó a Gould en el proceso de acoso manteniendo el nombre de Irons en las noticias en los años posteriores a la huelga, informando regularmente a los lectores *de Bazoo* de lo que consideraba acciones irresponsables, deficiencias éticas y falta de visión de futuro del líder sindical. Goodwin lo hacía porque quería disciplinar a los que permanecían en los lugares de trabajo; Irons era un ejemplo vivo de las implacables consecuencias de actuar con deslealtad. El disgusto de Goodwin procedía de su profunda aversión a los disturbios laborales y a las expresiones de insubordinación de la clase obrera en general, aunque sus escritos estaban probablemente motivados por algo más: los 1.000 dólares anuales que al parecer le pagó Gould durante varios años después de la huelga para mantener el nombre de Irons en las noticias. Al parecer, Gould y Goodwin habían llegado a un acuerdo por el que el poderoso barón ladrón se comprometía a compensar al propietario del periódico por recordar a los lectores la supuesta inmoralidad del líder obrero y sus errores.¹⁰⁸ Claramente, Gould y Goodwin

¹⁰³ Kansas Agitator, 6 de octubre de 1890, 2.

¹⁰⁴ Bryan D. Palmer, "La nueva ley de pobres: Un capítulo de la actual guerra de clases librada desde arriba", *Labour/Le Travail* 84 (otoño de 2019): 56.

¹⁰⁵ "Martin Irons se une a Debs", *Kansas Agitator*, 10 de septiembre de 1897, 4.

¹⁰⁶ Eugene V. Debs, "Nailed to the Cross for Fourteen Years" [Clavado en la cruz durante catorce años], *The Co-Operator* 9 (enero de 1905): 6. Sobre el activismo político de Irons al final de su vida, véase James R. Green, *Grass-Roots Socialism: Radical Movements in the Southwest, 1895-1943* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1978), 21.

¹⁰⁷ Joseph J. Noel, "In the Industrial Arena", *Advance*, 13 de abril de 1901, 2.

¹⁰⁸ Ruth A. Allen, *The Great Southwest Strike* (Austin: University of Texas Press, 1942), 141. Los pagos

querían que esta lista negra resistiera la prueba del tiempo.

Goodwin desempeñó su papel al menos de tres maneras: Escribió artículos de desaprobación sobre Irons; permitió que otros hablaran sobre la supuesta falta de buen juicio, los fallos morales y la precipitación del líder sindical; e insistió en que sus antiguos hermanos del sindicato siguieran implacablemente enfadados. *The Bazoo* declaró que el odio hacia Irons era compartido por todas las clases sociales, y que el regreso de Irons a Sedalia podría motivar a maquinistas e ingenieros a "darle la bienvenida con una lluvia de huevos antiguos".¹⁰⁹ Irons, un "ciudadano reputado de Lexington, Mo.", explicó poco después del colapso de la huelga, "es un hombre sin prestigio, personal o de otro tipo, en la comunidad." Esta reputación era anterior a la huelga, según este "ciudadano reputado": "Irons era considerado un hombre bajo, despreciable, golpeador de mujeres, un holgazán borracho".¹¹⁰ El "ciudadano reputado", según se enteraron los lectores, quería que los demás comprendieran que la huelga de 1886 fue provocada por un individuo emocionalmente enfermo, no por formas estructurales de desigualdad o por jefes tiránicos. Al poner de relieve el supuesto descontento de los antiguos huelguistas y dar voz a los "ciudadanos reputados", Goodwin pretendía demostrar que los miembros de la comunidad, y no sólo los ricos empresarios y propietarios de Sedalia, estaban unidos en su oposición a Irons y a la militancia que éste había defendido.

Goodwin escribió ensayos sobre el ex Sedalian durante más de una década, con la esperanza de asegurarse de que Irons no pudiera conseguir una plataforma para promover sus opiniones anticapitalistas. "Más vale que el Sr. Irons se quede quieto", escribió Goodwin en 1889, "ya que nadie respetable le creará".¹¹¹ En opinión de Goodwin, Irons estaba manchado para siempre con el estigma de la rebelión obrera, lo que significaba que carecía de credibilidad en una sociedad respetable. Al mismo tiempo, Goodwin parece haber temido la influencia potencial de Irons, recordando dolorosamente su capacidad para movilizar a un número masivo de manifestantes en 1886. Los escritos de Goodwin sugieren que tanto él como sus colegas se mantuvieron en cierto modo nerviosos, temerosos de que se repitieran los disturbios laborales. Sin embargo, Goodwin logró su objetivo y, en cierto modo, sus mezquinas columnas tuvieron más influencia que las formas duras de violencia, como los latigazos o el enfrentamiento armado con los huelguistas, ya que el castigo de Irons duró más de una década. Para Irons, fueron años extraordinariamente horribles, definidos por un flujo constante de rechazos, episodios de subempleo, inseguridad en la vivienda, encarcelamientos, alcoholismo, mala salud y el inconmensurable trauma de la separación de la comunidad y la familia. Sus enemigos de clase, entre ellos Goodwin,

que Gould proporcionó a Goodwin son otra razón para cuestionar la interpretación de White sobre las motivaciones de la Liga de la Ley y el Orden.

¹⁰⁹ "Relating to the Rail", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 18 de mayo de 1886, 5.

¹¹⁰ "Todo sobre un agitador", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 18 de mayo de 1886, 2.

¹¹¹ *The Sedalia Weekly Bazoo*, 1 de octubre de 1889, 2.

los miembros de la Liga de la Ley y el Orden y muchos empresarios de todo el país, sacaron partido de sus múltiples desgracias. Juntos, presentaron las luchas personales de Irons como un ejemplo notorio de las duras y duraderas consecuencias de participar en la combatividad laboral.

Cinco años después de la huelga, Irons aparentemente reconoció la parte de Goodwin en contribuir a su incesante miseria cuando un residente de Sedalia informó sobre un encuentro que tuvo con el infame vagabundo. Irons tenía algunas preguntas sobre su antiguo hogar: "Quería saber si el *Bazoo* seguía en la tierra de los vivos y se publicaba para la gente que ahora está en la tierra. Le dije que 'por una gran mayoría'." Según el informe, Irons respondió con un simple "gruñido".¹¹² Goodwin había conseguido claramente su objetivo de asegurarse de que Irons viviera en un continuo estado de desesperación.

Lo que va, vuelve

Goodwin siguió impulsando Sedalia, denunciando a los sindicatos e informando y entreteniendo a los lectores con sus columnas. Aunque vivió una vida bien conectada, relativamente próspera e influyente, se enfrentó a sus propios retos personales. A veces provocaba controversias, como a principios de 1894, cuando escribió una crítica despectiva de un espectáculo burlesco en una de las salas de conciertos de Sedalia. "Nadie de la banda sabía cantar", se quejó.

Fue despiadado, calificándolo de "la peor farsa que jamás haya visitado Sedalia".¹¹³ Un lenguaje tan provocador y casi exagerado tuvo consecuencias, aunque es poco probable que Goodwin estuviera preparado para lo que ocurrió después. En respuesta a este "asado", tres de las actrices del programa, sintiéndose humilladas por su "mordaz" crítica, irrumpieron en el despacho de Goodwin el 3 de enero y colectivamente le azotaron con cueros de vaca. Según un informe, "atizaron los látigos con fuerza", lo que provocó un momento de conmoción, vergüenza y "gran excitación en la calle, frente a la imprenta".¹¹⁴ Esta era otra forma de protesta laboral, y el nivel de combatividad demostrado por estas mujeres lívidas igualaba los métodos militantes exhibidos por los huelguistas ferroviarios masculinos años antes. Por supuesto, los ferroviarios no fueron los únicos en utilizar la violencia. Debemos recordar cómo los opositores obreros como Goodwin habían promovido durante mucho tiempo diversas formas de intimidación contra la gente corriente a través de las líneas raciales. En este caso, estas mujeres habían llevado con éxito los métodos intimidatorios de la Liga de la Ley y el Orden a uno de sus líderes.

Esta noche humillante y dolorosa no marcó el final del castigo de Goodwin. Un día

¹¹² "El hallazgo del Dr. White", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 26 de mayo de 1891, 5.

¹¹³ Goodwin citado en "Female Fighters Rampant", *The Butler Weekly*, 11 de enero de 1894, 3.

¹¹⁴ "Luchadoras desenfundadas", 3.

después, el propietario del teatro de la ópera, el Dr. H. W. Wood, sintiendo también el desagradable mordisco de los hiperbólicos comentarios del editor, se encontró con Goodwin en una calle de la ciudad, donde le agredió aún con más dureza, lo que le provocó una fractura de cadera. Tras sufrir la agresión de Wood, Goodwin se vio obligado a cerrar temporalmente su imprenta y a caminar con bastón o muletas. La noticia de estas violentas e incómodas palizas llegó a numerosos lectores de todo el Medio Oeste.¹¹⁵ Cabe preguntarse si la causa de esta lesión de por vida fue una fuente de vergüenza para un hombre que había salido físicamente indemne de una serie de batallas laborales. Sea como fuere, el periodista herido estaba ahora impedido para desempeñar ciertas funciones, entre ellas la de tomar las armas contra los activistas obreros desobedientes.

Sin embargo, las dos agresiones no impidieron a Goodwin crear organizaciones empresariales, difundir venenosos mensajes antisindicales ni modificar su forma de pensar sobre la violencia. En algún momento después de recibir estas palizas, Goodwin sorprendió a su hijo adulto, Mark, robando dinero de la oficina *de Bazoo*. En respuesta, un iracundo Goodwin azotó repetidamente a su hijo con su bastón. Uno sólo puede imaginar el terror que sintió Mark mientras recibía los azotes. La agresión debió de ser especialmente dolorosa porque un angustiado Mark huyó de Sedalia tras recibir los malos tratos, y los dos hombres dejaron de comunicarse durante años.¹¹⁶ Está claro que Goodwin veía el valor de hacer valer su beligerante masculinidad de directivo tanto en el ámbito laboral como en el familiar.

Es razonable suponer que la larga separación de Goodwin de su hijo debió de ser una carga emocional, del mismo modo que los períodos prolongados separados de la familia, los miembros de la comunidad y el empleo estable debieron de hacer que Martin Irons y otras innumerables víctimas anónimas albergaran sentimientos de resentimiento y abatimiento. Irons, por supuesto, afrontó largos periodos de sus últimos años separado de sus familiares mientras buscaba desesperadamente trabajo, sufría detenciones periódicas y se enfrentaba a los "terrores de la lista negra" en general. Goodwin fue obviamente más afortunado, ya que pudo continuar su carrera como editor de éxito moderado y famoso ideólogo antisindical. Sin embargo, podemos especular con la posibilidad de que Goodwin sintiera emociones hirientes similares, y tal vez incluso se arrepintiera de haber recurrido a los castigos corporales. Su

¹¹⁵ Goodwin demandó a Wood por 50.000 dólares por la lesión, pero un jurado sólo le concedió 1.000 dólares. "A Missouri Editor Assaulted", *The Indianapolis Journal*, 5 de enero de 1894, 1; "Goodwin Sues for Damages", *The Butler Weekly Times*, 19 de abril de 1894, 6; y "New Home Items", *The Butler Weekly Times*, 16 de mayo de 1895, 1.

¹¹⁶ Comité de Historia del Centenario, *The First One Hundred Years: A History of the City of Sedalia, Missouri, 1860-1960* (Sedalia: Hurlbut Printing Company, s.f.), 45. Mark siguió los pasos de su padre. Trabajó para varios periódicos de Texas, como Austin, Denison, El Paso, Fort Worth y Galveston, antes de trasladarse a Dallas, donde escribió para el *Dallas News*. Antes de jubilarse en 1939, fue corresponsal de ese periódico en Washington DC. El joven Goodwin fue presidente del National Press Club a principios de la década de 1920. Bill Price, "Heard and Seen", *The Washington Times*, 6 de diciembre de 1921, 1.

comportamiento violento y sus escritos tóxicos revelan que tal vez padecía un trastorno mental inestable. Sea como fuere, en lugar de restablecer el orden en su familia, los azotes provocaron separación y angustia.

AÑOS DE escritos provocadores y ataques despiadados demuestran el carácter irascible de GOODWIN. Su irritación, provocada por acontecimientos de su vida profesional y personal, le llevó a tomar decisiones que le acarrearán graves consecuencias: una discapacidad permanente y el alejamiento de su hijo. Mientras que la defensa de Goodwin de aterrorizar físicamente a vagabundos y activistas obreros condujo a resultados favorables para su clase, su análisis hipercrítico del acto burlesco y su feroz respuesta al robo de su hijo provocaron dolor y tristeza. Sin embargo, estos dos acontecimientos y sus posteriores penurias no influyeron en absoluto en sus valoraciones de la siempre presente cuestión laboral. Siguió creyendo en el poder de la organización colectiva, en la necesidad del secretismo y en la rentabilidad del empleo de la violencia. En resumen, siguió siendo un guerrero impenitente que inspiró y lideró a muchos otros. La vena violenta de Goodwin y su influencia general se hicieron especialmente evidentes a principios del siglo XX, cuando ayudó a construir el movimiento de tiendas abiertas, geográficamente expansivo y enormemente poderoso. Volveremos a visitarlo en el capítulo 5. Pero primero debemos ir hacia el oeste, donde nos encontraremos con otra brutal cohorte de terroristas. A diferencia de Goodwin y de la mayoría de los miembros del Ku Klux Klan, este despiadado grupo prefería los encarcelamientos a los latigazos.

CAPÍTULO TRES

Militarización administrativa, tradiciones de vigilancia y encarcelamiento en el norte de Idaho, 1890-1900

Cualquier consideración de ejemplos de represión de finales del siglo XIX debe tomar en serio los múltiples conflictos que estallaron en las regiones mineras del norte de Idaho. Fue aquí donde los empresarios y los políticos intentaron acabar con los sindicatos empleando a detectives de Pinkerton y Thiel, declarando la ley marcial, movilizand o tropas estatales y federales y organizando Ligas de la Ley y el Orden. En conjunto, las fuerzas antisindicales arrestaron a trabajadores y obligaron a cientos a ingresar en cárceles de estilo corral, infamemente conocidas como "bull pens" (corrales de toros). Estas brutales movilizaciones ocurrieron no una, sino dos veces: en 1892 y de nuevo en 1899. Cientos de personas sufrieron enormemente, dejándolas languidecer durante semanas en instalaciones de encarcelamiento hacinadas e improvisadas. Según el difunto historiador David H. Grover, "se ha sugerido que esta institución, originaria de los Coeur d'Alenes, fue la precursora del campo de concentración moderno".¹ Este capítulo explora las dimensiones de estas campañas terroristas, los pintorescos guerreros que las impulsaron y esta forma excepcionalmente punitiva de encarcelamiento.

Los principales responsables de la promulgación de estos severos castigos antilaborales fueron los "capitalistas ausentes", inversores ricos, políticamente influyentes y bien organizados con sede en Butte (Montana), Chicago, Nueva York, Portland (Oregón), San Francisco y Spokane (Washington). Desde estos lugares, hombres como Cyrus McCormick II, de Chicago, el financiero Darius Mills, de Nueva York, y el ingeniero John Hays Hammond, de San Francisco, coordinaron prácticas mineras intensivas en capital y explotadoras en varias partes del mundo, incluidas regiones de Canadá, México, Sudáfrica y lugares dispersos del oeste de Estados Unidos.² La gestión de una mano de obra a menudo intranquila entrañaba múltiples

¹ David H. Grover, *Debaters and Dynamiters: The Story of the Haywood Trial* (Corvallis: Oregon State University Press, 1964), 37. Los historiadores de los campos de concentración han ignorado generalmente el norte de Idaho, insistiendo en que los españoles introdujeron este método de castigo en Cuba a mediados de la década de 1890. Andrea Pitzer, *One Long Night: A Global History of Concentration Camps* (Boston: Little, Brown and Company, 2017).

² Sobre la expresión "capitalista ausente", véase David R. Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920* (Boulder: University of Colorado Press, 2007), 19; véase también Alan Derickson, *Workers' Health, Workers' Democracy: The Western Miners' Struggle, 1891-1925* (Ithaca, NY: Cornell University

dificultades, y los inversores recibían ayuda de los gerentes de las explotaciones y de las fuerzas del sector público durante los principales conflictos laborales. Algunos empresarios ávidos de emociones, quizá con la esperanza de revivir sus días de gloria de lucha bélica y campañas de vigilantes, abandonaron las comodidades de sus oficinas y mansiones para luchar directamente contra los trabajadores.

Ni la explotación capitalista ni los enfrentamientos obrero-patronales resultan especialmente sorprendentes si tenemos en cuenta los tormentosos años posteriores a la Guerra Civil. No obstante, el contexto es importante, y en esta región, miles de mineros, reconociendo sus agravios comunes, se unieron para luchar por mejoras y defender sus intereses frente a oponentes obstinados. A partir de 1887 —tres años antes de que Idaho se convirtiera en estado—, los mineros, entre los que había inmigrantes y nativos, practicaron diversas formas de ayuda mutua, plantearon quejas, crearon sindicatos y organizaron huelgas, algunas de ellas con éxito. En 1891, basándose en tradiciones organizativas anteriores, los mineros crearon el Comité Ejecutivo Central del Sindicato de Mineros de Coeur d'Alene. Ese mismo año, los empresarios crearon una organización contraria, la Asociación Protectora de Propietarios de Minas de Coeur d'Alene (también conocida como Asociación de Propietarios de Minas). Los propietarios pretendían controlar los costes laborales, mantener la autoridad en el lugar de trabajo y maximizar los beneficios. La región era muy rentable y en 1899 producía más de la mitad del plomo extraído en el país.³ Para mantener el control durante los conflictos laborales, los propietarios y gerentes utilizaron sus conexiones con los funcionarios y las fuerzas armadas. Este capítulo, dividido en dos partes, explora cómo los empresarios y sus aliados bien armados aterrorizaban a sus oponentes, un grupo insubordinado sin paliativos preocupado por conseguir una remuneración justa y la dignidad en el lugar de trabajo. La Asociación de Propietarios de Minas (MOA) y sus aliados políticos dirigieron una serie de campañas represivas contra los trabajadores mientras intentaban convencer a la opinión pública

Press, 1988), 93; John Fahey, "The Milwaukee-Youngstown Connection: Midwestern Investors and the Coeur d'Alene Mines", *The Pacific Northwest Quarterly* 81 (abril de 1990): 42-49; William G. Robbins, *Colony and Empire: The Capitalist Transformation of the American West* (Lawrence: University of Kansas, 1994); Elizabeth Jameson, *All that Glitters: Class, Conflict and Community in Cripple Creek* (Urbana: University of Illinois Press, 1998), 40; David Iglar, "The Industrial Far West: Region and Nation in the Late Nineteenth Century", *Pacific Historical Review* 69 (mayo de 2000): 159-192; Kenneth Dale Underwood, "Mining Wars: Corporate Expansion and Labor Violence in the Western Desert, 1876-1920", (tesis doctoral, Universidad de Nevada, Las Vegas, 2009); Mark Hendrickson, "'The Sesame That Opens The Door of Trade': John Hayes Hammond and Foreign Direct Investment in Mining, 1880-1920", *Journal of Gilded Age and Progressive Era* 16 (julio de 2017): 325-346; Charles van Onselen, *El capitalista vaquero: John Hayes Hammond, the American West and the Jameson Raid in South Africa* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2017); y Andrew Offenburger, *Frontiers in the Gilded Age: Adventure, Capitalism, and Dispossession from Southern Africa to the U.S.-Mexican Borderlands, 1880-1917* (New Haven, CT: Yale University Press, 2019), 33-34. San Francisco, donde residían numerosos y poderosos ingenieros de minas y banqueros, fue sede de la primera bolsa minera de Estados Unidos. Gray Brechin, *Imperial San Francisco: Urban Power, Earthly Ruin* (Berkeley: University of California Press, 2006), 37.

³ "Trouble in the Coeur D'Alenes", *The DeLamar Nugget*, 5 de mayo de 1899, 1.

de que eran ciudadanos honrados preocupados por promover la modernización económica y la ley y el orden.

Ronda 1

Los inversores de la región, aplaudidos por la prensa generalista como honorables visionarios económicos, modernizadores regionales, creadores de empleo, empresarios justos y ciudadanos honrados, ganaron millones extrayendo plata y plomo en el condado de Shoshone, formado por pequeñas ciudades como Burke, Gem, Kellogg, Mullen, Wallace y Wardner. En estos lugares, los trabajadores organizados, incluidos los mineros algo cualificados y los menos cualificados —empleados que se dedicaban a las agotadoras tareas de retirar el estiércol— disfrutaban de salarios de 3,50 dólares al día en la mayoría de los lugares de trabajo. A principios de 1892, los propietarios introdujeron maquinaria que ahorra trabajo y redujeron el salario de los "muckers" a 3 dólares diarios, lo que provocó una reacción inmediata. El sindicato había exigido que todos recibieran el salario de 3,50 dólares al día. Esta disputa provocó un cierre patronal y una serie de protestas, en su mayoría piquetes pacíficos. La patronal, previendo que el hambre generalizada obligaría a los desesperados sostenes de familia a someterse a la nueva escala salarial, esperaba acabar con el sindicato.⁴

Como era de esperar, los miembros del MOA albergaban una fuerte aversión a los sindicatos y se negaban a aceptar la idea de que los trabajadores quisieran afiliarse a uno para expresar sus preocupaciones y mejorar sus condiciones. John Hays Hammond, ingeniero educado en Yale, propietario parcial de la Bunker Hill and Sullivan Company y dirigente del MOA, escribió años más tarde que los empleados estaban perfectamente satisfechos sin representación: "estaban satisfechos con las cosas como estaban y no tenían ningún deseo de pagar la cuota exigida".⁵ Hammond, nacido en San Francisco durante la fiebre del oro, presumiblemente se sentía cómodo hablando en su nombre, aunque no debemos tomar sus palabras al pie de la letra. Su posición de clase privilegiada indicaba que estaba fuera de contacto, poco dispuesto o poco interesado en comprender las perspectivas de quienes realizaban un trabajo agotador, tedioso y a menudo arriesgado. Muchos mineros, fatigados por las largas y a menudo peligrosas horas de perforación, voladura y limpieza, y frustrados por los bajos salarios, veían el valor de la representación sindical, lo que irritaba a Hammond y a sus

⁴ William J. Gaboury, "From Statehouse to Bull Pen: Idaho Populism and the Coeur d'Alene Troubles of the 1890s", *The Pacific Northwest Quarterly* 58 (enero de 1967): 15; y Stanley S. Phipps, *From Bull Pen to Bargaining Table: The Tumultuous Struggle of the Coeur D'Alenes Miners for the Right to Organize, 1887-1942* (Nueva York: Garland Publishing, 1988), 17-18.

⁵ John Hays Hammond, *The Autobiography of John Hays Hammond, Volume 1* (Nueva York: Farrar and Rinehart, Incorporated, 1935), 189.

colegas.⁶

El aborrecimiento de Hammond por los sindicatos era compartido por otros de su clase, lo que se hacía más evidente cuando los trabajadores hacían demandas. Esto se hizo evidente el 20 de abril de 1892, de una manera bastante práctica, por A. M. Esler, director de la Helena and Frisco Company y compañero dirigente del MOA: "Nunca contrataremos a otro sindicalista".⁷ Esler, antiguo miembro de los Vigilantes de Montana en la década de 1860, demostró una obsesión casi total por dirigir sus empresas de forma unilateral, sin hacer distinciones entre los miembros pacíficos y los radicales del sindicato. Intolerante con los trabajadores asertivos, insultaba a los miembros de los sindicatos calificándolos de "mentirosos" y "Molly Maguires", palabras incendiarias con las que pretendía difamar a los partidarios de los sindicatos.⁸

Los provocadores comentarios de Esler no deben sorprendernos si reconocemos que era uno de los hombres más poderosos del Mountain West, acostumbrado a conseguir lo que quería en los negocios y la política. Se mostraba dispuesto a arremeter contra las fuerzas que perjudicaban sus intereses de clase. Esler nació cerca de Watertown, Nueva York, en 1837, y se convirtió en uno de los primeros colonos del futuro estado de Montana, donde fue un próspero y respetado empresario minero. Según uno de sus primeros biógrafos, "pocos hombres hicieron más que él en el desarrollo de esa parte de los vastos recursos del estado".⁹ En Montana, como participante en los primeros movimientos de vigilancia, se codeó con otras luminarias antes de ser uno de los veintiséis legisladores territoriales de la zona a finales de la década de 1860. Como tal, participó activamente en el Comité de Asuntos Militares.¹⁰ El acaudalado propietario minero votó con otros para penalizar a los desafiantes residentes de la clase trabajadora. Por ejemplo, en 1866, un año después de la aprobación de la Decimotercera Enmienda que prohibía la esclavitud, el legislador republicano ayudó a aprobar un proyecto de ley que "obligaba a los delincuentes a realizar trabajos forzados".¹¹ Sin duda, el Estado y los miembros de la clase dominante se habrían beneficiado de esta forma de trabajo no libre. Décadas más tarde, en 1890, Esler desempeñó un papel decisivo en la formación de una Asociación de Propietarios de Minas en Helena, sede de algunos de los más poderosos opositores sindicales del

⁶ Sobre el trabajo y la vida social de los mineros del oeste, véase Ronald C. Brown, *Hard-Rock Miners: The Intermountain West, 1860-1920* (College Station: Texas A&M University Press, 1979).

⁷ Citado en Robert Wayne Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892* (Corvallis: Oregon State University Press, 1961), 40.

⁸ Citado en Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 66. Véase también Vernon H. Jensen, *Heritage of Conflict: Labor Relations in the Nonferrous Metals Industry Up to 1930* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1950), 28.

⁹ Helen Fitzgerald Sanders, *A History of Montana, Volume 2* (Chicago: The Lewis Publishing Company, 1913), 939.

¹⁰ *House Journal of the Third Session of the Legislative Assembly of the Territory of Montana* (Helena: Wilkinson and Ronan Public Printers, 1870), 16.

¹¹ *Diario de la Cámara de Representantes de la tercera sesión*, 150.

movimiento obrero. Entre ellos estaba su colega republicano Wilbur F. Sanders, uno de los primeros líderes sindicales del estado.

Senadores de EE.UU., él mismo ex vigilante y viejo enemigo de los sindicatos.¹²



John Hays Hammond. Hammond comprendía claramente la importancia de las armas de fuego para proteger los intereses de la clase dominante. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección George Grantham Bain, LC-DIG-ggbain-00807)

A principios de 1892, la contratación de un número suficiente de no sindicalistas de confianza para reanudar las operaciones exigió la colaboración de personas ajenas al sindicato, incluidos experimentados luchadores sindicales. Junto con el secretario del MOA e inmigrante inglés John A. Finch, Esler viajó a regiones orientales no reveladas, donde los dos hombres pagaron por anuncios de búsqueda de ayuda en periódicos que prometían a los solicitantes de empleo transporte gratuito y trabajo estable.¹³ Durante el cierre patronal, los propietarios de las minas colaboraron con el detective privado Joel Warren, ex jefe de policía de Spokane y archienemigo del sindicato. En violación de una ley de Idaho de 1891 que prohibía la importación de hombres armados, Warren supervisó el transporte de unos cien no sindicalistas y cincuenta guardias armados.¹⁴ El sheriff Richard Cunningham, que simpatizaba con los sindicalistas de la región, detuvo

¹² Sanders, *A History of Montana*, volumen 2, 940; Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 28. Los residentes de élite de Helena, incluidos antiguos vigilantes, empezaron a reunirse para promover sus intereses financieros en 1866 y formaron una Junta de Comercio en 1877. Shelton Stromquist, *A Generation of Boomers: The Pattern of Railroad Conflict in Nineteenth Century America* (Urbana: University of Illinois Press, 1987), 157.

¹³ "Trouble Feared in the North", *The Caldwell Tribune*, 7 de mayo de 1892, 4.

¹⁴ Phipps, *Del corral de toros a la mesa de negociación*, 20.

a Warren, aunque el detective fue liberado poco después. Otras docenas de esquirolas, algunos de los cuales viajaron desde lugares tan lejanos como las regiones del cobre del norte de Michigan, llegaron a la región a finales de la primavera. Como informó un periódico de Montana: "Es un hecho bien conocido que los propietarios están utilizando todos los medios para asegurarse una gran fuerza de mineros no sindicalizados en el Este para trabajar sus propiedades aquí."¹⁵

Esta disputa se caracterizó por la polarización, los trucos sucios y las estrechas colaboraciones entre el capital y el Estado. Poco antes del cierre patronal, el MOA contrató a los Pinkerton, el cuerpo de detectives y rompehuelgas más famoso del país. El agente de Pinkerton Charles Siringo, contratado en 1891 por Finch, secretario del MOA, se había infiltrado con éxito en el sindicato en Gem y había compartido las discusiones internas del sindicato con los propietarios. Al parecer, el MOA pagaba unos 1.000 dólares al día a la agencia de detectives, y Siringo, un autoproclamado detective vaquero de Texas, era el activo más valioso de la organización.¹⁶ El antiguo partidario del sindicato se había transformado en un hombre de empresa fiable y ambicioso tras el mortal enfrentamiento de Haymarket en 1886.¹⁷ A principios de la década de 1890, según los recuerdos de Hammond, Siringo "ya no simpatizaba en absoluto" con las ideas de los sindicatos.¹⁸ Los miembros del MOA también contaron con la ayuda de actores del sector público. A principios de mayo, el juez federal James H. Beatty, nombrado para el cargo por el presidente Benjamin Harrison, dictó una orden judicial que impedía a los mineros interferir con los no sindicalistas, después de que unos piqueteros obligaran a dos no sindicalistas a abandonar la ciudad de Burke.¹⁹

Pero la orden judicial no resolvió los problemas del MOA, ya que la mano de obra sindicalizada siguió albergando quejas y muchos de sus miembros, dando muestras de inquietud e irritación, hicieron caso omiso de la directiva de Beatty. Ante las continuas protestas sindicales, los propietarios buscaron la ayuda de su amigo, el gobernador de Idaho Norman B. Willey. A finales de mayo, Weldon

B. Heyburn, abogado jefe del MOA y próspero propietario de minas, presionó a Willey para que declarara la ley marcial. Heyburn se dio cuenta de que tal declaración ayudaría a los propietarios a reanudar la producción, al tiempo que ofrecería un paso seguro a las bandas de rompehuelgas procedentes en su mayoría del este.²⁰

¹⁵ "En el Coeur D'Alenes", *The Anaconda Standard*, 8 de mayo de 1892, 1.

¹⁶ Job Harriman, *The Class War in Idaho: The Horrors of the Bull Pen* (Nueva York: The Volkszeitung Library, 1900), 7. Para más información sobre Siringo, véase Jacqueline M. Moore, *Cowboys and Cattlemen: Class and Masculinities on the Texas Frontier, 1865-1900* (Nueva York: New York University Press, 2010), 39, 70, 95, 180.

¹⁷ S. Paul O' Hara, *Inventing the Pinkertons or Spies, Sleuths, Mercenaries, and Thugs: Being a Stoic of the Nation's Most Famous (and infamous) Detective Agency* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2016), 138.

¹⁸ Hammond, *La autobiografía de John Hays Hammond, Volumen I*, 192.

¹⁹ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 43.

²⁰ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 50.

Los miembros del MOA —que colaboraron con sus contactos en Missoula, Spokane y regiones de Minnesota, Michigan y California para organizar la importación de rompehuelgas— eran conscientes de las dificultades que les aguardaban y reconocían que los decididos activistas sindicales seguían sin estar dispuestos a hacerse a un lado y permitir que los no sindicalistas entraran en los lugares de trabajo. En resumen, comprendieron la necesidad de emplear la fuerza para proteger sus negocios y a los no sindicalistas, lo que significaba organizar entregas de armas y aumentar el número de guardias. Hammond, la persona responsable de contratar a Heyburn, supervisó una entrega de unos 500 rifles a las fuerzas antisindicales.²¹

Las armas mortales en posesión de los propietarios y sus agentes constituían sólo una de varias provocaciones. Desde el punto de vista de los manifestantes, la visión de los esquiroles que llegaban en tren, algunos de los cuales habían sido reclutados y transportados personalmente por Hammond, provocó casos de furia no disimulada, que desembocaron en varias refriegas violentas. Los rompe-sindicatos tenían un agudo sentido de la urgencia. En su autobiografía, Hammond describió la emoción de transportar a los rompehuelgas mientras viajaba con su esposa en un vagón privado, señalando que "corrían a una velocidad espeluznante por las tortuosas curvas del río Coeur d'Alene". En cambio, su esposa, reacia al riesgo, se sintió profundamente incómoda. Hammond relató que "se había agarrado al asiento como una visera" para evitar "salir despedida".²²

El contraste entre Hammond y su esposa no debe sorprender. Hammond, que llevaba dos pistolas, era un avezado amante del riesgo, con una irreprimible vena violenta y una obstinada disposición a mantenerse firme. Años antes, había vivido dramáticos enfrentamientos con grupos de bandidos cerca de una de sus explotaciones mineras en el norte de México.²³ Emplear la intimidación era su solución a todo tipo de amenazas laborales. Charles van Onselen, biógrafo de este "vaquero capitalista", explicaba: "Para Hammond y los de su calaña, las armas eran parte integrante de la imposición del orden, ya fuera en la frontera o en los emergentes centros urbanos".²⁴ Las armas, entendían él y sus camaradas del MOA, significaban poder, lo que les permitía resolver rápidamente los conflictos de gestión independientemente del lugar.

Los compañeros y adversarios de Hammond también reconocieron la utilidad de las armas de fuego. El 10 de julio, Esler, con la esperanza de superar en armas a sus antagonistas sindicales, organizó la entrega de dos bolsas llenas de rifles en la mina y el molino Frisco, lugares de trabajo situados entre Wallace y Burke, en previsión de un

²¹ Van Onselen, *El capitalista vaquero*, 83.

²² Hammond, *The Autobiography of John Hays Hammond*, volumen 1, 190-191.

²³ Van Onselen, *The Cowboy Capitalist*, 71, 85. Para más información sobre Hammond, véase Bechin, *Imperial San Francisco*, 53-58.

²⁴ Van Onselen, *The Cowboy Capitalist*, 19. Esta valoración coincide con la observación de Priya Satia sobre la relación entre las clases privilegiadas y las armas: "Eran instrumentos de terror y disciplina". Priya Satia, *Empire of Guns: The Violent Making of the Industrial Revolution* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2018), 268.

enfrentamiento.²⁵ Al día siguiente estalló un tiroteo, aunque no hubo víctimas. Desde la colina, los sindicalistas lanzaron un paquete de dinamita que destruyó el molino y mató a un rompehuelgas. Este espectacular acontecimiento hizo que sesenta no sindicalistas se rindieran.²⁶ Un conmocionado observador, propietario de una tienda, calificó este enfrentamiento como "una de las batallas más terribles jamás presenciadas en este continente entre el capital y el trabajo."²⁷ A continuación, los mineros que protestaban se desplazaron a la mina Gem, donde se enzarzaron en otro tiroteo. Allí murieron tres sindicalistas, un guardia de la empresa y un rompehuelgas. En respuesta, otro grupo de rompehuelgas, unos setenta, abandonó sus puestos de trabajo. En el contexto de estos ataques, el director de la mina y secretario del MOA, Finch, animó a la capitulación: "los propietarios de la mina, para salvar la vida de sus trabajadores, se rindieron a la turba".²⁸ El 12 de julio, docenas de sindicalistas armados dirigidos por Edward Boyce visitaron a los propietarios de las minas en Wardner, donde les explicaron que habían capturado el concentrador de la Bunker Hill and Sullivan Company y exigieron el despido de los no sindicalistas; amenazaron con destruir el concentrador si los patronos no obedecían. Los empresarios obedecieron sin vacilar.²⁹ Mientras tanto, Finch mantenía informados a los cada vez más preocupados miembros del MOA sobre los acontecimientos, compartiendo sobriamente los informes sobre las victorias sindicales en la batalla.³⁰

En respuesta a la intimidación, el juez Beatty intervino de nuevo dictando una orden de alejamiento. Poco después de los primeros enfrentamientos, nueve miembros del MOA, entre ellos Esler en Wallace y Hammond en San Francisco, enviaron telegramas individuales a Willey, exigiendo ayuda inmediata.³¹ Tal vez conocedor de ejemplos anteriores de ayuda estatal, Finch había solicitado a Willey que le permitiera utilizar rifles estatales para defender su mina en Gem. En colaboración con el secretario de Estado y el jefe efectivo de la Guardia Nacional de Idaho, James F. Curtis, Willey accedió a la petición de Finch.³² Finalmente, el gobernador Willey, tras obtener informes confirmados de brotes violentos, declaró la ley marcial el 13 de julio, anunciando que "la zona se encontraba en estado de insurrección y rebelión."³³

Ante la intensa oposición, los miembros del MOA y el gobernador Willey reconocieron que la presencia de los guardias de Pinkerton y de la Guardia Nacional era insuficiente para establecer la paz y el orden. Poco después de declarar la ley marcial,

²⁵ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 61.

²⁶ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 65

²⁷ "Dan Harrington", *Elmore Bulletin*, 28 de enero de 1893, 2.

²⁸ Citado en Harriman, *The Class War in Idaho*, 8.

²⁹ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 69.

³⁰ William T. Stoll, *Silver Strike: The True Story of Silver Mining in the Coeur d'Alenes* (Boston: Little, Brown, and Company, 1932), 224.

³¹ Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 1A.

³² Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 1A.

³³ Citado en Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 78.

Wiley consiguió ayuda adicional del presidente Harrison. Harrison, que siempre se ponía del lado de los empresarios en los conflictos obrero-patronales, envió 1.000 soldados estadounidenses dirigidos por el general William Carlin.³⁴ A mediados de julio, la fuerza combinada de tropas, incluidos los miembros de la Guardia Nacional, ascendía a unos 1.500, que juntos acosaron y aterrorizaron a la gente corriente de la región durante cuatro meses. Los residentes, la mayoría de los cuales se pusieron del lado de los huelguistas, se dieron cuenta rápidamente del impresionante poder que se había desplegado contra ellos.

Los enconados e intensos conflictos de la región recibieron atención nacional. Podemos suponer que los opositores sindicales observaron atentamente los detalles de los enfrentamientos, con la esperanza de aprender lecciones y quizás ofrecer consejos. El periodista antisindical y defensor de la ley y el orden J. West Goodwin, por ejemplo, dedicó un espacio considerable en su *Sedalia Bazoo* a las crecientes tensiones. Observando la "considerable excitación en todas partes" de la región, Goodwin —quien, como hemos visto, había participado anteriormente en movilizaciones conjuntas público-privadas contra los trabajadores, y se había beneficiado de ellas— simpatizaba claramente con la "lucha colectiva del MOA para gestionar sus minas con hombres y guardias no sindicados".³⁵

Al igual que Goodwin, los principales actores de esta campaña no eran ajenos a las batallas contra las llamadas clases peligrosas. Las tropas de la Guardia Nacional estaban dirigidas por Curtis, un veterano justiciero como Esler y Hammond. Al igual que ellos, Curtis había mostrado desde el principio su disposición a participar en combates directos. Había luchado por primera vez contra las "clases peligrosas" en la década de 1850, cuando ayudó a establecer y dirigir el poderoso Comité de Vigilancia de San Francisco. Tras promover los intereses de las élites de San Francisco como comerciante y vigilante, Curtis ocupó el cargo de comisario de policía de San Francisco y dependía directamente del padre de John Hays Hammond, Richard Pindell Hammond, presidente de la Junta de Comisarios de Policía. Como justiciero y agente de la ley durante las campañas de 1851 y 1856, Curtis demostró una gran disposición a brutalizar y humillar a sus víctimas. Como jefe de policía de San Francisco en 1856, por ejemplo, una vez dejó a dieciséis ladronzuelos encadenados a un asta de bandera durante dos horas.³⁶ Tales acciones tortuosas impresionaron al joven Hammond, que recordaba calurosamente lo que consideraba los valientes y exitosos esfuerzos llevados a cabo por

³⁴ . Heather Cox Richardson ha señalado la lealtad proempresarial de Harrison, señalando que "hacía lo que le decían". Heather Cox Richardson, *To Make Men Free: A History of the Republican Party* (Nueva York: Basic Books, 2014), 123.

³⁵ "Cour D'Alene Riot", *The Sedalia Weekly Bazoo*, 19 de julio de 1892, 2.

³⁶ Mary Floyd Williams, *History of the San Francisco Committee of Vigilance of 1851: A Study of Social Control on the California Frontier in the Days of the Gold Rush* (Berkeley: University of California Press, 1921), 181, 208, 442; Van Onselen, *The Cowboy Capitalist*, 87. Sobre el incidente del asta de la bandera, véase Nancy J. Taniguchi, *Dirty Deeds: Land, Violence, and the 1856 San Francisco Vigilance Committee* (Norman: University of Oklahoma Press, 2016), 202.

su padre, Curtis, y los vigilantes de San Francisco: "Cuando yo tenía diez años, el problema de controlar a los elementos criminales y anárquicos de esta sociedad fronteriza ya había sido resuelto por los Vigilantes".³⁷ Estos hombres ocupaban un lugar especial en la mente de Hammond, ya que sus acciones represivas ayudaron a los hombres de negocios de San Francisco a reanudar sus actividades lucrativas con mayor tranquilidad. Las lecciones estaban claras: los ciudadanos privados de buena reputación tenían un papel crítico y directo que desempeñar en la represión de la anarquía, la promoción del orden y, en última instancia, la protección de los intereses de clase de los que se encontraban en la cima de la sociedad. Estas estrechas conexiones entre los vigilantes privados y los organismos públicos encargados de hacer cumplir la ley son una prueba más de la coincidencia de intereses entre las clases altas y los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley, y de que estas preocupaciones y redes perduraron durante décadas. Los responsables de mantener la ley y el orden, ya fueran funcionarios de los departamentos de policía municipales o vigilantes autoproclamados, servían a poderosos intereses.

Al igual que Hammond, Esler y Curtis, el presidente Harrison, el participante con más autoridad en esta campaña de terrorismo de múltiples capas, estaba bien versado en el arte de combatir a los trabajadores amotinados: Había ayudado a sofocar una rebelión en Indianápolis, su ciudad natal, durante la multitudada huelga ferroviaria de 1877. Después de que una multitud enfurecida detuviera un tren en esa ciudad a finales de julio, el juez de distrito Walter Q. Gresham declaró que Indianápolis estaba bajo el dominio de la mafia, lo que le llevó a llamar a los alguaciles estadounidenses. Harrison, un adinerado abogado ferroviario de la época, se unió a los alguaciles mientras Gresham convencía al presidente Rutherford B. Hayes de que enviara tropas estadounidenses para defender el tribunal. Harrison, según un informe publicado en el *Aspen Evening Chronicle* once años después de esta huelga, "era partidario de abatir a los huelguistas".³⁸ Como capitán de la Compañía C, Harrison dirigió un grupo de 111 hombres, entre ellos un par de sus colegas del bufete de abogados. Respaldado por una fuerza bien armada, Harrison expresó su deseo de enviar un mensaje mortal: "Si yo fuera gobernador de este estado, o sheriff de este condado, pondría en marcha todos los trenes aunque tuviera que meterme sangre hasta las puntas de los dedos".³⁹ Es muy posible que una década y media más tarde, Harrison recordara su propia participación truculenta en la lucha contra los obreros desafiantes. Sus lealtades de clase se mantuvieron constantes a lo largo de su vida, y como líder político más poderoso de la nación, probablemente esperaba ayudar a los empresarios del norte de Idaho a sofocar toda forma de resistencia por medios como las acciones represivas que había utilizado más de una década antes.⁴⁰

³⁷ Hammond, *The Autobiography of John Hays Hammond*, Volumen 1, 9.

³⁸ "Harrison en 1877", *The Aspen Evening Chronicle*, 25 de septiembre de 1888, 1.

³⁹ Citado en "Harrison en 1877".

⁴⁰ Robert Ovetz, *Cuando los obreros contraatacaron: Class Conflict from 1877 to 1921* (Leiden: Brill,

Los obreros siguieron protestando de forma combativa incluso después de que Willey enviara tropas, presumiblemente sin ser conscientes o sin dejarse intimidar por el extenso historial de batallas acumuladas durante décadas por sus beligerantes oponentes. Algunos sindicalistas portaban armas o se mostraban dispuestos a sabotear las propiedades de la empresa, y muchos otros trataban de disuadir a los no sindicalistas de aceptar trabajos en la zona, proclamando en un documento dirigido a los posibles rompehuelgas que "se os pide que ocupéis los puestos de los mineros honrados, a los que el capital extranjero y los matones de Pinkerton están poniendo contra las cuerdas".⁴¹

Con la esperanza de detener el envío de guardias y rompehuelgas, intrépidos activistas obreros dinamitaron un puente del ferrocarril Northern Pacific y cortaron postes.⁴² A nivel local, las autoridades, incluido el sheriff Richard Cunningham, se sintieron impotentes —o demostraron su falta de voluntad— para ayudar a los propietarios de las minas antes de que llegaran las tropas federales. Según un informe, "este excéntrico oficial, hay que decirlo en su honor, estaba completamente sobrio y despierto para darse cuenta del hecho de que no podía conseguir un pelotón de media docena en todo Coeur d'Alenes para ayudarle a hacer valer la dignidad de la ley". La prensa reconoció múltiples muestras de combatividad obrera poco *después de* la declaración de la ley marcial: "Wardner está completamente a merced de las fuerzas sindicales".⁴³ Los manifestantes, impulsados por una ira profundamente arraigada y un compromiso mutuo, habían descubierto su poder.

Pero los empresarios y sus aliados no estaban dispuestos a rendirse. Curtis, mostrando una rígida lealtad a los propietarios de las minas, dio el audaz paso de destituir al sheriff Cunningham, elegido democráticamente, y sustituirlo por el Dr. W. S. Sims, un médico empleado por el MOA aborrecido por la mayoría de los sindicalistas.⁴⁴ Por su parte, el general Carlin colaboró con Siringo en la identificación y detención de los líderes de la huelga.⁴⁵ Algunos empresarios, como Hammond y Esler, siguieron supervisando la movilización de los rompehuelgas. Otra figura destacada implicada en el proceso de actividades de los esquirols fue Van

B. DeLashmutt, veterano del ejército de la Unión, banquero adinerado, reciente alcalde de Portland, Oregón, e inversor minero. DeLashmutt, que, en palabras de un relato, trajo "un gran número de esquirols" a Wallace, tocó una fibra sensible de confianza, prediciendo una semana después del comienzo de la violencia "que la mina

2018), 166.

⁴¹ Citado en "Stay Away from the Mines", *Engineering and Mining Journal* 54 (19 de noviembre de 1892): 482.

⁴² "Martial Law in Idaho", *Evening Journal*, 14 de julio de 1892, 3; "Strikers Blow up Bridges", *Mower County Transcript*, 20 de julio de 1892, 2; y John F. MacLane, *A Sagebrush Lawyer* (Nueva York: Pandick Press, 1953), 131.

⁴³ "Fighting in North Idaho", *The Caldwell Tribune*, 16 de julio de 1892, 4.

⁴⁴ Harriman, *La guerra de clases en Idaho*, 89.

⁴⁵ Hammond, *The Autobiography of John Hays Hammond*, volumen 1, 194.

Bunker Hill & Sullivan volverá a ponerse en marcha la próxima semana".⁴⁶

El acto de transportar a hombres no sindicados de fuera de la ciudad a las regiones conflictivas del norte de Idaho fue una experiencia reveladora para inversores como DeLashmutt, que, a diferencia de Hammond, tenía poca experiencia en el duro mundo de la lucha de clases. Al entrar físicamente en espacios peligrosos con rompehuelgas a su lado, DeLashmutt se había encontrado con un entorno muy diferente de su mundo familiar de restaurantes de lujo, clubes de caballeros al estilo inglés y carreras de caballos. Aquí tuvo la rara oportunidad de echar un vistazo a la desagradable crudeza y los peligros de los conflictos industriales. Eran tiempos desesperados, y él tenía negocios que dirigir y dinero que ganar, lo que exigía riesgos extraordinarios. Los inversores como él, que vivían a salvo en lujosas mansiones de Chicago, Nueva York, San Francisco, Portland y Spokane, solían tener poca interacción directa con los hombres más responsables de generar su riqueza.⁴⁷

Molesta por las muestras manifiestas de solidaridad obrera y la falta de apoyo público, la patronal estaba ansiosa por moldear la percepción pública del enfrentamiento. Recibieron ayuda de los creadores de opinión dominantes de la zona, incluido el periódico antisindical de amplia difusión *Spokane Review*, que sirvió de portavoz de los intereses patronales e incluso difundió mentiras. Consideremos el caso de la llamada masacre de Mission. En ella, un grupo de 132 personas —rompehuelgas y algunos de sus familiares— esperaban en la pequeña comunidad a un tren con destino a Spokane. Un grupo no identificado de bandidos a caballo supuestamente los atacó y les robó objetos, lo que llevó a la *Spokane Review* a informar de que "El salvajismo sucede a la anarquía".⁴⁸

El MOA y sus aliados en la creación de narrativas mantuvieron que el robo no fue el único delito. Tras la "masacre" de la Misión, las víctimas se reunieron con el abogado del MOA, Weldon Heyburn, en Spokane, donde supuestamente describieron sus angustiosas experiencias. Heyburn grabó sus respuestas antes de hablar con los periodistas *del Spokane Review*, que luego publicaron historias sobre la "masacre" embellecidas y totalmente falsas.⁴⁹ Es probable que Heyburn buscara generar las historias más dignas de titulares a partir de relatos muy extravagantes. Según el periódico, los atacadores eran matones violentos aliados del sindicato responsables de un número desconocido de muertes, incluida la de un superintendente de la mina, John Monahan. Los informes eran relatos sensacionalistas de brutalidad patrocinada por el sindicato que cualquier persona imparcial encontraría profundamente atroz. Pero el

⁴⁶ "Return of Non-Union Men", *The Seattle Post-Intelligencer*, 17 de julio de 1892, 1. Para información biográfica sobre DeLashmutt, véase "Van B. DeLashmutt Passes in Spokane", *Morning Oregonian*, 5 de octubre de 1921, 13.

⁴⁷ Sobre la tendencia de los propietarios a vivir lejos de los distritos mineros, véase Clayton D. Laurie y Ronald H. Cole, *The Role of Federal Military Forces in Domestic Disorders, 1877-1945* (Washington, DC: Center on Military History, U.S. Army, 1997), 154.

⁴⁸ Citado en Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 71.

⁴⁹ "The Tyler-Last Chance Suit", *The Salt Lake Herald*, 28 de enero de 1892, 1.

informe también era falso: Monahan fue encontrado vivo poco después de que la prensa informara de su muerte.⁵⁰ Esta no fue la única mentira generada por el MOA. En otro caso de engaño, la prensa informó erróneamente de que los manifestantes habían secuestrado a DeLashmutt.⁵¹

Estos relatos falsos pretendían moldear la opinión pública de forma que sirviera a los intereses de los propietarios. Estos relatos extraordinarios pretendían obviamente poner al público en contra de los sindicalistas, a los que la prensa caracterizaba como un cuerpo temerario de hombres responsables de desatar una violencia indiscriminada. Esta coalición de opositores sindicales (rompehuelgas no identificados, Heyburn y la prensa) contribuyó a explicar a la opinión pública las características fundamentales del problema laboral de la región. El problema, tal y como lo definía este grupo, no era simplemente una amenaza para las instituciones económicas dominantes de la región, sino que era totalmente incurable, responsable de los peores crímenes: secuestros y asesinatos. La prensa, que actuaba como portavoz oficioso de los propietarios de las minas, trató de convencer a sus lectores de que el sindicalismo estaba estrechamente relacionado con la delincuencia y que los ciudadanos honrados debían defender "la ley y el orden".

Los propietarios estaban ansiosos por restablecer la ley y el orden en sus términos. Las fuerzas armadas estatales y nacionales establecieron el control de la región poco después de llegar a mediados de julio.⁵² Los propietarios de las minas expresaron su agradecimiento por la ayuda ofrecida por las distintas fuerzas armadas y, en señal de gratitud, hicieron una donación de 5.000 dólares a la Compañía A del Segundo Regimiento de la Guardia Nacional de Idaho.⁵³ La donación financiera indicaba el deseo de los empresarios de mantener a las tropas plenamente satisfechas, reconociendo que los hombres gratificados, armados con las herramientas más eficaces de represión, servirían a los intereses de los propietarios. También pone de relieve el alcance de la corrupción política implicada en los esfuerzos de represión laboral. Tales donaciones monetarias cimentaron aún más las relaciones entre el Estado y el capital, asegurando que las tropas actuaran de manera que sirvieran a los estrechos intereses del MOA en lugar de a las preocupaciones más importantes de la comunidad. Por encima de todo, la cuantiosa contribución financiera ilustra que el MOA quería suprimir rápidamente la insurgencia, reconociendo que un Estado fuerte y violento era necesario para establecer la estabilidad, al tiempo que enviaba un mensaje dramático a los posibles manifestantes.

A medida que el conflicto se prolongaba, los miembros del MOA lanzaron actividades represivas adicionales que complementaban el trabajo de las tropas estatales y federales, las fuerzas policiales y los Pinkertons. Quizás inspirados por el

⁵⁰ Smith, La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892, 72.

⁵¹ "Capturan a dueños de minas", Evening Journal, 14 de julio de 1892, 3.

⁵² "¡Ley marcial!", The Coeur d'Alene Press, 16 de julio de 1892, 1.

⁵³ Smith, La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892, 92.

éxito de las actividades rompehuelgas en Sedalia y St. Louis, Missouri, en 1886, añadieron a la coalición las Ligas de la Ley y el Orden. Estas organizaciones estaban decididas a, como informó un periódico de Seattle a mediados de julio, "mantener alejados a los elementos anárquicos de las minas."⁵⁴ Estas milicias dirigidas por hombres de negocios, organizadas por hombres influyentes de la región como William H. Clagett y W. W. Woods, pretendían establecer sucursales en todas las comunidades del distrito.

Clagett merece especialmente nuestra atención. El exitoso inversor minero y abogado ya se había ganado una reputación nacional en el momento de la huelga y, por lo tanto, probablemente tuvo pocas dificultades con los esfuerzos de reclutamiento. Había ayudado a crear el parque de Yellowstone, condenado sistemáticamente el mormonismo y colaborado en la redacción de la constitución de Idaho cuando se convirtió en estado. Su apoyo a los intereses empresariales quedó patente en 1872, cuando desempeñó un papel clave en la elaboración de la Ley Minera nacional, que permitía a empresas y particulares beneficiarse de la minería en tierras públicas.⁵⁵ Y no era ajeno al mundo del vigilantismo, ya que mantenía una amistad con Wilbur F. Sanders durante el apogeo de los ahorcamientos de los Vigilantes de Montana a finales de la década de 1860.⁵⁶ Clagett siguió abrazando el vigilantismo tres décadas después. El movimiento de la Liga de la Ley y el Orden que ayudó a dirigir llegó a tener unos 800 miembros, entre los que se encontraban los hombres más privilegiados, como inversores, propietarios de minas, abogados, comerciantes y editores de periódicos.⁵⁷

Juntos, la diversa coalición de fuerzas —tropas estatales y federales, abogados, el gobernador del estado, el presidente de EE.UU., las Ligas de la Ley y el Orden, el sheriff Sims y, sobre todo, el MOA— centraron la mayor parte de su energía colectiva en el castigo, con los objetivos principales de aterrorizar a los sindicalistas y reanudar la producción con una mano de obra obediente. La represión sindical conllevó numerosos actos horribles identificados por las víctimas y sus aliados. El socialista Thomas Hickey, escribiendo en 1900, explicó que estos hombres eran totalmente implacables, señalando que "quemaron la sala del sindicato de mineros hasta los cimientos,

⁵⁴ "Arrestándolos a todos", *The Seattle Post-Intelligencer*, 17 de julio de 1892, 1.

⁵⁵ W. W. Dixon, "Sketch of the Life and Character of William H. Clagett", *Contributions to the Historical Society of Montana with its Transactions, Officers and Members* 4 (Helena: Independent Publishing Company, 1903): 253; Rodman Wilson Paul, *Mining Frontiers of the Far West, 1848— 1880* (Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1963), 187-188. Para más información sobre la importancia de la Ley de Minas de 1872, véase Heather Cox Richardson, *West From Appomattox: The Reconstruction of America after the Civil War* (New Haven, CT: Yale University Press, 2007), 144; Gordon Morris Bakken, *The Mining Law of 1872: Past, Politics, and Prospects* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2008); y Emma Teitelman, "The Properties of Capitalism: Industrial Enclosures in the South and West after the American Civil War", *Journal of American History* 106 (marzo de 2020): 892.

⁵⁶ William H. Clagett a Wilbur F. Sanders, 28 de agosto de 1868, Folder 9, Box 2, Wilbur F. Sanders Papers, Montana Historical Society, Helena, Montana.

⁵⁷ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 94. Para más información sobre Clagett y Woods, véase Stoll, *Silver Strike*, 15, 18, 97-101, 114-134.

insultaron a las esposas de los mineros, golpearon a sus hijos y armaron un infierno en general".⁵⁸ Desde la perspectiva de la comunidad, en su mayoría de clase trabajadora, estas fuerzas conjuntas privadas-públicas, y no sus propios residentes, eran los verdaderos criminales y terroristas responsables de perpetrar una serie de atrocidades.

Lo más dramático fue que las autoridades construyeron "toriles", uno en Wallace y otro en Wardner, para encarcelar prácticamente a todos los miembros del sindicato que las tropas pudieran detener. Los corrales, que consistían en una tienda reconvertida y dos casas de campo en Wallace, y un gran almacén en Wardner, eran necesarios porque las instalaciones de encarcelamiento oficiales de la región eran demasiado pequeñas para albergar al gran número de detenidos. Los reclusos encontraban estas instalaciones, rodeadas de empalizadas, estrechas e incómodas. Las autoridades detuvieron a unos seiscientos sindicalistas y simpatizantes, aunque el mayor número de presos a la vez, entre el 16 y el 20 de julio, fue de unos 350. La mayoría permaneció en prisión durante dos meses.⁵⁹ Las autoridades encarcelaron a la mayoría durante dos meses sin acusarles de ningún delito.⁶⁰

El poder coercitivo del Estado, ilustrado por las detenciones masivas y los esfuerzos de encarcelamiento a gran escala, desmoralizó a los trabajadores sindicados mientras los empresarios importaban rompehuelgas de lejos. Como explicó una fuente: "Los mineros encarcelados guardan silencio y parecen aturridos por la brusquedad con que los mineros no sindicados fueron reincorporados a Bunker Hill y Sullivan".⁶¹ Los directivos, mientras tanto, se mostraban cada vez más optimistas, agradecidos de que la presencia de tropas y el encarcelamiento masivo hubieran ofrecido soluciones reales. Los manifestantes neutralizados, atrapados en estas rudimentarias instalaciones, permitieron al MOA cultivar una nueva mano de obra no afectada por la influencia del sindicalismo. Victor Clement, directivo de Bunker Hill y Sullivan, observó los progresos con optimismo, explicando que los rompehuelgas eran "la tripulación más leal que jamás se había reunido".⁶²

Los miembros del sindicato se sintieron muy desilusionados. El encarcelamiento masivo, que implicaba alojar a los reclusos en los dos "corrales de toros", la cárcel del condado de Ada en Boise y una prisión federal en Detroit, Michigan, conllevaba muchas crueldades. En primer lugar, los detenidos no gozaban de las debidas garantías procesales. Las autoridades no hacían distinciones entre manifestantes violentos y no violentos, y consideraban que la mera pertenencia a un sindicato justificaba la represión masiva. Una vez dentro, los presos sufrieron muchas incomodidades, incluidos

⁵⁸ Thomas A. Hickey, *The Stoiy of the Bull Pen at Wardner, Idaho* (Nueva York: New York Labor News Company, 1900), 6.

⁵⁹ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 86-87.

⁶⁰ J. Anthony Lukas, *Big Trouble: A Murder in a Small Western Town Sets off A Struggle for the Soul of America* (Nueva York: Touchstone, 1998), 104.

⁶¹ "Arrestándolos a todos", 1.

⁶² Citado en Katherine G. Aiken, *Idaho's Bunker Hill: The Rise and Fall of a Great Mining Company, 1885-1981* (Norman: University of Oklahoma Press, 2005), 13.

prolongados periodos de tristeza y aburrimiento y, lo que es más preocupante, constantes interacciones con guardias malhumorados. El intenso calor del verano llevó a un observador a informar de que los prisioneros parecían "una masa sofocante de humanidad".⁶³ Naturalmente, los espacios hacinados e inmundos producían tensiones generalizadas, y los reclusos se quejaban de sus circunstancias. En palabras de uno de ellos: "Me han encerrado en una pequeña celda sin ventilación y con poca luz, salvo la que entra por los barrotes".⁶⁴ Algunos se ensañaron con sus compañeros y hubo al menos un apuñalamiento. Estuvo a punto de producirse un motín en las instalaciones de Wallace cuando llegó el agente de Pinkerton Charles Siringo para identificar a uno de los detenidos.⁶⁵ Durante todo el proceso, Heyburn, el abogado de confianza del MOA, se mantuvo inflexible en que los hombres soportaran esta pena a largo plazo.⁶⁶ Tales historias de angustia no hicieron mella en hombres como él. Los intransigentes miembros del MOA querían claramente que los partidarios del sindicato experimentaran el trauma de largos periodos de cautiverio.

Aunque la detención masiva permitió a la patronal importar rompehuelgas y reanudar las operaciones, no consiguió rehabilitar a las víctimas encarceladas de la forma que las autoridades deseaban. El proceso de encarcelamiento no convenció de algún modo a los sindicalistas para que miraran hacia dentro y contemplaran sus propios defectos morales; las experiencias traumáticas, en otras palabras, no les persuadieron para que se convirtieran en hombres de empresa. Por el contrario, muchos siguieron teniendo conciencia de clase, estaban amargados y tenían claro el origen de sus problemas. Un detenido en Wardner, Daniel McEachern, escribió al abogado del sindicato y culpó de la miseria colectiva a los propietarios de las minas, informando de que habían desatado una "lluvia [szc] de terror" en la región.⁶⁷ Sin embargo, víctimas como McEachern comprendieron que la patronal no podía actuar sola, y muchos estaban decididos a continuar su lucha. Peter Breen, un dirigente sindical, lo explicaba claramente con bravuconadas e ilusiones: "¡El Tío Sam está contra nosotros, pero le derrotaremos y destruiremos!".⁶⁸ Estas experiencias transformaron al menos a algunos dirigentes sindicales relativamente moderados en cuasi-revolucionarios bastante confiados.

⁶³ Citado en Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 89.

⁶⁴ Citado en Smith, *The Coeur d'Alene Mining War of 1892*, 87.

⁶⁵ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 89.

⁶⁶ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 97.

⁶⁷ Citado en Melvyn Dubofsky, "James H. Hawley and the Origins of the Haywood Case", *The Pacific Northwest Quarterly* 58 (enero de 1967): 25.

⁶⁸ Citado en "Treason in the Air", *Idaho Semi-Weekly World*, 5 de agosto de 1892, 1.



Weldon Heyburn en 1910. El secretario de la Asociación Protectora de Propietarios de Minas de Coeur d' Alenes ayudó a coordinar la campaña de arrestos masivos de miembros del sindicato en 1892. Heyburn siguió sirviendo a los intereses empresariales como senador de EE.UU. de 1903 a 1912. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección George Grantham Bain, LC-DIG-ggbain-17013)

Mientras tanto, las tropas armadas y diversas fuerzas del orden dirigidas por Curtis y Sims siguieron haciendo la vida imposible a la mayoría. A mediados de agosto, Curtis exigió el cierre temporal de las minas Tiger y Poorman de Burke, propiedad de Patrick (Patsey) Clark, para sustituir a los miembros del sindicato por no sindicalistas. Clark era uno de los miembros más moderados del MOA, ya que no se oponía a negociar con miembros del sindicato ni a pagar la tarifa de 3,50 dólares al día. Curtis —respaldado por los más fervientes luchadores sindicales del MOA— no toleraba la presencia persistente de sindicalistas libres y exigía que la mina cerrara temporalmente sus operaciones para contratar y formar a un nuevo grupo de hombres libres de influencias sindicales. Por la misma época, los no sindicalistas supuestamente asesinados durante la infame "masacre" de la misión fueron, en palabras del socialista Job Harriman, "agrupados y puestos a trabajar de nuevo en la mina Bunker Hill & Sullivan".⁶⁹ El proceso de eliminación del sindicato y de entrega de esquirols en varios lugares de trabajo se había completado en gran medida a principios de septiembre, marcando lo que parecía ser la introducción de una nueva era de relaciones industriales libres de "dictados" sindicales.⁷⁰

Un número considerable de mineros seguía bajo algún tipo de detención a finales de 1892. Muchos permanecían en la cárcel del condado de Ada, en Boise, mientras que

⁶⁹ Harriman, *La guerra de clases en Idaho*, 9.

⁷⁰ Smith, *La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892*, 93.

otros miembros de la dirección del sindicato estaban a miles de kilómetros, languideciendo en la prisión federal de Detroit. Unos cuantos estaban a la espera de juicio. Mientras tanto, los miembros de la Liga de la Ley y el Orden afiliados al MOA, en colaboración con el sheriff no electo Sims, seguían vigilando las ciudades de la región.⁷¹ Las calles de la zona estaban en gran parte tranquilas, pero las apariencias externas de tranquilidad enmascaraban una atmósfera subyacente de malestar y temor. Los presos y sus seres queridos reconocían que las autoridades seguían obsesionadas con el castigo. El preso Daniel McEachern tenía razón: la comunidad había soportado el terror a manos de una coalición estrechamente organizada y disciplinada de empresarios, jueces, defensores de la "ley y el orden" y rompehuelgas.

Sin embargo, la huelga dañó la imagen que los propietarios de las minas habían tratado de cultivar durante mucho tiempo; como portavoces regionales, seguían preocupados por la forma en que los disturbios laborales estigmatizaban a su comunidad, temerosos de que las imágenes destructivas de bullicio laboral y violencia en los piquetes disuadieran futuras inversiones. Esto tuvo graves consecuencias económicas. "Los capitalistas que contemplaban invertir en minas en Idaho se han debilitado", se quejaba un reportero de un periódico de Idaho en agosto de 1892. La razón de esta ralentización de la inversión era obvia: "Se imaginan que la anarquía es susceptible de desatarse y provocar disturbios en cualquier parte del Estado." A pesar de la impresionante represión desatada por tropas y guardias privados, los forasteros aparentemente seguían siendo escépticos sobre la viabilidad a largo plazo de la región como centro de inversiones. Es de suponer que los manifestantes asustaron a los hombres de negocios, haciéndoles cancelar sus visitas porque no estaban dispuestos a invertir "en un Estado donde la anarquía armada y organizada acecha en el extranjero, robando, destruyendo propiedades y asesinando a aquellos cuyo mayor crimen es ganarse el pan con el sudor de su frente". Sin embargo, el periodista veía cualidades redentoras en las posturas ostensiblemente valientes adoptadas por los no sindicalistas, aquellos "que no son miembros de una organización". Se trataba de una enérgica defensa de la "libertad de trabajo" y del principio de la tienda abierta, que insistía en que, si bien el trabajador tenía derecho a renunciar, "traspasa los límites del derecho cuando trata de impedir, mediante métodos violentos o amenazas, que cualquier otro hombre trabaje." Los derechos de los no sindicalistas durante las huelgas eran, sostenía el autor, profundamente patrióticos: "Este es el principio fundacional de este gobierno".⁷² Para los propietarios de las minas y sus portavoces de prensa, el derecho incondicional de los empresarios a contratar y despedir a voluntad, así como el derecho absoluto de los solicitantes de empleo a buscar trabajo sin estar afiliados a un sindicato, eran principios virtuosos, sancionados por el Estado, que merecían un apoyo generalizado.

⁷¹ Smith, La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892, 115.

⁷² "Results of Lawlessness", Idaho Semi-Weekly World, 5 de agosto de 1892, 1.

Estas poderosas influencias creían que el estado debía disciplinar a los transgresores de "los principios fundacionales de este gobierno". En la práctica, esto significaba juicios sin jurado, que en primer lugar fueron oídos por el notoriamente antisindical juez Beatty. Llegó a la conclusión de que todos los actos de violencia e intimidación, incluido el ataque a la mina y el molino de Helena y Frisco, así como la toma del concentrador de Bunker Hill y Sullivan en julio, habían sido causados por activistas sindicales irresponsables. Aunque se desestimaron los casos contra doce acusados, trece fueron declarados culpables por su participación en la violencia y el sabotaje. Cumplieron sus días encerrados en una instalación más tradicional que los toriles, la cárcel del condado de Ada, en Boise. Esta fue sólo la primera etapa de los esfuerzos de intimidación del gobierno. Beatty solicitó la intervención del Tribunal de Circuito de Estados Unidos, y un gran jurado federal presentó nuevos cargos contra miembros del sindicato por violar la orden judicial conseguida por la Bunker Hill and Sullivan Company. Más de ochenta acusados fueron procesados por conspiración, entre ellos activistas sindicales y su abogado. Ese número se redujo posteriormente a catorce. El resultado del juicio de dos semanas, ante un jurado compuesto en su mayoría por granjeros del condado de Latah, fue variado: diez fueron declarados inocentes y cuatro —George Pettibone, Mike L. Devine, Charles St. Clair y John Murphy— fueron declarados responsables de violar la ley.

En respuesta, el equipo de defensa del sindicato, dirigido por James H. Hawley, presentó una apelación, que el Tribunal Supremo de EE.UU. decidió escuchar. En marzo de 1893, el más alto tribunal del país se pronunció sobre la legalidad de los arrestos masivos y dictaminó, sorprendentemente, que las autoridades se habían extralimitado. La decisión en el *caso George A. Pettibone y otros contra Estados Unidos*, cuyo autor fue el Presidente del Tribunal Supremo Melville W. Fuller, fue una rara victoria sindical, ya que liberó a los hombres encarcelados y proclamó que el gobierno federal no tenía jurisdicción sobre los delitos estatales.⁷³ La sentencia supuso un duro golpe para Beatty, Heyburn, Hammond, Esler y toda la fraternidad de la clase dirigente de la región.

No fue la única victoria sindical. Irónicamente, el más firme antisindicalista de la zona, Esler, decidió volver a contratar a sindicalistas tras el conflicto. Dada la escasez de mano de obra en la región, se vio obligado a transigir.⁷⁴ Y lo que es más importante, las prolongadas estancias en prisión de los mineros les proporcionaron útiles oportunidades organizativas. Los hombres atrapados intercambiaron ideas entre sí, lo que dio lugar a redes de solidaridad más sólidas y a un aumento general de la confianza.⁷⁵ Al reunir a estos hombres, los atormentadores habían creado

⁷³ Smith, La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892, 97-101.

⁷⁴ Smith, La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892, 93.

⁷⁵ Las autoridades de otros contextos también temían que el hacinamiento pudiera desencadenar expresiones de resistencia. En su estudio sobre los campos de refugiados esclavos de la Guerra Civil, Amy Murrell Taylor señala cómo los observadores se preocupaban por "el problema espacial de la aglomeración",

inadvertidamente las condiciones propicias para una serie de debates sobre respuestas eficaces a futuras erupciones de actos de terrorismo generados por la patronal. Los presos hablaron largo y tendido sobre las causas de su miseria y las posibles estrategias de represalia que podrían adoptar tras su puesta en libertad. Cabe imaginar que los guardias observaban con considerable preocupación la facilidad con que los reclusos descontentos conspiraban entre sí.⁷⁶ En 1893, enfadados por estas detenciones masivas y la crueldad general del MOA, una coalición de mineros del oeste, incluidos muchos antiguos presos del norte de Idaho, se reunieron en Butte, donde crearon la Federación Occidental de Mineros (WFM), una de las organizaciones sindicales más combativas del país. James H. Hawley, uno de los abogados de los mineros encarcelados, había animado a los hombres a formar dicho sindicato.⁷⁷

Aunque los partidarios del sindicato tenían motivos para celebrar tras los enfrentamientos de 1892, los empresarios se enfrentaban a una serie de retos laborales, políticos y económicos. En primer lugar, los miembros del MOA probablemente se sintieron decepcionados porque todas las minas, excepto las enormes Bunker Hill y Sullivan, empleaban a un gran número de miembros del sindicato. Los grandes acontecimientos económicos y políticos fuera del norte de Idaho representaron decepciones adicionales. El Partido Populista, favorable a los trabajadores y establecido formalmente en 1891, se extendió a muchas regiones occidentales, incluido el norte de Idaho, donde los amargados activistas agrícolas y obreros acudieron en masa a la organización. Mientras tanto, una gran depresión perjudicó a la *minería* de la plata, y muchos propietarios de minas expresaron su decepción por la elección del presidente demócrata Grover Cleveland, ya que parecía menos defensor de sus intereses que su predecesor. Mientras tanto, los organizadores de la WFM, rebosantes de pasión, se desplegaron por todo el Oeste, reclutaron miembros, plantearon demandas a los empresarios y organizaron huelgas. En 1894, los sindicalistas consiguieron una victoria especialmente crucial en Cripple Creek, Colorado, donde impidieron que los empresarios recortaran los salarios, aumentaran las horas de trabajo o introdujeran condiciones de tienda abierta.⁷⁸

La constelación de fuerzas políticas y económicas —una depresión perjudicial, la elección de Cleveland, el crecimiento del Partido Populista a nivel local y nacional, y la

que, según temían algunos, daba lugar a actividades de "planificación, conspiración y creación de alianzas". Amy Murrell Taylor, *Libertad asediada: Journey through the Civil War's Slave Refugee Camps* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2018), 77.

⁷⁶ Grover, *Debaters and Dynamiters*, 18; John H. M. Laslett, *Labor and the Left: A Study of Socialist and Radical Influences in the American Labor Movement, 1881-1924* (Nueva York: Basic Books, 1970), 241-286; y Robert William Henry, "Ed Boyce: The Curious Evolution of an American Radical" (tesis de maestría, Universidad de Montana, 1993).

⁷⁷ Melvyn Dubofsky, *We Shall Be All: A History of the IWW, the Industrial Workers of the World* (Nueva York: Quadrangle/The New York Times Book Co., 1969), 34.

⁷⁸ Elizabeth Jameson, *Todo lo que brilla: Class, Conflict and Community in Cripple Creek* (Urbana: University of Illinois Press, 1998), 6, 63.

aparición de una WFM segura de sí misma y combativa— no impidió que los opositores sindicales se organizaran ni les hizo pensar de forma diferente sobre sus métodos de gestión. La Bunker Hill and Sullivan Company fue una empresa especialmente obstinada. Sin embargo, algunos viejos guerreros siguieron adelante, incluido Hammond. Este rico y ambicioso inversor abandonó Estados Unidos para concentrarse en las minas de oro de Sudáfrica. La dirección pasó a manos de Nathaniel H. Harris, un veterano de la Confederación condecorado y con experiencia en combate directo. Durante la Guerra de Secesión, organizó una compañía de milicianos en Mississippi y participó en una serie de extraordinarios enfrentamientos en Virginia, donde presencié "cómo se derribaba a un hombre tras otro".⁷⁹ El general de brigada confederado estudió Derecho tras la guerra y se convirtió en inversor ferroviario; dirigió la Mississippi Valley Railroad Company, que estableció una línea que conectaba Memphis con Nueva Orleans. Con acceso a grandes sumas de dinero, Harris viajaba con frecuencia a Europa. En Dresde, Alemania, Hammond conoció a Harris y a su sobrina, Natalie, con quien Hammond se casó más tarde. Dadas las conexiones familiares y las experiencias de Harris como combatiente y hombre de negocios, su nombramiento como máximo responsable en un lugar de trabajo a menudo volátil tenía mucho sentido.⁸⁰

A escala nacional, el conflicto de clases iba en aumento. La depresión de 1893 golpeó con especial dureza a los trabajadores, y muchos seguían irritados por los excesos de riqueza en la cúspide de la sociedad mientras las familias luchaban por conseguir comida y techo. En 1894, el boicot y la huelga de Pullman, liderados por el Sindicato Ferroviario Americano, movilizaron con éxito a unas 250.000 personas, deteniendo el tráfico ferroviario en 27 estados. El presidente Cleveland, siguiendo las prácticas establecidas por los republicanos Hayes y Harrison en 1877 y 1892 respectivamente, envió tropas federales para detener la huelga. En Chicago, mataron a treinta personas, hirieron a docenas más y arrestaron a los líderes. Una de las víctimas de Cleveland, el líder huelguista Eugene Debs, pasó seis meses encerrado en la cárcel del condado de McHenry, en Woodstock, Illinois, por liderar y promover el paro. Al igual que los presos de Coeur d'Alene, Debs aprovechó al máximo su experiencia de encarcelamiento. Leyó a Karl Marx, lo que le ayudó a comprender mejor las diversas formas en que las divisiones de clase, las fluctuaciones económicas y las estrechas relaciones entre las empresas y el Estado plagaban las sociedades capitalistas. Pero, lo que es más importante, su creciente conciencia política y de clase fue el resultado de sus experiencias prácticas durante los enfrentamientos directos, en los que fue testigo del poder de la solidaridad, las prácticas explotadoras de los empresarios y el siniestro

⁷⁹ General Nathaniel H. Harris, *Movimientos del Ejército Confederado en Virginia: From the Diary of General Nat H Harris: And the Part Taken Therein by the Nineteenth, Mississippi Regiment* (Duncansby, MS: Capt. W. M. Harris, 1901), 29. Véase también Clement Anselm Evans, *Confederate Military History: A Library of Confederate States History*, Volumen 7 (Atlanta: Confederate Publishing Company, 1899), 259.

⁸⁰ Van Onselen, *The Cowboy Capitalist*, 62, 94.

papel de las fuerzas del Estado. Las repetidas intervenciones de las tropas federales, desencadenadas por ambos partidos políticos, acabaron por enseñarle, al igual que a un número creciente de otras víctimas del terrorismo, que los diversos asalariados de la nación tenían que actuar por su cuenta.⁸¹

Ronda 2

Los propietarios y gerentes de las minas respondieron a una segunda oleada de organización de formas que reflejaban sus anteriores acciones combativas. Como antes, recibieron ayuda de los agentes estatales y las fuerzas armadas, incluidos funcionarios del gobierno y tropas federales, así como de los creadores de opinión de la prensa. Volvieron a mostrar un desprecio colectivo por los intereses democráticos y los derechos constitucionales de la mayoría, en su mayoría trabajadores que se ganaban la vida en las minas. Como en los sucesos de 1892, en 1899 las autoridades destituyeron al sheriff del condado de Shoshone, elegido por el pueblo, y lo sustituyeron por alguien más afín a los intereses de los propietarios de las minas. Y al igual que el enfrentamiento anterior, el conflicto de 1899 generó noticias nacionales. Como antes, las autoridades estatales, jaleadas con entusiasmo por la comunidad empresarial, arrojaron a cientos de miembros del sindicato a corrales insalubres y hacinados que parecían aún más notorios que los primeros. El encarcelamiento masivo siguió siendo el rasgo definitorio del terrorismo en el norte de Idaho.

En el tiempo transcurrido entre estos dos conflictos, los miembros del sindicato siguieron solidarizándose entre sí al tiempo que demostraban niveles cada vez mayores de militancia y radicalismo político. Muchos seguían guardando rencor por los traumáticos sucesos de 1892. Antes de analizar los dramáticos sucesos de 1899, debemos reconocer acontecimientos anteriores, como las expresiones de combatividad obrera de 1894. En ese año, los sindicalistas organizaron una huelga contra la Bunker Hill and Sullivan Company, acosaron a los hombres de la empresa e incluso asesinaron a sus oponentes. En un caso especialmente extraordinario, unos enmascarados mataron a John Kneebone por haber testificado contra los activistas obreros.⁸²

La WFM no pudo conseguir todo lo que quería, incluido el reconocimiento en la empresa Bunker Hill and Sullivan, notoriamente antisindical. Su dirección despedía regularmente a simpatizantes sindicales y exigía que los empleados firmaran "contratos de perro amarillo", en los que se especificaba su negativa a afiliarse al sindicato. En 1893, Frederick Bradley, un ingeniero con estudios universitarios, empezó a dirigir las operaciones de la empresa en el norte de Idaho, mientras Harris supervisaba los avances desde la comodidad de su oficina de San Francisco. Bradley, que compartía el

⁸¹ Nick Salvatore, Eugene V Debs: Citizen and Socialist (Urbana: University of Illinois Press, 1982), 150.

⁸² "Cold-Blooded Murder", The Ketchum Keystone, 7 de julio de 1894, 3; y "The Gem Murder", The Helena Independent, 13 de julio de 1894, 8.

estilo de gestión de confrontación de Hammond, obligó a los trabajadores a firmar estos contratos a pesar de que la ley estatal prohibía esta práctica de gestión. Bradley permaneció imperturbable, presumiblemente seguro de que contaba con el respaldo de las altas esferas, incluidas las de Washington D.C. En respuesta a la matanza de Kneebone, el presidente Cleveland envió tropas federales a la región, donde permanecieron un par de meses. Mientras tanto, Bradley presionó con éxito al gobernador de Idaho, William J. McConnell, para que estableciera dos unidades de la Guardia Nacional, que fueron ocupadas por hombres leales de la compañía.⁸³

Al mismo tiempo, estos esfuerzos pusieron de manifiesto la vulnerabilidad de Bradley como gestor; se vio obligado a reconocer la popularidad duradera de los sindicatos y las limitaciones de su propia autoridad. Además, es probable que se sintiera desanimado por lo que debía parecer un entorno político abrumadoramente desfavorable, en el que los votantes habían elegido a quince miembros del Partido Populista para la legislatura estatal. Además, en 1894 casi todos los cargos del condado de Shoshone estaban ocupados por populistas: "el único bastión populista de Estados Unidos", protestó ante Harris en noviembre de 1894.⁸⁴ Cabe imaginar la ansiedad y frustración que sentían ambos al observar la evolución del panorama político, definido por sindicalistas inquietos decididos a establecer su influencia y autoridad dentro y fuera de los centros de trabajo.

En este contexto, los líderes sindicales, sintiendo una renovada sensación de poder, exigieron a Bradley que aumentara los salarios a 3,50 dólares diarios para todos los empleados, despidiera a los no sindicalistas e instituyera un taller sindical cerrado. Bradley no estaba dispuesto a sucumbir a lo que llamaba burlescamente "dictados sindicales" y se negó en redondo, optando por cerrar la fábrica de Kellogg a finales de 1894. Al igual que sus predecesores, creía que los fríos meses de invierno obligarían a los mineros a someterse a sus prerrogativas.⁸⁵ En su lucha contra los trabajadores desobedientes en las obras y los populistas en la comunidad, Bradley, respaldado por la mayoría de los empresarios de la comunidad, se mantuvo firme y empleó el lenguaje de la ley y el orden, difamando a los partidarios del sindicato como intrínsecamente anárquicos. Al igual que otros promotores de la "ley y el orden", Bradley era una especie de intolerante, que albergaba un desprecio especial por los irlandeses, a quienes consideraba excepcionalmente propensos a causar problemas.⁸⁶ En el segundo año de su mandato, la operación de Bunker Hill empleaba a 83 trabajadores irlandeses de un total de 332. Estos hombres, creía Bradley, eran los más peligrosos. Estos hombres,

⁸³ Lukas, *Big Trouble*, 108-109.

⁸⁴ Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 9 de noviembre de 1894, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records, Universidad de Idaho, Moscú, Idaho; Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920*, 71; y Aiken, *Idaho's Bunker Hill*, 21.

⁸⁵ Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 23 de noviembre de 1894, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records.

⁸⁶ Van Onselen, *El capitalista vaquero*, 91.

creía, eran la principal fuente de sus problemas.⁸⁷

Buscando ganar apoyo para la ley y el orden y exacerbar las expresiones de nativismo anti-irlandés, Bradley supervisó el establecimiento de una rama de la hiperxenófoba Asociación Protectora Americana (APA) durante el cierre patronal porque, como le dijo a Harris, "lograría mucho bien".⁸⁸ El propósito de este movimiento interclasista de "ley y orden", a diferencia de los anteriores desarrollados por William H. Clagett durante los disturbios de 1892, era abrir una brecha entre los "americanos" y los inmigrantes, especialmente los irlandeses. La imponente presencia de la solidaria APA, creada en 1887 por el ciudadano de Iowa Henry F. Bowers, ofrecía a los trabajadores nacidos en Estados Unidos una elección sencilla: identificarse con su clase o con su nacionalidad.⁸⁹ Al fomentar el crecimiento de esta organización, el abanderado Bradley había empleado esencialmente una anticuada estrategia de divide y vencerás. Tales llamamientos fueron efectivos al menos con algunos de los trabajadores, y en marzo de 1895, se sentía seguro, escribiendo a Harris que los "mejores ciudadanos", los no sindicalistas, formaban parte de una "sociedad secreta para la preservación de la ley y el orden". Para hacer que los no sindicalistas "se sintieran más independientes" al cruzar los intimidantes y peligrosos piquetes, Bradley, leyendo del libro de jugadas de 1892, dispuso que unos 120 de los "mejores ciudadanos" recibieran armas.⁹⁰ La presión ejercida por este grupo nativista de ley y orden, respaldado por un número cada vez mayor de la comunidad empresarial local, condujo finalmente a resultados fructíferos: La Bunker Hill and Sullivan Company reanudó sus operaciones en junio en condiciones de empresa abierta, donde la dirección pagaba a los paleros 2,50 dólares y a los mineros 3 dólares al día, lo que contrastaba con las tarifas de 3 y 3,50 dólares al día que pagaban otros. En ese momento, los miembros de la APA, implicados en lo que Bradley denominó "guardia voluntaria", amenazaron con linchar a cualquiera que obstaculizara las operaciones de la empresa.⁹¹

A pesar de este revés, los sindicatos siguieron siendo una fuerza en la comunidad. Las expresiones interclasistas de lucha sindical llevadas a cabo bajo la bandera de "la ley y el orden" no hicieron nada por alterar la conducta de la relativamente nueva WFM. Sus líderes se expresaban a menudo de forma bastante provocativa. En 1897, el

⁸⁷ Katherine G. Aiken, "It May Be Too Soon to Crow': Bunker Hill and Sullivan Company Efforts to Defeat the Miners' Union, 1890-1900", *Western Historical Quarterly* 24 (agosto de 1993): 317.

⁸⁸ Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 8 de febrero de 1895, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records.

⁸⁹ Para más información sobre la APA, véase John Higham, "The Mind of a Nativist: Henry F. Bowers and the NP.N.f American Quarterly 4 (primavera de 1952): 16-24.

⁹⁰ Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 4 de abril de 1895, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records; y Aiken, "It May Be Too Soon to Crow", 318.

⁹¹ Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 22 de junio de 1895, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records; Aiken, "It May Be Too Soon to Crow' ", 319. Es digno de mención que Bradley considerara aceptables tales amenazas violentas dado que antes había insistido a Harris "en que no se tolerará ningún acto ilegal". Frederick W. Bradley a Nathaniel H. Harris, 8 de marzo de 1895, Bunker Hill and Sullivan Mining Company Records.

presidente de la WFM, Edward Boyce, reconociendo la vileza ostensiblemente implacable del terrorismo patrocinado por el Estado y el capital, e inspirándose en la Constitución de EE.UU., hizo un llamamiento para la creación de múltiples clubes de fusileros de la WFM, con la esperanza de acoger a "25.000 hombres armados en las filas del movimiento obrero".⁹² Los miembros armados, con la esperanza de utilizar eficazmente métodos de intimidación desde abajo, exigieron a sus empleadores que reconocieran a sus sindicatos y trataran a los miembros con respeto. Los que se resistían se enfrentaban a graves consecuencias. Por ejemplo, miembros confiados forzaron a un jefe de la mina Big Standard, Dan Connor, que tenía fama de despedir arbitrariamente, a dejar tanto su trabajo como la región a finales de 1898.⁹³ Sin duda, los activistas obreros de la región se sintieron envalentonados.

Las tensiones de clase alcanzaron su clímax en la primavera de 1899, cuando la dirección de Bunker Hill y Sullivan se negó una vez más a discutir las tarifas salariales con los miembros del sindicato. El 29 de abril, poco después del último desaire, unos secuestradores de Burke, Idaho, tomaron el control de un tren de la Northern Pacific y lo condujeron a la planta de la compañía en Wardner. Allí, una explosión de dinamita destruyó su concentrador de mineral, valorado en unos 250.000 dólares; la detonación arruinó las oficinas de la empresa y provocó la muerte de dos hombres, un sindicalista y un no sindicalista. "El molino quedó reducido a leña", lamentó el secretario del MOA, John A. Finch.⁹⁴ Nadie llegó a identificar a los responsables, aunque algunos creían que esta acción había sido llevada a cabo por simpatizantes sindicales; otros pensaban que era obra de agentes provocadores.⁹⁵ Un portavoz sindical negó rotundamente la responsabilidad. El antiguo maestro obrero general de los Knights of Labor, James R. Sovereign, testificando ante el Congreso en 1901, enfatizó "que la proposición de destruir la fábrica, o realizar otros actos de violencia, nunca fue propuesta en el sindicato, nunca fue discutida en el sindicato del distrito, y nunca fue autorizada, aconsejada o asesorada por los oficiales del sindicato".⁹⁶ En aquel momento, la WFM estaba dirigida por Boyce de Wardner, un veterano de la lucha de 1892 que había sufrido los traumas del encarcelamiento en la cárcel del condado de Ada en Boise. Como antes, los propietarios de las minas, la mayoría de los cuales dirigían sus negocios desde cómodas oficinas fuera del norte de Idaho, recibieron ayuda estatal y federal. El gobernador demócrata Frank Steunenberg, otrora partidario de los

⁹² Citado en Colorado Mine Operators' Association, *Criminal Record of the Western Federation of Miners From Coeur d'Alene to Cripple Creek, 1894-1904* (Colorado Springs: n.p., 1904), 7; y Henry, "Ed Boyce", 17.

⁹³ "Shift-Boss Ordered to Quit the Country," *The Daily Morning Astorian*, 23 de octubre de 1898, 1.

⁹⁴ Citado en "Molly Maguire Tactics in Haywood Case", *Appeal to Reason*, 5 de enero de 1907, 2; y Aiken, *Idaho's Bunker Hill*, 27.

⁹⁵ Peter H. Buckingham, "Red Tom " Hickey: The Uncrowned King of Texas Socialism (College Station: Texas A&M University Press, 2020), 91.

⁹⁶ Citado en *Report of the Industrial Commission on the Relations and Conditions of Capital and Labor Employed in the Mining Industry, Including Testimony, Review of Evidence, and Topical Digest Volume 12* (Washington, DC: Government Printing Office, 1901), 402.

sindicatos, no toleraba las expresiones de combatividad sindical y se posicionó firmemente a favor de las empresas mineras Bunker Hill y Sullivan. De hecho, los adversarios de los trabajadores emplearon las mismas estrategias básicas —imponer la ley marcial y detener y encarcelar en masa a miembros del sindicato— que habían practicado años antes.

De hecho, sus respuestas fueron tan previsibles como extremas. A principios de mayo, el periódico antisindical *Wardner News* informó de que "Los sindicatos de mineros de Coeur d'Alene han batido por fin su récord de crímenes con un atropello tan atroz que todo el país se queda atónito ante el relato de los horribles detalles".⁹⁷ En respuesta a la explosión, el fiscal general de Idaho, S. H. Hayes, declaró la ley marcial. Mientras tanto, las autoridades, con la esperanza de impedir que los mineros abandonaran el condado de Shoshone, bloquearon las salidas e hicieron numerosas detenciones, incluso en las casas y en las propias minas; algunas autoridades llegaron a impedir que los mineros se cambiaran la ropa de trabajo mojada.⁹⁸ Además de detener a cientos de mineros, las autoridades pusieron bajo arresto al comisario del condado William Boyle y al sheriff James D. Young, con el agravante de que estos dos hombres eran abiertamente pro-sindicato.⁹⁹ Tras la declaración de la ley marcial, las tropas federales, enviadas por el presidente William McKinley y actuando bajo las órdenes de Steunenberg, tomaron la audaz medida de encarcelar a los mineros en toriles. Desde la perspectiva de los partidarios de los trabajadores, esta campaña generalizada constituyó otra dura reacción exagerada. Thomas Hickey explicó que "cualquier hombre, independientemente de su posición, que expresara simpatía por los mineros, aunque fuera en una conversación en la acera, era encerrado al instante".¹⁰⁰

Al igual que antes, estos esfuerzos antisindicales implicaron tanto el enjaulamiento de sindicalistas como la importación de rompehuelgas a la región. Esto requería disciplina organizativa y coordinación entre las autoridades de los sectores público y privado. Steunenberg, el general Henry Merriam y el fiscal general Hayes, haciéndose eco de las posiciones expresadas por Esler y Curtis siete años antes, exigieron a los empresarios que mantuvieran un frente unido y se negaran a emplear a sindicalistas. La determinación de Merriam fue inequívoca:

Preferiría vivir bajo la tiranía de la monarquía rusa que vivir aterrorizado por la chusma que gobierna en Coeur d'Alenes. He intentado en vano descubrir qué motivos impulsan a los hombres a cometer tales actos criminales como los que han manchado la historia de este distrito. Ya que no puedo descubrir las razones, me veo forzado a creer que la única manera de sofocar estos disturbios es con la ayuda de la ley marcial, un poder de un solo

⁹⁷ Citado en Jack Stokes Ballard, *Commander and Builder of Western Forts: The Life and Times of Major General Henry C. Merriam, 1862-1901* (College Station: Texas A&M Press, 2012), 180.

⁹⁸ "Situación en Wardner", *The Anaconda Standard*, 8 de mayo de 1899, 1.

⁹⁹ "Oficiales arrestados", *The Anaconda Standard*, 7 de mayo de 1899, 1.

¹⁰⁰ Hickey, *The Story of the Bull Pen at Wardner*, 17. Sobre la petición de Steunenberg de ayuda a McKinley, véase Ballard, *Commander and Builder of Western Forts*, 180-181.

hombre, donde la pistola se encuentre con la pistola y la dinamita con la dinamita.¹⁰¹

Convencer a los empresarios de que excluyeran a los sindicalistas fue fácil. En una reunión en la oficina de Spokane de los millonarios John A. Finch y Amasa Campbell, los miembros del MOA aceptaron de buen grado la directiva, previendo que un número suficiente de sindicalistas abandonarían su afiliación a la WFM, denunciarían la violencia y reanudarían su trabajo. Como dijo Finch: "Si son buenos hombres, pueden renegar de su lealtad al sindicato y ponerse a trabajar".¹⁰² Los hombres de bien, en opinión de Finch, eran independientes, trabajadores y respetuosos con la ley, reacios a unirse a organizaciones que pretendían dañar la armonía industrial y comunitaria. Según Finch, los hombres de bien rechazaban sin paliativos a los sindicatos, a los que consideraban organizaciones infractoras de la ley responsables de propagar las perturbaciones económicas y el desorden social. Merriam se sentía totalmente cómodo en presencia de miembros del MOA, escribiendo que "Todos los propietarios de minas que he visto aprueban firmemente [la política de negar el empleo a los sindicalistas]".¹⁰³

Sin embargo, sería incorrecto atribuir a Merriam o a los funcionarios estatales todo el mérito de la toma de decisiones de gestión. Las pruebas sugieren que debemos centrarnos primero en los poderosos gestores del sector privado, los que más se jugaban. Los funcionarios de la Standard Oil y los "capitalistas ausentes" en general — los principales propietarios de acciones de la Bunker Hill and Sullivan Company que permanecían alejados de los enfrentamientos diarios— solicitaron inicialmente la intervención de las tropas federales. Este llamamiento se hizo, según una fuente, "desde capitalistas de Chicago y otras ciudades al este del Mississippi". La petición se produjo, según el *Caldwell Tribune*, "antes incluso de que las autoridades estatales pidieran" ayuda.¹⁰⁴ El mismo periódico lo expresó sucintamente: "La administración estatal está bajo contrato con los dueños capitalistas de las minas para destruir la asociación laboral efectiva".¹⁰⁵ Amasa Campbell, que se benefició directamente de las operaciones rompedoras en dos minas, la Standard y la Hecla, informó en julio al inversor Henry Wick, con sede en Chicago, de que "las autoridades estatales nos respaldan y están haciendo un trabajo excelente".¹⁰⁶ Hickey compartía esta valoración, escribiendo que "Los poderes político y económico del capital son inseparables y no están separados".¹⁰⁷

Merriam, jefe de la Vigésimocuarta Infantería, una coalición de tropas federales recién llegadas —incluidos muchos afroamericanos— de la guerra de Cuba, desempeñó un papel fundamental en el proceso de arresto y encarcelamiento. Tras haber servido

¹⁰¹ "Gathering in the Rioters", Idaho Daily Statesman, 6 de mayo de 1899, 5.

¹⁰² Citado en "Cannot Employ Union Men", Idaho Daily Statesman, 8 de mayo de 1899, 1.

¹⁰³ Citado en Ballard, *Commander and Builder of Western Forts*, 185.

¹⁰⁴ "Coeur D'Alenes", The Caldwell Tribune, 7 de abril de 1900, 1.

¹⁰⁵ "Where, Oh Where", The Caldwell Tribune, 22 de julio de 1899, 2.

¹⁰⁶ A. B. Campbell a Henry Wick, 14 de julio de 1899, Folder 84, Box 1, A. B. Campbell Papers, Eastern Washington State Historical Society, Spokane, Washington.

¹⁰⁷ Hickey, *The Story of the Bull Pen at Wardner, Idaho*, 22.

como teniente coronel de un regimiento negro durante la Guerra Civil, Merriam, de sesenta y dos años, tenía mucha experiencia dirigiendo a soldados afroamericanos, aunque su papel en el condado de Shoshone no tenía nada en común con las luchas emancipadoras protagonizadas por antiguos esclavos décadas antes. Con la esperanza de evitar la confraternización entre soldados y manifestantes, Merriam, reconociendo los beneficios administrativos del racismo, enfrentó a soldados afroamericanos contra inmigrantes, en su mayoría blancos. El racismo traspasaba las líneas de clase, por supuesto, y muchos mineros blancos expresaron su repulsa por la presencia de estas tropas, encargadas de detener a los hombres e impedir las fugas. Con determinación depredadora, los portadores de bayonetas lanzaron amplias campañas de arrestos masivos con el objetivo de enjaular a los mineros, a los líderes del Partido Populista y a sus partidarios. Existe cierta controversia sobre el número total de arrestos durante esta ronda. En el extremo conservador, el número rondó las 700; otros creen que las autoridades arrestaron hasta 1.600.¹⁰⁸

Cualquiera que fuera el número exacto, estos corrales, los alojamientos temporales de los prisioneros, recibieron más atención nacional que las instalaciones de encarcelamiento anteriores. Cualquier observador sobrio estaría de acuerdo en que las condiciones de los almacenes, cabañas y vagones de carga reconvertidos eran espantosas. Los reclusos, en su mayoría inmigrantes de Finlandia, Irlanda, Italia y Suecia, estaban rodeados de suciedad, sufrían goteras en los tejados y eran víctimas repetidas de guardias abusivos. Además, durante días sólo se les alimentó con pan y agua.¹⁰⁹ Durante su estancia, los "inquisidores" exigieron a los presos, que no tenían acceso a abogados, que identificaran a los principales manifestantes. Un minero informó más tarde de que las condiciones eran "muy duras; extremadamente duras".¹¹⁰ La coerción seguía siendo una característica central, y en una reunión del comité de la Cámara de Representantes en 1900 se escucharon testimonios de episodios espeluznantes: "Los hombres comían del suelo y la comida era mala. Prácticamente no había instalaciones sanitarias".¹¹¹ Hickey se refirió a las circunstancias de forma igualmente crítica, sosteniendo en 1900 que las instalaciones parecían "los corrales de Chicago", y que muchos internos enfermaron: "Sufrían una terrible agonía a causa de almorranas, disentería y enfermedades similares. Tumbados en el suelo como ovejas, sin aseo de ningún tipo, se produjeron los incidentes más repugnantes que la decencia me obliga a omitir."¹¹² Otros relatos pro-obreros hicieron observaciones similares,

¹⁰⁸ Ballard, comandante y constructor de fuertes occidentales, 182.

¹⁰⁹ Stanley S. Phipps, *From Bull Pen to Bargaining Table*, 26. Sobre el origen étnico de los internos, véase Mark Wyman, *Hard Rock Epic: Western Miners and the Industrial Revolution, 1860— 1910* (Berkeley: University of California Press, 1979), 47.

¹¹⁰ "Testimony of Mr. Daniel N. Gillen", *Report of the Industrial Commission on the Relations and Conditions of Capital and Labor Employed in the Mining Industry 12* (Washington, DC: Government Printing Office, 1901), 422.

¹¹¹ "Life in the Bull Pen", *Little Falls Weekly Transcript*, 27 de febrero de 1900, 4.

¹¹² Hickey, *The Story of the Bull Pen at Wardner, Idaho*, 13.

destacando las insoportables condiciones y las múltiples quejas de los reclusos. "La brutalidad", según un informe *del Machinists Monthly Journal*, "supera lo imaginable".¹¹³

Las interacciones con los guardias eran generalmente antagónicas. A un prisionero que pidió agua, un capataz gruñón le dijo que "mantuviera la boca cerrada o le dispararían a la cabeza".¹¹⁴ Una fuente pro-sindical recordó a los lectores que las autoridades orquestaron tal brutalidad en lo que se suponía que era un país libre: "Eso sí, esto ocurrió en Idaho el verano pasado, no en España en la Edad Media y los días de la Inquisición".¹¹⁵ La situación era, según otro relato, tan "mala como Siberia".¹¹⁶ Las experiencias de claustrofobia mientras estaban rodeados de excesiva suciedad y guardias malhumorados marcaron profundamente a los reclusos, provocándoles intensos trastornos psicológicos y signos manifiestos de incapacidad física. Un periódico de Kansas informó "de que muchos de los hombres se están convirtiendo en maníacos delirantes, y muchos otros están reducidos a esqueletos y quebrantados de salud."¹¹⁷

Consideremos la difícil situación de Mike Devine, un comprometido activista de causas sindicales y socialistas. Al no poder quitarse la ropa mojada después de que las autoridades lo detuvieran, Devine contrajo neumonía casi de inmediato. Mientras su salud se deterioraba rápidamente, Devine pidió ver a su hijo y a su esposa, pero los guardias se lo denegaron. Reconociendo que su muerte se acercaba, Devine solicitó la presencia de un sacerdote católico, petición que los guardias también denegaron. Según el relato de Hickey, esta negativa "enloqueció al moribundo", lo que le motivó a levantarse "sobre un codo" y echar "una última mirada cariñosa a sus siguientes prisioneros, y gritó ¡estos asesinos! ¡Apoyad a la Unión! "Luego se desplomó y murió. Devine fue uno de los tres hombres que murieron mientras estaban encarcelados.¹¹⁸

En el exterior, las mujeres y los niños sufrían las penurias de vivir sin el sostén de la familia y sin compañía. Las despiadadas autoridades impedían a los familiares visitar a sus seres **q u e r i d o s**, lo que causaba un gran dolor. Muchos respondieron al traslado forzoso y a la tortura de sus seres queridos con estallidos "de sollozos".¹¹⁹ Una mujer, la Sra. Goldenstein, se dirigió a Bartlett Sinclair, fiel agente de Steunenberg y uno de los supervisores del sistema de castigo, para visitar a su marido enfermo. Sinclair no mostró ninguna piedad: "Fuera de aquí. He puesto un corral de toros para

¹¹³ "Labor's Bunker Hill in Idaho", *Machinists Monthly Journal* 11 (septiembre de 1899): 596.

¹¹⁴ "The Coeur D'Alene Strike and Riot of 1899", *Reports of the Industrial Commission on the Relations and Conditions of Capital and Labor Employed in the Mining Industry* 12 (Washington, DC, Government Printing Office, 1901), 96.

¹¹⁵ "The Coeur d'Alene", *The Labor World*, 31 de marzo de 1900, 1.

¹¹⁶ "Malo como Siberia", *Bismarck Daily Tribune*, 13 de marzo de 1900, 1.

¹¹⁷ "Labor and Industry", *Kansas Agitator*, 1 de diciembre de 1899, 3.

¹¹⁸ Hickey, *The Stoij of the Bull Pen at Wardner*, 13. El calvario de Devine fue ampliamente difundido. Buckingham, "Red Tom " Hickey, 94.

¹¹⁹ "Más mineros arrestados", *The Anaconda Standard*, 7 de mayo de 1899, 1.

los hombres; pondré un corral de vacas para vosotras, las mujeres".¹²⁰ Sinclair exigía subordinación total, amenazando tanto a hombres como a mujeres por no demostrar suficiente deferencia hacia las autoridades.

Los activistas sindicales y sus aliados denunciaron todo el calvario. J. R. Sovereign, editor de un periódico y líder de los Caballeros del Trabajo, se mostró especialmente sorprendido por las detenciones del comisario y el sheriff del condado. "No hay otro caso desde los oscuros tiempos de antaño en que se haya arrestado y encarcelado a funcionarios civiles por la mera presunción de que pudieran ejercer las funciones de sus respectivos cargos desagradando al gobierno arbitrario de reyes y potentados", escribió Sovereign.¹²¹ El comentario de Sovereign ilustra su desilusión por verse obligado a aceptar una realidad política que contrasta fuertemente con los valores constitucionales declarados de la nación. Observadores como Sovereign comprendieron que estos matones aparentemente irresponsables temían tanto el lenguaje que inspiraba al movimiento obrero como los casos de violencia real.

Los sindicalistas y sus representantes electos no fueron las únicas figuras obligadas a soportar las múltiples penurias de los encierros. La coalición de fuerzas antisindicales, intolerante con la publicidad negativa, reprimió duramente a las fuentes de noticias favorables a los trabajadores. El editor del *Mullan Mirror*, Wilbur Stewart, una figura simpatizante de los sindicalistas, fue secuestrado y encarcelado por los soldados en junio. Stewart había descrito de forma periodística las condiciones excesivamente desagradables del corral de toros, lo que llevó a Merriam a ordenar a las tropas que detuvieran a Stewart y confiscaran toda su imprenta. Las autoridades se hicieron cargo de su periódico, lo que le causó una considerable angustia emocional y financiera. Steunenberg explicó que ésta, y otras acciones brutales, constituían "un medio necesario para suprimir la insurrección que ahora existía en el condado de Shoshone".¹²² Una figura de autoridad no identificada explicó a Stewart que podía reanudar la publicación de su periódico siempre que su contenido estuviera "del lado de la ley y el orden."¹²³ Finalmente, Stewart fue puesto en libertad sin cargos. Todo este calvario demostró que las autoridades, decididas a controlar la narrativa, encontraban valor en la represión violenta de la información.¹²⁴

Algunos reporteros de prensa, a diferencia de Stewart, ofrecieron a los propietarios de las minas y a las tropas una cobertura favorable, omitiendo detalles de las características más desagradables de los corrales de toros. Estos informes se centraban principalmente en los actos delictivos de los manifestantes, al tiempo que afirmaban que los reclusos vivían en condiciones razonablemente buenas. Por ejemplo, un

¹²⁰ Citado en Hickey, *The Story of the Bull Pen at Wardner*, 16.

¹²¹ May Arkwright Hutton, *The Coeur d'Alenes* (Denver: The APP Engraving and Printing Company, 1900), 167.

¹²² Citado en "Seeking to Drive Men From Idaho", *The San Francisco Call*, 28 de junio de 1899, 1.

¹²³ Citado en "Idaho Mining Riots", *The Indianapolis Journal*, 2 de marzo de 1900, 5.

¹²⁴ Harriman, *La guerra de clases en Idaho*, 25

reportero *del Idaho Daily Statesman* ofrecía un retrato bastante halagüeño: "Hay estufas a intervalos, lo que hace que el lugar sea cómodo en estas frías noches. Se suministran cantidades de periódicos y revistas, y todos los que lo desean tienen la oportunidad de leer". Según esta fuente, los reclusos disfrutaban de ropa de cama cómoda y tenían la oportunidad de hacer ejercicio.¹²⁵ Presumiblemente, los reclusos tenían todo lo que necesitaban y más: acceso a comida, calor, estimulación intelectual y espacios para mantenerse en forma físicamente. Esta fuente no menciona en ningún momento las molestias físicas y las enfermedades de los reclusos, ni sus persistentes sentimientos de aburrimiento, nerviosismo, impotencia e ira. El contraste entre la narración de esta fuente y la prensa laboral es notable. Esta última describía la sensación colectiva de vulnerabilidad de los reclusos, así como sus cuerpos dañados y sus mentes preocupadas; el *Daily Statesman* proclamaba que los reclusos disfrutaban de comodidades normales, incluso hogareñas. Las descripciones *del Daily Statesman* eran totalmente incoherentes con otras, lo que nos insta a cuestionar la veracidad de estas narraciones absurdamente soleadas. De hecho, cabe concluir que *el redactor del Daily Statesman* había dado cobertura a los diseñadores de una despiadada campaña de venganza, aunque no está claro si los lectores aceptaron estos relatos al pie de la letra.

Sea como fuere, ni los propietarios de las minas ni el gobierno se arrepintieron. Steunenberg expresó su satisfacción por esta campaña de captura y encarcelamiento, creyendo que el encarcelamiento era necesario porque "no creía que fuera seguro para ellos tener su libertad".¹²⁶ Podemos suponer que Steunenberg no tenía ningún interés en el bienestar de los encarcelados, a pesar de que muchos, tras haberle votado tres años antes, fueron en su día partidarios suyos. Sus acciones demuestran que estaba considerablemente más preocupado por la seguridad y los intereses de gestión a largo plazo de los propietarios de las minas, los miembros económicamente más privilegiados de la región. El hecho de que Steunenberg, demócrata populista, se pusiera tan visiblemente del lado de hombres xenófobos y antisindicales como Bradley, en detrimento de las clases trabajadoras étnicamente diversas que en su día le habían apoyado, ilustra la durabilidad y la casi intemporalidad de la unidad entre el Estado y las empresas durante los conflictos laborales, independientemente de la afiliación política del residente de la Cámara de Representantes.

Mientras tanto, los empresarios y sus agentes buscaron agresivamente "hombres buenos" fuera del estado. Copiando sus acciones de la disputa de 1892, enviaron reclutadores a regiones de California, Colorado, Michigan y Missouri, con la esperanza de convencer a suficientes no sindicalistas para que viajaran y trabajaran en esta remota y aislada región. Muchos viajaron desde el suroeste de Missouri; más de 1.000 solicitantes de empleo abandonaron Joplin, Missouri —una región plagada de complacientes rompehuelgas—, para dirigirse al norte de Idaho, agradecidos por los

¹²⁵ "At the Bull Pen", *Idaho Daily Statesman*, 30 de junio de 1899, 3.

¹²⁶ Citado en Harriman, *The Class War in Idaho*, 24.

aumentos salariales. Los propietarios de las minas pagaban a estos hombres 3,50 dólares al día, bastante más que los 2 dólares diarios que ganaban trabajando en el suroeste de Missouri.¹²⁷ Sin embargo, al menos uno de los propietarios de la mina, Campbell, expresó su decepción con el trabajo realizado por estos rompehuelgas, quejándose a mediados de agosto al accionista Tod Ford de que "Nuestros nuevos hombres no están haciendo el trabajo que deberían y es simplemente imposible sacar el mineral."¹²⁸

Desesperados por restablecer los niveles de productividad anteriores a la huelga, los operarios también recurrieron a la oferta de mano de obra local, pero fueron muy selectivos; buscaban pruebas de que los solicitantes de empleo eran, de hecho, "hombres de bien". Los que buscaban empleo, incluidos los encarcelados, se veían obligados a solicitar permisos al Dr. Hugh France, el atento y leal gerente encargado de asegurarse de que los solicitantes rechazaban firmemente toda forma de activismo laboral. France, que había trabajado directamente para la Bunker Hill and Sullivan Company como médico, había sustituido al Sherriff Young, elegido democráticamente. Hombre de confianza de la empresa, France exigió que todos los solicitantes condenaran explícitamente la violencia laboral con este juramento: "Por la presente expreso mi desaprobación incondicional de dichos actos, y por la presente renuncio y abjuro para siempre de toda lealtad a dicho sindicato de mineros, del que fui miembro, y me comprometo solemnemente a obedecer la ley y a no volver a solicitar la afiliación a ninguna sociedad que fomente o tolere cualquier violación de la ley."¹²⁹ La sociedad tiende a ver a los médicos como individuos bondadosos responsables de administrar cuidados médicos y consuelo a los necesitados, pero esa no era la tarea de France en este contexto. Aquí desempeñó el papel de un disciplinario despiadado, excluyendo a trabajadores por sus creencias políticas y actividades organizativas, al igual que él y los médicos de empresa de otros lugares habían excluido a solicitantes de empleo con discapacidades médicas en otras ocasiones.¹³⁰ Como explicó una fuente pro-sindical tras su muerte una década más tarde, "El dictado de la Asociación de Proprietarios de Minas era ley, y France, como sheriff y Provost marshal, se convirtió en un zar cuyo mandato había que obedecer. El poder era el derecho, y no se conocía la justicia mientras Francia empuñaba el cetro de la autoridad".¹³¹ Los adversarios del trabajo organizado en la región y fuera de ella expresaron su alegría por los resultados. James H. Hawley, el

¹²⁷ Wyman, *Hard Rock Epic*, 54-55; y Jarod Roll, *Poor Man's Fortune: White Working-Class Conservatism in American Metal Mining, 1850-1950* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020), 109.

¹²⁸ A. B. Campbell a Tod Ford, 16 de agosto de 1899, Carpeta 84, Caja 1.423, A. B. Campbell Papers.

¹²⁹ Solicitud de permiso citada en "Labor's Bunker Hill in Idaho", *Machinists Monthly Journal* 11 (septiembre de 1899): 597.

¹³⁰ Para más información sobre las formas en que los médicos actuaban como guardianes del empleo, véase Nate Holdren, *Injury Impoverished: Workplace Accidents, Capitalism, and Law in the Progressive Era* (Cambridge: Cambridge University Press, 2020), 217, 227.

¹³¹ "His Career Has Closed", *The Miners Magazine* 11 (11 de noviembre de 1909): 6.

antiguo abogado laboralista que se había convertido en fiscal antisindical frente a la militancia de la WFM, acogió con satisfacción lo que llamó a principios de agosto "todo un nuevo gobierno para el condado de Shoshone."¹³² Puede que los traidores como Hawley aprobaran en su día la idea de la negociación colectiva pacífica, pero mostraron una tolerancia cero hacia los estallidos de combatividad laboral y las tendencias socialistas que mostraban los miembros de la WFM. Este "gobierno completamente nuevo", impuesto antidemocráticamente desde arriba, prometía dar prioridad a los intereses empresariales por encima de todo. Hawley y otros grandes de la región probablemente quedaron impresionados por el hecho de que la Bunker Hill and Sullivan Company reanudara finalmente la producción con una importante plantilla de unos 800 trabajadores, en su mayoría no sindicados. La Bunker Hill and Sullivan Company no fue el único lugar de trabajo que experimentó profundos cambios. En su correspondencia con el accionista Tod Ford a finales de agosto sobre la transformación de las relaciones laborales de la región, Campbell expresaba un cauto optimismo: "Ha sido una lucha dura y bastante desalentadora, pero me alegra decir que las perspectivas son mejores ahora y que estamos empezando a conseguir una mejor clase de hombres, y creo que podemos ver el principio del fin".¹³³ La victoria estaba clara a finales de otoño. "Los hombres de negocios", según un informe del *Lewiston Teller*, "se expresan como perfectamente encantados con las condiciones presentes y futuras".¹³⁴

Los propietarios de las minas, los inversores y los gerentes tenían la vista puesta en el futuro, con la esperanza de mantener largos periodos de relaciones laborales pacíficas, la clave para lograr la prosperidad económica. Para ello era necesario algo más que la fuerza bruta. ¿Cómo podían disuadir a los trabajadores de afiliarse a la WFM? La respuesta fue crear un sindicato interempresarial, el Sindicato Industrial Wardner. Esta organización estaba, en palabras de uno de sus críticos, abierta a "toda persona que dependa directa o indirectamente de la minería".¹³⁵ Para ser miembro, había que dejar de pensar en términos clasistas o socialistas y, en su lugar, mostrar "lealtad a la bandera y a la ley".¹³⁶ Como era de esperar, Bradley fue el defensor más entusiasta de este "sindicato" e insistió en que todos se unieran a él. Los que se negaban, como explicaba Bradley, "no simpatizaban de corazón con nosotros" y, por tanto, no tenían cabida en la Bunker Hill and Sullivan Company.¹³⁷ Apelando al patriotismo, los organizadores de este "sindicato" trataron de equiparar el sindicalismo de lucha de clases con el anarquismo. Algunos reconocieron la falta de sinceridad de quienes proclamaban que se trataba de un movimiento de base impulsado por sentimientos patrióticos. En palabras de una fuente crítica, los empresarios engañan "al público haciéndole creer que

¹³² James H. Hawley a John Sparks, 1 de agosto de 1899, libro de cartas 25, Archivos Estatales de Idaho, Boise, Idaho.

¹³³ A. B. Campbell a Tod Ford, 23 de agosto de 1899, Folder 84, Box 1, A. B. Campbell Papers.

¹³⁴ "Rioters to Be Set Free," *Lewiston Teller*, 25 de noviembre de 1899, 3.

¹³⁵ Harriman, *La guerra de clases en Idaho*, 30.

¹³⁶ Phipps, *Del corral a la mesa de negociación*, 53.

¹³⁷ Citado en Aiken, *Idaho's Bunker Hill*, 33.

este club político es un sindicato de trabajadores, y también que ellos (los propietarios de las minas), están a favor de los sindicatos, y sólo se oponen al Sindicato de Mineros porque 'está compuesto por criminales'.¹³⁸ La participación directa de Bradley en la creación y supervisión de este "sindicato" —compuesto por auténticos hombres de empresa, así como por aquellos que se unieron a regañadientes por necesidad económica— demostró su verdadera agenda; sus portavoces sugerían que los trabajadores lo creaban y dirigían, aunque los empresarios como Bradley seguían teniendo todas las cartas relacionadas con la contratación, el despido y la gestión general del lugar de trabajo.

Los empresarios sufrieron una serie de reveses en 1892 y 1893, pero triunfaron en 1899. La Bunker Hill and Sullivan Company, así como la mayoría de las minas de la región —beneficiarias del despliegue de brutales tropas federales, de la firmeza de directivos testarudos, de la fidelidad de mineros xenófobos antisindicales y de la presencia de los tristemente célebres bull pens— podían alegrarse de la eliminación temporal de las presiones sindicales y de cualquier oposición política significativa.¹³⁹ A nivel regional, la WFM, como explicó el historiador Mark Wyman, había "sido aplastada".¹⁴⁰ Boyce, presidente de la WFM, reflexionando sobre la economía política de la región dos años después de que las fuerzas antisindicales aterrorizaran metódicamente a los trabajadores hasta la sumisión, comentó que Idaho era el "peor estado plagado de corporaciones de la Unión".¹⁴¹

LOS DESCANSOS LABORALES EN EL NORTE DE IDAHO desencadenaron una serie de brutales movilizaciones protagonizadas por avezados justicieros, obsesivos defensores de la "ley y el orden" y veteranos de la Guerra Civil. Estas combinaciones desencadenaron una secuencia de abusos con los objetivos a largo plazo de abolir las organizaciones sindicales, crear una mano de obra totalmente dócil y productiva, y restablecer la "ley y el orden" mientras ondeaba en alto la bandera estadounidense. En la mayoría de los casos tuvieron éxito y lograron sus objetivos empleando una variedad de métodos de castigo blandos y duros. Los métodos blandos, incluida la imposición de contratos de "perro amarillo" a solicitantes de empleo y empleados, así como la creación de sindicatos de empresa de clase cruzada y ultrapatrióticos, fueron tan útiles para los empresarios como la movilización de soldados federales, tropas estatales y vigilantes. En conjunto, estos acontecimientos ilustran la importancia que tanto los agentes del sector privado como los del público concedían a la protección de los derechos de propiedad y a las normas de gestión capitalistas.

¹³⁸ Harriman, *La guerra de clases en Idaho*, 30.

¹³⁹ T. A. Rockard, *La empresa Bunker Hill: An Account of the History, Development, and Technical Operations of the Bunker Hill & Sullivan Mining & Concentrating Company, at Kellogg, Idaho, U.S.A.* (San Francisco: Mining and Scientific Press, 1921), 134.

¹⁴⁰ Wyman, *Hard Rock Epic*, 220.

¹⁴¹ Citado en Henry, "Ed Boyce", 32.

Estos opositores sindicales merecen crédito por introducir una forma de castigo especialmente severa. Aunque el uso de contratos antisindicales y el recurso a las tropas no eran técnicas originales, su decisión de capturar y encarcelar, en lugar de capturar y desterrar (o matar) a sus adversarios, representó una forma de gestión novedosa y excepcionalmente cruel. Como hemos visto, los prisioneros soportaban abusos físicos y emocionales, como enfermedades, palizas y separación familiar. ¿Por qué surgió aquí este método de castigo? Debemos considerar las limitaciones de otras medidas disciplinarias. Las campañas de expulsión, practicadas por una cohorte anterior de vigilantes en el Oeste, Medio Oeste y Sur, probablemente tenían poco sentido en el norte de Idaho debido a las dificultades de controlar el movimiento de los hombres y mujeres pro-sindicato; las víctimas simplemente habrían regresado para impedir que los rompehuelgas entraran en los lugares de trabajo. Para los adversarios del sindicato, éste era un problema especialmente grave, dada la perdurable presencia de la solidaridad obrera y el ambiente político pro-sindical de la región. El encarcelamiento a gran escala de miembros del sindicato permitió a los coordinadores de los rompehuelgas proteger a los no sindicalistas importados de posibles acosos. En este contexto, los propietarios de las minas, los gerentes y sus partidarios del sector público se encontraban en una posición favorable para difundir el patriotismo, lo que fomentaba las prácticas de unidad entre clases como alternativa necesaria a la solidaridad obrera. Los directores rompehuelgas exigían a los asalariados que prometieran lealtad a la nación mientras daban la espalda a la WFM. Y lo que es más significativo, la presencia de los terribles toriles enviaba un mensaje manifiesto a los buscadores de empleo no sindicados: el apoyo al sindicato acarrearía terribles consecuencias. Desde el interior de las estrechas y rancias instalaciones, los presos, aquejados de numerosos dolores físicos y emocionales, comprendieron que la forma más rápida de conseguir la llave de la libertad era abandonar el sindicato y demostrar así que eran "hombres de bien", inequívocamente fieles tanto a la patria como a sus jefes.

En su mayor parte, los empresarios, tanto locales como de fuera de la región, tomaron estas decisiones punitivas de gestión. Contaron con mucha ayuda, por supuesto, y hay que reconocer el papel esencial que desempeñaron los funcionarios gubernamentales tanto a nivel local como nacional. Durante estos respectivos enfrentamientos, los presidentes Harrison y McKinley —que no eran ajenos a los conflictos militares y de clase— mostraron claramente sus lealtades, desencadenando fuerzas armadas que intimidaron y aterrorizaron a los activistas obreros y sentaron así las bases para el dominio patronal y una mayor expansión capitalista. Estos mismos empresarios contaron con la ayuda de influyentes periodistas, los creadores de la narrativa responsable de estigmatizar a los activistas sindicales como amenazas irredimibles para el bienestar económico y social de la región. Un periódico favorable a los sindicatos se lamentaba en julio de 1899 de que estas despiadadas coaliciones conjuntas público-privadas estaban decididas a "destruir la asociación laboral

efectiva."¹⁴² El ambiente de solidaridad obrera anterior a 1899 había dado paso a sentimientos generalizados de malestar, tristeza e impotencia. Muchos escaparon de esta región envenenada; otros, conmocionados, abandonaron la lucha por completo. Según un informe, "los hombres no se atreven a abrir la boca sobre asuntos políticos por miedo a que su compañera de trabajo sea una pringada de la empresa".¹⁴³ La clase capitalista, al establecer y mantener un clima generalizado de intimidación, había conseguido esencialmente lo que quería: una fuerza laboral derrotada y atemorizada que no estaba dispuesta a desafiar directamente a sus jefes. A finales de año, habían transmitido a los forasteros que el norte de Idaho era totalmente seguro para la inversión. Estos terroristas, tanto en Idaho como en otros lugares, celebraron la derrota de la WFM. "Desde entonces", según una publicación de la Asociación de Operadores Mineros de Colorado, "¡la felicidad y la prosperidad han reinado en los Coeur d'Alenes!".¹⁴⁴ Las víctimas del terrorismo capitalista y estatal obviamente no estarían de acuerdo.

Los propietarios y gerentes de las minas de Colorado lanzaron sus propias batallas despiadadas contra la WFM poco después de que los opositores sindicales del norte de Idaho obtuvieran sus victorias. Antes de examinar sus actividades terroristas, debemos volver al Sur, donde exploraremos la larga historia de secuestros y destierros en Florida. Mientras que los aparentemente desalmados aplastadores de sindicatos del norte de Idaho ayudaron a ser pioneros en la práctica de enjaular a los disidentes en campos de concentración, las élites de Tampa se vieron a sí mismas como las primeras practicantes y promotoras del secuestro y deportación de activistas sindicales. A continuación conoceremos a este grupo de brutales y sigilosos terroristas.

¹⁴² "Where, Oh Where," 2.

¹⁴³ Citado en Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920*, 147.

¹⁴⁴ Asociación de Mineros de Colorado, *Antecedentes penales de la Federación Occidental de Mineros*, 9.

Charper tres

CAPÍTULO CUARTO

La nueva solución

Secuestro Anti-Laboral, el Legado de la Segunda Guerra Seminole, y D. B. McKay

La revista mensual de la Asociación Nacional de Fabricantes, *American Industries*, describió elogiosamente la incursión nocturna contra los activistas sindicales de Tampa en el verano de 1901. El artículo de 1903 relataba cómo un grupo secreto de unos 100 hombres no identificados irrumpió en las casas de trece líderes de una huelga de tabaqueros y los secuestró. En lugar de retenerlos localmente, los organizadores disfrazados —dirigidos en parte por D. B. McKay, propietario de un periódico, historiador aficionado y futuro alcalde— embarcaron a los líderes de La Resistencia en una goleta, la *Marie Cooper*, que los llevó a una isla cercana a Honduras antes de regresar a Tampa.¹ Según el *Tampa Tribune*, los hombres habían sido "desterrados por la fuerza de las armas", una acción "respaldada por la fuerza del sentimiento público".² Al secuestrar y deportar a los insubordinados, McKay y sus aliados tal vez habían tomado ejemplo de un suceso muy anterior: la expulsión forzosa de los indios seminolas de Florida a finales de la década de 1830 y principios de la de 1840. Los observadores no establecieron esta conexión en 1901, pero es probable que McKay pensara en ello. ¿Qué, se pregunta este capítulo, puede decirnos esa guerra sobre la campaña de secuestros de 1901?

Desde la perspectiva de los activistas sindicales antiobreros, las tácticas extralegales de 1901 habían conducido a una conclusión totalmente satisfactoria. A finales del otoño, se reanudó la fabricación de puros en los establecimientos tabaqueros de la ciudad, entre ellos Cuesta Ray & Company, Anguelles, López & Brothers, Bustillo Bros. & Diaz y American Cigar Company. Los encantados empresarios esperaban un futuro brillante: mayores beneficios, estabilidad y tranquilidad general. *American Industries*, leída por miles de los más apasionados enemigos del trabajo organizado, celebraba el heroísmo de estos "destacados ciudadanos de Tampa": "Los agitadores secuestrados no han considerado conveniente causar más problemas en esa ciudad".³ El secuestro había eliminado a los dirigentes, desmoralizado a las bases e intimidado a

¹ "Idaho Springs, Like Tampa Drives the Agitators Right Out", *American Industries* 2 (15 de agosto de 1903): 3.

² "Ship Them to Distant Shores", *The Morning Tribune*, 7 de agosto de 1901, 1.

³ "Idaho Springs, como Tampa expulsa a los agitadores", 3.

otros que se planteaban participar en protestas similares.

La atención nacional que recibió este secuestro demuestra que su importancia puede medirse mucho más allá de las fronteras de Tampa. Tras conocerlo, miembros de los "mejores ciudadanos" de otras partes de la nación, entre ellos empresarios de mineros de Colorado, encontraron inspiración en este método; conoceremos más sobre sus actividades terroristas en el capítulo siguiente.⁴ En 1903, la amplia fraternidad nacional de empresarios obligados a enfrentarse al aumento de la agitación laboral había aprendido una valiosa lección de los vigilantes de Tampa: el secuestro funcionaba.

Una fuente calificó la acción de Tampa de "nueva solución" al llamado problema laboral. Esa solución, según el *Florida Star*, "ha demostrado ser más eficaz que muchos otros remedios". Concluía: "La idea de deportar a los líderes de un movimiento huelguístico es tan original que ha atraído una amplia atención en muchas ciudades del norte, incluso la prensa de Nueva York comenta su eficacia al tiempo que lamenta que sea ilegal."⁵ Las víctimas —cubanos, italianos y un afroamericano— no pudieron ayudar a dirigir la huelga. Las bases continuaron su lucha durante casi cuatro meses después del secuestro, pero al final se vieron superadas por la oposición combinada de los empresarios y las autoridades del sector público. Los empresarios y la policía, tratando de suprimir las ideas subversivas, quemaron periódicos favorables a los trabajadores y siguieron secuestrando a activistas sindicales; en total secuestraron a diecisiete. Los vigilantes enviaron a la mayoría a Nueva Orleans.⁶ Las protestas sin líderes —que el *Florida Star* llamó "un ejército sin generales ni oficiales"— continuaron, pero los fabricantes, sintiendo una renovada sensación de poder, se negaron a negociar.⁷ Los agentes de policía respondieron a los huelguistas restantes arrestándolos por vagabundeo y cerrando sus comedores de beneficencia. Los detalles del suceso aparecieron a escala nacional en varios periódicos, pero el fiscal del distrito de Estados Unidos, J. N. Stripling, no encontró nada ilegal, y el gobernador hizo caso omiso de las peticiones de que se investigara.

Sin embargo, los agredidos por esta "original" técnica acabaron regresando a Florida, donde contaron a los entrevistadores una historia realmente extraordinaria sobre su llegada al país extranjero tras un viaje de siete días:

Los hombres fueron desembarcados por la noche y cada uno recibió 5 dólares. En la playa se colocó una caja de galletas de soda, dos jamoncitos, tres latas de carne de vaca y alrededor de un galón de agua. Luego regresaron a la goleta, que inmediatamente zarpó y desapareció en la distancia. Durante varios días vagaron por la playa, cuidando de sus escasas provisiones, sin encontrar a nadie ni divisar una vela. Las escasas provisiones se agotaron, las reservas de agua se agotaron, el sol tropical les quemó las manos y la cara, y

⁴ George G. Suggs Jr., *Colorado's War on Militant Unionism: James H. Peabody and the Western Federation of Miners* (Norman: University of Oklahoma Press, 1991 [1972]), 76.

⁵ *The Florida Star*, 16 de agosto de 1901, 4.

⁶ Robert P. Ingalls, *Urban Vigilantes in the New South: Tampa, 1882-1936* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1988), 80

⁷ *The Florida Star*, 16 de agosto de 1901, 4.

las largas marchas les produjeron ampollas en los pies. Empezaron a desesperar de llegar a casa y casi habían abandonado la lucha cuando fueron descubiertos por un indio. Éste los socorrió, los llevó a tierra firme y los condujo a la plantación del Sr. Bruno, donde fueron bien recibidos. Sus necesidades inmediatas fueron satisfechas y consiguieron un pequeño bote que los llevara a Truxillo. El Sr. Bruno les dijo que, por la descripción que habían dado de la isla, evidentemente habían sido desembarcados cerca de la desembocadura del río Plantación.⁸

Evidentemente, los terroristas habían querido que permanecieran en Honduras, lejos de Tampa. Habían conseguido mantenerlos alejados, pero las víctimas, negándose a permanecer en el lugar, acabaron regresando poco después del inicio del ataque.

El artículo *del Florida Star* no era del todo correcto: esta forma coercitiva de gestión —secuestrar y expulsar a los líderes para desmoralizar y debilitar a las bases— no era nueva en 1901. Podemos identificar ejemplos anteriores. En la segunda mitad del siglo XIX, los justicieros de San Francisco y de algunas zonas del Oeste montañoso también habían eliminado a los "alborotadores" bajo el lema de promover "la ley y el orden" durante los conflictos por la tierra, el oro y el ganado. Pero según el principal historiador de los vigilantes de Tampa, Robert Ingalls, no hay pruebas de que las élites de Tampa se inspiraran en estos ejemplos.⁹ Ingalls cree que esta acción "fue producto de la cultura y la política sureñas".¹⁰

De hecho, el secuestro de Tampa se produjo en una época en la que las élites sureñas habían orquestado una serie de cruzadas violentas contra la gente corriente desobediente. En 1887, los plantadores activos en la llamada Liga de la Paz y el Orden consiguieron derrotar una huelga organizada por los Caballeros del Trabajo en las plantaciones de azúcar de Thibodaux, Luisiana. Esta lucha, dirigida en su mayoría por negros, condujo a la victoria de la patronal, a la expulsión forzosa de varios huelguistas y a la muerte de al menos treinta y cinco manifestantes. Y tres años antes del secuestro de Tampa, otro grupo dirigido por hombres de élite dio un golpe de estado contra el gobierno "fusionista" birracial de Wilmington, Carolina del Norte. Las elecciones de 1894 en ese estado habían llevado al establecimiento de un gobierno de coalición conjunto de republicanos y populistas, que aumentó tanto el gasto en educación como los impuestos a las empresas. Descontento, el establishment del Partido Demócrata, dirigido por un grupo ávido de poder conocido como los "Nueve Secretos", organizó en 1898 una turba supremacista blanca de unos 2.000 miembros que mató al menos a sesenta afroamericanos, obligó al alcalde de Wilmington a dimitir y expulsó de la ciudad a los políticos fusionistas. Una vez en el poder, los demócratas promulgaron leyes que privaron del derecho al voto a un número considerable de afroamericanos y blancos de clase trabajadora, una clara victoria para este partido racista sin paliativos.¹¹

⁸ "Marooned for Days Upon Barren Island," *Americus Times-Recorder*, 6 de septiembre de 1901, 1.

⁹ Ingalls, *Vigilantes urbanos*, 231.

¹⁰ Ingalls, *Urban Vigilantes*, 206.

¹¹ Sobre Thibodaux, véase "Riot in Thibodaux", *The Opelousas Courier*, 26 de noviembre de 1887, 8;

Las clases dirigentes tanto de Thibodaux como de Wilmington, artífices y beneficiarias de las leyes restrictivas y represivas de Jim Crow, celebraron sus victorias.

Muchos miembros de la élite de Tampa, incluido McKay, eran miembros del Partido Demócrata. Estos hombres, orgullosos descendientes de familias esclavistas atormentadas por los recuerdos de la Guerra Civil, estaban probablemente al corriente de la campaña de ruptura de la huelga de Thibodaux y del golpe de Wilmington. Hoy en día es imposible identificar los acontecimientos históricos precisos y las luchas, logros y reveses personales y familiares que configuraron la conciencia de los secuestradores en 1901, dado el secretismo que rodeó a este acontecimiento, pero podemos hacer suposiciones fundamentadas. Los relatos periodísticos no proporcionaron una lista de los autores del secuestro, pero investigadores posteriores han identificado a varios participantes, entre ellos McKay y, muy probablemente, el editor del *Tampa Tribune*, Wallace Stovall.¹² Podemos señalar ciertos acontecimientos históricos que podrían haber motivado a estos hombres. Aunque los justicieros de élite de las brutales campañas de Thibodaux y Wilmington habían intentado expulsar a sus víctimas de sus respectivas comunidades, no habían dado el sorprendente paso de enviar a sus prisioneros fuera del país. Estos acontecimientos fueron, en otras palabras, espacialmente distintos del secuestro de Tampa.

Debemos remontarnos más atrás para encontrar un ejemplo de otra campaña que empleó el secuestro para lograr un resultado que sirviera a los intereses financieros y de gestión de la clase dominante: La Segunda Guerra Seminola (1835-1842), una guerra de siete años organizada por el gobierno de Estados Unidos para recuperar a los esclavos fugitivos y expulsar a los indios seminolas de Florida. Este conflicto, cuyos objetivos eran coherentes con la Ley de Traslado de Indios de 1830 de Andrew Jackson, compartía importantes similitudes con la campaña rompehuelgas de 1901. Esta guerra

Rebecca Scott, *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009), 84; Alex Gourevitch, *From Slavery to the Cooperative Commonwealth: Labor and Republican Liberty in the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), 3-7; y John DeSantis, *The Thibodaux Massacre: Racial Violence and the 1887 Sugar Cane Labor Strike* (Charleston, SC: The History Press, 2016). Sobre el golpe de Wilmington, véase Matthew Hild, *Greenbackers, Knights of Labor, and Populists: Farmer-Labor Insurgency in the Late-Nineteenth— Century South* (Athens: University of Georgia Press, 2007), 202; Deborah Beckel, *Radical Reform: Interracial Politics in Post-Emancipation North Carolina* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2011), 210; y David Zucchino, *Wilmington's Lie: The Murderous Coup of 1898 and the Rise of White Supremacy* (Nueva York: Atlantic Monthly Press, 2020). Sobre la violencia en el Sur posterior a la Reconstrucción en general, véase David Montgomery, "Violence and the Struggle for Unions in the South, 1880-1930", en *Perspectives on the American South: An Annual Review of Society, Politics, and Culture*, ed. Merle Black y John Shelton Black. Merle Black y John Shelton Reed (Nueva York: Gordon and Breach Science Publishers, 1981), 35 ^ 17; y Herbert Shapiro, *White Violence and Black Response: From Reconstruction to Montgomery* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1988), 5-90.

¹² Bentley Orrick y Harry L. Crumpacker han escrito que "Stovall fue probablemente uno de los principales hombres que llevaban una pistola y una placa de ayudante especial en la redada de los líderes de La Resistencia". Bentley Orrick y Harry L. Crumpacker, *The Tampa Tribune: A Century of Florida Journalism* (Tampa: University of Tampa Press, 1998), 69.

seminola, que estimuló un proceso regional de acumulación primitiva, incluyó esfuerzos para matar de hambre a los seminolas y, lo que es más importante, para arrebatar y destituir a sus líderes.¹³ Este costoso y desafiante conflicto, al igual que la campaña rompehuelgas de 1901, implicaba dividir a los seguidores de los líderes con el objetivo principal de debilitar su resistencia hasta el punto de la rendición. Los planificadores de ambas campañas deseaban establecer la estabilidad capitalista y el poder empresarial. Quizás los vigilantes de la Era Progresista se veían a sí mismos siguiendo una tradición iniciada por los primeros colonos-terroristas de Florida, individuos que, como los secuestradores de 1901, habían utilizado Tampa como punto central de partida de sus víctimas. Los perdedores, tanto en 1842 como en 1901, parecían "un ejército sin generales ni oficiales". D. B. McKay, que comenzó a estudiar la Guerra Seminola en 1898, escribió mucho sobre ella durante su larga vida.¹⁴ Yo teorizo que McKay y sus compañeros secuestradores se inspiraron en esta cruzada anterior.

Al establecer comparaciones entre estas dos batallas, este capítulo se aparta del enfoque cronológico general del libro. Aunque la mayor parte de nuestra atención se ha centrado en los conflictos de la década de 1860 a principios del siglo XX, este capítulo insiste en que amplíemos nuestro alcance histórico considerando cómo las cuestiones sobre la conquista territorial, la desposesión de los nativos americanos y la gestión de los esclavos durante el periodo antebellum influyeron en los pensamientos y acciones de los terroristas del capital en Tampa durante principios del siglo XX. Además, insisto en que reconozcamos que sus diversas acciones represivas perduraron en los relatos de sus cronistas hasta bien entrado el siglo XX. Pido que nos interroguemos sobre la naturaleza del secuestro, las motivaciones de sus practicantes y los respectivos resultados durante ambos periodos.

¿Por qué secuestrar en primer lugar? Los secuestradores raptaban a sus víctimas por uno de estos dos motivos: para devolverlas o para expulsarlas. A veces, los secuestradores empleaban ambos tipos. Durante la Segunda Guerra Seminola, los participantes intentaron *devolver* los esclavos fugados a sus dueños y *desterrar* a los nativos americanos para preparar el terreno con fines de desarrollo económico. Ambos enfoques servían a los intereses de la clase dominante. Los esclavistas se beneficiaban de la devolución de su mano de obra, mientras que los inversores sacaban provecho de

¹³ Sobre la política india de Jackson, véase Ronald N. Satz, *American Indian Policy in the Jacksonian Era* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1975); y Robert V. Remini, *The Legacy of Andrew Jackson: Essays on Democracy, Indian Removal, and Slavery* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1988), 45-82. La campaña contra los seminolas era coherente con otros proyectos coloniales. Véase Patrick Wolfe, "Land, Labor and Difference: Elementary Structures of Race", *American Historical Review* 106 (junio de 2001): 866-905; y Walter Hixson, *American Settler Colonialism: A History* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013). Michael Perelman define la acumulación primitiva como "el proceso brutal de separar a las personas de sus medios de subsistencia." Véase Michael Perelman, *La invención del capitalismo: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation* (Durham, NC: Duke University Press, 2000), 13.

¹⁴ D. B. McKay, "Buckshot from 26 Shotguns Swept Band of Ferocious, Marauding Seminolas Off Face Of The Earth," *Tampa Sunday Tribune*, 27 de junio de 1954, 16-c.

las tierras libres de personas que desafiaban los derechos de los propietarios. El destierro fue la característica más dramática de la Segunda Guerra Seminola, y éste fue el resultado buscado por McKay y sus camaradas durante sus enfrentamientos con los trabajadores rebeldes décadas más tarde.

Este capítulo se centra en estos dos conflictos, separados por décadas, y explora el activismo empresarial y el pensamiento histórico de McKay. Ambos están conectados por los procesos de acumulación capitalista —de la acumulación primitiva a la proletarianización— y por la violencia inherente a esos procesos. McKay fue tanto un participante en la notoria campaña de 1901 como un influyente creador de narrativas, responsable de defender durante décadas formas elitistas de vigilantismo como el secuestro. En resumen, proporcionó a generaciones de floridianos justificaciones para las formas de violencia generadas por las élites. En ambos conflictos, los resultados condujeron al fortalecimiento de la economía regional definida por el dominio gerencial y el crecimiento capitalista. Para McKay, el resultado de la Segunda Guerra Seminola facilitó la modernización económica de Florida. Antes de la guerra, según un libro editado por él, "Tampa no era más que un minúsculo puesto comercial indio acurrucado junto a Fort Brooke".¹⁵ Las condiciones económicas mejoraron tras la guerra, al igual que después de que los terroristas rompieran el sindicato tras la huelga de 1901.

Los vínculos entre las campañas militares de Estados Unidos contra los nativos americanos y las luchas obreras dirigidas por los empresarios ya han sido expuestos por historiadores anteriores. Richard Slotkin, por ejemplo, exploró estas conexiones en el segundo volumen de su trilogía sobre la conquista occidental, *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*. En la década de 1870, los comentaristas de la élite abogaban por "civilizar" tanto a los nativos americanos como a los trabajadores euroamericanos. En palabras de Slotkin: "Los trabajadores son 'productores dignos', modelos para el indio; pero también son los propios indios, salvajes en su propensión a la violencia y a evadir el trabajo, que utilizan las huelgas y las turbas para bloquear el acceso a las empresas y a las plazas públicas del mismo modo que los indios utilizan la violencia para bloquear el acceso del ferrocarril al Oeste".¹⁶ Este capítulo complementa las ideas de Slotkin explorando los conflictos liderados por las élites en la frontera sur. Los portavoces de las élites de ambos periodos describieron a los nativos americanos, a los afroamericanos

¹⁵ Karl H. Grismer, *Tampa: A History of the City of Tampa and the Tampa Bay Region of Florida* (San Petersburgo, FL: The St. Petersburg Printing Company, 1950), 86. McKay editó este libro.

¹⁶ Richard Slotkin, *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890* (Middletown, CT: Wesleyan University Press, 1985), 342. Obsérvese también el estudio de Gerald Ronning, que ilustra el modo en que los empresarios del norte de Minnesota y sus aliados comparaban a los llamativos inmigrantes finlandeses con los nativos americanos del oeste. Gerald Ronning, "Jackpine Savages: Discourses of Conquest in the 1916 Mesabi Iron Range Strike", *Labor History* 44 (agosto de 2003): 359-382. El historiador Fred Burrill ha defendido firmemente que los historiadores del trabajo deben tomarse en serio la cuestión del colonialismo de colonos. Fred Burrill, "The Settler Order Framework: Repensar la historia de la clase obrera canadiense", *Labour/Le Travail* 83 (primavera de 2019): 173-197.

incompetentes y a los trabajadores industriales rebeldes como amenazas a los intereses de los inversores y modernizadores, aquellos preocupados principalmente por extender el capitalismo y enriquecerse. Los organizadores de ambas campañas descubrieron una solución común a sus respectivos problemas.

McKay y sus colegas compartían los mismos valores básicos que sus homólogos del Oeste. Pero en Florida se basaron en tradiciones de conquista y desposesión ligeramente diferentes y más antiguas. Así, podemos beneficiarnos de centrarnos en el brutal legado del ejército estadounidense en el periodo jacksoniano, reconociendo su relevancia para los justicieros de principios del siglo XX. Al centrarnos en los secuestros que tuvieron lugar en dos periodos diferentes, insisto en que nos tomemos en serio el poder duradero de la violencia empresarial contra las poblaciones inquietas, incluidos los esclavos fugitivos y los nativos americanos en la década de 1830 y los desafiantes trabajadores inmigrantes de principios del siglo XX. Al establecer estas conexiones, apreciaremos mejor cómo múltiples generaciones de élites utilizaron esta forma de terrorismo para promover el capitalismo y la "civilización". Los secuestros dirigidos por las élites y las campañas de expulsión estrechamente relacionadas fueron las características más significativas del terrorismo en Tampa.

La industria tabaquera de Tampa, la huelga y el secuestro de 1901 y el Comité de Ciudadanos

La huelga de 1901 estalló en la mayoría de los establecimientos de fabricación de puros de Tampa, que constituían el sector económico más importante de la ciudad. El tabaco había puesto a la ciudad en el mapa después de que los capitalistas españoles V. Martínez Ybor e Ignacio Haya empezaran a producir aquí puros habanos en 1885. Ese mismo año, los fabricantes y sus aliados crearon la Junta de Comercio, a la que se encomendó el objetivo de promover "los intereses comerciales, manufactureros y generales de la ciudad y la localidad".¹⁷ Siguió otros inversores, y a finales de siglo, Ybor City, la región de Tampa dedicada a la fabricación de puros que lleva el nombre de su fundador, se convirtió en sinónimo del producto; en esta ciudad de 15.000 habitantes se producían más puros que en ningún otro lugar de Estados Unidos, lo que llevó a una publicación de carácter promotor a informar de que la industria era "sin duda la piedra angular sobre la que se asienta la prosperidad de Tampa".¹⁸

Dada la importancia de la industria, es comprensible que los miembros de la clase

¹⁷ Isaacs, Tampa, Florida: Its Industries and Advantages and a Series of Comprehensive Sketches of Representative Business Enterprises (Tampa: The Tampa Tribune Printers, 1905), 3.

¹⁸ Isaacs, Tampa, Florida, 9. Véase también Gary R. Mormino y George E. Pozzetta, The Immigrant World of Ybor City: Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985 (Urbana: University of Illinois Press, 1987), 63-96.

dirigente de Tampa, organizados públicamente como la Junta de Comercio y la Asociación de Fabricantes de Cigarros de Tampa, y en secreto como el Comité de Ciudadanos, estuvieran decididos a evitar interrupciones en la producción. Durante la infancia industrial de la ciudad, los líderes empresariales se enfrentaron a disturbios laborales periódicos. Tras las huelgas de 1887, muchos de los empresarios de Tampa formaron un Comité de Ciudadanos, una de las numerosas organizaciones que hacían hincapié en la moralidad de la "buena ciudadanía", al tiempo que desviaban la atención de las posiciones de clase privilegiadas de sus miembros.¹⁹ Los miembros del Comité Ciudadano de Tampa, al igual que muchos otros que analizaremos en capítulos posteriores, estaban comprometidos con el crecimiento de la economía local, el enriquecimiento propio, la derrota de las huelgas y el desmantelamiento de los sindicatos, aunque los trabajadores se mantuvieron obstinadamente rebeldes: entre 1887 y 1894 estallaron cerca de una docena de paros laborales.²⁰



Trabajadores del tabaco en huelga en 1891. Los trabajadores del tabaco reconocieron la importancia de la solidaridad. (MS-1982-01, Anthony P. "Tony" Pizzo Collection, Photographs, Box 18, Special Collections, Tampa Library, University of South Florida)

Esta mano de obra rebelde estaba formada en gran parte por inmigrantes de España, Italia y Cuba, entre ellos un número considerable de afrocubanos. Estos trabajadores cualificados se interesaban por el mundo social y político que les rodeaba. Eran, en

¹⁹ Para más información sobre las Alianzas Ciudadanas, que lucharon contra los activistas sindicales tanto en Canadá como en Estados Unidos, véase William Millikan, *A Union Against Unions: The Minneapolis Citizens' Alliance and Its Fight Against Organized Labor, 1908-1947* (St. Paul: Minnesota Historical Society Press, 2001); Reinhold Kramer y Tom Mitchell, *When the State Trembled: How A. J. Andrews and the Citizens' Committee Broke the Winnipeg General Strike* (Toronto: University of Toronto Press, 2010); y Chad Pearson, *Reform or Repression: Organizing Americas Anti-Union Movement* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016), capítulo 2.

²⁰ Durward Long, "Labor Relations in the Tampa Cigar Industry, 1885-1911", *Labor History* 12 (otoño de 1971): 551.

definitiva, intelectualmente curiosos, y durante los turnos se asignaba a un compañero la lectura del periódico del día, lo que mantenía a los tabaqueros informados de los acontecimientos locales y mundiales, incluidos los casos de radicalismo laboral y político.²¹ Los trabajadores también se afiliaron a sindicatos, lo que obligó a los empresarios a negociar. En Tampa, dos sindicatos se disputaban la lealtad de los trabajadores: la Unión Internacional de Fabricantes de Puros (CMIU) y La Resistencia. Aunque logró éxitos en muchas partes del país, la CMIU fue bastante débil en Tampa. Pocos en la ciudad se afiliaron a él tras su aparición en Tampa en 1892.²²

En julio de 1901, La Resistencia, el sindicato más grande, más militante y racialmente inclusivo que representaba a los trabajadores cualificados del tabaco, así como a camareros, panaderos, dependientes, cocineros, lavaderos y porteros, exigió aumentos salariales y cerró los talleres; pararon la producción en la mayoría de las fábricas de tabaco de la ciudad para salirse con la suya. Además de exigir derechos exclusivos de negociación y aumentos salariales, el sindicato, dirigido por activistas radicales vinculados a los movimientos antiimperialistas cubanos, insistió en que los empresarios expulsaran a su rival más conservador, el CMIU. Armados con un fondo de huelga de 32.000 dólares, los dirigentes planeaban ayudar a alimentar a sus aproximadamente 5.000 miembros durante el paro. La prensa local calificó al sindicato de "gran ejército industrial", advirtiendo que "es la influencia más poderosa de la ciudad en la actualidad y, considerada numéricamente, es la organización más fuerte del estado de Florida."²³ Con conciencia de clase, seguro de sí mismo y combativo, este "gran ejército industrial" paralizaba la producción mientras sus dirigentes pronunciaban encendidos discursos y escribían ensayos radicales en su periódico, *La Federation*. Un portavoz empresarial se quejó de que "No hay estrictamente 'nada que hacer' en ninguna de las grandes fábricas." Mientras tanto, los comerciantes expresaban su frustración por la imposibilidad de conseguir mercancías y dedicarse al comercio.²⁴

Las élites de los sectores público y privado estaban preparadas para brotes de violencia relacionados con la huelga. El alcalde F. L. Wing juró diez policías más y prometió "jurar cien si es necesario". Wing, un acaudalado promotor inmobiliario con estrechos vínculos con los fabricantes de puros, lanzó una amenaza bastante ominosa a los manifestantes que contemplaran la violencia: "se meterán en problemas muy serios".²⁵ El alcalde y la prensa crearon ambiente. La clase política de Tampa y sus principales fuentes de opinión percibieron la huelga a través de los ojos de los

²¹ Irvin D. S. Winsboro y Alexander Jordan, "Solidarity Means Inclusion: Race, Class and Ethnicity within Tampa's Transnational Cigar Workers Union", *Labor History* 55 (julio de 2014): 279.

²² Patricia A. Cooper, *Once a Cigar Maker: Men, Women, and Work Culture in American Cigar Factories, 1900-1919* (Urbana: University of Illinois Press, 1987), 25.

²³ "General Strike is On Today; Five Thousand Workers Idle," *The Morning Tribune*, 27 de julio de 1901, 1.

²⁴ "Rushing Strikers Out of City", *The Morning Tribune*, 31 de julio de 1901, 1.

²⁵ Citado en "El alcalde Wing dice que no debe haber violencia", *The Morning Tribune*, 28 de julio de 1901, 1.

empresarios.

Pero no fue la policía de Wing la que tomó la iniciativa en la cruzada rompehuelgas. El 7 de agosto, la prensa local confirmó que los líderes sindicales habían sido secuestrados en sus casas de Tampa, expresando su agradecimiento a los responsables por poner a los hombres bajo "fiel y eficiente vigilancia." Aunque ninguna de las principales fuentes identificó a los secuestradores, estas mismas publicaciones describieron el secuestro como un acontecimiento positivo y muy necesario, que ayudaba no sólo a los empresarios afectados, sino también al público. Después de todo, el secuestro estaba, como decía un informe, "respaldado por la fuerza del sentimiento público".²⁶ El *Tampa Tribune* calificó a los secuestradores de "heroicos".²⁷ La prensa de izquierdas, en cambio, denunció más tarde lo que llamó "atropellos capitalistas", que incluyeron al menos una muerte. Una de las víctimas, Luis Barcia, según un informe de *The Worker*, "fue arrancado por la fuerza de al lado de la cama enferma de su esposa". Ella había dado a luz recientemente y "la pobre mujer murió del terror y la ansiedad".²⁸

Poco después del secuestro, la clase política, formada por líderes empresariales, cargos electos y periodistas, emprendió una serie de actividades de relaciones públicas diseñadas para tachar a los huelguistas de insensatos y exaltados y a los secuestradores de razonables y valientes. Estos creadores de narrativas no mostraron ninguna simpatía por las víctimas ni por sus familiares, incluida la nueva madre que murió durante esta campaña de terror. En su lugar, los portavoces del establishment llamaron la atención sobre lo que sus miembros consideraban acciones malintencionadas de los sindicalistas. Los escritores de los periódicos de Tampa, los principales creadores de la narrativa, declararon que los líderes sindicales habían hecho repetidamente demandas totalmente irrazonables. Un escritor del *Tampa Weekly Tribune* se quejó de que "sus demandas son tan completamente absurdas, y son tan ridículas que no merecen ninguna consideración por parte de un hombre de negocios o pensante". La prensa local, desdeñosa con las quejas de los huelguistas, trató de deslegitimar las acciones de los manifestantes, declarando que sus actividades eran fundamentalmente incompatibles con los valores de los "mejores ciudadanos" de Tampa. Los huelguistas sufrían, escribió el *Tribune*, de "alucinación del cerebro y no reflejan en gran medida el sentimiento del gran ejército de dignos operativos que han hecho de Tampa el gran centro de cigarros del mundo."²⁹

Este lenguaje militarista es revelador. En lugar de tratar la huelga como un desacuerdo tradicional o normal entre trabajadores y patronal, los escritores antisindicales la describieron como un enfrentamiento entre bandos enfrentados. En esta interpretación, un bando era sagaz y de mentalidad empresarial, que reconocía la mejor manera de gestionar los lugares de trabajo y gobernar los asuntos municipales; el

²⁶ "Enviadlos a costas lejanas", 1.

²⁷ "Enviadlos a costas lejanas", 1.

²⁸ "La huelga de Tampa ha llegado a su fin", *The Worker*, 1 de diciembre de 1901, 1.

²⁹ "Stop the Strike", *Tampa Weekly Tribune*, 8 de agosto de 1901, 4.

otro era miope e irracional, incapaz de comprender cómo los éxitos de Tampa dependían, sobre todo, de la productividad industrial ininterrumpida de unos empleados leales. Con este lenguaje se pretendía convencer a los lectores de que el resultado de este enfrentamiento tenía consecuencias de largo alcance que afectaban no sólo a la comunidad empresarial, sino al futuro de Tampa como centro de fabricación de tabaco, la industria económicamente más importante de la ciudad.

Los huelguistas, por su parte, prometieron continuar, pero muchos mostraron signos de desmoralización. Los manifestantes permanecían, según la prensa local, en su mayoría "hoscos y silenciosos".³⁰ Sin embargo, también se mostraron resueltos, declarando que "no podemos poner fin a esta huelga hasta que nos devuelvan a nuestros líderes, sanos y salvos".³¹ Los secuestradores permanecieron impertérritos y, de hecho, la prensa informó de que seguirían deportando a más miembros del sindicato.

El secuestro y la deportación fueron las formas más extremas de castigo, pero no fueron el único método de terrorismo de las élites. En otra muestra de crueldad excesiva, intentaron matar de hambre a los manifestantes amenazando con destruir los comedores sociales de los huelguistas, y en este empeño recibieron ayuda de los carniceros mayoristas de la ciudad, que dejaron de suministrar carne a los huelguistas.³² Además, los caseros, muchos de los cuales pertenecían a la misma clase social que los secuestradores, prometieron desahuciar a quienes no pagaran el alquiler a tiempo. Mientras tanto, los policías detenían a los huelguistas por el delito de vagabundeo, y los jueces prometían la libertad a quienes cesaran sus protestas y volvieran al trabajo. Los jueces enviaron, según un artículo de *The Worker*, a muchos de los manifestantes que quedaban "a sesenta días de cadena". A medida que la huelga continuaba, se hizo evidente que se trataba de una campaña de varios niveles, destinada a debilitar a los huelguistas económica, emocional, legal y físicamente. Sin embargo, muchos manifestantes siguieron manteniéndose firmes, "antes que convertirse en esquirols", como explicaba *The Worker*.³³

La bravuconería pública de los huelguistas ocultaba su malestar. Permanecían visiblemente nerviosos, reacios a hablar con los visitantes o, en algunos casos, incluso a mostrarse en público. Un reportero describió un "estado de pánico" que asolaba "el

³⁰ "Strikers are Sullen and Silent; 'Never Surrender' Is All They Say," *The Morning Tribune*, 8 de agosto de 1901, 1.

³¹ "El nuevo secretario de Resistencia dice que no se rendirán", *The Morning Tribune*, 11 de agosto de 1901, 1.

³² "Los huelguistas son hoscos y silenciosos", 1.

³³ "Tampa Strike Is at An End", 1; "Resistencia's Hold Weakens; Its Plight Is Unpleasant", *The Morning Tribune*, 13 de agosto de 1901, 1; "Resistencia Meets a Rebuff in Advances to Other Union", *The Morning Tribune*, 14 de agosto de 1901, 1; "Cutting Off its Food Supplies, Resistencia's Finish In Sight", *The Morning Tribune*, 15 de agosto de 1901, 1; "Evictions Begin Monday", *The Morning Tribune*, 18 de agosto de 1901, 3; Durward Long, "La Resistencia: Tampa's Immigrant Labor Union," *Labor History* 6 (Otoño 1965): 193-213; y Long, "Labor Relations in the Tampa Cigar Industry", 552.

cuartel general de Resistencia".³⁴ Las esposas, madres y hermanas de las víctimas parecían especialmente abrumadas por una atmósfera cargada de miedo a la represión que se avecinaba; pidieron a las "American Women" que utilizaran su influencia para evitar nuevos secuestros. Uno sólo puede imaginarse los sentimientos de separación, ansiedad y temor de los miembros de la familia, sin saber si alguna vez se reunirían con sus maridos, hermanos e hijos. Obviamente, sintieron el aguijón económico de la pérdida de ingresos, las dificultades emocionales de vivir sin sus seres queridos y la conciencia de que ellos también podrían enfrentarse a la ira de los secuestradores. Este suceso traumatizante dejó a grandes sectores de la ciudad temerosos de las figuras de autoridad.³⁵

Las élites de la ciudad, mientras tanto, seguían envalentonadas, agradecidas por la ayuda pública y exteriormente seguras de que la victoria era inminente. Cuando la huelga se prolongó hasta finales de agosto, empezaron a preparar otra ronda de deportaciones. Pero primero exigieron que los líderes de la huelga se marcharan voluntariamente. Hombres no identificados colocaron avisos en las casas exigiendo que los líderes sindicales desalojaran inmediatamente.³⁶ Muchos lo hicieron, incluida la dirigente Luz Herrera. Según la prensa, algunos no esperaron a que llegaran sus secuestradores e hicieron "apresurados preparativos para partir". En estos casos, el miedo les obligó a marcharse, con lo que los secuestradores tuvieron menos víctimas a las que aterrorizar físicamente. Otros se negaron a moverse, provocando que el Comité Ciudadano realizara nuevas detenciones. Hombres no identificados se llevaron detenidos a los dirigentes sindicales Alejandro Rodríguez y Amacito Valdez, "autor de algunos de los incendiarios artículos aparecidos en *La Federación*". La prensa utilizó la voz pasiva para describir su situación. Ambos hombres simplemente "desaparecieron".³⁷ Esto dejó a La Resistencia con un tercer secretario, alguien a quien sólo se referían como "Catalansito". Los resultados tanto de las salidas semivoluntarias como de las forzadas contribuyeron a debilitar aún más el sindicato. Como explicó el *Morning Tribune*, "esto deja a La Resistencia, por segunda vez, sin líderes, y, con un gran número de sus miembros sublevados y declarando que reanudarán el trabajo."³⁸

Estos secuestros adicionales, especialmente el de Valdez, demuestran que los miembros de la elite de Tampa trataban de eliminar la información que consideraban ofensiva. Para ellos, ganar la huelga significaba tanto aplastar a sus participantes como impedir que circularan las teorías radicales que se encontraban en las páginas del periódico del sindicato, reconociendo que las ideas izquierdistas habían inspirado a los

³⁴ "La resistencia se topa con un rechazo en los avances hacia la Otra Unión", 1.

³⁵ Citado en "Resistencia tiene nuevo secretario", 1.

³⁶ "No salió de Tampa", *The Indianapolis Journal*, 23 de agosto de 1901, 1.

³⁷ "Two More Strike Leaders Missed", *The Morning Tribune*, 23 de agosto de 1901, 1.

³⁸ "Resistencia on its Last Legs; Large Seccession From Ranks", *The Morning Tribune*, 21 de agosto de 1901, 1; "Resistencia Works Bold Bluff; Proclamation of Business Men", *The Morning Tribune*, 23 de agosto de 1901, 8; "Resistencia Has New Secretary", *The Morning Tribune*, 29 de agosto de 1901, 1.

manifestantes. Por esta razón, compartían similitudes con los miembros del Ku Klux Klan del sur, los miembros de la Liga de la Ley y el Orden del medio oeste y los propietarios de minas del oeste. Al igual que los activistas de estas organizaciones, los miembros del Comité de Ciudadanos se sentían mucho más cómodos amordazando a los promotores de doctrinas izquierdistas que debatiendo con ellos en la esfera pública.

La huelga continuó a pesar de la implacable represión, y a finales de agosto algunos de los "desaparecidos" habían empezado a reaparecer. Uno de los trece originales, Ramon Piquero, consiguio llegar de alguna manera a Nueva Orleans; prometio volver a Tampa. Los miembros del Comité Ciudadano se opusieron a esta idea, e incluso le escribieron, explicándole, según el *Morning Tribune*, "que su regreso en esta coyuntura sería un paso extremadamente peligroso."³⁹ ¿Qué significaba esto? ¿Querrían deportarlo de nuevo? ¿Se habían planteado asesinarle? No lo sabemos, pero está claro que los miembros del Comité de Ciudadanos no encontraron nada inmoral en proferir amenazas no tan sutiles. Además, es de suponer que se sintieron cómodos haciendo tales declaraciones sin enfrentarse a consecuencias legales adversas.

Sin embargo, los secuestradores se enfrentaron a nuevos problemas a mediados de septiembre, cuando los trece originales regresaron a Tampa. Desorientadas, enfadadas, quemadas por el sol y desnutridas, las víctimas querían justicia y por ello se pusieron en contacto con la administración del presidente William McKinley, lo que llevó al Departamento de Justicia a poner el asunto en conocimiento del fiscal de distrito J. N. Stripling. Stripling, con sede en Jacksonville, prometió una investigación completa e imparcial. Pero es dudoso que Stripling considerara seriamente castigar a los vigilantes no identificados. En septiembre, semanas después de que la noticia del secuestro y la deportación se hubiera conocido a nivel nacional, informó de que no había "recibido información de ningún acto del que Estados Unidos pueda tomar jurisdicción."⁴⁰

Al mes siguiente, Stripling continuó su investigación visitando Tampa, donde se reunió con ambas partes. Pasó más tiempo con los miembros de la Junta de Comercio de Tampa, un grupo formado por secuestradores sin disculpas. Stripling —que, como miembro activo de la Junta de Comercio de Jacksonville, compartía la misma posición de clase, el mismo punto de vista favorable a los negocios y quizás los mismos rituales secretos que los terroristas del sector privado que se le había encomendado investigar— repitió más o menos el mismo mensaje que había transmitido el mes anterior: "No pude obtener ninguna prueba de violaciones de las leyes de Estados Unidos".⁴¹ De hecho, fue más lejos al culpar a los activistas sindicales, y no a los secuestradores, de organizar una huelga por motivos "frívolos". Stripling incluso afirmó

³⁹ "Strike Conditions Still Unsettled", *The Morning Tribune*, 28 de agosto de 1901, 1.

⁴⁰ Citado en "Result of Return of the Agitators; District Attorney Stripling Talks," *The Morning Tribune*, 12 de septiembre de 1901, 1.

⁴¹ Citado en "Stripling on Strike", *The Weekly Tribune*, 17 de octubre de 1901, 1. Sobre la participación de Stripling en la Junta de Comercio de Jacksonville, véase Charles H. Smith, *Jacksonville Board of Trade, Report from January 1st, 1896 to December 31st, 1902* (Jacksonville, FL: The Garrett Printing Company, 1902), 3.

que era incapaz de identificar a ninguna de las docenas de hombres responsables del secuestro, aunque admitió que sus acciones constituían una forma de "anarquía". Claramente, Stripling se había convertido en el habilitador definitivo, al informar de que sus conclusiones eran "totalmente contrarias a los huelguistas, y no hay nada justificable en sus acciones."⁴² Al hacer afirmaciones tan abiertamente tendenciosas, el informe de Stripling empoderaba a la clase dirigente de la región, dándoles tranquilidad y legitimando así las prácticas de violencia desde arriba frente a huelguistas ostensiblemente peligrosos motivados por demandas "frívolas". Sus palabras demuestran que las autoridades estatales distaban mucho de ser actores neutrales.

Como era de esperar, los portavoces regionales de la clase dominante agradecieron el apoyo de Stripling. Un escritor le elogió por llegar a "la única conclusión sensata a la que era posible llegar: que los huelguistas son culpables y que deben rendirse antes de que pueda restablecerse la paz".⁴³ Palabras como "rendición" y "paz" indican que los fabricantes y sus aliados veían el conflicto como algo bélico. Como guerreros en campos de batalla militares, los coordinadores rompehuelgas de Tampa, poco dispuestos a retroceder y alentados por poderosos facilitadores como Stripling, ofrecieron a los huelguistas la oportunidad de someterse. Sometiéndose, el Comité Ciudadano cesaría sus terroríficas embestidas. Los empresarios y sus aliados confiaban en que el bando más débil se rendiría en aras de la prosperidad industrial y la armonía de la comunidad.

La presión funcionó: Los fabricantes acabaron ganando. A finales de octubre, los huelguistas estaban cansados, arruinados y desmoralizados, reconociendo la casi imposibilidad de triunfar contra un oponente brutalmente impenitente respaldado por las autoridades estatales, mientras un flujo constante de esquirolas viajaba de Cuba a Tampa. Los empresarios y sus amigos de las fuerzas del orden y la prensa estaban agradecidos por el resultado y esperaban con impaciencia la reanudación de la paz industrial. Un escritor *del Tampa Weekly Tribune* esperaba que "el choque de intereses quedara olvidado".⁴⁴ En noviembre todo había terminado, aunque es dudoso que las víctimas, sus familias o sus compañeros hubieran olvidado este capítulo bastante chocante de la historia laboral.

Los empresarios, por su parte, experimentaron más prosperidad tras su victoria en las condiciones de tienda abierta, que había sido su principal reivindicación.⁴⁵ En 1902, La Resistencia apenas tenía presencia en Tampa, y el negocio estaba en auge.⁴⁶ Tras la huelga, el número de cigarros producidos, por ejemplo, se disparó significativamente, mientras que los salarios y las condiciones laborales disminuyeron. Habiendo

⁴² Citado en "Stripling on Strike", 1; y "To Investigate Violations", *The Florida Star*, 18 de octubre de 1901, 5.

⁴³ "Stripling en huelga", 4.

⁴⁴ "Strike is Now Over; Outlook Inspiring", *Tampa Weekly Tribune*, 24 de octubre de 1901, 1.

⁴⁵ "Tampa Strike Is at An End", *The Worker*, 1 de diciembre de 1901, 1; y Long, "Labor Relations in the Tampa Cigar Industry, 1885-1911", 552.

⁴⁶ Long, "La Resistencia: El sindicato de inmigrantes de Tampa", 213.

establecido centros de trabajo abiertos, los empresarios intensificaron su nivel de explotación, obligando a su mano de obra, que seguía creciendo, a aumentar bruscamente la producción. Según una fuente, "el número total de cigarros fabricados y vendidos durante el año 1904 fue de 196.961.000, un aumento sobre el año anterior de 29.330.000, o el diecisiete por ciento."⁴⁷ Al año siguiente, los promotores de la ciudad celebraron otro impresionante hito, señalando una producción total de 220.000.000 de cigarros, resultando "El Mejor Año de Tampa".⁴⁸ Cinco años más tarde, la ciudad albergaba más de cien fábricas de puros de diversos tamaños, que daban empleo a más de 10.000 personas.⁴⁹ La relación exacta entre la violenta represión sindical y la productividad industrial en Tampa es difícil de determinar con precisión, pero podemos concluir con seguridad que la casi eliminación de una organización laboral propensa a la huelga fue muy buena para los negocios.

Los comentaristas pro-empresariales valoraban las acciones de los vigilantes. Escribiendo sobre McKay en 1907, un escritor anónimo de *Tobacco Leaf* lo elogiaba por su defensa sostenida de la industria, señalando que "siempre ha sido un amigo inquebrantable de la industria de fabricación de cigarros, y siempre se ha mantenido firme detrás de los fabricantes en tiempos de problemas". Los fabricantes de Tampa, continuaba el *Tobacco Leaf*, apreciaban "los servicios prestados por el *Daily Times* y su intrépido editor".⁵⁰ Casi una década después de participar en la campaña del secuestro, McKay miraba hacia atrás con orgullo, afirmando que "estaba cumpliendo con el deber de un hombre y un ciudadano y, en circunstancias de tensión similares, con la existencia misma de esta ciudad igualmente implicada, lo volvería a hacer".⁵¹ No se arrepentía de nada.

No hay pruebas de que ninguno de los otros secuestradores se arrepintiera de sus acciones. Algunos incluso contemplaron la posibilidad de emplear esta violenta técnica de dirección en futuros enfrentamientos. Su confianza debe ponerse en contexto. Después de todo, los patrones de Tampa se habían impuesto poco después de que el anarquista inspirado por Emma Goldman, Leon Czolgosz, asesinara al presidente McKinley en Buffalo, Nueva York. Mientras las autoridades enviaban a Czolgosz a la silla eléctrica, Goldman permanecía libre y sin sentirse intimidada por el ambiente político extremadamente desfavorable que siguió al asesinato. Tampa seguía siendo una de las comunidades menos acogedoras del país para radicales como Goldman. Algunos querían más venganza, molestos porque las autoridades no habían conseguido amordazar por completo al famoso anarquista. Un escritor no identificado del *Weekly Tribune*, agradecido por las acciones extralegales del Comité Ciudadano, tenía una

⁴⁷ I. J. Isaacs, Tampa, Florida, 10.

⁴⁸ "Los mejores años de Tampa: Remarkable Business Growth Shown by the Annual Figures", Tampa Morning Tribune, 31 de diciembre de 1905, 1.

⁴⁹ Grismer, Tampa: A History of the City of Tampa and the Tampa Bay, 232

⁵⁰ "La semana en Tampa", *Tobacco Leaf* 44 (10 de julio de 1907): 8.

⁵¹ Citado en Ingalls, *Urban Vigilantes in the New South*, 76.

solución: "Emma Goldman es un buen tema para los secuestradores".⁵²

Los secuestradores de Tampa probablemente nunca intentaron capturar a Goldman, pero siguieron movilizándose contra los activistas obreros. En 1910, en respuesta a una huelga de seis meses organizada por el CMIU —que se había fortalecido en Tampa poco después de que miembros de la clase dominante de la ciudad destruyeran La Resistencia— el Comité de Ciudadanos resurgió y siguió tan decidido como siempre a destruir los lazos de solidaridad de los trabajadores. McKay era ahora el alcalde de Tampa y estaba estrechamente aliado con otros opositores sindicales, entre ellos Hugh C. Macfarlane, el inmensamente rico abogado de negocios y promotor inmobiliario responsable del establecimiento de West Tampa.⁵³ Irritado por los disturbios y deseoso de sofocarlos, McKay nombró policías a más de doscientos hombres de negocios de Tampa para promover la "ley y el orden" durante este enfrentamiento, que, al igual que la huelga de 1901, recibió atención nacional. Estos hábiles vigilantes, inquebrantables en sus compromisos mutuos y en su negativa a negociar con la CMIU, no destituyeron por la fuerza a los líderes sindicales; sin embargo, se mostraron dispuestos a emplear la violencia. Lo más notorio fue que unos hombres disfrazados lincharon a dos inmigrantes italianos, Angelo Albano y Castenge Ficarrotta, después de que una persona no identificada disparara e hiriera al contable de una fábrica de puros de West Tampa. Ninguno de los asesinos enmascarados —hombres que fueron vistos conduciendo automóviles caros— fue nunca identificado, y ni McKay ni el gobernador de Florida, Albert W. Gilchrist, expresaron interés alguno en encontrar y castigar a los responsables. Aunque ni Albano ni Ficarrotta formaban parte de la huelga, eran hombres de clase trabajadora, amigos de huelguistas, y tenían antecedentes penales.⁵⁴

El linchamiento no fue la única forma de violencia elitista desatada por los miembros de la comunidad empresarial de Tampa. Los vigilantes armados también emplearon formas suaves e híbridas de castigo: impidieron que los manifestantes se manifestaran cerca de las fábricas, asaltaron la oficina del periódico del sindicato y cerraron con clavos la puerta de la sede del sindicato en West Tampa. Un cartel junto a la puerta rezaba "Este lugar está cerrado para siempre".⁵⁵ McKay, haciendo gala de su intrepidez, ordenó cerrar también otras sedes sindicales. Imitando las técnicas empleadas nueve años antes, seis miembros del Comité de Ciudadanos visitaron a un organizador del CMIU, J. C. Johnson, en su habitación de hotel y le exigieron que abandonara Tampa al día siguiente. El organizador de Chicago, quizá consciente de la seriedad de estos veteranos secuestradores, accedió. En este caso, los matones de McKay consiguieron sus objetivos de forma relativamente pacífica, dándose cuenta de

⁵² The Weekly Tribune, 17 de octubre de 1901, 2.

⁵³ Harry Gardner Cutler, *History of Florida: Past and Present, Historical and Biographical*, Volume 2 (Chicago: The Lewis Publishing Company, 1923), 175.

⁵⁴ Gene M. Burnett, *Florida's Past: People and Events That Shaped the State* (Sarasota, FL: Pineapple Press, 1986), 235-239; e Ingalls, *Urban Vigilantes*, 96-97.

⁵⁵ Citado en Ingalls, *Urban Vigilantes*, 104.

que la escalada, en forma de desalojo forzoso o muerte, era innecesaria.⁵⁶ El CMIU perdió esta lucha, abrumado por otra campaña de terror privada-pública montada por miembros de la clase dominante de Tampa. El Comité de Ciudadanos, en el que McKay era vicepresidente, estaba totalmente satisfecho con el resultado, con la esperanza de que los futuros manifestantes interiorizaran las lecciones de ésta y de la campaña rompehuelgas de 1901. Un documento del Comité de Ciudadanos de 1911 era bastante inequívoco, al afirmar que todas las expresiones de activismo obrero "son perjudiciales y desmoralizadoras para la buena ciudadanía".⁵⁷

La historia local y la vida de un hombre privilegiado

¿Por qué la élite de Tampa recurrió a acciones tan extremas? Los intereses financieros y empresariales son las razones más obvias. Por supuesto, los hombres que estaban detrás de estos ataques violentos podrían simplemente haber permitido que las fuerzas policiales locales utilizaran tácticas estándar para reprimir las protestas obreras. Pero era menos probable que la policía empleara estrategias como linchamientos, secuestros y acciones de expulsión. La acción directa por parte de los empresarios y sus aliados fue más rápida, eficaz y quizás incluso emocionante. Uno de los participantes en los secuestros fue desenmascarado durante su exitosa candidatura a la alcaldía en 1910, cuando la ciudad había crecido hasta los 38.000 habitantes. D. B. McKay ganó esta contienda electoral como defensor de los "derechos de los blancos" frente a los "corruptos" afroamericanos, a pesar del enfado que algunos votantes sentían por su participación en la campaña de secuestros de 1901.⁵⁸ Su participación siguió siendo un motivo de orgullo para él hasta bien entrados sus últimos años de vida; en 1953 escribiría que la campaña de secuestros de 1901 fue necesaria porque la huelga era "un ataque insensato y despiadado no sólo contra la industria del tabaco sino contra la economía en general".⁵⁹

McKay vivió una vida económicamente cómoda, bien relacionada, políticamente poderosa e intelectualmente estimulante. Nacido en 1868, se inició profesionalmente en el negocio de la prensa en 1882. En 1893 se convirtió en editor del *Tampa Times*, uno de los principales periódicos de la ciudad, y ascendió rápidamente. En 1900 ya era

⁵⁶ "Johnson Took the Hint", *The Salt Lake Herald-Republican*, 26 de noviembre de 1910, 2; y "Johnson Leaves Tampa", *Omaha Daily Bee*, 27 de noviembre de 1910, 6.

⁵⁷ Constitución del Comité de Ciudadanos citada en Ingalls, *Urban Vigilantes*, 113.

⁵⁸ Mormino y Pozzetta, *The Immigrant World of Ybor City*, 53. McKay desempeñó un papel decisivo en la formación del racista Partido Municipal Blanco de Florida en 1908. Véase Pam Iorio, "Colorless Primaries: Tampa's White Municipal Party", *The Florida Historical Quarterly* 79 (invierno de 2001): 297-318; y Andrew Gomez, "Jim Crow and the Caribbean South: Cubans and Race in South Florida, 1885— 1930s", *Journal of American Ethnic History* 36 (verano de 2017): 39.

⁵⁹ D. B. McKay, "Frenzied Mobs, Wrecked Buildings Marked Violent Tampa Cigarmakers Strike, July To November, 1901," *Tampa Sunday Tribune*, 27 de diciembre de 1953, 11-c.

propietario de ese periódico, que mantenía una línea editorial favorable a los negocios. Tuvo el poder de influir en las opiniones de miles de personas y en la forma en que los lectores entendían la historia, a menudo dramática, de la región. Como señaló un observador en 1919, "el *Tampa Times*" era "uno de los periódicos más vivos de Florida, y se ha interesado vivamente por el desarrollo de todo el estado".⁶⁰ El destacado periodista escribió columnas durante acontecimientos importantes, como varias depresiones económicas, dos guerras mundiales y una serie de conflictos obrero-patronales, en algunos de los cuales él mismo estuvo implicado.⁶¹ McKay también fue alcalde de 1910 a 1920, y de nuevo de 1928 a 1931. Durante toda su vida, que terminó en 1960, fue un escritor y funcionario público firmemente antilaborista.

McKay nació en la riqueza y mejoró su posición social mediante el matrimonio y la herencia de su abuelo, un marino esclavista y financiero. Floreció como propietario y editor de periódicos, y utilizó su posición para impulsar la fabricación de cigarros. Como yerno de un prominente hombre de negocios, McKay tenía razones financieras para hacer ese impulso. De hecho, su suegro había sido el responsable de convencer a Vincent Ybor para que trasladara su fábrica de Cayo Hueso a Tampa.⁶²

McKay mantuvo un gran interés por la historia durante toda su vida adulta, y en sus últimos años escribió una columna periódica titulada "Pioneer Florida". En ella exploraba algunos de los acontecimientos clave de la historia de Florida, como el crecimiento del turismo y otras industrias, la participación del estado en guerras y aquellos hombres a los que consideraba los pensadores y planificadores extraordinariamente sabios de estos acontecimientos; saludaba a "las primeras familias blancas que se instalaron en lo que hoy es Tampa".⁶³ Muchas de sus columnas —relatos de heroicos líderes militares, astutos inversores y visionarios políticos— se recopilaron en tres gruesos volúmenes publicados en 1959.

El distinguido periodista escribió sobre las luchas y los logros políticos de sus antepasados, así como sobre sus enfrentamientos con la derrota y el dolor. Su abuelo había sido un empresario pionero en la región. El McKay más joven explicó que "todos y cada uno de los miembros de este condado y de los condados colindantes se han visto más o menos beneficiados por la energía del capitán McKay a la hora de abrir y mantener abierto este mercado".⁶⁴ Durante la Guerra Civil, el mayor de los McKay había servido como intendente de un regimiento de Florida y había utilizado sus barcos, tripulados por esclavos, para adquirir armas para las tropas confederadas. En

⁶⁰ "Nuevo vínculo entre Tampa y Jacksonville", *The Pensacola Journal*, 31 de octubre de 1919, 4.

⁶¹ Ninguna biblioteca o archivo conserva ejemplares del *Tampa Times* durante la huelga.

⁶² "McKay 'Man of the Week' Broadcast. D. B. McKay Audio Record and Transcript", 26 de octubre de 1952, Folder 22, Box 1, D. B. McKay personal papers, Donald Brenham McKay Collection, University of South Florida, Tampa, Florida; y Nancy A. Hewitt, *Southern Discomfort: Women's Activism in Tampa, Florida, 1880s-1920s* (Urbana: University of Illinois Press, 2001), 233.

⁶³ D. B. McKay, *Pioneer Florida, Volume 1* (Tampa: The Southern Publishing Company, 1959), 14.

⁶⁴ . D. B. McKay, *Pioneer Florida, Volume 2* (Tampa: The Southern Publishing Company, 1959), 384-395.

1864, las fuerzas de la Unión lo detuvieron a él y a su hijo, Donald McKay; fueron encarcelados en la Isla del Gobernador de Nueva York.⁶⁵ Al igual que sus tripulantes esclavos, los dos hombres habían experimentado el trauma de la captura y el encarcelamiento.

McKay siguió resentido por el resultado de la Guerra Civil hasta bien entrado el siglo XX. El periodo de la Reconstrucción —una época de transformación en la que los antiguos esclavos mostraban altos niveles de valentía, independencia e incluso radicalismo político— le parecía profundamente preocupante. Los antiguos esclavos, tras haber contribuido a destruir el sistema laboral que los había controlado durante décadas, habían trazado nuevos caminos revolucionarios en el trabajo, la educación y la política. McKay mantuvo durante mucho tiempo su desdén por estas personas de mentalidad independiente, a las que consideraba meras incautas del Partido Republicano y conspiradoras. Los voluminosos escritos de McKay ofrecen comentarios sobre los políticos corruptos "bribones" y sobre lo que él consideraba los peligros asociados a los "negros analfabetos" con poder político.⁶⁶



D. B. McKay. McKay fue un secuestrador sin remordimientos de activistas sindicales, orgulloso cronista de la vida de los floridanos ricos y líder empresarial y político. (Colección D. B. McKay, Colecciones Especiales, Biblioteca Tampa, Universidad del Sur de Florida)

Demócrata de toda la vida, McKay no pensaba lo mismo de los afroamericanos subordinados y de buenos modales, aquellos que no estaban dispuestos a romper los

⁶⁵ McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 2, 386.

⁶⁶ McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 380.

lazos con sus anteriores amos. Muchos afroamericanos, insistía, no habían sido envenenados por la ideología del republicanismo radical. La Reconstrucción, escribió al final de su vida, "fue una época difícil tanto para los blancos como para los negros de Florida".⁶⁷ Señaló que algunos antiguos esclavos no mostraban ningún interés en desafiar los intereses de los propietarios de las plantaciones: "Conocí a hombres y mujeres negros que prestaron poca atención a la proclamación de emancipación del presidente Lincoln y permanecieron con sus antiguos propietarios mucho después de que terminara la Guerra Civil".⁶⁸ Los ejemplos de tal lealtad reconfortaban a McKay —y presumiblemente a sus aliados en la región— porque señalaban la presencia duradera de una mano de obra fácilmente explotable que no estaba dispuesta a desafiar los intereses de los miembros de la clase dominante blanca. Las élites floridanas como McKay no querían herir o matar a los afroamericanos; sólo querían asegurarse de que esta mano de obra siguiera estando disponible y quieta.⁶⁹

Valoraba especialmente las muestras de obediencia. En las anotaciones de su diario escritas al final de su vida, McKay recordaba interacciones favorables con algunos líderes afroamericanos en las décadas posteriores a la Reconstrucción. Admiraba a los que mostraban deferencia hacia los blancos y, al mismo tiempo, estaban dispuestos a imponer —a veces con violencia— una disciplina estricta en sus propias comunidades. En sus palabras, "Entre los hombres negros de aquellos primeros días que gozaban de la estima de la comunidad, destacaba Isaac Howard. Cualquiera que lo conociera daría fe de su honestidad. Era un militante eclesiástico y el "jefe" de la iglesia negra más grande de la ciudad. Frecuentemente invitaba a grandes grupos de amigos blancos a su iglesia para escuchar al coro cantar espirituales, y si algún miembro masculino del coro no cantaba a su satisfacción era golpeado con un pesado palo de nogal que Howard siempre llevaba consigo."⁷⁰

McKay admiraba al selecto número de hombres afroamericanos responsables de mantener a raya a las masas, exigiéndoles que asistieran a la iglesia, obedecieran la ley y mostraran respeto a los "ciudadanos destacados" de la región. A veces, los líderes negros consideraban necesario emplear la violencia para garantizar el cumplimiento, lo que, en opinión de McKay, era una virtud. Estos residentes se dieron cuenta de la

⁶⁷ McKay, *Pioneer Florida*, volumen 1, 243.

⁶⁸ D. B. McKay, "Pioneer Florida", 20 de octubre de 1946, carpeta 2, caja 2, documentos personales de D. B. McKay.

⁶⁹ Los comentarios de McKay sobre el periodo de Reconstrucción son coherentes con la llamada escuela Dunning, que debe su nombre al historiador William Dunning (1857-1922). Según este punto de vista, que cobró fuerza en la época en que las autoridades del Sur promulgaron las leyes Jim Crow, la Reconstrucción fue un error porque elevó a los afroamericanos a posiciones de poder al tiempo que suprimía los derechos de los blancos del Sur. McKay era uno de los muchos sureños que recordaban este periodo como un punto bajo. Para más información, véase David Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002).

⁷⁰ D. B. McKay, "Pioneer Florida", 20 de octubre de 1946, carpeta 2, caja 2, documentos personales de D. B. McKay.

importancia de mantener el orden vigilando las actividades de su comunidad.

La segunda guerra seminola y sus lecciones de gestión

Aunque McKay elogiaba a algunos afroamericanos, sus mayores simpatías estaban con los principales hombres blancos de Florida, incluidos sus antepasados, que habían sufrido a manos de los soldados de la Unión y los políticos republicanos. En la mente de McKay, el final de la Guerra Civil había marcado el comienzo de un capítulo deprimente en la historia del estado; sin embargo, lo que probablemente *le inspiró* en 1901 fue un conflicto anterior, la Segunda Guerra Seminola (1835-1842). Poco antes de participar en la campaña de secuestros, McKay se había enterado de su historia, que enfrentó a propietarios de esclavos afligidos, inversores y el ejército estadounidense con los seminoles, la mayoría de los cuales eran indios creek y esclavos fugitivos. El principal objetivo del gobierno en esa guerra, detallado en el Tratado de Payne's Landing de 1834, era trasladar a los seminoles al oeste del río Misisipí, a lo que hoy es Oklahoma. Las autoridades ofrecieron a los seminoles dos opciones: marcharse voluntariamente o por la fuerza. Como explicó el general Thomas Jesup: "Deben irse; si no se van, se los llevarán".⁷¹

Esta dramática guerra, que condujo a la creación del estado de Florida en 1845, fue significativa por muchas razones. En opinión de McKay, se debió en gran medida a las gloriosas actividades de una cohorte de valientes soldados estadounidenses y sus astutos líderes, que lograron vencer a bandas de salvajes mestizos y esclavos insubordinados. McKay, al igual que los planificadores y combatientes de la guerra, consideraba a los seminoles una amenaza por dos razones básicas. En primer lugar, se interponían en el camino del progreso comercial. Los promotores inmobiliarios querían la tierra por motivos comerciales y privados, y la presencia de los seminolas les había impedido adquirirla. En segundo lugar, los seminolas habían dado cobijo a esclavos fugitivos. Los esclavistas blancos de todo el Sur seguían afligidos por la pérdida de sus propiedades, que representaban un porcentaje considerable de la población de Florida. En 1830, algo menos de la mitad de los 34.730 residentes de Florida eran esclavos, y esta fuerza de trabajo en régimen de servidumbre ayudó a enriquecer a un pequeño número de floridanos.⁷² "Las causas inmediatas de la guerra", escribió McKay en el segundo volumen de *Pioneer Florida*, "giraban en torno a los intereses de propiedad del sudeste: tierras, negros, ganado y comercio con los indios".⁷³ Y McKay, como todos los estudiosos de la historia de Florida, comprendió que no se puede estudiar la esclavitud,

⁷¹ Citado en McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 1, xxi.

⁷² George Klos, "Blacks and Seminole Removal Debate, 1821-1835", *Florida Historical Quarterly* 68 (julio de 1989): 57.

⁷³ McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 2, 467.

o la Segunda Guerra Seminola, sin enfrentarse a la cuestión del secuestro, definido en sentido amplio.

La relación entre esclavitud y secuestro es bien conocida. Los esclavos llegaron por primera vez al continente gracias a los secuestros, y la ruptura de familias, facilitada por el traslado forzoso, continuó a medida que Estados Unidos se expandía. Como dijo el historiador Edward Baptist, "todos los secuestrados eran de alguna manera robados, pues los rituales básicos de esta emergente y moderna sociedad de mercado eran disfraces absurdos para el robo".⁷⁴ Naturalmente, los esclavos se resistieron a este sistema brutal, y muchos aprovecharon cualquier posible oportunidad para huir. De hecho, algunos propietarios eran totalmente honestos e incluso estaban orgullosos de sus métodos de explotación. Según el relato de un esclavista de 1839: "Trabajo a mis negros de prisa hasta las once o doce de la noche, y los tengo levantados a las cuatro de la mañana".⁷⁵ La pérdida de mano de obra era un grave inconveniente para los residentes más ricos de la región, y la guerra era la mejor respuesta para atender sus quejas. Como explicó el propio Jesup, propietario de esclavos, "ésta es una guerra de negros, no de indios; y si no se acaba pronto, el sur sentirá sus efectos sobre la población esclava antes de que termine la próxima temporada".⁷⁶

Jesup y las élites floridananas a las que servía no eran las únicas figuras antebellum frustradas por las fugas de esclavos. Los sentimientos de ira se repetían en otros lugares, incluidos muchos que tenían poco interés directo en el resultado de la Segunda Guerra Seminola. Mientras los esclavos fugados de Florida encontraban refugio en los pantanos, muchos otros hallaban consuelo en las ciudades del norte. Casi al mismo tiempo que esta guerra, hombres de mentalidad emprendedora crearon agencias de detectives privados con el objetivo de devolver a los esclavos fugitivos de las regiones del norte, donde los afroamericanos buscaban construir comunidades libres de coerción y violencia, los mismos objetivos que motivaban a todos los esclavos, incluidos los de Florida. Sin embargo, muchos blancos poderosos de las zonas septentrionales, al igual que los esclavistas de Florida y de todo el Sur, no simpatizaban con estos hombres y mujeres deseosos de libertad. Tres años antes del comienzo de la Segunda Guerra de los Seminolas, los portavoces de los afroamericanos de la ciudad de Nueva York comenzaron a quejarse de las alarmantes actividades de lo que apodaron "El Club de Secuestradores de Nueva York". Este club, según el historiador Jonathan Daniel Wells, consistía en "una red de espías y agencias de detectives, así como de patrullas de

⁷⁴ Edward E. Baptist, *La mitad nunca se ha contado: Slavery and the Making of American Capitalism* (Nueva York: Basic Books, 2014), 191.

⁷⁵ Citado en Maxine D. Jones y Kevin M. McCarthy, *African Americans in Florida* (Sarasota, FL: Pineapple Press, 1993), 28. Véase también Matthew J. Clavin, *Aiming for Pensacola: Fugitive Slaves on the Atlantic and Southern Frontiers* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015), 60-61.

⁷⁶ Citado en Thom Hatch, *Osceola and the Great Seminole War: A Struggle for Justice and Freedom* (Nueva York: St. Martin's Press, 2004), 179.

esclavos" encargadas de atrapar a presuntos fugitivos, incluidos niños pequeños.⁷⁷ Respaldo por poderosos jueces y agentes de policía, este club, que aterrorizó a la comunidad negra de Nueva York en las décadas previas a la Guerra Civil, desempeñó un importante papel a la hora de reunir a los propietarios de esclavos con sus trabajadores.

Volviendo a Florida, los planificadores de la Segunda Guerra Seminola estaban tan preocupados por expulsar a los nativos americanos como por devolver los esclavos a sus dueños. Jesup subrayó que el objetivo principal de la guerra, un objetivo aparentemente sin precedentes, era la expulsión: Yo, así como mis predecesores en el mando en Florida, hemos fracasado en capturar y trasladar a los Seminolas a Arkansas; pero debe recordarse que somos los únicos comandantes a los que se les ha exigido ir a un desierto inexplorado, capturar Salvajes y trasladarlos a otro desierto". Busquen en toda la historia y no encontrarán otro ejemplo".⁷⁸ Escribiendo al Secretario de Guerra Joel Poinsett en noviembre de 1837, Jesup explicó que "los indios ya han sido expulsados de más de quince millones de acres de tierra, por valor de veinte millones de dólares." Concluía que "en menos de un mes los expulsaremos de cinco a diez millones de acres más".⁷⁹ Estas declaraciones sugieren que la expulsión, y no la reconquista de esclavos, era el principal objetivo de los planificadores de la guerra. En pocas palabras, la expulsión forzosa de las poblaciones inquietas estaba en el centro de los objetivos de guerra del Estado. Y Jesup desempeñó un papel clave en esta increíblemente ambiciosa e innovadora campaña de expulsión.

Décadas después de su propia participación en la campaña de secuestros de 1901, McKay señaló que los deseos de los esclavistas y de los interesados en la expulsión de los nativos americanos eran complementarios: "No menos importante que el ansia del hombre blanco por la tierra seminola era el problema negro".⁸⁰ Describía ambos retos en igual medida. Como explicaba un libro de 1950 sobre Tampa, que McKay editó, "los cazadores de esclavos no tenían intención de permitir que todos esos negros reunidos se escaparan: valían casi 1.000 dólares cada uno".⁸¹ Este racista de toda la vida era especialmente despectivo con los "negros" rebeldes, y escribió que "los esclavos negros de los dueños de las plantaciones eran mucho más salvajes y sanguinarios que sus amos seminolas en las guerras".⁸² McKay relató la historia de Gopher John (1812-1882), un líder afro seminola capturado por el ejército estadounidense durante este

⁷⁷ Jonathan Daniel Wells, *The Kidnapping Club: Wall Street, Slavery, and Resistance on the Eve of the Civil War* (Nueva York: Bold Type Books, 2020), 18-19.

⁷⁸ Citado en C. S. Monaco, "Whose War Was It?": African American Heritage Claims and the Second Seminole War", *American Indian Quarterly* 41 (invierno de 2017): 47. Véase también C. S. Monaco, *The Second Seminole War and the Limits of American Aggression* (Baltimore: Johns Hopkins University, 2018), 26-44.

⁷⁹ Citado en Monaco, *The Second Seminole War*, 87.

⁸⁰ McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 2, 468.

⁸¹ Grismer, *Tampa: A History of the City of Tampa and the Tampa Bay*, 82.

⁸² McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 2, 538.

conflicto. Tras su captura, soldados y observadores debatieron cuál era la mejor forma de actuar: "La primera propuesta fue ahorcarlo —eso vino de un irlandés, por supuesto—; la segunda, hervirlo para obtener grasa de jabón —esto de una de las mujeres del campamento—; la tercera, someterlo a un curso de limpieza y fumigación, y luego arrojarlo a los caimanes, pero hubo alguna expresión de simpatía por los caimanes".⁸³ Es de suponer que McKay disfrutó con la mezcla de amenazas violentas, deshumanización y humor de esta anécdota. Para él, ninguna forma de tortura era demasiado para los rebeldes seminolas negros. Y los lectores disfrutaron de la comedia al conocer las supuestas fechorías de Gopher John. Resultó que Gopher John evitó estas horribles formas de castigo, pero las autoridades le obligaron a abandonar Florida en dirección al Oeste. Lo embarcaron en la bahía de Tampa poco después de su captura en 1838. En opinión de McKay, los nativos americanos no eran menos peligrosos que sus aliados negros. McKay escribió en una columna de 1954 que "vagaban por el país, matando ganado y asesinando a mujeres y niños, a t a c a n d o cualquier punto que quedara indefenso, descendiendo rápidamente a las granjas donde el padre, el marido o el hermano estaban ausentes, ultrajando, torturando y masacrando a los ancianos, los débiles y los indefensos". Eran, informó, "incansables como lobos, astutos como zorros y crueles como tigres".⁸⁴ Creía que la mano dura del ejército estadounidense era necesaria y que servía a diversos intereses: esclavistas, aborrecedores de los indios e inversores comerciales. Al eliminar las amenazas al bienestar económico de los colonos blancos de Tampa, estos soldados habían seguido la lógica racista del Destino Manifiesto.

Cualquiera que fuera la motivación principal, sabemos que el ejército emprendió una serie de campañas brutales y, en última instancia, eficaces. Una de sus técnicas más crudas consistía en matar de hambre a los seminolas destruyendo su suministro de alimentos. De hecho, las tropas disparaban rutinariamente al ganado de los indios y destruían sus cosechas con ese fin. Algunas víctimas estuvieron a punto de morir de hambre como resultado de las despiadadas campañas de Jesup. Varias mujeres seminolas incluso mataron a sus hijos pequeños para evitarles la lenta tortura de la desnutrición. Algunos soldados secuestraron a niños. Podemos suponer que la ansiedad de separación de las víctimas era abrumadora en estos casos.⁸⁵

Expulsar a los seminolas de sus tierras implicaba cazar y capturar líderes. Los sucesos más infames de este tipo incluyeron el secuestro por Jesup de los líderes seminolas Osceola y Micanopy en 1837 y 1838, respectivamente. McKay llamó a Osceola, un mestizo étnico, "la figura más pintoresca de la historia india de Florida".⁸⁶

⁸³ McKay *Pioneer Florida*, Volumen 2, 245.

⁸⁴ McKay, "Buckshot", 16-c.

⁸⁵ John K. Mahon, *History of the Second Seminole War, 1835-1842* (Gainesville: University of Florida Press, 1985 [1967]), 243; y Edward E. Baptist, *Creating an Old South: Middle Florida's Plantation Frontier before the Civil War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), 157.

⁸⁶ McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 444.

Pero McKay no era admirador de Osceola, que había ganado notoriedad por matar al agente indio Wiley Thompson en 1835 después de que Thompson se quejara de "la existencia de varios asentamientos no autorizados de negros, indios y españoles (bandas sin ley)."⁸⁷ Sin embargo, las capturas de Osceola y Micanopy fueron controvertidas porque estos líderes habían aceptado las condiciones del gobierno y accedido a trasladarse al oeste. De hecho, Osceola y sus seguidores ya se habían preparado para viajar a la bahía de Tampa, a la espera de ser transportados a Indian Country.⁸⁸ Estos secuestros no pusieron fin al conflicto, pero las acciones dejaron a muchos de los seminolas restantes sin líder, desorientados y con menos poder. McKay no tuvo reparos en referirse a Osceola, que murió poco después de su captura, como "el altivo mestizo".⁸⁹

A pesar de la ferocidad de la campaña militar estadounidense, los seminolas prometieron continuar su lucha tras la captura y muerte de Osceola. Un líder seminola anónimo advirtió a las autoridades estadounidenses en 1839: "Déjennos en paz y no les molestaremos; quédense en sus puestos o en sus casas y no les atacaremos, pero si nos hacen la guerra, lucharemos mientras nos duren las municiones y, cuando se acaben, usaremos el arco y la flecha".⁹⁰ Se mantuvieron desafiantes y resistieron tres años más.

McKay conocía las técnicas del ejército estadounidense y destacaba tres enfoques fundamentales: "primero, la persuasión, incluido el pago de dinero; segundo, la captura por la fuerza; tercero, la captura a traición. Sólo unos pocos fueron conseguidos por persuasión; no muchos fueron capturados por la fuerza, salvo que muchos se rindieron tras años de ser acosados; pero muchos fueron capturados a traición".⁹¹ En el análisis de McKay, la traición era un método de eliminación perfectamente sensato, necesario ante un retador tan resistente.

McKay consideraba a los nativos americanos y a sus aliados negros esencialmente infrahumanos, mientras que veía a sus adversarios como dignos de grandes elogios, subrayando lo que él consideraba el heroísmo de muchos "pioneros". Había pasado años estudiando sus biografías y escribió animados relatos de lo que consideraba su valentía, talento, persistencia, virtud e integridad. "El general [William] Bailey", alardeaba McKay, era "un caballero entrenado y experimentado". Otro floridano digno, informaba McKay, era Lewis Norton, "que será recordado por todos los antiguos combatientes indios del estado como un agudo e implacable remolcador, que superaba a los indios en sus propias tácticas." Y McKay ensalzó las virtudes de Jack Bellamy, tasador de tierras y "prominente plantador". Bellamy también fue vital para el desarrollo de gran parte de las infraestructuras de la región. "Construyó", explicó McKay, "la primera carretera de

⁸⁷ Citado en McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 445.

⁸⁸ Monaco, *La Segunda Guerra Seminole*, 90.

⁸⁹ McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 450-458 y 497.

⁹⁰ Citado en "The Seminole War", *Maumee City Express*, 8 de junio de 1839, 2. Sobre la excepcional persistencia de los seminolas, véase Bruce Vandervort, *Indian Wars of Mexico, Canada, and the United States, 1812-1900* (Nueva York: Routledge, 2006), 128.

⁹¹ Citado en McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 445-146.

diligencias entre Tallahassee y San Agustín".⁹² McKay estaba quizás más impresionado por Leroy G. Lesley, un rico propietario de esclavos que dividía su tiempo entre las batallas y la gestión de su plantación de 150 acres.⁹³ Estos hombres íntegros y patriotas habían desencadenado la revolución del transporte en la zona, modernizado la región y llevado la prosperidad a sus residentes blancos. Por supuesto, este progreso se produjo porque habían arrollado y, en última instancia, expulsado a sus enemigos. Estos innovadores modernizadores habían sentado las bases para el desarrollo comercial y una incipiente economía turística. Tales avances —la construcción de carreteras, líneas de ferrocarril y puentes— sólo fueron posibles después de que los militares hubieran neutralizado y, en última instancia, expulsado a los seminolas. Por encima de todo, McKay quería que los lectores apreciaran lo que él llamaba "las heroicas hazañas de los hombres blancos que trajeron la civilización a Florida".⁹⁴

¿QUÉ PUEDEN ENSEÑARNOS LAS "heroicas hazañas de los hombres blancos" sobre el sindicalismo de principios del siglo XX? ¿Cómo pueden los estudiosos de la gestión relacionar un conflicto dirigido por el gobierno federal durante el periodo jacksoniano con algunas de las actividades rompehuelgas y antisindicales más dramáticas del cambio de siglo? En opinión de McKay, estos pioneros —individuos orgullosos de desatar la violencia para alcanzar objetivos económicos— no merecían más que admiración por ayudar a transformar Florida en un centro comercialmente vibrante de industria y turismo. Adoptaron una serie de valores —en particular, la defensa de la propiedad privada y la voluntad de imponer divisiones jerárquicas de clase y raciales— que las generaciones posteriores de floridanos privilegiados como McKay consideraron admirables. Las fuerzas de élite, incluido el ejército estadounidense y, más tarde, los vigilantes, habían demostrado cómo se podían defender las principales amenazas a sus intereses financieros y empresariales. Y los luchadores privados reconocían que contaban con el respaldo del Estado, incluidos jueces, abogados y políticos electos. Los hombres que ocupaban cargos en el gobierno y permitían este tipo de violencia dieron poder a fabulistas como McKay, cuyos libros y columnas periodísticas enmarcaban estas campañas en términos sencillos y fáciles de digerir. En su relato, la historia de Florida estaba repleta de historias aventureras en las que los buenos se imponían a adversarios irredimibles. Los periodos de la Guerra Civil y la Reconstrucción habían sido puntos bajos, pero sólo temporales: las élites floridanas que siguieron —McKay entre ellas— ayudarían a desarrollar y mantener las normas raciales de Jim Crow y las condiciones laborales de las tiendas abiertas. Durante más de medio

⁹² McKay, "Buckshot," 16-c.

⁹³ McKay, *Pioneer Florida*, volumen 2, 352-358.

⁹⁴ McKay, *Pioneer Florida*, Volumen 2, 572. Los comentarios de McKay refuerzan lo dicho por Cameron B. Strang. Según Strang, "una obsesión por todo lo militar impregnaba la sociedad de élite". Cameron B. Strang, "Violence, Ethnicity, and Human Remains during the Second Seminole War", *Journal of American History* 100 (marzo de 2014): 975.

siglo, McKay contó magníficas historias de triunfos militares y empresariales, enseñando a varias generaciones cómo los "mejores ciudadanos" del estado —los "héroes"— habían resuelto con éxito sus problemas con los indios, los "negros" y los trabajadores.

Por supuesto, hay diferencias obvias entre la Segunda Guerra de los Seminolas y los secuestros de 1901. En una lucharon principalmente fuerzas estatales, mientras que en la otra participaron miembros del sector privado. En una participaron responsables políticos nacionales, mientras que en la otra lucharon élites del sector privado. En el primer conflicto participaron más de 17.000 soldados y voluntarios; en el otro, un centenar de empresarios.⁹⁵ Más de 1.500 soldados estadounidenses murieron en la guerra; una persona pereció durante la campaña de secuestros de Tampa, aunque los huelguistas sufrieron emocional y físicamente. Además, la Segunda Guerra de los Seminolas había sido librada en su mayoría por hombres blancos de clase trabajadora alistados en las fuerzas armadas; en la campaña de secuestros de principios de siglo participaron élites sin miedo a ensuciarse las manos en combate directo. El gobierno estadounidense obligó a 3.824 seminolas a abandonar Florida de forma permanente; no más de unas docenas salieron de Tampa en 1901, y muchos regresaron. El traslado forzoso de los nativos americanos, parte de un proceso de acumulación primitiva, se llevó a cabo internamente en una nación en expansión; los unionistas secuestrados viajaron internacionalmente. Por último, la Segunda Guerra Seminola fue la guerra india más larga y costosa hasta entonces; la campaña de secuestros de Tampa fue un asunto privado que supuso un coste directo escaso para el gobierno federal.

No obstante, las similitudes entre la Segunda Guerra Seminola y la lucha sindical de principios de siglo en Tampa ofrecen a los estudiosos de la historia de la gestión y el terrorismo la oportunidad de identificar conexiones poco estudiadas. Lo más significativo es que el estudio de la Segunda Guerra de los Seminolas nos permite considerar algunas de las formas en que las élites sindicales de principios del siglo XX podrían haber utilizado la historia para justificar diversas formas de violencia, como el hambre, el secuestro, el destierro y el asesinato. Además, podemos identificar frustraciones similares. Las élites de ambos periodos estaban motivadas por agravios económicos: la pérdida de esclavos y los impedimentos al desarrollo capitalista en la década de 1830, y las fábricas ociosas en 1901 y 1910. Además, sus adversarios eran similares en algunos aspectos. Los grupos rebeldes de la era jacksoniana eran racialmente mixtos; los huelguistas de 1901 y 1910 también eran étnicamente diversos. Los fabricantes afectados por las huelgas sufrieron pérdidas financieras, pero experimentaron prosperidad tras las huelgas gracias a la crucial labor del Comité de Ciudadanos. Lo mismo puede decirse de la Segunda Guerra Seminola. Como dijo el historiador James Oakes, "los plantadores blancos salieron victoriosos y más poderosos

⁹⁵ Sobre el número de participantes en la Segunda Guerra Seminola, véase Mahon, *History' of the Second Seminole War*, 225, 241.

que nunca".⁹⁶ Los miembros más privilegiados de ambas campañas ganaron sus respectivas guerras de clases y se granjearon así una considerable admiración en los círculos elitistas de todo el país. McKay conocía esta historia temprana y es probable que se viera a sí mismo como otro hombre blanco superior responsable de realizar "hazañas heroicas".

Dos generaciones de "pioneros" clarividentes habían urdido soluciones a sus problemas laborales, definidos en sentido amplio. Estos hombres planearon y se beneficiaron del colonialismo de los colonos y de la violencia antilaboral. Los escritores de los secuestros de 1901 aplaudieron lo que llamaron "una nueva solución" al llamado problema laboral. Estos informes describían repetidamente la huelga como una guerra, y vitoreaban a los empresarios no identificados responsables de librarla y concluirla en términos favorables a los fabricantes. El históricamente consciente McKay desempeñó un papel central en esta guerra industrial y probablemente fue responsable, al menos en parte, del desarrollo de esta "nueva solución", aunque los detalles precisos de las discusiones que tuvieron lugar en las reuniones del Comité de Ciudadanos están envueltos en el secreto. Sin embargo, esa solución no era totalmente nueva. En sus prolíficos escritos, McKay mostró a los diversos "pioneros" que habían ayudado a resolver lo que las élites consideraban el problema seminola. En ambos casos, los atacantes blancos ofrecieron a sus oponentes —unos 5.000 seminolas y, más de medio siglo después, aproximadamente el mismo número de miembros de La Resistencia— la opción de marcharse voluntariamente o por la fuerza. El Comité Ciudadano deportó a sus oponentes desde Tampa, uno de los lugares donde las autoridades habían centralizado la expulsión de los seminolas décadas antes. En 1901, los miembros del Comité de Ciudadanos dieron el primer golpe, demostrando que estaban dispuestos a recurrir a medidas extremas para resolver sus urgentes problemas laborales. Tras los secuestros, varios de los líderes de La Resistencia que quedaban optaron por marcharse por su cuenta, reconociendo que hacerlo era mucho más seguro que la alternativa. Es de suponer que muchos otros simplemente abandonaron el sindicato antes que salir de la ciudad. Y en ambos casos, los atacantes trataron de amargar la vida a sus adversarios, en parte cortándoles el suministro de alimentos y empeorando sus condiciones de vida.

Pero la similitud más importante tiene que ver con una de las técnicas de gestión más antiguas: divide y vencerás. Los líderes militares de la Segunda Guerra Seminola trataron de dividir a los esclavos fugitivos de los nativos americanos de la misma manera que los arquitectos rompehuelgas enfrentaron a los esquirols con los miembros de los sindicatos durante los conflictos laborales de principios del siglo XX. El secuestro de líderes fue la táctica de divide y vencerás que más éxito tuvo. Es imposible saber si el secuestro de Osceola en 1837 estaba en la mente de McKay en 1901 cuando ayudó a reunir y eliminar a los líderes de la huelga. ¿Su odio hacia los

⁹⁶ James Oakes, "Obra revisada: Slavery in Florida: Territorial Days to Emancipation de Larry Eugene Rivers", *Florida Historical Quarterly* 80 (otoño de 2001): 240; y Paul E. Hoffman, *Florida's Frontiers* (Bloomington: Indiana University Press, 2002), 309-310.

líderes de La Resistencia le recordaba su desdén por Osceola, los esclavos fugitivos y los nativos americanos en general? Podemos especular. Sea como fuere, debemos reconocer las similitudes entre estos dos conflictos, reconociendo las profundas y diversas raíces del secuestro antiobrero llevado a cabo bajo las eternas justificaciones de promover la "civilización" y la "buena ciudadanía". En ambos casos, los atacantes separaron a los dirigentes de las bases con el objetivo de desmoralizar y debilitar la resistencia. Estos "ciudadanos líderes" dejaron debilitados a los manifestantes restantes, que se habían quedado "sin generales ni oficiales".

Centrándonos en estos dos conflictos de Florida, podemos apreciar mejor la relación entre colonialismo (incluida la supremacía blanca) y capitalismo. Este capítulo ha ilustrado la utilidad de establecer conexiones entre el colonialismo de colonos de la era jacksoniana, la acumulación primitiva y la esclavitud, por un lado, y el secuestro antisindical y la explotación laboral de principios del siglo XX, por otro. Poderosos y despiadados "pioneros" dieron forma a estas prácticas terroristas, y este capítulo ha arrojado luz sobre McKay, así como sobre sus colegas, antepasados y héroes.

En las páginas siguientes, exploraremos las formas en que otros opositores privilegiados de los sindicatos y los izquierdistas siguieron los ejemplos de McKay y sus colegas. Lo hicieron como miembros de Alianzas Ciudadanas regionales y nacionales, organizaciones de apariencia reformista que se extendieron ampliamente tras la infame huelga y secuestro de Tampa en 1901. Volveremos a J. West Goodwin, un santurrón periodista como McKay que se consideraba a sí mismo un pionero del movimiento. Aquí ampliaremos nuestra huella geográfica e investigaremos algunas de las formas en que el autodenominado "Cristóbal Colón" del movimiento de la Alianza Ciudadana, unido a otras bandas de terroristas y respaldado por poderosos facilitadores y creadores de narrativas, construyó organizaciones represivas antiobreras en numerosas regiones del país.

CAPÍTULO CINCO

Nacimiento de las alianzas ciudadanas, persistencia de la ley y el orden y creación de mitos a principios del siglo XX

El recién elegido presidente de la recién formada Citizens' Industrial Association of America (CIAA), David M. Parry, expresó una enorme confianza sobre el estado de las campañas antisindicales y antisocialistas a finales de 1903. El líder de la asociación de lucha antisindical dominante en el país, formada por miles de entusiastas devotos de costa a costa, anticipaba un futuro acogedor, caracterizado por fuertes reducciones en el número de huelgas y boicots, menos campañas de organización sindical y un asombroso cese de la agitación socialista. La flamante organización, escribió Parry a sus compañeros terroristas, prometía "demostrar al país que somos sinceros en nuestra determinación de oponernos al taller cerrado y a otros planes socialistas, cuyo triunfo significaría nuestra ruina industrial." Los miembros de la CIAA, que representaban a diferentes sectores de la dinámica economía nacional, ya habían demostrado su valía en numerosas batallas industriales y, en palabras de Parry, "a juzgar por los indicios, me siento seguro al predecir un gran éxito para nuestro movimiento." Parry, que solía llevar dos revólveres cuando salía de su mansión de Indianápolis, explicaba que el movimiento no era egoísta y pretendía beneficiar únicamente a la clase capitalista, sino que él y sus compañeros pretendían "lograr un bien incalculable para la nación."¹

Merece la pena desentrañar el optimismo de Parry y el nombre de la organización que ayudó a dirigir. La palabra "ciudadano" difícilmente denota antisindicalismo o incluso combatividad en general. El término, virtuoso y neutro desde el punto de vista clasista, significa pertenencia a una nación, donde los residentes disfrutaban de ciertos derechos y responsabilidades políticas. Al utilizar esta palabra, Parry y su pandilla habían establecido distinciones tajantes entre su grupo y los miembros de los sindicatos, aquellos que, en opinión de estos empresarios, habían sido culpables de comportarse de forma impropia de la ciudadanía estadounidense. Según Parry y sus aliados, ejemplos de esa conducta impropia eran las huelgas, los boicots y cualquier otra acción que perjudicara a las instituciones económicas y políticas de la nación. La proclamación del industrial de Indianápolis de que la CIAA deseaba promover los intereses de la nación, en lugar de ocuparse de las estrechas preocupaciones de sus colegas empresarios, demuestra el poder del lenguaje; Parry desvió la atención de las

¹ Citado en *The Preliminary Convention of the Citizens' Industrial Association of America, Held at Chicago, October 29 and 30 (1903)*, 2. Según un relato biográfico, Parry "llevaba un revólver automático en cada bolsillo del abrigo y le acompañaba un guardaespaldas fuertemente armado. Era un francotirador y no temía a nadie". Milton Rubincam, "David M. Parry", *Indiana Magazine of History* 34 (junio de 1938): 170.

posiciones de clase privilegiadas de los miembros de la CIAA. De hecho, los miembros de la organización difícilmente constituían una coalición interclasista de patriotas decididos a persuadir a los trabajadores para que trabajaran de forma productiva por el bien del país. Por el contrario, los "mejores ciudadanos" se unieron a ella y la dirigieron, entre ellos un puñado de experimentados guerreros que ya hemos conocido. Para comprender los orígenes de la CIAA y sus organizaciones afiliadas, debemos explorar sus vidas.

Este capítulo tiene dos objetivos. El primero pretende ilustrar la labor retórica que los opositores sindicales de principios del siglo XX dedicaron a la construcción de sus organizaciones. Estos organizadores mostraban más preocupación por las cuestiones de relaciones públicas que los activos en asociaciones anteriores, al darse cuenta de la necesidad de abordar los retos, a menudo caóticos y en ocasiones complicados, relacionados con el lugar de trabajo —huelgas y demandas de los trabajadores de reconocimiento exclusivo— y, al mismo tiempo, ganarse el apoyo generalizado de la opinión pública. Tenían buenas razones para adoptar la retórica de la reforma, ya que los sindicatos habían ampliado su alcance general en el momento de la formación de la CIAA y, en muchos casos, se habían profesionalizado y se habían vuelto más hábiles políticamente; los portavoces sindicales pedían habitualmente a los consumidores que compraran productos fabricados por los sindicatos y exigían a los empresarios que participaran en la negociación colectiva.² En el proceso, los sindicatos se ganaron el apoyo de un número creciente de aliados de clase media y el respeto de algunos círculos reformistas. En esta época, voces ajenas al ámbito de las relaciones laborales expresaron repetidamente su preocupación por el excesivo poder de los monopolios industriales y la presencia del trabajo infantil, al tiempo que insistían en la necesidad de promover la equidad entre los trabajadores y la patronal. Muchos empresarios se adaptaron a este ambiente, impulsado en gran medida por personas de clase media dedicadas a resolver problemas, entre ellas mujeres activistas y profesionales integradas en las universidades del país. Para algunos, esto no suponía ningún reto, ya que tenían acceso a las fuentes de opinión dominantes, como los periódicos, los profesores y administradores universitarios y los líderes eclesiásticos. **Aprovecharon** este clima para utilizar el lenguaje antimonopolista y proclamar su apoyo a los desvalidos de la sociedad. El resultado fue un menor número de Ligas de la Ley y el Orden y de organizaciones de vigilantes autoidentificadas; en su lugar, asistimos al desarrollo de numerosas "Alianzas Ciudadanas" de carácter integrador en comunidades del sur, el oeste y el medio oeste, principalmente, aunque no exclusivamente. Aunque estaban dirigidas por empresarios, las Alianzas Ciudadanas reunían a personas de clase media muy diversa, como clérigos, periodistas, abogados y profesores.

² Los historiadores han llamado al trabajo organizado durante este periodo el "nuevo sindicalismo". David Montgomery, *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), 91-112; y Paul Michel Taillon, *Good, Reliable, White Men: Railroad Brotherhoods, 1877-1917* (Urbana: University of Illinois Press, 2009), 97-102.

Aunque los portavoces de la Alianza de Ciudadanos se presentaban como líderes cívicos diligentes y responsables que prometían ofrecer soluciones progresistas y de ámbito comunitario a los problemas laborales, continuaron con prácticas establecidas décadas antes: una tendencia a ocultar sus asuntos a la opinión pública, una disposición a emplear el miedo, la intimidación y la violencia, y un interés por colaborar con las fuerzas del sector público en nombre del fomento de la "ley y el orden". Los miembros compartían listas negras entre sí, reclutaban rompehuelgas durante los conflictos y trataban de narrar las relaciones obrero-patronales de forma que sirvieran sistemáticamente a los intereses de la patronal. Sin embargo, utilizaron las relaciones públicas con más eficacia que las formaciones de élite anteriores. En lugar de atacar a las "clases peligrosas", las Alianzas Ciudadanas insistían en que su objetivo era proteger a "la gente corriente" contra lo que consideraban amenazas sindicales.³ Pero no debemos confundir el estilo con la sustancia: El movimiento de las Alianzas Ciudadanas —que sonaba inclusivo y justo, y con una afiliación formada por empresarios, abogados, clérigos, un surtido de reformistas y veteranos vigilantes— siguió comportándose de forma represiva empleando diversas técnicas terroristas destinadas a silenciar, desmovilizar y castigar a sus oponentes. A pesar de los intentos de restar importancia retóricamente a sus preocupaciones económicas, esta etapa de represión generada por la élite, al igual que las anteriores, tenía como objetivo ayudar a los operadores de fábricas, minas, ferrocarriles y puertos a alcanzar la prosperidad y el poder a expensas de la gente corriente. A pesar del lenguaje patriótico de Parry, estos hombres antepusieron sus estrechos intereses de clase a los de la nación.

Algunos miembros destacados de la Alianza de Ciudadanos entraron en el nuevo siglo con décadas de experiencia a sus espaldas. El antiguo miembro del Ku Klux Klan N. F. Thompson, por ejemplo, siguió pidiendo acciones represivas en algunas partes del Sur, donde estableció amplias redes con inversores, editó publicaciones proempresariales, promovió actividades antisindicales en múltiples industrias y ayudó a aprobar leyes antilaborales. Tal vez recordando la época de la Reconstrucción, cuando él y sus compañeros del Ku Klux Klan intimidaban y agredían periódicamente a afroamericanos y republicanos por motivos raciales, Thompson, en junio de 1900, pidió la aprobación de una "ley de homicidio justificable" en la reunión de la Comisión Industrial de Estados Unidos.⁴ Dicha ley prometía conceder a los directivos y a los no sindicalistas el derecho a asesinar a los piquetes responsables de impedir que los

³ Citado en U.S. Senate, Subcommittee of the Committee on the Judiciary, Appendix: Maintenance of a Lobby to Influence Legislation: Exhibits Introduced During the Hearings, 63rd Cong., 1st sess, 1913 (Washington: DC: Government Printing Office, 1913), 2676. Al defender públicamente los derechos de la "gente corriente", estos hombres rompieron significativamente con el pasado. Durante siglos, según David McNally, los miembros de las clases dominantes consideraron que "todo lo que era común era peligroso, revoltoso, subversivo, tanto la gente común como las tierras comunes". David McNally, *Monstruos del mercado: Zombies, Vampires and Global Capitalism* (Chicago: Haymarket Books, 2011), 43.

⁴ Chad Pearson, *Reforma o represión: Organizing America's Anti-Union Movement* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016), 184-185.

esquiroles cruzaran los piquetes. No está claro por qué era necesaria una ley así, dado que anteriormente los vigilantes habían gozado de inmunidad por lanzar ataques contra los piquetes, pero los encendidos comentarios de Thompson tuvieron una amplia cobertura. Tres años después, Thompson se convirtió en secretario de la Alianza de Ciudadanos de Birmingham, que trabajó activamente para socavar el movimiento obrero de la región.⁵

Los vigilantes del Oeste hicieron sus propias contribuciones notables al movimiento de la Alianza de Ciudadanos. Tomemos el caso de Wilbur F. Sanders, que había sido el fiscal jefe de los Vigilantes de Montana en la década de 1860 y principios de la de 1870, cuando él y sus compañeros ahorcaron a unos sesenta "infractores de la ley" y expulsaron a otros muchos. Siguió sirviendo a los intereses empresariales como uno de los dos primeros senadores estadounidenses que representaron a Montana y como abogado de la Northern Pacific Railroad en la década de 1890. Reflexionando sobre su vida de joven justiciero, Sanders insistió en 1904 en que había combatido con orgullo "toda forma de corrupción cívica durante cuarenta años y ahora que ha triunfado, sigo combatiéndola".⁶ Además de ser miembro de la CIAA, Sanders era miembro activo de la Alianza de Ciudadanos de Helena.

J. West Goodwin, alguien a quien ya hemos explorado en detalle, fue más influyente que Thompson, Sanders, y quizás incluso Parry, en la construcción del movimiento de tiendas abiertas, uno que buscaba "proteger" a los no sindicalistas de la pesadilla del "dictado" sindical. Más conocido por sus actividades de liderazgo en el movimiento de la Liga de la Ley y el Orden, con sede principalmente en el Medio Oeste, en la década de 1880 y principios de 1890, Goodwin alcanzó notoriedad en los círculos sindicales por promover la lucha armada contra los huelguistas y por estigmatizar a líderes sindicales como Martin Irons. Al mismo tiempo, se ganó un considerable reconocimiento y respeto en los círculos empresariales por su firme compromiso con la promoción del crecimiento capitalista y el dominio empresarial. A finales de siglo, el periodista discapacitado de corta duración siguió arremetiendo contra los empresarios, insistiendo en que dejaran a un lado sus diferencias y se unieran a las asociaciones que atacaban a los trabajadores. Este capítulo explora el crecimiento, las características violentas, los éxitos y los fracasos de las Alianzas Ciudadanas situando a Goodwin en el centro de la acción, o cerca de él. Mi segundo objetivo es evaluar el impacto global de Goodwin, reconociendo tanto sus puntos fuertes como sus debilidades. Goodwin y sus camaradas a menudo exageraron sus logros, omitieron detalles relevantes sobre la fuerza de sus oponentes y simplemente mintieron.

⁵ "Alliance Formed to Stop Strikes", *The Age-Herald*, 23 de julio de 1903, 5; y "New Movement Reaches the City", *Birmingham News*, 22 de julio de 1903, 7.

⁶ Citado en Frederick Allen, *A Decent, Orderly Lynching: The Montana Vigilantes* (Norman: University of Oklahoma Press, 2004), 400.

El "Cristóbal Colón" del Movimiento de Alianza Ciudadana

Sin embargo, debemos dar crédito a quien lo merece, reconociendo que pocos hicieron más por construir la unidad interprofesional de los empresarios al tiempo que irritaban y perjudicaban a los sindicalistas que Goodwin. Su legado siguió siendo fuente de elogios. En octubre de 1900, un escritor de St. Louis reconoció a Goodwin por haber luchado "contra las órdenes ferroviarias organizadas más duramente que ningún otro hombre en Missouri".⁷ Sus logros eran impresionantes, pero ni él ni los movimientos antisindicales que ayudó a encabezar habían conseguido resolver definitivamente los problemas laborales: los sindicatos seguían siendo populares en los círculos obreros y una fuerza potente en muchos lugares de trabajo. Y Goodwin tenía sus propios problemas personales, de los que a veces alardeaba delante de sus compañeros de viaje. En un discurso pronunciado en septiembre de 1900 ante una reunión organizada por la United Typotheatae of America, una asociación patronal, Goodwin bromeó sobre el molesto problema: "He gestionado huelgas durante casi veinte años. He tenido una continua desde 1885 [risas]".⁸

El lado cómico de Goodwin contrasta con sus irascibles respuestas al líder de la huelga de 1886, Martin Irons, y con sus propios problemas personales con su hijo Mark. Pero en este contexto, estaba en compañía de amigos, hombres de ideas afines preocupados por dirigir sus negocios y alcanzar la prosperidad sin enfrentarse al acoso laboral. Muchos otros tuvieron sus propios encuentros desconcertantes y momentos estresantes, y la broma interna de Goodwin sin duda gustó. La diversión compartida, experimentada en la comodidad de un lujoso salón de banquetes de Kansas City, sugiere que el grupo de empresarios, normalmente severo y tenso, apreciaba la oportunidad de escapar temporalmente de la rutina diaria de las tareas de gestión, disfrutando de la oportunidad de bajar la guardia colectiva mientras escuchaban con aprobación a uno de los guerreros de clase más experimentados y consumados de la nación.

Goodwin siguió contando chistes, profundizando en las amistades existentes y ganando otras nuevas, y creando redes en espacios seguros similares de todo el país.

Ni su avanzada edad ni su discapacidad física le impidieron charlar, crear organizaciones empresariales y criticar a los sindicatos. Como explicaba un escritor del *St. Louis Republic* en 1900, "Colonial Goodwin es franco. Siempre va directo al grano, y sus palabras siempre son escuchadas con profundo respeto".⁹ Esto fue cierto cuando ayudó a establecer Alianzas Ciudadanas —esencialmente organizaciones de vigilancia rebautizadas dirigidas por los empresarios— en muchas partes de la nación. De forma bastante inmodesta, este ambicioso combatiente se atribuyó el mérito del lanzamiento

⁷ "Tables Turned on the Schemers", *The St. Louis Republic*, 11 de octubre de 1900, 4.

⁸ "Speech by Mr. J. West Goodwin", *Proceedings of the Annual Convention of the United Typothetae of America Held in Kansas City, Mo., September 24-27 (1900)*, 268.

⁹ "Editors of Missouri Meet to Talk Shop", *The St. Louis Republic*, 18 de agosto de 1900, 8.

del movimiento, diciendo a un camarada de Minneapolis en 1903 que él era "probablemente más responsable de la formación de la primera Alianza de Ciudadanos que cualquier otro hombre en este suelo".¹⁰ Tres años después, en una reunión en Chicago, alardeó de sus supuestos logros sin rival, declarando que él era "el Cristóbal Colón que descubrió la Alianza de Ciudadanos en Missouri". Hablando con la chulería que le caracterizaba, dijo a la admirada audiencia que había "organizado veintisiete o veintiocho ciudades en este país con un éxito considerable, en lo que a una organización se refiere."¹¹ Goodwin no fue ni mucho menos el único organizador, aunque sin duda influyó para ayudar a lanzar y fortalecer lo que se convirtieron en las organizaciones antisindicales más poderosas numéricamente y eficaces políticamente del país. Y al igual que Cristóbal Colón y sus compañeros colonizadores en los últimos años del siglo XV, los activistas de la Alianza de Ciudadanos como Goodwin dejaron a sus víctimas —en su mayoría simpatizantes sindicales de diferentes industrias— en peor situación que antes de su llegada.

¿El "ejemplo de Sedalia"?

La primera Alianza de Ciudadanos, al menos según Goodwin, tuvo un comienzo difícil. Sedalia, que alcanzó una población de unos 15.000 habitantes en 1900, se enfrentó a nuevos desafíos por parte de activistas obreros y de izquierdas, incluido un modesto pero creciente movimiento socialista. Las luchas sindicales y la creciente aceptación de la política radical perjudicaron la imagen que portavoces como Goodwin intentaban ofrecer a posibles inversores, propietarios y solicitantes de empleo no sindicados. En este contexto, Goodwin ayudó a crear la Alianza de Ciudadanos de Sedalia. A finales del verano de 1901, para disgusto suyo y de sus compañeros, el Partido Socialista de Missouri anunció que había elegido Sedalia como sede de su reunión estatal.

¿Cómo ha llegado la ciudad a este punto? Al fin y al cabo, la Liga de la Ley y el Orden de Goodwin, que parece haberse desvanecido en algún momento de la década de 1890, fue celebrada en su día como la primera del país por importantes publicaciones como la revista *The Nation* después de que ayudara a aplastar a los Caballeros del Trabajo en 1886. Portavoces no oficiales como Goodwin habían promovido durante mucho tiempo el crecimiento económico con el objetivo de atraer colonos, pero estos esfuerzos tuvieron consecuencias imprevistas. Los hombres de negocios y los líderes de la comunidad habían creado una atmósfera acogedora que atraía a los inversores, lo que

¹⁰ J. West. Goodwin a E. J. Phelps, 11 de septiembre de 1903, M465 Citizens Alliance of Minneapolis Records, 1903-1953, Rollo 1, Minnesota Historical Society, St.

¹¹ J. West Goodwin, "The Fourth Annual Convention of the Citizens' Industrial Association of America", *The Square Deal* 2 (enero de 1907): 32.

a su vez propició la creación de nuevos lugares de trabajo y la afluencia de buscadores de empleo, entre ellos inmigrantes recién llegados y procedentes de la campiña de Misuri y los estados limítrofes. Muchos de los residentes de Sedalia, muchos de los cuales no habían experimentado la implacable ira de la Liga de la Ley y el Orden de la ciudad, estaban presumiblemente descontentos con sus experiencias en los centros de trabajo industriales. Decidieron afiliarse a sindicatos y participar en organizaciones radicales, incluido el movimiento socialista en expansión. Sedalia albergaba a cerca de un centenar de socialistas cuando la dirección de la organización eligió la ciudad para celebrar su primera reunión estatal en octubre. Como se quejaba una fuente: "Parece que el elemento socialista está ampliamente representado en Sedalia".¹² Los empresarios debieron de preguntarse: ¿qué ha sido del "ejemplo Sedalia"?

Desde la perspectiva de Goodwin y sus aliados en la recién formada Alianza Ciudadana de 2.000 miembros, la perspectiva de una reunión de alto nivel de socialistas en Sedalia, donde representantes de pueblos y ciudades de Missouri —un surtido de militantes sindicales, teóricos marxistas y veteranos del Partido Populista que prometían defender la causa de la solidaridad de la clase trabajadora contra la explotación capitalista y las prácticas del libre mercado— amenazaba con generar una publicidad poco acogedora.¹³ La circulación de ideas socialistas podía causar un daño irreversible a la reputación de la ciudad como bastión de la prosperidad, la cooperación obrero-patronal y la ley y el orden. Los miembros de la clase dirigente de la ciudad habían utilizado las relaciones públicas y la represión pura y dura para resolver sus anteriores problemas de clase, y todo parecía indicar que podrían emplear métodos similares para resolver esta nueva amenaza.

En este contexto, los miembros de la Alianza de Ciudadanos, muchos de los cuales eran veteranos de la Liga de la Ley y el Orden, lanzaron una campaña sostenida para impedir que se celebrara la reunión.¹⁴ Juntos, adoptaron una firme postura de no celebrar ninguna reunión, exigiendo que los socialistas se mantuvieran alejados y que "todos los funcionarios encargados de los edificios públicos de dicha ciudad o del condado de Pettis" impidieran "cualquier reunión socialista o anarquista".¹⁵ Goodwin y sus aliados presionaron enérgicamente a los propietarios, amenazando con condenar al ostracismo a los infractores. La mayoría se unieron.

Estas acciones aparentemente desesperadas demuestran que los miembros de la Alianza de Ciudadanos preferían reprimir a sus adversarios ideológicos en lugar de debatir con ellos, pues creían que la cuestión del socialismo era un tema indigno de un debate caballeroso o de cualquier tipo de atención. Por supuesto, coaccionar a los propietarios de los edificios no era su única opción; los miembros de la Alianza podrían haber ignorado simplemente a sus enemigos políticos, adoptando un enfoque de "vive y

¹² "Sedalia's Alliance", *The Marshall Republican*, 4 de octubre de 1901, 4.

¹³ Sobre el número de miembros, véase *The Butler Weekly Times*, 3 de octubre de 1901, 5.

¹⁴ "Sedalia se opone a los socialistas", *Ottumwa Semi-Weekly Courier*, 26 de septiembre de 1901, 9.

¹⁵ Citado en "Sedalia's Alliance", 4.

deja vivir". Pero esa opción les dejaba vulnerables, permitiendo a los socialistas tener vía libre para reclutar nuevos miembros, establecer una presencia aún mayor y generar atención para las ideas radicales. Estas tácticas de mano dura sugieren que sus miembros eran intelectualmente inseguros y políticamente temerosos. Al mismo tiempo, sin duda consideraban sus tácticas de supresión como políticamente estratégicas, reconociendo que las ideas socialistas tenían un apoyo creciente y generalizado, probablemente incluso más atractivo que los argumentos procapitalistas articulados por las élites en Sedalia y más allá. Al fin y al cabo, las ideas radicales conmovían a los trabajadores industriales obligados a enfrentarse a la rutinaria falta de alegría y al agotamiento del trabajo diario. Como líderes empresariales, presumiblemente habían fracasado a la hora de alterar de forma significativa las condiciones que producían sentimientos de alienación, aburrimiento y fatiga. Los socialistas, cada vez más fuertes gracias a la agitación de sus organizadores, a la popularidad de periódicos como *Appeal to Reason* y a la comprensión colectiva por parte de los trabajadores de la naturaleza de la explotación laboral y la desigualdad de clases, prometieron una salida emancipadora de la monotonía y las incomodidades del trabajo industrial.¹⁶

A pesar de sus persistentes esfuerzos por garantizar que no surgiera ninguna semilla de oposición en Sedalia, Goodwin y sus camaradas no tuvieron éxito en última instancia. Los decididos socialistas acabaron encontrando un eslabón débil en la cadena de la comunidad empresarial: Un propietario de un solar rompió con su clase y permitió a los socialistas montar una gran carpa, lo que supuso una derrota inequívoca para la Alianza de Ciudadanos. Sólo hacía falta una deserción para quebrar la unidad de los empresarios. En este caso, su campaña colectiva de supresión de información, una forma suave de represión, había fracasado decisivamente.

Los socialistas estaban eufóricos y, según la mayoría, la reunión fue un éxito. Aquí se dirigieron a los cerca de 1.000 participantes en la convención acérrimos políticos, como Eugene Debs.¹⁷ Los delegados, vertiginosos por su triunfo organizativo, incluso se divirtieron a costa de sus oponentes. Según los informes, los participantes se divirtieron burlándose de Goodwin y sus camaradas: "La Alianza de Ciudadanos fue bien asada, para regocijo del público".¹⁸ Los asistentes también abordaron temas más serios, como el reciente secuestro de trece dirigentes sindicales en Tampa. El Comité de Resoluciones redactó informes de apoyo a la lucha de los trabajadores tabaqueros de Tampa contra el Comité Ciudadano de esa ciudad, que, como hemos visto, había secuestrado a punta de pistola a los dirigentes étnicamente diversos de La Resistencia

¹⁶ Sobre la popularidad de *Appeal to Reason*, véase Michael Mark Cohen, *The Conspiracy of Capital: Law, Violence, and American Popular Radicalism in the Age of Monopoly* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2019), capítulo 2.

¹⁷ "Will Meet in a Tent", *The Missouri Socialist* 1 (12 de octubre de 1901): 2.

¹⁸ E. Vai Putnam, "Victoria sobre la ignorancia: State Convention is a Great Event for the Socialist Movement", *The Missouri Socialist* 1 (26 de octubre de 1901): 2.

antes de embarcarlos en un velero con destino a Honduras.¹⁹ Está claro que los asistentes hicieron algo más que reírse de esa Alianza Ciudadana, y su voluntad de defender la causa de las víctimas secuestradas ilustró su compromiso con la solidaridad interestatal.

El Comité de Ciudadanos de Tampa —establecido *antes de* la formación de la asociación de Sedalia— fue, en este contexto, más feroz y tuvo más éxito que la organización de Goodwin. No hay pruebas de que los hombres de Sedalia buscaran armarse, secuestrar a socialistas o recurrir a otras formas duras de terrorismo, aunque es probable que aprobaran la acción del Comité Ciudadano de Tampa, ya que llevó a la victoria a los jefes de esa ciudad. Sin embargo, los esfuerzos de supresión de información en Sedalia no fueron una pérdida total para Goodwin y sus camaradas, ya que los socialistas se vieron obligados a dedicar tiempo y energía a estrechas cuestiones logísticas en lugar de a cuestiones organizativas y políticas de mayor envergadura. E. Vai Putnam, un socialista de San Luis, admitió que la Alianza de Ciudadanos "había conseguido impulsar su boicot hasta el punto de casi impedir" la reunión.²⁰ Pero casi no fue suficiente. Puede que Goodwin y sus aliados frenaran temporalmente su ímpetu, pero en última instancia la Alianza no pudo impedir que los socialistas compartieran ideas entre sí en la cuna del movimiento de la Liga de la Ley y el Orden. En este periodo, los otrora jubilados promotores de Sedalia fueron incapaces de mantener lo que *The Nation* había aclamado anteriormente como el "ejemplo de Sedalia": una comunidad armoniosa y firmemente proempresarial que no acogía a sindicalistas y radicales.

Noreste de Pensilvania

Este embarazoso fracaso no sirvió para reprimir los impulsos antilaborales y las ambiciones organizativas de Goodwin. Dos meses después, Goodwin viajó al noreste de Pensilvania, donde ayudó a establecer Alianzas Ciudadanas en Scranton y en comunidades cercanas plagadas por una sucesión de problemas laborales. Allí se encontró con empresarios con ideas, compromisos y objetivos que reflejaban los suyos. Dado el secretismo que caracterizaba a estas organizaciones, carecemos de pruebas directas de los detalles de estas interacciones, pero es totalmente plausible que Goodwin hablara con sus anfitriones sobre las diferentes técnicas que él y sus colegas de Sedalia empleaban para abordar los problemas laborales, incluidas las formas duras y blandas de represión: la necesidad de movilizar a hombres armados para combatir directamente a los huelguistas, los beneficios de incluir a sindicalistas en listas negras y la importancia de asegurar y transportar a los rompehuelgas. Al mismo tiempo, resulta un tanto difícil entender por qué estos hombres solicitaron la ayuda de Goodwin, ya

¹⁹ Putnam, "Victoria sobre la ignorancia", 4.

²⁰ Putnam, "Victoria sobre la ignorancia", 1.

que tenían su propio y largo historial de represión brutal y eficaz de las acciones obreras. Sea como fuere, las pruebas sugieren que el legendario rompesindicatos gozaba de un "profundo respeto".

Los hombres de negocios de Scranton probablemente recordaban a Goodwin a sus amigos y colegas de su país, aunque estos hombres residían en una ciudad considerablemente mayor, con más de 100.000 habitantes, más de cinco veces la población de Sedalia. Al igual que los de Sedalia, los capitalistas de Scranton tenían intereses económicos entrelazados, expresados sobre todo por su participación en la Junta de Comercio, que establecieron en 1867. Por supuesto, las organizaciones empresariales convencionales como las Juntas de Comercio —formadas principalmente para atraer inversiones y centralizar el desarrollo económico— no eran adecuadas para resolver problemas laborales de múltiples niveles, y estos hombres se enfrentaron a una confrontación extraordinaria en otoño de 1901, no muy diferente del drama al que Goodwin y sus colegas de Sedalia se enfrentaron en 1886.²¹

La ciudad más grande y económicamente más productiva del valle de Lackawanna fue escenario de una huelga de tranvías contra la Scranton Railway Company, acompañada de un boicot a los negocios locales afines a ella. El intenso enfrentamiento comenzó después de que la compañía despidiera a dos conductores sindicados a principios de octubre de 1901, lo que provocó la huelga y el boicot. La prensa informó de escenas de manifestantes sabotando las vías y lanzando piedras a los conductores y a los no sindicalizados. Cientos de personas mostraron su furia de formas variopintas, como quemando en efígie a directivos de la empresa y arrojando tomates a los rompehuelgas. La violencia iba en ambas direcciones, y algunos no sindicalistas dispararon a los manifestantes. A los disturbios siguieron una serie de medidas represivas de la policía.²² Al final, los trabajadores consiguieron un modesto aumento tras meses de caos, aunque el suceso creó una considerable polarización que perduró después del enfrentamiento. *El Street Railway Journal* informó de que "la huelga no sólo ha sido una de las más obstinadamente contestadas de las huelgas del ferrocarril urbano, sino que a efectos generales ha sido una de las peores de la historia del valle del Lackawanna".²³ Este desastre de relaciones públicas impulsó a los hombres de negocios a colaborar entre sí, con la esperanza de reparar la reputación de la ciudad como lugar definido por la prosperidad, las relaciones laborales agradables y el dominio patronal.

Las fuerzas policiales locales ayudaron a reducir los casos de violencia generada por los trabajadores, pero la represión ayudó poco a mejorar la imagen de los principales ciudadanos de la ciudad. Los actos de brutalidad exacerbaron las tensiones,

²¹ Burton W. Folsom Jr., *Urban Capitalists: Entrepreneurs and City Growth in Pennsylvania's Lackawanna and Lehigh Regions, 1800-1920* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981).

²² "Mobs in the City of Scranton," *New York Tribune*, 13 de octubre de 1901, 1; y *The Wilmington Daily Republican*, 14 de diciembre de 1901, 2.

²³ "The Scranton Strike Ends," *The Street Railway Journal* 19 (12 de abril de 1902): 468.

produciendo sentimientos de irritación en los barrios obreros mucho después de que los últimos policías blandieran sus garrotes. Reducir el rencor y evitar futuras batallas de clases eran los principales objetivos de los empresarios de la región. Las élites de la ciudad exigían ayuda, y es de suponer que se habían enterado de los logros anteriores de Goodwin en materia de romphuelgas y listas negras. Después de todo, la Liga de la Ley y el Orden de Sedalia se había ganado el respeto de empresarios y observadores de clase media a nivel nacional en la década de 1880, y las campañas de la Alianza de Ciudadanos eran prometedoras. Después de que los capitalistas de Scranton, con ayuda de Goodwin, crearan una, los empresarios de las ciudades cercanas, incluidas Hazleton y Wilkes-Barre, establecieron organizaciones similares. Los detalles de la labor llevada a cabo por estos hombres estaban envueltos en el secreto, pero fueron en gran medida eficaces. Como dijo más tarde un escritor de la *North American Review*: "Con el tiempo se sucedieron las contraofensivas, y estos boicots siguieron su curso".²⁴

La formación de la Alianza de Ciudadanos en la región era, en 1901, la última etapa de una larga serie de escabrosas acciones antiobreras. Durante generaciones, los opositores sindicales habían librado sus propias batallas *sín* la ayuda de misioneros externos como Goodwin. Pensemos en los implicados en la industria más importante de la región, las explotaciones mineras que hicieron de Scranton "la capital mundial de la antracita".²⁵ Durante décadas, los enfrentamientos laborales habían seguido patrones predecibles que implicaban a las fuerzas del capital y del Estado enfrentadas a los trabajadores, una extensa historia que comenzó con una huelga en 1842 en el condado de Schuylkill.²⁶ En las décadas siguientes, los conflictos de clase continuaron y los enemigos de los trabajadores se multiplicaron. Inmediatamente después de la Guerra Civil, Pensilvania fue testigo del desarrollo de la Policía del Carbón y el Hierro, fuerzas policiales financiadas por el Estado y controladas por industrias privadas que rompieron huelgas, enfurecieron a los trabajadores y obligaron a muchos de ellos a organizarse. Las expresiones más contundentes del radicalismo obrero tuvieron como protagonistas a los ferroviarios en 1877, y la movilización anterior de los reservados Molly Maguires, que se organizaron en las regiones mineras. La captura de los líderes inmigrantes irlandeses del sindicato por parte de los detectives Pinkerton ilustró la implicación de otros opositores sindicales: las fuerzas de seguridad privadas. Gracias a la astuta labor detectivesca del agente de Pinkerton James McParland, el Estado ejecutó a veinte miembros entre 1877 y 1879. Los espeluznantes actos de represión, vitoreados por las élites de la región, continuaron en los años posteriores a estas ejecuciones. Los siguientes gobernadores del estado se mostraron siempre dispuestos a ayudar a los empresarios desplegando tropas de la Guardia Nacional contra los huelguistas. Los

²⁴ Henry White, "Los sindicatos en la campaña presidencial", *North American Review* 188 (septiembre de 1908): 378.

²⁵ Folsom Jr., *Capitalistas urbanos*, 38.

²⁶ Paul A. Shackel, *Remembering Lattimer: Labor, Migration, and Race in Pennsylvania Anthracite Country* (Urbana: University of Illinois Press, 2018), 15.

departamentos de policía y los sheriffs locales también sirvieron a los intereses de los empresarios de la región.²⁷

Las élites de Scranton desempeñaron un papel especialmente importante en la lucha contra los trabajadores del ferrocarril y sus partidarios durante las tormentosas semanas del verano de 1877. Ante el aumento de las tensiones de clase a finales de julio, el alcalde Robert McKune pidió a los jóvenes empresarios que formaran una organización contra la huelga, el Cuerpo de Ciudadanos de Scranton. Estos hombres, formados por propietarios de negocios y empleados asalariados de cuello blanco de empresas mineras y ferroviarias, se reunieron, según una fuente simpatizante, "con el mayor secreto, para evitar excitaciones."²⁸ En posesión de numerosos rifles Remington prestados por la Lackawanna Iron and Coal Company, esta milicia capitalista de cincuenta miembros vigiló e intimidó sistemáticamente a los huelguistas y, tras una agresión física al alcalde, disparó contra una multitud, asesinando a tres e hiriendo a muchos otros. Poco después de los asesinatos, William Walker Scranton, licenciado en Yale, organizador del grupo y presidente de la Lackawanna Iron and Coal Company, defendió los **d i s p a r o s** ante la Asamblea Legislativa de Pensilvania: "No quería a ningún hombre que no estuviera dispuesto a disparar a matar". El desvergonzado pistolero explicó que "no queríamos tonterías".²⁹ La movilización del Cuerpo de Ciudadanos, encabezada por orgullosos verdugos deseosos de abatir a tiros a sus antagonistas de clase, fue eficaz. La participación de esta cohorte anterior de hombres en la represión de los disturbios de 1877 pone en tela de juicio la proclamación de Goodwin de que él, y no nadie de una generación anterior, era en realidad el "Cristóbal Colón" del movimiento.

A finales de la década de 1870 no fue la última vez que las élites regionales tomaron las armas con el objetivo de masacrar a sus oponentes. Pocos sucesos fueron tan impactantes para los sindicalistas y sus aliados como la infame masacre de Lattimer, ocurrida dos décadas después de que miembros del Cuerpo de Ciudadanos de Scranton asesinaran a manifestantes y restablecieran el control empresarial sobre la comunidad. El 10 de septiembre de 1897, docenas de hombres de negocios, ayudados por el sheriff James Martin, mataron a tiros a diecinueve manifestantes e hirieron a unos cuarenta en Lattimer, una pequeña comunidad minera del condado de Luzerne. Enfadados por los precios inflados en las tiendas de la empresa y los bajos salarios, unos 8.000 trabajadores inmigrantes cerraron cuatro minas y celebraron una serie de

²⁷ Sobre los Molly Maguires, véase Kevin Kenny, *Making Sense of the Molly Maguires* (Oxford: Oxford University Press, 1998), 213-276; y Wilbur R. Miller, *A History of Private Policing in the United States* (Londres: Bloomsbury Academic, 2019), 134. Para más información sobre el conflicto de clases en la región, véase Harold W. Aurand, "The Anthracite Strike of 1887-1888", *Pennsylvania History: A Journal of Mid-Atlantic Studies* 35 (Npri\ 1968): 169-185.

²⁸ Samuel Crothers Logan, *A City's Danger and Defense or Issues and Results of the Strikes of 1877 Containing the Origin and History of the Scranton City Guard* (Scranton, PA: n.p., 1887), 63.

²⁹ Citado en T. V. Powderly, *Thirty Years of Labor, 1859-1889* (Columbus, OH: Excelsior Publishing House, 1889), 217.

manifestaciones, en las que exigieron un aumento salarial del 15%, la eliminación de las tiendas de la empresa, la posibilidad de elegir a sus propios médicos y el reconocimiento de los sindicatos. Aquel fatídico día, más de 300 manifestantes organizaron una marcha de ocho kilómetros con el objetivo de paralizar la mina de Calvin Pardee and Company.

Un tirador, Edward Turnbach, merece atención por proporcionarnos pistas sobre por qué él y sus compañeros tomaron medidas tan drásticas. Turnbach, que se ganaba la vida vendiendo dinamita como agente de la Atlantic Dynamite Company, con sede en Nueva York, fue entrevistado poco después de participar en este acto terrorista. Explicó que la decisión de él y sus colegas de disparar contra los hombres desarmados, en su mayoría inmigrantes alemanes, polacos y eslovacos que no hablaban inglés, estaba totalmente justificada: "Los huelguistas nos superaban en número y no sabíamos si los alborotadores iban armados o no". Antes de pasar a la cuestión de si él y sus compañeros estaban justificados, debemos considerar el uso que Turnbach hace de la palabra "alborotadores". Su fraseología ilustra que percibía a los manifestantes con evidente desprecio, merecedores de un castigo extremo. Poco comprensivo e indiferente a sus quejas, explicó que los huelguistas habían intentado arrebatar las armas del pelotón y que "los alborotadores se volvieron tan abusivos que fue necesario disparar". Turnbach insistió en que "era necesario tanto por nuestras propias vidas como por la ley y el orden".³⁰

La presión ejercida a nivel local por miembros de la comunidad y líderes eclesiásticos, así como por el gobierno austrohúngaro, obligó a las autoridades a detener y juzgar a setenta y tres de los hombres responsables de los tiroteos, entre ellos Turnbach. El jurado, compuesto por ninguna persona con conocimientos de minería o con vínculos étnicos con la comunidad eslava, se constituyó tras un proceso de dos días.³¹ Durante el **juicio**, los testigos rebatieron la postura de Turnbach de que los disparos estaban justificados. Un redactor del *Wilkes-Barre News Dealer* explicó que la afirmación de Turnbach de defensa propia, que reiteró durante el juicio, estaba "en desacuerdo con todos los demás testigos oídos hasta ahora". Su declaración de que los manifestantes habían intentado llevarse las armas del pelotón carecía de pruebas que la corroboraran. Pero los intereses económicos de Turnbach, subrayó el escritor, coincidían estrechamente con los de los gerentes de la mina. Después de todo, Turnbach les había vendido la dinamita que necesitaban para llevar a cabo sus operaciones diarias. "Con la sangre de hombres honrados en sus manos", concluía el escritor, "su futuro no será envidiable".³² Aunque Turnbach, Martin y las docenas de otros acusados perdieron la guerra de las relaciones públicas, ganaron su caso legal. El juicio, que duró cinco semanas, acabó con una sentencia absolutoria, y los miembros

³⁰ "Tamizando el crimen", *The Jersey City News*, 15 de septiembre de 1897, 1.

³¹ Shackel, *Recordando a Lattimer*, 45-46.

³² Citado en "Strike Fever Abating", *Freeland Tribune*, 20 de septiembre de 1897, 1.

del jurado, al igual que los miembros de la comunidad empresarial regional, enviaron un mensaje claro: las vidas de los inmigrantes de clase trabajadora no importaban.³³

La huelga y la represión respaldada por el Estado continuaron durante un breve periodo tras los asesinatos. Unos 2.500 efectivos de la Guardia Nacional se movilizaron en favor de unas quince empresas carboneras tras los asesinatos. Una empresa, la Lehigh and Wilkes-Barre Coal Company, aceptó un modesto aumento salarial del 10%. Otras ofrecieron algunas mejoras en el lugar de trabajo y aumentos salariales, aunque unas pocas se mantuvieron firmes.³⁴ Los aumentos salariales que consiguieron los mineros no pudieron compensar la devastadora pérdida de vidas humanas y lo que muchos consideraron un error judicial. Los activistas sindicales y sus partidarios experimentaron sentimientos de desmoralización, y la mayoría se vieron obligados a seguir viviendo y trabajando en condiciones miserables y con pocos derechos. "Los mineros", informaba un escritor de la *Revista Socialista Internacional* unos años después de la masacre, "estaban desanimados, acobardados y sin ánimo". Sin embargo, algunos querían reanudar la lucha, aunque sus formidables contrincantes permanecían ostensiblemente inamovibles, aliviados por la decisión del tribunal, que daba prioridad a los derechos de las empresas y los propietarios sobre la salud y el bienestar de las clases trabajadoras. Sin duda, el sistema jurídico había servido de facilitador. Las experiencias de lucha armada contra los activistas obreros, combinadas con su sensación colectiva de alivio tras la decisión del tribunal, habían cimentado aún más los lazos de la clase alta. Los vencedores salieron del tribunal decididos a seguir atormentando a sus oponentes. *La Revista Socialista Internacional* explicaba que, poco después de la masacre, los sindicalistas "que intentaron, en secreto o abiertamente, organizarse fueron 'manchados' y colocados en una lista negra fuera de la región".³⁵

Aquellos que habían testificado contra los tiradores también experimentaron las duraderas incomodidades del ostracismo. William Mailly, reportero del periódico neoyorquino *The Worker*, describió la difícil situación de dos maestros de escuela favorables a los sindicatos que se vieron obligados a abandonar la comunidad porque las autoridades les impidieron votar en las elecciones locales: "Fueron rechazados en las siguientes elecciones porque se atrevieron a decir la verdad y se negaron a ser intimidados para que hicieran lo contrario".³⁶

Evidentemente, el entorno posterior a la masacre era profundamente inhóspito para los críticos de los empresarios, los agentes de la ley y los políticos. Eufóricos y fortalecidos por el tranquilizador resultado legal, los miembros de la clase dirigente de la región aprovecharon al máximo su victoria, disfrutando de la libertad de seguir empleando la intimidación y las listas negras para limpiar su comunidad de aquellos

³³ Shackel, Recordando a Lattimer, 1.

³⁴ Victor R. Greene, *The Slavic Community on Strike: Immigrant Labor in Pennsylvania Anthracite* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 1968), 142; y Shackel, *Remembering Lattimer*, 38.

³⁵ William Mailly, "The Anthracite Coal Strike", *The International Socialist Review* 3 (agosto de 1902): 79.

³⁶ William Mailly, "Historic Ground", *The Worker*, 6 de julio de 1902, 4.

que consideraban excesivamente molestos. El uso de listas negras, un método de gestión promovido y perfeccionado por Goodwin en Sedalia, provocó naturalmente un menor número de partidarios de la negociación colectiva y de votantes favorables a los trabajadores. Con una sensación compartida de invulnerabilidad, los empresarios y sus aliados siguieron manteniendo un control considerable sobre la gente corriente.

Pero no el control total. El Sindicato de Trabajadores Mineros Unidos (UMW) creció significativamente tras la masacre, lo que ilustra las limitaciones del terrorismo generado por la patronal. Sesenta y cuatro sindicatos locales se unieron al sindicato en los meses posteriores a que Turnbach y sus compañeros mataran a tiros a los manifestantes, y muchos de ellos tenían su sede en Hazleton, la ciudad natal de Turnbach.³⁷ Enfurecidos por el curso de los acontecimientos, los inmigrantes estaban especialmente deseosos de unirse, preparándose para futuras luchas de clases. El diario del sindicato señalaba que esta cohorte era más proclive a afiliarse que los nativos: "Los elementos polacos, lituanos y eslavos se están uniendo al sindicato. Los angloparlantes tardan mucho en entrar, sobre todo los estadounidenses".³⁸ Obviamente, los asesinatos, las listas negras y otras formas de terrorismo impuestas por los empresarios no detuvieron la marcha constante del movimiento obrero de la región. Está claro que el crecimiento de la UMW no era un resultado que Turnbach, ni otros miembros de su clase, desearan.

Los miembros del UMW buscaban ansiosamente el reconocimiento de sus empleadores y estaban dispuestos a dejar sus herramientas y abandonar sus lugares de trabajo para lograr este objetivo. Una de las huelgas más grandes, agresivas y consecuentes de la historia de Estados Unidos comenzó en mayo de 1902, cuando unos 140.000 mineros del carbón del noreste de Pensilvania dejaron de trabajar para exigir a sus empleadores un aumento salarial del 20%, una jornada laboral de ocho horas y el reconocimiento del sindicato. La comunidad empresarial, tanto la directamente afectada como la que representaba a otros sectores de la economía, se sintió profundamente alarmada, lo que les llevó a seguir reuniéndose entre sí y a pedir consejo a personas de fuera, entre ellas Goodwin. Goodwin regresó a la región durante la huelga y animó a sus anfitriones a mantenerse firmes frente a las demandas laborales. Un redactor *del Scranton Tribune*, agravado por la creciente agresividad y las acciones disruptivas de los trabajadores, expresó mucho aprecio, llamando a Goodwin el "pionero en la formación de Alianzas de Ciudadanos" y saludándole por su compromiso de "luchar contra la intimidación, los boicots y otras anomalías en tiempos de huelga."³⁹

Carecemos de información básica sobre las discusiones que mantuvo Goodwin con sus anfitriones. "La 'Alianza'", señalaba en julio un redactor de *The Worker*, "celebra sus reuniones en secreto, tiene una contraseña y, lo que es aún más interesante, sus

³⁷ Perry K. Blatz, *Democratic Miners: Work and Labor Relations in the Anthracite Coal Industry, 1875-1925* (Albany: State University of New York Press, 1994), 60.

³⁸ Citado en Blatz, *Democratic Miners*, 60.

³⁹ "Personals", *The Scranton Tribune* f 8 de septiembre de 1902, 5.

miembros tienen que comprometerse a luchar contra las etiquetas sindicales".⁴⁰ El uso de contraseñas, así como este compromiso general con el secretismo, era coherente con otras organizaciones de vigilantes de la clase dominante; tales prácticas seguían tradiciones establecidas por los miembros del Ku Klux Klan del sur y de la Liga de la Ley y el Orden del medio oeste. Podemos especular sobre los temas que trataban los miembros. Los informes de prensa sólo ofrecían vagos informes, incluidos comentarios directos del propio Goodwin. "Donde se ha formado una [Alianza]", explicó Goodwin, "el ambiente se despeja pronto".⁴¹ En esta reunión, Goodwin se mostró más optimista que sincero, presumiblemente olvidando revelar que su propia Alianza de Ciudadanos —la primera del país, según él— había fracasado en su intento de alcanzar un objetivo inicial: impedir que se celebrara una reunión socialista de alto nivel.

Sin embargo, sus anfitriones no eran conscientes de este contratiempo o no estaban dispuestos a criticar a Goodwin por ello, optando en su lugar por destacar sus logros organizativos. Un miembro destacado de la Alianza de Ciudadanos de Scranton explicó a finales de 1906 a una audiencia de voluntariosos luchadores sindicales cómo las múltiples apariciones de Goodwin en la región condujeron al impresionante crecimiento del movimiento: "Llegó allí y puso en marcha un movimiento de alianza ciudadana a petición de algunos ciudadanos de Scranton. Tuvimos un crecimiento fenomenal; pasamos de tener dieciséis miembros tan rápidamente que no podíamos conseguir una habitación lo suficientemente grande para meterlos. Teníamos mil seiscientos hombres en una habitación".⁴² Estos hombres —propietarios de minas, gerentes y empresarios que representaban a diferentes sectores de la economía— presumiblemente experimentaron una sacudida de confianza tras recibir el consejo y el apoyo moral de este experimentado guerrero.

El entusiasmo de los empresarios por unirse a "contraorganizaciones" secretas también era evidente en las ciudades cercanas, incluida Hazleton. El principal líder del movimiento Alianza Ciudadana de esa comunidad no era otro que Edward Turnbach, que presumiblemente buscaba mejorar su imagen cinco años después de participar en el asesinato en masa de Lattimer. A los dos meses de la huelga, Turnbach, quizá encontrando redención personal en el patriotismo, ondeó la bandera estadounidense, proclamando que la Alianza era una organización totalmente justa que respetaba "el trabajo honesto y es amistosa con los sindicatos, porque cree que cuando se conducen en el espíritu de la libertad estadounidense y la libertad personal, y se guían sabiamente, pueden ser de gran beneficio para el asalariado y el capital". Hablando como un liberal de mente abierta, Turnbach proclamó que no tenía problemas ni con los obreros ni con los directivos, sino que simplemente quería que cada parte respetara la ley: "La Alianza reconoce que generalmente hay ovejas negras en ambos lados de las

⁴⁰ "Anti-Boycott Boycotters", *The Worker*, 13 de julio de 1902, 1.

⁴¹ "Personales", 5.

⁴² 26. Williams, "The Fourth Annual Convention of the Citizens' Industrial Association of America", *The Square Deal* 2 (enero de 1907): 27. No figura el nombre de pila.

controversias laborales y compromete a sus miembros a hacer todo lo posible por mantenerlos en el camino recto del deber para con la ciudadanía y las leyes estadounidenses".⁴³ Para Turnbach, "la ciudadanía y las leyes estadounidenses" le obligaban a él y a sus seguidores a rechazar abiertamente las actividades disruptivas del movimiento obrero, incluidos los boicots y las huelgas. Para sus oponentes, tales actividades eran totalmente inmorales y antiamericanas. Como creador de una narrativa con un alcance modesto, Turnbach intentó demostrar que la Alianza de Ciudadanos era una fuerza fundamentalmente virtuosa, que promovía los intereses de la nación más que las preocupaciones comparativamente limitadas de los trabajadores o la patronal.

Turnbach parece haber leído el libro de jugadas de Goodwin. Como mínimo, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que los dos hombres compartían puntos de vista paralelos e historias comparables. Ambos habían formado parte de organizaciones que emplearon la violencia directa contra los trabajadores organizados, y ambos lo hicieron bajo la bandera de la promoción de la ley y el orden. Goodwin recordó repetidamente al público que las fuerzas que él había ayudado a inspirar y movilizar en 1886 respaldaban firmemente a las empresas, los propietarios y los ciudadanos respetuosos con la ley; Turnbach había defendido su participación en el alboroto asesino de 1897 presentándose como alguien preocupado por defender al mismo tipo de personas. Ambos se beneficiaron de entornos posteriores a la huelga en los que "los mejores ciudadanos", buscando proteger la viabilidad económica a largo plazo de sus respectivas comunidades, estigmatizaron, aterrorizaron e incluyeron en listas negras a los activistas obreros. Como miembros del creciente movimiento de la Alianza de Ciudadanos, ambos se presentaron como hombres profundamente patrióticos y de mentalidad justa que equiparaban los éxitos de sus comunidades con la exclusión de los radicales y los activistas sindicales. Dirigidos por estos eminentes hombres, los miembros de la Alianza Ciudadana y los de las comunidades empresariales trataban en general de defender sus intereses de clase al tiempo que empleaban una retórica engañosa diseñada para ganarse la legitimidad pública.

En lugar de llamar la atención sobre los casos de angustia de la clase trabajadora, los portavoces de la Alianza de Ciudadanos y sus partidarios describieron a los manifestantes como incurablemente anárquicos, al tiempo que subrayaban repetidamente ejemplos de imparcialidad por parte de los empresarios. Como explicó un redactor anónimo *del Scranton Tribune*, "la Alianza Ciudadana es noble y ya ha tenido un efecto disuasorio sobre los infractores de la ley". La organización no toma partido entre los operadores y los mineros, simplemente defiende la ley y se puede apelar a cualquiera que haya sido víctima de los boicoteadores".⁴⁴ Al eliminar las divisiones de clase de la ecuación y comparar las huelgas con la violación de la ley, el escritor *del Scranton Tribune* había reciclado aproximadamente las mismas

⁴³ Citado en "Citizens' Alliance", *Freeland Tribune*, 21 de julio de 1902, 1.

⁴⁴ "El presidente Mitchell y la Alianza de Ciudadanos", *The Scranton Tribune*, 11 de julio de 1902, 4.

declaraciones utilizadas por Goodwin y los de la generación de 1886. Estos mensajes aparentemente intemporales sugieren que la disputa de 1902 no fue una clásica contienda entre la dirección y los trabajadores, sino una batalla entre las fuerzas de la ley y el orden, por un lado, y el anarquismo, por el otro.

Durante el enfrentamiento, el otrora gatillo fácil Turnbach subrayó la violencia laboral de la huelga del carbón con el objetivo de ampliar el reclutamiento, invitando a "todo hombre que tenga la hombría de levantarse y hacer valer sus derechos sin miedo" a unirse a "nuestros ciudadanos de espíritu público". Además, la sucursal de Turnbach en Hazleton ofrecía recompensas monetarias por información que condujera a la detención de boicoteadores, dinamiteros, vandalizadores, lanzadores de piedras o cualquier persona responsable de llevar a cabo "cualquier proceso de terrorismo." El hombre que una vez fue juzgado por asesinato anunció que la información que condujera a la detención de cualquier persona por **a s e s i n a t o** recibiría una cuantiosa suma, 500 dólares. La recompensa monetaria que conducía a información sobre los responsables de cometer asaltos era considerablemente inferior, 25 dólares.⁴⁵ Estas maniobras demuestran el valor que Turnbach y sus aliados concedían al establecimiento de relaciones con las autoridades del sector público, aquellas con autoridad para ayudar a los rompesindicatos privados deteniendo, procesando y encarcelando a militantes obreros. Además, al ofrecer incentivos económicos a los residentes dispuestos a colaborar en el proceso de castigo, los miembros de la Alianza de Ciudadanos pretendían demostrar que formaban parte de un frente unido más amplio contra las expresiones de combatividad sindical.

Entrevistado por la prensa, Turnbach explicó los motivos de la campaña de la Alianza de Ciudadanos, anunciando que "el boicot es ilegal, porque es una conspiración, y los medios elegidos se caracterizan por las amenazas, la intimidación, la fuerza, la molestia, la interferencia indebida y la compulsión". En lugar de señalar sus propios intereses financieros, Turnbach declaró que "la conspiración y los boicots deben cesar porque son antiestadounidenses". El abanderado también anunció que su organización se oponía a las formas simbólicas de protesta, incluidos los diversos rituales imaginativos y morbosos de los trabajadores organizados, como colgar a los jefes de las minas de carbón en efigie y "la excavación de tumbas simuladas". Probablemente sometido a estas formas de escarnio público, Turnbach esperaba que todo el peso de la Alianza de Ciudadanos, definida por su apelación a la masculinidad virtuosa, el hiperpatriotismo y la colaboración con los fiscales, detuviera futuras exhibiciones ofensivas. En cualquier caso, las Alianzas Ciudadanas de espíritu público pretendían establecer una confianza pública a largo plazo con los miembros de la comunidad, movilizando la persuasión moral y los recursos financieros contra las expresiones de "anarquía".⁴⁶

⁴⁵ "Alianza de Ciudadanos", 1.

⁴⁶ "Alianza de Ciudadanos", 1.

Pero la violencia y la "anarquía" no se limitaron a un solo bando, aunque los portavoces de la Alianza de los Ciudadanos permanecieron mudos ante los brotes de violencia contra los huelguistas que emanaban de las fuerzas del orden. Un escritor de *la International Socialist Review* documentó las contradicciones, señalando que los miembros de la Alianza "nunca se movilizaron para detener a los diputados borrachos y alborotadores o para condenar a los policías del carbón y del hierro que derramaron la única sangre derramada hasta ahora en la huelga."⁴⁷

Los miembros de la Alianza de Ciudadanos se beneficiaron de contar con muchos aliados en posiciones de poder, incluidos líderes estatales. El gobernador William Stone, republicano y veterano de la Guerra Civil, ayudó a los operadores enviando tropas estatales, que reforzaron los múltiples actos de matonismo de la Policía del Carbón y del Hierro. En julio, Stone envió a 1.500 guardias nacionales, lo que costó unos 1.000.000 de dólares.⁴⁸ Tales acciones demostraron a los activistas sindicales que el gobernador, los guardias y los miembros de la Alianza de Ciudadanos estaban unidos y, por tanto, lejos de ser actores neutrales o intermediarios honestos. Los portavoces sindicales, algunos de los cuales fueron bombardeados con quejas de trabajadores de base maltratados por la policía y los vigilantes terroristas, hicieron hincapié en las estrechas relaciones entre los empresarios y el gobernador. En palabras de uno de ellos: "Al ayudar a los 'operadores' en su contra, sólo está pagando sus deudas políticas con los hombres que suministraron los fondos de su campaña y le pusieron en el cargo".⁴⁹

El drama captó la atención del país. Observadores de lugares tan lejanos como California condenaron con firmeza la forma en que los manifestantes trataban a los no sindicados: "Llegan informes de todas las secciones de que hombres no sindicalizados y otros están siendo disparados o apaleados".⁵⁰ Las incesantes protestas y la exposición nacional molestaron a dirigentes políticos, empresarios y funcionarios de policía. Al menos uno de los responsables de repartir castigos, el sheriff del condado de Lackawanna, Charles Schadt, expresó su irritación por su incapacidad para controlar la situación a finales de septiembre. Indignado porque muchos manifestantes habían impedido a los antisindicalistas "ejercer su derecho al trabajo", solicitó ayuda adicional al gobernador Stone, lo que dio lugar a una fructífera colaboración con el ayudante general Thomas Stewart. Schadt y Stewart hablaron sobre el desmoronamiento de la ley y el orden, lo que llevó a Stewart a sugerir que el sheriff depute a los miembros de la Alianza de Ciudadanos.⁵¹ Es posible que Stewart supiera que sus miembros, entre ellos

⁴⁷ Maily, "The Anthracite Coal Strike", 82.

⁴⁸ Craig Phelan, *Lealtades divididas: The Public and Private Life of Labor Leader John Mitchell* (Albany, NY: State University of New York Press, 1994), 179; y Gary Jones, *American Cossacks: The Pennsylvania Department of State Police and Labor, 1890-1917* (tesis doctoral, Lehigh University, 1997), 28.

⁴⁹ "A los mineros de Pensilvania", *The Worker*, 20 de julio de 1902, 1.

⁵⁰ "Reign of Terror Exists in Coal Fields of Pennsylvania", *Santa Barbara Weekly Press*, 25 de septiembre de 1902, 1.

⁵¹ "Scranton Troop is Called", *Omaha Daily Bee*, 23 de septiembre de 1902, 1; y "Troops to Quell Riotous Strikers", *The Guthrie Daily Leader*, 23 de septiembre de 1902, 1.

Turnbach, habían mostrado anteriormente su disposición a emplear sin reparos la violencia directa, incluido el asesinato. Turnbach, de cincuenta y cuatro años, no pudo participar en estas despiadadas operaciones, ya que estuvo postrado en cama durante semanas antes de morir de una enfermedad no revelada, pero no faltaban hombres armados dispuestos a ayudar a los patrones a reanudar las operaciones.⁵² El gobernador Stone había encargado más de 1.100 agentes adicionales de la Policía del Carbón y del Hierro. Cuántos eran miembros de la Alianza de Ciudadanos sigue siendo una incógnita, aunque no cabe duda de que protegían los intereses de la patronal mientras brutalizaban a los manifestantes con sus armas.⁵³

Aunque los trabajadores se llevaron la peor parte del terrorismo sancionado por el estado, los miembros de la clase capitalista y sus aliados expresaron su agradecimiento. George Baer, el presidente social darwinista del Ferrocarril de Filadelfia y Reading, por ejemplo, felicitó a Stone "por la espléndida respuesta de la Guardia Nacional".⁵⁴ El abogado local C. O. Burkert, haciéndose eco de Baer, saludó a los Guardias Nacionales por poner "fin a muchos actos mezquinos de intimidación".⁵⁵ Al igual que la Policía del Carbón y el Hierro y los vigilantes, la Guardia Nacional fue un activo fiable que ayudó a los jefes de las minas a reanudar la producción.

La masiva y a menudo revoltosa huelga atrajo la atención de los más altos funcionarios de la nación, incluido el presidente Theodore Roosevelt. Preocupado por las consecuencias de una huelga prolongada para los hogares y las empresas, Roosevelt deseaba desesperadamente que se pusiera fin a la huelga, y en octubre se puso en contacto con John Mitchell, jefe del UMW, para organizar una reunión y discutir una solución. Además, la administración del presidente convenció a J. P. Morgan —el barón ladrón obscenamente rico que poseía muchas de las minas y líneas ferroviarias de la región— para que aceptara la formación de un comité de arbitraje de siete personas. En ese momento, Mitchell desconvocó la huelga y la mayoría volvió al trabajo, con la esperanza de que el cálculo del líder obrero señalara el inicio de un proceso destinado a resolver sus numerosas quejas. El comité, que no contaba con representantes de los trabajadores, se encargó de encontrar soluciones a largo plazo para los conflictos de la región, una ruptura con las prácticas anteriores. A diferencia de presidentes anteriores, como Benjamin Harrison, Grover Cleveland y William McKinley, Roosevelt había dado prioridad a la imagen de neutralidad frente a la realidad de las acciones favorables a las empresas, negándose a enviar tropas federales. Los casos de represión, como hemos visto, fueron llevados a cabo localmente por los sheriffs, la Policía del Carbón y el Hierro y los milicianos estatales, mientras que los miembros de la Alianza de Ciudadanos parecen haberse mantenido al margen, donde emitieron condenas de la

⁵² "Muerte de Edward Turnbach", *Freeland Tribune*, 29 de septiembre de 1902, 1.

⁵³ Jones, "American Cossacks", 30.

⁵⁴ George Baer a William Stone, 1 de agosto de 1902, William Stone Papers, Pennsylvania State Archives, Harrisburg, Pennsylvania.

⁵⁵ C. O. Burkert a William Stone, 31 de julio de 1902, Stone Papers.

violencia laboral, omitiendo selectivamente los casos de matonismo patrocinado por el Estado. Roosevelt guardó silencio sobre los estallidos de brutalidad antiobrera.

En comparación con otras disputas recientes, Roosevelt se comportó de forma mucho menos represiva que sus predecesores. Cabe destacar el contraste con los enfrentamientos de Coeur d'Alene, donde las tropas federales y estatales, con ayuda de las Ligas de la Ley y el Orden, detuvieron y encerraron a los sindicalistas en "corrales de toros". Mientras que los presidentes Harrison y McKinley consideraron los castigos directos como la mejor forma de actuar en 1892 y 1899, respectivamente, Roosevelt optó por una vía que otorgaba cierto protagonismo a las distintas partes interesadas: sindicalistas, no sindicalistas, empresarios y el público. El comité, formado por conocidos juristas y empresarios, realizó muchos viajes de investigación a las regiones mineras y celebró numerosas reuniones antes de elaborar un informe en marzo de 1903. Los miembros del comité concedieron a los mineros un aumento salarial del 10% y una jornada laboral de nueve horas, pero no pidieron a los empresarios que reconocieran a la UMW como unidad de negociación exclusiva de los mineros.⁵⁶ Ninguna de las partes consiguió todo lo que quería y, por un momento, la administración Roosevelt pareció haber logrado una importante victoria en las relaciones públicas nacionales, que ha seguido influyendo en la forma en que los historiadores han evaluado su relación con los sindicatos. Según la opinión popular, el gobierno federal bajo su liderazgo había pasado de ser, como dijo un observador, "un rompehuelgas a un pacificador".⁵⁷

Pero no debemos tomarnos al pie de la letra el juicio de los eruditos dominantes. Debemos investigar las condiciones sobre el terreno y examinar el contenido clave del informe de 257 páginas de la comisión. Aunque Mitchell y la dirección de la UMW se mostraron satisfechos con el resultado, los miembros de base, los que lucharon con más pasión para conseguir el reconocimiento del sindicato, expresaron su decepción. Según un informe del *Wilkes-Barre Record*, "los propios mineros no están satisfechos con el laudo y casi todos ellos se han manifestado insatisfechos".⁵⁸ No deben sorprendernos las expresiones de insatisfacción, ya que el propio informe reforzaba los principales valores empresariales de los miembros de la Alianza de Ciudadanos por al menos dos razones. En primer lugar, al negarse a reconocer a la UMW, la comisión legitimó *el principio* extremadamente explotador del open-shop, un sistema gerencial incompatible con la negociación colectiva. El informe proclamaba que los no sindicalistas debían disfrutar de los mismos derechos que los afiliados a los sindicatos.

⁵⁶ Nathan Miller, *Theodore Roosevelt: A Life* (Nueva York: Quill, 1992), 376.

⁵⁷ Susan Wilson, "President Theodore Roosevelt's Role in the Anthracite Coal Strike of 1902," *Labor's Heritage* 3 (marzo de 1991): 4-23. Véase también Greene, *The Slavic Community on Strike*, 205; Leon Fink, *The Long Gilded Age: American Capitalism and the Lessons of a New World Order* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2015), 56; y Heather Cox Richardson, *To Make Men Free: A History of the Republican Party* (Nueva York: Basic Books, 2014), 159.

⁵⁸ Citado en Joe Gowaskie, "John Mitchell and the Anthracite Mine Workers: Leadership Conservatism and Rank-and-File Militancy," *Labor History* 27 (invierno de 1985-6): 56.

Al promover este esquema, el informe ofrecía una legitimidad adicional al *movimiento* represivo *de* la tienda abierta. Era bastante explícito en este punto: "El sindicato no debe asumir ni interferir en la gestión de los negocios del empresario". Además, el informe exigía que los activistas sindicales se abstuvieran de presionar "al hombre que decide ejercer su derecho al trabajo, ni de interferir con aquellos que no consideran que el sindicato ofrezca el mejor método para ajustar las reclamaciones." En esencia, el informe pedía la creación de un UMW totalmente mutilado, que los comisionados y Roosevelt esperaban que dejara de practicar dos actividades elementales fundamentales para cualquier organización laboral genuina interesada en conseguir beneficios para sus miembros y en crecer: presionar a los empresarios y reclutar miembros.⁵⁹ Sin embargo, el lenguaje del informe era música para los oídos de los opositores sindicales, que lo elogiaron regularmente tras su publicación. Roosevelt llamó a este sistema de relaciones laborales "el Square Deal".

En segundo lugar, el informe recomendaba el desarrollo de una fuerza policial estatal profesional, que surgió dos años más tarde. En 1905, el gobernador republicano de Pensilvania, Samuel Pennypacker, siguió este consejo haciendo caso omiso de las enérgicas objeciones de numerosos líderes sindicales de todo el estado. Los sindicalistas, muchos de los cuales habían sido golpeados y aterrorizados en luchas anteriores con los Guardias Nacionales y la tristemente célebre Policía del Carbón y el Hierro, consideraban totalmente inaceptable la formación de otra fuerza represiva; se referían insultantemente a la policía estatal como "los cosacos de Pennypacker."⁶⁰ Los críticos sindicales tenían razón en sus apreciaciones generales. Durante décadas, los "cosacos de Pennypacker" aterrorizaron a huelguistas y activistas sindicales, desde las remotas regiones mineras del estado hasta sus diversos centros de producción siderúrgica.⁶¹ Estas dos propuestas, que mejoraban el control empresarial aumentando la protección de la propiedad y los derechos de los esquirols, reflejaban los principales objetivos de prácticamente todas las organizaciones antiobreras de finales del siglo XIX y principios del XX.

Es difícil saber cuánto contribuyó Goodwin a estos logros en el noreste de Pensilvania y más allá. Podemos concluir con seguridad que su participación fue mucho menos influyente que los papeles desempeñados por los actores represivos del sector público: Schadt, Stewart, Stone, Pennypacker y, sobre todo, Roosevelt. Sin embargo,

⁵⁹ Anthracite Coal Strike Commission, Report to the President on the Anthracite Coal Strike of May-October, 1902 (Washington, DC: Government Printing Office, 1903), 64.

⁶⁰ Citado en Samuel Whitaker Pennypacker, *The Autobiography of a Pennsylvanian* (Filadelfia: The John C. Winston Company, 1918), 381; y David R. Berman, *Governors and the Progressive Movement* (Boulder: University of Colorado Press, 2019), 183.

⁶¹ Charles McKeever a James Maurer, 10 de enero de 1911, en *The American Cossack*, ed. James Maurer (Nueva York: Arno Press y New York Times, 1971, 35). James Maurer (Nueva York: Arno Press y New York Times, 1971), 35; Robert J. Wheeler, "The Bethlehem Strike: A Revolt of Slaves", *International Socialist Review* 10 (abril de 1910): 879-880; y Robert Hessen, "The Bethlehem Steel Strike of 1910", *Labor History* 15 (invierno de 1974): 3-18.

podemos señalar pruebas de que Goodwin motivó a los opositores sindicales más decididos de la región —quizás incluidos asesinos notorios como Turnbach— para crear, promover y dirigir Alianzas Ciudadanas. Además, a pesar de los informes que afirman lo contrario, Goodwin no fue un pionero. Los informes de prensa y los luchadores sindicales directos hablaron elogiosamente del experimentado hombre del Medio Oeste, atribuyéndole falsamente el mérito de encabezar un movimiento en una región en la que los empresarios ya habían creado organizaciones terroristas y se habían movilizado eficazmente contra diversos desafíos de los activistas sindicales.

Medio Oeste y Oeste

Mientras la comisión de Roosevelt se reunía para encontrar soluciones duraderas a los problemas laborales de los propietarios de minas en el noreste de Pensilvania, Goodwin volvió a la carretera, ayudando a establecer Alianzas Ciudadanas en numerosas regiones del Medio Oeste y de las Montañas del Oeste, como en Joplin y Springfield, Missouri; Pittsburg, Kansas; Bloomington, Illinois; y Billings y Helena, Montana. En estas comunidades, Goodwin se encontró con cientos de hombres de ideas afines, incluidos veteranos de batallas anteriores y recién llegados. Goodwin creó nuevas organizaciones y actuó como asesor de otras ya establecidas, como la poderosa Alianza de Ciudadanos de Minneapolis, una organización formada por empresarios que representaban a múltiples industrias de diversos tamaños.⁶² Allá donde iba, Goodwin se encontraba con empresarios impacientes que compartían su intenso desdén por las paralizantes campañas de boicot, protestas y huelgas de los sindicatos. Estos hombres también compartían un interés común por emplear técnicas, incluidas las extralegales, para resolver sus respectivos retos.

Durante sus encuentros, Goodwin insistió en que sus compañeros de la Alianza de Ciudadanos debían mantener un estricto secreto y utilizar sin vacilar tácticas de miedo cuando fuera necesario. Escribiendo en septiembre de 1903 a E. J. Phelps, presidente de la Alianza de Ciudadanos de Minneapolis, Goodwin señaló que el "secretismo de la organización es uno de los mayores elementos de fuerza". Constituía una fortaleza, insistía Goodwin, porque fomentaba el miedo en los círculos sindicales. Y el miedo, explicó, implicaba "muchos castigos ocultos". "De hecho", continuó Goodwin, "infunde terror en sus filas".⁶³

⁶² "Merchants Revolt", Free Press, 17 de enero de 1903, 2; "A Citizens' Alliance", Abilene Weekly Reflector, 22 de enero de 1903, 10; "Merchants to Resist Boycotts", The St. Louis Republic, 9 de mayo de 1903, 3; The Dillon Tribune, 17 de julio de 1903, 4; "Works Hard for Harmony", The Butte Inter Mountain, 21 de julio de 1903, 2. Para más información sobre el antisindicalismo en las Ciudades Gemelas, véase William Millikan, *A Union Against Unions: The Minneapolis Citizens' Alliance and Its Fight Against Organized Labor, 1903— 1947* (St. Paul: Minnesota Historical Society Press, 2001).

⁶³ J. West Goodwin a E. J. Phelps, 11 de septiembre de 1903, M465 Citizens Alliance of Minneapolis Records, 1903-1953, Rollo 1, Minnesota Historical Society, St. Al parecer, Goodwin exigió que, según

La cándida promesa de Goodwin de promover el uso de "castigos ocultos" y el "terror" huelguístico contra los sindicalistas y los activistas de izquierdas coincidió con las actividades organizativas de otros muchos, entre los que se encontraban viejos vigilantes y estrellas en ascenso. Esto quedó claro a finales de septiembre de 1903, cuando, tras numerosos viajes de reclutamiento, Goodwin se unió a otros once en Chicago, donde anunciaron sus planes de formar una organización nacional dirigida por los más devotos críticos y guerreros sindicales. Merece la pena considerar los antecedentes de algunos de los responsables de establecer lo que se convirtió en la enormemente poderosa Citizens' Industrial Association of America (CIAA). A la cabeza de este ilustre grupo estaba David M. Parry, un acaudalado fabricante de carruajes de Indianápolis y presidente de la Asociación Nacional de Fabricantes (NAM). Ernst F. DuBrul, de la National Metal Trades Association (NMTA) de Cincinnati, un joven y ambicioso organizador licenciado en Notre Dame y Johns Hopkins, era otro líder que se había convertido en una autoridad en cuestiones de economía política. Frederick W. Job, secretario de la Chicago Employers' Association y antiguo presidente de la Illinois State Board of Arbitration, dirigió muchas de las tareas logísticas de la organización.⁶⁴ También destacaba James C. Craig, líder de la Alianza de Ciudadanos de Denver, que contaba con 14.000 personas. Craig, antiguo inversor inmobiliario afincado en Chicago, había desempeñado un papel vital en la creación de contraorganizaciones en todo Colorado, donde los intransigentes huelguistas atormentaban una y otra vez a los propietarios de las minas. Bajo su liderazgo, los miembros de la Citizens' Alliance, muchos de los cuales se inspiraron en los secuestradores de Tampa, dirigieron una serie de campañas de expulsión de miembros de la WFM de varios puntos calientes de la huelga.⁶⁵ Estos hombres, alentados por el tan cacareado "Square Deal" de Roosevelt, proclamaron que "El 'taller abierto' es la base de esta organización".⁶⁶ Por encima de todo, Goodwin y sus colegas se comprometieron entre sí, prometiendo promover los intereses empresariales al tiempo que aterrorizaban directamente a los obreros disidentes, lo que implicaba castigos ocultos y no ocultos.

Algunos no ocultaron su determinación de infligir castigos. Tomemos el caso de Craig, de Denver. En algún momento de finales de 1902 o principios de 1903, se reunió con Job y varios periodistas en Chicago, donde anunció el objetivo general de la Alianza

Frederick W. Smith, "todas las reuniones de una asociación se celebraran sólo después de que los participantes juraran guardar el secreto". Frederick W. Smith, *The Amazing Storm: Business Answers to the Labor Question, 1900-1920* (Nueva York: Garland Publishing, 1986), 51.

⁶⁴ Sobre Job, véase Andrew Wender Cohen, *The Racketeer's Progress: Chicago and the Struggle for the Modern American Economy, 1900-1940* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 133— 134.

⁶⁵ "Idaho Springs, Like Tampa Drives the Agitators Right Out", *American Industries* 2 (15 de agosto de 1903): 3; "To Expel Agitators", *The Topeka State Journal*, 3 de agosto de 1903, 7; "Resented By Union", *Evening Star*, 3 de agosto de 1903, 2; y "The Debt of Unionism to the Citizens' Alliance", *The Worker*, 14 de febrero de 1904, 1. Sobre la fuerza de la Citizens' Alliance de Denver, véase David Brundage, *The Making of Western Labor Radicalism: Denver's Organized Workers, 1878-1905* (Urbana: University of Illinois Press, 1994), 146-150, 157-159.

⁶⁶ "Luchar por la tienda abierta", *The Minneapolis Journal*, 30 de septiembre de 1903, 10.

de Ciudadanos de Colorado: "Nos desharemos de esa Federación Occidental de Asesinos aunque tengamos que matar a cada uno de ellos".⁶⁷ Craig hizo este comentario desquiciado poco después de que unos desconocidos mataran a dos rompehuelgas y a Arthur Collins, uno de los fundadores de la Alianza Ciudadana regional y gerente de la mina Smuggler— Union de Telluride, en noviembre de 1902. En estrecha colaboración con la Guardia Nacional y con el apoyo del gobernador de Colorado, James Peabody, miembro de la Alianza de Ciudadanos, los vigilantes patronales desencadenaron una serie de espeluznantes ataques en los meses posteriores a la declaración incendiaria de Craig.

Poco después de que los hombres lanzaran el llamamiento a organizarse a escala nacional, docenas de opositores sindicales, incluida una cohorte considerable procedente de las feroces escenas de batalla de Colorado, viajaron al ornamentado Kimball Hall de Chicago a finales de octubre, cuando la CIAA se hizo realidad. Más de 300 participantes —religiosos, periodistas, abogados y empresarios en primera línea de lucha— se congregaron para compartir notas sobre cómo construir lugares de trabajo abiertos, combatir la propagación del anarquismo y el socialismo, y promover los intereses fundamentales de los empresarios. Aquí, los delegados —desde ciudades de Nueva Inglaterra como Bridgeport, Connecticut, y Worcester, Massachusetts, hasta lugares de la costa oeste como San Francisco, California, y Spokane, Washington, así como muchos otros lugares— desarrollaron una constitución, establecieron varios comités, fijaron una cuota y prometieron reunirse muchas veces más. Creían que la formación de la CIAA constituía un paso crucial hacia la construcción de una base duradera capaz de enfrentarse directamente, y en última instancia debilitar, a un movimiento obrero cada vez más audaz y combativo.

La reunión congregó a estudiantes, profesores y practicantes del terrorismo antilaboral. La delegación de Colorado logró una merecida atención, ya que recientemente habían conseguido expulsar del estado a más de dos docenas de sindicalistas. En julio, unos 500 miembros de la Liga Protectora de Ciudadanos de Idaho Springs (Colorado) habían demostrado cómo obtener resultados claros, y podemos imaginar que los asistentes a la conferencia felicitaron a estos hombres —principales comerciantes y banqueros impulsados por el lema "Los que aportan el capital deben dirigir los negocios"-. Primero la ley y el orden, después la política, los credos y los sindicatos".⁶⁸ Entre los numerosos temas que trataron los delegados figuraban las técnicas violentas para romper huelgas. Muchos asistieron a seminarios impartidos por duros vigilantes y eruditos del problema laboral. Novatos ambiciosos como DuBrul se codeaban con luchadores expertos como N. F. Thompson y Wilbur F. Sanders. Thompson y Sanders, que habían ayudado a dirigir dos de las asociaciones de

⁶⁷ Citado en "Mine Owners May be Arrested For Colossal Murder Conspiracy", Chicago Daily Socialist, 1 de julio de 1907, 1.

⁶⁸ Citado en George G. Suggs Jr. Colorado's War on Militant Unionism: James H. Peabody and the Western Federation of Miners (Norman: University of Oklahoma Press, 1991; 1972), 77.

vigilantes más notorias del siglo XIX, entendían sin duda el significado completo de la frase "castigos ocultos". Lo más probable es que Goodwin disfrutara reencontrándose con sus camaradas de diversas partes de la nación. Juntos, estos hombres estaban deseosos de compartir conocimientos, aprender, plantear quejas y ampliar sus redes. Estas actividades esclarecedoras y generadoras de confianza aumentaron la solidaridad entre los países y generaron una mayor confianza general. El Presidente Parry la calificó de "muy notable" por enviar un mensaje a la nación "de que hay que imponer la ley y el orden y que no se va a tolerar la dominación de clase sobre la industria".⁶⁹

Representantes de múltiples comunidades salieron de esta histórica reunión sintiéndose reconfortados y llenos de energía, decididos a luchar contra los sindicatos reivindicativos y los socialistas bajo la bandera de "la ley y el orden". Esto fue especialmente evidente en las tumultuosas comunidades mineras de Colorado, como Cripple Creek, Telluride y Victor, donde los sindicalistas, organizando una serie de huelgas y boicots, exigieron de forma sostenida la jornada laboral de ocho horas y el cierre de los talleres. Sus oponentes, organizados en la Asociación de Propietarios de Minas y la Alianza de Ciudadanos, estaban igualmente decididos a explotar sus minas y fábricas sin interrupción con trabajadores no sindicados. Es difícil hacer justicia a sus polifacéticas campañas de castigo en un solo capítulo dedicado a un movimiento extendido por gran parte de la nación. Pero debemos reconocer que en algunas partes del estado se produjeron muchos conflictos sorprendentes en los que intervino un número considerable de participantes beligerantes tanto del sector público como del privado. Los historiadores han esbozado estos enfrentamientos en profundidad. Para nuestro propósito, volveremos a la cuestión de las expulsiones, ilustrando la importancia duradera de las operaciones de secuestro y expulsión, orquestadas por asociaciones conjuntas de los sectores público y privado y llevadas a cabo con impunidad. Goodwin no parece haber tenido mucha influencia directa aquí, aunque los luchadores sindicales de la región adoptaron técnicas que se asemejaban a las acciones de confrontación de la Liga de la Ley y el Orden.

Los brutales opositores sindicales de Colorado parecen haber encontrado el mayor valor en las técnicas utilizadas por los arquitectos rompehuelgas en Tampa y Coeur d'Alene, lugares donde los activistas patronales detuvieron a sindicalistas, suprimieron mensajes a favor del sindicato e importaron no sindicalistas desde lejos con el pleno respaldo de las autoridades estatales. En primer lugar, consideremos las actividades en Telluride, donde el gobernador Peabody había declarado la ley marcial y la milicia — totalmente respaldada por los propietarios de la mina— expulsó a numerosos sindicalistas a principios de enero de 1904. Los que se quedaron se encontraron con un entorno enormemente hostil: las autoridades confiscaron las armas de los sindicalistas,

⁶⁹ Citado en "Prest [sic] D. M. Parry Talks of Unions", *The Minneapolis Journal*, 17 de noviembre de 1903, 9. Para consultar la lista de asistentes, véase *The Preliminary Convention of the Citizens ' Industrial Association of America, Held at Chicago, 29 and October 30 (1903)*, 6-11.

impusieron un toque de queda, censuraron los periódicos favorables al sindicato y promulgaron leyes contra la vagancia. Muchos de los expulsados acabaron regresando en marzo, poco después de que expirara la ley marcial, lo que desencadenó una feroz respuesta por parte de la Alianza de Ciudadanos de Telluride, compuesta por 100 miembros. Armados con rifles Winchester, unos cincuenta de estos opositores a la WFM celebraron una sesión de planificación y motivación en el edificio del First National Bank antes de movilizarse en escuadrones que lanzaron una serie de redadas nocturnas sistemáticas. Dirigidos por Bulkeley Wells, el presidente de la mina Smuggler— Union, educado en Harvard y capitán de la Tropa A de la Guardia Nacional de Colorado, y John Herron, de la mina Tomboy, la turba arrancó de sus camas a unos ochenta miembros y simpatizantes de la WFM y los obligó a entrar en una celda provisional, donde hicieron guardia durante la noche. A la mañana siguiente, empujaron a los prisioneros a un tren y les exigieron que no regresaran jamás.⁷⁰

No todas las víctimas eran huelguistas. Los miembros también aterrorizaron al socialista y comerciante más prominente de Telluride, A. H. Floaten. La turba armada irrumpió en la casa de Floaten y le golpeó con la pistola hasta que se sometió mientras su esposa, que lloraba, miraba impotente, conmocionada por el comportamiento de los gamberros. Tras someterlo, los terroristas, sin ningún remordimiento, hicieron marchar al hombre asustado y descalzo por las calles llenas de nieve. Poco después de la redada, una fuente simpatizante explicó que el "único delito de Floaten consistía en ser un socialista activo".⁷¹ Los "mejores hombres" de Telluride tenían tolerancia cero con los izquierdistas, independientemente de su posición de clase, molestos porque gente como Floaten, presidente de la People's Supply Company, había introducido ideas subversivas en la comunidad. Estos asaltantes demostraron cómo obtener resultados, y en el proceso hicieron que Floaten tuviera la cabeza sangrante y los pies fríos. Al destituir a un destacado socialista, la Alianza Ciudadana de Telluride había logrado un objetivo que Goodwin y sus camaradas de Sedalia no pudieron alcanzar años antes.

Poco después de su traslado forzoso, las desilusionadas víctimas, incluido Floaten, solicitaron una reunión con el gobernador Peabody. A pesar de los múltiples intentos, no lo consiguieron. Mientras tanto, las noticias sobre las salvajes redadas acapararon los titulares nacionales, lo que significaba que Peabody —el facilitador más poderoso y visible del estado— estaba al tanto de ellas. En lugar de denunciar a los "mejores hombres" por participar en una campaña sostenida de matonismo, Peabody, reforzando los objetivos de Craig, exigió que los miembros de la WFM se desarmaran y, en el

⁷⁰ Morris Friedman, *Pinkerton Labor Spy* (Nueva York: Wilshire Book Company, 1907), 123-124; y Maryjoy Martin, *The Corpse on Boomerang Road: Telluride's War on Labor, 1899-1908* (Montrose, CO: Western Reflections, 2004), 241-249. Para más información sobre Floaten, véase David R. Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920: Socialists, Populists, Miners, and Wobblies* (Boulder: University of Colorado Press, 2007), 141-142.

⁷¹ Friedman, *Pinkerton Labor Spy*, 124.

espíritu del Square Deal de Roosevelt, dejaron de desafiar a los no sindicalistas y a la dirección. Un escritor de *The Worker*, observando las fluidas relaciones público-privadas, señaló que el estado estaba dirigido por "gobernantes sin ley".⁷²

Floaten, como otros, no pudo regresar a su país. Al igual que Martin Irons tras la huelga de 1886, tuvo que hacer frente a las innumerables dificultades del destierro, aunque permaneció en el estado. Regresar a Telluride, o a otras comunidades mineras, no era una opción, ya que muchas regiones seguían estando estrechamente controladas por miembros de la Alianza de Ciudadanos, y estos hombres continuaban acorralando y expulsando a los sindicalistas y a sus partidarios. Algunas campañas de expulsión, como la que obligó a Floaten y a docenas de miembros de la WFM a marcharse, fueron asuntos muy coercitivos, parecidos a las prácticas maliciosas de los vigilantes del siglo XIX. Otras fueron más sutiles. Muchos sindicalistas y sus simpatizantes, conscientes del potencial de los estallidos de turbas dirigidas por empresarios, se rindieron en lugar de mantenerse firmes. Algunos huyeron de sus comunidades después de que "misteriosos incendios" destruyeran sus hogares.⁷³

Los agentes conjuntos público-privados de Colorado y otros lugares justificaron sus acciones autoritarias apelando al principio de "ley y orden". Consideremos, por ejemplo, los casos de Cripple Creek y Victor, centros de fuerza sindical al sur de Denver. Al igual que en Coeur d'Alene años antes, los miembros de la Alianza de Ciudadanos de estas comunidades, en colaboración con sus compañeros de Joplin, Missouri, importaron a cientos de no sindicalistas de ese estado a finales de 1903, lo que provocó una serie de enfrentamientos. El suceso más mortífero ocurrió el 6 de junio de 1904, cuando unos desconocidos dinamitaron el andén del depósito de trenes de Independence, lo que provocó la muerte de trece no sindicalistas.⁷⁴ En lugar de investigar imparcialmente este incidente, los opositores sindicales descontrolados continuaron con sus alborotos. En Victor, los miembros de la Alianza de Ciudadanos, cooperando con las tropas estatales e imitando los esfuerzos de represión narrativa llevados a cabo años antes en Coeur d'Alene, destruyeron la oficina del periódico pro-sindicalista *The Victor Record* y deportaron a uno de sus reporteros, H. J. Richmond, a finales de junio. Encabezado por el director de la mina de Ophir, Henry Dahl, un comité de siete hombres con rifles Winchester dio a Richmond sólo cinco minutos para abandonar Victor.⁷⁵ Docenas de

⁷² "La guerra de clases en Colorado", *The Worker*, 19 de junio de 1904, 1.

⁷³ "Military Outrages!", *Appeal to Reason*, 2 de julio de 1904, 1; y Suggs Jr., *Colorado's War*, 118-145. Las campañas incendiarias diseñadas para expulsar a los izquierdistas y a los residentes que apoyaban al sindicato reflejaban las acciones de las turbas supremacistas blancas en lugares cercanos. La historiadora Kimberly Harper señala las formas en que las turbas racistas incendiaron casas para obligar a los afroamericanos a abandonar las comunidades de Joplin, Missouri. Kimberly Harper, *El cielo de los blancos: The Lynching and Expulsion of Blacks in the Southern Ozarks, 1894-1909* (Fayetteville: The University of Arkansas Press, 2010), 83.

⁷⁴ Además de ganarse una reputación por sus mafias racistas, Joplin siguió siendo una importante fuente de no sindicalistas. Jarod Roll, *Poor Man's Fortune: White Working-Class Conservatism in American Metal Mining, 1850-1950* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020), 125.

⁷⁵ "Destruction of the Victor Record Office", *Appeal to Reason*, 25 de junio de 1904, 3; y "Newspaper Man

otros desafortunados miembros de la WFM en el condado de Teller, bajo el mando del ayudante general Sherman Bell, un antiguo director de mina y camarada cercano de Theodore Roosevelt desde sus días de Rough Rider en la guerra hispano-estadounidense, fueron colocados en un tren con destino a Kansas, donde sus intimidadores les exigieron que nunca regresaran. Cuando más tarde le preguntaron por qué había dado este audaz paso, Bell, que recibía financiación directa de sus acaudalados amigos de la Alianza de Ciudadanos, respondió que "es una necesidad militar. Son hombres contra los que no se pueden especificar delitos, pero su presencia se considera peligrosa para la ley y el orden."⁷⁶ Mientras tanto, los Guardias Nacionales desalojaron por la fuerza a docenas de mineros sindicalizados de Cripple Creek hacia la frontera estatal de Nuevo México. En total, esta operación privada-pública de limpieza sindical fue responsable de la expulsión de 225 hombres.⁷⁷ Aunque Bell omitió detalles sobre los métodos salvajes de la Alianza de Ciudadanos mientras proclamaba su propia dedicación a la lucha contra el crimen, quienes simpatizaban con las víctimas compararon estos ultrajes con la feroz conducta de los miembros del Ku Klux Klan del sur. "El Ku Klux Klan capitalista", informó *The Worker* a finales de julio, "deporta a más mineros".⁷⁸

El prisionero de más alto perfil arrestado bajo la orden de "necesidad militar" de Bell fue Charles Moyer, presidente de la WFM. Moyer pasó casi tres meses en una prisión de estilo corral sin enfrentarse a cargos formales después de que los hombres de Bell le detuvieran a finales de marzo de 1904. En respuesta a lo que consideraba un arresto y encarcelamiento inconstitucional, Moyer apeló al sistema judicial, y el caso llegó hasta el Tribunal Supremo de Estados Unidos. En 1909, el Tribunal falló por unanimidad a favor del gobierno estatal en el caso *Peabody contra Moyer*. Los miembros de la Alianza de Ciudadanos no mataron al líder de la WFM, pero sin duda le ralentizaron, asegurándose de que no pudiera desempeñar sus funciones como líder durante uno de los conflictos de clase más dramáticos de principios del siglo XX.⁷⁹

Aunque estas actividades brutales y dictatoriales condujeron a arrestos y

Deported", *Appeal to Reason*, 25 de junio de 1904, 3.

⁷⁶ Citado en *A Report on Labor Disturbances in the State of Colorado, From 1880 to 1904, Inclusive*, ed., Carroll D. Wright (Washington, DC: Government Printing Office, 1905), 267. Carroll D. Wright (Washington, DC: Government Printing Office, 1905), 267. Sobre el trabajo de Bell como gerente, véase Elizabeth Jameson, *All That Glitters: Class, Conflict, and Community in Cripple Creek* (Urbana: University of Illinois Press, 1998), 104.

⁷⁷ Joseph G. Rayback, *A History of American Labor, Expanded and Updated* (Nueva York: The Free Press, 1966), 236.

⁷⁸ "More Outrages in Colorado", *The Worker*, 24 de julio de 1904, 1. Jameson, *All That Glitters*, 225. El historiador Thomas Andrews se ha referido a este tipo de represión antihuelga como "guerra sucia". Thomas G. Andrews, *Killing for Coal: America's Deadliest Labor War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2008), 243.

⁷⁹ Sobre la detención de Moyer, véase "Another Crime in Colorado", *The Toiler*, 29 de abril de 1904, 1. Sobre el caso ante el Tribunal Supremo, véase "Moyer Turned Away", *Appeal To Reason*, 30 de enero de 1909, 1.

deportaciones, el número total de muertes de la WFM fue bajo a pesar de la proclamación anterior de Craig sobre su determinación de masacrarlos a todos. Las tropas mataron a un miembro de la WFM en un tiroteo en Dunnville en junio de 1904. Varios otros, golpeados por el dolor, se suicidaron después de experimentar la maldad del proceso de deportación.⁸⁰ El hecho de que la mayoría sobreviviera no disminuye sus sentimientos de trauma y desilusión. Después de todo, las víctimas no pudieron disfrutar de libertades constitucionales básicas, como el derecho a reunirse, hablar, imprimir, portar armas, recibir el debido proceso en un tribunal de justicia o, en muchos casos, incluso vivir en sus propios hogares. Estas condiciones opresivas provocaron sentimientos persistentes de extrema amargura y angustia. Un escritor de *Appeal to Reason* identificó "escenas desgarradoras representadas alrededor" de una de las escenas de deportación: "Mujeres con el corazón destrozado; niños que se desmayaban aterrorizados por el suspense; madres ancianas que decían a sus hijos lo que muchos pensaban que era un último adiós, pues mucha gente creía que a los exiliados les esperaba una masacre en algún lugar de las montañas".⁸¹ Mientras tanto, en un descarado alarde de relaciones públicas, la Alianza de Ciudadanos de Cripple Creek encargó 3.000 botones para la solapa del abrigo con la inscripción "No pueden volver". Según un periódico de Abilene, Kansas, "se espera que todo hombre del distrito que se oponga a la Federación Occidental de Mineros lleve el lema."⁸²

No deben sorprendernos los ejemplos de campañas de propaganda coercitiva ni los diversos métodos duros, blandos e híbridos de represión. Después de todo, los actos de intimidación, los casos abiertos de violencia y el enfrentamiento de sindicalistas contra hombres leales de la compañía, fueron practicados rutinariamente por vigilantes endurecidos como Sanders, Thompson y Goodwin en el siglo XIX. Los terroristas de Colorado probablemente conocían —y probablemente apreciaban— esta historia. Además, no debemos confundir la sustancia con el estilo, reconociendo que los caballeros de Colorado, a menudo bien vestidos, adoptaron repetidamente prácticas similares a las del Ku Klux Klan, incluida la supresión de fuentes de noticias, la confiscación de armas de fuego de los trabajadores, el incendio de viviendas y la expulsión de activistas de la ciudad. "Muchos hombres", señalaba a finales de 1903 Charles E. Sumner, partidario del sindicato, "creen que la tela ancha y el lino fino no pueden conocer la mancha del crimen".⁸³ Reflexionando sobre sus actos de matonismo sin paliativos, el historiador Robert Justin Goldstein afirmó que sus acciones "superaban en ferocidad y brutalidad a cualquier otra de la historia laboral estadounidense hasta ese momento."⁸⁴ El secretario-tesorero de la WFM en aquella

⁸⁰ "Continúan los ultrajes capitalistas en Colorado", *The Worker*, 17 de julio de 1904, 1.

⁸¹ "The Bull Pen", *Appeal To Reason*, 25 de junio de 1904, 2.

⁸² "También una marca para balas", *Abilene Weekly Reflector*, 30 de junio de 1904, 10.

⁸³ Charles E. Sumner a I. B. Melville, 11 de noviembre de 1903, 1903 Telluride Strike, FF-11, colección James Peabody, Archivos Estatales de Colorado, Denver, Colorado.

⁸⁴ Robert Justin Goldstein, *Political Repression in Modern America: From 1870 to the Present* (Cambridge, MA: Schenkman Publishing, 1978), 72.

época, William D. Haywood, escribió más tarde que las Alianzas Ciudadanas de Colorado eran "la fuerza directora de todo el terrorismo contra los sindicatos de la Federación Occidental de Mineros."⁸⁵

Podemos imaginar que Goodwin se sentía tremendamente satisfecho con el resultado de estas cruzadas terroristas. Al fin y al cabo, él era responsable, al menos en parte, de la creación de la Alianza de Ciudadanos de Joplin, que había proporcionado a los matones de Colorado, bien vestidos, un flujo constante de rompehuelgas. Los rompehuelgas de Colorado, que contaban con el respaldo casi total de la clase política del estado, demostraron una renovada sensación de poder y, en noviembre de 1904, el número de miembros en todo el estado había crecido considerablemente, alcanzando un máximo de 30.000 aproximadamente.⁸⁶ Sin embargo, la influencia de Goodwin aquí probablemente no era más importante para estos beligerantes que la de otros empresarios-combatientes que hemos investigado, incluidos los terroristas de Coeur d'Alene y Tampa. Antes de que estallara la guerra de las minas de Colorado, los opositores sindicales de esas regiones demostraron el valor de secuestrar a miembros de los sindicatos a punta de pistola y suprimir las fuentes de información favorables a los sindicatos.

Por su parte, Goodwin se mantuvo ocupado. Más cerca de casa, los compañeros de Goodwin en Sedalia y San Luis continuaron en primera línea contra los sindicatos en nombre de la defensa de "la ley y el orden". A finales de 1903, San Luis contaba con una organización fuerte y segura de sí misma, la Citizens Industrial Association of St. Louis (Asociación Industrial de Ciudadanos de San Luis), que celebraba reuniones periódicas, colaboraba con personas ajenas al ámbito de las relaciones laborales —funcionarios encargados de hacer cumplir la ley, líderes religiosos y políticos— y publicaba un periódico, *The Exponent. Un periódico de ley y orden dedicado al bienestar del pueblo.*

Las élites de San Luis —una asamblea mixta que representaba a diferentes sectores de la economía con un orgulloso historial de aplastar huelgas, despedir a miembros de sindicatos y poner a dirigentes en listas negras en las décadas de 1870 y 1880— se habían vuelto algo complacientes a finales de la década de 1890. Las élites de los sectores privado y público seguían siendo fervientes promotores y ávidos miembros de organizaciones empresariales y culturales. Pero estos hombres se mostraron menos dispuestos a formar asociaciones explícitamente antisindicales. Por desgracia para ellos, sus anteriores actividades terroristas no consiguieron erradicar el "problema laboral". A finales de siglo, numerosos trabajadores de diversos lugares de trabajo de San Luis, como maquinistas, camioneros y trabajadores de tranvías, exigían reconocimiento y

⁸⁵ William D. Haywood, *El libro de Bill Haywood: The Autobiography of William D. Haywood* (Nueva York: International Publishers, 1929), 97. Para más información sobre Peabody, véase John P. Enyeart, *The Quest for Just and Pure Law: Rocky Mountain Workers and American Social Democracy, 1870-1924* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2009), 149-155, 170-171.

⁸⁶ Suggs Jr., *Colorado's War on Militant Unionism* (La guerra de Colorado contra el sindicalismo militante), 152.

dignidad, y a menudo recurrían a acciones directas, como huelgas y boicots, para lograr sus objetivos.

Ningún grupo de sindicalistas demostró tanto su frustración por los abusos y la explotación de los directivos como los trabajadores del tranvía. A finales de la primavera de 1900, iniciaron una encendida protesta contra la St. Louis Transit Company después de que su director, Edward Whitaker, despidiera a más de 3.000 trabajadores que habían exigido mejores condiciones. Whitaker contrató a no sindicalistas para ocupar sus puestos, una medida incendiaria que provocó violentas erupciones por toda la ciudad. Esta huelga, apoyada por una serie de activistas de la clase trabajadora, se había convertido en una de las más dramáticas del país, recibiendo una amplia cobertura en los periódicos nacionales. Los manifestantes amenazaron a los rompehuelgas, destruyeron propiedades e impidieron la circulación de los tranvías. Las mujeres fueron especialmente combativas.

Los opositores al trabajo organizado, tanto de dentro como de fuera de la ciudad, denunciaron estas acciones, que dañaban gravemente la imagen de paz y prosperidad que las élites habían intentado cultivar durante tanto tiempo. Por ejemplo, durante una visita a San Luis durante la huelga, N. F. Thompson, de Alabama, utilizó un lenguaje bastante pintoresco para describir el caos: "se sacrificaron vidas humanas, se destruyeron propiedades de forma gratuita, se aterrorizó al sentimiento público, se paralizaron industrias y se hizo sufrir a las mujeres crueldades e indignidades que avergonzarían a un hotentote". Thompson estaba horrorizado, ofendido porque muy pocos espectadores habían condenado lo que él llamaba los "diabólicos males" que amenazaban a "Dios, el país, la civilización y la humanidad".⁸⁷

Thompson ofreció una interpretación previsiblemente parcial, ignorando cualquier mención a los casos de represión respaldados por las élites. Al principio, la represión fue silenciosa. Al principio, las fuerzas policiales se limitaron a vigilar a los rompehuelgas, reacias a utilizar todo su poder.⁸⁸ Frustrado por su reticencia a emplearse a fondo, el gobernador demócrata Lawrence "Lon" Vest Stephens hizo uso de su autoridad para establecer una *posse comitatus*, formada por unos mil hombres bajo la dirección del sheriff republicano de San Luis, John A. Pohlman. Se trataba en su mayoría de residentes con éxito económico y buenas conexiones, hombres dispuestos a disciplinar a sus oponentes en nombre de la defensa de la ley y el orden. El espíritu de 1886 quedó patente el 10 de junio, cuando dispararon contra una multitud, matando a

⁸⁷ "Col. Thompson on Industrial Matters", The Weekly Mercury, 4 de julio de 1900, 7. Para más información sobre el comportamiento de los huelguistas y sus partidarios, véase Stephen H. Norwood, *Strikebreaking and Intimidation: Mercenaries and Masculinity in Twentieth Century America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), 40-41.

⁸⁸ Dina M. Young, "The St. Louis Streetcar Strike of 1900: Pivotal Politics at the Century's Dawn", *Gateway Heritage: Quarterly Journal of the Missouri Historical Society* 12 (verano de 1991): 4-17; y James F. Baker, "The St. Louis and Suburban Streetcar Strike of 1900", *Missouri Historical Review* 101 (julio de 2007): 226-245.

tres personas e hiriendo a catorce.⁸⁹ La "Masacre de la Avenida Washington", aunque no tan mortífera como la matanza de Lattimer tres años antes, demostró un ejemplo más de la insaciable demanda de subordinación laboral por parte de las élites. Pohlman, haciéndose eco del sentimiento transmitido por Turnbach tras los asesinatos de Lattimer, se mantuvo desafiante, proclamando el 11 de junio que la matanza era "justificable".⁹⁰ Al día siguiente, N.F. Thompson, hablando en Washington, D.C., ante la Comisión Industrial, consiguió la atención de todo el país por defender la promulgación de una "ley de homicidio justificable" diseñada para proteger a los rompehuelgas, a los directivos y a todos los opositores a los disturbios laborales y al "sindicalismo obligatorio".⁹¹ Es probable que Thompson —un viejo estudioso de los problemas laborales que se remontan a sus años de formación, cuando su familia de Middle Tennessee poseía y explotaba esclavos— quisiera que Pohlman, estos "empresarios responsables" y las futuras generaciones de tiradores de piquetes disfrutaran de una mayor protección legal. Louis, la empresa siguió manteniéndose firme, negándose a despedir a los trabajadores no sindicados y reticente a aceptar un acuerdo de empresa cerrada después de que un número considerable de ellos volviera al trabajo a principios de julio.⁹² La huelga terminó formalmente en septiembre; el número de muertos ascendió a catorce. Los miembros de la clase dominante de St. Louis aprendieron, una vez más, la utilidad de emplear la intimidación y la violencia.

Los veteranos de la Liga de la Ley y el Orden, irritados por los persistentes problemas laborales, desempeñaron un papel decisivo en el restablecimiento del dominio de los directivos poco después de la huelga de tranvías. Aquella huelga ilustró la urgencia de emprender una acción colectiva decisiva. Les enseñó la importancia de aprovechar viejas redes, emplear relaciones públicas inteligentes y desarrollar relaciones con los diversos miembros de la comunidad. En palabras de la historiadora Rosemary Feurer, la recién creada Asociación Industrial de Ciudadanos de San Luis fusionó "los intereses cívicos con los empresariales".⁹³ Esto queda claro cuando examinamos las palabras de sus principales portavoces. Consideremos el caso de Anthony Ittner, ex congresista estadounidense, próspero fabricante de ladrillos y uno de los aliados de Goodwin en la Liga de la Ley y el Orden de los intensos días de lucha de clases de mediados de la década de 1880. Ittner, la primera persona que se unió a la organización —a la que en 1907 denominó "Asociación amante de la libertad, patriótica, respetuosa de la ley y que hace cumplir la ley"— lamentó que él y sus compañeros no formaran parte de un grupo sindicalista formal durante la huelga de tranvías: "Pueden estar seguros de que si nuestra Asociación hubiera existido en el

⁸⁹ Citado en Young, "St. Louis Streetcar Strike", 11-12; y Walter Johnson, *The Broken Heart of America: St. Louis and the Violent History of the United States* (Nueva York: Basic Books, 2020), 178.

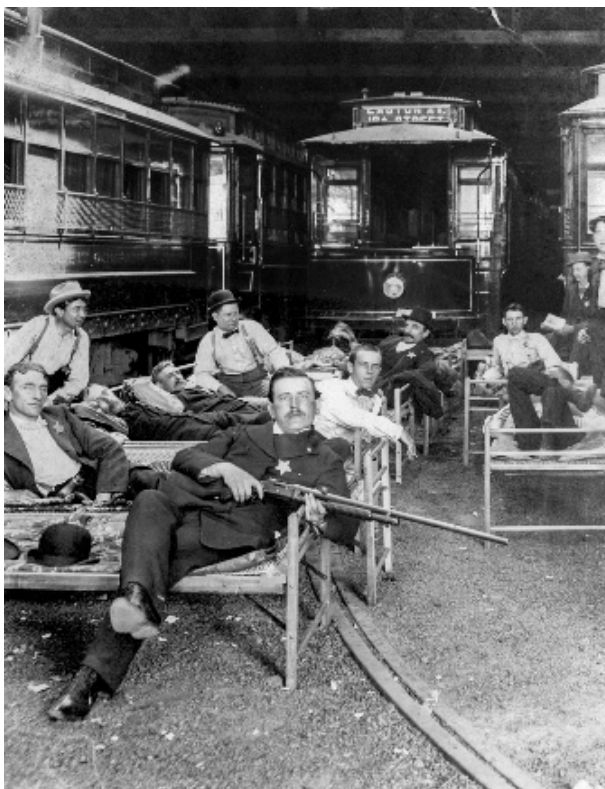
⁹⁰ "Descriptions of the Riot", *The St. Louis Republic*, 12 de junio de 1900, 1.

⁹¹ "Thompson ataca a los sindicatos", *The Age-Herald*, 13 de junio de 1900, 1.

⁹² "Street Railway Strike is Settled", *The St. Louis Republic*, 3 de julio de 1900, 1.

⁹³ Rosemary Feurer, *Radical Unionism in the Midwest, 1900-1950* (Urbana: University of Illinois Press, 2006), 8.

momento de nuestra gran huelga de tranvías, no se habrían producido ciertas anomalías, como desnudar a las mujeres y arrojarles barro en nuestras calles más importantes por ejercer su legítimo privilegio de viajar en tranvía".⁹⁴ El veterano guerrero de sesenta y nueve años pronunció estas palabras con un claro sentido de la urgencia, tratando de convencer a la gente amante del orden y que buscaba la prosperidad, tanto a nivel local como fuera de la ciudad, de que los juiciosos servidores de la nueva asociación estaban plenamente comprometidos a resolver los futuros problemas laborales por el bien de San Luis. El establecimiento y crecimiento de la organización significó que conocidos forasteros como N. F. Thompson ya no podían hacer críticas embarazosas de su preciada ciudad.



Louis. Los "Empresarios Responsables" descansan de aterrorizar a los manifestantes del tranvía. (Colección George Stark, Sociedad Histórica de Misuri, San Luis, Identificador: NO 1213)

Los líderes de la organización se mantuvieron intransigentes y nada les angustiaba más que las continuas demandas de los trabajadores de cerrar los talleres. Ittner lo dejó claro en 1906. El taller cerrado, en su opinión, "es sin excepción la peor maldición que

⁹⁴ "Opiniones de ciudadanos conocidos", *The Exponent* 4 (enero de 1907): 13.

ha caído sobre este país". Era peor, declaró, que "las guerras, las pestes, los ciclones, las inundaciones, los terremotos, los incendios y todos los demás males de los que es heredera la humanidad". Los hiperbólicos comentarios de Ittner sugieren que quería hacer creer a los lectores que los ciudadanos de la ciudad, independientemente de su posición de clase, tenían un enemigo común: los peligrosos sindicalistas que exigían derechos exclusivos de negociación, que amenazaban con infligir a la sociedad un futuro catastrófico y casi invivible. Tales exigencias, que Ittner caracterizó como "venenosas e implacables", tenían un impacto adverso no sólo en los empresarios, sino también en los solicitantes de empleo que no estaban interesados en afiliarse a sindicatos y en los miembros de la comunidad que buscaban la armonía. Ittner —que contribuyó a debilitar el poder de los sindicatos supervisando el establecimiento de programas de formación de aprendices controlados por la patronal— tendió una rama de olivo a los trabajadores de base, invitándoles a rechazar el sindicalismo y a "unirse en esta ciudad por el bien de la ciudad y del Estado, y declararse a favor del 'open shop'".⁹⁵

Los miembros de la Asociación Industrial de Ciudadanos de San Luis, al igual que los del noreste de Pensilvania y Colorado, tenían mucho que aprender de veteranos como Ittner, Thompson y Goodwin. Los miembros se reunían con frecuencia en el edificio Odd Fellows de la ciudad, un espacio seguro para los terroristas. Allí discutían formas de detener las prácticas coercitivas e "ilegales" de los sindicatos y, como otros, se comprometían a mantener el secreto. Por ejemplo, para proteger la privacidad de la organización durante una reunión celebrada en noviembre de 1903, se apostaron dos guardias de seguridad fuera de la sala de reuniones, donde impedían la entrada a quienes no tuvieran invitación. El plato fuerte de esa noche fue un discurso de Goodwin, a quien un periódico de St. Louis llamó exageradamente "el padre del movimiento". Para muchos asistentes, el acto debió de despertar sentimientos de deja vu, ya que aquí habían seguido los mismos códigos sociales, incluida la adopción de prácticas hipersecretas, que habían abrazado casi dos décadas antes.⁹⁶

Con la esperanza de ganarse el respeto de los observadores de mentalidad liberal —tanto dentro como fuera de los conflictos de relaciones laborales—, los activistas sindicales de San Luis situaron su movimiento en el contexto más amplio de las reformas estadounidenses. En un artículo *del Exponent* se señalaba explícitamente este punto, indicando que entre los partidarios del principio de "tienda abierta" se encontraban figuras de renombre ajenas al mundo de las relaciones laborales. Los miembros de la Citizens' Industrial Association de St. Louis proclamaron su apoyo al mismo sistema de relaciones laborales que defendían ardientemente el presidente Roosevelt y destacados reformistas: "Las numerosas declaraciones del Presidente de los

⁹⁵ Anthony Ittner, "Cause and Cure of Building Trades Troubles", *The Exponent* 3 (julio de 1906): 24. Sobre la crítica de Ittner a los programas de aprendizaje controlados por los sindicatos, véase Cristina Viviana Groeger, *The Education Trip: Schools and the Remaking of Inequality in Boston* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2021), 107.

⁹⁶ "Employers Add to Their Alliance", *The St. Louis Republic*, 25 de noviembre de 1903, 1.

Estados Unidos, de la Anthracite Coal Commission, de presidentes universitarios como Chas. W. Eliot de Harvard, son otras tantas expresiones contundentes de nuestros principios".⁹⁷ Claramente, los poderosos facilitadores y los creadores de narrativas autorizadas proporcionaron a estos luchadores sindicales de primera línea una mayor confianza y un renovado sentido de la legitimidad.

Por su parte, Goodwin ayudó a reunir a los miembros de St. Louis con otros de todo el estado. En 1906, se unió a personalidades de Kansas City, San Luis, Joplin y Springfield para formar las Asociaciones Federadas de Misuri. Dirigida por Franklin Hudson, de Kansas City, propietario de una editorial y opositor a los sindicatos desde hacía mucho tiempo, los objetivos de la organización eran más bien inmodestos: "El objetivo de esta organización será el establecimiento de las condiciones en el estado de Missouri que mejor desarrollen sus incomparables recursos naturales y lo conviertan en el principal estado manufacturero de la Unión, mediante la promulgación y aplicación de leyes sensatas diseñadas para proteger tanto al empleador como al empleado, y promover sus intereses mutuos".⁹⁸ La organización estatal, al igual que las asociaciones comunitarias y la CIAA nacional, combinaba el lenguaje de la imparcialidad con llamamientos a la ley y el orden, insistiendo en que defendía los derechos de todos. Aunque los portavoces empleaban públicamente la retórica de la inclusión y la reforma, compartían entre sí en privado la información más delicada relacionada con el trabajo. Estas poderosas figuras estaban decididas a impulsar el movimiento de tiendas abiertas en todo el estado, con la esperanza de mejorar el número de afiliados y neutralizar a los militantes sindicales, al tiempo que atraían más inversiones. Hicieron publicidad entre empresarios externos para ilustrar que las prácticas efectivas de romper huelgas, destruir sindicatos y crear listas negras, respaldadas por los facilitadores del sector público, habían conducido a un aumento de los beneficios, el dominio de la dirección y la felicidad de los empresarios. Goodwin siguió siendo un actor central en estas actividades.

Sin embargo, aunque Goodwin había logrado mucho como estratega dentro y fuera de su estado natal, también se enfrentó a importantes reveses. Tomemos, por ejemplo, sus actividades en 1905, cuando pasó un tiempo en Chicago consultando con Frederick Job sobre cómo manejar una huelga de los Teamsters, que los trabajadores iniciaron en simpatía con los empleados de la confección de Montgomery Ward. Los sastres se declararon en huelga porque la empresa empleaba a subcontratistas no sindicados. A partir de abril, miles de sastres y camioneros de docenas de centros de trabajo,

⁹⁷ "La reunión anual", *The Exponent* 3 (mayo de 1906), 10.

⁹⁸ "Federated Association of Missouri, Officers", *The Exponent* 3 (julio de 1906): 17. Franklin participaba activamente en la Kansas City Employers' Association, la United Typothetae y la Employing Printers Association of the Southwest. Manifestaba abiertamente su odio hacia el sindicalismo. En una ocasión, tras descubrir que había comprado un sombrero fabricado por un sindicato, Franklin recortó la etiqueta del sindicato y estampó violentamente en él en la tienda. "One on a Union Hater", *The Wageworker*, 15 de septiembre de 1905, 1.

mostrando su solidaridad con los empleados de Montgomery Ward, abandonaron sus puestos de trabajo, se unieron a las marchas, corearon en las calles y trataron de impedir que los rompehuelgas cruzaran los piquetes. Los empresarios estaban decididos a romper la solidaridad, y algunos buscaron la ayuda de Goodwin. Según el *Chicago Daily Socialist* —una fuente obviamente crítica con el movimiento de tiendas abiertas—, Job le dijo alegremente a Goodwin que era "justo el hombre que estábamos buscando". Muchas cosas están ocurriendo ahora en Montgomery Ward. Iremos allí y haremos cumplir la 'ley'. Según este informe, Job y Goodwin se desplazaron a una escena de enfrentamientos, donde Job entregó al veterano guerrero una pistola de grandes dimensiones. Sin embargo, un presumiblemente nervioso Goodwin se paralizó antes de huir rápidamente de la escena, diciéndole a Job que "tengo que coger un tren en diez minutos".⁹⁹ Poco dispuesto o incapaz de revivir las experiencias de lucha contra los manifestantes que le habían catapultado a la fama nacional dos décadas antes, Goodwin había abandonado abruptamente el campo de batalla urbano, dejando a Job sin su hombre.

Pero la abrupta marcha de Goodwin no influyó en el resultado de la huelga. Los miembros de la Asociación de Empresarios de Chicago, afiliada a la CIAA, que tomó la iniciativa en la coordinación de las actividades rompehuelgas, merecen la mayor parte del crédito por haberla concluido. Los combatientes, incluidos más de 1.700 agentes de policía de Chicago, rompehuelgas profesionales, un surtido de matones callejeros contratados directamente por Job y numerosos rompehuelgas importados —entre ellos muchos afroamericanos— consiguieron mover los vagones por toda la ciudad sin la ayuda de Goodwin.¹⁰⁰ Esta extraordinaria operación requirió acciones extremas, incluso asesinatos. Un comentario provocador de un miembro anónimo de la Asociación de Empresarios, haciéndose eco de la sanguinaria postura de Craig de Denver, ilustra la intención de los empresarios: "Debe haber un cierto número de muertos antes de que esto termine, y cuanto antes los maten, mejor".¹⁰¹ Después de más de tres meses llenos de conflictos —expresados por disturbios diarios entre manifestantes, por un lado, y rompehuelgas y agentes de policía, por otro— esa cifra alcanzó los veintiún asesinados, con más de 400 heridos. Un escritor *del New England Magazine* observó que "la policía había estado golpeando cabezas promiscuamente en sus esfuerzos por mantener el

⁹⁹ "Unionize the Bazoo", *Chicago Daily Socialist*, 12 de enero de 1907, 3.

¹⁰⁰ "Employers' Thugs", *The Worker*, 7 de octubre de 1905, 1; Norwood, *Strikebreaking and Intimidation*, 94-106; Robert Michael Smith, *From Blackjacks to Briefcases: A History of Commercialized Strikebreaking and Unionbusting in the United States* (Athens: Ohio University Press, 2003), 47; y Joe William Trotter Jr, *Workers on Arrival: Black Labor in the Making of America* (Oakland: University of California Press, 2019), 65-66.

¹⁰¹ Citado en "Chicago Strike", *The Motorman and Conductor* 13 (mayo de 1905), 8. Para más información sobre las dimensiones de la huelga, véase David Witwer, "Unionized Teamsters and the Struggle over the Streets of the Early-Twentieth-Century City", *Social Science History* 24 (primavera de 2000): 183-222; y Cohen, *The Racketeer's Progress*, 111-119.

orden".¹⁰² Un Goodwin ostensiblemente pusilánime y asustadizo había optado por no participar en la espantosa labor de matar y mutilar.

Aunque la conducta de pánico de Goodwin en Chicago probablemente molestó a Job y quizás avergonzó a Goodwin, fue considerablemente menos significativa que los persistentes problemas laborales del propio Goodwin, que finalmente le llevaron a capitular ante la presión sindical a principios de 1907. Tras décadas de resistencia, finalmente optó por reconocer y negociar con el Sindicato Tipográfico. Los portavoces del sindicato quedaron completamente sorprendidos de que un hombre "conocido de océano a océano y de Canadá al Golfo" se hubiera "rendido por fin".¹⁰³ Un escritor *del Typographical Journal* celebró el logro: "El regreso de este pródigo, después de veinte años de 'rebelión y lucha', será gratificante para todos nuestros miembros, y especialmente para aquellos que han tenido el placer de conocer al coronel Goodwin". Aparentemente respondiendo a la presión de uno de sus hijos, Goodwin decidió a regañadientes, al final, reconocer al sindicato, lo que indica que había llegado a un punto de ruptura. Goodwin debió de hacer un análisis básico de coste-beneficio, dándose cuenta de que el reconocimiento formal del sindicato era preferible a los elevados costes financieros y emocionales de una lucha continua. El escritor *del Typographical Journal* reconoció el largo compromiso de Goodwin, aplaudiendo su decisión: "Hemos admirado la coherencia con la que expuso sus ideas antisindicales y mantuvo su lado de la lucha".¹⁰⁴ La coherencia de Goodwin tenía límites claros.

Norte de Florida

La rendición de Goodwin no supuso su retirada del movimiento de tiendas abiertas. Su identidad como apasionado defensor antisindical persistía, y es de suponer que muchos compañeros guerreros desconocían su cobarde conducta en Chicago o su sumisión al sindicato de impresores en Sedalia. Evidentemente, no eran temas que el "Cristóbal Colón" del movimiento de la Alianza de Ciudadanos quisiera difundir entre la gran fraternidad de empresarios. Al fin y al cabo, quedaba mucho trabajo por hacer, incluso en lugares alejados de su hogar. En la primavera de 1908, Goodwin, de setenta y dos años y físicamente discapacitado, recorrió más de 800 millas hasta Pensacola, Florida, donde ayudó a esa ciudad a establecer una Alianza de Ciudadanos formada por "varios cientos" de empresarios después de que la Amalgamated Association of Street and Electrical Railway Employees organizara una agresiva huelga contra la Pensacola Electric Company.

¹⁰² "La mesa de los editores", *New England Magazine* 33 (septiembre de 1905): 107.

¹⁰³ "Surrenders After Fighting Unions Twenty Years", *The Journal of the Switchmen's Union of North America* 9 (febrero de 1907): 217; y "Unionize the Bazzoo", 3.

¹⁰⁴ "J. West Goodwin Back in the Fold", *Typographical Journal* 30 (febrero de 1907): 114-115.

La huelga de treinta y ocho días, desencadenada porque la empresa se negaba a conceder un modesto aumento salarial y exigía condiciones de tienda abierta, alarmó profundamente a los miembros de la comunidad empresarial de Pensacola. Se negaron a rendirse, y los directivos de la empresa importaron rompeshuelgas de Nueva York y Virginia Occidental, lo que enardeció aún más a los manifestantes. Como era de esperar, las fuerzas policiales apoyaron a la empresa y a los rompeshuelgas, pero se enfrentaron a una dura resistencia: El 11 de mayo, los huelguistas consiguieron romper sus líneas, agredir a los no sindicalistas y dinamitar los tranvías. Es posible que uno de los dinamiteros intentara destruir un vagón que transportaba a miembros de la Alianza de Ciudadanos.¹⁰⁵ Las extraordinarias escenas de destrucción y desorden llevaron a un periódico de Texas a proclamar que en la ciudad existía un "estado de terror".¹⁰⁶ Otras fuentes hicieron comentarios similares, que avergonzaron a los hombres de negocios de la ciudad del mismo modo que las huelgas de Scranton y San Luis mortificaron a sus elitistas residentes. Un reportero *del Panama City Pilot* escribió a mediados de abril: "Pensacola está sufriendo todos los problemas, el coste y la desgracia de una huelga de tranvías".¹⁰⁷ Durante nueve días, los huelguistas y sus partidarios, entre los que había un número considerable de afroamericanos, interrumpieron todos los servicios, perturbando enormemente los asuntos de la ciudad.¹⁰⁸ Las docenas de huelguistas, a los que se unió lo que un periódico denominó "todo el elemento obrero de la ciudad", se mostraron unidos, enfrentados y confiados, amenazando con organizar una huelga general de más de 2.000 personas.¹⁰⁹

Finalmente, la empresa reanudó sus operaciones después de que el gobernador N. B. Broward —que anteriormente había contado con el apoyo de los sindicatos— declarara la ley marcial, prohibiera las grandes concentraciones, impusiera un toque de queda a las 10 de la noche y enviara a unos 600 milicianos para proteger a los esquirols. Además, las autoridades locales nombraron a ciudadanos destacados para mantener la ley y el orden. En conjunto, estas fuerzas constituyeron la mayor demostración de fuerza en la ciudad desde la Reconstrucción. Y funcionó: Esta contracampaña en varias fases acabó por abrumar a los manifestantes, lo que permitió a los miembros de la clase dirigente de Pensacola relajarse por fin, conscientes de que tenían aliados en las altas esferas.¹¹⁰

La creación de una Alianza de Ciudadanos, una organización que pretendía hablar

¹⁰⁵ "The Modern Strike, as Exemplified at Pensacola," *Stone & Webster Public Service Journal* 3 (julio de 1908): 8.

¹⁰⁶ "State of Terror Exists", *Palestine Daily Herald*, 11 de abril de 1908, 1.

¹⁰⁷ "Pensacola Strike", *Panama City Pilot*, 16 de abril de 1908, 4.

¹⁰⁸ La población afroamericana de Pensacola tenía un orgulloso historial de afiliación a sindicatos y de lucha por mejoras laborales. Jerrell H. Shofner, "Militant Negro Laborers in Reconstruction Florida", *Journal of Southern History* 39 (agosto de 1973): 397-408.

¹⁰⁹ "Absolutely Refused to Arbitrate," *The Ocala Evening Star*, 17 de abril de 1908, 1.

¹¹⁰ "The Labor Movement", *New York Socialist*, 18 de abril de 1908, 3; y Wayne Flint, "Labor Problems and Political Radicalism, 1908", *The Florida Historical Quarterly* 43 (abril de 1965): 315-332.

en nombre de la diversidad de residentes de la ciudad por encima de las diferencias de clase, era totalmente previsible, dado lo que ya hemos presenciado en otras regiones. Los voceros de Pensacola, al igual que los autoproclamados representantes urbanos de otros lugares, anunciaron la presencia de la Alianza para documentar que tenían los asuntos laborales totalmente bajo control. El papel exacto que Goodwin desempeñó en la creación de esta asociación y en ayudar a sus miembros a resolver sus conflictos — tanto en términos de restablecimiento de unas relaciones industriales y públicas favorables— es difícil de determinar, ya que estos hombres, como otros, llevaron a cabo su trabajo en secreto. Podemos, por supuesto, especular. Puede que Goodwin contara historias gloriosas y autocomplacientes de sus propias luchas y éxitos. O tal vez compartió información privilegiada sobre cómo grupos similares de hombres lideraron campañas victoriosas en Scranton y St. Louis, lugares donde los hombres de negocios retomaron el control después de resolver sus propios disturbios de tranvías y construir Alianzas Ciudadanas comparables. Probablemente habló a sus camaradas floridanos del movimiento nacional que él y otros experimentados guerreros ayudaron a lanzar. Se podrían extraer lecciones útiles de estas anécdotas, y podemos suponer que Goodwin hizo hincapié en la importancia de la unidad, el significado de intimidar a los manifestantes, la necesidad de asegurar y transportar cuidadosamente a los rompehuelgas, la utilidad de las relaciones públicas y la indispensabilidad del secreto. Podemos estar seguros de que *no* habló del éxito de los socialistas en Sedalia ni de su propia capitulación ante la presión sindical.

Tal vez Goodwin les ofreciera recomendaciones para seguir adelante, porque la Alianza de Ciudadanos siguió siendo una fuerza en Pensacola tras el fracaso de la huelga. En este periodo, Goodwin probablemente les animó a vigilar de cerca a los líderes de la huelga y a los pro-sindicalistas, insistiendo en que los empresarios incluyeran sus nombres en listas negras para evitar futuros estallidos. Pero ni siquiera las listas negras más meticulosas, que garantizaban que los **h o m b r e s** estigmatizados experimentaran las inconmensurables crueldades de un futuro sin trabajo, fueron suficientes. En junio, un mes después de que finalizara la huelga, los miembros de la Alianza de Ciudadanos, al igual que los del noreste de Pensilvania, ofrecieron recompensas monetarias a los informantes, aquellos que proporcionaran información que condujera a la detención de militantes sindicales. La organización reservó 2.500 dólares —una suma considerablemente superior a las recompensas económicas ofrecidas por asociaciones similares— para la condena de los responsables de colocar dinamita en las vías y/o disparar a los conductores. Evidentemente, estas élites querían que los activistas obreros combativos se enfrentaran a penas severas, que incluían experimentar las brutalidades del proceso de enjaulamiento. Y trataron de obligar a los trabajadores de base —aquellos que anteriormente se habían planteado desafiar a la clase capitalista de Pensacola— a considerar las graves consecuencias de practicar cualquier forma de combatividad laboral, transmitiendo el mensaje central de que la violencia generada desde abajo conducía inevitablemente a castigos espantosos.

Al dar este paso, demostraron, como otros, su voluntad de colaborar con las fuerzas policiales y la fiscalía.¹¹¹ Y el cuantioso premio en metálico debió de acercar a algunos residentes de la clase trabajadora —aquellos que priorizaban las recompensas materiales sobre la solidaridad laboral— a la clase patronal.

Aunque no tenemos constancia de las conversaciones que Goodwin mantuvo con sus anfitriones, podemos suponer sin temor a equivocarnos que estos hombres le admiraban. En señal inequívoca de aprecio, le expresaron su gratitud verbalmente y le regalaron un reloj de oro con sus iniciales grabadas.¹¹² Estas sinceras interacciones, que incluían la entrega de regalos y los brindis durante la cena, significaban momentos de impresionante unidad de la clase dirigente que traspasaban fronteras estatales e industrias. Es evidente que la voluntad de Goodwin de viajar lejos ilustra su compromiso permanente con la defensa de los intereses de los empresarios que representan a una diversidad de lugares de trabajo. Ni la discapacidad ni la distancia impidieron a Goodwin participar en actividades serias de resolución de problemas con hombres de ideas afines.

Sin embargo, el papel de Goodwin aquí, al igual que su participación en otros lugares, parece haber sido menos significativo que las acciones represivas desplegadas por las fuerzas estatales. Es probable que Goodwin tuviera más que ver con la aprobación de las listas negras y la promoción de las relaciones públicas que con la organización o participación en las brutales medidas represivas; su falta de agallas en Chicago tres años antes demostró que ya no tenía estómago para llevar a cabo actos de asalto y tiroteo. No obstante, desempeñó un papel fundamental, como animar a sus anfitriones a utilizar el lenguaje de la ley y el orden: difamando a los activistas sindicales como criminales y destacando la supuesta previsión de los líderes empresariales. Y al formar una Alianza de Ciudadanos, los empresarios de la ciudad, quizás en respuesta a los consejos de Goodwin, demostraron que querían ser vistos por los de fuera como guardianes ecuanímenes de unas instituciones económicas responsables de redimir un lugar temporalmente marcado por las escandalosas actividades de minorías peligrosas. Es posible que estos llamamientos contribuyeran a tranquilizar a los inversores de que Pensacola seguía siendo firmemente proempresarial. Sin embargo, es dudoso que tales ejercicios de relaciones públicas cambiaran las opiniones de los miembros del sindicato y sus partidarios. La sola presencia de la Alianza de Ciudadanos no habría logrado aplastar la rebelión. El despliegue de tropas del gobernador Broward fue más decisivo para acabar con ella que cualquier tipo de orientación que Goodwin diera a sus anfitriones.

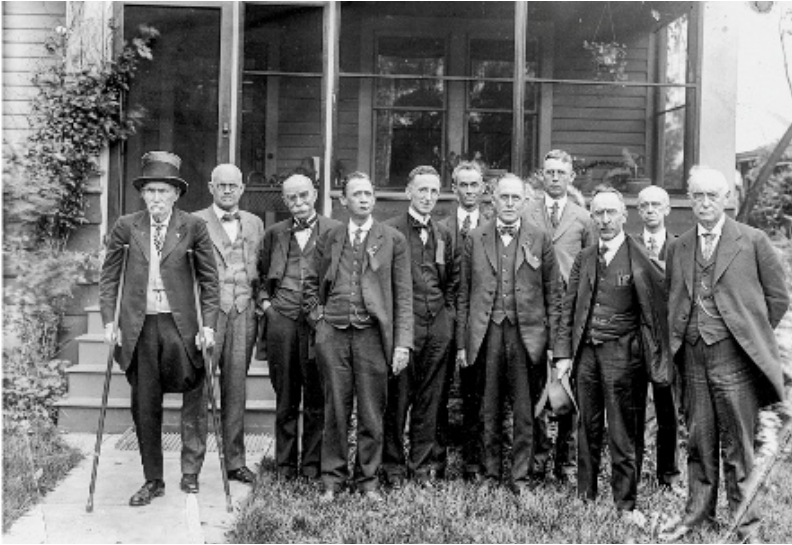
EL MOVIMIENTO DE ALIANZA CIUDADANA seguía muy vivo en la segunda década del siglo XX, lo que demostraba que tenía una vida continua más larga que las

¹¹¹ The Pensacola Journal, 4 de junio de 1908, 4.

¹¹² "Remembered Col. Goodwin", The Topeka State Journal, 17 de agosto de 1908, 10.

anteriores formaciones terroristas dirigidas por las élites, incluidas las secciones del Ku Klux Klan y las Ligas de la Ley y el Orden.¹¹³ Sin embargo, sus miembros practicaban las mismas técnicas punitivas empleadas por los terroristas del siglo XIX, y algunos eran veteranos de esas formaciones organizativas anteriores. Los opositores de la vieja guardia a los disturbios laborales, como Wilbur F. Sanders, N. F. Thompson, Edward Turnbach, Anthony Ittner y, sobre todo, J. West Goodwin, mostraron en la mal llamada Era Progresista el mismo afán de combatir a los asalariados insubordinados que habían demostrado a finales del siglo XIX. Estos y otros hombres bárbaros soltaron numerosos castigos ocultos y no ocultos en sus comunidades mientras defendían el principio de tienda abierta e insistían en que sus organizaciones servían a los intereses del mal definido "pueblo" del país, no a los miembros de sus propias clases adineradas. Justificaron el empleo de diversos métodos represivos —secuestros y acciones de expulsión, detenciones masivas, disparos a huelguistas y listas negras— bajo la bandera de la promoción del bien público. En el proceso, sirvieron de inspiración a otros, instruyendo a sus compañeros opositores sindicales sobre qué esperar durante los periodos de agitación laboral, a la vez que modelaban las mejores prácticas. Desde su perspectiva colectiva, en palabras de David M. Parry, el movimiento había logrado "un bien incalculable para la nación". Para ellos, promover la grandeza nacional significaba defender sus prerrogativas para dirigir unilateralmente los centros de trabajo, lo que incluía el derecho a emplear la violencia. A pesar de su avanzada edad y, en el caso de Goodwin, de las persistentes dificultades que supone vivir con una discapacidad física, apenas mostraron signos de ralentización.

¹¹³ Los empleadores construyeron filiales de costa a costa, y algunas se volvieron especialmente activas en la segunda década del siglo XX. James W. Byrkit, *Forging the Copper Collar: Arizona's Labor— Management War of 1901-1921* (Tucson: University of Arizona Press, 1982), 174, 187-215; y Aaron Goings, *The Port of Missing Men: Billy Gohl, Labor, and Brutal Times in the Pacific Northwest* (Seattle: University of Washington Press, 2020), 138. En Calumet, Michigan, miembros de la Alianza de Ciudadanos secuestraron al presidente de la WFM, Charles Moyer, durante una huelga y dos días después de la tragedia del Italian Hall, cuando 73 personas, huelguistas y sus hijos, murieron después de que una persona anónima gritara "fuego", lo que provocó una estampida en la Nochebuena de 1913. Moyer acusó públicamente a un miembro de la Alianza de Ciudadanos de provocar la falsa alarma. Este fue el tercer secuestro de Moyer a manos de luchadores sindicales. Gary Kaunonen y Aaron Goings, *Community in Conflict: A Working-Class History of the 1913-14 Michigan Copper Strike and the Italian Hall Tragedy* (Lansing: Michigan State University Press, 2013), 222-226. El segundo Ku Klux Klan surgió en numerosas ciudades a mediados de la década de 1910. En esta década surgieron algunos comités de la Ley y el Orden para la lucha obrera, incluido uno en Sedalia. Véase "Strike Breakers Unloaded", *The Butler Weekly Times*, 1 de diciembre de 1910, 4.



J. West Goodwin con otros periodistas en 1920. Goodwin disfrutó toda su vida llevando su característico sombrero y relacionándose con hombres de ideas afines. (Missouri Press Association Photograph Collection [P0475], The State Historical Society of Missouri, Photograph Collection)

Al mismo tiempo, la influencia de Goodwin fue menos significativa de lo que él y sus admiradores hicieron creer. Las fuerzas del sector público en comunidades del noreste de Pensilvania, en Chicago y en Pensacola, por ejemplo, fueron más decisivas para socavar el trabajo organizado que las acciones emprendidas por las respectivas Alianzas Ciudadanas que Goodwin ayudó a construir, sostener y dirigir. Además, los rencorosos adversarios sindicales de Colorado, tanto del sector público como del privado, parecen haber encontrado más inspiración en sus compañeros terroristas de Coeur d'Alene y Tampa que en Goodwin. Por último, no podemos ignorar los innegables fracasos de Goodwin, como su incapacidad para impedir que los socialistas se reunieran en Sedalia en 1901 y su rendición ante los sindicalistas en 1907. Ambos demuestran las limitaciones de este celoso misionero. Sin embargo, estos reveses no le convencieron para abandonar el terrorismo y retirarse de la vida pública. Siguió siendo un enemigo ideológico del trabajo organizado, un entusiasta de las redes sociales, un firme defensor del empleo de "castigos ocultos" y un promotor engreído, que insistía en que él era el verdadero creador del movimiento de la Alianza de Ciudadanos. Por supuesto, la larga, enconada y a menudo truculenta historia de la guerra laboral llevada a cabo por "los mejores ciudadanos", que se remonta a décadas atrás, ilustra que Goodwin, que murió a la edad de noventa y un años en 1927, estaba equivocado.

En cualquier caso, el movimiento que Goodwin ayudó a construir estaba decidido a enmarcar las batallas obrero-patronales, incluidas las violentas, de forma que parecieran justas y sensatas para todos, incluida la gente corriente. Emplear unas

relaciones públicas eficaces era, en muchos sentidos, tan importante para los organizadores del movimiento como conseguir romper huelgas y expulsar a socialistas y anarquistas de las comunidades. El reto pendiente para los activistas del movimiento era cómo ejecutar mejor las represalias violentas y conseguir legitimidad pública. Con esta cuestión en mente, centraremos ahora nuestra atención en la figura más destacada de los esfuerzos de relaciones públicas del movimiento, Owen Wister.

CAPÍTULO SEIS

La ley o la justicia popular

Owen Wister y la defensa de la violencia de clase desde arriba

En 1907, la patronal Citizens Industrial Association of America (CIAA), la poderosa organización responsable de coordinar el movimiento nacional contra el sindicalismo, nombró a Owen Wister (1860-1938), uno de los escritores más famosos e influyentes del país, miembro de su comité de Educación y Publicidad, formado por siete personas.¹ Wister había aceptado ayudar a la CIAA, de cuatro años de existencia, a elaborar y difundir propaganda destinada a deslegitimar los talleres sindicales, los boicots, el activismo obrero en general y la política de izquierdas, al tiempo que instaba a los ciudadanos de la nación a respetar a los hombres responsables de promover "la ley y el orden", incluso cuando utilizaban métodos extralegales de vigilancia privada. Más conocido como el autor del libro extraordinariamente popular *The Virginian: A Horseman of the Plains*, Wister ya había entretenido a lectores de todo el mundo angloparlante con su defensa de las campañas de vigilantes para aplicar la "justicia popular". Basó su exitosa novela en la guerra del condado de Johnson de 1892, un dramático conflicto que enfrentó a miembros de la elitista Asociación de Ganaderos de Wyoming (WSGA) con numerosos pequeños colonos, a los que acusaban de cuatrero y otros ataques contra los intereses de las compañías ganaderas.² Muchos han escrito sobre este célebre autor, pero ninguno ha examinado su relación con el enormemente poderoso y a menudo violento movimiento antisindical dirigido por la patronal, que, como hemos aprendido, empleó la policía privada y el vigilantismo para oponerse al trabajo organizado a finales del siglo XIX y principios del XX.³ Este

¹ Los otros distinguidos miembros del comité incluían a Wilson Vance, editor del Square Deal y héroe de la Guerra Civil; Marshall Cushing, secretario de la Asociación Nacional de Fabricantes; Ferd C. Schwedtman, destacado activista de la Asociación Industrial de Ciudadanos de San Luis; Robert Wuest, miembro del personal de la Asociación Nacional de Oficios Metalúrgicos y uno de los coordinadores rompehuelgas con más éxito del país; Harrison Gray Otis, propietario de Los Angeles Times y exitoso empresario de tiendas abiertas; y Harvey Patterson, activista antisindical de Nueva York. "National Association Committees", *The Square Deal* 2 (febrero de 1907): 15.

² Owen Wister, *El Virginiano: A Horseman of the Plains* (Mineola, NY: Dover Publications, Inc., 2006 [1902]).

³ G. Edward White, *The Eastern Establishment and the Western Experience: The West of Frederic Remington, Theodore Roosevelt, Owen Wister* (Austin: University of Texas Press, 1989 [1968]); Darwin Payne, *Owen Wister: Chronicler of the West, Gentleman of the East* (Dallas: Southern Methodist University

capítulo revela la importancia de Wister para este movimiento, ilustrando cómo sus diversas justificaciones de las formas de represión respaldadas por el Estado y las élites contribuyeron a socavar los sindicatos y a frustrar los esfuerzos de los colonos y los afroamericanos por defenderse.

Wister, nombrado miembro del comité de propaganda de la CIAA por el conocido fabricante de cereales C. W. Post —miembro destacado tanto de la CIAA como de la Asociación Nacional de Fabricantes (NAM)—, se había unido a un movimiento para defender la policía privada y la capacidad de los grupos de élite para desatar la violencia con impunidad mediante alianzas tácitas con las fuerzas del Estado. Como hemos visto, la violencia dirigida contra los grupos de clase baja, en sentido amplio, fue practicada por empresas de seguridad privada, fuerzas militares federales y respaldadas por el Estado, y vigilantes. A menudo, estas fuerzas complementaban las actividades rompu huelgas llevadas a cabo por los sheriffs y la policía. Además, las agencias de seguridad privada, incluida la tristemente célebre agencia de detectives Pinkerton, utilizaron la fuerza letal en sus intervenciones en conflictos laborales y ataques a granjeros. Trabajando en tándem o por separado, el personal de seguridad privada y pública luchó contra los sindicatos y los grupos de clase baja para proteger la propiedad privada y mantener su concepción compartida de "ley y orden".⁴

Cuando Wister se unió a la CIAA, el movimiento de tiendas abiertas estaba en pleno apogeo. Como hemos visto, la CIAA, formada por veteranos de anteriores cruzadas antisindicales y por recién llegados, desarrolló un sofisticado programa de relaciones públicas para legitimar sus campañas en nombre de la reforma para el que Wister parecía ideal. En lugar de hacer hincapié en los intereses de clase y los derechos de propiedad, este consorcio, que en 1910 estaba formado por unas 500 asociaciones de ciudadanos y empresarios de distintas comunidades, defendía los derechos de los trabajadores a cruzar los piquetes para ayudar a los empresarios a reanudar la producción. A quienes los sindicalistas denunciaban como "esquiroles", la CIAA los alababa como defensores incondicionales de los derechos individuales y patriotas.⁵

Según los portavoces del floreciente movimiento de tiendas abiertas, el eslogan reformista de la CIAA, "Para la protección de la gente corriente", se inspiró en unas

Press, 1985); Richard Slotkin, *Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America* (Norman: University of Oklahoma Press, 1992), 135, 175, 234; Louis Tanner, "Owen Wister: The Public Intellectual" (tesis doctoral, Universidad de Nuevo México, 1999); Gary Scharnhorst, *Owen Wister and the West* (Norman: University of Oklahoma Press, 2015); y Stephen J. Mexal, "My Dear Judge: Owen Wister's Virginian, Oliver Wendell Holmes Jr., and Natural Law Conservatism", *Western American Literature* 51 (otoño de 2016), 279-311. Sobre el movimiento antisindical de tiendas abiertas de la Asociación Nacional de Fabricantes, véase Sarah Lyons Watts, *Order Against Chaos: Business Culture and Labor Ideology in America, 1880-1915* (Nueva York: Greenwood Press, 1991), 143-170.

⁴ Sobre los distintos tipos de policía laboral, véase Wilbur R. Miller, *A History of Private Policing in the United States* (Londres: Bloomsbury, 2019), 139-174.

⁵ Chad Pearson, *Reforma o represión: Organizing America's Anti-Union Movement* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016), 79.

palabras que Post, nacido en Springfield (Illinois), recordaba haber oído de Abraham Lincoln: "El Sr. Lincoln dijo una vez: 'Creed en la gente corriente; hay mucha'. Fue para proteger a la gente corriente que se organizó la asociación Citizens' Industrial".⁶ Post, reconociendo que pocos hombres hablaban con tanta autoridad moral como el decimosexto presidente, aplicó el lenguaje pro-laboral del joven Partido Republicano a los conflictos industriales de principios del siglo XX. De hecho, las palabras del ex presidente, como las de Wister, ayudaron a los publicistas del movimiento a enmarcar sus esfuerzos como campañas progresistas diseñadas para liberar a los miembros más vulnerables de la sociedad de la supuesta tiranía despiadada impuesta por jefes sindicales poco limpios y activistas de izquierdas mal informados.

A pesar de su lema populista, la CIAA era claramente un movimiento elitista para el que Wister, un ciudadano de Filadelfia educado en Harvard, encajaba a la perfección. Wister pertenecía a la misma clase que los dirigentes de la CIAA.⁷ Hijo de un médico adinerado y nieto de la actriz británica Fanny Kemble, Wister compartía sus valores fundamentales, participaba activamente en los círculos sociales de élite y llevaba una vida de privilegios inconfundibles. Protegido del trabajo duro que se exige a la mayoría de la gente, disfrutó de muchas oportunidades, entre ellas la de relacionarse con peces gordos de la sociedad, la de explorar libremente el mundo de las ideas y, sobre todo, la de disponer de tiempo ininterrumpido para dominar su oficio de escritor.⁸ Su voluminosa producción no sólo incluyó novelas del oeste, sino que también adoptó una visión supremacista de las relaciones raciales en el Sur. Su novela de 1906 *Lady Baltimore*, por ejemplo, comparaba a los afroamericanos con simios y denunciaba la "locura arrolladora de la Decimoquinta Enmienda", que protegía el derecho al voto de los varones independientemente de su raza.⁹ Además, Wister publicó numerosos ensayos históricos y políticos sobre los retos a los que se enfrentaban los más altos dirigentes políticos de la nación, desde George Washington hasta su antiguo compañero de Harvard y amigo, Theodore Roosevelt.¹⁰

⁶ "Champions Open Shop", Montreal Gazette, 18 de septiembre de 1905, 12. Sobre la relación de Post y su familia con Lincoln en Springfield, véase William Wright, *Heiress: The Rich Life of Marjorie Merriweather Post* (Washington, DC: New Republic Books, 1978), 15.

⁷ Véase Daniel R. Coquillette y Bruce A. Kimball, *On the Battlefield of Merit: Harvard Law School, the First Century* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015), 304-435.

⁸ Sobre los antecedentes de Wister, véase E. Digby Baltzell, *The Protestant Establishment: Aristocracy & Caste in America* (Nueva York: Random House, 1964), 12, 117.

⁹ Owen Wister, *Lady Baltimore* (Nashville: J. S. Sanders and Company, 1907; originalmente Nueva York: Macmillan, 1906), 51.201.

¹⁰ Owen Wister, *Las siete edades de Washington: A Biography* (Nueva York: Macmillan Company, 1907); Owen Wister, "After Four Years: A Square Deal for Every Man", *The Saturday Evening Post*, 4 de marzo de 1905, 1; Owen Wister, *Roosevelt: The Story of a Friendship, 1880-1919* (Nueva York: Macmillan Company, 1930); Edmund Morris, *The Rise of Theodore Roosevelt* (Nueva York: Coward, McCann and Geoghegan, 1979), 126.



C. W. Post. En 1907, el líder de la poderosa Citizens' Industrial Association of America reclutó a Owen Wister para hacer propaganda en favor del movimiento antisindical y de tiendas abiertas. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, LC-USZ62-105445)

Los artículos de Wister no sólo honraban a los hombres de élite responsables de dar forma a la historia política estadounidense, sino que también escribía sobre cómo los sindicatos supuestamente perjudicaban los intereses de la gente corriente. Sus artículos, muy leídos en las revistas, contribuyeron a legitimar la violencia antisindical, ya fuera utilizada por el Estado, los empresarios, los vigilantes, las fuerzas de seguridad privadas o los trabajadores antisindicales. En contraste con su oposición a los sindicatos, Wister defendía los derechos individuales de los trabajadores no sindicados, considerando cualquier amenaza a esos derechos como una justificación para la violencia. Apoyaba la violencia desde arriba para proteger a los asalariados y lo que consideraba autodefensa de los trabajadores opuestos a la "tiranía" sindical.¹¹

Violencia desde abajo y violencia desde arriba

Wister empezó a escribir sobre el "problema laboral" en 1894, cuando *Harper's Weekly* publicó su artículo sobre el papel de la Guardia Nacional de Pensilvania en la derrota de la resistencia de los trabajadores del acero de Homestead, cerca de Pittsburgh. Esta fue una de las luchas obreras más emblemáticas del país debido al

¹¹ Wister, *The Seven Ages of Washington*, 63; Owen Wister, "The Land of the Free", *The Saturday Evening Post* 117 (29 de octubre de 1904), 7.

feroz enfrentamiento entre los guardias armados de Pinkerton y los miembros de la Amalgamated Association of Iron, Steel, and Tin Workers (Asociación Amalgamada de Trabajadores del Hierro, el Acero y el Estaño). Para horror de Wister, los activistas sindicales, bloqueados por la Carnegie Steel Company, habían reconocido el valor de la acción colectiva mientras discutían estrategias sobre la mejor manera de enfrentarse a la enormemente poderosa corporación siderúrgica. Frustrados y comprometidos con la democracia sindical y la solidaridad de clase, tomaron decisiones por su cuenta, lo que sin duda inquietó a Wister y a la clase que defendía. Responsabilizados entre sí, crearon un comité consultivo de treinta y tres personas, que exigía disciplina interna y trataba de impedir que los no sindicalistas entraran en las acerías.¹²

Estas maniobras molestaron profundamente a Wister, que había desarrollado su visión del mundo en los salones de Harvard, en restaurantes de lujo y en varios clubes de caballeros de estilo inglés, espacios altamente exclusivos y completamente inaccesibles para la gente corriente, como los que trabajaban en los altos hornos de Carnegie. Los hombres de negocios, que Wister creía que habían obtenido las credenciales y el capital social necesarios para ascender a puestos de clase alta, eran sus amigos y conocidos. Orgullosos de sus exitosas familias, Wister y sus amigos disfrutaban de acceso a los líderes políticos prominentes, banqueros acaudalados y fabricantes como los que habían decidido luchar contra los sindicatos incorporando a los Pinkerton. La gente de la clase de Wister esperaba la aquiescencia de los que consideraban sus inferiores sociales, sosteniendo la inquebrantable creencia de que los activistas obreros constituían un desafío a una sociedad correctamente ordenada, que promovía la jerarquía, la ley y el orden, y el individualismo.

Wister aprobó la decisión de exigir la intervención del Estado para poner fin al conflicto en términos favorables a la corporación. El gobernador demócrata Robert Pattison ayudó a Henry Clay Frick, socio de Andrew Carnegie, a reanudar la producción enviando 8.500 soldados estatales, miembros del Regimiento 80, para proteger a los no huelguistas.¹³ En su artículo *para Harper's*, Wister contrastó visualmente los bandos enfrentados, calificando a los guardias de "espléndidos sobre el papel y pintorescos de ver", mientras tachaba a sus oponentes de "ratas".¹⁴ Wister se quejaba de que las "ratas" habían distribuido "panfletos incendiarios", expulsado "a los propietarios de sus fincas", "establecido un comité consultivo superior a la ley civil" y violado "la libertad personal". Wister consideró inaceptables tales hechos, expresando su preocupación por el hecho

¹² Sobre el comité asesor, véase Paul Kahan, *The Homestead Strike: Labor, Violence, and American Industry* (Nueva York: Routledge, 2014), 67-68.

¹³ David Montgomery, *The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State and American Labor Activism, 1865-1925* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), 36 ^ 13; Matthew Hild, *Greenbackers, Knights of Labor and Populists: Farmer-Labor Insurgency in the Late-Nineteenth Century South* (Athens: University of Georgia Press, 2007), 157.

¹⁴ Owen Wister, "The National Guard of Pennsylvania", *Harper's Weekly*, 1 de septiembre de 1894, 824-826. Sobre la milicia de Pensilvania en la huelga de 1877, véase Robert M. Fogelson, *America's Armories: Architecture, Society, and Public Order* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989), 38-39.

de que la resistencia sindical provocara brotes caóticos, causara grandes perjuicios económicos a la empresa y evidenciara una comunidad en decadencia moral. Especialmente inquietante para Wister era el apoyo generalizado a Alexander Berkman, el anarquista que disparó, pero no mató, a Frick el 23 de julio. Wister citó varias señales ominosas, incluido el cántico "Tres hurras por el hombre que disparó a Frick", al criticar las acciones de los trabajadores.¹⁵ Estos ejemplos de apoyo incondicional a la violencia desde abajo justificaban, en opinión de Wister, los actos de represión estatal, necesarios, razonaba, para evitar otro ataque anarquista como el de Berkman. Wister describió la solución a lo que él consideraba estos problemas profundamente preocupantes: una milicia bien armada y autorizada por los funcionarios del Estado, tal y como se expresa en la Segunda Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, para restaurar el orden.¹⁶ La existencia de la milicia, recordaba Wister, protegía los derechos de muchos: capitalistas, trabajadores antisindicales y ciudadanos respetuosos de la ley. La represión que desencadenó funcionó, contribuyendo a debilitar considerablemente el movimiento obrero, y el número de miembros de la Amalgamated Association of Iron, Steel, and Tin Workers descendió a 10.000, menos de la mitad de lo que había sido en 1891.¹⁷ La propia huelga provocó la muerte de nueve huelguistas y siete Pinkerton.

Dada la conflictiva historia de la zona de Pittsburgh, está totalmente claro por qué Wister y *Harper's Weekly* publicaron su artículo dos años después del episodio de Homestead y dos meses después de que el presidente Grover Cleveland enviara tropas federales para aplastar el boicot del Sindicato Ferroviario Americano. En 1877, los gobernadores estatales y el presidente Rutherford B. Hayes habían enviado tropas de la Guardia Nacional y federales durante la dramática huelga ferroviaria nacional de ese año. Durante un fatídico encuentro, los guardias nacionales de Pensilvania, respaldados por miembros de la clase dirigente de Pittsburgh —entre ellos Thomas Alexander Scott, del Ferrocarril de Pensilvania— mataron a cuarenta manifestantes en el transcurso de dos días. Al parecer, estos asesinos se habían tomado en serio las provocadoras palabras de Scott: "Dadles una dieta de rifle durante unos días y veréis cómo les gusta ese tipo de pan".¹⁸

Los observadores de élite de los enfrentamientos de Pittsburgh de 1877, que incluyeron marchas y la destrucción de docenas de locomotoras, así como vagones de

¹⁵ Wister, "La Guardia Nacional de Pensilvania", 825.

¹⁶ Para más información sobre la profunda historia de las milicias, véase Wilbur Miller, "The 'Right to Bear Arms' and Self-Defence in the United States", en *Private Security and the Modern State: Historical and Comparative Perspectives*, ed., David Churchill, Dolores Janiewski. David Churchill, Dolores Janiewski y Pieter Leloup (Londres: Routledge, 2020), 42-58.

¹⁷ "Real Status of the Amalgamated Association", *The Iron Trade Review*, 29 de agosto de 1901, 32.

¹⁸ Citado en Spencer J. Sadler, *Pennsylvania's Coal and Iron Police* (Charleston, SC: Arcadia Publishing, 2009), 46. Para más información sobre la huelga de Pittsburgh, véase *Report of the Committee Appointed to Investigate the Railroad Riots in July, 1877* (Harrisburg, PA: Lane S. Hart State Printer, 1878), 789; y Michael A. Bellesiles, *1877: America's Year of Living Violently* (Nueva York: The New Press, 2010), 159-160.

carga y de pasajeros, expresaron su molestia por la conducta de los manifestantes, por las respuestas de las fuerzas antihuelga y por las opiniones favorables a los trabajadores expresadas por muchos miembros de la comunidad. Consideremos las amargas palabras de Allan Pinkerton, el inmigrante escocés que fundó la famosa agencia de seguridad privada: la peor característica de los disturbios de Pittsburg no fue la furia demencial de las turbas —porque es cierto que en todos los disturbios aumenta la violencia en proporción a las oportunidades para la licencia y la anarquía— ni la parte más vergonzosa del asunto fue la falta de juicio mostrada por las tropas y sus líderes. Es el miserable fracaso de las autoridades para hacer, durante un período de veinticuatro horas, el más mínimo esfuerzo contra la turba, y la total despreocupación de los miles de ciudadanos que se mantuvieron al margen y observaron toda esta destrucción gratuita con desgana o franca simpatía, más bien gloriándose de la matanza de inocentes y culpables, sin importarles en absoluto la degradación de su ciudad, y mostrando en todo momento una indiferencia tan completa ante las terribles escenas que se desarrollaban, que es difícil comprender cómo semejante acción es compatible con el más mínimo grado de orgullo personal o de buena ciudadanía.¹⁹

Aquí Pinkerton, preocupado por lo que consideraba la extrema inmoralidad de las acciones desenfrenadas de la multitud en Pittsburgh, arremetió contra dos grupos: las autoridades encargadas de la difícil tarea de restablecer el orden y "los miles de ciudadanos" desinteresados en ayudar a resolver estos problemas —o peor aún, participando activamente en la violencia de la multitud y, por lo tanto, demostrando un comportamiento totalmente incompatible con la "buena ciudadanía".

Muchos en Pittsburgh y más allá habían llegado a la conclusión de que las fuerzas militares y los Pinkertons durante los enfrentamientos de 1877 eran responsables de realizar el trabajo sucio del capital y, por tanto, iban en contra de los intereses de la gente corriente.²⁰ Por esta razón, diversos hombres de negocios y líderes cívicos autoproclamados —beneficiarios de las intervenciones armadas— reconocieron la necesidad de tomar medidas destinadas a garantizar el apoyo público a las fuerzas responsables de establecer y mantener la estabilidad industrial durante los enfrentamientos obrero-patronales. Wister fue una de las voces más reconocidas a la hora de defender este argumento, intentando contradecir la opinión de que la Guardia Nacional era simplemente una herramienta utilizada por los oligarcas. En su lugar, sostenía que los guardias nacionales enviados a Homestead en 1892 habían

¹⁹ Allan Pinkerton, *Strikers, Communists, Tramps and Detectives* (Nueva York: G. W. Carleton & Co., 1878), 263-264.

²⁰ Joan M. Jensen, *Army Surveillance in America, 1775-1980* (New Haven, CT: Yale University Press, 1991), 34-36. En julio de 1892, el Partido Populista esbozó la Plataforma de Omaha, que incluía su llamamiento a la eliminación de la policía privada como los Pinkerton. Véase "The Omaha Platform: Lanzamiento del Partido Populista, 4 de julio de 1892", *History Matters: The U.S. Survey Course on the Web*, <http://historymatters.gmu.edu/d/5361/>; y S. Paul O' Hara, *Inventing the Pinkertons or Spies, Sleuths, Mercenaries, and Thugs: Being a Stoiy of the Nation's Most Famous (and Infamous) Detective Agency* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2016), 78-79, 124.

desempeñado un papel necesario y patriótico al proteger a los miembros de la comunidad de todas las clases sociales de los desórdenes y las matanzas generadas por los trabajadores. Quince años después de los dramáticos enfrentamientos de 1877, Wister insistía en que estas fuerzas del sector público eran exterminadores de ratas profesionales y respetables, que allanaban el camino para el desarrollo de unas relaciones industriales pacíficas y el orden urbano. Al fin y al cabo, señalaba, la llegada de tropas bien vestidas y dirigidas profesionalmente consiguió neutralizar a los amenazadores agitadores. Dichas tropas exhibían un nivel de pericia que, según el relato anterior de Pinkerton, faltaba en 1877. En opinión de Wister, "la vigilancia es el precio de la libertad, no sólo frente a los enemigos extranjeros, sino también frente a los internos".²¹ Este autor quería que los lectores *de Harper* vieran a los activistas obreros y a los sindicatos — "enemigos internos"— como amenazas no sólo para los beneficios de las empresas, sino para la estabilidad de la propia nación.

Sin embargo, Wister no rechazaba todo tipo de violencia no sancionada por el Estado, como dejó claro en *The Virginian*. En su retrato de otro conflicto de clases que tuvo lugar el mismo año que la huelga de Homestead, Wister escribió con aprobación sobre las acciones emprendidas por la WSGA, una organización fundada en 1872 para promover los intereses de los grandes terratenientes de Wyoming, muchos de los cuales eran hombres de la burguesía oriental con una riqueza considerable. Estos hombres ambiciosos y en busca de fortuna habían llegado a Wyoming para ganar dinero con la industria ganadera, y con frecuencia disfrutaban de reuniones hedonistas en el exclusivo Cheyenne Club, un club privado patrocinado por los residentes más privilegiados del estado, incluido el gobernador republicano Amos Barber.²² La WSGA era una organización extraordinariamente influyente en la política del estado, que se desarrolló, según un documento de 1887, "para promover los intereses de los ganaderos y comerciantes de ganado de todo tipo dentro de dicho Territorio, y para la protección de los mismos contra fraudes y estafadores, y para evitar el robo, la toma y la conducción de ganado, ovejas, caballos y otros animales de sus legítimos propietarios, y para hacer cumplir las leyes ganaderas del Territorio de Wyoming".²³ Funcionaba como organizaciones de ganaderos similares en otras zonas rurales, y muchos de sus miembros también participaban activamente en asociaciones ganaderas nacionales. Empleaba detectives y exigía que sus miembros se atuvieran a un estricto

²¹ Wister, "La Guardia Nacional de Pensilvania", 826.

²² El Club Cheyenne se parecía a otros clubes de caballeros. Diana Kendall, *Members Only: Elite Clubs and the Process of Exclusion* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2008). Sobre la búsqueda de riqueza en Occidente, véase William G. Robbins, "In Pursuit of Historical Explanation: Capitalism as a Conceptual Tool for Knowing the American West", *Western Historical Quarterly* 30 (otoño de 1999), 277-293; Daniel Belgrad, "Power's Larger Meaning: The Johnson County War as Political Violence in an Environmental Context", *Western Historical Quarterly* 33 (verano de 2002): 159-177; y Maurice Frink, *Cow Country Cavalcade: Eighty Years of the Wyoming Stock Growers Association* (Denver: The Old West Publishing Co., 1954), 109, 111.

²³ Wyoming Stock Growers Association, *List of Members, By-laws, and Reports of the Wyoming Stock Growers Association* (Cheyenne, WY: Bristol and Knabe Printing Co., 1887), 21.

código de confidencialidad; los dirigentes expulsaban a los que incumplían esta política.²⁴ En contraste con su crítica a las acciones sindicales en Homestead, Wister no encontró ninguna razón para criticar el secretismo o las actividades organizativas de la WSGA, incluida su participación en un notorio episodio de vigilantismo por parte de sus miembros y pistoleros a sueldo que invadieron el condado de Johnson, Wyoming, en 1892. Aquella invasión se saldó con dos muertos. Además, Wister no se opuso a que el Estado no castigara a los asesinos. En la novela, Wister aceptó la afirmación de los invasores de que sus acciones eran necesarias para combatir el cuarterismo porque los tribunales no habían castigado habitualmente a los hombres por este supuesto delito.²⁵ El cuarterismo había incomodado periódicamente a los grandes terratenientes, y numerosos pequeños propietarios —beneficiarios de la Homestead Act de 1862— se habían negado a vender tierras a los miembros de la WSGA. Los pequeños propietarios, sin embargo, también veían a los grandes terratenientes como amenazas por desafiar su acceso al pastoreo en tierras públicas. Poco antes de la invasión, J. Elmer Brock, un residente del condado de Johnson, había observado que "los hombres, de ordinario honrados, roban ganado a los grandes y no lo consideran deshonesto, sino un acto justificable en una guerra de clases".²⁶ Esta "guerra de clases" incluía algo más que el robo de animales. Los vaqueros también protagonizaron huelgas exitosas entre 1883 y 1886.²⁷

Indignados por lo que consideraban acciones escandalosas de los pequeños terratenientes, los miembros de la WSGA decidieron tomar represalias, una acción que provocó a los residentes del condado de Johnson. Los miembros del club de élite, liderados por el gran terrateniente Frank Wolcott y acompañados por Pinkertons y tejanos a sueldo armados con numerosas armas mortales y una lista de asesinatos de setenta personas, invadieron a principios de abril. Wolcott, veterano de la Guerra Civil, marshal de Estados Unidos y gerente de la Tolland Cattle Company, había establecido una feroz coalición de cincuenta hombres, entre los que se encontraban W. C. Irvine y Herbert Teshmacher, dos figuras que habían ayudado a establecer la condición de estado de Wyoming cuatro años antes. La noche del 8 de abril, esta partida de hombres a caballo y en tren, dirigida por el que fuera sheriff del condado de Johnson, Frank M. Canton, llegó al rancho KC, donde rodearon clandestinamente la cabaña de la propiedad. Al día siguiente, los hombres dispararon contra el edificio, asesinando a Nick Ray cuando se encontraba fuera. Otro objetivo, Nathan Champion, que había defendido su derecho a pastar en tierras públicas, sacó el cadáver de Ray al interior de la cabaña y devolvió el fuego, hiriendo a varios invasores. Pronto, Champion recibió

²⁴ Wyoming Stock Growers Association, Lista de miembros, 28.

²⁵ Sobre la relación entre Wister y los vigilantes cheyennes, véase White, *The Eastern Establishment*, 127-129.

²⁶ Citado en John W. Davis, *Wyoming Range War: The Infamous Invasion of Johnson County* (Norman: University of Oklahoma Press, 2010), 60-61.

²⁷ Mark Lause, *La gran huelga de los vaqueros: Bullets, Ballots, & Class Conflicts in the American West* (Londres: Verso Books, 2017), 233.

ayuda de Jack Flagg, que presenció el ataque mientras pasaba en su carreta. Según Sam Clover, un periodista de Chicago infiltrado entre los invasores, los ganaderos estaban especialmente ansiosos por castigar a Flagg, un supuesto cuatrero infame que figuraba en la lista de objetivos, lo que hizo que uno de ellos gritara: "¡Disparad a ese canalla! Es Jack Flagg".²⁸ Flagg intercambió disparos con los invasores antes de escapar a la ciudad de Buffalo. El asedio, que duró horas, culminó con la muerte de Champion y la incineración de la cabaña. "El rey de los ladrones de ganado", como Clover llamó a Champion, "estaba muerto".²⁹

Tras enterarse de los asesinatos por Flagg, más de 200 enfurecidos residentes del condado de Johnson se sublevaron al día siguiente, obligando a los invasores a buscar protección. Temeroso de que los invasores de élite pudieran sufrir represalias por parte de un grupo local, el gobernador Barber, miembro de la WSGA, pidió al presidente Benjamin Harrison que protegiera a los invasores, lo que provocó el envío de un centenar de tropas federales para escoltarlos a salvo fuera del condado de Johnson. El 12 de abril, Barber informó al general John R. Brooke que desconfiaba de las autoridades locales, pues creía que, dada la oportunidad, disciplinarían injustamente a quienes fueran "al condado de Johnson con el propósito de proteger su ganado vivo y evitar las redadas ilegales de los cuatros". Barber concluía su correspondencia diciendo que "se cree que las autoridades civiles serán incapaces de impedir que los cuatros cometan grandes actos de violencia contra los ganaderos si éstos son capturados."³⁰ De hecho, las cartas de Barber revelan que su máxima prioridad era salvaguardar a los invasores de la WSGA, no a sus víctimas. Las tropas de caballería de Fort McKinney no tardaron en rescatar a los asediados atacantes.

Las tropas detuvieron a los invasores, pero las pruebas sugieren que las autoridades no se tomaron en serio la búsqueda de justicia por los asesinatos de Ray y Champion. No debe sorprendernos que no intervinieran contra los agresores. Al fin y al cabo, los poderosos ganaderos contaban con un estamento judicial simpatizante gracias a sus conexiones con jueces y abogados de alto nivel, entre ellos el futuro juez del Tribunal Supremo de EE.UU. Willis Van Devanter y Hugo Donzelmann, primer fiscal general de Wyoming y veterano de las guerras contra los nativos americanos que en su día compartió bufete con Van Devanter. Eran dos de los abogados más agresivos de la WSGA, parte de un grupo de diez hombres de gran poder que la WSGA empleaba.³¹ Van Devanter, que, además de dirigir un bufete de abogados, poseía considerables

²⁸ Citado en Sam Clover, "Riding with the Regulators, 1892", en *Violence in the West: The Johnson County Range War and the Ludlow Massacre, A Brief History with Documents*, ed. Marilyn S. Johnson (Long Grove, IL: Waveland Press, 2009), 61, 63. Marilyn S. Johnson (Long Grove, IL: Waveland Press, 2009), 61, 63

²⁹ Davis, *Wyoming Range War*, 165.

³⁰ Amos W. Barber al General John R. Brooke, Comandante del Departamento del Platte, Omaha, Nebraska, 12 de abril de 1892, Carpeta 3, Caja 208, Documentos de la Guerra del Condado de Johnson, Centro del Patrimonio Americano, Universidad de Wyoming, Laramie, Wyoming.

³¹ Para información biográfica sobre Donzelmann, véase "Indian Wars Veteran Dies at Cheyenne", *The Salt Lake Tribune*, 19 de diciembre de 1930, 17.

sumas de tierra, defendió con éxito que los acusados fueran juzgados en Cheyenne, un entorno político favorable a los invasores. Al mismo tiempo, se encomendó al condado de Johnson la carga de sufragar los cuantiosos gastos del juicio. Cuando los invasores llegaron a Cheyenne a principios de agosto, Donzelmann los recibió, según un relato, con "asentimientos y apretones de manos" aprobatorios mientras se imaginaba "el generalísimo del rebaño de ganaderos".³²

Podemos entender por qué los invasores mostraban tanto afecto por el "generalísimo" Donzelmann. Lo más controvertido fue que, a principios de mayo, Donzelmann intentó asegurarse de que dos testigos de las muertes de Ray y Champion, Benjamin Jones y William Walker, no pudieran declarar sobre lo que habían presenciado. Los miembros de la WSGA y Donzelmann se habían coordinado con un ayudante de los U.S. Marshal para sacar a los dos hombres de Wyoming. Aprehendidos, los dos testigos acabaron en Nebraska, donde un marshal los encarceló por vender supuestamente alcohol a los nativos americanos. Tras retenerlos durante un breve periodo, Donzelmann y el alguacil colocaron a los hombres esposados en un tren que iba hacia el sur. Jones y Walker nunca tuvieron la oportunidad de describir los horribles detalles de las acciones de los terroristas ante un tribunal porque al final desembarcaron en Rhode Island, muy lejos de Cheyenne. El 21 de enero de 1893, la fiscalía acabó desestimando todos los cargos contra los invasores. Las partes enfrentadas fueron incapaces de reunir un jurado y el condado de Johnson carecía de recursos para financiar lo que prometía ser un juicio costoso.³³

Aunque los invasores evitaron cualquier sanción judicial, la WSGA experimentó una reacción pública de ciudadanos menos poderosos enfadados por el error judicial. Numerosas personas se manifestaron airadamente contra la invasión y la gestión estatal del caso. El *Omaha Bee* lamentó semanas después de la redada que los invasores gozaran de "poder absoluto e inmunidad frente al castigo".³⁴ Los residentes de Glenrock, un condado cercano a Johnson, aprobaron una resolución condenando a los invasores y a Barber, declarando que el gobernador había protegido a "canallas sin principios" y, por tanto, deshonorado para siempre "tanto a sí mismo como al buen nombre del estado de Wyoming."³⁵ Los sentimientos de ira y los resentimientos clasistas persistieron durante años. Una década más tarde, el escritor A. E. Sheldon se refirió a los ganaderos y sus aliados como "asesinos millonarios", mientras el vigilantismo continuaba en Wyoming sin interferencia judicial hasta que un tribunal

³² "To Join Their Cronies", *The Laramie Boomerang*, 4 de agosto de 1892, 4.

³³ A. C. Mercer, *The Banditti of the Plains: Or the Cattlemen's Invasion of Wyoming in 1892* (Norman: University of Oklahoma Press, 1954 [1894]), 94-106; Davis, *Wyoming Range War*, 207, 253; Lewis L. Gould, *Wyoming: From Territory to Statehood* (Worland, WY: High Plains Publishing Company, 1989), 137-158; Slotkin, *Gunfighter Nation*, 169-175; y David R. Berman, *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920* (Boulder: University of Colorado Press, 2007), 43-44.

³⁴ "Por qué fueron a la guerra", *Omaha Daily Bee*, 26 de abril de 1892, 5.

³⁵ "The Glenrock Resolution," 3 de mayo de 1892, Folder 2, Box 1, Johnson County War Collection, Cushing Memorial Library and Archives, Texas A&M. University, College Station, Texas.

finalmente condenó y sentenció a los asaltantes ganaderos en 1909.³⁶

En su mayor parte, los miembros de la WSGA siguieron disfrutando de una vida de privilegios. Seguían siendo económicamente prósperos, políticamente poderosos y capaces de lanzar nuevas campañas terroristas contra las clases trabajadoras agrícolas del Estado con lo que esencialmente equivalía a inmunidad legal. Sin embargo, comprendieron que los hombres corrientes, profundamente enfurecidos por la cultura de corrupción del Estado y la descarada invasión de los propietarios de ganado, podrían lanzar ataques de venganza contra los hombres de la élite. Esto podría significar más robos o incluso violencia contra los miembros de la AGSM. Pero podrían apoyarse en las autoridades estatales y en poderosas figuras del sector privado. Un año después de la invasión, Donzelmann, que ya no era fiscal general, aseguró al secretario de la Asociación que les cubría las espaldas: "He estado haciendo trabajo de detective para algunos de sus hombres de bolsa".³⁷ Es de suponer que Donzelmann vigilaba a los cuatreros, agitadores obreros o cualquier persona responsable de perturbar los intereses de la clase dirigente agrícola de la región. Uno de los abogados más prominentes del estado había tratado esencialmente de asegurar a la organización que seguía decidido a proteger sus intereses a largo plazo.

Sin embargo, los miembros de la WSGA querían acallar la exposición negativa, con la esperanza de que el público no les percibiera como asesinos desalmados cuyas conexiones con la élite les habían salvado del castigo. Algunos de ellos incluso contrataron a matones para que atacaran a quienes publicaran relatos honestos de la redada. Ninguna publicación les enfureció más que *The Banditti of the Plains*, de Asa Mercer, un libro de 1894 que revelaba los nombres y las acciones intimidatorias de los poderosos ganaderos y sus aliados cercanos, incluido Donzelmann. Mercer, un periodista cercano a los miembros de la WSGA, rompió con ellos muy públicamente tras sus violentas acciones. Poco después de la incursión, Mercer testificó en contra de la propuesta de que los invasores fueran juzgados en su ciudad natal, proclamando que "el sentimiento en Cheyenne era favorable a los ganaderos".³⁸ Dos años más tarde, detalló su comportamiento criminal y su connivencia con Barber y otros políticos del más alto nivel, calificando el ataque de "la infamia suprema de los tiempos."³⁹ Tras la publicación del libro, los miembros de la WSGA, como era de esperar, trataron a Mercer de paria irredimible y traidor de clase. Mercer pasó un tiempo en la cárcel por difamación. Indignada por la publicidad negativa, la hipersecreta WSGA lanzó misiones adicionales, recogiendo, comprando, robando y quemando numerosas copias para

³⁶ A. E. Sheldon, "A Nebraska Episode of the Wyoming Cattle War", Publications of the Nebraska State Historical Society 10 (1902), 145; John W. Davis, "The Johnson County War: 1892 Invasion of Northern Wyoming", WyoHistory.org: Un proyecto de la Sociedad Histórica del Estado de Wyoming, <https://www.wyohistory.org/encyclopedia/johnson-county-war-1892-invasion-northern-wyoming>.

³⁷ Hugo Donzelmann a H. B. Ijams, 1 de mayo de 1893, Folder 7, Box 27, Wyoming Stock Growers Association papers, American Heritage Center.

³⁸ Citado Davis, Wyoming Range War, 210.

³⁹ Mercer, *The Banditti of the Plains*, 28.

evitar que circulara. Es probable que Donzelmann pagara a un hombre para que quemara ejemplares en el sótano de su lujosa mansión.⁴⁰

La violencia de los virginianos

Los miembros de la WSGA estaban tan interesados en promover su propio relato como en suprimir el de Mercer. Estos ganaderos agraviados encontraron en Wister a un compañero de club, un escritor de talento y un propagandista dispuesto a defenderlos.⁴¹ Wister, después de todo, había desarrollado relaciones duraderas con futuros miembros del Club Cheyenne y de la WSGA en Harvard. Mientras Wister pasaba muchas de sus horas de vigilia desarrollando su oficio de escritor, esos compañeros de clase se habían trasladado a Montana y Wyoming, donde se dedicaron al negocio del ganado, invirtiendo en tierras, comprando ganado y empleando a jornaleros. La distancia geográfica no detuvo estas amistades. Aunque Wister no estuvo presente durante la invasión de 1892, pronto adquirió una comprensión positiva del acontecimiento desde la perspectiva de la WSGA. Durante sus viajes a Wyoming, Wister tenía por costumbre visitar el Cheyenne Club, que en una ocasión calificó de "confortable y lleno de gloria difunta".⁴² Habitual del igualmente exclusivo Philadelphia Club, Wister se sentía como en casa en un enclave igualmente masculino de Wyoming. Desarrolló una actitud comprensiva hacia la invasión durante una visita en 1894 con su amigo Barber. Allí, W. C. Irvine, barón ganadero del condado de Converse y participante en la invasión, obsequió a Wister y Barber con recuerdos personales sobre el incidente que desafió a la muerte. Wister escribió en su diario: "Nos quedamos hasta la una y él nos contó sus experiencias durante la invasión del condado de Johnson. La historia fue emocionante y pintoresca. Barber me dijo que nunca había oído tantos detalles". Embelesado con estos relatos sobrecogedores, Wister dijo a Irvine que en el futuro le pediría "un relato escrito de todas estas cosas".⁴³

Es digno de mención lo que Wister *no* trató en la entrada de su diario: cuestiones sobre la legalidad o moralidad de la larga lista de objetivos o asesinatos de los invasores. Para él, las acciones de los justicieros eran "emocionantes" en lugar de criminales y "pintorescas" en lugar de horripilantes. Wister no demostró ningún interés

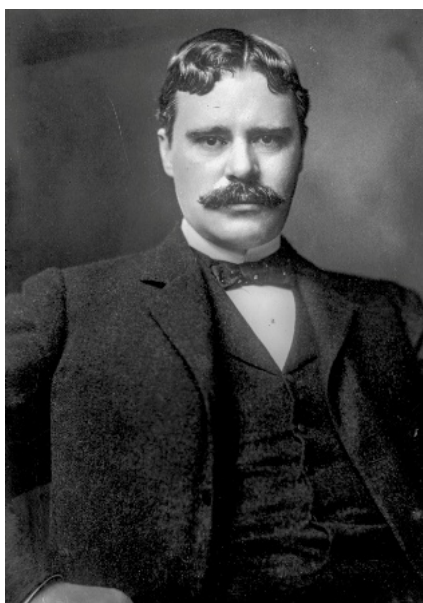
⁴⁰ Rebecca Hein, "Asa Mercer y los bandidos de las llanuras", WyoHistory.org: Un proyecto de la Sociedad Histórica del Estado de Wyoming, <https://www.wyohistory.org/encyclopedia/asa-mercer-and-banditti—plains>. Según el historiador Lewis L. Gould, Mercer había tenido un enfrentamiento anterior con miembros de la WSGA y, por tanto, actuó "por motivos materiales", no porque le preocupara la difícil situación de "los oprimidos". Lewis L. Gould, "A. S. Mercer and the Johnson County War: A Reappraisal", *Arizona and the West* 7 (primavera de 1965): 20.

⁴¹ White, *The Eastern Establishment and the Western Experience*, 127-129.

⁴² Owen Wister, 4 de octubre de 1892, "Diary of Western Trip No. 7", Folder 1, Box 2, Owen Wister Papers, American Heritage Center.

⁴³ Owen Wister, "Diary, Bowie, Bayard, Grant, Bisbee, Tombstone, Tucson, San Francisco, Cheyenne, May-August 1894," Folder 7, Box 2., page 23, Wister Papers.

en comprender el punto de vista de las víctimas, que se vieron obligadas a defenderse de una banda de asesinos fuertemente armados cuyas acciones recibieron apoyo estatal y federal. Parece haber aceptado acriticamente la opinión —compartida por grupos de élites de todo el país— de que las víctimas eran cuatreros de poca monta, molestos impedimentos para el desarrollo capitalista, la acumulación de riqueza y el orden. Las coloridas descripciones de Irvine ofrecieron la oportunidad de estrechar lazos con un viejo amigo sobre un dramático enfrentamiento entre dos clases que, en las mentes colectivas de Wister, Barber e Irvine, había tenido un resultado muy satisfactorio. Sus compañeros de la WSGA habían vivido experiencias emocionantes, cercanas a la muerte, mientras eludían el castigo gracias a sus poderosos defensores. Viendo los acontecimientos desde la perspectiva de ricos barones del ganado, los tres hombres creían que se había hecho justicia, y los tres esperaban un futuro de prosperidad, poder y más actividades placenteras con otros hombres de élite.



Owen Wister. El mundialmente famoso autor ofrecía legitimidad a las campañas terroristas dirigidas por las élites contra la gente corriente. (División de Impresiones y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, Colección George Grantham Bain, LC-DIG-ggbain-06086)

La invasión y el desenlace, descritos de forma muy selectiva por uno de los vencedores, dieron mucho que pensar a Wister. Wister debió de llegar a la conclusión de que la historia contenía elementos que atraerían a un amplio público lector. En sus largos viajes en tren por el Oeste se planteaba acontecimientos tan extraordinarios con el objetivo de cautivar al público del mismo modo que la historia de Irvine le hipnotizó a él, pero no tenía ningún interés en escribir sólo para entretener. En su opinión, una

historia así debía contarse como una alegoría moral que distinguiera a los buenos de los malos. Lo que publicó diez años después de la invasión cumplía ese requisito. Sin duda, *The Virginian* contribuyó a rehabilitar la reputación de la WSGA. Dedicada al entonces presidente Theodore Roosevelt, amigo de toda la vida de Wister, *The Virginian* se vendió excepcionalmente bien, ofreciendo a sus numerosos y ávidos lectores un retrato particular de la vida en el Oeste.⁴⁴ No fue sólo una novela, también inspiró una obra de teatro y tres películas antes de la muerte de Wister, transmitiendo el mismo mensaje en cualquiera de sus formas. Los asesinos se convertían en héroes, el mensaje opuesto a la crítica de Mercer. Aunque fuerzas poderosas habían suprimido *Banditti* de Mercer, los principales periódicos y revistas dieron a la novela una cobertura entusiasta. Un crítico del *New York Times*, por ejemplo, escribió que "Owen Wister ha estado muy cerca de escribir la novela americana".⁴⁵ Por su parte, Roosevelt la calificó de "novela notable".⁴⁶ No debe sorprendernos que Roosevelt, entusiasta admirador de los justicieros del Oeste, ofreciera su más sincero respaldo. Por encima de todo, Wister había creado una versión mítica de la invasión del condado de Johnson que justificaba el vigilantismo de élite y la regeneración a través de la violencia.

Un estudio de los personajes de esta "notable novela" ilustra la rectitud moral de su protagonista, un sureño profundamente reflexivo, de hablar sencillo, experimentado, con una movilidad ascendente, pero modesto, que monta a caballo. El virginiano expresa su desagrado ante cualquier indicio de infracción de la ley, al tiempo que demuestra una considerable deferencia hacia los ricos ganaderos de Wyoming. Sobre todo, demuestra una ética de trabajo honorable y un historial probado de practicar el autocontrol, poco dispuesto, a diferencia de algunos de sus compañeros vaqueros, a sucumbir a las "tentaciones de la frontera", como el robo de ganado.⁴⁷ "Me he ganado la vida desde que tenía catorce años. Y eso desde el viejo México hasta la Columbia Británica. Nunca he robado ni mendigado un céntimo", informa con orgullo a Molly Wood, su interés amoroso y principal personaje moral del libro.⁴⁸ Wister popularizó la imagen de los vaqueros sanos y virtuosos, aquellos que personificaban el individualismo fronterizo.⁴⁹

El narrador insiste en que el juez Henry, patrón del virginiano y personaje principal, merece respeto por hacer gala de "valor y sentido común". La narración y la trama demuestran que los hombres honrados como Henry y los miembros de su clase eran víctimas del cuatrero generalizado y de un sistema judicial injusto que

⁴⁴ Wister, Roosevelt: Historia de una amistad.

⁴⁵ "The Virginian", *New York Times*, 21 de junio de 1902, 10.

⁴⁶ Theodore Roosevelt a Owen Wister, 7 de junio de 1902, citado en Owen Wister, Roosevelt: The Stoic of a Friendship, 1880-1919 (Nueva York: Macmillan, 1930), 105.

⁴⁷ Wister, *El Virginiano*, 222.

⁴⁸ Wister, *The Virginian*, 153.

⁴⁹ Mark A. Lause se refiere a los vaqueros como "las clases peligrosas del Oeste americano" que reconocían la importancia de la solidaridad de clase. Véase Lause, *The Great Cowboy Strike*, 53-84.

habitualmente no castigaba a los delincuentes. Desde la perspectiva de Henry, que pertenecía a la élite terrateniente con la que se identificaba Wister, los jurados simpatizaban con demasiada frecuencia con los acusados y no condenaban a aquellos a quienes las élites locales querían hacer rendir cuentas. Estos terribles resultados exigían una respuesta drástica. En un pasaje revelador, el juez Henry subraya la necesidad de una actitud flexible hacia la obediencia de la ley. Los hombres virtuosos podían emplear "la ley o la justicia popular".⁵⁰ Si el sistema legal desatendía sus intereses, o tardaba demasiado, los hombres virtuosos podían optar por emprender tiroteos, secuestros, linchamientos o cualquier otro método de castigo que consideraran apropiado para castigar a los malvados.

¿Qué quería decir exactamente Wister con "la ley o la justicia popular"? Con una licenciatura en Derecho en la mano, Wister no era ajeno a estas preguntas. Después de todo, Wister había aprendido de algunas de las mejores mentes jurídicas del país y se había codeado con ellas, incluido el futuro juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes Jr, a quien conoció en Harvard-Roosevelt, y otras personas relacionadas con la profesión jurídica. Wister había aprendido a través de sus propios estudios que la ley debe servir a los intereses de los propietarios. En su opinión, debía proteger los derechos de propiedad y de gestión frente a los desafíos de los cuatreros, los populistas y los activistas sindicales. Pero al mismo tiempo, el sistema jurídico estadounidense fue diseñado para defender el principio del debido proceso. En otras palabras, los acusados debían disfrutar de la presunción de inocencia y del derecho a ser juzgados por un jurado compuesto por sus iguales. A veces, sin embargo, las élites se quejaban de que los jurados no querían o no podían emitir el veredicto correcto. En esos casos, la "justicia popular" —una expresión que enmascaraba los intereses de las élites detrás del proceso de toma de decisiones— seguía siendo la única opción. Estas formas de "justicia" contaban con el apoyo de los círculos elitistas, aunque sus defensores trataban de hablar en nombre de las masas, no sólo de sí mismos. Hablando en nombre de Wister, el juez Henry empleó la palabra "popular" porque servía a los intereses ideológicos de su clase. Según esta lógica, las élites tenían derecho a defender sus intereses, incluso cuando los jueces o los jurados fallaban en su contra. Utilizando al juez Henry para articular esta opinión, Wister trató de convencer a sus lectores de que los vigilantes promulgaban la "justicia popular" asumiendo los papeles de policías, soldados, jueces, jurados y verdugos cuando las fuerzas del orden o los tribunales no castigaban a los supuestos culpables.

En consonancia con su esfuerzo por revestir de ropaje popular un concepto elitista, los agentes de la "justicia popular" de Wister no siempre poseían grandes ranchos ni procedían de las clases privilegiadas. Sus virtuosos héroes, sin embargo, trabajaban en última instancia para defender los intereses de clase de los residentes más privilegiados. El juez Henry asignó al "ciudadano de a pie" el deber de actuar cuando se

⁵⁰ Owen Wister, *El Virginiano*, 247.

enfrentara a ejemplos de cuatreroismo u otras actividades contrarias a la ley sin depender de las autoridades legales o de los tribunales. Tales acciones, "lejos de ser un desafío a la ley, son una *afirmación* de la misma" en opinión de la autoridad legal debidamente constituida en el corazón de la novela.⁵¹ Al final de la novela, el virginiano, armado con su rifle Winchester, mata a Trampas, un amenazador cuatrero, el villano principal de la historia, y un sustituto de las víctimas de la invasión de 1892. La mayoría de los lectores entendieron el punto explícitamente señalado por la futura esposa del Virginiano, Molly. Ella alabó su acción, diciendo "Oh, gracias a Dios" cuando se enteró de la matanza.⁵² Leída o vista por millones de personas, la historia, llena de acción y moralmente inequívoca, dio forma a las interpretaciones populares de los conflictos basados en el Oeste de la era de 1890.⁵³ Al publicarlo, Wister había contribuido a restaurar la reputación de los WSGA, miembros de una clase que Christine Bold ha calificado de "élite cultural" culpable de "proteger violentamente sus privilegios en nombre de la democracia". El libro es un ejemplo clásico de camuflaje populista para justificar una forma asesina de policía privada al servicio de los intereses de la élite.⁵⁴

Relaciones públicas y el movimiento de tiendas abiertas

La novela de Wister apareció el año en que la publicación de la Asociación Nacional de Fabricantes (NAM), *American Industries*, publicó la declaración del presidente de Harvard, Charles Eliot, de que los "esquiroleros" eran en realidad "héroes" de la clase obrera.⁵⁵ Un año más tarde, a principios de 1903, la NAM anunció su compromiso a gran escala con el movimiento de tiendas abiertas. Reacios a aceptar el "dictado sindical", sus miembros se comprometieron a impedir lo que denominaban sindicalismo obligatorio. La CIAA, formada más tarde ese mismo año, prometió ponerse a la cabeza de este movimiento, en parte desafiando las críticas populistas y generadas por los trabajadores sobre el uso de tropas estatales y federales, vigilantes y Pinkertons para reprimir las huelgas. En 1907, el año del nombramiento de Wister, el líder de la NAM y la CIAA, James Van Cleave, explicó que "la educación y la publicidad"

⁵¹ Wister, *The Virginian*, 255; véase también Sara Humphreys, " 'Truer 'n Hell': Lies, Capitalism, and Cultural Imperialism in Owen Wister's *The Virginian*, B. M. Bower's *The Happy Family*, and *Morning Dove's* *Cogweaf* *Western American Literature* 45 (primavera de 2010): 37.

⁵² Wister, *The Virginian*, 281.

⁵³ Según Richard Maxwell Brown, Wister fue el principal creador del mito del western. Richard Maxwell Brown, "Western Violence: Structure, Values, Myth", *Western Historical Quarterly* 24 (febrero de 1993): 18.

⁵⁴ Christine Bold, *El club de la frontera: Popular Westerns and Cultural Power, 1880-1924* (Oxford: Oxford University Press, 2013), 1.

⁵⁵ Charles J. Bonaparte, "President Eliot and the American University", *Boston Evening Transcript*, 19 de marzo de 1904, 2; y "President Eliot on Violence and Folly Among the Unions", *American Industries* 1 (15 de noviembre de 1902): 10.

eran las "principales armas" de la campaña de tiendas abiertas. Al mismo tiempo, los empresarios utilizaban agencias de detectives, guardias de huelga y otras formas coercitivas de policía privada contra los sindicatos. Los responsables de la NAM creían que Wister y sus compañeros del comité de la CIAA podían, como explicaba Van Cleave, educar "a la gente" y mostrarles "sus deberes como miembros de la sociedad" para evitar los intentos de interferir con el rompehuelgas y otros métodos antisindicales.⁵⁶ En algún momento de su vida, C. W. Post hizo un comentario similar: "La opinión pública es la última regla en América; y el hombre que tenga la razón de su lado, y pueda hacérselo saber a la gente, ganará".⁵⁷

Desde el principio, los dirigentes de la CIAA se presentaron como partidarios de un término medio, distanciándose tanto de los empresarios explotadores como de los funcionarios sindicales abusivos. Al insistir en que la "gente corriente" necesitaba protección, la CIAA hacía hincapié en lo que sus miembros apoyaban más que en aquello a lo que se oponían. En lugar de presentarse como implacables e interesados rompesindicatos dispuestos a emplear la coerción, se esforzaron por demostrar al público que eran protectores de los trabajadores frente a la "tiranía" sindical.⁵⁸ Wister subrayó este mensaje central en el prefacio a la reimpresión de 1911 de *The Virginian*, explicando que la novela era una historia "de fe americana" que se enfrentaba a poderosos desafíos tanto desde arriba como desde abajo. "Nuestra democracia", escribió, "tiene muchos enemigos, tanto en Wall Street como en los sindicatos". El novelista y propagandista de la CIAA mostraba cierto optimismo: "Creo que los pilares no caerán y que, con errores a veces, pero con sabiduría en su mayor parte, el pueblo demostrará estar a la altura de la prueba más severa a la que se ha sometido hasta ahora el hombre político: la prueba de la Democracia." En otras palabras, Wister tenía esperanzas en la sabiduría de la "gente común" del lema de la CIAA.⁵⁹

La propaganda producida por la CIAA trataba de ocultar lo que significaba en la práctica la "protección" antisindical: la violencia infligida por el ejército, las fuerzas del orden, los empresarios, la policía privada y los rompehuelgas. Significaba el rápido despliegue de fuerzas coercitivas contra los sindicatos que organizaban huelgas o violaban los mandamientos judiciales, y contra cualquier persona responsable de impedir que los no sindicalistas entraran en los lugares de trabajo en huelga.⁶⁰ El clima político ya era favorable para los opositores sindicales, puesto que la mayoría de los estados permitían matar en defensa propia y daban un margen considerable para el uso de la violencia. Y N. F. Thompson, como hemos visto, pidió infamemente la adopción

⁵⁶ James W. Van Cleave, "The True Meaning of the Open Shop", *The Engineering Magazine* 33 (julio de 1907): 534.

⁵⁷ Citado en Charles Dudley Eaves y C. A. Hutchinson, *Post City, Texas: C. W. Post's Colonizing Activities in West Texas* (Post, TX: Garza County Historical Museum: 1998; 1952), 64.

⁵⁸ Wister, "The Land of the Free", 7; Wister, *The Seven Ages of Washington*, 63.

⁵⁹ Wister, *El Virginiano*, v.

⁶⁰ Véase James W. Ely Jr. "Property Rights and the Supreme Court in the Gilded Age", *Journal of Supreme Court History* 38 (noviembre de 2013): 330-344.

de un estatuto federal de "asesinato justificable" para proteger a los empresarios y a los no huelguistas en 1900.⁶¹ Los miembros de la CIAA como Thompson, Post, Van Cleave y Wister probablemente creían que había muchas situaciones que justificaban dicha represión. De hecho, en opinión de los integrantes de la vanguardia del movimiento de tiendas abiertas, "no existían los piquetes pacíficos".⁶² Los casos de violencia generada por los trabajadores exigían respuestas contundentes del capital y del Estado. Inculcar estos sentimientos en la opinión pública era el principal objetivo de la CIAA.

Justicia al estilo virginiano en Cheyenne

Los veteranos de la invasión del condado de Johnson, entre los que se encontraban algunos amigos de Wister, se vieron envueltos en conflictos laborales como parte de la campaña de tiendas abiertas de la CIAA. En septiembre de 1903, crearon formalmente la Alianza de Ciudadanos Cheyenne (CCA). Inspirados por la defensa que Theodore Roosevelt hacía del principio de "tienda abierta", así como por la limpieza sindical que se estaba llevando a cabo al sur, en Colorado, estos hombres recibieron ayuda organizativa de J. C. Craig, de Denver, quien, como hemos visto en el capítulo anterior, dirigió una de las fuerzas rompehuelgas y antisindicales más eficaces y violentas del país. En Cheyenne, Craig ofreció a sus anfitriones una breve lección de historia, señalando las raíces del movimiento en Sedalia, Missouri, donde, como hemos visto, J. West Goodwin ayudó a establecer uno de los primeros capítulos de la Alianza de Ciudadanos. La aparición del grupo de Cheyenne tuvo un impacto considerable en la comunidad, lo que llevó a las fuentes de noticias a celebrar esta fase del desarrollo de Cheyenne. Por ejemplo, un redactor del *Cheyenne Daily Leader* se refirió a la reunión inaugural de la organización local como "una de las reuniones más importantes jamás celebradas en Cheyenne". Los cientos de hombres asistentes, entre los que se encontraban veteranos de la redada de 1892 y acaudalados dignatarios políticos como el gobernador Fenimore Chatterton y el senador estadounidense y primer gobernador de Wyoming Francis E. Warren, tenían la esperanza, según el relato del periódico, de que "la ley y el orden reinaran en Cheyenne en todo momento y bajo cualquier condición." Aquí los participantes eligieron por unanimidad a Hugo Donzelmann —el secuestrador de testigos y defensor de la WSGA, que más tarde fue diplomático estadounidense en Austria-Hungría a finales de la década de 1890— como secretario de organización.⁶³ Cabe preguntarse si el reportero que cubrió el acto hablaba realmente en serio o ironizaba sobre las intenciones de la organización, que cuenta con 250 miembros: "La

⁶¹ Richard Maxwell Brown, *No Duty to Retreat: Violence and Values in American History and Society* (Norman: University of Oklahoma Press, 1990), 5.

⁶² Pearson, *Reforma o represión*, 13.

⁶³ El presidente William McKinley nombró a Donzelmann para este puesto diplomático en 1897. "Cheyenne Will Welcome Him", *The Salt Lake Herald*, 30 de junio de 1897, 1.

alianza estará en contra de cualquier elemento que intente tomarse la justicia por su mano".⁶⁴

Es casi seguro que Donzelmann y sus colegas no pensaban en sí mismos, sino en la gente corriente, cuando se planteaban cuestiones de orden público. Esto se hace evidente cuando consideramos cómo él y sus seguidores respondieron a una huelga de maquinistas. Existe la posibilidad de que estos activistas antisindicales estuvieran influidos por las afirmaciones a favor de los vigilantes que aparecen en el libro de Wister, especialmente la noción de que los ciudadanos honrados tenían la opción de utilizar "la ley o la justicia popular" cuando se enfrentaban a amenazas a sus intereses financieros y empresariales. Donzelmann articuló este mensaje básico cuando se jactó de este enfrentamiento en una reunión de la CIAA en febrero de 1904. Allí se jactó de cómo él y sus colegas se mantuvieron firmes al rechazar a los huelguistas "sin ley" de los talleres de Union Pacific en la capital de Wyoming después de que "empezaran a dictarnos" el año anterior. Donzelmann preguntó a su audiencia: "¿Esperamos? ¿Esperamos a la ley de medidas cautelares? Nosotros no. Fuimos a nuestras casas, cogimos nuestras armas y, con 463 hombres, marchamos hasta esos astilleros y les dijimos a esos huelguistas que tendrían que hacerse a un lado y dejar trabajar a quien quisiera, y se hicieron a un lado".⁶⁵

Según Donzelmann, los miembros de la CCA se buscaron entre sí y con los trabajadores antisindicales para sofocar la huelga de forma rápida y espectacular. De hecho, dijo a la admirada audiencia que él y sus compañeros se habían movilizado para ayudar a una organización obrera recién formada, la Independent Order of Labor, a superar la intimidación de los miembros del sindicato.⁶⁶ Es difícil saber si los miembros de la clase obrera de esta organización laboral "independiente" tuvieron mucha influencia en el proceso de toma de decisiones, ya que Donzelmann hablaba en su nombre. Parece que este grupo se parecía a otras creaciones de arriba abajo, incluido el Sindicato Industrial Wardner, que, como hemos visto, fue establecido por los directivos de la empresa Bunker Hill y Sullivan tras los disturbios de 1899. Sea como fuere, el emocionante relato de Donzelmann sobre un acontecimiento que supuestamente implicaba una movilización de hombres aún mayor que la que había participado en la invasión del condado de Johnson atrajo fuertes aplausos, mostrando la aprobación del vigilantismo al estilo occidental. Donzelmann proporcionó a los miembros de la CIAA un relato heroico de una lucha supuestamente justa y sin distinción de clases que

⁶⁴ "Citizens' Alliance Formed", Cheyenne Daily Leader, 24 de septiembre de 1903; "Form Citizens' Alliance", Wyoming Tribune, 24 de septiembre de 1903, 4; y "Citizens' Alliance Meets", Wyoming Tribune, 13 de octubre de 1903, 4. Los opositores sindicales pidieron la creación de una alianza meses antes de la reunión de septiembre. Véase "Citizens' Alliance", Cheyenne Daily Leader, 6 de julio de 1903, 4.

⁶⁵ Citado en "Shotguns Used to Break a Strike", Indianapolis Journal, 23 de febrero de 1904, 10; y "Says a Report from Parry's Indianapolis Convention", Weekly People, 5 de marzo de 1904, 1. Maury Klein, *Union Pacific: Volume II, 1894-1969* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006), 141.

⁶⁶ "Escopetas usadas para romper una huelga".

derrotó con contundencia a los adversarios dictatoriales del sindicato.⁶⁷ El espíritu de los invasores del condado de Johnson animaba ahora la campaña de tiendas abiertas.

Aunque Donzelmann enmarcó esta operación de destrucción sindical como un asunto bastante ordenado impulsado por objetivos honorables, las pruebas sugieren que sus oponentes opusieron una tenaz resistencia. La mayoría de los trabajadores de los talleres mecánicos de Union Pacific pertenecían a la Asociación Internacional de Maquinistas (IAM), un sindicato con un historial de lucha por salarios más altos, mejoras en el lugar de trabajo y resistencia a los matones de los directivos; sus miembros demostraron en repetidas ocasiones que no tenían miedo a abandonar el trabajo ante toda una serie de abusos. De hecho, en 1902 y 1903, los trabajadores de los talleres mecánicos de Cheyenne protagonizaron varias huelgas muy disruptivas en respuesta a la implantación del "sistema de primas" por parte de la dirección. Se puede entender por qué los miembros del IAM se resistieron a este plan. En palabras de un futuro presidente del NAM, John Kirby Jr., "el sistema de bonus de paga extra" estaba diseñado "para hombres que pueden hacer trabajo extra rápido". Se suponía que este sistema de explotación atraería a los trabajadores ambiciosos, pero a la mayoría les resultaba agotador y excepcionalmente oneroso.⁶⁸ Estos trabajadores valoraban más la solidaridad que el individualismo, y protestaron enérgicamente contra una política que enfrentaba a una minoría de trabajadores esforzados contra los miembros del sindicato con principios. Según un reportero del sindicato en diciembre de 1902, el conflicto en Cheyenne se había vuelto violento: "Los hospitales están llenos de esquiroleros heridos en el trabajo y en peleas entre ellos. Cuatro han muerto en Cheyenne y uno en Omaha en una pelea, mientras que otros tres o cuatro han muerto en el taller."⁶⁹ El historial del IAM de protección de los piquetes y su participación en enfrentamientos a veces mortales con los rompehuelgas puede haber sido una de las causas de la creación de la CCA en 1903.

Las acciones laborales combativas, desde la perspectiva de la CCA, eran económica y moralmente inaceptables. Los miembros reconocían que la intimidación sindical de los rompehuelgas perjudicaba a las empresas y posiblemente ahuyentaba a posibles inversores. Los miembros armados de la CCA, dirigidos por Donzelmann y algunos invasores veteranos de la WSGA, se movilizaron en respuesta. Estos hombres tenían tres objetivos: derrotar a los huelguistas, deslegitimar a los sindicatos y restablecer la confianza de los inversores en la región. El primer objetivo no era especialmente difícil, aunque Donzelmann y sus camaradas tuvieron que enfrentarse a cuestiones logísticas espinosas. Como abogado destacado y bien relacionado, podría haber conseguido una orden judicial, pero probablemente se dio cuenta de que el proceso, algo largo, habría

⁶⁷ "Escopetas usadas para romper una huelga".

⁶⁸ John Kirby Jr., "One View of Unions", Bulletin of the National Metal Trades Association 3 (febrero de 1904): 59.

⁶⁹ Citado en Kirby Jr., "One View of Unions", 59.

dado a los huelguistas del IAM más tiempo para perturbar y dañar la economía local.⁷⁰ En este contexto, la acción directa tenía mucho sentido. Los dos segundos objetivos requerían bastante más cuidado. De hecho, Donzelmann y sus aguerridos camaradas probablemente se habían enterado de brotes de campañas represivas similares desde la redada del condado de Johnson. Como hemos visto, los empresarios y sus aliados, incluidos numerosos agentes estatales, habían lanzado exitosas campañas para restablecer el control empresarial y social en comunidades de todo el país. Por supuesto, Donzelmann y sus compañeros de lucha anti-IAM también eran conscientes de las reacciones a los estallidos de represión del Estado y del capital. Tras años de publicidad negativa, Donzelmann presumiblemente había llegado a comprender la importancia de presentar una visión positiva de los contraataques antiobreros; en lugar de presentarse como parte de una alianza de combatientes acomodados y egoístas, Donzelmann situó su defensa de la gente corriente en el centro de su narrativa. De hecho, el recurso al vigilantismo tenía todo el sentido a la vista del favorable panorama legal, la exhortación de la CIAA a proteger a la "gente corriente" y la defensa que Donzelmann hacía de los vigilantes de la WSGA que Wister había incorporado a su ya famosa novela.⁷¹

Los asistentes a la sala de reuniones de Indianápolis expresaron claramente su apoyo a las acciones de la CCA. Esta forma cruda y colectiva de vigilancia privada practicada por empresarios y directivos encajaba con el mensaje populista de la CIAA y atrajo más atención que los temas de gestión menos conflictivos tratados durante la convención. Las últimas tendencias del capitalismo del bienestar o las técnicas de gestión científica no entusiasmaron a los miembros de la CIAA —un surtido de capitalistas propietarios, directivos de empresas, abogados, clérigos y organizadores de asociaciones patronales a tiempo completo— del mismo modo que lo hizo el despliegue de la élite armada de Cheyenne. Es posible que al menos algunos miembros del entusiasta grupo conocieran la participación previa de Donzelmann en conflictos entre ganaderos y colonos. De hecho, ese historial, que demostraba los denodados esfuerzos que había realizado para proteger a los ganaderos acomodados, puede haber explicado por qué la CIAA le invitó a hablar en Indianápolis. Como entusiasta defensor del vigilantismo occidental, Donzelmann transmitió el mensaje de que la violencia desatada por los autoproclamados cuidadores de la economía de la ciudad era necesaria contra los rufianes del sindicato. Donzelmann no fue el único rompehuelgas violento, aunque sin duda su historia inspiró a muchos otros.

Héroes y esquirolas

⁷⁰ Los miembros de la Alianza de Ciudadanos de Cheyenne consideraban que los ferrocarriles eran vitales para la economía local; véase "Formar la Alianza de Ciudadanos".

⁷¹ Brown, *No Duty to Retreat*, 5.

Al parecer, Wister no visitó Wyoming durante los conflictos sindicales de Union Pacific en 1902 y 1903. Pero siguió desempeñando un papel importante a la hora de enmarcar las luchas de clases en formas que definían a las fuerzas antisindicales como defensores morales y patrióticos de la gente corriente, sin reconocer nunca que los asalariados pudieran tener quejas legítimas. El mismo año del discurso de Donzelmann, Wister se hizo eco de los elogios de Eliot a los rompehuelgas. Según un artículo que Wister publicó en el *Saturday Evening Post*, "El esquirolo representa la libertad, el derecho a vivir, el derecho a trabajar, todos los derechos que todos hemos heredado en la tierra de los libres. Al igual que los patriotas se opusieron a Jorge y a su Ley del Timbre en 1776, el esquirolo se opone al sindicalismo y a la dinamita en 1904. Es el símbolo humano de la protesta contra la tiranía".⁷² Al escribir en una época marcada por repetidos estallidos de intensas luchas obreras, que a veces implicaban el uso de fuerzas mortales como el bombardeo de la mina Bunker Hill y Sullivan de Coeur d'Alene en 1899 y el asesinato del líder de la Alianza Ciudadana de Telluride y director de la mina Arthur Collins en 1902, Wister acusó de terrorismo al movimiento sindical en su conjunto. Para Wister, "el esquirolo" —el valiente trabajador que asumía riesgos y se encargaba de mantener en funcionamiento las minas, las fábricas y las vías férreas del país— merecía tanta admiración como los fundadores de la nación, que habían logrado la libertad política utilizando la violencia contra los colonizadores británicos. Wister extrajo profundas enseñanzas de esta primera época, reclamando un patriotismo renovado y una defensa enérgica de las libertades constitucionales. La oposición violenta a los talleres cerrados o sindicatos no sólo era justificable, sino profundamente patriótica como defensa de la libertad americana y del individualismo fronterizo.

La celebración que Wister hacía del "esquirolo" presentaba similitudes con su halagadora descripción del Virginian. En su opinión, que compartía con otros miembros de su clase, los esquiroles formaban parte de los "ciudadanos de a pie" dignos de confianza de The Virginian: hombres respetuosos con la ley que mostraban una devoción sostenida por sus jefes mientras simplemente buscaban una compensación justa por trabajar de forma honesta y eficaz. Los huelguistas y los activistas sindicales —a quienes había condenado como "ratas" en *Harper's Weekly*— formaban parte, en cambio, de la misma clase amenazadora que los cuatrerros y los terratenientes recalcitrantes. Frente a las amenazas, los honrados "ciudadanos de a pie" tenían el derecho, incluso el deber, de resistirse a lo que Wister, Donzelmann y otros defensores de las tiendas abiertas consideraban injusticias laborales. Wister y sus aliados animaron a los no sindicalistas a seguir practicando y mostrando actos de autodisciplina, resistiendo las presiones sutiles y a veces violentas para participar en acciones revoltosas y económicamente perjudiciales en el lugar de trabajo. Al mismo tiempo, Wister pidió a estos hombres que defendieran con valentía los derechos individuales, especialmente el derecho a *no afiliarse* a sindicatos. Wister quería que estos valientes

⁷² Wister, "La tierra de los libres", 7.

se dieran cuenta de que no estaban solos. Los "esquiroles", como los "ciudadanos de a pie" de *The Virginian*, contaban con el respaldo de las autoridades legales y el apoyo de quienes estaban plenamente comprometidos a ayudar a "la gente corriente", incluso cuando necesitaban recurrir a actos de vigilantismo. Wister y sus compañeros de la CIAA creían que los esquiroles debían disfrutar tanto del derecho a trabajar como del derecho a disparar cuando se les exigiera que renunciaran a sus derechos individuales como "trabajadores libres."

Los participantes en el movimiento antisindical más amplio apreciaron el ensayo de Wister *publicado en 1904 en el Saturday Evening Post*, y algunos incluso volvieron a publicarlo. En Ohio, los miembros de la a menudo violenta Asociación de Empresarios de Cleveland lo publicaron en su revista antisindical, *Facts*.⁷³ Y es posible que estos ideólogos antisindicales lo encontraran útil durante al menos un asunto de gran confrontación en 1906. En noviembre de ese año, John A. Penton, miembro de la CIAA, se vio obligado a hacer frente a una huelga en su Penton Publishing Company. En respuesta, proporcionó armas a los directivos y a los no sindicalistas para intimidar a los huelguistas y despejar el espacio para los rompehuelgas. Tal vez Penton, de temperamento corto, se inspiró en la imagen heroica de los esquiroles que defendía Wister. Al igual que el virginiano ficticio y sus aliados, Penton expresó su impaciencia con las autoridades del sector público durante su disputa, quejándose al alcalde de Cleveland de que los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley eran "en gran parte responsables de la no aplicación de nuestras leyes."⁷⁴ Y, al igual que Donzelmann y sus compañeros tres años antes, Penton optó por enfrentarse directamente a los huelguistas, al darse cuenta de que este método de gestión conducía a resultados rápidos y a la reanudación de la producción en la Penton Publishing Company. Los casos de intimidación y violencia tanto en Cheyenne como en Cleveland eran totalmente coherentes con el libro de jugadas pro-vigilantes de Wister.

Supremacía blanca y literatura

En algún momento de su vida, Wister había desarrollado una afición por los sureños blancos que reflejaba su admiración por los justicieros del Oeste y los rudos vaqueros individualistas. Tenía vínculos familiares en la región y veneraba el estilo de vida de sus habitantes de clase alta. Lo dejó claro en 1930, al escribir que había encontrado "mucho más gente, urbana o rústica, que era como yo, con sentimientos y pensamientos y filosofía general y humor y fe y actitudes ante la vida como las mías: Estadounidenses; con los que sentía un parentesco nacional tan directo como con los vaqueros del Oeste, y que cada vez siento menos en lugares como Nueva York, Boston

⁷³ Owen Wister, "Land of the Free", *Facts* (octubre de 1909): 4.

⁷⁴ John A. Penton a Tom L. Johnson, 12 de noviembre de 1906, Folder 9, Container 2, Tom L. Johnson Papers, Western Reserve Historical Society, Cleveland, Ohio.

y Filadelfia, que se ven afectados por demasiada gente de tradiciones diferentes".⁷⁵ Los contrastes que trazó aquí son notables. Las ciudades del norte habían atraído a un gran número de inmigrantes del este y el sur de Europa, y estos recién llegados, en opinión de Wister, eran los responsables de adoptar prácticas culturales poco acogedoras, causar trastornos políticos y desatar oleadas de descontento social. En su época, Wister podía señalar el poder arraigado de las maquinarias étnicas urbanas, la proliferación de los sindicatos y la creciente popularidad del socialismo, acontecimientos que irritaban a los hombres ricos, conservadores y con grandes credenciales como él. El Sur, como el Oeste, prometía ofrecer una vía de escape a estos males.

Sin embargo, reconocía que los blancos del sur se enfrentaban a sus propios retos políticos y raciales, que se habían agudizado especialmente en los años posteriores a la Guerra de Secesión. A veces expresaban sus quejas escribiendo novelas. Este fue el enfoque de Wister. Poco después de los bestsellers de Thomas Dixon, *The Leopard's Spots: A Romance of the White Man's Burden* y *The Clansman: An Historical Romance of the Ku Klux Klan*, Wister publicó su propia novela de supremacía blanca, *Lady Baltimore*, en 1906.⁷⁶ Aunque *Lady Baltimore* no tuvo tanta repercusión como *The Virginian*, fue muy vendida y leída, lo que demuestra la perdurable relevancia literaria de Wister. De hecho, es probable que Post y sus colegas de la CIAA conocieran la novela, que rivalizaba en popularidad con *La jungla*, de Upton Sinclair, en el momento de su publicación.⁷⁷ La novela respaldaba el vigilantismo sureño del mismo modo que Dixon celebraba el Ku Klux Klan.

Wister retrató una comunidad blanca de Charleston, Carolina del Sur, que se vio obligada a convivir con afroamericanos insubordinados, ignorantes y "altaneros" en las décadas posteriores a la Guerra de Secesión. Según Wister, estos honrados sureños blancos, víctimas durante mucho tiempo de la Ley de Emancipación de Lincoln, se vieron obligados a convivir con afroamericanos insubordinados, ignorantes y "altaneros" en las décadas posteriores a la Guerra Civil.

Proclamación y las continuas huelgas masivas de antiguos esclavos, se ven obligados a interactuar con una generación irrespetuosa de afroamericanos y sus simpatizantes del norte. En su opinión, los republicanos radicales —una de las

⁷⁵ Owen Wister, *Roosevelt: The Story of a Friendship, 1880-1919* (Nueva York: Macmillan Company, 1930), 247.

⁷⁶ Thomas Dixon Jr., *The Leopard's Spots: A Romance of the White Man's Burden, 1865-1900* (Nueva York: Doubleday & Page, 1902); Thomas Dixon Jr., *The Clansman: An Historical Romance of the Ku Klux Klan* (Nueva York: Doubleday, 1905); Wister, *Lady Baltimore*.

⁷⁷ Upton Sinclair, *La jungla* (Nueva York: Doubleday and Page, 1906), y reeditado al menos 767 veces según World cat y traducido a muchos idiomas entre 1900 y 2018. Sobre la popularidad tanto de *Lady Baltimore* como de *La jungla*, véase Payne, Owen Wister, 239. La descripción racista que hace Sinclair de los afroamericanos en las plantas empacadoras de carne de Chicago revela al menos una similitud con la obra de Wister, que vendió más de 50.000 ejemplares en dos meses, según Julian Mason. Julian Mason, "Owen Wister: Champion of Old Charleston", *The Quarterly Journal of the Library of Congress* 29 (julio de 1972) 177.

principales fuerzas políticas responsables de la transformación de la sociedad sureña tras la Guerra Civil— habían trastocado las relaciones raciales tradicionales al envenenar las mentes de los negros de a pie y permitirles ocupar puestos de poder, lo que las élites de Charleston consideraban una "atrocidad".⁷⁸ Los miembros de la élite descendente de Charleston se oponían firmemente a lo que consideraban una intromisión política en su sociedad y a la adquisición de la plena ciudadanía por parte de los antiguos esclavos. Después de todo, ninguno de los protagonistas blancos de Wister quería "recibir órdenes de un negro".⁷⁹ Insultados por los republicanos radicales y los arrogantes yanquis ignorantes de las costumbres y tradiciones sureñas, los blancos de Charleston se convirtieron en las víctimas de la Reconstrucción. Para ellos, las intrusiones se habían vuelto abrumadoras, y Wister describe cómo los nortños carecían de una comprensión básica de las relaciones raciales tradicionalmente estables y armoniosas de Charleston, y no reconocían el primitivismo intelectual de los antiguos esclavos. En un pasaje, un protagonista blanco sugiere que los "filántropos de Boston" "obtendrían mejores resultados en la civilización dando votos a los monos que enseñando Henry Wadsworth Longfellow a los negros" mientras se lamenta de la inutilidad de los esfuerzos por establecer escuelas afroamericanas.⁸⁰ Obviamente, Wister pretendía que sus lectores estuvieran de acuerdo con tales sentimientos.

Los protagonistas de Wister mostraban una creencia inquebrantable en la supremacía blanca, pero él negaba cuidadosamente que estuvieran motivados por el odio racial. Un personaje declaraba su oposición a ese "odio ciego y vil" contra los afroamericanos, "que no conduce a ninguna parte salvo a la descivilización de blancos y negros por igual".⁸¹ Había "lugares" apropiados para los afroamericanos, y Wister reforzaba la opinión de que la mayoría pertenecía a los campos o las fábricas, donde podían trabajar de forma eficiente y subordinada bajo la atenta mirada de los jefes blancos. Como dijo un residente paternalista: "Saquemos lo mejor de él y enseñémosle, dirijámosle, obliguémosle a vivir respetándose a sí mismo, no como estadista, poeta o financiero, sino con el honorable trabajo de su mano y el sudor de su frente".⁸² Este punto de vista era, como hemos visto, poco original. La idea de que los afroamericanos debían dedicarse al trabajo manual y evitar la educación formal era el objetivo de la mayoría de los políticos sureños, de los miembros del Ku Klux Klan y del célebre educador afroamericano Booker T. Washington. *Lady Baltimore*, escrita por uno de los novelistas más preeminentes de la nación, prestó no sólo peso literario a esta visión paternalista, sino también la aprobación de un influyente miembro de la clase dirigente del norte.

Los protagonistas del libro, constantemente atormentados por los recuerdos de la

⁷⁸ Wister, *Lady Baltimore*, 300.

⁷⁹ Wister, *Lady Baltimore*, 120-121.

⁸⁰ Wister, *Lady Baltimore*, 171.

⁸¹ Wister, *Lady Baltimore*, 175.

⁸² Wister, *Lady Baltimore*, 175.

Guerra Civil y su emocionalmente doloroso desenlace, contemplan a menudo la posibilidad de desatar la justicia por mano propia contra los afroamericanos por acciones que consideran inaceptables para unas relaciones de género y clase adecuadas. Un norteño y sustituto de Wister para el lector previsto se entera de los múltiples agravios que albergan los blancos privilegiados de Charleston y expresa su simpatía por las acciones de los justicieros porque "sería duro esperar a la ley".⁸³ Una vez más, Wister sugiere que la "justicia popular" puede sustituir a los procesos legales cuando las élites lo creen necesario.

Los sentimientos de Wister encontraron lectores receptivos en una época en la que poderosos sureños reimponían la supremacía blanca en ámbitos legales y extralegales. Años antes, como hemos visto, grupos de vigilantes, entre ellos el Ku Klux Klan, habían ejercido violentas represalias expulsando a maestros republicanos y linchando a afroamericanos, a los que a menudo acusaban de violación y otros ataques a mujeres blancas. Políticos como Benjamin Tillman, de Carolina del Sur, participaron directamente en encuentros violentos y animaron a otros hombres blancos a seguir su ejemplo, mientras que el sistema de arrendamiento de convictos permitía a los terratenientes utilizar a las autoridades penitenciarias para obligar a los afroamericanos a trabajar en campos y minas.⁸⁴ A menudo estrechamente relacionados con organizaciones parapoliciales, los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley cooperaron con las turbas de linchamiento y no detuvieron a los autores. Los políticos de la supremacía blanca, los principales promotores de estas atrocidades, respaldaban los esfuerzos de "ley y orden" al tiempo que trataban de reducir la capacidad de los afroamericanos para obtener protección legal o derechos de sufragio. La resistencia de los afroamericanos tuvo a menudo graves consecuencias. Los cadáveres colgados de los árboles demostraban que las vidas de los negros fuera de los lugares de trabajo no importaban a los miembros de la clase dirigente de la región.⁸⁵

Wister, que tenía vínculos familiares con los esclavistas sureños, compartía las perspectivas que difundía entre sus lectores. Al igual que *The Virginian*, *Lady Baltimore* simpatizaba con los agravios de las élites e insistía en que las movilizaciones de vigilantes y un sistema judicial que les permitiera utilizar la violencia con impunidad podrían resolver los conflictos de clase que adoptaron una forma racial en Charleston y

⁸³ Wister, *Lady Baltimore*, 217-218.

⁸⁴ Edward L. Ayers, *Vengeance & Justice: Crime and Punishment in the 19th-Century American South* (Nueva York: Oxford University Press, 1984), 141-276; y Steven David Kantrowitz, *Ben Tillman and the Reconstruction of White Supremacy* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2000).

⁸⁵ Pearson, *Reforma o represión*, 182-215; J. Morgan Kousser. *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910* (New Haven, CT: Yale University Press, 1974); Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (Nueva York: Harper and Row, 1988), 428; Steven Hahn, *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003), 270; y Michael W. Fitzgerald, *Reconstruction in Alabama: From Civil War to Redemption in the Cotton South* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2017), 174-204.

más allá. Esta influyente creadora de narrativas justificó la violencia sistémica, a menudo escandalosa, que permitió a las élites sureñas derrotar a los afroamericanos y a las alianzas interraciales, del mismo modo que los justicieros occidentales apoyaban los movimientos antisindicales y promovían los intereses empresariales.

Política y reforma

Los encomiables personajes de *Lady Baltimore* tenían una concepción clara de lo que definía una sociedad debidamente ordenada y libre de corrupción. Un personaje identificaba la concentración de poder en manos de unos pocos, junto con los conflictos laborales, entre las principales "enfermedades políticas" de la nación. Los agitadores laborales dirigidos por inmigrantes, en su mayoría norteamericanos que exigían derechos exclusivos de negociación, constituían una cuestión especialmente problemática. Una vez más, Wister criticó a los sindicatos por tratar de impedir que "el obrero trabaje como su propia energía viril y habilidad le impulsen. Si desobedece, se le expulsa y se le llama 'esquirol'".⁸⁶ Esto era, en opinión del protagonista, totalmente antiamericano: "No permitas que nos llamemos la tierra de la libertad mientras ocurran cosas así".⁸⁷ Los protagonistas de *Lady Baltimore* critican duramente a varios grupos, como los afroamericanos irrespetuosos, los capitalistas codiciosos y los sindicalistas ávidos de poder, pero encuentran la redención en las acciones emprendidas por "el propio hombre americano" para "defender la 'tienda abierta' y sentarse en el 'trust'". El narrador esperaba una sociedad sin corrupción dominada por individuos fuertes. Wister volvió a posicionarse como la voz de "la gente corriente" que se oponía enérgicamente tanto a los monopolios laborales como a los capitalistas.⁸⁸

Wister quería tener las dos cosas, presentando a los lectores a personajes memorables que denunciaban las concentraciones masivas de riqueza y a activistas sindicales empeñados en establecer lo que la CIAA condenaba como "monopolios sindicales." Enmarcar los problemas de la época de este modo contribuyó a que Wister resultara atractivo para los activistas del movimiento, que se presentaban como defensores de la gente corriente y no como promotores de intereses elitistas o especiales. *Lady Baltimore* esbozó las amenazas gemelas a "Nuestra Democracia" que Wister trató más tarde en el prefacio de la edición de 1911 de *The Virginian*.⁸⁹ Podemos suponer que el lenguaje que utilizó en *Lady Baltimore* atrajo a los principales adversarios de los trabajadores organizados, incluidos los líderes de la CIAA y el NAM como

⁸⁶ Wister, *Lady Baltimore*, 112.

⁸⁷ Wister, *Lady Baltimore*, 112.

⁸⁸ Wister, *Lady Baltimore*, 113.

⁸⁹ Wister, *El Virginiano*, v.

Post y a los arquitectos antisindicales del "Nuevo Sur", que en aquella época animaban a las industrias del Norte a trasladarse a su región, en gran medida libre de sindicatos.

C. W. POST tomó una excelente decisión cuando eligió a Wister para hacer propaganda en favor del movimiento de tiendas abiertas en 1907. El hecho de que la principal organización antisindical del país encontrara un inmenso valor en Wister ilustra las conexiones poco exploradas entre la literatura popular y la represión empresarial. La decisión de Post nos ayuda a apreciar cómo ensayistas y novelistas como Wister influyeron en la forma de pensar de los directivos, los obstinados, intrigantes y poderosos oponentes de los sindicatos. Como gigante literario, Wister ofrecía a los directivos la munición que necesitaban, ayudándoles a amplificar y legitimar las ideas antisindicales y de "ley y orden". Los responsables de lanzar y mantener los movimientos de tiendas abiertas reconocieron el valor de recordar a los estadounidenses que su causa era coherente con los ideales abrazados por los líderes políticos más apreciados de la nación, incluidos Lincoln y Roosevelt. Su cruzada ostensiblemente noble —crear y alimentar un movimiento geográficamente amplio destinado a liberar a empresarios y empleados por igual de la supuesta opresión del sindicalismo de tiendas cerradas— estaba respaldada por un creador de relatos mundialmente famoso que utilizaba relatos ficticios y no ficticios para legitimar modelos de explotación en el lugar de trabajo, vigilancia policial pública y privada, vigilantismo de élite y actos individuales de violencia llevados a cabo por no sindicalistas. Wister defendió estas acciones invocando sentimientos populistas.

El control de la narrativa adoptó diferentes formas, y Wister y sus colegas estaban claramente a la altura de la tarea. Influir en la opinión pública a favor de los ricos ganaderos implicaba quemar libros como *The Banditti of the Plains* mientras se promocionaba *The Virginian*. Significaba llamar "ratas" a los huelguistas mientras se referían a los rompehuelgas como "héroes". Sobre todo, significaba justificar las alianzas entre funcionarios del gobierno, militares, agentes de la ley y grupos de vigilantes. Esta exploración de los escritos de Wister sobre los conflictos de clase y la represión en Pensilvania, Wyoming, Carolina del Sur y Estados Unidos en general mejora nuestra comprensión de los actos de terrorismo orquestados por la patronal y nos ayuda a apreciar la creación de justificaciones ideológicas para las jerarquías económicas y la corrupción política. Wister demostró ampliamente la capacidad de justificar los actos de violencia utilizados por las élites participantes en conflictos de clase y de repudiarlos cuando eran empleados por clases subordinadas. Al celebrar la connivencia entre el Estado y las élites en la vigilancia policial, las intervenciones militares, el vigilantismo y la violencia letal, Wister dio cobertura moral a ganaderos, empresarios, corporaciones y políticos supremacistas blancos, todos los cuales participaron, de una forma u otra, en aterrorizar a la gente corriente, incluidos los granjeros, los sindicalistas, los

afroamericanos y los sureños blancos pobres. En lugar de honrar a Wister por su talento literario o por su defensa de los derechos individuales y de "nuestra democracia", debemos condenarlo enérgicamente por dar cobertura repetidamente a los terroristas del capital.

Epílogo

Las figuras de finales del siglo XIX y principios del XX que hemos investigado en este libro practicaron el oficio de la gestión de forma diferente a como la mayoría de los estudiosos —con la obvia excepción de un número relativamente pequeño de historiadores del trabajo y radicales— han presentado tradicionalmente sus historias. Los historiadores de la empresa y los estudiosos de las relaciones laborales se han centrado generalmente en las decisiones ostensiblemente sensatas tomadas por una diversidad de jefes de empresa en situaciones más bien benignas, profundizando en nuestra comprensión de las formas en que ingenieros y directivos con visión de futuro actualizaban los métodos de producción y distribución con el objetivo de normalizar las relaciones en los talleres, aumentar la productividad y, en menor medida, mejorar la moral de los empleados. En la práctica, esto ha supuesto la adopción y expansión de procedimientos de gestión científica, la difusión de programas capitalistas de bienestar y la aparición de departamentos de recursos humanos cada vez más preocupados por abordar cuestiones relativas a la motivación y retención de los empleados. Sin embargo, este libro ha puesto de manifiesto una faceta de la gestión totalmente distinta, mucho más siniestra, pero igualmente importante, y un ajuste de cuentas honesto exige que reconozcamos las actividades multidimensionales de la represión orquestada por los empresarios, a menudo llevada a cabo con el apoyo activo o tácito de las autoridades del sector público: los facilitadores.¹ He insistido en que investiguemos sin pudor las

¹ Muchos estudios sobre la gestión y el pensamiento de gestión, producidos en gran parte por académicos de escuelas de negocios, han dicho poco sobre los empresarios organizados, incluido el movimiento altamente represivo de la tienda abierta. Algunos son descaradamente acrílicos con este movimiento, si es que lo discuten. En un caso especialmente atroz, Daniel A. Wren y Arthur G. Bedeian parecen haber reciclado décadas de argumentos antisindicales generados por la patronal al afirmar que la fase posterior a la Primera Guerra Mundial de este movimiento ilustraba que las empresas se habían vuelto "más benévolas" porque "no se exigía a los trabajadores que se afiliaran o apoyaran económicamente a un sindicato como condición para ser contratados o mantener el empleo". Sin embargo, no mencionan la cantidad de trabajo represivo que conlleva la creación de centros de trabajo abiertos. Daniel A. Wren y Arthur G. Bedeian, *The Evolution of Management Thought*, octava edición (Hoboken, NJ: Wiley, 2020), 169. Estos estudiosos no se han ocupado de los relativamente escasos estudios sobre este tema. Para una muestra, véase Allen M. Wakstein, "The Origins of the Open-Shop Movement, 1919-1920", *The Journal of American History* 51 (diciembre de 1964): 460-475; Sidney Fine, *Without Blare of trumpets: Walter Drew, the National Erectors' Association, and the Open Shop Movement, 1903-57* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995); Daniel R. Ernst, *Lawyers against Labor: From Individual Rights to Corporate Liberalism* (Urbana: University of Illinois Press, 1995); Howell John Harris, *Bloodless Victories: The Rise and Fall of the Open Shop in the Philadelphia Metal Trades, 1890-1940* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000); y Aaron Goings, *The Port of Missing Men: Billy Gohl, Labor, and Brutal Times in the Pacific Northwest* (Seattle: University of Washington Press,

divisiones y los conflictos de clase, y nos enfrentemos a la larga, en gran medida ininterrumpida y a menudo oculta historia de las distintas formas de violencia generada por las élites. Mi objetivo central ha sido arrojar luz sobre estas personas y sus organizaciones sin dejar de calificarlas de "terroristas".

En lugar de centrar nuestra atención, por ejemplo, en las diferentes formas en que los supervisores empollones y enclenques que llevaban libretas y cronómetros trataban de mejorar la eficiencia de los talleres, o en la política de respetabilidad asociada a quienes formaban parte de ayuntamientos y consejos de universidades, este estudio ha mostrado casos de movilizaciones de élite dramáticas en el sur, oeste, medio oeste y este de Estados Unidos, exponiendo el desorden, el extremismo, la crueldad y, a menudo, la sangre de la lucha laboral directa. En otras palabras, he subrayado las intersecciones entre la gestión y el vigilantismo, insistiendo en que rechazemos las interpretaciones higienistas que sugieren que los empresarios organizados eran "buenos ciudadanos" preocupados principalmente por promover la prosperidad compartida y defender los intereses de la comunidad. Los estudios de caso ilustran el alcance y la magnitud del terror producido por el capitalismo, demostrando que numerosos hombres poderosos en gran parte de la nación emplearon formas similares de represión para afirmar el control sobre grupos de personas corrientes racial y étnicamente diversos, tanto en los lugares de trabajo como en las comunidades. En respuesta a una serie de amenazas desde abajo, surgieron como una clase autoconsciente de propietarios y empresarios.²

Estos hombres, mostrando diversos niveles de implicación y creatividad, desarrollaron y dominaron métodos represivos en el siglo XIX: listas negras, quema de libros, secuestros, latigazos, linchamientos, fusilamientos y campañas de expulsión. Un surtido de hombres privilegiados, representantes de los sectores agrícola, bancario,

2020). Afortunadamente, no todos los estudiosos de las teorías y prácticas de gestión de las escuelas de negocios ofrecen una visión crítica de sus temas. Gerard Hanlon, *El lado oscuro de la gestión: A Secret History of Management Theory* (Londres: Routledge, 2015).

² Mi interpretación de las formaciones de la clase dominante durante la Segunda Revolución Industrial es diferente

de las respectivas interpretaciones de Doug Henwood y Shamus Khan, dos colaboradores del número especial de la revista *Jacobin* sobre la historia y la naturaleza de las clases dominantes del país. Ambos dan prioridad a los factores culturales y guardan silencio sobre las relaciones entre la agitación laboral del siglo XIX y el establecimiento de organizaciones de la clase dominante. Para Henwood, las élites empezaron a organizarse en la década de 1880 en respuesta a las "oleadas de inmigración fresca procedente del sur y el este de Europa". Estos inmigrantes, escribe, tenían "costumbres extrañas y políticas a veces peligrosas". Doug Henwood, "Take Me To Your Leader: The Rot of the American Ruling Class", *Jacobin* 41 (primavera de 2021): 53-54. Khan es aún menos curioso sobre las relaciones entre la organización de la élite y los disturbios laborales de la Edad Dorada, escribiendo que "Para la clase dominante, las amenazas gemelas de la Edad Dorada eran la inmigración y la inestabilidad de las nuevas fortunas dinámicas. A [mediados del siglo XX], las amenazas eran los sindicatos y el poder del Estado". Shamus Khan, "Twilight of the Boarding School Boys", *Jacobin* 41 (primavera de 2021): 109-110. Obviamente, muchas élites, como hemos visto, se organizaron por razones de interés propio antes de la década de 1880, y siguieron organizándose ante diversos conflictos laborales en décadas posteriores.

extractivo, manufacturero y del transporte de la economía, siguieron empleando lo que J. West Goodwin denominó "tantos castigos ocultos" durante la mal llamada "Era Progresista".³ Los jefes de minas, fábricas y ferrocarriles activos en las Ligas de la Ley y el Orden y las Alianzas Ciudadanas de finales del siglo XIX y principios del XX estaban tan obsesionados con controlar la mano de obra al tiempo que se enriquecían y empoderaban como lo estuvieron los plantadores sureños durante el periodo de Reconstrucción. Con respecto a las cuestiones laborales, los reyes del algodón, los barones del carbón, los propietarios de fábricas, los madereros, los banqueros, los comerciantes y los gerentes que representaban a una diversidad de lugares de trabajo de diversos tamaños —muchos de los cuales eran miembros de asociaciones de empresarios— estaban perfectamente unidos en su oposición a todas las formas de radicalismo político y agitación laboral. La flagrante hostilidad del Ku Klux Klan hacia el Partido Republicano y el odio a la movilización de las Ligas Sindicales dirigidas por negros durante el periodo de Reconstrucción eran tan intensos como la desaprobación inconfesa de las Alianzas Ciudadanas hacia el Partido Socialista y la intolerancia hacia las huelgas y otras expresiones de militancia obrera aproximadamente medio siglo después. Para lograr sus objetivos, estos activistas mostraban tendencias comunes: el deseo de construir sus organizaciones, el compromiso con el secretismo y la voluntad de emplear la intimidación, las amenazas y la violencia, incluido el asesinato. A menudo justificaban sus acciones represivas invocando selectivamente el principio de "ley y orden".

No había, por supuesto, nada moderno o progresista en secuestrar, azotar, enjaular, acribillar a tiros o ahorcar a los trabajadores, pero los terroristas del capital consideraban estas acciones indispensables, reconociendo que tales métodos primitivos de castigo conducían a resultados beneficiosos. No deberían sorprendernos las técnicas primitivas, sádicas y a menudo destructoras de vidas que utilizaban los miembros del Ku Klux Klan de las zonas rurales. Sus arrebatos de extremismo violento dieron frutos considerables, ayudando a resolver los problemas laborales inmediatos de los plantadores y, en última instancia, conduciendo a lo que W. E. B. Du Bois llamó célebremente la "Contra-revolución de la Propiedad". La aparición de un "Nuevo Sur" cada vez más industrializado, muy acogedor para los inversores del norte, aportó nuevas riquezas a los capitalistas de toda la nación.⁴ Pero el Sur no era el único. Los miembros de la Liga de la Ley y el Orden en algunas partes del Medio Oeste lanzaron sus propias campañas armadas para defender lo que Goodwin llamó "toda la propiedad, ya fuera privada o corporativa".⁵ Y los ganaderos de Wyoming, así como los propietarios de minas en Idaho y Colorado, montaron contraataques igualmente rencorosos,

³ J. West Goodwin a E. J. Phelps, 11 de septiembre de 1903, M465 Citizens Alliance of Minneapolis Records, 1903-1953, Rollo 1, Minnesota Historical Society, St.

⁴ W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America, 1860-1880* (Nueva York: Atheneum Macmillan Publishing, 1962; 1935), 587.

⁵ "Documento digno", *The Sedalia Weekly Bazaar*, 4 de mayo de 1886, 3.

comprendiendo claramente las estrechas conexiones entre las cruzadas coercitivas antiobreras y el interés económico propio. Los terroristas del capital tenían mucho en común a través del tiempo y del espacio.

Estos sujetos utilizaron la violencia estratégicamente, y no todos participaron directamente en las actividades de represión laboral más severas. Es imposible saber con absoluta certeza cuántos de ellos planearon y/o participaron en acciones armadas que acorralaban, asaltaban, enjaulaban, asesinaban o utilizaban armas de fuego para intimidar a sus oponentes. Pero los miles de personas que se unieron con entusiasmo al Ku Klux Klan a finales de la década de 1860 y principios de la de 1870, a las Ligas de la Ley y el Orden en las décadas de 1880 y 1890 y a las Alianzas Ciudadanas a principios del siglo XX eran conscientes, con toda seguridad, de que muchos de sus colegas estaban dispuestos a llevar a cabo diversos tipos de acciones represivas, o al menos eran fervientes animadores desde la barrera. Los miembros de estas organizaciones hablaban abiertamente y con orgullo de actividades violentas en reuniones clandestinas en respuesta a los brotes de agitación laboral, y los miembros de estas organizaciones se comunicaban entre sí de manera informal sobre dichas acciones. Periódicos y publicaciones comerciales como la *National Association of Manufacturers' American Industries* informaban de tales acciones en términos exuberantes, y violentos participantes en incursiones antisindicales, entre ellos hombres como D. B. McKay, Hugo Donzelmann y Goodwin, alardeaban de sus atrevidas escapadas ante audiencias que les aplaudían. Ninguno de los miembros de estas organizaciones podía decir honestamente que no eran conscientes de la importancia de la violencia orquestada por la patronal para romper huelgas y sindicatos o para incluir a activistas sindicales en listas negras y expulsar a anarquistas y socialistas de las comunidades.

Como hemos visto, nuestra historia tiene que ver en parte con la continuidad, incluida la perdurable exigencia de los empresarios de mantener a los trabajadores "en su sitio". Esto adoptó a menudo formas racistas. Algunos antiguos miembros del Ku Klux Klan, como Nathan Bedford Forrest, John B. Gordon y N. F. Thompson, obtuvieron pingües beneficios de la difusión de leyes favorables a los vagabundos y el arrendamiento de presos en los años posteriores al colapso del Ku Klux Klan. Forrest, que pasó gran parte de los años inmediatamente posteriores al Ku Klux Klan buscando inversores para sus fracasados negocios ferroviarios, siguió beneficiándose de la hiperexplotación de los trabajadores. De 1875 a 1877, sus últimos años de vida, Forrest residió en 1.300 acres en President's Island, una península a unos seis kilómetros del centro de Memphis. Allí empleó a 117 trabajadores convictos, en su mayoría negros, para desbrozar campos y talar madera.⁶ En 1876, mientras era senador de Estados Unidos, Gordon invirtió miles de dólares en empresas que ganaban sumas

⁶ Jack Hurst, Nathan Bedford Forrest, A Biography (Nueva York: Vintage Books, 1993), 349-369.

considerables con el arrendamiento de convictos.⁷ Por su parte, Thompson, promotor inmobiliario comercial y editor del periódico *The Tradesman*, apoyó la aprobación de leyes contra la vagancia para evitar que los negros sin trabajo se congregaran en las calles de la ciudad. Todavía en 1906, el veterano confederado que una vez cabalgó con Forrest, pedía "la aplicación de las leyes de vagancia de manera uniforme en todo el Sur" para eliminar "al negro ocioso". Creyendo que los "negros ociosos" no tenían cabida en el Sur y que los trabajadores negros podían contribuir a un imperio estadounidense en expansión, Thompson insistió en que "cavaran el Canal de Panamá".⁸ Estos antiguos miembros del Ku Klux Klan seguían sin arrepentirse, sosteniendo la opinión casi intemporal de que los afroamericanos pertenecían a una diversidad de obras, donde su trabajo colectivo —a menudo impuesto por el terrorismo de los latigazos— ayudaba a desarrollar la región al tiempo que enriquecía a los que estaban en la cima de la sociedad.⁹

Sin embargo, las masas afroamericanas de las regiones de todo el Sur, la mayoría de las cuales soportaron experiencias degradantes como "trabajadores libres" en extensos campos, en densos bosques, en el interior de oscuras minas de carbón y en abarrotadas localidades urbanas, aspiraban a algo más que a satisfacer las demandas económicas de la clase dominante de la región. Querían aprender en las escuelas, rezar en las iglesias, elegir a sus propios dirigentes y trabajar con dignidad. En los lugares de trabajo, muchos se afiliaron a sindicatos y a veces retuvieron su fuerza laboral. Sometidos a jefes dictatoriales, salarios bajos, acuerdos de aparcería desiguales, largas horas de trabajo y tareas extenuantes, muchos —reconociendo las debilidades de los empleadores y su propia influencia colectiva— se unieron a trabajadores blancos en sindicatos como el Knights of Labor y el United Mine Workers. En las décadas de 1880 y 1890, las protestas y huelgas de agricultores, estibadores y mineros —incluidas huelgas birraciales— pusieron de manifiesto su poder colectivo y las limitaciones del racismo y del uso del terrorismo por parte de la clase dominante.¹⁰

⁷ Alex Lichtenstein, *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South* (Londres: Verso, 1996), 68. Para más información sobre Gordon en sus años posteriores al Ku Klux Klan, véase R. Scott Huffard Jr, *Engines of Redemption: Railroads and the Reconstruction of Capitalism in the New South* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019), 36-37.

⁸ Citado en "Would Send Negroes to Panama", *Railway World*, 16 de noviembre de 1906, 986.

⁹ Karin A. Shapiro, *A New South Rebellion: The Battle Against Convict Labor in the Tennessee Coalfields, 1871-1896* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998), 67; y Steven Hahn, "Emancipation, Incarceration, and the Boundaries of Coercion", *Journal of Southern History* 88 (febrero de 2022): 20-24.

¹⁰ Herbert G. Gutman, "The Negro and the United Mine Workers of America", en *The Negro and the American Labor Movement*, ed. Julius Jacobson (Garden City: Anchor, 1968, 49-127). Julius Jacobson (Garden City: Anchor, 1968), 49-127; Dolores E. Janiewski, *Sisterhood Denied: Race, Gender, and Class in a New South Community* (Filadelfia: Temple University Press, 1985), 18; Daniel Rosenberg, *New Orleans Dockworkers: Race, Labor, and Unionism, 1892-1923* (Albany: State University of New York Press, 1988); Eric Arnesen, *Waterfront Workers of New Orleans: Race, Class, and Politics, 1863-1923* (Oxford: Oxford University Press, 1991); Daniel L. Letwin, *The Challenge of Interracial Unionism: Alabama Coal Miners, 1878-1921* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998).

Los opositores al trabajo organizado en las regiones del sur, muchos de los cuales se unieron a redes de asociaciones de empresarios recién formadas, nunca se rindieron, reconociendo la continua utilidad de emplear estratégicamente la violencia, que a veces se saldaba con la muerte. Según los sociólogos históricos Paul Lipoid y Larry Isaac, las regiones del Sur representaron alrededor del 30% de todas las muertes relacionadas con huelgas entre 1870 y 1970.¹¹ Los opositores laborales de principios del siglo XX, respaldados por las armas del Estado, seguían profundamente molestos por las interrupciones en el lugar de trabajo, y a menudo culpaban a los agitadores "externos" del mismo modo que los vigilantes de las plantaciones de la era de la Reconstrucción culpaban a los carpetbaggers de sus males laborales.

Con el cambio de siglo, los terroristas del sur del capital, que mantenían miembros de organizaciones como la Asociación Industrial del Sur, trataron de atraer a los inversores a la región señalando su notable crecimiento económico, las promesas de un control empresarial indiscutible y la presencia de "ley y orden". Los portavoces prometían que la amplia disponibilidad de asalariados subordinados de todas las razas y la relativa ausencia de relaciones laborales tumultuosas indicaban un futuro brillante. Los miembros de la Asociación Industrial del Sur, dirigidos en parte por el secretario N. F. Thompson, alardearon de estas supuestas virtudes en reuniones muy concurridas con inversores de grandes fortunas y grandes figuras políticas en Huntsville, Chattanooga y Nueva Orleans. En un discurso pronunciado en Nueva Orleans en diciembre de 1900, Thompson —quien, como propietario de la Thompson Land and Investment Company, ya había atraído a varios capitalistas textiles de Nueva Inglaterra para que establecieran fábricas en el norte de Alabama— se mostró extraordinariamente optimista y predijo que "esta Tierra del Sur nuestra está destinada a alcanzar una carrera que hará de su gente la más próspera, la más satisfecha y la más favorecida por una providencia benigna de todas las que existen sobre la faz de la tierra".¹² Para ello era necesario, en su opinión y en la de sus compañeros, mantener los salarios bajos y establecer una autoridad de gestión indiscutible, objetivos que parecían inalcanzables para algunos de sus homólogos del norte ante los conflictos laborales aparentemente incesantes. Como él mismo dijo: "Todos conocemos las escenas que se vivieron en Cleveland, Chicago y San Luis durante los últimos doce meses, y que además fueron ocasionadas por y en nombre de los trabajadores organizados".¹³ En los lugares de trabajo del sur se produjeron menos disturbios laborales de gran repercusión, y la mayoría de los empresarios y sus representantes habían conseguido

¹¹ Paul F. Lipoid y Larry W. Isaac, "Striking Deaths: Lethal Contestation and the 'Exceptional' Character of the American Labor Movement, 1870-1970", *International Review of Social History* 54 (agosto de 2009): 201.

¹² N. F. Thompson, "Compulsory Arbitration", *Actas de la Tercera Convención Semestral de la Southern Industrial Association celebrada en la ciudad de Nueva Orleans, LA. 4, 5, 6, 7 de diciembre de 1900*, *The Association* (1900), 124.

¹³ Thompson, "Arbitraje obligatorio", 125. Sobre los salarios comparativamente bajos que pagaban los empresarios a los trabajadores del Sur, véase Gavin Wright, *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War* (Nueva York: Basic Books, 1986), 67.

restablecer el control tras los brotes periódicos. Estos eran, después de todo, los agentes vivos de la "contrarrevolución de la propiedad". Desde el punto de vista de Thompson y sus colegas, el futuro parecía prometedor, sobre todo teniendo en cuenta la historia reciente: la sentencia de 1876 en el caso *United States v. Cruikshank* de 1876; el fracaso de la huelga azucarera de Thibodaux de 1887, dirigida en su mayoría por negros; la derrota de la insurrección masiva organizada por los mineros del este de Tennessee contra el trabajo de los convictos en 1892; la contención de las huelgas generales birraciales de Nueva Orleans y de las minas de carbón de Alabama en 1892 y 1894, respectivamente; el éxito del golpe de Wilmington a finales de 1898; las derrotas populistas en toda la región; la privación generalizada del derecho de voto de los afroamericanos; la expansión de instituciones educativas que hacían hincapié en la sumisión a las normas capitalistas; y las espectaculares acciones emprendidas por las propias élites de Nueva Orleans al reprimir por la fuerza una revuelta cinco meses antes de la reunión.¹⁴

Aunque Thompson puede haber extraído al menos algunas lecciones de gestión de sus días en el Ku Klux Klan, otros encontraron inspiración en una historia aún más temprana de represión de la gestión. En Tampa, los miembros del Comité de

¹⁴ Sobre el desarrollo de la "educación industrial de los negros" en algunas partes del Sur, véase Lyman Hall, "Technical Education", Minutes of the Third Semi-Annual Convention of the Southern Industrial Association Held in the City of New Orleans, LA. 4, 5, 6, 7 de diciembre de 1900, The Association (1900), 65. Según el historiador Michael Dennis, los educadores y administradores universitarios sureños "impartieron un aura de legitimidad intelectual a un sistema de instrucción diseñado para mantener la sumisión de los negros". Véase Michael Dennis, *Lessons in Progress: State Universities and Progressivism in the New South, 1880-1920* (Urbana: University of Illinois Press, 2001), 43. El estrecho aliado de Thompson en la Southern Industrial Association, John P. Coffin, estaba especialmente entusiasmado con el resultado del golpe de Wilmington, escribiendo poco después que el poder "negro" "ha llegado a su fin". En su opinión, "el negro no tiene, ni tendrá nunca, una mente judicial". John P. Coffin, "Situación en las Carolinas: The Views of a Native Northerner and a Republican Who for the Last Ten Years Has Lived at the South", *The Semi-Weekly Messenger*, 22 de noviembre de 1898, 6. Aunque Coffin, banquero adinerado e inversor inmobiliario comercial afincado en Florida, creía que los afroamericanos no eran dignos de ocupar puestos en política, derecho o profesiones de cuello blanco en general, pensaba que eran útiles para la dirección durante las huelgas. En su intervención ante la Comisión Industrial de 1900 en Washington, DC, sobre el llamado problema laboral, Coffin ofreció una declaración que sin duda debió de resultar atractiva para los posibles inversores: "Creo que en la mano de obra negra del Sur está la panacea para los males frecuentemente cometidos por la mano de obra organizada y una fuerza de reserva a partir de la cual se puede suministrar cualquier número necesario de trabajadores cuando llegue el momento en que se necesiten." Report of the US Industrial Commission on the Relations and Conditions of Capital and Labor Employed in Manufacturers and General Business, Including Testimony So Far As Taken November 1, 1900, and Digest of Testimony 7 (Washington, DC: Government Printing Office, 1901), 782. En el verano de 1900, muchos de los "representantes de la clase alta" de Nueva Orleans, equipados con unas 500 pistolas, 480 rifles y 5.000 cartuchos, formaron una fuerza policial especial que ayudó a sofocar un disturbio después de que el afroamericano Robert Charles matara a un agente de policía. Uno de los líderes de la milicia empresarial, John M. Parker, presidente de la Bolsa de Algodón de Nueva Orleans, dio la bienvenida a Thompson y a otros miembros de la Asociación Industrial del Sur a la ciudad meses después de organizar su alboroto. Andrew Baker, *To Poison A Nation: The Murder of Robert Charles and the Rise of Jim Crow Policing in America* (Nueva York: New Press, 2021), 176—197.

Ciudadanos alcanzaron reconocimiento nacional por sus secuestros y deportaciones de trabajadores inmigrantes militantes en 1901. El acaudalado historiador-vigilante D. B. McKay comprendió que el secuestro tenía raíces profundas con un historial probado de resolución de dificultades laborales. Las acciones llevadas a cabo por una larga serie de feroces colonos, inversores en tierras y esclavos y gestores multinivel décadas antes demostraban su utilidad. De hecho, el dramático secuestro y traslado forzoso de seminolas y el nuevo secuestro de esclavos a finales de la década de 1830 y principios de la de 1840 contribuyeron al auge de la economía de Florida a mediados del siglo XIX, del mismo modo que el secuestro de activistas laborales resolvió los problemas a los que se enfrentaban los directivos de la industria tabaquera a principios del siglo XX. He especulado con la posibilidad de que la Segunda Guerra Seminola —dirigida en parte por el planificador y practicante de la expulsión Thomas Jesup— sirviera de modelo para los terroristas responsables del secuestro de tabaqueros en 1901. La historia ofreció valiosas lecciones de gestión.

Los hombres de negocios del Sur se ganaron el respeto de numerosos círculos elitistas por defender y popularizar diversos métodos de terrorismo, pero no eran excepcionales en su deseo de utilizar la violencia para conseguir objetivos económicos. Los terroristas del capital en algunas partes del Norte podían ser igual de audazmente brutales e implacables. Muchos aterrorizaban a sus objetivos con armas de fuego. Esto quedó claro en Lattimer en 1897, en San Luis en 1900, en todas las regiones de carbón de antracita de Pensilvania en 1902 y en Chicago en 1905. Como parte de un pelotón armado del sheriff, Edward Turnbach, de Hazleton, Pensilvania, participó en el tiroteo y asesinato de más de una docena de manifestantes en Lattimer. Más al oeste, el día después de que otro grupo de agentes de la ley y empresarios mataran a varios huelguistas del tranvía en San Luis en junio de 1900, N. F. Thompson saltó a los titulares nacionales por pedir "una ley de homicidio justificable", que prometía proteger a los gerentes y esquirolas de las penas legales por matar a piquetes. Una ley así era probablemente innecesaria, ya que las élites de la clase de Thompson llevaban mucho tiempo cometiendo actos violentos contra la gente corriente con inmunidad, agradecidas por la presencia de habilitadores del sector público, especialmente el Tribunal Supremo. Este distinguido cuerpo de juristas, facilitador habitual de los estallidos de terrorismo generados por las élites, había defendido las leyes de "no deber de retirada", que permitían matar cuando el acusado se sentía físicamente amenazado. Directivos y esquirolas aplicaron sin problemas esta lógica jurídica a los conflictos laborales.¹⁵

Altos dirigentes políticos reforzaron las acciones de juristas y terroristas del sector privado, incluidos asesinos directos como Turnbach, sanguinarios partidarios de masacrar a los huelguistas como Thompson y periodistas de mal genio como Goodwin.

¹⁵ Wilbur Miller, "The 'Right to Bear Arms' and Self-Defence in the United States", en *Private Security and the Modern State: Historical and Comparative Perspectives*, ed. David Churchill, Dolores Janiewski y Pieter Leloup. David Churchill, Dolores Janiewski y Pieter Leloup (Londres: Routledge, 2020), 45.

Durante la masiva huelga del carbón de antracita de 1902, Theodore Roosevelt, optando por no desplegar tropas federales como habían hecho sus predecesores en conflictos anteriores, utilizó sus conexiones para establecer una comisión encargada de encontrar soluciones a largo plazo a los problemas duraderos de los disturbios laborales. Tras pasar meses investigando la dinámica del conflicto, los miembros de la comisión presentaron una serie de propuestas en marzo de 1903, entre las que se incluía pedir al estado que creara una nueva fuerza policial e insistir en que los jefes de las minas de carbón mantuvieran las condiciones de trabajo de los talleres abiertos, dos medidas a las que se oponían apasionadamente los activistas sindicales de la región, pero que los empresarios de todo el país aceptaban inequívocamente. El "Square Deal" representó un golpe aplastante para los sindicatos, una victoria inequívoca para las Alianzas Ciudadanas y un ejemplo más de cómo las fuerzas del Estado y del capital se unieron para imponer un orden económico aterrador a la gente corriente en nombre de la justicia y el progreso.

Roosevelt fue el facilitador más poderoso del país de la explotación y los abusos patronales, pero no fue ni mucho menos el único. Otros fueron gobernadores, congresistas y senadores, y algunos accedieron a cargos políticos como demócratas o republicanos después de aterrorizar a la gente corriente como vigilantes y miembros de asociaciones patronales. El demócrata John B. Gordon fue senador de EE.UU. desde 1873 hasta 1880, antes de convertirse en gobernador de Georgia en 1886; ocupó este cargo hasta 1890. Al año siguiente, el antiguo miembro del Ku Klux Klan se reincorporó al "club de los millonarios", cargo que ocupó de 1891 a 1897. El republicano Wilbur F. Sanders se convirtió en uno de los primeros senadores de Montana a principios de la década de 1890, y el también republicano Weldon B. Hayburn, de Idaho, fue senador de 1903 a 1912. Hayburn presidió el poderoso Comité de Fabricantes. Al desempeñar este cargo, el antiguo abogado de la Asociación de Propietarios de Minas del norte de Idaho —famosa por exigir que los miembros del sindicato permanecieran encerrados en "toriles" mal ventilados durante la disputa de 1892— tomaba habitualmente decisiones políticas que complacían y enriquecían a sus ya ricos amigos. Como senador, creía "que el primer recurso natural que hay que conservar es la oportunidad de que un ciudadano se dedique a una empresa productiva, teniendo como capital y base de operaciones materiales como la tierra, la madera, la energía y los lugares con agua, etc."¹⁶ Por supuesto, la explotación de las rentables industrias extractivas del Oeste exigía que los inversores eliminaran primero a numerosos y formidables rivales: Nativos americanos, trabajadores desobedientes y ecologistas. No estaba solo. En sus esfuerzos, Hayburn se mantuvo estrechamente aliado con notorios asesinos como Sanders.¹⁷ Muchos otros funcionarios estatales de

¹⁶ Citado en Randy Stapilus, *Speaking III of the Dead: Jerks in Idaho History* (Guilford, CT: Roman & Littlefield, 2016), 119.

¹⁷ Heyburn y Sanders estaban unidos en su oposición al control del gobierno federal sobre gran parte de las tierras del Oeste. Weldon B. Heyburn a Wilbur F. Sanders, 15 de febrero de 1904, Folder 19, Box 2,

alto nivel, incluidos los de Colorado, Florida, Kansas, Missouri, Pensilvania y Wyoming, contribuyeron a proteger a los terroristas de la capital de la responsabilidad legal. Pocos fueron más protectores de los terroristas que Amos Barber y James Peabody, los gobernadores republicanos de Wyoming y Colorado, respectivamente. Por su parte, Barber se coordinó con el presidente Harrison para proteger a docenas de sus compañeros de la Asociación de Ganaderos de Wyoming de los miembros de la comunidad, justificadamente indignados, del condado de Johnson en 1892, después de que dirigieran una campaña asesina en la región. Aproximadamente una década después, Peabody ayudó a sus camaradas de la Alianza de Ciudadanos a aplastar varias huelgas organizadas por la WFM enviando bárbaros Guardias Nacionales a las comunidades mineras y permitiendo que los propietarios de las minas participaran en feroces operaciones de expulsión contra los activistas obreros. Estos dirigentes estatales se comportaron más como *consentidores* que como *facilitadores*.

Peabody fue uno de los muchos responsables, procedentes de diversas regiones, de fomentar el crecimiento de los centros de trabajo abiertos. Estas cruzadas terroristas multilocalizadas, disfrazadas de movimientos progresistas de reforma, fueron dirigidas en parte por Goodwin, el autoproclamado "Cristóbal Colón" de las Alianzas Ciudadanas. Según sus propias palabras, Goodwin creó cerca de treinta secciones de la Alianza Ciudadana en todo el país y fue una de las figuras clave detrás del crecimiento de la poderosa Citizens' Industrial Association of America (CIAA). Dirigida por David M. Parry, de Indianápolis, la CIAA reunió a los combatientes más avezados del país, como Hugo Donzelmann, Thompson y Sanders, de Wyoming, en una organización de gran alcance encargada de atacar e intimidar a los activistas sindicales, reprimir a los izquierdistas y dar poder a los propietarios y gerentes de empresas.

Como todos los terroristas, los hombres a los que nos hemos referido eran profundamente egoístas y testarudos, inflexibles en su creencia de que sus intereses — el enriquecimiento individual y la protección de una economía capitalista sin trabas— estaban por encima de las preocupaciones de la mayoría. Por supuesto, los autoproclamados guardianes del "pueblo llano" describían sus acciones de formas que podrían haber parecido perfectamente razonables a los observadores preocupados por lo que parecía una sucesión incesante de problemas laborales. Los vigilantes-gestores parecen haber creído que la tortura y el miedo que infligían a quienes perturbaban las relaciones laborales y comunitarias eran apropiados, al menos en sus propios y exclusivos círculos sociales. Estos hombres con derechos racionalizaron tales actividades, beneficiándose de la presencia de numerosos creadores de narrativas: periodistas, líderes religiosos y novelistas. Como se ha señalado, propagandistas influyentes e inteligentes como Owen Wister, en estrecha colaboración con poderosos ganaderos y el equipo directivo de la CIAA, enmarcaron los conflictos de clase de manera que sirvieran a los intereses de relaciones públicas de los ganaderos del oeste,

los racistas sureños de clase alta y los empresarios antisindicales que representaban prácticamente a todos los sectores de la economía. Afortunadamente, numerosos reporteros obreros y de izquierdas, rechazando la voluminosa cantidad de propaganda procapitalista difundida por las Alianzas Ciudadanas, nos han ayudado a comprender los intereses de clase y las malévolas actividades de estos terroristas, ofreciendo descripciones detalladas de las traumatizantes consecuencias de sus acciones. Millones de asalariados vulnerables vivieron, trabajaron y lucharon en los numerosos paisajes infernales agrícolas e industriales construidos y mantenidos por los terroristas del capital.

De los terroristas del Capitolio a los terroristas en el Capitolio

Los empresarios y otras figuras de la élite siguieron comportándose de forma violenta hasta bien entrado el siglo XX y más allá. Obviamente, ningún libro puede relatar todos, o incluso la mayoría, de los casos de violencia generada por las élites y diseñada para intimidar a sus objetivos hasta la sumisión. Pero merece la pena investigar los sucesos del 6 de enero de 2021, cuando cientos de manifestantes, en su mayoría blancos y partidarios de Donald Trump, de los cuales un número considerable portaba banderas estadounidenses, confederadas y a favor de la policía, entraron en combate. Decididos a impedir que el Congreso autorizara la victoria del demócrata Joseph Biden en las elecciones presidenciales de 2020, la turba —formada por agentes de policía fuera de servicio, diversos propietarios de pequeñas y medianas empresas, algunos directores ejecutivos, gerentes de empresas de construcción, agentes inmobiliarios y un puñado de trabajadores— desató su furia de forma muy pública; muchos iban equipados con maza de oso, bridas y pistolas paralizantes, y algunos incluso montaron una horca.¹⁸ Tras escuchar a una serie de oradores, entre ellos el presidente saliente Trump, la multitud enardecida, movilizada en brigadas separadas, marchó hacia las diversas entradas del edificio, donde se encontraron con filas ligeramente vigiladas de ansiosos agentes de policía, que inmediatamente se sintieron abrumados por los repetidos asaltos de la turba amenazante. Algunos alborotadores, mostrando un inconfundible cariño por los agentes del orden, suplicaron a la policía que "se uniera a nosotros". Dirigido en parte por miembros de organizaciones de extrema derecha como los Proud Boys y los Oath Keepers, el grupo de gruñidos y cánticos logró finalmente penetrar en la línea, destrozando posteriormente las oficinas del Congreso, persiguiendo a los agentes de policía por los pasillos del edificio e incluso

¹⁸ Muchos de los detenidos eran propietarios de negocios. Adam Serwer, "The Capital Rioters Weren't 'Low Class'", *The Atlantic*, 12 de enero de 2021, <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2021/01/thoroughly-respectable-rioters/617644/>; y Lambert Strether, "The Class Composition of the Capital Rioters (First Cut)", *Naked Capitalism*, 18 de enero de 2021, <https://www.nakedcapitalism.com/2021/01/the-class-composition-of-the-capitol-rioters-first-cut.html>.

pidiendo el ahorcamiento de Michael Pence, el supuestamente desleal vicepresidente saliente de Trump. En respuesta, los miembros del Congreso corrieron a ponerse a cubierto, huyendo de enfrentamientos potencialmente letales. No todos tuvieron suerte: Cinco personas murieron, entre ellas un agente de la Policía del Capitolio de Estados Unidos. Más de un centenar sufrieron heridas, y varios policías se suicidaron en los meses posteriores al ataque.

La forma en que los comentaristas han descrito a los alborotadores es casi tan digna de mención como el dramático acontecimiento en sí. Observadores centristas, liberales y de izquierdas coincidieron casi por completo en calificarlos *de terroristas*. El uso de esta palabra supuso un cambio significativo, ya que en las últimas décadas los comentaristas la habían utilizado casi exclusivamente para referirse a los extremistas musulmanes, personificados por los diecinueve secuestradores aéreos responsables de los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001. Desde esos atentados, Estados Unidos ha lanzado una "guerra contra el terrorismo" de duración indefinida, que condujo a invasiones militares formales de Afganistán e Irak, así como a bombardeos encubiertos con aviones no tripulados en otros países, como Pakistán, Somalia y Yemen. En el ámbito nacional, durante las dos últimas décadas, miembros de las agencias de inteligencia han vigilado y acosado de forma encubierta y agresiva a innumerables musulmanes, contribuyendo a establecer un amplio clima de islamofobia. En la cultura popular estadounidense, la imagen típica del terrorista siguió siendo, durante varias décadas, la de un hombre musulmán barbudo procedente de un país de Oriente Próximo.¹⁹

Pero los extraordinarios acontecimientos del 6 de enero de 2021, combinados con episodios anteriores de violencia masiva causada por hombres blancos, han convencido a muchos para ampliar la definición de terrorismo y reimaginar el rostro del terrorista. De hecho, los que atacaron el Capitolio siguieron a otros episodios violentos notorios llevados a cabo en su mayoría por lobos solitarios, individuos que formaron sus opiniones extremistas interactuando en salas de chat racistas de Internet y leyendo, escuchando y viendo fuentes de noticias de derechas. Los resultados han sido desgarradores: horribles tiroteos masivos contra afroamericanos en Charleston, judíos en Pittsburgh, latinos en El Paso y mayoritariamente blancos en un festival de música country en Las Vegas.²⁰ Estos actos mortales de gran repercusión han convencido a muchos de que debemos ampliar nuestra comprensión de esta palabra, reconociendo la injusticia y la inexactitud de utilizarla exclusivamente para describir la violencia por motivos políticos cometida por personas de un solo grupo racial o religioso.²¹

¹⁹ Arun Kundnani, ¡Vienen los musulmanes! Islamophobia, Extremism, and the Domestic War on Terror (Londres: Verso, 2014).

²⁰ Cynthia Miller-Idriss, Odio en la patria: The New Global Far Right (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2020).

²¹ Joanna Walters y Alvin Chang, "Far-Right Terror Poses Bigger Threat to US than Islamist Extremism Post-9/11", The Guardian, 8 de septiembre de 2021, <https://www.theguardian.com/us-news/2021/sep/08/post-911-domestic-terror>.

Este libro revela la importancia de tener una visión a largo plazo de la violencia masculina blanca. Además, creo que podemos establecer comparaciones fructíferas entre quienes asaltaron el Capitolio el 6 de enero de 2021 y los terroristas del capital de finales del siglo XIX y principios del XX. Como mínimo, ambos conjuntos de actores tenían agendas políticas que creían que podían lograrse mediante el uso de la fuerza bruta. Y podemos imaginar que los distintos grupos, separados por muchas décadas, tenían visiones similares de lo que constituía un tipo ideal de sociedad. Tanto los gruñidores de la bandera confederada en el Capitolio como los asesinos del Ku Klux Klan de la época de la Reconstrucción querían vivir en sociedades basadas en las jerarquías de clase y la supremacía blanca. Además, es una apuesta segura suponer que la mayoría de los terroristas del Capitolio, especialmente los empresarios, se oponían a las organizaciones sindicales con el mismo nivel de intensidad exhibido por las generaciones anteriores de empresarios; una excepción importante podrían ser los sindicatos policiales. Por último, al igual que las Ligas de la Ley y el Orden de la Edad Dorada y las Alianzas Ciudadanas de la "Era Progresista", los terroristas de enero de 2021 albergaban un profundo desprecio por los anarquistas, los socialistas y los activistas antirracistas.

Por supuesto, estas comparaciones tienen sus limitaciones obvias. En primer lugar, quienes asaltaron el Capitolio el 6 de enero, así como los lobos solitarios responsables de organizar tiroteos masivos, no actuaron como capitalistas o directivos decididos a romper huelgas, reventar sindicatos o castigar de cualquier otra forma a los activistas laborales. Sencillamente, no se trataba de conflictos laborales. En segundo lugar, los atacantes del Capitolio no parecen haberse preocupado por ocultar sus actividades. Consideremos a los alborotadores más llamativos: Los múltiples selfies sin máscara que se tomaron dentro de las oficinas del Congreso, que muchos subieron a las redes sociales, sugieren que no estaban interesados en permanecer en secreto, un contraste evidente con los comportamientos de nuestros sujetos de finales del siglo XIX y principios del XX. El suceso, minuciosamente fotografiado y filmado, ha ayudado a las autoridades a localizar y detener a muchos de ellos. Y lo que es más importante, los terroristas del Capitolio tenían pocos facilitadores en posiciones de poder. Casi todos los demócratas y muchos políticos republicanos han denunciado enérgica y repetidamente sus actividades excesivamente groseras y destructivas. Por último, los creadores de la narrativa dominante hoy en día en la prensa y los medios de comunicación, con algunas notables excepciones, se han hecho eco de la mayoría de los políticos al condenar tajantemente a los alborotadores como traidores y una amenaza para "nuestra democracia."

Retos terroristas persistentes

Los trabajadores que intentan crear sindicatos en sus lugares de trabajo, o desafiar a

las figuras de autoridad en general, trabajan en entornos extremadamente antidemocráticos respaldados por terroristas. "Terroristas" es exactamente la palabra que el difunto consultor antisindicalista reconvertido en defensor de los trabajadores Martin Jay Levitt utilizó en su libro de 1993 para describir a los hombres y mujeres implicados en la multimillonaria industria moderna de la evasión sindical. Estos terroristas, ha escrito, "no hacen de las fábricas y las pistas de aterrizaje sus víctimas; eligen en su lugar a ancianos lisiados y niños en edad escolar". Del mismo modo, cuando los asesores se dedican a destruir sindicatos, invaden las vidas de las personas, destruyen sus amistades, aplastan su voluntad y destrozan sus familias".²² Por supuesto, los casos de matonismo abierto generado por la patronal son mucho menos comunes a principios del siglo XXI que hace más de un siglo; los sindicalistas del siglo XXI han lanzado menos acciones industriales como huelgas que sus predecesores de finales del siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, los ciudadanos de a pie siguen enfrentándose a formas de abuso duras, blandas e híbridas. En pocas palabras, un gran número de empleados siguen viviendo con miedo de sus jefes, temerosos de plantear opiniones controvertidas o de participar en actividades colectivas en el lugar de trabajo, reconociendo que tales acciones podrían acarrear graves consecuencias disciplinarias, incluidas experiencias que destrozan el sustento como despidos y listas negras. Los empleados favorables a los sindicatos son especialmente vulnerables a la amenaza de despido. Después de todo, el poder de los empleadores del sector privado sigue siendo, en palabras de Elizabeth Anderson, "arrollador, arbitrario e irresponsable, no sujeto a notificación, proceso o apelación".²³

Las formas duras de terrorismo no han cesado. Las pruebas son imposibles de ignorar: repetidos brotes de brutalidad policial, redadas de secuestradores del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), movilizaciones armadas de vigilantes de la retaguardia y ataques implacables del capital contra los sindicatos. Estos casos de violencia e intimidación fluyen desde arriba, y las figuras tiránicas responsables de estas acciones, al igual que las de hace más de un siglo, tienen sus propios facilitadores y creadores de narrativas: los responsables políticos y los jueces, así como las maleducadas personalidades de la televisión y la radio.

Los vigilantes modernos son menos propensos a secuestrar o disparar a sus adversarios, aunque muchos de ellos poseen armas de fuego y parecen fetichizar la violencia. Suelen mostrar un profundo desprecio por la organización y las protestas de la clase trabajadora, y algunos se han mostrado dispuestos a utilizar la intimidación y la agresión en respuesta a los brotes de descontento social. En los últimos años, los activistas de derechas han empleado una técnica relativamente nueva, que no estaba disponible en los tiempos de Forrest, Gould, Goodwin, Parry y Thompson: el

²² Martin Jay Levitt con Terry Conrow, *Confessions of a Union Buster* (Nueva York: Crown Publishers, 1993), 1.

²³ Elizabeth Anderson, *Gobierno privado: How Employers Rule Our Lives (and Why We don't Talk about It)* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2017), 54.

terrorismo vehicular. Podemos señalar cientos de casos de contramanifestantes que embistieron con sus coches a manifestantes en diversos eventos, incluidas manifestaciones antifascistas, protestas de Black Lives Matter y huelgas. El más notorio, durante una manifestación de extrema derecha en agosto de 2017 en Charlottesville (Virginia), el supremacista blanco James Alex Fields Jr, de veinticuatro años, condujo su Dodge Charger de 2010 a gran velocidad contra una multitud, hiriendo a varios y matando a la activista socialista Heather Heyer. Poco después, Fields, que carecía de colaboradores en puestos de poder, fue detenido y condenado a cadena perpetua. Sin embargo, muchos otros han permanecido impávidos, demostrando sin pudor su desenfrenada rabia al chocar contra manifestantes de izquierdas. Entre mayo de 2020 y abril de 2021, más de 100 conductores iracundos embistieron con sus coches a activistas.²⁴

Las figuras antisindicales han empleado el terrorismo vehicular desde hace al menos varias décadas. En 1989, durante una huelga masiva organizada contra NYNEX por más de 60.000 trabajadores de telecomunicaciones de Nueva Inglaterra y Nueva York representados por Communications Workers of America (CWA) y la Hermandad Internacional de Trabajadores de la Electricidad (IBEW), el delegado jefe de CWA Local 1103, Gerry Horgan, de Westchester, Nueva York, fue atropellado y asesinado por un coche conducido por una esquirol, Trisha McNamara, de dieciocho años. A diferencia de Fields, McNamara no tuvo consecuencias legales por cometer este acto letal. Pero probablemente ha tenido dificultades para olvidarlo. Para honrar la memoria de Horgan, los miembros de CWA visten camisetas rojas los jueves, una práctica que sigue siendo popular desde la huelga de 1989.²⁵

Décadas después, gerentes, esquirols, ideólogos de extrema derecha e incluso hombres y mujeres irritados de los suburbios siguen utilizando este método de ataque, y a menudo se salen con la suya. Los huelguistas de Warrior Mine en Alabama, por ejemplo, se quejaron de varios casos de coches que embistieron a los manifestantes durante la primavera y el verano de 2021. En junio de 2021, Phil Smith, director de comunicaciones de la Unión de Trabajadores Mineros (UME), expresó su consternación por estas prácticas mafiosas: "No hemos hecho nada para provocar estos ataques. Realmente han cambiado la dinámica y han asumido que van a adoptar una postura violenta contra la gente que [szc] realiza una actividad pacífica".²⁶ Quizá no debería

²⁴ Nitish Pahwa, "Why Republicans Are Passing Laws Protecting Drivers Who Hit Protestors", Slate, 25 de abril de 2021, <https://slate.com/business/2021/04/drivers-hit-protesters-laws-florida-oklahoma-republicans.html>.

²⁵ "Wear Red on Thursdays", consultado el 22 de agosto de 2021, <https://cwadl.org/wear-red-thursdays>; y Steve Early y Rand Wilson, "How a Telephone Workers' Strike Thirty Years Ago Aided the Fight for Single Payer", Jacobin, 13 de julio de 2019, <https://jacobinmag.com/2019/07/telephone-workers-strike-single-payer>.

²⁶ Citado en Josh Gauntt, "Video Shows Trucks Hitting Workers Picketing Outside Warrior Met Coal", WBRC, 8 de junio de 2021, <https://www.wbrc.com/2021/06/08/video-shows-trucks-hitting-workers-picketing-outside-warrior-met-coal/>.

haberse sorprendido. A raíz de las protestas sociales que estallaron durante el año anterior, los políticos conservadores de numerosas regiones, incluidos los gobernadores de Florida y Oklahoma, trataron de dar cobertura a quienes armaban sus coches contra los manifestantes de izquierdas. Los contramanifestantes siguen beneficiándose de la protección de poderosos facilitadores, entre ellos gobernadores estatales que, al igual que sus predecesores de siglos anteriores, priorizan los intereses de los empresarios y sus amigos ricos por encima de todos los demás.²⁷

A principios del siglo XXI, la clase trabajadora ha seguido navegando por un paisaje de terror definido por una diversidad de adversarios, entre los que se incluyen miembros de organizaciones empresariales, supervisores del lugar de trabajo y funcionarios de recursos humanos, consultores antisindicales, agentes de la ley y vigilantes armados. De un modo u otro, estos adversarios exigen que la gente corriente agache la cabeza y permanezca "en su sitio", donde debe trabajar atenta y lealmente en una variedad de lugares de trabajo explotadores y a menudo peligrosos. Sin embargo, un gran número de personas no se han echado atrás ante los múltiples desafíos, reconociendo el poder de las acciones directas como el cierre de empresas y la interrupción de los flujos de tráfico. Las decenas de miles de personas que han salido a la calle en campañas contra la brutalidad policial, los secuestros del ICE y los intentos de romper sindicatos ilustran que la sociedad capitalista no sólo se define por la represión, sino también por la resistencia. Está por ver si triunfan las fuerzas de la represión o las de la resistencia.

²⁷ Cameron Peters, "State-Level Republicans are Making it Easier to Run over Protesters", Vox, 25 de abril de 2021, <https://www.vox.com/2021/4/25/22367019/gop-laws-oklahoma-iowa-florida-floyd—blm-protests-police>.

Agradecimientos

He recibido mucha ayuda mientras investigaba y escribía este libro. Doy las gracias a las siguientes personas por sus comentarios y ánimos: Tom Alter, Bruce Baker, Michael Botson, Bob Buzzanco, Theresa Case, David Churchill, Michael Dennis, Steve Early, Beth English, Rosemary Feurer, Elaine Frantz, Betsy Friauf, Aaron Goings, Robert Justin Goldstein, Shawn Gude, William A. Herbert, Matthew Hild, John Hoenig, Vilja Huldren, Dolores Janiewski, Brian Kelly, Tom Klug, Pamela Walker Laird, Mark A. Lause, John Marciano, Keri Leigh Merritt, Matteo Millan, Jeremy Milloy, Jim O'Brien, Robert Ovitz, Bryan D. Palmer, Michael Phillips, Kim Phillips-Fein, Luis Plascencia, Clark A. Pomerleau, James Grey Pope, Peter Rachleff, David R. Roediger, Jarod Roll, Alessandro Saluppo, Joan Sangster, Howard Stanger, Larry Stern, Jennifer Wallach, Ahmed White, Kyle Wilkison, Michael Wise y Gerald Zahavi.

Muchas gracias a los dos fantásticos lectores de University of North Carolina Press. Nate Holdren y Bob Hutton ofrecieron excelentes sugerencias, y estoy enormemente agradecido por su ayuda. Recuerdo una conversación muy estimulante con Nate sobre las relaciones entre vigilantismo y gestión en la conferencia North American Labor History de 2014. Poco después, empecé a trabajar en este libro. Nate merece mucho crédito por hacerme pensar en este proyecto. Este es un libro mucho mejor gracias a las meditaciones recomendaciones de Bob y Nate. Por supuesto, soy el único responsable de cualquier error.

He presentado partes de este libro al público académico y popular. Agradezco las respuestas que recibí de comentaristas y miembros del público en las reuniones anuales organizadas por la Academia Británica de Gestión, la Conferencia de Historia Empresarial, la Asociación de Historia Laboral y de la Clase Trabajadora, la Conferencia Nacional para el Estudio de la Negociación Colectiva en la Educación Superior y las Profesiones, la Conferencia Norteamericana de Historia Laboral, la Asociación Histórica del Sur, la Organización de Historiadores Americanos y el Centro de Estudios de la Clase Trabajadora de Texas. Además, compartí mi trabajo en curso en la Conferencia sobre Seguridad Privada y Estado Moderno de la Universidad de Leeds, la conferencia sobre Vigilantismo Industrial, Rompehuelgas y Patronos de Violencia Anti-Laboral de la Universidad de Oxford, y la conferencia sobre Castigo, Trabajo y Legitimación del Poder de la Universidad de Bonn. Doy las gracias a Ryan Haney por proporcionarme una plataforma para hablar de mi trabajo ante un público de activistas

en el Grupo de Lectura *Jacobin* del Área de Dallas.

Algunas partes de esta investigación se publicaron anteriormente en "The 'New Solution': Anti-Labour Kidnapping, D. B. McKay, and the Legacy of the Second Seminole War", en *The Violence of Work: New Essays in Canadian and US Labour History*, ed. Jeremy Milloy y Joan Sangster. Jeremy Milloy y Joan Sangster (Toronto: University of Toronto Press, 2021), 62-87; y "'The law or popular justice': Owen Wister and the legitimization of employer class violence", en *Private Security and the Modern State: Historical and Comparative Perspectives*, ed., David Churchill y Dolores Janiewski. David Churchill, Dolores Janiewski y Pieter Leloup (Nueva York: Routledge, 2020), 135-153. Secciones de ambos se reimprimen con permiso de los editores.

He recibido ayuda de magníficos archiveros y bibliotecarios. Doy las gracias al personal de los siguientes archivos y bibliotecas el American Heritage Center de la Universidad de Wyoming, los Archivos Estatales de Colorado, los Archivos Históricos Estatales de Idaho, la Universidad de Idaho, la Sociedad Histórica Estatal de Kansas, la Sociedad Histórica de Minnesota, el Departamento de Archivos e Historia de Mississippi, la Sociedad Histórica Estatal de Missouri, el Centro de Investigación de la Sociedad Histórica de Montana, la Sociedad Histórica de Nueva Jersey, los Archivos y Manuscritos de la Biblioteca Pública de Nueva York, la Universidad de Carolina del Norte, el Museo de Arte y Cultura del Noroeste, los Archivos Estatales de Pensilvania, la Universidad del Sur de Florida, los Archivos Laborales de la Biblioteca Tamiment y Robert F. Wagner Labor Archives, los Archivos Estatales de Tennessee, la Universidad de Texas y la Western Reserve Historical Society. Todos fueron muy amables durante mis visitas. Muchas gracias a Tomaro Taylor, de la Universidad del Sur de Florida, y a Stephanie Sneed, de la Biblioteca Pública de Sedalia, por localizar algunas fotografías magníficas. Agradezco a Jason D. Stratman, de la Sociedad Histórica de Misuri, que me ayudara a conseguir uno de los discursos de J. West Goodwin. Gracias a Pamela Tucker, de la Biblioteca Pública del Condado de Tampa-Hillsborough, por enviarme material relacionado con la industria tabaquera de Tampa. Y gracias a Kim Richardson por realizar investigaciones en el Departamento de Archivos e Historia de Mississippi. Los bibliotecarios del Collin College son fantásticos, y les agradezco que encarguen muchos libros para la institución. El departamento de ILL me ha ayudado muchísimo.

Me gustaría dar las gracias al Collin College por haberme concedido un año sabático en otoño de 2020. A pesar de la pandemia, pude pasar tiempo de calidad visitando archivos y escribiendo. Estoy especialmente agradecido a mi decana y compañera historiadora, Kristen Streater. Y gracias al fotógrafo del Collin College, Nicholas Young.

Muchas gracias a la magnífica gente de University of North Carolina Press: Carol Seigler, Marjory Eleanor Duffey, Andreina Fernández y Andrew Winters. Estoy enormemente agradecida a Brandon Praia por su apoyo y su excelente trabajo editorial. Además, muchas gracias a Mary Gendron, editora de producción de Westchester Publishing Services.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi maravillosa familia. Estoy

Agradecimientos

profundamente agradecido por el apoyo que he recibido de mi querida esposa y compañera historiadora, Sandra Mendiola, y de mi hija, Lucia Pearson.

Bibliografía

Colecciones de archivos

COLORADO

Archivos estatales de Colorado, Denver

Colección James H. Peabody

FLORIDA

Universidad del Sur de Florida, Tampa

Donald Brenham "D. B." Colección McKay Colección Anthony P. "Tony" Pizzo, MS-1982-01

IDAHO

Archivos históricos del Estado de Idaho, Boise

Cartas de la Colección William E. Borah

Documentos de James H. Hawley

Universidad de Idaho, Colecciones Especiales y Archivos, Moscú

Registros de la Bunker Hill and Sullivan Mining Company

KANSAS

Sociedad Histórica del Estado de Kansas, Topeka

Documentos del Gobernador John Alexander Martin

MINNESOTA

Sociedad Histórica de Minnesota, St. Paul

Alianza de Ciudadanos de Minneapolis Records, 1903-1953

MISSISSIPPI

Departamento de Archivos e Historia de Mississippi, Jackson

Documentos de Benjamin Humphreys

MISSOURI

Sociedad Histórica Estatal de Missouri, Columbia

Actas de la Junta de Comercio de Sedalia, 1872-1888

Biblioteca Pública de Sedalia

Colección de Historia Local

MONTANA

Centro de Investigación de la Sociedad Histórica de Montana, Helena

Documentos de Robert A. Bell, 1887-1917, MC 296

Documentos de Wilbur F. Sanders, 1834-1905

NUEVA JERSEY

Sociedad Histórica de Nueva Jersey, Newark

Documentos de Joseph P. Bradley, 1813-1936

NUEVA YORK

Biblioteca Pública de Nueva York Archivos y Manuscritos, Nueva York

Documentos de Walter L. Fleming, 1685-1932

Biblioteca Tamiment y Archivos Laborales Robert F. Wagner, Universidad de Nueva York, Nueva York

Documentos de Elizabeth Gurley Flynn

CAROLINA DEL NORTE

Colección Histórica del Sur de la Biblioteca de Colecciones Especiales Louis Round Wilson, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill

Documentos de Hamilton Brown, 1752-1907

Libros Hays, 1803-1918

Memorias de Robert Philip Howell, 1854-1872

Documentos de Alfred M. Waddell, 1768-1935

OHIO

Sociedad Histórica de la Reserva Occidental, Cleveland

Documentos de Tom L. Johnson

PENNSYLVANIA

Archivos estatales de Pensilvania, Harrisburg

Documentos de William A. Stone, 1898-1903

TENNESSEE

Biblioteca y Archivos del Estado de Tennessee, Nashville

Documentos de las familias Cheairs y Hughes, 1636-1967

Documentos de Henry Melvil Doak, 1921-1929

TEXAS

Biblioteca y Archivos Cushing Memorial, Universidad A&M de Texas, College Station

Colección de guerra del condado de Johnson, 1884-1893

Centro Dolph Briscoe de Historia Americana, Universidad de Texas en Austin

Colección Movimiento obrero en Texas, 1845-1954

Documentos de Mark Goodwin

WASHINGTON

Museo de Arte y Cultura del Noroeste, Spokane

Documentos de Amasa B. Campbell

WYOMING

Centro del Patrimonio Americano, Universidad de Wyoming, Laramie

Registros de la Asociación de Ganaderos de Wyoming, 1857-1987

Documentos de Owen Wister, 1866-1982

Periódicos y revistas

Abilene (Texas) Weekly Reflector

Avanzar

The Age-Herald (Birmingham, Alabama)

Gaceta de Alexandria (Virginia)

Ciudadano estadounidense

Industrias americanas

Americus (Georgia) *Times-Recorder*

The Anaconda (Montana) *Standard*

Apelar a la razón

El Aspen (Colorado) *Evening Chronicle*

Baltimore Sun

Bellows Falls Times *Birmingham News*

Bismarck (Dakota del Norte) *Daily Tribune*

Bismarck (Dakota del Norte) *Tri— Weekly Tribune*

El Bossier (Luisiana) *Banner*

Brenham (Texas) *Weekly Banner*

El Butler (Missouri) *Weekly*

The Butte (Montana) *Daily Bulletin*

La montaña Butte (Montana) *Inter*

The Caldwell (Idaho) *Tribune*

Cheyenne (Wyoming) *Daily Leader*

Diario Socialista de Chicago

The Clinton (Missouri) *Advocate*

Prensa de Coeur d'Alene (Idaho)

El Cooperador

The Daily Morning Astorian (Astoria, Oregón)

Crítica de De Bow

La pepita de DeLamar (Idaho)

The Dillon (Montana) *Tribune*

Boletín de Elmore (Idaho)

Evening Journal (Wilmington, Delaware)

El Exponente: Una Revista de Derecho y Orden Dedicada al Bienestar del Pueblo Hechos

El Florida Star

Freeland (Pensilvania) *Tribune*

Free Press (Hays, Kansas)

Gold Hill (Nevada) *Daily News*

The Guthrie (Oklahoma) *Daily Leader*

The Helena (Montana) *Independent*

Idaho Daily Statesman

Semanario Idaho World

El Indianapolis Journal

La imprenta interior

Revista Socialista Internacional

Registro del condado de Iron (Misuri)
El comercio del hierro
Noticias de Jersey City (Nueva Jersey)
Agitador de Kansas
El Keystone de Ketchum (Idaho)
The Labor Enquirer (Denver, Colorado)
The Labor World (Duluth, Minnesota)
El bumerán de Laramie (Wyoming)
Cajero de Lewiston (Idaho)
Transcripción semanal de Little Falls (Minnesota)
Revista mensual de maquinistas
The Marshall (Missouri) Republican
Expreso de Maumee City (Ohio)
Memphis Daily Appeal
Revista Miners
El Minneapolis Journal
Noticias del Missouri Socialista Montana
Gaceta de Montreal
Morning Oregonian
The Morning Tribune (Tampa, Florida)
El motorista y el conductor
Mower County Transcript (Austin, Minnesota)
La Nación
Revista New England
Republicano de Nueva Orleans
Socialista de Nueva York
New York Times
Tribuna de Nueva York
Revista norteamericana
The Ocala (Florida) Evening Star
Omaha Daily Bee
El Correo de Opelousas (Luisiana)
Ottumwa (Iowa) Sem Semanario Courier
Palestine (Texas) Daily Herald
Piloto de Ciudad de Panamá (Florida)
The Pensacola (Florida) Journal
El pueblo
The Pickens (Carolina del Sur) Sentinel
El ciudadano de Pulaski (Tennessee)
La era del ferrocarril
Mundo ferroviario
Demócrata del condado de Ripley (Missouri)
St. Louis Globe Democrat
La República de San Luis
El Herald de Salt Lake
El Salt Lake Tribune

La llamada de San Francisco
Santa Barbara Weekly Press
El Scranton Tribune
El libro de recortes
El Seattle Post-Intelligencer
El Sedalia Weekly Bazaar
The Semi-Weekly Messenger (Wilmington, Carolina del Norte)
El trato justo
The State Journal (Jefferson City, Misuri)
La revista Street Railway
Tampa Sunday Tribune
Tampa Weekly Tribune
The Times Dispatch (Richmond, Virginia)
Hoja de tabaco T
El Trabajador
El Topeka State Journal
Revista tipográfica
Vicksburg Weekly Herald
El Wagerworker
The Wahpeton (Dakota del Norte) Times
Washington Post
Washington Times
Wessington Springs (Dakota del Sur) Herald
The Weekly Clarion (Jackson, Mississippi).
The Weekly Mercury (Huntsville, Alabama)
Gente semanal
Western Kansas World (WaKeeney, Kansas)
El Wilmington (Delaware) Daily Republican
Wood County (Wisconsin) Reporter
El trabajador
Wyoming Tribune

Publicaciones del Gobierno

Comisión de la Huelga del Carbón de Antracita. *Report to the President on the Anthracite Coal Strike of May— October, 1902*. Washington, DC: Government Printing Office, 1903.

Oficina de Estadísticas e Inspección Laboral de Missouri. *The Official History of the Great Strike of 1886 on the Southwest Railway System*. Jefferson City: Tribune Printing Co., 1887.

Asamblea Legislativa de Montana. *Diario de la Tercera Sesión de la Asamblea Legislativa del Territorio de Montana*. Helena: Wilkinson y Ronan, 1870.

Asamblea General de Pensilvania. *Informe del Comité designado para investigar los disturbios ferroviarios de julio de 1877*. Harrisburg: Lane S. Hart, 1878.

Asamblea General de Tennessee. *Diario del Senado de la Sesión Extra de la Trigésimo Quinta Asamblea General*. Nashville: S. C. Mercer, 1868.

Congreso de los Estados Unidos. *Report of the Joint Select Committee to Inquire into the*

- Condition of Affairs in the Late Insurrectionary States*. 13 vols. 42d Cong., 2d sess. Washington, DC: Government Printing Office, 1872.
- Congreso de Estados Unidos. Cámara de Representantes. Comité de Comercio Interestatal y Exterior. *Audiencia sobre el proyecto de ley 569 del Senado y los proyectos de ley 14, 95 y 2026 de la Cámara, para establecer un Departamento de Comercio y Trabajo, Industrias y Manufacturas*. 57º Congreso, 1ª sesión, 25 de marzo-11 de abril de 1902. Washington, DC: Government Printing Office, 1902.
- Congreso de Estados Unidos. Cámara de Representantes. Comité Judicial. *Anti-injunction Bill: Audiencias completas ante el Comité Judicial de la Cámara de Representantes sobre el proyecto de ley (H.R. 89) titulado "Un proyecto de ley para limitar el significado de la palabra 'conspiración' y el uso de 'órdenes de restricción y mandamientos judiciales' en ciertos casos"*. 58º Congreso, 2º período de sesiones, 13 de enero a 22 de marzo de 1904. Washington, DC: Government Printing Office, 1904.
- Congreso de Estados Unidos. Cámara de Representantes. Comité Selecto sobre Problemas Laborales Existentes. *Investigación de Problemas Laborales en Missouri, Arkansas, Kansas, Texas e Illinois*. 49º Congreso, 2ª sesión. H. Rep. 4174. Washington, DC: Government Printing Office, 1887.
- Congreso de los EE.UU. Senado. Subcomisión del Comité Judicial. *Mantenimiento de un Lobby para Influir en la Legislación: Pruebas presentadas durante las audiencias*. 4 vols. 63rd Cong., 1st sess. Washington, DC: Government Printing Office, 1913.
- Comisión Industrial de los Estados Unidos. *Reports of the Industrial Commission on the Relations and Conditions of Capital and Labor Employed in Manufactures and General Business*. 19 vols. Washington, DC: Government Printing Office, 1900-1902.
- Wright, Carroll D. *A Report on Labor Disturbances in the State of Colorado, From 1880 to 1904, Inclusive*. 58º Congreso, 3ª sesión. Washington, DC: Government Printing Office, 1905.

Fuentes primarias publicadas

- Aveling, Edward, y Eleanor Marx. *The Working-Class Movement in America*. Londres: Swan Sonnenschein, 1891.
- Asociación Industrial de Ciudadanos de América. *Convención preliminar de la Citizens' Industrial Association of America, celebrada en Chicago los días 29 y 30 de octubre*. N.p., 1903.
- Clover, Sam. "Cabalgando con los Reguladores, 1892". En *Violence in the West: The Johnson County Range War and the Ludlow Massacre, A Brief History with Documents*, editado por Marilyn S. Johnson, 58-64. Long Grove, IL: Waveland, 2009. Long Grove, IL: Waveland, 2009.
- Asociación de Mineros de Colorado. *Criminal Record of the Western Federation of Miners from Coeur d'Alene to Cripple Creek, 1894-1904*. Colorado Springs: n.p., 1904.
- Demuth, I. MacDonald. *The History of Pettis County, Missouri*. N.p., 1882.
- Dimsdale, Thomas J. *The Vigilantes of Montana or Popular Justice in the Rocky Mountains: Being a Correct and Impartial Narrative of the Chase, Trial, Capture, and Execution of Henry Plummer's Road Agent Band*. 1866. Reimpresión, Norman: University of Oklahoma Press, 1988.
- Dixon, Thomas, Jr. *The Leopard's Spots: A Romance of the White Man's Burden, 1865-1900*. New York: Doubleday & Page, 1902.

- *El hombre del clan: Un romance histórico del Ku Klux Klan*. New York: Doubleday, 1905.
- Dixon, W. W. "Bosquejo de la vida y el carácter de William H. Clagett". *Contribuciones a la Sociedad Histórica de Montana con sus Transacciones, Funcionarios y Miembros*. Vol. 4. Helena: Independent, 1903, 249-257.
- Friedman, Morris. *Pinkerton Labor Spy*. New York: Wilshire, 1907.
- Gibson, James Monroe. *Memorias de J. M. Gibson: Los terrores de la Guerra Civil y los días de la Reconstrucción*.
- Houston: n.p., 1929.
- Goodwin, J. West. *Pacific Railway Business Guide and Gazetteer of Missouri and Kansas*. St. Louis: n.p., 1867.
- *Actas de la Convención de la Asociación de Banqueros de Missouri celebrada en Sweet Springs, Mo., los días 9, 10 y 11 de julio de 1879*. Sedalia, MO: J. West Goodwin, 1879.
- "Discurso del Sr. J. West Goodwin". *Actas de la Convención Anual de la United Typothetae of America celebrada en Kansas City, Mo., del 24 al 27 de septiembre de 1900*, 267-269.
- *Random Recollections of Forty Years in Sedalia Ante el Club Nehemgar, 20 de marzo de 1902*. n.p., 1902.
- Gordon, John B. "Respuesta en nombre de Georgia". *Actas de la Tercera Convención Semestral de la Asociación Industrial del Sur celebrada en la ciudad de Nueva Orleans, LA. 4, 5, 6 y 7 de diciembre de 1900*. The Association, 1900, 18-21.
- *Reminiscencias de la Guerra Civil*. New York: Charles Scribner's Sons, 1905.
- Hall, Covington. *Labor Struggles in the Deep South and Other Writings*. Editado y presentado por David R. Roediger. Chicago: Charles H. Kerr, 1999.
- Hall, Lyman. "Educación Técnica". *Actas de la Tercera Convención Semestral de la Asociación Industrial del Sur, celebrada en la ciudad de Nueva Orleans, LA. 4, 5, 6 y 7 de diciembre de 1900*. The Association, 1900, 63-69.
- Hammond, John Hays. *La Autobiografía de John Hays Hammond*. Vol. 1. Nueva York. New York: Farrar and Rinehart, 1935.
- Harriman, Job. *La Guerra de Clases en Idaho: The Horrors of the Bull Pen*. New York: The Volkszeitung Library, 1900.
- Harris, Nathaniel H. *Movimientos del Ejército Confederado en Virginia: Del Diario' del General Nat H. Harris: And the Part Taken Therein by the Nineteenth, Mississippi Regiment*. Duncansby, MS: Capitán W. M. Harris, 1901.
- Haywood, Harry y Milton Howard. *Lynching*. New York: International Pamphlets, 1932.
- Haywood, William D. *El libro de Bill Haywood: La autobiografía de William D. Haywood*. Nueva York: International Publishers, 1929.
- Hickey, Thomas A. *The Stoiy of the Bull Pen at Wardner, Idaho*. New York: New York Labor News, 1900.
- Isaacs, I. J. *Tampa. Florida: Its Industries and Advantages and a Series of Comprehensive Sketches of Representative Business Enterprises*. Tampa: Tampa Tribune, 1905.
- Hunnicut, John L. *Reconstruction in West Alabama: Memorias de John L. Hunnicutt*. Editado por Wm. Stanley Hoole. Tuscaloosa, AL: Confederate Publishing, 1959.
- Humphreys, Benjamin Grubb. *La autobiografía de Benjamin Grubb Humphreys: Written for His Children at his Plantation Home Itta, Bena, Mississippi*. N.p., 1878.
- Hutton, May Arkwright. *The Coeur d'Alenes*. Denver: APP Engraving and Printing, 1900.
- Kirby, John, Jr. "Una visión de los sindicatos". *Bulletin of the National Metal Trades Association* 3 (febrero de 1904): 49-59.

- Leonard, John W., ed. *The Book of St: A Biographical Dictionary of Leading Living Men of the City of St. Louis*. St. Louis Republic, 1906.
- Logan, Samuel Crothers. *El peligro y la defensa de una ciudad: Or, Issues and Results of the Strikes of 1877, Containing the Origin and History of the Scranton City Guard*. Scranton, PA: n.p., 1887.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Nueva York: International Publishers, 1970. Publicado por primera vez en 1846.
- Maurer, James, ed. *The American Cossack*. Nueva York: Arno Press y New York Times, 1971.
- McCabe, James Dabney. *The History of the Great Riots*. Philadelphia: National Publishing, 1877.
- McKay, D. B. *Pioneer Florida*. 3 Vols. Tampa: Southern Publishing, 1959.
- McClure, Alexander Kelly. *Tres mil millas a través de las Montañas Rocosas*. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1869.
- *Old Time Notes of Pennsylvania, Volumen 2*. Philadelphia: John C. Winston, 1905.
- Mercer, A. C. *The Banditti of the Plains: Or the Cattlemen's Invasion of Wyoming in 1892*. Norman: University of Oklahoma Press, 1954. Publicado por primera vez en 1894.
- Parsons, Lucy. *Vida de Albert R. Parsons: Con breve historia del movimiento obrero en América*. 2nd ed. Chicago: Lucy E. Parsons, 1903. Publicado por primera vez en 1889.
- Pennypacker, Samuel Whitaker. *The Autobiography of a Pennsylvanian*. Philadelphia: John C. Winston, 1918.
- Partido Popular de América. "La Plataforma de Omaha: Launching the Populist Party". *History Matters*, 4 de julio de 1892. <http://historymatters.gmu.edu/d/5361/>.
- Pinkerton, Allan. *Huelguistas, comunistas, vagabundos y detectives*. New York: G. W. Carleton, 1878. Powderly, T. V. *Thirty Years of Labor, 1859-1889*. Columbus, OH: Excelsior, 1889.
- Robuck, J. E. *My Own Personal Experience and observation As a Soldier in the Confederate Army During the Civil War, 1861-1865. También durante el periodo de Reconstrucción: Historia del origen, ascenso, carrera y disolución del famoso Ku Klux Klan o Imperio Invisible. Exactamente por qué, cuándo y dónde se originó*. Memphis: Burke's Book Store, 1911.
- Rockard, T. A. *The Bunker Hill Enterprise: An Account of the History, Development, and Technical Operations of the Bunker Hill & Sullivan Mining & Concentrating Company, at Kellogg, Idaho, U.S.A.* San Francisco: Mining and Scientific Press, 1921.
- Sanders, Helen Fitzgerald. *A History of Montana*. Vol. 2. Chicago: Lewis, 1913.
- Shotwell, Randolph Abbott. *Los papeles de Randolph Abbott Shotwell*. Vol. 2. Editado por J. G. De Roulhac Hamilton con la colaboración de Rebecca Cameron. Raleigh: Comisión Histórica de Carolina del Norte, 1931.
- Sinclair, Upton. *La Jungla*. New York: Doubleday and Page, 1906.
- Smith, Charles H. *Junta de Comercio de Jacksonville, Informe del 1 de enero de 1896 al 31 de diciembre de 1902*. Jacksonville: The Garrett Printing Company, 1902.
- Taussig, Frank William. "La huelga del suroeste de 1886". *Quarterly Journal of Economics* 1 (enero de 1887): 184-222.
- Thompson, N. F. "Arbitraje obligatorio", *Actas de la Tercera Convención Semestral de la Asociación Industrial del Sur celebrada en la ciudad de Nueva Orleans, LA. 4, 5, 6 y 7 de diciembre de 1900*. The Association, 1900, 124-128.
- X, Malcolm. *Malcolm XSpeaks: Selección de discursos y declaraciones*. Editado por George Breitman. Nueva York: Grove Press, 1965.
- Van Cleave, James W. "El verdadero significado del taller abierto". *Engineering Magazine* 33

- (julio de 1907): 529-536.
- Van Nada, M. L., ed. *The Book of Missourians: The Achievements and Personnel of Notable Living Men and Women of Missouri in the Opening Decade of the Twentieth Century*. Chicago: T. J. Steel, 1906.
- Veblen, Thorstein. *La teoría de la clase ociosa: Un estudio económico de las instituciones*. New York: Macmillan, 1899.
- Warren, Fred. *Full Text of Fred D. Warren's Speeches Before the Federal Courts at Fort Scott and St. Paul*. Chicago: Charles H. Kerr & Company, 1910.
- Wells, Ida B. *Select Works of Ida B. Wells-Barnett*. Editado por Trudier Harris. New York: Oxford University Press, 1991.
- Wilkinson, W. A. "Informe del Secretario Correspondiente". *Trigésimo tercer período anual de sesiones de la Unión Tipográfica Internacional*. Filadelfia: McCalla y Stavely, 1885, 32 ^ 10.
- Wister, Owen. "La Guardia Nacional de Pensilvania". *Harper's Weekly*. 1 de septiembre de 1894, 824— 826.
- *El Virginiano: A Horseman of the Plains*. Mineola, NY: Dover Publications, Inc., 2006. Publicado por primera vez en 1902 por Macmillan (Nueva York).
- "La tierra de los libres". *Saturday Evening Post* 117, 29 de octubre de 1904, 7.
- "Después de cuatro años: A Square Deal for Every Man". *Saturday Evening Post*, 4 de marzo de 1905, 1-2.
- *Lady Baltimore*. Nashville: J. S. Sanders, 1907. Publicado por primera vez en 1906 por Macmillan (Nueva York).
- *Las siete edades de Washington: A Biography*. New York: Macmillan, 1907.
- *Roosevelt: The Stoic of a Friendship, 1880-1919*. Nueva York: Macmillan, 1930.
- Asociación de Ganaderos de Wyoming. *Lista de miembros, estatutos e informes de la Asociación de Ganaderos de Wyoming*. Cheyenne, WY: Bristol and Knabe, 1887.

Libros, artículos y tesis

- Abrahams, Ray. *Vigilant Citizens: Vigilantism and the State*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 1998.
- Adler, William M. *The Man Who Never Died: The Life, Times, and Legacy of Joe Hill, American Labor Icon*. Nueva York: Bloomsbury, 2011.
- Aiken, Katherine G. " 'It May Be Too Soon to Crow': Bunker Hill and Sullivan Company Efforts to Defeat the Miners' Union, 1890-1900". *Western Historical Quarterly* 24 (agosto de 1993): 309-331.
- *El Bunker Hill de Idaho: The Rise and Fall of a Great Mining Company, 1885-1981*. Norman: University of Oklahoma Press, 2005.
- Aldrich, Mark. *La seguridad ante todo: Technology, Labor, and Business in the Building of American Work Safety, 1870-1939*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997.
- Allen, Frederick. *A Decent, Orderly Lynching: The Montana Vigilantes*. Norman: University of Oklahoma Press, 2004.
- Allen, Ruth A. *The Great Southwest Strike*. Austin: University of Texas Press, 1942.
- Anderson, Elizabeth *Gobierno privado: Cómo los empresarios gobiernan nuestras vidas (y por qué no hablamos de ello)*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2017.

- Andrews, Thomas G. *Killing for Coal: Americas Deadliest Labor War*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2008.
- Arnesen, Eric. *Waterfront Workers of New Orleans: Race, Class, and Politics, 1863-1923*. Nueva York: Oxford University Press, 1991.
- Aurand, Harold W. "La huelga de la antracita de 1887-1888". *Pennsylvania History: A Journal of Mid Atlantic Studies* 35 (abril de 1968): 169-185.
- Avrich, Paul. *La tragedia de Haymarket*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1984.
- Ayers, Edward L. *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the 19th-Century American South*. New York: Oxford University Press, 1984.
- Baggett, James Alex. *The Scalawags: Southern Dissenters in the Civil War and Reconstruction*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2003.
- Baker, Andrew. *To Poison A Nation: The Murder of Robert Charles and the Rise of Jim Crow Policing in America*. Nueva York: The New Press, 2021.
- Baker, Bruce E. *This Mob Will Surely Take My Life: Lynchings in the Carolinas, 1871-1947*. Nueva York: Continuum Books, 2008.
- "El crecimiento de las ciudades tras la Guerra Civil y la eventualización de la mano de obra negra, 1865-1880". *Tennessee Historical Quarterly* 72 (invierno de 2013): 289-300.
- Baker, James F. "The St. Louis and Suburban Streetcar Strike of 1900". *Missouri Historical Review* 101 (julio de 2007): 226-245.
- Bakken, Gordon Morris. *La Ley de Minas de 1872: Past, Politics, and Prospects*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2008.
- Ballard, Jack Stokes. *Commander and Builder of Western Forts: The Life and Times of Major General Henty C. Merriam, 1862-1901*. College Station: Texas A&M University Press, 2012.
- Baltzell, E. Digby. *The Protestant Establishment: Aristocracy & Caste in America*. New York: Random House, 1964.
- Baptist, Edward E. *Creating an Old South: Middle Florida's Plantation Frontier before the Civil War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.
- *Nunca se ha contado la mitad: Slavery and the Making of American Capitalism*. Nueva York: Basic Books, 2014.
- Beckel, Deborah. *Radical Reform: Interracial Politics in Post-Emancipation North Carolina*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2011.
- Beckert, Sven. *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie*. Nueva York: Cambridge University Press, 2001.
- *El imperio del algodón: A Global History*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2015.
- Belgrad, Daniel. "'Power's Larger Meaning': The Johnson County War as Political Violence in an Environmental Context". *Western Historical Quarterly* 33 (verano de 2002): 159-177.
- Bell, William Dudley. "El Ku Klux Klan en Mississippi". Tesis de maestría, Mississippi State University, 1963.
- Bellesiles, Michael A. *1877: America i Year of Living Violently*. Nueva York: New Press, 2010.
- Benton-Cohen, Katherine. *Borderline Americans: Racial Division and Labor War in the Arizona Borderlands*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009.
- Berman, David R. *Radicalism in the Mountain West, 1890-1920: Socialists, Populists, Miners, and Wobblies*. Boulder: University of Colorado Press, 2007.
- *Governors and the Progressive Movement*. Boulder: University of Colorado Press, 2019.

- Bernstein, Iver. *The New York City Draft Riots: Their Significance for American Society and Politics in the Age of the Civil War*. Nueva York: Oxford University Press, 1990.
- Blackmon, Douglas. *Slavery by Another Name: The Re-Enslavement of Black Americans from the Civil War to World War II (La re-esclavización de los negros estadounidenses desde la Guerra Civil hasta la IIª Guerra Mundial)*. Nueva York: Doubleday, 2008.
- Blatz, Perry K. *Democratic Miners: Work and Labor Relations in the Anthracite Coal Industry, 1875-1925*. Albany: State University of New York Press, 1994.
- Blight, David. *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002.
- Bold, Christine. *The Frontier Club: Popular Westerns and Cultural Power, 1880-1924*. Nueva York: Oxford University Press, 2013.
- Bonnett, Clarence E. *Employers' Associations in the United States: A Study of Typical Associations*. Nueva York: Macmillan, 1922.
- Botkin, Jane Little. *Frank Little y la IWW: La sangre que manchó a una familia estadounidense*. Norman: University of Oklahoma Press, 2017.
- Brandes, Stuart D. *American Welfare Capitalism, 1880-1940*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.
- Brandwein, Pamela. *Rethinking the Judicial Settlement of Reconstruction*. Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
- Brechin, Gray. *Imperial San Francisco: Urban Power, Earthly Ruin*. Berkeley: University of California Press, 2006.
- Broomall, James J. *Confederados privados: The Emotional Worlds of Southern Men as Citizens and Soldiers*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019.
- Brown, Richard Maxwell. *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*. Nueva York: Oxford University Press, 1975.
- *No Duty to Retreat: Violence and Values in American History and Society*. Norman: University of Oklahoma Press, 1990.
- "Violencia occidental: Estructura, valores, mito". *Western Historical Quarterly* 24 (febrero de 1993): 4-20.
- Brown, Ronald C. *Hard-Rock Miners: The Intermountain West, 1860-1920*. College Station: Texas A&M University Press, 1979.
- Brundage, David. *The Making of Western Labor Radicalism: Denver's Organized Workers, 1875-1905*. Urbana: University of Illinois Press, 1994.
- Brundage, W. Fitzhugh. *Civilizing Torture: An American Tradition*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018.
- Buckingham, Peter H. *"Red Tom" Hickey: The Uncrowned King of Texas Socialism*. College Station: Texas A&M University Press, 2020.
- Budiansky, Stephen. *La camisa ensangrentada: Terror After Appomattox*. New York: Viking, 2008.
- Burbank, David T. *Reign of the Rabble: The St. Louis General Strike of 1877*. *Louis de 1877*: Augustus M. Kelley, 1966.
- Burden-Stelly, Charisse. "Modern U.S. Racial Capitalism: Some Theoretical Insights". *Monthly Review* 72 (julio-agosto de 2020): 8-20.
- Burnett, Gene M. *El pasado de Florida: People and Events That Shaped the State*. Sarasota, FL: Pineapple Press, 1986.
- Burrill, Fred. "The Settler Order Framework: Repensando la historia de la clase obrera

- canadiense". *Labour/Le Travail* 83 (primavera de 2019): 173-197.
- Butchart, Ronald E. *Schooling the Freed People: Teaching, Learning, and the Struggle for Black Freedom, 1861-1876*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010.
- Byrkit, James W. *Forging the Copper Collar: Arizona's Labor-Management War of 1901-1921*. Tucson: University of Arizona Press, 1982.
- Calvert, Jerry. "Auge y caída del socialismo en una ciudad empresarial, 1902-1905". *Montana: The Magazine of Western History* 36 (Otoño 1986): 2-13.
- Campney, Brent M. S. *Hostile Heartland: Racism, Repression, and Resistance in the Midwest*. Urbana: University of Illinois Press, 2019.
- Carrigan, William D. *The Making of Lynching Culture: Violence and Vigilantism in Central Texas, 1836-1916*. Urbana: University of Illinois Press, 2004.
- Case, Theresa A. "Blaming Martin Irons: Liderazgo y protesta popular en la huelga del suroeste de 1886". *The Journal of Gilded Age and Progressive Era* 8 (enero de 2009): 51-81.
— *The Great Southwest Railroad Strike and Free Labor*. College Station: Texas A&M University Press, 2010.
- Cassity, Michael. "Modernization and Social Crisis: The Knights of Labor and a Midwest Community, 1885-1886". *Journal of American History* 66 (junio de 1979): 41-61.
— *Defending a Way of Life: An American Community in the Nineteenth Century*. Albany: State University of New York Press, 1989.
- Chandler, Alfred D., Jr. *La mano visible: The Managerial Revolution in American Business*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977.
- Churella, Albert J. *The Pennsylvania Railroad, Volume 1: Building an Empire, 1846-1917*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2013.
- Clavin, Matthew J. *Aiming for Pensacola: Fugitive Slaves on the Atlantic and Southern Frontiers*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015.
- Claycomb, William B. *Pettis County Missouri: A Pictorial History*. Brookfield, MO: Donning, 1998. Clymer, Jeffory A. *Americas Culture of Terrorism: Violence, Capitalism, and the Written Word*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003.
- Cohen, Andrew Wender. *The Racketeer's Progress: Chicago and the Struggle for the Modern American Economy, 1900-1940*. Nueva York: Cambridge University Press, 2004.
- Cohen, Michael Mark. *La conspiración del capital: Law, Violence, and American Popular Radicalism in the Age of Monopoly*. Amherst: University of Massachusetts Press, 2019.
- Cohn-Postar, Gideon. "'Vote por su pan y su mantequilla': Economic Intimidation of Voters in the Gilded Age". *The Journal of the Gilded Age and Progressive Era* 20 (octubre de 2021): 480-502.
- Collins, Michael L. *A Crooked River: Rustlers, Rangers, and Regulars on the Lower Rio Grande, 1861-1877*. Norman: University of Oklahoma Press, 2018.
- Cooper, Patricia A. *Once a Cigar Maker: Men, Women, and Work Culture in American Cigar Factories, 1900-1919*. Urbana: University of Illinois Press, 1987.
- Coquillette, Daniel R., y Bruce A. Kimball. *En el campo de batalla del mérito: Harvard Law School, the First Century*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015.
- Coulter, Ellis Merton. *William G. Brownlow: Fighting Person of the Southern Highlands*. 1937. Reimpresión, Knoxville: University of Tennessee Press, 1999.
- Crane, Daniel A. "The Dissociation of Incorporation and Regulation in the Progressive Era and the New Deal". En *Corporations and American Democracy*, editado por Naomi R.

- Lamoreaux y William J. Novak, 109-138. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2017.
- Crawford, Margaret. *Building the Workingman's Paradise: The Design of American Company Towns*. London: Verso, 1995.
- Cresswell, Stephen. *Mormons, Cowboys, Moonshiners, and Klansmen*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1991.
- Crozier, E. W. *Los Whitecaps: A History of the Organization in Sevier County*. Knoxville: Bean, Waters & Gaut, 1899.
- Cutler, Harry Gardner. *History of Florida: Past and Present, Historical and Biographical. Vol. 2*. Chicago: Lewis Publishing Co., 1923.
- Dalrymple, Scott. "La venganza de John Hay: Anti-Labor Novels, 1880-1905". *Business and Economic History* 28 (Otoño 1999): 133-142.
- Daniell, Elizabeth Otto. "El caso del asesinato de Ashburn en la reconstrucción de Georgia, 1868". *The Georgia Historical Quarterly* 59 (otoño de 1975): 296-312.
- Dauphine, James G. "The Knights of the White Camelia and the Election of 1868: Louisiana's White Terrorists; a Benighting Legacy". *Louisiana History* 30 (primavera de 1989): 173-190.
- Davis, John W. *Wyoming Range War: The Infamous Invasion of Johnson County*. Norman: University of Oklahoma Press, 2010.
- "La guerra del condado de Johnson: Invasión del norte de Wyoming en 1892". WyoHistory.org: A Proyecto de la Sociedad Histórica del Estado de Wyoming, <https://www.wyohistory.org/encyclopedia/johnson-county-war-1892-invasion-northern-wyoming>, consultado el 2 de abril de 2019.
- DeCredico, Mary A. *Patriotism for Profit: Georgia's Urban Entrepreneurs and the Confederate War—Effort*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990.
- DeLeon, Cedric. *The Origins of Right to Work: Antilabor Democracy in Nineteenth-Century Chicago*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2015.
- Dennis, Michael. *Lessons in Progress: State Universities and Progressivism in the New South, 1880—1920*. Urbana: University of Illinois Press, 2001.
- Derickson, Alan. *Workers' Health, Workers' Democracy: The Western Miners' Struggle, 1891-1925*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1988.
- DeSantis, John. *La masacre de Thibodaux: Racial Violence and the 1887 Sugar Cane Labor Strike*. Charleston, SC: The History Press, 2016.
- Dietze, Carola. *La invención del terrorismo en Europa, Rusia y Estados Unidos*. New York: Verso, 2021.
- Dillon, Mark C. *Vigilantes de Montana, 1863-1870*. Logan: Utah State University Press, 2013.
- Downs, Gregory P. *After Appomattox: La ocupación militar y los fines de la guerra*. Cambridge, MA: Harvard University Press 2015.
- Dubofsky, Melvyn. "James H. Hawley y los orígenes del caso Haywood". *The Pacific Northwest Quarterly* 58 (enero de 1967): 23-32.
- *We Shall Be All: A History of the IWW, the Industrial Workers of the World*. Nueva York: Quadrangle/The New York Times, 1969.
- Du Bois, W. E. B. *Black Reconstruction in America: An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880*. 1935. Reimpresión, Nueva York: Russell and Russell, 1963.

- Dunaway, Wilma A. *The First American Frontier: Transition to Capitalism in Southern Appalachia, 1700-1860*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996.
- Early, Steve, y Rand Wilson. "Cómo una huelga de trabajadores telefónicos hace treinta años ayudó a la lucha por el pagador único". *Jacobin*, 13 de julio de 2019. <https://jacobinmag.com/2019/07/telephone-workers—strike-single-payer>.
- Eaves, Charles Dudley, y C. A. Hutchinson. *Post City, Texas: C. W. Post's Colonizing Activities in West Texas*. 1952. Reimpresión, Post, TX: Garza County Historical Museum, 1998.
- Eckert, Ralph Lowell. *John Brown Gordon: Solider, Southerner, American*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989.
- Eelman, Bruce W. "Manufacturers and Rural Culture in the Reconstruction-Era Upcountry". En *The Southern Middle Class in the Long Nineteenth Century*, editado por Jonathan Daniel Wells y Jennifer R. Green, pp. 244-262. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2011.
- Egerton, Douglas R. *Las guerras de la Reconstrucción: The Brief, Violent History of America's Most Progressive Era*. Nueva York: Bloomsbury, 2014.
- Ellis, Mark R. *Law and Order in Buffalo Bill's Country: Legal Culture and Community on the Great Plains, 1867-1910*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2007.
- Ely, James W., Jr. "Los derechos de propiedad y el Tribunal Supremo en la Edad Dorada". *Journal of Supreme Court History* 38 (noviembre de 2013): 330-344.
- Emmons, David M. *The Butte Irish: Class and Ethnicity in an American Mining Town, 1875-1925*. Urbana: University of Illinois Press, 1989.
- Enyeart, John P. *The Quest for Just and Pure Law: Rocky Mountain Workers and American Social Democracy, 1870-1924*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2009.
- Ernst, Daniel R. *Abogados contra el trabajo: From Individual Rights to Corporate Liberalism*. Urbana: University of Illinois Press, 1995.
- Escott, Paul D. "White Republicanism and the Ku Klux Klan Terror: El Piamonte de Carolina del Norte durante la Reconstrucción". En *Race, Class, and Politics in Southern History: Essays in Honor of Robert F. Durden*, editado por Jeffrey J. Crow, Paul D. Escott, y Charles L. Flynn Jr., 3-34. Baton Rouge: K. Klan. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989.
- Evans, Clement Anselm. *Confederate Military History: Biblioteca de Historia de los Estados Confederados*. Vol. 7. Atlanta: Confederate Publishing Company, 1899.
- Fahey, John. "La conexión Milwaukee-Youngstown: Los inversores del Medio Oeste y las minas de Coeur d'Alene". *The Pacific Northwest Quarterly* 81 (abril de 1990): 42-49.
- Farnsworth, Robert S. *The Grand Western Railroad Game: The History of the Chicago, Rock Island, & Pacific Railroads: Volume 1: The Empire Years: 1850 hasta la Gran Guerra*. Pittsburgh: Dorrance, 2017.
- Farrar, Ronald T. *Un credo para mi profesión: Walter Williams, Journalist to the World*. Columbia: University of Missouri Press, 1998.
- Feurer, Rosemary. *Radical Unionism in the Midwest, 1900-1950*. Urbana: University of Illinois Press, 2006.
- Fine, Sidney. *Sin estruendo de trompetas: Walter Drew, the National Erectors' Association, and the Open Shop Movement, 1903-57*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.
- Fink, Leon. *Workingmen's Democracy: The Knights of Labor and American Politics*. Urbana: University of Illinois Press, 1983.
- *La larga Edad Dorada: American Capitalism and the Lessons of a New World Order*.

- Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2015.
- Fite, Gilbert C. *Cotton Fields No More: Southern Agriculture, 1865-1980*. Lexington: University of Kentucky Press, 1984.
- Fitzgerald, Michael W. *The Union League Movement in the Deep South: Politics and Agricultural Change During Reconstruction*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989.
- Los ex esclavistas y el Ku Klux Klan: Explorando las motivaciones de la violencia terrorista". En *After Slavery: Race, Labor, and Citizenship in the Reconstruction South*, editado por Brian Kelly y Bruce E. Baker, 143-158. Gainesville: Gainesville, Reino Unido. Gainesville: University of Florida Press, 2013.
- *Reconstrucción en Alabama: From Civil War to Redemption in the Cotton South*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2017.
- Fleming, Walter L. *Civil War and Reconstruction in Alabama*. New York: Columbia University Press, 1905.
- Flint, Wayne. "Problemas laborales y radicalismo político, 1908". *The Florida Historical Quarterly* 43 (abril de 1965): 315-332.
- Fogelson, Robert M. *America's Armories: Architecture, Society, and Public Order*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989.
- Follett, Richard. *The Sugar Masters: Planters and Slaves in Louisiana's Cane World, 1820-1860*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2005.
- Folsom, Burton W., Jr. *Urban Capitalists: Entrepreneurs and City Growth in Pennsylvania's Lackawanna and Lehigh Regions, 1800-1920*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981.
- Foner, Eric *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*. Nueva York: Harper and Row, 1988.
- "Una masacre y una tragedia". *Washington Post*, 23 de marzo de 2008. <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/03/20/AR2008032003067.html>.
- *La segunda fundación: Cómo la Guerra Civil y la Reconstrucción rehicieron la Constitución*. Nueva York: W. W. Norton, 2019.
- Forbath, William E. *Law and the Shaping of the American Labor Movement*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1991.
- Formwait, Lee W. "La masacre de Camilla de 1868: Racial Violence as Political Propaganda". *The Georgia Historical Quarterly* 71 (otoño de 1987): 339-426.
- Foster, Gaines M. *Los fantasmas de la Confederación: Defeat, the Lost Cause, and the Emergence of the New South*. Nueva York: Oxford University Press, 1987.
- Freeman, Joshua B. *Behemoth: A History of the Factory and the Making of the Modern World*. Nueva York: W. W. Norton, 2018.
- Friedman, Gerald. *State-Making and Labor Movements: France and the United States, 1876-1914*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1998.
- Frink, Maurice. *Cow Country Cavalcade: Ochenta años de la Asociación de Ganaderos de Wyoming*. Denver: Old West Publishing, 1954.
- Gaboury, William J. "From Statehouse to Bull Pen: Idaho Populism and the Coeur d'Alene Troubles of the 1890s". *The Pacific Northwest Quarterly* 58 (enero de 1967): 14-22.
- Gage, Beverly. *The Day Wall Street Exploded: A Story of America in its First Age of Terror*. Nueva York: Oxford University Press, 2009.
- El terrorismo y la experiencia estadounidense: A State of the Field". *Journal of American*

- History* 98 (junio de 2011): 73-94.
- Gauntt, Josh. "Video muestra camiones golpeando a trabajadores en piquete fuera de Warrior Met Coal". *WBRC*, 8 de junio de 2021. <https://www.wbrc.com/2021/06/08/video-shows-trucks-hitting-workers-picketing—outside-warrior-met-coal/>.
- Glenn, Myra C. *Campaigns Against Corporal Punishment: Prisoners, Sailors, Women, and Children in Antebellum America*. Albany: State University of New York Press, 1984.
- Glover, Jacob Alan. "One Dead Freedman: Everyday Racial Violence, Black Freedom, and American Citizenship, 1863-1871". Tesis doctoral, Universidad de Kentucky, 2017.
- Goings, Aaron. *The Port of Missing Men: Billy Gohl, Labor, and Brutal Times in the Pacific Northwest*. Seattle: University of Washington Press, 2020.
- Goldstein, Robert Justin. *Political Repression in Modern America: From 1870 to the Present*. Cambridge, MA: Schenkman, 1978.
- "Simposio *de Historia Laboral*: Political Repression of the American Labor Movement During Its Formative Years-A Comparative Perspective". *Labor History* 51 (mayo de 2010): 271-293.
- Gómez, Andrés. "Jim Crow and the Caribbean South: Cubans and Race in South Florida, 1885—1930s". *Journal of American Ethnic History* 36 (verano de 2017): 25-48.
- Gorman, Kathleen. "'This Man Felker is a Man of Pretty Good Standing': A Reconstruction Klansman in Walton County". *The Georgia Historical Quarterly* 81 (invierno de 1997): 897-914.
- Gould, Lewis L. "A. S. Mercer and the Johnson County War: A Reappraisal". *Arizona and the West* 7 (primavera de 1965): 5-20.
- *Wyoming: From Territory to Statehood*. Worland, WY: High Plains Publishing, 1989.
- Gourevitch, Alex. *From Slavery to the Cooperative Commonwealth: Labor and Republican Liberty in the Nineteenth Century*. Nueva York: Cambridge University Press, 2015.
- Gowaskie, Joe. "John Mitchell and the Anthracite Mine Workers: Leadership Conservatism and Rank-and-File Militancy". *Labor History* 27 (invierno 1985-86): 54-83.
- Grandin, Greg. *The End of the Myth: From the Frontier to the Border Wall in the Mind of America*. Nueva York: Metropolitan Books, 2019.
- Graybill, Andrew R. *Policing the Great Plains: Rangers, Mounties, and the North American Frontier, 1875-1910*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2007.
- Green, James. *Grass-Roots Socialism: Radical Movements in the Southwest, 1895-1943*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1978.
- *Muerte en Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement and the Bombing That Divided Gilded Age America*. 2006. Reimpresión, Nueva York: Anchor, 2007.
- Greene, Victor R. *The Slavic Community on Strike: Immigrant Labor in Pennsylvania Anthracite*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 1968.
- Grismer, Karl H. *Tampa: A History of the City of Tampa and the Tampa Bay Region of Florida*. Petersburg, FL: St. Petersburg Printing, 1950.
- Groeger, Cristina Viviana. *The Education Trap: Schools and the Remaking of Inequality in Boston*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2021.
- Grover, David H. *Debaters and Dynamiters: La historia del juicio de Haywood*. Corvallis: Oregon State University Press, 1964.
- Gutfeld, Arnon. "El asesinato de Frank Little: Radical Labor Agitation in Butte, Montana, 1917". *Labor History* 10 (primavera de 1969): 177-192.

- Gutman, Herbert G. "The Negro and the United Mine Workers of America". En *The Negro and the American Labor Movement*, editado por Julius Jacobson, 49-127. Garden City, NY: Anchor, 1968.
- Hahn, Steven. *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003.
- *Una nación sin fronteras: The United States and its World in an Age of Civil Wars, 1830—1910*. Nueva York: Viking, 2016.
- "Emancipación, encarcelamiento y los límites de la coerción". *Journal of Southern History* 88 (febrero de 2022): 5-38.
- Halbrook, Stephen P. "The Right of Workers to Assemble and Bear Arms: Presser v. Illinois, One of the Last Holdouts Against Application of the Bill of Rights to the States". *University of Detroit Mercy Law Review* 76 (verano de 1999): 943-989.
- Hall, Jacquelyn Dowd. *Revolt Against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Women's Campaign Against Lynching*. Nueva York: Columbia University Press, 1979.
- Hamilton, J. G. de Roulhac. "Las experiencias carcelarias de Randolph Shotwell: III. Albany". *The North Carolina Historical Review* 2 (abril de 1925): 459-474.
- Hanlon, Gerard. *The Dark Side of Management: A Secret History' of Management Theory*. Londres: Routledge, 2015.
- Harcourt, John Edward. "¿Quiénes eran los rostros pálidos? Nuevas perspectivas sobre el Ku Klux de Tennessee". *Civil War History* 51 (marzo de 2005): 23-66.
- Harper, Kimberly. *White Man's Heaven: The Lynching and Expulsion of Blacks in the Southern Ozarks, 1894-1909*. Fayetteville: University of Arkansas Press, 2010.
- Harring, Sidney L. *Policing a Class Society: The Experience of American Cities, 1865-1915*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1983.
- Harris, Howell John. *Bloodless Victories: The Rise and Fall of the Open Shop in the Philadelphia Metal Trades, 1890-1940*. Nueva York: Cambridge University Press, 2000.
- Hatch, Thom. *Osceola and the Great Seminole War: A Struggle for Justice and Freedom*. New York: St. Martin's, 2004.
- Haydu, Jeffrey. *Citizen Employers: Business Communities and Labor in Cincinnati and San Francisco, 1870-1916*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2008.
- Hein, Rebecca. "Asa Mercer y los bandidos de las llanuras". *WyoHistory.org: Un proyecto de la Sociedad Histórica del Estado de Wyoming*, <https://www.wyohistory.org/encyclopedia/asa-mercer-and-banditti-plains>.
- Hendrickson, Mark. "El sésamo que abre la puerta del comercio: John Hayes Hammond y la inversión extranjera directa en minería, 1880-1920". *Journal of Gilded Age and Progressive Era* 16 (julio de 2017): 325-346.
- Henry, Robert William. "Ed Boyce: La curiosa evolución de un radical americano". Tesis de licenciatura, Universidad de Montana, 1993.
- Henwood, Doug. "Take Me to Your Leader: La podredumbre de la clase dirigente estadounidense". *Jacobin* 41 (primavera de 2021): 49-72.
- Herman, Daniel Justin. *Hell on the Range: A Story of Honor, Conscience, and the American West*. New Haven, CT: Yale University Press, 2010.
- Hernández, Sonia, y John Morán González, eds. *Reverberaciones de la violencia racial: Reflexiones críticas sobre la historia de la frontera*. Austin: University of Texas Press, 2021.
- Hernando, Matthew J. *Faces Like Devils: The Bald Knobber Vigilantes in the Ozarks*. Columbia:

- University of Missouri Press, 2015.
- Hessen, Robert. "La huelga de Bethlehem Steel de 1910". *Labor History* 15 (invierno de 1974): 3-18.
- Hewitt, Nancy A. *Southern Discomfort: Women's Activism in Tampa, Florida, 1880s-1920s*. Urbana: University of Illinois Press, 2001.
- Higham, John. "La mente de un nativista: Henry F. Bowers y la A.P.A.". *American Quarterly* 4 (primavera de 1952): 16-24.
- Hild, Matthew. *Greenbackers, Knights of Labor, and Populists: Farmer-Labor Insurgency in the Late-Nineteenth-Century South*. Athens: University of Georgia Press, 2007.
- *Arkansas's Gilded Age: The Rise, Decline, and Legacy of Populism and Working-Class Protest*. Columbia: University of Missouri Press, 2018.
- Hiltzik, Michael *Iron Empires: Robber Barons, Railroads, and the Making of Modern America*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2020.
- Hixson, Walter. *American Settler Colonialism: A History*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013.
- Hoffman, Paul E. *Las fronteras de Florida*. Bloomington: Indiana University Press, 2002.
- Holdren, Nate. *Injury Impoverished: Workplace Accidents, Capitalism, and Law in the Progressive Era*. New York: Cambridge University Press, 2020.
- Horn, Stanley F. *Imperio invisible: La historia del Ku Klux Klan, 1866-1871*. Cos Cob, CT: John E. Edwards, 1969.
- Horwitz, Morton J. *The Transformation of American Law, 1870-1960: The Crisis of Legal Orthodoxy*. New York: Oxford University Press, 1992.
- Hubbs, G. Ward. *Searching for Freedom after the Civil War: Klansman, Carpetbagger, Scalawag and Freedman*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2015.
- Huffard, R. Scott, Jr. *Engines of Redemption: Railroads and the Reconstruction of Capitalism in the New South*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019.
- Huggins, Stephen. *Americas Use of Terror: From Colonial Times to the A-Bomb*. Lawrence: University of Kansas Press, 2019.
- Hulden, Vilja. "Influencia de las organizaciones patronales en la prensa de la era progresista". *Journalism History* 38 (marzo de 2012): 43-54.
- Humphreys, Sara. " 'Truer 'n Hell': Lies, Capitalism, and Cultural Imperialism in Owen Wister's *The Virginian*, B. M. Bower's *The Happy Family*, and Mourning Dove's *Cogewea*". *Western American Literature* 45 (primavera de 2010): 30-52.
- Hunter, Tera W. *7b Joy My Freedom: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.
- Hurst, Jack. *Nathan Bedford Forrest, A Biography*. New York: Vintage, 1993.
- Hutton, T. R. C. *Bloody Breathitt: Politics and Violence in the Appalachian South*. Lexington: University of Kentucky Press, 2013.
- Igler, David. "The Industrial Far West: Region and Nation in the Late Nineteenth Century". *Pacific Historical Review* 69 (mayo de 2000): 159-192.
- Ignatiev, Noel. *How the Irish Became White*. Nueva York: Routledge, 1995.
- Ingalls, Robert P. *Urban Vigilantes in the New South: Tampa, 1882-1936*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1988.
- Iorio, Pam. "Primarias sin color: Tampa's White Municipal Party". *The Florida Historical Quarterly* 79 (Invierno 2001): 297-318.
- Irwin, Douglas A. "Explaining America's Surge in Manufacturing Exports, 1880-1913". *The Review of Economics and Statistics* 85 (mayo de 2003): 364-376.

- Isaac, Larry. "Making the American Labor Problem Novel". *American Sociological Review* 74 (diciembre de 2009): 938-965.
- Jacoby, Sanford. *Employing Bureaucracy: Managers, Unions, and the Transformation of Work in American Industry, 1900-1946*. Nueva York: Columbia University Press, 1985.
- Jameson, Elizabeth. *All that Glitters: Class, Conflict and Community in Cripple Creek*. Urbana: University of Illinois Press, 1998.
- Janiewski, Dolores E. *Sisterhood Denied: Race, Gender, and Class in a New South Community*. Philadelphia: Temple University Press, 1985.
- Jeffreys-Jones, Rhodri. *Violence and Reform in American History*. New York: New Viewpoints, 1978.
- Jenkins, Destin, y Justin Leroy. "Introducción: La vieja historia del capitalismo". En *Histories of Racial Capitalism*, editado por Destin Jenkins y Justin Leroy, 1-26. New York: Columbia University Press, 2021.
- Jensen, Joan M. *Army Surveillance in America, 1775-1980*. New Haven, CT: Yale University Press, 1991.
- Jensen, Vernon H. *Heritage of Conflict: Labor Relations in the Nonferrous Metals Industry Up to 1930*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1950.
- Johnson, Marilyn S. *Justicia callejera: A History of Police Violence in New York City*. Boston: Beacon Press, 2003.
- Johnson, Walter. *The Broken Heart of America: St. Louis and the Violent History of the United States*. Nueva York: Basic Books, 2020.
- Jones, Gary. "Cosacos americanos: The Pennsylvania Department of State Police and Labor, 1890— 1917". Tesis doctoral, Universidad de Lehigh, 1997.
- Jones, Jacqueline. *Goddess of Anarchy: The Life and Times of Lucy Parsons, American Radical*. Nueva York: Basic Books, 2017.
- Jones, Maxine D., y Kevin M. McCarthy. *African Americans in Florida*. Sarasota, FL: Pineapple Press, 1993.
- Kaczorowski, Robert. *La política de la interpretación judicial: The Federal Courts, Department of Justice, and Civil Rights, 1866-1876*. 1985. Reimpresión, Nueva York: Fordham University Press, 2005.
- Kahan, Paul. *The Homestead Strike: Labor, Violence, and American Industry*. Nueva York: Routledge, 2014.
- Kantrowitz, Steven David. *Ben Tillman and the Reconstruction of White Supremacy (Ben Tillman y la reconstrucción de la supremacía blanca)*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.
- Kaufman, Bruce E. *La gestión del factor humano: The Early Years of Human Resource Management in American Industry*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2008.
- Kaunonen, Gary, y Aaron Goings. *Community in Conflict: A Working-Class History of the 1913— 14 Michigan Copper Strike and the Italian Hall Tragedy*. Lansing: Michigan State University Press, 2013.
- Kelly, Brian. "Más allá de la libertad: Disrupting the History of Emancipation, editado por David W. Blight y Jim Downs (reseña)". *The Journal of the Civil War Era* 9 (marzo de 2019): 168-171.
- Kendall, Diana. *Members Only: Elite Clubs and the Process of Exclusion*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 2008.
- Kennedy, Stetson. *After Appomattox: How the South Won the War*. Gainesville: University of

- Florida Press, 1995.
- Kenny, Kevin. *Making Sense of the Molly Maguires*. Nueva York: Oxford University Press, 1998.
- Khan, Shamus. "El crepúsculo de los chicos del internado". *Jacobin* 41 (primavera de 2021): 106-110.
- Klein, Maury. *La vida y la leyenda de Jay Gould*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- *Union Pacific: Volumen II, 1894-1969*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006.
- Klos, George. "Los negros y el debate sobre la expulsión de los seminolas, 1821-1835". *Florida Historical Quarterly* 68 (julio de 1989): 55-78.
- Klug, Thomas A. "Employers' Path to the Open Shop in Detroit, 1903-1907". En *Against Labor: How U.S. Employers Organized to Defeat Union Activism*, editado por Rosemary Feurer y Chad Pearson, 78-103. Urbana: Universidad de Nueva York. Urbana: University of Illinois Press, 2017.
- Kolin, Andrew. *Economía política de la represión laboral en Estados Unidos*. Lanham, MD: Lexington Books, 2017.
- Kousser, J. Morgan. *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910*. New Haven, CT: Yale University Press, 1974.
- Kramer, Reinhold, y Tom Mitchell. *When the State Trembled: How A. J. Andrews and the Citizens' Committee Broke the Winnipeg General Strike*. Toronto: University of Toronto Press, 2010.
- Kruger, Mark. *The St. Louis Commune of 1877: Communism in the Heartland*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2021.
- Kumamoto, Robert. *Los orígenes históricos del terrorismo en América, 1644-1880*. Nueva York: Routledge, 2014.
- Kundnani, Arun. *The Muslims Are Coming! Islamophobia, Extremism, and the Domestic War on Terror*. Londres: Verso, 2014.
- Laird, Pamela Walker. *El progreso de la publicidad: American Business and the Rise of Consumer Marketing*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998.
- Lane, Charles. *The Day Freedom Died: The Colfax Massacre, the Supreme Court, and the Betrayal of Reconstruction*. Nueva York: Henry Holt, 2008.
- Laslett, John H. M. *Labor and the Left: A Study of Socialist and Radical Influences in the American Labor Movement, 1881-1924*. Nueva York: Basic Books, 1970.
- Laurie, Bruce. *Artisans into Workers: Labor in Nineteenth-Century America*. 1989. Reimpresión, Urbana: University of Illinois Press, 1997.
- Laurie, Clayton D., y Ronald H. Cole. *The Role of Federal Military Forces in Domestic Disorders, 1877-1945*. Washington, DC: Centro de Historia Militar del Ejército de los Estados Unidos, 1997.
- Lause, Mark A. *Free Labor: The Civil War and the Making of an American Working Class*. Urbana: University of Illinois Press, 2015.
- *The Collapse of Price's Raid: The Beginning of the End in Civil War Missouri*. Columbia: University of Missouri Press, 2016.
- *La gran huelga vaquera: Balas, papeletas y conflictos de clase en el Oeste americano*. Londres: Verso, 2017.
- Lee, R. Alton. *Farmers vs. Wage Earners: Organized Labor in Kansas, 1860-1960*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2005.
- Lendt, David L. "Iowa's Civil War Marshal: A Lesson in Expedience". *Los Anales de Iowa* 43

- (otoño de 1975): 132-139.
- Letwin, Daniel L. *The Challenge of Interracial Unionism: Alabama Coal Miners, 1878-1921*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998.
- Lew-Williams, Beth. *The Chinese Must Go: Violence, Exclusion, and the Making of the Alien in America*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018.
- Licht, Walter. *Industrializing America: The Nineteenth Century*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1990.
- Lichtenstein, Alex. *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South*. London: Verso, 1996.
- Liebengood, Dorothy. "Problemas laborales en el segundo año de la administración del gobernador Martin". *Kansas Historical Quarterly* 5 (mayo de 1936): 191-207.
- Linebaugh, Peter. *The London Hanged: Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*. 1991. Reimpresión, Londres: Verso, 2003.
- *La incompleta, verdadera, auténtica y maravillosa historia del Primero de Mayo*. Oakland, CA: PM Press, 2016.
- Link, William A. *Atlanta, Cradle of the New South: Race and Remembering in the Civil War's Aftermath*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.
- Lipartito, Kenneth. "Reensamblando lo económico: New Departures in Historical Materialism". *American Historical Review* 121 (febrero de 2016): 101-139.
- Lipartito, Kenneth, y Lisa Jacobson. "Introducción: Mapping the Shadowlands of Capitalism". En *Capitalism's Hidden Worlds*, editado por Kenneth Lipartito y Lisa Jacobson. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2020, 1-22.
- Lipoid, Paul F., y Larry W. Isaac. "Striking Deaths: Lethal Contestation and the 'Exceptional' Character of the American Labor Movement, 1870-1970". *Revista Internacional de Historia Social* 54 (agosto de 2009): 167-205.
- Litwack, Leon F. *Been in the Storm So Long: The Aftermath of Slavery*. Nueva York: Knopf, 1979. Loewen, James W. *Sundown Towns: A Hidden Dimension of American Racism*. Nueva York: Touchstone, 2005.
- Long, Durward. "'La Resistencia': El sindicato de inmigrantes de Tampa". 193-213.
— *Historia del Trabajo* 6 (Otoño 1965): 12 (Otoño 1971): 551-559.
- Lukas, J. Anthony. *Big Trouble: A Murder in a Small Western Town Sets Off A Struggle for the Soul of America*. Nueva York: Touchstone, 1998.
- Mackey, Philip English. "Ley y Orden, 1877: Philadelphia's Response to the Railroad Riots". *The Pennsylvania Magazine of History and Biography* 96 (abril de 1972): 183-202.
- MacLane, John F. *A Sagebrush Lawyer*. New York: Pandick Press, 1953.
- MacLean, Nancy. "The Leo Frank Case Reconsidered: Gender and Sexual Politics in the Making of Reactionary Populism". *The Journal of American History* 78 (diciembre de 1991): 917-948.
- Mahon, John K. *History of the Second Seminole War, 1835-1842*. Rev. ed. Gainesville: University of Florida Press, 1985.
- Marler, Scott P. *The Merchants' Capital: New Orleans and the Political Economy of the Nineteenth— Century South*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.
- Martin, Maryjoy. *The Corpse on Boomerang Road: Telluride's War on Labor, 1899-1908*. Montrose, CO: Western Reflections, 2004.
- Martinez, J. Michael. *Carpenters, Cavalry, and the Ku Klux Klan: Exposing the Invisible Empire During Reconstruction*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 2007.

- *Ataques terroristas en suelo estadounidense: From the Civil War Era to the Present*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 2012.
- Martínez, Mónica Muñoz. *La Injusticia Nunca Te Abandona: Violencia antimexicana en Texas*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018.
- Mason, Julian. "Owen Wister: Campeón del viejo Charleston". *The Quarterly Journal of the Library of Congress* 29 (julio de 1972): 162-185.
- McGrath, Roger D. *Gunfighters, Highwaymen and Vigilantes: Violence on the Frontier*. Berkeley: University of California Press, 1984.
- McIlwain, Christopher Lyle, Sr. "El juez de distrito de los Estados Unidos Richard Busted y los senderos del Klan de Alabama de 1872". *Alabama Review* 65 (octubre de 2012): 263-289.
- McLaurin, Melton Alonza. *The Knights of Labor in the South (Los Caballeros del Trabajo en el Sur)*. Westport, CT: Greenwood, 1978. McNally, David. *Monsters of the Market: Zombies, Vampires and Global Capitalism*. Chicago: Haymarket, 2011.
- *Sangre y dinero: Guerra, esclavitud, finanzas e imperio*. Chicago: Haymarket, 2020.
- McPherson, James M. *Abraham Lincoln and the Second American Revolution*. Nueva York: Oxford University Press, 1992.
- Merritt, Keri Leigh. *Masterless Men: Poor Whites and Slavery in the Antebellum South*. Cambridge: Cambridge University Press, 2017.
- Mexal, Stephen J. " 'My Dear Judge': El virginiano de Owen Wister, Oliver Wendell Holmes hijo y el conservadurismo de la ley natural". *Western American Literature* 51 (otoño de 2016): 279-311.
- Miller, Nathan. *Theodore Roosevelt: A Life*. New York: Quill, 1992.
- Miller, Wilbur R. *A History of Private Policing in the United States (Historia de la policía privada en Estados Unidos)*. Londres: Bloomsbury Academic, 2019.
- "El 'derecho a portar armas' y la autodefensa en Estados Unidos". En *Private Security and the Modern State: Historical and Comparative Perspectives*, editado por David Churchill, Dolores Janiewski y Pieter Leloup, 42-58. Londres: Routledge, 2020.
- Miller-Idriss, Cynthia. *Hate in the Homeland: The New Global Far Right*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2020.
- Millikan, William. *A Union Against Unions: The Minneapolis Citizens' Alliance and Its Fight Against Organized Labor, 1903-1947*. Paul: Minnesota Historical Society Press, 2001.
- Milloy, Jeremy. "Hablar del trabajo automotriz —o de cualquier trabajo bajo el capitalismo— significa hablar de violencia constante y brutal". *Jacobin*, 23 de octubre de 2020. En línea: <https://jacobinmag.com/2020/10/auto-industry-work-violence-detroit-drum>.
- Milner II, Clyde A., y Carol A. O'Connor. *As Big As the West: The Pioneer Life of Granville Stuart*. Nueva York: Oxford University Press, 2009.
- Sociedad Histórica de Missouri. "Book Notices". *Missouri Historical Review* 8 (abril de 1914): 164, 169. Mitrani, Sam. *The Rise of the Chicago Police Department: Class and Conflict, 1850-1894*. Urbana: University of Illinois Press, 2013.
- Monaco, C. S. "¿De quién era la guerra? African American Heritage Claims and the Second Seminole War". *American Indian Quarterly* 41 (invierno de 2017): 31-66.
- *La segunda guerra seminola y los límites de la agresión estadounidense*. Baltimore: Universidad Johns Hopkins, 2018.
- Montgomery, David. *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*. Nueva York: Cambridge University Press, 1979.
- "Violencia y lucha sindical en el Sur, 1880-1930". En *Perspectives on the American South: An*

- Annual Review of Society, Politics, and Culture I*, editado por Merle Black y John Shelton Reed, 35-47. Nueva York. Nueva York: Gordon and Breach, 1981.
- — . *La caída de la Casa del Trabajo: El lugar de trabajo, el Estado y el activismo obrero estadounidense, 1865-1925*. New York: Cambridge University Press, 1987.
- — . *Citizen Worker: La experiencia de los trabajadores de Estados Unidos con la democracia y el libre mercado durante el siglo XIX*. Nueva York: Cambridge University Press, 1993.
- Moody, Kim *Tramps and Trade Union Travelers: Internal Migration and Organized Labor in Gilded Age America*. Chicago: Haymarket, 2019.
- Moore, Jacqueline M. *Cowboys and Cattlemen: Class and Masculinities on the Texas Frontier, 1865— 1900*. New York: New York University Press, 2010.
- Mormino, Gary R., y George E. Pozzetta. *The Immigrant World ofYbor City: Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*. Urbana: University of Illinois Press, 1987.
- Morris, Edmund. *The Rise of Theodore Roosevelt*. Nueva York: Coward, McCann y Geoghegan, 1979.
- Morton, John Watson. *The Artillery of Nathan Bedford Forrest's Cavalry: "The Wizard of the Saddle"*. Nashville: M. E. Church, South & Lamar, 1909.
- Mosher, Anne E. *La utopía del capital: Vandergrift, Pennsylvania, 1855-1916*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2004.
- Nash, Steven E. *Reconstruction s Ragged Edge: The Politics of Postwar Life in the Southern Mountains*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016.
- Nelson, Scott Reynolds. *Iron Confederates: Southern Railways, Klan Violence, and Reconstruction*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.
- Noble, David F. *America By Design: Science, Technology, and the Rise of Corporate Capitalism*. Nueva York: Knopf, 1977.
- Norwood, Stephen H. *Strikebreaking and Intimidation: Mercenaries and Masculinity in Twentieth Century America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.
- Novak, Daniel A. *La rueda de la servidumbre: Black Forced Labor after Slavery*. 1978. Reimpresión, Lexington: University of Kentucky Press, 2015.
- Oakes, James. "Obra revisada: *La esclavitud en Florida: Territorial Days to Emancipation* de Larry Eugene Rivers". *Florida Historical Quarterly* 80 (otoño de 2001): 235-240.
- O'Donovan, Susan Eva. *Becoming Free in the Cotton South*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007.
- Oestreicher, Richard Jules. *Solidarity and Fragmentation: Working People and Class Consciousness in Detroit, 1875-1900*. Urbana: University of Illinois Press, 1986.
- Offenburger, Andrew. *Frontiers in the Gilded Age: Adventure, Capitalism, and Dispossession from Southern Africa to the US.-Mexican Borderlands, 1880-1917*. New Haven, CT: Yale University Press, 2019.
- O'Hara, S. Paul. *Inventing the Pinkertons or Spies, Sleuths, Mercenaries, and Thugs: Being a Stoij of the Nation's Most Famous (and Infamous) Detective Agency*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2016.
- Orrick, Bentley, y Harry L. Crumpacker. *The Tampa Tribune: A Century of Florida Journalism*. Tampa: University of Tampa Press, 1998.
- Ovetz, Robert. *When Workers Shot Back: El conflicto de clases de 1877 a 1921*. Leiden: Brill, 2018. Pahwa, Nitish. "Por qué los republicanos aprueban leyes que protegen a los conductores que atropellan a manifestantes". *Slate* [25 de abril de 2021](#).

- <https://slate.com/business/2021/04/drivers-hit-protesters-laws-florida-oklahoma—republicans.html>.
- Pintor, Nell Irvin. *Exodusters: Black Migration to Kansas after Reconstruction*. New York: Knopf, 1977.
- Palmer, Bryan D. "The New New Poor Law: Un capítulo de la actual guerra de clases librada desde arriba". *Labour/Le Travail* 84 (otoño de 2019): 53-105.
- Panitch, Leo, y Sam Gindin. *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*. London: Verso, 2012.
- Parisot, James. *How America Became Capitalist: Imperial Expansion and the Conquest of the West*. Londres: Pluto, 2019.
- Parker, Cortlandt. "El Sr. Juez Bradley del Tribunal Supremo de los Estados Unidos". *Actas de la Sociedad Histórica de Nueva Jersey* 12 (enero de 1893): 143-177.
- Parsons, Elaine Frantz. *Ku-Klux: El nacimiento del Ku Klux Klan durante la Reconstrucción*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015.
- Paul, Rodman Wilson. *Mining Frontiers of the Far West, 1848-1880*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1963.
- Payne, Darwin. *Owen Wister: Cronista del Oeste, Caballero del Este*. Dallas: Southern Methodist University Press, 1985.
- Pearson, Chad. *Reforma o represión: Organizing America's Anti-Union Movement*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016.
- Perelman, Michael. *La invención del capitalismo: La economía política clásica y la historia secreta de la acumulación primitiva*. Durham, NC: Duke University Press, 2000.
- Perman, Michael. *The Road to Redemption: Southern Politics, 1869-1879*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984.
- Peters, Cameron. "Los republicanos a nivel estatal facilitan el atropello de manifestantes". *Vox*, 25 de abril de 2021. <https://www.vox.com/2021/4/25/22367019/gop-laws-oklahoma-iowa-florida-floyd-blm—protests-police>.
- Pettegrew, John. *Brutes in Suites: Male Sensibility in America, 1890-1920*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2007.
- Pfaelzer, Jean. *Driven Out: The Forgotten War Against Chinese Americans*. Nueva York: Random House, 2007.
- Pfeiffer, Michael J. *Rough Justice: Lynching and American Society, 1874-1947*. Urbana: University of Illinois Press, 2004.
- Phelan, Craig. *Lealtades divididas: The Public and Private Life of Labor Leader John Mitchell*. Albany: State University of New York Press, 1994.
- *Grand Master Workman: Terence Powderly and the Knights of Labor*. Westport, CT: Greenwood Press, 2000.
- Phipps, Stanley S. *From Bull Pen to Bargaining Table: The Tumultuous Struggle of the Coeur D'Alenes Miners for the Right to Organize, 1887-1942*. Nueva York: Garland, 1988.
- Pitzer, Andrea. *Una larga noche: Una historia global de los campos de concentración*. Boston: Little, Brown, 2017.
- Pope, James Gray. "Un hito desairado: Por qué United States v. Cruikshank (1876) pertenece al corazón del canon constitucional estadounidense". *Harvard Civil Rights-Civil Liberties Law Review* 49 (junio de 2014): 10-55.
- "¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos? Law and the Racial Divide in the American Working Class, 1676-1964". *Texas Law Review* 94 (junio 2016): 1555-1590.

- Postel, Charles. *Equality: An American Dilemma, 1866-1896*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2019.
- Proctor, Bradley David. "Látigo, pistola y capucha: la violencia del Ku Klux Klan en las Carolinas durante la Reconstrucción". Tesis doctoral, Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, 2013.
- Rabban, David M. *La libertad de expresión en sus años olvidados*. Nueva York: Cambridge University Press, 1997. Rable, George C. *But There Was No Peace: The Role of Violence in the Politics of Reconstruction*. Athens: University of Georgia Press, 1984.
- Rachleff, Peter J. *Black Labor in the South: Richmond, Virginia, 1865-1890*. Philadelphia: Temple University Press, 1984.
- Ralston, Jackson H. "Judicial Control Over Legislatures as to Constitutional Questions". *The American Law Review* 54 (enero-febrero de 1920): 193-230.
- Rector, Charles J. "D. P. Upham, Woodruff County Carpetbagger". *Arkansas Historical Quarterly* 59 (marzo de 2000): 59-75.
- Remini, Robert V. *El legado de Andrew Jackson: Essays on Democracy, Indian Removal, and Slavery*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1988.
- Rhyne, J. Michael. "'Conducta... Inexcusable and Unjustifiable': Bound Children, Battered Freedwomen, and the Limits of Emancipation in Kentucky's Bluegrass Region". *Journal of Social History* 42 (invierno de 2008): 319-340.
- Richardson, Heather Cox. *West From Appomattox: The Reconstruction of America after the Civil War*. New Haven, CT: Yale University Press, 2007.
- *To Make Men Free: Historia del Partido Republicano*. Nueva York: Basic Books, 2014.
- Riegel, R. E. "The Missouri Pacific, 1879-1900". *The Missouri Historical Review* 18 (enero de 1924): 173-196.
- Roark, James L. *Amos sin esclavos: Southern Planters in the Civil War and Reconstruction*. Nueva York: W. W. Norton, 1977.
- Robbins, William G. *Colonia e Imperio: La transformación capitalista del Oeste americano*. Lawrence: Universidad de Kansas, 1994.
- "En pos de la explicación histórica: El capitalismo como herramienta conceptual para conocer el Oeste americano". *Western Historical Quarterly* 30 (otoño de 1999): 277-293.
- Rodrigue, John C. *Reconstruction in the Cane Fields: From Slavery to Free Labor in Louisiana's Sugar Parishes, 1862-1880*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2001.
- Roediger, David. "'Not Only the Ruling Classes to Overcome, But also the so-called Mob': Class, Skill and Community in the St. Louis General Strike of 1877". *Journal of Social History* 19 (invierno de 1985): 213-39.
- *El salario de la blancura: Race and the Making of the American Working Class*. London: Verso: 1991.
- Roediger, David R., y Elizabeth D. Esch. *The Production of Difference: Race and the Management of Labor in U.S. History*. Nueva York: Oxford University Press, 2012.
- Rogers-Cooper, Justin. "¡Caída de la República! La huelga general de 1877 y las ficciones del miedo rojo". *Canadian Review of American Studies* 46 (invierno de 2016): 386-408.
- Roll, Jarod. *Poor Man's Fortune: White Working-Class Conservatism in American Metal Mining, 1850-1950*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020.
- Rondinone, Troy. *The Great Industrial War: Framing Class Conflict in the Media, 1865-1950*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2010.
- Ronning, Gerald. "Jackpine Savages: Discourses of Conquest in the 1916 Mesabi Iron Range

- Strike". *Labor History* 44 (agosto de 2003): 359-382.
- Rosenberg, Daniel. *New Orleans Dockworkers: Race, Labor, and Unionism, 1892-1928*. Albany: State University of New York Press, 1988.
- Rosenow, Michael K. *Death and Dying in the Working Class, 1865-1920*. Urbana: University of Illinois Press, 2015.
- Rosenthal, Caitlin. *Accounting for Slavery: Maestros y Gestión*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018.
- Rubin, Anne Sarah. *A Shattered Nation: The Rise and Fall of the Confederacy, 1861-1868*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
- Rubincam, Milton. "David M. Parry". *Indiana Magazine of History* 34 (junio de 1938): 165-174.
- Sadler, Spencer J. *Pennsylvania's Coal and Iron Police*. Charleston, SC: Arcadia, 2009.
- Safford, Jeffrey J. *La mecánica del optimismo: Mining Companies, Technology, and the Hot Spring Gold Rush, Montana Territory, 1864-1868*. Boulder: University of Colorado Press, 2004.
- Salvatore, Nick. *Eugene V Debs: Citizen and Socialist*. Urbana: University of Illinois Press, 1982.
- Satia, Priya. *Empire of Guns: The Violent Making of the Industrial Revolution*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2018.
- Satz, Ronald N. *American Indian Policy in the Jacksonian Era*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1975.
- Saville, Julie. *The Work of Reconstruction: From Slave to Wage Laborer in South Carolina, 1860— 1870*. Nueva York: Cambridge University Press, 1995.
- Scharnhorst, Gary. *Owen Wister y el Oeste*. Norman: University of Oklahoma Press, 2015.
- Schmidt, James. *Free to Work: Labor Law, Emancipation, and Reconstruction, 1815-1880*. Athens: University of Georgia Press, 1998.
- Schwantes, Carlos A. *Radical Heritage: Labor, Socialism, and Reform in Washington and British Columbia, 1885-1917*. Seattle: University of Washington Press, 1979.
- Scott, Rebecca. *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba After Slavery*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009.
- Scranton, Philip. *Endless Novelty: Specialty Production and American Industrialization, 1865-1925*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1997.
- [Comité de Historia del Centenario. *Los primeros cien años: A History of the City of Sedalia, Missouri, 1860-1960*. Sedalia, MO: Hurlbut, s.f.
- Véase, Scott W. "Nineteenth-Century Collective Violence: Hacia un contexto norteamericano". *Labour/Le Travail* 39 (primavera de 1997): 13-38.
- Serwer, Adam. "Los alborotadores de la capital no eran de 'clase baja". *The Atlantic*, 12 de enero de 2021. <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2021/01/thoroughly-respectable-rioters/617644/>.
- Severance, Ben H. *Tennessee's Radical Army: The State Guard and its Role in Reconstruction, 1867— 1869*. Knoxville: University of Tennessee Press, 2005.
- Shackel, Paul A. *Remembering Lattimer: Labor, Migration, and Race in Pennsylvania Anthracite Country*. Urbana: University of Illinois Press, 2018.
- Shapiro, Herbert. "El Ku Klux Klan durante la Reconstrucción: The South Carolina Episode". *The Journal of Negro History* 49 (enero de 1964): 34-55.
- *Violencia blanca y respuesta negra: De la Reconstrucción a Montgomery*. Amherst: University of Massachusetts Press, 1988.

- Shapiro, Joe. *The Illiberal Imagination: Class and the Rise of the U.S. Novel*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2017.
- Shapiro, Karin A. *A New South Rebellion: The Battle Against Convict Labor in the Tennessee Coalfields, 1871-1896*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998.
- Sheldon, A. E. "Un episodio de Nebraska de la guerra del ganado de Wyoming". *Publicaciones de la Sociedad Histórica del Estado de Nebraska* 10 (1902): 138-149.
- Shlomowitz, Ralph. "Planter Combination and Black Labour in the American South, 1865-1880". *Esclavitud y abolición: A Journal of Comparative Studies* 9 (mayo de 1988): 72-84.
- Shofner, Jerrell H. "Militant Negro Laborers in Reconstruction Florida". *Journal of Southern History* 39 (agosto de 1973): 397-408.
- Shore, Laurence. *Capitalistas del Sur: The Ideological Leadership of an Elite, 1832-1885*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986.
- Simkins, Francis B. "El Ku Klux Klan en Carolina del Sur, 1868-1871". *Journal of Negro History* 12 (octubre de 1927): 606-647.
- Sklansky, Jeffrey *Sovereign of the Market: The Money Question in Early America*. Chicago: University of Chicago Press, 2017.
- Slotkin, Richard. *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*. Middletown, CT: Wesleyan University Press, 1985.
- *Gunfighter Nation: El mito de la frontera en la América del siglo XX*. New York: Atheneum, 1992.
- Smith, Frederick W. *The Amazing Storm: Business Answers to the Labor Question, 1900-1920*. New York: Garland, 1986.
- Smith, Robert Michael. *From Blackjacks to Briefcases: A History of Commercialized Strikebreaking and Unionbusting in the United States*. Athens: Ohio University Press, 2003.
- Smith, Robert Wayne. *The Coeur d'Alene Mining War of 1892 (La guerra minera de Coeur d'Alene de 1892)*. Corvallis: Oregon State University Press, 1961.
- Snay, Mitchell. *Fenians, Freedmen, and Southern Whites: Race and Nationality in the Era of Reconstruction*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2007.
- Soifer, Aviam. *Law and the Company We Keep*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995.
- Stagg, J. C. A. "The Problem of Klan Violence: The South Carolina Up-Country, 1868-1871". *Journal of American Studies* 8 (diciembre de 1974): 303-318.
- Stanger, Howard. "A Moderate Employers' Association in a 'House Divided': The Case of the Employing Printers of Columbus, Ohio, 1887-1987". En *Against Labor: How U.S. Employers Organized to Defeat Union Activism*, editado por Rosemary Feurer y Chad Pearson, 184-211. Urbana: The New York Times. Urbana: University of Illinois Press, 2017.
- Stanley, Amy Dru. *From Bondage to Contract: Wage Labor, Marriage, and the Market in the Age of Slave Emancipation*. Nueva York: Cambridge University Press, 1998.
- Stanley, Matthew E. *The Loyal West: Civil War & Reunion in Middle America*. Urbana: University of Illinois Press, 2017.
- Stapilus, Randy. *Speaking III of the Dead: Jerks in Idaho History*. Guilford, CT: Roman and Littlefield, 2016.
- Stockton, Frank T. *The Closed Shop in American Trade Unions*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1911.
- Stoll, William T. *Silver Strike: The True Story of Silver Mining in the Coeur d'Alenes*. Boston:

- Little, Brown, 1932.
- Strang, Cameron B. "Violencia, etnicidad y restos humanos durante la Segunda Guerra Seminola". *Journal of American History* 100 (marzo de 2014): 973-994.
- Strether, Lambert. "La composición de clase de los amotinados del capital (Primer corte)". *Naked Capitalism*, 18 de enero de 2021. <https://www.nakedcapitalism.com/2021/01/the-class-composition-of-the-capitol—rioters-first-cut.html>.
- Stromquist, Shelton. *A Generation of Boomers: The Pattern of Railroad Labor Conflict in Nineteenth-Century America*. Urbana: University of Illinois Press, 1987.
- Suggs, George G., Jr. *La guerra de Colorado contra el sindicalismo militante: James H. Peabody and the Western Federation of Miners*. 1972. Norman: University of Oklahoma Press, 1991.
- Summers, Mark Wahlgren. *A Dangerous Stir: Fear, Paranoia, and the Making of Reconstruction*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2009.
- Swanson, Doug J. *Cult of Glory: La audaz y brutal historia de los Rangers de Texas*. New York: Viking, 2020.
- Taillon, Paul Michel. *Good, Reliable, White Men: Railroad Brotherhoods, 1877-1917*. Urbana: University of Illinois Press, 2009.
- Taniguchi, Nancy J. *Dirty Deeds: Land, Violence, and the 1856 San Francisco Vigilance Committee*. Norman: University of Oklahoma Press, 2016.
- Tankersley, Allen P. *John B. Gordon: A Study in Gallantry*. Atlanta: Whitehall, 1955.
- Tanner, Louis. "Owen Wister: El intelectual público". Tesis doctoral, Universidad de Nuevo México, 1999. Taylor, Amy Murrell. *Embattled Freedom: Journeys through the Civil Wars Slave Refugee Camps*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2018.
- Teitelman, Emma. "Las propiedades del capitalismo: Recintos industriales en el Sur y el Oeste después de la Guerra Civil Americana". *Journal of American History* 106 (marzo de 2020): 879-900.
- Thelen, David. *Caminos de resistencia: Tradition and Democracy in Industrializing Missouri*. 1986. Reimpresión, Columbia: University of Missouri Press, 1991.
- Trelease, Allen W. *White Terror: The Ku Klux Klan Conspiracy and Southern Reconstruction*. Nueva York: Harper and Row, 1971.
- Trotter, Joe William, Jr. *Workers on Arrival: Black Labor in the Making of America*. Oakland: University of California Press, 2019.
- Tunnell, Ted. *Crisol de la Reconstrucción: War, Radicalism and Race in Louisiana, 1862-1877*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1984.
- Underwood, Kenneth Dale. "Mining Wars: Corporate Expansion and Labor Violence in the Western Desert, 1876-1920". Tesis doctoral, Universidad de Nevada, Las Vegas, 2009.
- Usselman, Steven W. *Regulating Railroad Innovation: Business, Technology, and Politics in America, 1840-1920*. Nueva York: Cambridge University Press, 2002.
- Vandervort, Bruce. *Guerras indias de México, Canadá y Estados Unidos, 1812-1900*. Nueva York: Routledge, 2006.
- Van Onselen, Charles. *The Cowboy Capitalist: John Hayes Hammond, the American West and the Jameson Raid in South Africa*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2017.
- Wagstaff, Thomas. "Call Your Old Master-'Master': Southern Political Leaders and Negro Labor During Presidential Reconstruction". *Labor History* 10 (verano de 1969): 323-345.
- Waldrep, Christopher. *The Many Faces of Judge Lynch: Extralegal Violence and Punishment in America*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2002.

- "La política del lenguaje: El Ku Klux Klan en la Reconstrucción". En *Warm Ashes: Issues in Southern History at the Dawn of the Twenty-First Century*, editado por Kyle S. Sinisi y David H. White Jr., 138-154. Columbia: University of South Carolina Press, 2003.
- "El viaje de Joseph P. Bradley: El significado de los privilegios e inmunidades". *Journal of Supreme Court History* 34 (julio de 2009): 149-163.
- Wakstein, Allen M. "The Origins of the Open-Shop Movement, 1919-1920". *The Journal of American History* 51 (diciembre de 1964): 460-475.
- Wallace, Mike. *Greater Gotham: A History of New York City from 1898-1919*. Nueva York: Oxford University Press, 2017.
- Walters, Joanna, y Alvin Chang. "Far-Right Terror Poses Bigger Threat to US Than Islamist Extremism Post-9/11". *The Guardian*, 8 de septiembre de 2021. <https://www.theguardian.com/us-news/2021/sep/08/post-911-domestic-terror>.
- Watts, Sarah Lyons. *Order Against Chaos: Business Culture and Labor Ideology in America, 1880—1915*. Nueva York: Greenwood, 1991.
- Weinrib, Laura. *The Taming of Free Speech: America's Civil Liberties Compromise*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2016.
- Wells, Jonathan Daniel. *The Kidnapping Club: Wall Street, Slavery, and Resistance on the Eve of the Civil War*. Nueva York: Bold Type Books, 2020.
- Wetta, Frank J. "Bulldozing the Scalawags!: Some Examples of the Persecution of Southern White Republicans in Louisiana during Reconstruction". *Louisiana History* 2\ (invierno de 1980): 43-58.
- Wheeler, Kenneth H. *Modern Cronies: Southern Industrialism from Gold Rush to Convict Labor, 1829-1894*. Athens: University of Georgia Press, 2021.
- White, Ahmed. "Law, Labor, and the Hard Edge of Progressivism: The Legal Repression of Radical Unionism and the American Labor Movement's Long Decline". *Berkeley Journal of Employment and Labor Law* 42 (2021): 165-236.
- White, G. Edward. *The Eastern Establishment and the Western Experience: The West of Frederic Remington, Theodore Roosevelt, Owen Wister*. Austin: University of Texas Press, 1989.
- *Law in American History, Volumen 2: From Reconstruction Through the 1920s*. Nueva York: Oxford University Press, 2016.
- White, Richard. *It's Your Misfortune and None of My Own A New History of the American West*. Norman: University of Oklahoma Press, 1991.
- *Railroaded: The Transcontinentals and the Making of Modern America*. Nueva York: W. W. Norton, 2011.
- — . *La República que defiende: Estados Unidos durante la Reconstrucción y la Edad Dorada, 1865-1896*. Nueva York: Oxford University Press, 2017.
- Wiebe, Robert H. *La búsqueda del orden, 1877-1920*. Nueva York: Hill and Wang, 1967. Wiener, Jonathan M. *Social Origins of the New South: Alabama, 1860-1885*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1978.
- Williams, Kidada E. *They Left Great Marks on Me: African American Testimonies of Racial Violence from Emancipation to World War I*. Nueva York: New York University Press, 2012.
- Williams, Lou Falkner. *Los grandes juicios del Ku Klux Klan de Carolina del Sur, 1871-1872*. Athens: University of Georgia Press, 1996.
- Williams, Mary Floyd. *Historia del Comité de Vigilancia de San Francisco de 1851: A Study of*

- Social Control on the California Frontier in the Days of the Gold Rush*. Berkeley: University of California Press, 1921.
- Willis, John C. *Forgotten Time: The Yazoo-Mississippi Delta after the Civil War*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2000.
- Wilson, Charles Reagan. *Baptized in Blood: The Religion of the Lost Cause*. Athens: University of Georgia Press, 1980.
- Wilson, Susan. "El papel del presidente Theodore Roosevelt en la huelga del carbón de antracita de 1902". *Labor's Heritage* 3 (marzo de 1991): 4-23.
- Winsboro, Irvin D. S., y Alexander Jordan. "Solidaridad significa inclusión: Raza, Clase y Etnicidad dentro del Sindicato Transnacional de Trabajadores del Cigarro de Tampa". *Labor History* 55 (julio de 2014): 271-293.
- Witwer, David. "Unionized Teamsters and the Struggle over the Streets of the Early-Twentieth—Century City". *Social Science History* 24 (primavera de 2000): 183-222.
- Witzel, Morgen. *A History of Management Thought*. Nueva York: Routledge, 2017.
- Wolfe, Patrick. "Tierra, trabajo y diferencia: Estructuras elementales de la raza". *American Historical Review* 106 (junio de 2001): 866-905.
- Wood, Amy Louise. *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2009.
- Woodman, Harold D. *New South, New Law: The Legal Foundations of Credit and Labor Relations in the Postbellum Agricultural South*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1995.
- Wren, Daniel A., y Arthur G. Bedeian. *The Evolution of Management Thought*. 8ª ed. Hoboken, NJ: Wiley, 2020.
- Wright, Gavin. *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War*. Nueva York: Basic Books, 1986.
- Wright, George C. *Violencia racial en Kentucky, 1865-1940: Lynchings, Mob Rule, and "Legal Lynchings"*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1990.
- Wright, William. *Heiress: The Rich Life of Marjorie Merriweather Post*. Washington, DC: New Republic Books, 1978.
- Wyeth, John Allen. *Vida del general Nathan Bedford Forrest*. Nueva York: Harper & Brothers, 1899.
- Wyman, Mark. *Hard Rock Epic: Western Miners and the Industrial Revolution, 1860-1910*. Berkeley: University of California Press, 1979.
- Young, Dina M. "The St. Louis Streetcar Strike of 1900: Pivotal Politics at the Century's Dawn". *Gateway Heritage: Quarterly Journal of the Missouri Historical Society* 12 (verano de 1991): 4-17.
- Zahavi, Gerald. *Workers, Managers, and Welfare Capitalism: The Shoeworkers and Tanners of Endicott Johnson, 1890-1950*. Urbana: University of Illinois Press, 1988.
- Zeidel, Robert F. *Robber Barons and Wretched Refuse: Ethnic and Class Dynamics During the Era of American Industrialization*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2020.
- Zucchini, David. *Wilmington's Lie: The Murderous Coup of 1898 and the Rise of White Supremacy*. Nueva York: Atlantic Monthly, 2020.
- Zuczek, Richard. *State of Rebellion: Reconstrucción en Carolina del Sur*. Columbia: University of South Carolina Press, 1996.

Índice

- Albano, Angelo, 132
 Asociación Amalgamada de Trabajadores del Hierro, Acero y Estaño, 187, 188 Federación
 Americana del Trabajo (AFL), 5, 6
Industrias americanas, 1, 119, 198,212
 Asociación Americana de Protección (APA), 107, 108
 Unión Americana de Ferrocarriles (ARU), 105, 188
 Compañía Minera de Cobre Anaconda, 19
 anarquistas, 6, 14, 20-21,76, 131-132, 188. *Véase también* atentado de Haymarket Square
 huelga del carbón de antracita de 1902, 158, 162-164, 215-216
 Ashburn, George W., 44-45
 Aveling, Edward, 81 Aveling, Eleanor Marx, 81
- Baer, George, 162
Banditti of the Plains, The (Mercer), 193, 194, 196, 209
 Barber, Amos, 191-192, 195, 216
 Beatty, James H., 92, 94, 103, 104
 Berkman, Alexander, 188
 Biden, Joseph R., Jr., 218
 deportación de Bisbee (1917, Arizona), 17
 Códigos negros, 29,31-32
 listas negras, 2,3,81-85, 114-115, 157; por Jay Gould, 9,81-85
 Juntas de Comercio, 57, 66, 124-125, 130, 153, 251n12
 Bonnett, Clarence E., 27, 29, 40, 235n27
 Bowers, Henry F., 107-108
 Boyce, Edward, 94, 108, 109, 116
 boicots, 11,61-62, 153, 160-161, 165. *Véase también* Boicot y huelga de Pullman
 Bradley, Frederick, 106-108, 114, 116, 254n91
 Bradley, Joseph P. 49-51, 196
 Breen, Peter, 101
 Broward, N. B., 179, 181
 Budiansky Stephen, 17
 Bunker Hill and Sullivan Company, 90, 102, 108-109; antisindicalismo de, 90, 94, 97, 100, 103,
 104, 105, 106-108; sindicato de empresa creado por, 116, 201; explosión de 1899 en, 108-
 109, 203
- Campbell, A. B., 67
 Campbell, Amasa, 110, 114, 115
 Cannon, Gabriel, 33
 Canton, Frank M., 191
 Insurrección del Capitolio (6 de enero de 2021), 219-220
 Carlin, William, 94, 96

- Carnegie Steel Company, 187-188
- Champion, Nathan, 191, 192
- Chatterton, Fenimore, 200
- Cheyenne, Wyoming, 192, 194, 199-203. *Véase también* Club Cheyenne
- Club Cheyenne, 190, 194
- Chicago, Illinois, 105, 177-178. *Véase también* bombardeo de Haymarket Square Cigar Makers International Union (CMIU), 126, 132-133
- Citizens'Alliances, 9, 11, 145-183,200,211,216,219; en la región de la antracita, 153-154, 158-163; en Colorado, 169-171; diferencias de, con Law and Order Leagues, 146; J. West Goodwin y, 2, 148-152, 164, 165, 175-183,217; en Montana, 11, 148, 165; y el movimiento open-shop, 5, 87; secretismo mantenido por, 153, 154, 158, 165, 180, 264n63; y violencia, 2, 9, 11, 147, 160-161, 162, 181-82, 212; a nivel nacional, *véase* Citizens' Industrial Association of America
- Comité de Ciudadanos (Tampa), 124-125, 129, 130, 132-133, 142-143, 152,214
- Citizens' Industrial Association of America (CIAA), 145-46, 148, 177, 217; composición de, 146, 166-167; fundación de, 165-167; discurso de Hugo Donzelmann ante, 200-201,202-203; J. West Goodman y, 165, 166,217; Owen Wister y, 19, 184, 198-199, 204, 205,208,217; retórica utilizada por, 145-146, 176, 185, 198-199, 208; secretismo de, 175; y violencia, 167, 199, 203
- Clagett, William H., 99, 107
- Clement, Victor, 100
- Cleveland, Grover, 104, 105-107, 162-163, 188
- tienda cerrada, 5, 13, 175, 208-209
- Policía del Carbón y del Hierro, 154, 161, 162, 163, 164 coaliciones. *Véase* coaliciones público-privadas
- Guerras mineras de Coeur d'Alene de la década de 1890, 88, 106-118, 168, 183, 203; lista negra en, 114-115; casos judiciales en, 92, 94, 103-104; muertes en, 93, 106, 108; en 1892, 89-104; gobierno federal y, 94, 111, 163; gobierno del estado de Idaho y, 92, 94, 107, 109-110, 114; detención masiva ("bull pens") en, 13,88, 99-101, 102, 111-113, 117, 163,216; Guardia Nacional en, 94-95,98, 107; representaciones periodísticas de, 97, 98, 102-103, 113-114; Pinkertons en, 88, 92, 94, 96, 98, 100. *Ver también* Bunker Hill y Sullivan Company
- Coffin, JohnP., 274nl4
- Masacre de Colfax (1873), 47-50, 52
- Collins, Arthur, 6, 166, 203
- Conflictos mineros de Colorado, 104, 120, 166, 167-171, 182-183, 200, 212; muertes en, 6, 166, 169, 170; deportaciones en, 118, 166, 167, 168-171; papel del gobierno estatal en, 166, 168-171,216,217 Comité de Seguridad Pública (St. Louis), 74-75
- Comité de Seguridad (Filadelfia), 10 sindicatos de empresa, 116, 117,201
- Connor, Dan, 108
- trabajo de los presos, 32, 55, 64, 207, 212-213, 214
- Craig, James C., 166, 169, 177, 200
- Cripple Creek, Colorado, 104, 167, 169; deportación de (1904), 170-171, 225
- Crowe, James R., 22, 24-25, 27, 29
- Cruikshank, William, 15, 47-48. *Ver también* *United States v. Cruikshank* (1876)
- Cunningham, Richard, 92, 96

Curtis, James E, 6, 94, 95, 96, 102, 109
Czolgosz, Leon, 14, 15, 131

Revista De Bow, 30, 33-34

DeBlanc, Alcibíades, 36-37, 49

Debs, Eugene, 83, 105, 152

DeLashmutt, Van B., 96-97

Alianza de Ciudadanos de Denver, 166. *Véase también* Craig, James C.

deportaciones de huelguistas, 17, 121, 167, 169-171,225; en Colorado, 118, 166, 167, 168-171; en Tampa, 118,119,120-121, 128-130, 143,214-215

Donzelmann, Hugo, 192, 193, 194, 200-203, 204, 212, 217

Dorris, Emelius, 60

campañas de "expulsión", 3, 9, 12, 13, 17, 76. *Véase también* deportaciones de huelguistas

Du Bois, W. E. B., 6, 7, 26, 52-53, 211

DuBrul, Ernst E., 165 Dunlap, John C., 42-44

East St. Louis, Ill., 73-74

Eliot, Charles W., 176, 198, 203

Leyes de ejecución (1870 y 1871), 15, 46, 47, 48, 49, 51

Engels, Friedrich, 18

Esler, A. M., 90, 95, 103-104

Asociación Federada de Missouri, 176. *Véase también* Hudson, Franklin Felker, William O., 41

Ficarrotta, Castenge, 132 Fields, James Alex, Jr., 221

Finch, John A. 91, 92, 94, 108,110

despidos, 13, 81, 106, 153, 172, 220, 225n3

Fitzgerald, Hugh, 79

Fitzsimmons, Hugh, 66

Flagg, Jack, 191

Fleming, Walter Lynwood, 38 Floaten, A. H., 168-169 Foner, Eric, 48

expulsión forzosa, 42 ^ 13, 112, 121, 138, 142; de nativos americanos, 119, 122, 138-140, 215.

Véase también deportaciones de huelguistas; campañas de "expulsión"; secuestros.

Forrest, Nathan Bedford, 9, 22, 23, 28, 212; como "Carnicero de Fort Pillow", 22; como líder del

Ku Klux Klan, 9, 24, 25, 26-27, 29, 36, 44; como capitalista del ferrocarril, 9, 22, 36, 47;

opiniones de, sobre los libertos, 23, 26-27, 28, 39, 49

Decimocuarta Enmienda, 15, 46, 48, 49, 50, 51

Francia, Hugh, 114, 115

Freedmen's Bureau, 29, 33-34, 35 Frick, Henry Clay, 188

Fuller, Melville W., 103-104, 231n46

Gage, Beverly, 6, 228n21

Gibson, J. M., 35

Gibson, Tully S., 32, 45 ^ 16 Goldman, Emma, 131-132

Goodwin, J. West, 1, 9, 55-87, 212; como empleador, 61-63, 79, 178; influencia de, en Sedalia, Mo., 55-63, 65-67, 85-86, 171; y Law and Order Leagues, 1, 66-70, 148, 167-168, 173; periódico propiedad de, y editado por, véase *Sedalia Bazaar*, y huelgas ferroviarias de la

- década de 1880, 66, 71, 82-85, 148, 149
- y tácticas antisindicales: "castigos ocultos", 165-166, 167, 181, 183, 211; relaciones públicas, 79-80, 183 (véase también *Sedalia Bazoo*); secretismo, 165, 180, 264n63; latigazos, 56, 59, 60-61
- y el movimiento de tiendas abiertas, 148, 176, 178; en la CIAA, 165, 166, 217; y las Alianzas Ciudadanas, 2, 148-152, 164, 165, 175-183,217
- Goodwin, Mark, 86, 149
- Gopher John, 139
- Gordon, John B., 22, 35, 233n4; como empresario, 22, 26, 212-213; y arrendamiento de convictos, 212-213; como político demócrata, 47, 212-213, 216; en el Ku Klux Klan, 26, 29, 36; opiniones de, sobre los libertos, 22, 23,35,40-41
- Gould, Jay, 1, 9, 55, 63, 75; y J. West Goodwin, 66, 71, 83-84; y las huelgas ferroviarias, 1, 64, 65, 66, 75; uso de listas negras por, 55, 83-84 Grover, David H., 88
- Hall, C. A., 64
- Hammond, John Hays, 88, 89-90, 93, 94, 95, 103-104, 196
- ahorcamientos. *Ver* linchamientos
- formas "duras" de represión, 2, 220-222; se distinguen de las formas "blandas" e "híbridas", 2. *Véase también*
- traslados forzosos; linchamientos; detenciones masivas; fusilamientos; latigazos Harris, Nathaniel H., 105, 106, 107, 108
- Harrison, Benjamin, 92, 95-96, 117-118, 162-163, 216
- Hawley, James H., 103-104, 115
- Haydu, Jeffrey, 7
- Hayes, John Willis, III, 32
- Hayes, Rutherford B., 16, 105, 188
- Hayes, S. H., 109, 110
- Atentado de Haymarket Square (1886), 6, 14-15, 76, 92, 247n73
- Haywood, William D., 5, 6, 171,230n46
- Hazleton, Pensilvania, 154, 157, 159-160, 215
- Heine, Heinrich, 3
- Helena, Mont., 5, 90-91; Alianza de Ciudadanos en, 11, 148, 165
- Henwood, Doug, 273n2
- Herron, John, 168
- Heyburn, Weldon B., 92, 93, 97, 98, 100, 101, 103-104
- Hickey, Thomas, 99, 109, 110, 111, 112
- "castigos ocultos", 165-166, 167, 181, 183, 211; defensa de J. West Goodwin, 165-166, 167, 81, 183,211
- Hild, Matthew, 81
- Hill, Joe, 14, 15
- Holliday, J. R., 30, 35
- Holmes, Oliver Wendell, Jr., 197 Huelga de Homestead (1892), 187-190
- Horgan, Gerry, 221
- Howard, Isaac, 136
- Howell, Robert Philip, 32, 45,46
- Hoxie, H. M., 65, 69, 70, 71, 75, 81

- Hudson, Franklin, 176 Humphreys, Benjamin G., 32-33
 Hunnicutt, John L, 38, 39, 40, 43, 44, 47
 formas "híbridas" de represión, 3, 132. *Véase también* campañas de "expulsión"
- Idaho Springs, Colorado, 167
 Idaho. *Ver* las guerras mineras de Coeur d'Alene en la década de 1890
 inmigrantes, 14, 107, 111, 205, 220-221; en la región de la antracita, 155-156, 157-158; en el
 tabaco de Tampa
 industria, 111, 125, 132
 Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), 220-221
 Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), 5-6, 14-15, 16, 19, 20
 supresión de información (como forma "blanda" de represión), 3, 113, 151, 152
 mandamientos judiciales, 14, 65, 92, 103, 202
 Asociación Internacional de Maquinistas (IAM), 201-202
Revista Socialista Internacional, 157, 161
 Irons, Martin: inclusión en la lista negra, 82-85, 148, 169; enemistad de J. West Goodwin, 66, 82-
 85, 148, 149; como líder de la huelga ferroviaria, 64, 70, 71-72, 80
 Irvine, W.C., 191, 194, 195, 196
 Isaac, Larry, 19, 213
 Islamofobia, 8, 219
 Ittner, Anthony, 77, 78, 79, 173, 175, 181
- Jacksonville, Florida, 130. *Véase también* Stripling, J. N. Jacobson, Lisa, 10
 Jeffreys-Jones, Rhodri, 6
 Job, Frederick W., 165-166, 176-177
 Guerra del condado de Johnson, 184, 190-196, 199, 201, 216-217; tergiversada en *The Virginian*,
 19, 184,
 190,194, 196-197
 Johnson, Andrew, 32 Johnson, J. C., 132-133 Jones, Benjamin, 192
 Joplin, Mo., 2, 114, 165, 169, 171, 176
- Khan, Shamus, 273n2
 secuestro, 214-215; en Tampa, 119, 120-121, 122, 126-133, 141-144
 Kimball, C. H., 67, 75 Kirby, John, Jr., 201 Klan. *Véase* Ku Klux Klan
 Caballeros del Trabajo (KOL), 9, 63-64, 76, 109; en la huelga ferroviaria de 1886, 1, 55, 63, 64-
 65, 67, 69, 73-74, 82; como objetivo de las Ligas de la Ley y el Orden, 9, 12, 55, 66, 67,
 69-70, 72, 73-74, 79, 121 Caballeros de la Camelia Blanca, 36-37, 45
 Ku Klux Klan (Klan), 4, 9, 22-31, 35-36, 46-47, 219; como asociación patronal, 24, 27, 39-40;
 relatos favorables sobre, 19, 205; respuesta federal a, 14, 46-47; fundación de, 24-25;
 parentesco de, con otros grupos parapoliciales, 9, 11,55-56, 60-61,75,76, 129, 147, 158,
 170, 171, 211, 212; tácticas violentas de, 12, 17, 29, 35, 37-38,41-43, 44-46, 129, 207
- Lackawanna Iron and Coal Company, 155 Lacy, John A., 77-79
Lady Baltimore (Wister), 20, 186, 205-208 La Grone, Katie, 37
 Laird, Pamela Walker, 7
 La Resistencia, 119, 124-125, 126, 127, 129-32, 143, 152

- Larkin, Jim, 15
- Masacre de Lattimer (1897), 155, 157, 159, 173,215
- Ligas de la Ley y el Orden, 1, 9, 20, 55-81, 211, 212, 219; eclipse de, 13, 146, 151, 181; en Idaho, 88, 98-99, 102, 163; J. West Goodwin y, 1, 66-70, 148, 167-168, 173; base del medio oeste de, 54, 72, 76, 148; motivaciones de, 68, 69, 71-72, 75, 76; orígenes de, 55-56, 66-68; secretismo de, 74, 77, 158; en Sedalia, Mo, 1, 55, 56, 66-67, 68, 69, 71-72, 77, 80, 150, 151, 154; objetivo de los Caballeros del Trabajo por, 9, 12, 55, 66, 67, 69-70, 72, 73-74, 79, 121; uso de la violencia por, 56, 70, 76
- Lindsay, Robert B., 34, 41
- Lipartito, Kenneth, 10
- Lippman, M. J., 73, 74 Little, Frank, 19, 232n58 Logansport, Indiana, 76
- "largo siglo XIX" (término), 10
- Atentado contra *Los Angeles Times* (1910), 6
- linchamientos, 6, 8, 11, 12, 19, 132, 207; por el Ku Klux Klan, 12, 35, 207; por los Vigilantes de Montana, 99, 147-148
- Macfarlane, Hugh C., 132 Malcolm X, 18
- Martin, John, 67
- Marx, Karl, 18, 105
- encarcelamiento masivo, 13; en Idaho ("bullpens"), 13,99-101, 106, 109, 111-114; el Tribunal Supremo y, 103-104
- masacres, 219; en Colfax, La. (1873), 47-50, 52; en Lattimer, Pa. (1897), 155, 157, 159; en Thibodaux, La. (1887), 12, 121; en Wilmington, N.C. (1898), 8, 121
- McClure, Alexander K., 10, 12
- McEachern, Daniel, 100-101, 102
- McKay, D. B., 119, 132-134; como intérprete de la historia de Florida, 134-137, 139, 140-142; justificaciones dadas por, para la violencia patronal, 123, 131, 141-142, 214-215; papel destacado de, en acciones de vigilantes, 119-121, 131, 133, 143-144; como alcalde, 132, 133, 134; como propietario y editor de periódicos, 133-134; opiniones raciales de, 135-136, 139, 140-141
- McKinley, William, 16, 109, 117-118, 162-163; asesinato de, 6, 14, 131; acciones represivas de, como presidente, 16, 109, 117-118, 162, 163
- McKune, Robert, 155
- McNamara, Trish, 221
- Mercer, Asa, 193, 194, 196,270n40
- Merriam, Henry, 109, 110, 111, 113
- Micanopy, 140
- Milloy, Jeremy, 4
- Asociación de Propietarios de Minas (MOA). Véase Asociación Protectora de Propietarios de Minas de Coeur d'Alenes Asociación Protectora de Propietarios de Minas de Coeur d'Alenes, 89-102, 104, 110, 115; dirigentes de, 89-91,94, 101
- Minneapolis, Minnesota, 165
- Mitchell, John, 162, 163
- Molly Maguires, 90, 154
- Monahan, John, 97-98
- Vigilantes de Montana, 11-12, 90, 99, 147-148

- Montgomery, David, 29 Morgan, J. P., 162
 Morton, John Watson, 24-25, 36 Movimiento por las Vidas Negras, 221
 Moyer, Charles, 170, 230n46, 257nl 13. Ver también *Moyer v. Peabody* (1909); *Peabody v. Moyer* (1906)
Moyer contra Peabody (1909), 16, 170
- narradores-creadores, 18-20, 43, 54, 97-98, 113-114, 118, 159, 176, 217; en la actualidad, 220, 221; en Tampa, 123, 127 (*véase también* McKay, D. B.). *Véase también* Goodwin, J. West; Wister, Owen
Nación, La, 72, 75, 150, 152
 Asociación Nacional de Fabricantes (NAM), 1, 165, 184, 198, 201,208; revista mensual de, véase *Industrias americanas*
 Guardia Nacional, 16, 75, 187, 188; en la región de la antracita, 154-155, 156, 161, 162, 164; en las huelgas de Coeur d'Alene, 94-95, 98, 107; en las huelgas de Colorado, 166, 168, 170, 217; en la huelga de Homestead (1892), 187, 188, 189-190
 Asociación de la Guardia Nacional, 68
 Asociación Nacional de Oficios del Metal, 27, 165
 Nativos americanos, 123-124; trabajadores comparados con, 123-124, 143-144. *Véase también* Indios seminolas Nueva Orleans, La., 48-49, 120, 129, 214
 Nott, J. C., 33, 44
- Guardianes del Juramento, 218
 movimiento open-shop, 166, 176, 185, 198-208, 272nl; CIAA y, 181, 185, 186, 198-200, 201; Alianzas ciudadanas y, 5, 87; papel de J. West Goodwin en, 148, 176, 178; apoyo de Theodore Roosevelt a, 14, 200, 215-216; uso de las relaciones públicas por, 198-208 Orr, James Lawrence, 31-32
 Osceola, 140, 143
 Ovetz, Robert, 3
- Palmer, Bryan D., 4, 83 Parsons, Albert R., 15, 247n43
 Parsons, Kansas, 55, 67, 68, 72, 75
 Parsons, Lucy, 15 Pattison, Robert E., 188
 Peabody, James, 166, 168-169, 216, 217, 230. *Véase también* *Moyer contra Peabody* (1909) Pennypacker, Samuel W., 164
 Pensacola, Florida, 178-181, 182 Penton, John A., 204
 Perman, Michael, 236n36 Pettegrew, John, 8
 Pettibone, George, 103, 230n46. Ver también *Pettibone v. Nichols* (1906)
Pettibone contra Nichols (1906), 16 Phelps, E. J., 165
 Filadelfia, Pa., 10,58, 205
 Agencia de detectives Pinkerton ("Pinkertons"), 17, 63, 83, 154, 185, 191, 198; y huelga de Homestead, 187, 188, 189; en las huelgas de Coeur d'Alene, 88, 92, 94, 96, 98, 100 Pinkerton, Allan, 17, 189, 190. *Véase también* Agencia de detectives Pinkerton Plummer, Henry, 11
 Pohlman, John A., 173
 Pope, James Gray, 50, 236n32 "justicia popular", 184, 197, 198, 207
 Partido Populista, 20, 104, 105, 107, 111, 114, 121

- Presser contra Illinois* (1886), 15, 16
- agencias privadas de seguridad, 17, 88, 185. *Véase también* Agencia de detectives Pinkerton Era progresista, 13, 27, 122, 181, 211, 219; mal llamada, 211, 219 propaganda. *Véase relaciones públicas*
- Proud Boys, 218
- relaciones públicas, 18-19, 127, 185, 198-199; uso de, por las Alianzas Ciudadanas, 147, 170-171, 185, 217; J. West Goodwin y, 79-80, 183 (*véase también Sedalia Bazoo*)
- coaliciones público-privadas (en el rompehuelgas), 75, 94, 98-99, 118, 163, 168-169
- Boicot y huelga de Pullman (1894), 105, 188 Putnam, E. Vai, 152
- huelga ferroviaria de 1877, 16-17, 67, 95-96, 188-189; asociaciones patronales y, 10, 16-17, 74-75; respuesta de J. West Goodwin a, 58-59, 61, 63
- huelga ferroviaria de 1886, 1, 55, 64-68, 69, 75; lista negra posterior, 1, 81-85; los Caballeros del Trabajo y, 1, 55, 63, 64-65, 67, 69, 73-74, 82; en San Luis, 12, 55, 69, 72
- Randolph, Rayland, 36, 38, 52
- Ray, Nick, 191, 192
- Reavis, Turner, 35
- Reconstrucción, 15; descripción de D. B. McKay de, 134-136, 141; Leyes de Ejecución (1870 y 1871) y, 15, 46, 47, 48, 49, 51 asesinatos durante, 17, 47-48; descripción de Owen Wister de, 20, 186, 205-208; Demócratas del Sur y, 25, 31-32, 34, 37, 121. *Véase también* Ku Klux Klan
- Reid, Whitelaw, 37
- Richardson, Alfred, 37 Richmond, H. J., 169 Robuck, J. E., 52 Rodríguez, Alejandro, 129
- Roosevelt, Theodore, 14, 16, 162, 164; y la huelga del carbón de 1902, 162-163, 164, 215; amistad de Owen Wister con, 19, 186, 196, 197; y el "Square Deal", 164, 166, 169, 216; apoyo de, al movimiento aperturista, 14, 176, 200, 208
- Sanders, Wilbur F., 11, 91, 99, 147-148, 171, 181; en la CIAA, 167, 217; asesinatos cometidos por, 11-12, 147; y los Vigilantes de Montana, 11-12, 91, 99, 147-148, 167; como senador de EE.UU., 11, 91, 148, 216
- Saunders, William, 36
- Schadt, Charles, 161-163, 164 Scott, Thomas A., 188 Scranton, William Walker, 155
- Scranton, Pensilvania, 155, 160, 179; Alianza de Ciudadanos en, 2, 152-153, 154, 158-159, 160-161; J. West Goodwin en, 152-153, 154, 158-159
- Segunda Revolución Industrial, 2, 6, 13
- Segunda Guerra Seminola, 122, 136-144; como inspiración para vigilantes posteriores, 17, 122-123, 136-144; secuestro durante, 17, 119, 122-123, 137-142, 143-144, 215
- secretismo, 36, 175, 228-229, 264, 245, 35; en Alianzas ciudadanas, 153, 154, 158, 165, 180; en Comité ciudadano (Tampa), 122, 125, 143; como característica común de las organizaciones parapoliciales de la clase dominante, 10, 155, 158, 190, 211; insistencia de J. West Goodwin en, 165, 180, 264, 63; en Ligas de la ley y el orden, 74, 77
- Sedalia Bazoo*, 57, 69, 86; y la lista negra de Martin Irons, 82-85; y las huelgas ferroviarias de 1886, 65, 66; y el sindicato de impresores, 61-63, 79; tácticas violentas apoyadas por, 59, 68
- Sedalia, Mo, 56-58; listas negras en, 82-85, 86, 157; Junta de Comercio en, 57, 66; Alianza de Ciudadanos en, 2, 150, 151; J. Wells Godwin como poderosa influencia en, 55-63, 65-67,

- 85-86, 171; Law and Order League en, 1, 55, 56, 66-67, 68-72, 77, 80, 150, 151, 154; como modelo nacional para el antisindicalismo de élite, 72-75, 80, 98, 150, 152, 154; reunión socialista estatal en, 150-152, 180; sindicatos en, 61-63, 64
- Indios seminolas, 137-138. traslado forzoso de, en la Segunda Guerra Seminola, 119, 122-123, 138-140, 142, 143-144, 215
- colonialismo de colonos, 143, 144, 215 Sheridan, Philip H., 67
- Sherman, William T., 67
- Shlomowitz, Ralph, 29
- fusilamientos (como forma "dura" de represión), 2, 12, 44, 96, 155-157, 173, 191, 215. *Véase también* masacres
- Shotwell, Randolph A., 25, 26, 34, 36, 47
- Sims, W. S., 96, 99, 102
- Siringo, Charles, 92, 96, 100
- esclavitud, 137; colapso de, 12, 22-23, 32, 137-138; arrendamiento de convictos como forma posterior de, 32
- Slotkin, Richard, 123, 124
- socialistas, 20-21, 83; críticas de, a la represión antisindical, 83, 99, 102, 157, 161, 177; represión dirigida contra, 15, 20, 76, 168; en Sedalia, Mo., 150-152
- formas "blandas" de represión, 2-3, 53, 82, 117; distinción entre formas "blandas" e "híbridas", 2, 82. *Véase también* listas negras; despidos; supresión de información
- Southern Industrial Association, 213-214 Sovereign, James R., 109, 112-113
- Revista Spokane*, 97
- Square Deal, 163-164, 166, 169, 216
- St. Louis, Mo., 72-73; huelga ferroviaria de 1886 en, 12, 55, 69, 72; antisindicalismo de élite en, 12, 73-75, 78, 98, 152, 171-176, 215
- Stephens, Lawrence Vest, 172-173 Steunenberg, Frank, 6, 109, 112, 113, 114
- Stevens, E. W., 66, 68, 69, 71, 77
- Stewart, Thomas J., 162, 164
- asociaciones de ganaderos, 9-10. *Véase también* Asociación de Ganaderos de Wyoming Stone, William A., 161, 162, 164
- Stripling, J. N., 120, 129, 130
- Tampa, Florida, 119-144; Junta de Comercio en, 124, 130; uniones tabaqueras en, 119, 124-125, 126, 127, 129-133, 143, 152; Comité de Ciudadanos en, 124-125, 129, 130, 132-133, 142-143, 152, 214; violencia de élite en, 119, 120-121, 122, 126-133, 141-144, 152; periódicos en, 119, 122, 127, 129, 131, 132, 133-134
- profesores, 33, 157; como objetivos del Ku Klux Klan, 20, 35, 41-45
- Telluride (Colorado), 166, 167, 168-169, 203
- "terrorismo" (término), 8, 208
- Teshmacher, Herbert, 191
- Thelen, David, 248n84, 249n85
- Thibodaux, La., 72, 121-122, 214, 248n75; masacre en (1887), 12, 121
- Thompson, N. F., 25, 147, 167, 171, 172, 173, 175; como empresario, 212, 213, 214; como activista de la Alianza de Ciudadanos, 147, 167, 199, 217; en el Ku Klux Klan, 25, 42; en la Era Progresista, 181, 213, 214; propuesta de, de "ley de homicidio justificable", 147, 173, 199, 215 Tibbetts, C. K., 5

- tropas, federales; en las guerras seminolas, 136-144; uso de, contra huelgas, 16, 94, 95-96, 105-107, 109, 111, 188, 191
- tropas, estado, 66, 188. *Véase también* Guardia Nacional Trump, Donald J., 218
- Turnbach, Edward, 155-156, 157, 159-160, 162, 181,215; y Alianza de Ciudadanos, 159-161, 162, 164; en la masacre de Lattimer, 155-156, 157, 159, 164, 173, 215
- Unión Tipográfica, 61-63, 79, 178
- United Mine Workers (UMW), 157-158, 213, 222; y huelga de la antracita de 2002, 158, 162-164
- Estados Unidos* contra *Cruikshank* (1876), 15, 16, 50, 52, 214
- Tribunal Supremo de EE.UU., 15-16, 103-104, 170, 215; y desmantelamiento de la Reconstrucción, 15, 49-50, 52
- Valdez, Amacito, 129
- Van Cleave, James, 198, 199 Van Devanter, Willis, 192 Van Onselen, Charles, 93 Victor, Colo, 169
- Virginian, The* (Wister), 19, 184, 199, 208; tergiversación de la guerra del condado de Johnson en, 19-20, 190, 194-198
- Waddell, Alfred Moore, 36 Waite, Morrison R., 15, 50
- Walker, William, 192
- Wardner, Ida., 94, 96, 108-109; "bull pen" en, 108-109; sindicato de empresa en, 116, 201 "guerra contra el terrorismo", 218-219
- Warren, Francis E., 200 Warren, Joel, 90-91,92, 93
- Huelga de la mina Warrior (2021), 221-222
- Wells, Bulkeley, 168
- Wells, Jonathan Daniel, 138 Wendt, Henry W., 15
- Federación Occidental de Mineros (WFM), 5, 104, 108, 109, 171, 217; en Colorado, 6, 166, 168, 169-170, 171, 217; fundación (1893), 104; en Idaho, 105, 106, 108, 109, 110, 115-116, 117, 118
- latigazos, 37, 59-61, 85, 86, 87, 244n18; defensa de J. West Goodwin, 56, 59, 60-61; por Ku Klux Klan, 37, 42
- Whitaker, Edward, 172, 173
- Ligas blancas, 15, 50, 52 White, Richard, 4, 71,244n18 Wiener, Jonathan, 26
- Wilkes-Barre, Pensilvania, 154, 156, 163
- Willey, Norman B., 92, 94, 96 Williams, Kidada E., 3
- Williams, Lou Falkner, 47, 235n23
- Wilmington, N.C., 36; violento golpe dirigido por la élite en (1898), 8, 121-122, 214 Wing, F. L., 126
- Wister, Owen, 19-20, 185-186, 203-204; y la CIAA, 184-187, 198-199, 204, 205, 208-209; como amigo de Theodore Roosevelt, 19, 186, 196, 197; sobre la huelga de Homestead, 187-190; sobre la guerra del condado de Johnson, véase *Virginian, The*; y el movimiento de tiendas abiertas, 20, 186, 203-204, 208; sobre la Reconstrucción, véase *Lady Baltimore*.
- Wolcott, Frank, 191 Wood, H. W, 85 Woods, W. W, 98-99
- Trabajador, El*, 127, 128, 157, 158, 169, 170
- Wright, Ambrose, 31
- Wyman, Mark, 116

Índice

Asociación de Ganaderos de Wyoming (WSGA), 184, 198; Asa Mercer y, 193-194, 196, 270n40;
y la guerra del condado de Johnson, 184, 190-196, 198, 212

Ybor, Vincent Martinez, 124, 134
contratos "perro amarillo", 106, 117

York, Lew, 76